SEATTLE PUBLIC LIBRARY
0 01 00 4954794 5

DANTE ALIGHIERI

La Divina Comedia

GRANDES CLÁSICOS

Síntesis espiritual y poética de la Edad Media, *La Divina Comedia* se compone de cien cantos distribuidos en un prólogo y tres cantigas (*Infierno*, *Purgatorio* y *Paraíso*), de treinta y tres cantos cada una de ellas. El fundamento de esta proporción es el número 3, y el canto que sirve de prólogo al poema forma con los demás el número 100, múltiplo de 10 y símbolo de perfección.
El título genérico del poema fue originariamente "Commedia", en relación con su contenido, que en un principio, triste, termina en un final feliz.
"Divina" es el epíteto añadido posteriormente y que quedó consagrado, como título de la obra, a partir de la edición de Giolito (Venecia, 1555).
Un problema por resolver es el de la fecha de composición del poema, pero la opinión que presenta mayor probabilidad es la que sitúa su inicio en 1307 y su finalización en 1321.

NO LONGER PROPERTY OF
SEATTLE PUBLIC LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/isbn_9799500393606

La Divina Comedia

DANTE ALIGHIERI

DANTE ALIGHIERI

La Divina Comedia

Traducción:
JUAN DE LA PEZUELA

EDITORIAL
Losada

Alighieri, Dante
La Divina Comedia. - 1ª ed. - Buenos Aires: Losada, 2004.
560 p.; 23 x 15 cm. - (Grandes Clásicos)

Traducido por: Juan de la Pezuela
ISBN 950-03-9360-3

1. Narrativa Italiana. I. Pezuela, Juan de la. II. Título.
CDD 851

Primera edición: diciembre de 2004

© 2004, Editorial Losada, S. A., 1977
Moreno 3362 - Buenos Aires, Argentina
www.editoriallosada.com

Traducción: *Juan de la Pezuela*
Tapa: *Ana María Vargas*
Ilustración: *Gustave Doré*
Interiores: *Taller del Sur*

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.
Libro de edición argentina
Tirada: 2.000 ejemplares
Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

CANTIGA I

El Infierno

Canto I

El Poeta, perdido una noche entera en una intrincada selva, al salir de ella subiendo un collado que se presenta iluminado por los rayos del sol naciente, se encuentra con tres bestias feroces que le impiden el paso. En ese apuro se le aparece la sombra de Virgilio, que le tranquiliza, ofreciéndole sacarle de allí, llevándole por entre el Infierno y el Purgatorio hasta el Paraíso, en el cual será acompañado por Beatriz. Virgilio echa a andar y Dante le sigue.

A mitad del andar de nuestra vida*[1]
extraviado me vi por selva oscura,[2]
que la vida directa era perdida.

¡Ay, cuánto referir es cosa dura
de esta selva lo espeso, agreste y fuerte,
de que aún conserva el pecho la pavura!

Tanto es agria, que poco es más la muerte;
mas las otras diré cosas que viera
antes de lo que en ésa halló mi suerte.

Repetir no sabré cómo allí fuera:
¡tal sueño en el instante me oprimía
en que dejé la senda verdadera!

Pero cuando de lo áspero salía
del lugar temeroso, y la esmeralda
de un collado pisé que le seguía,

* Las notas correspondientes a los diversos cantos se hallan al final de la cantiga respectiva.

alcé la vista a lo alto, y vi su espalda
por los rayos bañada del planeta,
guía infalible por altura o falda.

Un tanto aquí la tempestad se aquieta,
que en el lago del alma el soplo inspira
de una noche al pavor tanto sujeta.

Y como aquel que, en afanosa jira,
salido a tierra desde el golfo esquivo,
se vuelve al agua peligrosa y mira,

el espíritu mío, aún fugitivo,
así a mirar se torna el duro paso
de do mortal ninguno salió vivo.

Luego el reposo dado al cuerpo laso
por la colina a proseguir me alienta
que al pie remonta con vigor no escaso.

Cuando, al trepar, ve aquí se me presenta[3]
onza veloz con piel de pinta rara,
que en el suelo la garra ni aun asienta.

De mis ojos ni un punto se separa;
antes tanto embaraza mi camino,
que cien veces tenté de volver cara.

Era el nacer del alba matutino,
y el sol iba ascendiendo con aquellas
secuaces dél, cuando el amor divino

moverse hizo a su voz soles y estrellas[4]
así que a poseer me mueve ahora
de la fiera la piel de manchas bellas,

benigna la estación, dulce la hora.
Mas un león aquí se me aparece,
y su vista de nuevo horror me azora.

Ese lanzarse contra mí parece,
tiesa la crin, humeando la garganta,
tal que hasta el aire mismo se estremece.

Y una loba después feroz me espanta,
de hambriento aspecto en su exterior magrura,
y que dio muerte a muchedumbre ¡cuánta!

Esa de modo tal con la pavura
me aprieta, que en sus ojos fosforece,
que perdí la esperanza de la altura.

Y como aquel que un tiempo le enriquece
y otro luego a su ruina le conduce,
que sin descanso llora y se entristece,

efecto tal la bestia en mí produce,
y dando a mi subir creciente embargo,
me va empujando hacia do el sol no luce.

Mientras irme sentía al fondo amargo,
miro a uno que al pronto mundo advierto,
tal vez por uso de silencio largo.

Cuando al medio llegó del gran desierto:
"Ten piedad –le grité– de este afligido,
ya sombra seas, o mortal no muerto".

Y él responde: "No lo soy, lo he sido.
Los que diéronme el ser fueron lombardos,
y mantuano cual ellos he nacido.

Alcancé a Julio, aunque con pasos tardos,[5]
y moré en Roma bajo el buen Augusto,
y culto y dioses conocí bastardos.

Poeta fui, canté del noble y justo
hijo de Anquises que de Troya vino,
después de hundido su poder robusto.

Mas ¿por qué al bajo tú vuelves mezquino
y al collado no trepas tan riente
que es de toda bondad sólo camino?"

"¿Eres tú aquel Virgilio, aquella fuente,
que anchos ríos de dulce hablar derrama?
–le respondí con ruborosa frente–.

¡Oh de todos los vates honra y fama!
¡Válgame el largo estudio y amoroso
que hice en tu libro que mi mente inflama!

Mi maestro eres tú, mi autor precioso:
tú aquel de quien tomaron mis Camenas,
el que gloria me ha dado, estilo hermoso.

Mira la fiera que resisto apenas:
defiéndeme, gran sabio, de su ultraje,
que los pulsos temblar me hace y las venas."

"Otro conviene a ti distinto viaje
–me respondió después que vio mi llanto–,
si este quieres vencer lugar salvaje.

Que esa bestia que así te aflige tanto
no sufre por su vía caminantes,
sino que hasta morir les da quebranto.

Y con su genio y ley tan repugnantes,
que es insaciable el hambre que la abrasa,
y, después que ha comido, mayor que antes.

Muchos los brutos son con que se casa,
y aún más serán mientras el lebrel no llega[6]
y por su cuerpo destrozado pasa.

Ése, a quien la ambición de oro no ciega,
ése, al saber y a las virtudes caro,
de entre ambos Fieltros nacerá en la vega;

y de la triste Italia será amparo
por quien Camila y Turno, Urialo y Niso,
su sangre dieron, con renombre claro.

El de la bestia seguidor preciso
será hasta echarla en el profundo averno
de do la envidia comitarla quiso.

Mas hora por tu bien pienso y discierno
que ser debo tu guía y quien te lleve
desde este sitio humilde hasta otro eterno,

do el clamor espantoso oirás que mueve
la turba antigua de ánimas llorosas
que nueva muerte a demandar se atreve.[7]

Y verás las que en medio están llorosas
del fuego,[8] porque aguardan que algún día
se unirán con las almas venturosas.

Y si ver éstas tu piedad ansía,
otra más digna habrás sombra ligera
a quien te deje a mi partir por guía.

Que aquel Emperador que arriba impera
que se abra a mí su casa no permite,
porque su ley no supe verdadera.

Con su reino sin fin nada compite;
mas ésa es su ciudad, trono y asiento,
felices, ¡ay!, los que allí dentro admite."

"Poeta –respondile–, oye mi acento,
y por Aquél que tú no has conocido,
líbrame de éste y de aún mayor tormento;

y a los que tristes tanto has referido
vamos, y en fe de la promesa tuya,
yo de Pedro el cancel mire querido."
Y en esto echóse a andar, y yo en pos suya.

Canto II

Después de la invocación narra el Poeta que, examinando sus fuerzas, tuvo duda de que fuesen suficientes para el terrible viaje que le propuso Virgilio; pero al fin, animado por sus exhortaciones, cobró espíritu y se decidió a emprenderlo. El canto anterior es como una especie de exordio, y en éste es donde verdaderamente empieza el poema.

Se iba la luz con el transpuesto Apolo
y la sombra a los brutos de la tierra
obligaba al reposo: yo tan sólo

me disponía a sostener la guerra,
ya de la compasión, ya del camino
que se trazó mi mente que no yerra.

¡Válgame, ingenio; favor, numen divino!
Mente que lo que vide yo escribías,
hora veremos si tu temple es fino.

Y comencé: "Poeta que me guías,
antes ve si mi aliento es poderoso
a coronar la empresa que me fías.

Tú has dicho que de Silvio el valeroso
padre[1] bajó a los reinos inmortales
de sentidos despierto y animoso.

Mas si el contrario eterno de los males
benigno fue, pensando a cuál efecto
le trajo al mundo, y a destinos cuáles,

no se esconde a varón de alto intelecto,
que fue de Roma y su imperial comarca
en la mente de Dios por padre electo.

De aquélla y de éste la verdad nos marca[2]
que destinados fueron como santo
trono de Pedro al sucesor monarca,

y él, por el viaje en que le ensalzas tanto,[3]
supo cómo legar al lacio suelo
con su triunfo el honor del papal manto.

También, si arrebatado subió al cielo
el vaso de elección,[4] fue porque diera
de alta salud a nuestra fe consuelo.

Mas yo ¿por qué? ¿Quién digno me creyera
pues ni Pablo ni Eneas he nacido,
de merced que aun a mí me sorprendiera?

Que si al gran viaje lánzome atrevido,
temo a la vuelta la irrisión por necio:
sabio eres tú, y al torpe has entendido".

Como al mortal que lo que tuvo en precio
ya no quiere y anhela nueva cosa,
la primera apartando con desprecio,

tal me ocurrió en la selva pavorosa
que pareme a pensar la empresa osada
que desde el punto aquel vi tan costosa.

"Si no entiendo yo mal tu voz turbada
–respondió de Marón la sombra augusta–,
sientes de vil temor el alma helada:

temor por el que empresa noble y justa
deja el hombre espantado muchas veces,
cual bestia que de falso ver se asusta.

Y porque dél a sacudirte empieces,
te diré lo que supe, y los dolores
por qué vine a calmar que hora padeces.

Era entre los suspensos pecadores,[5]
y mujer me llamó tan pura y bella,
que acudí al resplandor de sus albores.

Más brillaban sus ojos que una estrella,
cuando empezó a decirme suave y llana
con voz de ángel la cándida doncella:

"Ánima piadosísima mantuana,
cuya fama en el mundo verde aún dura,
y mientras él se mueve irá lejana;

mi amigo, que no lo es de la ventura,
en el desierto está tan combatido,
que atrás se vuelve el triste de pavura;

y temo se ha de ver tanto perdido,
que ya tarde a ti sea mi llegada,
según dél en el cielo hemos sabido.

Marcha, pues, y con habla razonada,
y con lo que haya menester le escuda,
y quedareme al menos consolada.

Yo soy Beatriz,[6] que te demando ayuda;
de sitio vengo a do volverme ansío;
mándame Amor que a protegerle acuda,

y cuando en faz esté del Señor mío,
será encomiarte mi atención primera."
Dijo; y yo por respuesta al labio fío.

¡Oh norma de virtud, por quien supera
sólo la humana especie, a lo más grato
que ilustra el cielo de más corta esfera.[7]

Es para mí tan dulce tu mandato,
que hasta las ansias me parecen tardas
de tu deseo que entendí y acato.

Mas ¿por qué causa, dime, no te guardas
de venir a este sitio en que me encuentro,
desde el celeste a que volverte aguardas?

"Pues que saber pretendes tan adentro,
te diré –respondiome– brevemente
por qué venir no temo al hondo centro.

Temer debe las cosas el prudente
que hacen el mal ajeno o la desgracia,
no lo que inofensivo es a la gente.

Yo de Dios tal me he vuelto por la gracia,
que ya nuestra miseria a mí no llega,
ni vuestro fuego en mí tiene eficacia.

En el cielo hay mujer que dulce ruega,[8]
que se duele del trance a que te mando
y ante quien duro juicio se doblega.

Ésta luego a Lucía fue buscando,
y le dijo: "Tu fiel hoy de su amiga
necesita, y también yo te demando".

Lucía, de impiedades enemiga,[9]
partió ligera, y me encontró en mi estanza
sentado al lado de Raquel antiga.

"Beatriz –dijo–, de Dios pura alabanza,[10]
no dejes al que te ama de manera
que del vulgo común por ti se lanza.

¿No escuchas tú su angustia lastimera?
¿La muerte no ves tú con que combate
en la riada que al mismo mar supera?

Cual hombre el que más pronto y vivo trato
de hacer su suerte, o de impedir su daño,
tal, su acento en mi oído apenas bate,

cuando a ti vengo desde mi alto escaño,
confiada en tu lenguaje rico, honesto,
honor tuyo, crisol del gusto extraño."

Después que refiriome Beatriz esto
con vista que entre llanto relucía,
me miró por moverme a andar más presto.

Y vine a ti veloz, como quería,
y te arranqué a la loba que a la alteza
subir por lo más breve te impedía.

Mas hora ¿qué te para? ¿Cuál pereza
o miedo vil tu espíritu acobarda?
¿Por qué no alientas franca fortaleza,

pues tres santas mujeres son tu guarda,
y allá en la corte ampárante del Cielo,
y te anuncio yo acá lo que te aguarda?"

Cual florecillas que al nocturno hielo
abatidas se cierran, si las dora
el sol, levantan la cerviz del suelo,

tal sentí, tras fatiga abrumadora,
luego tan vivo ardor ir por mis venas,
que resuelto exclamé con voz sonora:

"¡Piadosa aquella que acudió a mis penas.
benigno tú que obedeciste presto
a sus palabras de verdades llenas!

Tú con las tuyas en mi pecho has puesto
del viaje singular codicia tanta,
que me torno ya firme al fin propuesto.

Ve, que a tu anhelo el mío se adelanta:
sé mi maestro, mi señor, mi guía".
Dije; y no bien Marón movió la planta,
ya le seguí por la silvestre vía.

Canto III

Llega el Poeta a la puerta del Infierno, y lee sobre ella una inscripción espantosa. Entra precedido del buen maestro, y ve en el vestíbulo el castigo de los indiferentes, que pasaran la vida sin hacer nada en el mundo. Llega a la ribera de Aqueronte, donde el infernal barquero trasiega las almas de los condenados, y allí, deslumbrado por un relámpago de fortísima luz, cae sumergido en un sopor profundo.

Por mí se va a la ciudad doliente,
por mí al abismo del torrente fiero,
por mí a vivir con la perdida gente.

La justicia a mi autor movió severo:
me hicieron el poder que a todo alcanza,
el saber sumo y el amor primero.[1]

Antes de yo existir no hubo crianza:
ya eterna sólo; y eternal yo duro;
"¡oh los que entráis!, dejad toda esperanza".

Estas palabras vi con rasgo oscuro
en lo más alto escritas de una puerta.
"Maestro –dije–, su sentido es duro."

Y él replicome, cual persona experta:
"Aquí es bien que el temor dejes a un lado
y que toda flaqueza yazca muerta.

Al lugar que te dije hemos llegado,
do en pena está la multitud sombría
en quien la luz del bien hase apagado".

Su mano en esto uniendo con la mía,
con leda faz que me volvió el aliento,
de los secretos me empujó en la vía.

Ayes allí, suspiros y lamento
sonaban por un aire sin estrellas;
con que opreso me vi de sentimiento.

Hablas mil, voces hórridas, querellas,
palabras de dolor, ira que espanta,
roncas blasfemias, manotear con ellas,

alzan rumor, en discordancia tanta,
que el gran ámbito llenan por repentes,
como la arena que el turbión levanta.

Y yo, en tremenda confusión las mientes,
dije: "¿De quién, maestro, es ese grito,
y quiénes son esas perdidas gentes?"

Y él me dijo: "Así el número infinito
pena de aquellas almas que vivieron
sin virtud en la tierra y sin delito;

que a los ángeles luego aquí se unieron
que no fueron traidores ni leales
a Dios, mas sólo por sí propios fueron.

Por no amenguar sus brillos celestiales
los lanza el alto y los rechaza el bajo,
porque achican su horror huéspedes tales".

Y exclamé: "¿Qué destino les trajo,
qué grave mal a padecer tan fuerte?"
"Te lo diré –me dijo– sin trabajo.

Esos no esperan bienhechora muerte,
y es su existencia tan amarga y lasa,
que envidiosos están de cualquier suerte.

Su huella el mundo ni conserva escasa:
el perdón, la justicia los desdeña...[2]
No hablemos de ellos, sino mira y pasa."

Y yo, que obedecí, vide una enseña
que iba girando al tiempo que corría,
pues en no darse paz tanto se empeña.

Y muchedumbre tal detrás venía,
que al verla junta, vacilando quedo
si tal riza aun la muerte hacer podría.

Así que distinguir los rostros puedo,
miro con más fijeza, y vi entre varios
al que la gran renuncia hizo por miedo.[3]

Y entendí al punto que eran los sectarios
de aquella secta de ánimos pasivos
no agradables ni a Dios ni a sus contrarios.

Esos, que no estuvieron nunca vivos,
iban desnudo el cuerpo y les herían
avispas y abejones vengativos.

Y sus rostros de sangre se cubrían
que, cayendo entre lágrimas, cuajada
en sus pies, mil gusanos se comían.

Mas la vista a otra parte encaminada,
almas al borde vi de un río ingente;
conque exclamé: "Maestro, ¿no te agrada

decir quién soy, y el hábito impaciente
que a pasar tan ligeras las apronte
como estoy viendo entre el brumoso ambiente?"

Y él: "Quienes sean a saber disponte
cuando hagamos un alto en nuestro viaje
por las tristes riberas de Aqueronte".

Aquí me hace el rubor que al suelo baje
los ojos, de cansarle temeroso,
y mudo voy hasta el fluvial paraje.

Y en llegando, a un anciano en barco añoso
vimos venir, de viejo blanco el pelo.
"¡Ay de entrambos! –gritando pavoroso–,

almas inicuas, no veréis ya el cielo;
para llevaros vengo a la otra riba,
entre las sombras, el calor y el hielo.

Y tú, ¿qué haces aquí, criatura viva?
Parte, aléjate de éstos, que son míos."
Mas cuando el nauta vio que no me iba,

"Por sitios –exclamó– menos impíos,
no por éstos, a ti pasar te toca:
ve a buscar otros puertos y navíos."

Y mi guía: "Carón, tu ira sofoca:
allá donde se puede lo han querido,
palabras deja y resistencia loca".

La faz lanosa en esto ha descogido
el piloto de agua triste y muda,
cuya vista giró globo encendido.

Mas de ánimas la grey lasa y desnuda
mudó el color y tiritó de dientes
en cuanto la amenaza oyó sañuda.

Y de Dios, y sus padres y parientes
blasfemaron, y el suelo maldijeron,
y la luz que las puso entre las gentes.

Con gran llanto después se recogieron
todas a la ribera macilenta,
que aguarda a los que al Cielo no temieron.

Allí Carón las junta y las recuenta,
genio infernal, con la pupila roja,
y el remo a las más tardas les asienta.

Cual árbol que al otoño se despoja,
perdiendo su verdor ramo tras ramo,
hasta que al suelo da la postrer hoja,

esas almas así, siervas sin amo,
van lanzándose al barco una por una,
a la señal, cual aves al reclamo.

Y atraviesan la lívida laguna,
y antes de que la playa opuesta llenen,
ya nueva multitud de acá se aduna.

"Los que, al morir, perdón de Dios no tienen
–dijo el cortés maestro–, ¡oh hijo mío!,
de las regiones todas aquí vienen;

y prontos son a atravesar el río,
porque el Juicio eternal los espolea
y les muda el temor en ansia y brío.

Aquí nunca se ha visto alma no rea;
y si Carón de ti, torvo, se extraña,
motivo no le falta porque sea."

Dijo Virgilio; y la infernal campaña
tan fuerte retembló, que del espanto
todavía el sudor mi frente baña.

Y alzóse viento en la mansión del llanto,
y una luz rojiza brilló en su linde,
que todos mis sentidos turbó tanto,
que caí cual mortal que el sueño rinde.

Canto IV

El poeta, despertado por un trueno, prosigue su camino, y baja al Limbo, que es el primer cerco del Infierno, donde se hallan las almas de los que, aun cuando vivieron una vida arreglada a la razón y a la virtud, son excluidos del Paraíso porque no fueron regenerados por las aguas del Bautismo. De allí bajan al cerco segundo.

Trueno atroz que en mi frente ha restallado
rompió mi grave sueño, y sacudime
cual hombre que por fuerza es despertado;

y en derredor a reposar pusime,
por conocer los sitios donde estaba,
rectos los ojos que el sopor oprime.

Y vi que hacia la proa me encontraba[1]
de la val del abismo dolorosa
que ayes infinitos retumbaba.

Era honda, y oscura, y nebulosa;
tanto, que, aunque llegaba a lo profundo,
la vista a distinguir no alcanza cosa.

"Bajemos allá, pues, al ciego mundo
–empezó el vate, pálido y movido–;
seré a entrar el primero; tú, el segundo."

Mas cuando así el color le vi perdido,
"¿Yo entrar –le dije–, si el temor tú sientes,
tú que mi solo aliento y fuerza has sido?"

Y él a mí: "La desdicha de las gentes
que allá en lo bajo están, mi rostro tiñe
de piedad, que terror juzgan tus mientes.

Vamos, que el largo viaje nos constriñe".
Lanzose en esto, y le seguí al interno
cerco primero que el abismo ciñe.

En él, a lo que escucho, un eco tierno,
sin lloro alguno, de suspiros suena,
que el aura agita del espacio eterno;

y era el dolor que, sin martirio, apena
a varones, a infantes y a mujeres
de que aquella mansión se encuentra llena.

Y el maestro exclamó: "¿Saber no quieres
los que en este lugar son apartados?
Óyelo, pues, antes que dél salieres.

Son los pecadores que han mostrado
virtudes; mas en vano, que el bautismo,
puerta de la fe tuya, no han tocado.

O si antes fueron ya del cristianismo,
no amaron bien a Dios, según yo creo,
y, ¡ah!, de esos infelices soy yo mismo.

Tal fue nuestro delito, y no más feo,
y en castigo por él se nos ajusta
vivir sin esperanza y con deseo".

Mi alma de oírlo se entristece adusta,
porque harta gente conocí que gime
suspensa en aquel Limbo, grande, augusta.

"Dime, maestro mío; señor, dime
–exclamé yo–: para vivir más cierto
de aquella fe que todo mal redime,

¿salió ya de aquí alguno, por su acierto
o mediación ajena, a ser dichoso?"
y él, penetrando mi decir no abierto:

"Era nuevo yo aquí –dijo afectuoso–
cuando a uno vide descender fulgente,
coronado de signo victorioso.[2]

Y el ánima de Adán sacó potente,
de Abel, y del que Dios salvó en el Arca,
de Moisés, legislante y obediente;

de Abrahán, caudillo, y de David, monarca
de Israel, con su prole y padre amado;
de Raquel, por quien tanto hizo el patriarca,[3]

y de otros muchos, y ensalzó su estado;
pues sabrás que ninguno, hasta ese instante,
de la humana familia fue salvado".

A la vez que él hablaba, iba delante;
mas aún, en nuestra vía, nos rodeaba
de almas la espesa selva pululante;

y mucho adentro el pie no penetraba,
cuando vi un resplandor que allí lucía
y el hemisferio oscuro iluminaba.

Y éramos dél lejanos todavía,
mas tanto no que no se viera en parte
que alta gente ese espacio contenía.

y "¡Oh tú –exclamé–, que sabes ciencia y arte,
¿quién son ésos que logran, ¡merced rara!,
que así de los demás se los aparte?"

"La nombradía –respondió– preclara
que allá en el orbe tuyo han obtenido,
ese favor del Cielo les depara."

Entre tanto, esta voz llega a mi oído:
"Honorad al altísimo Poeta:
su sombra torna ya, que ausente ha sido".[4]

Callada aquí la voz, y en aura quieta,
vi cuatro grandes sombras acercarse
con faz que ni placer ni pena inquieta.

Y empezó el buen maestro así a explicarse:
"¿Ves aquel de luciente espada en mano,
como rey a otros tres adelantarse?

Homero es ése, el vate soberano;
el satírico Horacio detrás viene;
Ovidio, luego; el último, Lucano.

Y a todos el renombre[5] nos conviene
que el coro a mí me dio; y él por mí vela,
y el honor que me es dado me previene".

Junta así logré ver la insigne escuela
de aquel monarca del cantar brillante
que, águila audaz, sobre los otros vuela.

Después que hablaron entre sí un instante,
salud me dan con amigable gesto,
que a mi maestro le alegró el semblante.

Y aun obtuve favor más manifiesto;
pues el grupo su igual me considera,
conque de escuadra tal halleme el sexto.

Y fuimos yendo hacia la gran lumbrera,
cosas hablando que es callar sencillo,
cual dulce entonces escucharlas era.

Y al pie llegamos del caudal castillo
que un muro siete veces asegura
y ciñe de un arroyo el puro brillo.

Por él pisamos cual por tierra dura;
siete puertas pasamos con sus naves,
y a un prado fuimos de ternal verdura.

Allí, a muchos, con ojos tardos, graves
y majestuosa faz, vimos presentes,
y hablando breve y con acentos suaves.

Y a un lado nos pusimos eminentes,
en sitio abierto, sin que luz nos falte,
y a todas viendo las diversas gentes.

Allí, derecho, sobre el verde esmalte,
las grandes sombras me mostraron luego
que hacen que el pecho de entusiasmo salte.

Y a Electra[6] y a otros muchos vi en sosiego;
junto a Eneas piadoso, Héctor osado,
y en armas César, con mirar de fuego.

Y vi a Pentesilea[7] hacia otro lado,
y a Camila[8] detrás, y al rey latino
con Lavinia su hija allí sentado.

Y vide a Bruto, el que arrojó a Tarquino;
y a Lucrecia, Cornelia,[9] Marcia,[10] Emilia;[11]
y de todas aparte, a Saladino.[12]

Tras pausa breve que la vista auxilia,
vi después de las ciencias al maestro.[13]
entre la filosófica familia.

Todos le honran y admiran por más diestro;
con él están los Sócrates, Platones,
ya al derecho lugar, y ya al siniestro.

Demócritos que dudan las acciones,
Anaxágoras, Diógenes y Tales,
Empédocles, Heráclitos, Zenones;

y a Dioscórides vi, que naturales
sustancias analiza; a Lino, a Orfeo
y a Marco Tulio y Séneca morales.

Al geómetra Uclide, a Tolomeo,
a Hipócrates, Galeno y Avicena,
y el árabe Averroes,[14] también veo.

Mas de todos narrar fuera gran pena,
y el vasto asunto a suspender me exhorta
decir que a veces la verdad no llena.

Aquí el coro de seis, de dos se acorta;
y del lugar sereno el sabio guía
a otro me lleva, donde el alma absorta
vuelve al horror de la tiniebla umbría.

Canto V

A la entrada del segundo cerco encuentra Dante a Minos, que es el juez de los culpados. Ya dentro de él, ve a los condenados por lujuria, cuya pena consiste en verse eternamente sacudidos por fierísimos vientos en un ambiente oscuro y tenebroso. Entre esos infelices reconoce a Francisca Arminio, vulgarmente llamada de Rimini, de la cual escucha la historia lamentable de sus desgraciados amores.

Así, del cerco primo fui al segundo,
de más corta región, pero más llena
de horrible grito de dolor profundo.

Allí Minos está con faz de hiena.
A la entrada examina al que ha llegado,
y, según lo que oyó, juzga y condena.

En cuanto cada espíritu malvado
es a su frente, se confiesa breve;
y aquel sabidor grande de pecado

ve a qué sitio del Orco se le lleve,
y ciñe con la cola tantas vueltas
cuantos grados al fondo bajar debe.

Siempre hay en torno suyo ánimas sueltas,
yendo o viniendo del funesto juicio,
o sus causas oyendo ya resueltas.

"¡Oh tú, que vienes al tremendo hospicio!
–dijo Minos, al ver la imagen mía,
parando el acto de tan grande oficio–,

mira dó vas a entrar y quién lo fía:
no la amplitud te engañe de la boca."
"¿Por qué así gritas? –díjole mi guía–.

Impedir su destino no te toca:
allá donde se puede lo han querido;
palabras deja y resistencia loca."

Ora a sonar empiezan en mi oído
los ecos de dolor; ora he llegado,
do inmenso llanto el alma ha suspendido.

Y entré al lugar de toda luz privado,
que mugía cual mar que se atempesta,
si es de vientos contrarios azotado.

La borrasca infernal siempre dispuesta,
lleva las almas con estrago y ruina,
las revuelve y percude, y las molesta;

y cuando ya a estrellarlas se avecina,
allí es el llanto y el fragor que meten,
y el blasfemar de la virtud divina.

Ésos a quien los vientos acometen,
los pecadores son, torpes, carnales,
que al apetito la razón someten.

Que, como al estornino, a desiguales
vuelos obliga el tiempo no propicio,
así los lleva en sulcos eternales

aquí y allí su doloroso oficio,
sin la esperanza del consuelo blando,
no que de paz, mas de menor suplicio.

Y cual grullas, su triste ¡ay! cantando,
hacen de sí, ir en el aire, larga fila,
tales vide venir, ayes lanzando,

sombras que a grupos la borrasca apila.
"¿Y de quién –dice–, ¡oh sabio!, es la luctuosa
turba que el viento escacha y aniquila?"

"La primera que ves, de frente hermosa,
dominando el asiático hemisferio,
reina fue de cien lenguas[1] bien famosa;

y del cuerpo cedió tanto al imperio,
que erigió en ley el vicio que la empece,[2]
por arrancar su nombre al vituperio.

Semíramis ha sido. Ayer parece
la vio esposa de Nino y sucesora
la tierra que al Soldán hoy obedece.

Esa es la triste a quien la vida azora,
de Siqueo a los mares ya perjura,[3]
y Cleopatra lasciva esa que llora."

Y vi a Helena, que dio tanta amargura,
y nudo al pie, que aun sangre destilaba,
al grande Aquiles con la frente oscura.

Y a Paris[4] y a Tristán[5] me señalaba,
y a más a quien amor, de furia henchido,
con desastroso fin la vida acaba.

Yo cuando a mi rector húbele oído
tanta dama nombrarme y caballero,
fui casi opreso y de piedad vencido.

Y le dije: "Poeta, hablar espero
a ese que unido par[6] se va abrazando
y se abandona al viento tan ligero".

Y a su vez respondió: "Verásle cuando
más cerca esté; y entonces tú les ruega
por el su amor, y a ti vendrán volando".

Y el molino apenas las allega,
ya les grité: "Venid, almas cuitadas,
con nos a hablar, si el Alto no lo niega".

Cual palomas que vuelan disparadas,
tendida el ala y firme, al dulce nido,
de su amorosa voluntad llevadas,

así dejaron el tropel de Dido,
a nos viniendo por el aire inmundo:
¡tanto fuerte el reclamo les ha sido!

Y ella dijo: "Ser bueno, que al profundo
vienes a visitar a los que habemos
de nuestra sangre así teñido el mundo,

por ti al Rey de los orbes pediremos,
si aún algo a su infinito amor nos liga,
pues tanto nuestro mal sentir te vemos.

Y cuando quieras hoy que escuche, o diga,
te será por mí dicho y escuchado,
mientras el viento así callando siga.

En el suelo nací del Po bañado,
y junto al mar do lánzase impetuoso,
de arrastrar tantos ríos fatigado.

Amor que prende raudo en pecho hermoso
a éste abrasó por la gentil persona
que perdí, y aún me ofende el modo odioso.

Amor, que a amantes con amor corona,
por éste me cogió placer tan fuerte,
que aun así, como ves, no me abandona:

amor, en fin, nos deparó igual suerte;
y el cerco do Caín gime violento,[7]
aguardando está a aquel que nos dio muerte".

No bien calló, doblé yo sin aliento
mi frente opresa de dolor no escaso;
y él me dijo: "¿Dó está tu pensamiento?"

Y yo exclamaba por respuesta: "¡Ay laso!
¡Cuánta dulzura de zozobras llena
llevarlos pudo al miserando paso!"

Y a ellos vuelto, empecé: "Tan honda pena
rasga el pecho, Francisca, y la faz siente
correr do pío llanto larga vena.

Mas dime: al tiempo de tu mal creciente,
¿cuándo y cómo los ímpetus sentiste
de ir hasta el fondo del deseo ardiente?"

Y ella exclamó: "Mayor dolor no existe
que el feliz tiempo recordar consunto,
y éste lo sabe, en la miseria triste.

Mas pues quieres principio y causa junto
saber de nuestro amor con tanto anhelo,
vas a verme llorar y hablar a un punto.

Leíamos un día por consuelo,
cómo fue Lancelot de amor herido:
solos éramos ambos, sin recelo.

Cien veces a llorar nos ha movido,
y a perder la color del libro de arte;
mas un punto no más nos ha perdido.

Cuando a leer llegábamos la parte
do aquél bebe de amor el beso blando,
éste, que ya de mí jamás se aparte,

la boca me besó todo temblando.
Galeoto[8] fue el libro, y aquel día,
ya nada más leímos." Así hablando

un espíritu, el otro tal gemía,
y con tan hondo llanto, que me trae
piedad inmensa a extremo de agonía:
y caí como cuerpo muerto cae.

Canto VI

Recobrando el sentido, se halla el Poeta en el cerco tercero, en el que se castiga el vicio de la gula con la pena de ser batidos los condenados por una fortísima lluvia mezclada de grueso granizo, y ensordecidos al mismo tiempo por los horribles ladridos de Cerbero, que además los desgarra con uñas y dientes. Entre esos infelices encuentra a su compatriota Ciaco, con el que se entretiene hablando de las cosas de Florencia.

Al cobrar la razón, que hube perdida
de piedad por aquellos deudos caros
que así el alma dejáronme abatida,

doquiera que los ojos vuelvo claros,
sólo llego a mirar, doquier me mueva,
atormentados y tormentos raros.

Pasa que en este espacio siempre llueva,
y ésta es tercia región horrible, aleve,
que modo y calidad jamás remueva.

Granizo espeso, y agua turbia, y nieve
cae por la oscura atmósfera perversa,
y repudre la tierra que la bebe.

Cerbero, fiera a las demás diversa,
allí, trifauce can, se encoleriza,
cruel con la postrada gente inmensa.

Roja es su vista, inmundo pelo riza,
ancho su vientre, uñosas son sus manos;
las almas troncha, pela y descuartiza.

Ladrar las hace el agua como alanos,
y por guardar un flanco, el otro entregan
cada instante los míseros profanos.

Cuando ve el gran reptil a los que llegan,
las golas abre, y crudo en sus afanes,
los miembros todos de su cuerpo juegan.

Mi guía aquí, con bajos ademanes,
juntó tierra, y las manos en ella hinchendo,
la echó en la boca de los rabiosos canes.

Como el mastín que aullando está y gruñendo,
sí que agarra el pasto que le dieran,
calla, al grato comer sólo atendiendo:

las gordas, roncas fauces así hicieran
del monstruo que las almas atronaba
de modo tal que ensordecer quisieran.

Íbamos por entre esas que agobiaba
la lluvia, y nuestras plantas oprimían
el vacío que cuerpos figuraba.

Ésas por tierra allí todas yacían;
mas una se arrodilla así que advierte
que ya a pisarla nuestros pies venían.

"¡Oh tú que a tal mansión trajo tu suerte!
–me dijo–. ¡Reconóceme, si sabes:
antes tú fuiste a vida que yo a muerte!"

Y yo: "Los daños que te oprimen graves
te habrán cambiado tanto, que a mis ojos
parece que hoy de presentarte acabes.

Dime, pues, tú quién eres, la de hinojos,
que aquí padeces con tan tosca pena
que no la hay, si mayor, de más enojos".

Y respondiome: "Tu ciudad, tan llena
de envidia atroz, que se la vierte el saco,
con la vida me dio su luz serena.

Los compatricios me llamasteis *Ciaco*,[1]
y, por el vicio torpe de la gula,
bajo este cielo me confundo opaco.

Ni solo estoy, que a todas se regula
las almas que aquí están, igual tormento,
por vicio igual que en vida nos adula",

"Tu angustia, Ciaco, tan de veras siento,
que me arranca las lágrimas –le dije–:
mas ¿no podrás decirme a qué momento

los ciudadanos que el furor dirige
vendrán, y si hay quien la justicia escucha,
y por qué así discordia los aflige?"

Y respondió: "Tras empeñada lucha
vendrá el acero, y el montés partido[2]
lanzará al otro con ofensa mucha.

Y éste caerá a su vez, y el ya vencido
al sol tercero[3] volverá triunfado,
por uno que hoy blandea sostenido.[4]

Y largo tiempo se alzará en el mando,
y hará que su rival su suerte aciaga
viva, y su largo oprobio devorando.

Dos justos hay,[5] mas su virtud no halaga:
soberbia, envidia y lucro codicioso,
son los tres males de Florencia plaga".

Puso aquí fin al eco lagrimoso,
y repliquele: "Aún más quiero me cuentes:
préstame aún más tu labio generoso.

Farinata y Tegiazo, tan valientes,
Jacobo Rusticucio, Mosca, Arrigo.[6]
y otros a hacer el bien tan diligentes,

¿dó están, dime? Feliz si yo consigo
su destino saber, y si es que adoran
a Dios allá, o acá sufren castigo".

"Entre las almas más inicuas moran
–me dijo– del infierno en lo más hondo;
si tanto bajas, las verás cual lloran.

Pero de mí, infeliz, que aquí me escondo,
¿hablarás al volver al dulce mundo?
Ni más te digo ya, ni más respondo."

Luego embizcó los ojos, iracundo,
me contempló un instante, y con la frente
dio cual los otros en el fango inmundo.

Y prorrumpió mi guía: "Aquí durmiente,
mientras del ángel el clarín no zumba,
yacerá, y cuando Aquél venga esplendente,

cada cual buscará su triste tumba,
carne y figura cobrará, y el duro
fallo sabrá cómo eternal retumba".

Así pasamos por el mixto impuro
de sombras y de lluvia a pasos lentos,
tocando un tanto en el vivir futuro.

Y le dije: "Maestro, esos tormentos
que sufren hoy, tras de la gran sentencia,
¿menos crudos serán, o más violentos?"

Y replicó: "¿No sabes por tu ciencia
que cuanto es más perfecta una sustancia.
más sensible es al bien y a la dolencia?

Así toda esa turba en malandancia,
como no ha de ir a perfección su estado,[7]
pienso en el juicio eterno hallar ganancia".

Cuando hubimos en torno el cerco andado,
más cosas resolviendo que ahora digo,
nos vimos que el descenso era abocado,
y estaba Pluto[8] allí: ¡fiero enemigo!

Canto VII

Los Poetas encuentran a la entrada del cuarto cerco al señor de las riquezas, que con extrañas voces trata de espantarlos; pero Virgilio lo tranquiliza y baja con su alumno a ver el castigo de los pródigos y de los avaros, que empujan con el pecho, para que rueden, enormes pesos, y se chocan con ellos unos tras otros; porque están formados en dos grupos separados, de los que cada uno ocupa una semicircunferencia del cerco. Explica Virgilio lo que es la fortuna, y luego bajan al quinto cerco, donde está la laguna Estigia, en la que padecen empantanados los iracundos y debajo los perezosos.

Papé Satán, aleppe,[1] el fosco labio
de Pluto comenzó con voz airada;
y aquel vate gentil, que fue tan sabio,

dijo por darme ardor: "No temas nada,
que, por poder que tenga, es fuerza poca
de ese cerco a impedirle la bajada".

Y vuelto luego a aquella hinchada boca,
le grita: "Calla, lobo maldecido,
y entre ti con tu rabia te sofoca:

¡que aquí no vano nuestro viaje ha sido;
y así lo quieren do Miguel fue un día
vengador del estupro[2] aborrecido".

Como el velamen cae que el viento henchía
si troncha el mástil y de muerte amaga,
tal a tierra cayó la fiera impía.

Y a la cuarta región fuimos aciaga,
más y más penetrando al reino esquivo
que los males del mundo todos traga.

¡Ay justicia de Dios, y cuánto vivo
dolor, trabajo, angustia ver me toca!
¡Que a tanto dé nuestra maldad motivo!

Cual allá de Caribdis en la roca
ola con ola estréllase bramando,
así la triste gente aquí se choca.

Y almas vi por ejércitos clamando
de dos contrarias partes muy resueltas
de pecho a fuerza pesos volteando.

Con furia se encontraban, y atrás vueltas
al tremendo rebote cada una,
"¿Por qué aprietas?" –gritaba– o "¿Por qué sueltas?".[3]

Volviendo luego por la estancia bruna,
de cada mano hacia el contrario punto,
sin dejar el refrán alma ninguna;

para tornar, ya un radio al otro junto,
al choque opuesto y la eternal palestra.
Y yo, que del dolor era trasunto,

a mi guía le dije: "Ora me muestra
qué gente es ésa, y si al altar sirvieron
aquellos tonsos de la izquierda nuestra".

Y él respondiome: "De la mente fueron
todos calvos de modo allá en la vida,
que ningún gasto con medida hicieron.

La voz lo cacarea repetida
cuando se chocan de éste y de aquel lado
do inversa culpa de apartarlos cuida.

Los que ves del cabello tonsurado,
clérigos son, y Papas, cardenales,
que a la codicia vil se han entregado".

Y dije yo: "Señor, entre los tales,
acaso a conocer alcance algunos
que sucios vi de tan inmundos males".

Y él a mí: "Vano intento te propones:
pues un vivir que a la razón no escucha,
llega a borrar del hombre las facciones.

Siempre eterna será de ambos la lucha,
y aun saldrán del sepulcro, éste sin pelo,
cerrando el puño aquél con fuerza mucha.

Mal dar y mal guardar, del almo cielo
les privan, y a esas luchas los estrechan.
¿Qué te diré de mal tan sin consuelo?

¡Aquí ver puedes, hijo, qué aprovechan
los bienes que administra la fortuna
porque los hombres sin piedad se acechan!

Que todo el oro que hay bajo la luna,
o el que esas almas junto han poseído,
no bastaría a redimir ni una".

"Cuéntame, pues –le dije–, ya que has sido
tú el que a nombrar a la fortuna avanza,
quién es ella, que al mundo así ha vencido?"

Y replicó: "Criaturas sin mudanza,
¡cómo vuestra ignorancia se trasciende!
Mame ora aquí tu boca mi enseñanza.

Aquel cuyo saber doquier se extiende
los cielos hizo y dio quien los rigiera,
con arte tal, que un globo y otro esplende[4]

igual la luz vertiendo en cada esfera.
Él también a los órdenes mundanos
señaló quien rectora y numen fuera.

Y es ésa quien los bienes suelta vanos
por pueblos o por raza, o los reserva
sin que a oponerse basten los humanos;

que una gente domina y otra es sierva,
a voluntad de aquella que se oculta
cual la muda culebra entre la hierba.

Vuestro saber ante ella se sepulta;
y, cual los otros divos[5] sus imperios,
rige el suyo, y previene, abate, exulta.

Son sin tregua sus cambios los más serios,
el ser veloz necesidad la impone,
y si el mal es un bien son sus misterios.

Ésta es aquella a quien en cruz se pone
por el que en vez de honrarla cual debiera,
causa que todo labio la baldone.

Y ella no escucha nada, y placentera,
y con los otros ángeles beata,
en sí se goza y vueltas da a su esfera.

Mas vamos a región aún más ingrata.
Ya caen las estrellas que altas vimos.[6]
y el estar aquí mucho se nos ata".

Del cerco, en esto, al fin cortando fuimos,
y junto a un cauce bullidor, que cae
en un foso que él labra, descendimos.[7]

Mestiza es de color la agua que trae,
y nosotros, siguiéndola vecina,
en vía entramos do el valor decae.

Allí, cuando al tocar playa malina
ese negro riacho y triste acaba,
forma un lago que Estigio se nomina.

Yo, que sin pestañear le contemplaba,
vi entre sus limos enfangadas gentes,
en cueros todas y con vista brava;

que no sólo con manos combatientes,
mas se herían con pies, pechos, cabeza,
y arrancándose trozos con los dientes

Y el maestro me dijo: "Esa fiereza
marca los que pecaron por la ira,
y quiero sepas con cabal certeza

que bajo el agua hay gente que suspira,
y lo muestra, subiendo acá a lo sumo
cada burbuja que crecer se mira,

y dicen desde él limo: "Nuestro zumo
tristes nos hizo aún bajo el sol que alegra,
de la desidia con el lento abrumo:

"¡Hora lloremos en la charca negra!"
Tal himno en sus gargantas se atoroza
y ni aun acaba con palabra integra".

Así gran parte de la hedionda poza,
un arco haciendo, en derredor giramos,
mirando a los que ensucia inmunda broza;
y luego hacia alta torre enderezamos.

Canto VIII

Mientras los Poetas giran alrededor de la laguna, Flegias, a quien le han dado la señal, acude con su barca para pasarlos a la ciudad de Dite. En este tránsito encuentra a Felipe Argente. Llegados a la puerta de la ciudad, los demonios se oponen furiosos a su entrada. Trata Virgilio de aplacarlos; pero en vano, porque les cierran la puerta. Entonces el maestro, aunque inquieto también, asegura al alumno que vencerá esta prueba, y que ya va a venir quien los socorra.

Y digo, prosiguiendo, que recorre
primero nuestra vista que lleguemos
la extrema altura de la excelsa torre.

Y allí dos luces encenderse vemos,
y otra, de seña, responder lejana,
la cual apenas distinguir podemos.

Y yo, vuelto a aquel mar de ciencia humana.
"¿Qué pregunta este signo y qué responde
aquél –le dije–, y quién los dos hermana?"

Y él: "Si tu vista tiéndese por donde
se dilata el pantano, a quien espera
verás, si su vapor no te lo esconde".

No de la cuerda así flecha ligera
por los aires corrió veloz silbando,
cual yo no vide hacia nos barca ligera

por el agua volar, la cual guiando
un galeote no más solo venía.
"¿Llegas, alma perversa, o no?", gritando.

"Flegias.[1] Flegias –le dijo mi buen guía–,
al aire esta vez gritas: ten sosiego:
nos tendrás sólo al paso en compañía."

Como el que escucha que engañoso juego
le han hecho, y se exaspera al enterarse,
Flegias se puso así de rabia ciego.

Descendió mi maestro sin notarse
en la barca su peso, pues cargada
sólo al hacerme entrar pareció hallarse.

Y cuando en ella fuimos, más calada[2]
que suele de común la vieja prora
por la muerta laguna va empeñada.

Mientras el agua surcamos malodora,
me sale un alma a mí de fango llena,
"¿Quién –diciendo– eres tú que vienes hora?"

"Si vengo –repliqué– no es por condena.
¿Y tu quién eres, sucio de ese modo?"
"Mira que soy –me dijo– uno que pena."

Y yo a él: "Con tu pena y con tu lodo.
quédate, ejemplo de ánimos insanos;
que te conozco aunque embrozado todo".

Tendió entonces al bordo las dos manos;
pero mi guía lo desprende y grita:
"¡Anda ve con los perros tus hermanos!"

Y a mi cuello después se precipita,
me besa el rostro, y dice: "¡Alma dignosa[3]
la que en su seno te llevó bendita!

Ése en el mundo fue criatura odiosa;
nunca ejerció del bien el ministerio,
y es por eso su sombra aquí furiosa.

¡Cuántos arriba habrá dueños de imperio.
que aquí vendrán cual cerdos a porquera,
tras sí dejando sólo vituperio!"

Y yo; "Maestro, plácido me fuera
el mirarle atollarse en esa broza,
antes que nuestra quilla alzarse viera".[4]

Y respondió: "Primero que la poza
lleguemos a pasar, tan grato empleo
tu vista ha de tener, si en él se goza".

Y así fue, que bien pronto vi el ojeo
que de él hacía la fangosa gente;
y alabo a Dios que me cumplió el deseo.

Todos gritaban: "A Filipo Argente",[5]
y el florentino espíritu furioso,
de despecho en sí propio hincaba el diente.

Mas quede aquí el decir de aquel rabioso:
que hora en oído vibran ecos tales
que me hacen dilatar la vista ansioso.

Y el maestro: "Hijo mío, a los umbrales
llegas de la ciudad que llaman Dite,
con chusma inmensa y actos oficiales".[6]

Y yo: "Maestro, sí: veo que admite
la val adentro[7] un mundo de mezquitas,
rojas como el metal que se derrite".

Y él: "Las viviendas –respondió– malditas,
así enrojecen las que el bajo Infierno
siempre allí acopia hogueras infinitas".

Pronto llegamos luego al foso eterno
que cerca la mansión desconsolada:
de hierro parecióme el muro eterno.

No sin hacer primero gran girada,
llegamos a lugar do el patrón fuerte:
"¡Ea, salid –nos dijo–: ésta es la entrada!"

Sobre la puerta allí la vista advierte
grupo que llovió el cielo; el cual fogoso
gritaba: "¿Quiénes ese que sin muerte

ve el reino de los muertos pavoroso?"
Y mi sabio rector hízoles muestra
que de hablarles aparte está ganoso.

Eso un tanto calmó su ira siniestra,
y dijeron: "Tú ven, y al otro envía,
que tan audaz pisó la tierra nuestra.

Vuélvase solo por la loca vía,
y pruebe si sabrá; tú has de quedarte,
que en el viaje fatal le fuiste guía".

Cuál que quedara yo, puedes pensarte,
lector, oyendo las palabras crudas;
que juzgué nunca más esto narrarte.

Y "¡Oh mi guía –exclamé–, que de tan rudas
fatigas me libraste y protegiste,
disipando mis miedos y mis dudas.

No, por Dios, me abandones así triste;
y si el ir más allá me es prohibido,
vuélveme más veloz que me trajiste".

Y el que hasta allí mi planta ha conducido,
"Ten –me dijo– valor, que nuestro paso
a ninguno impedir le es permitido.

Mas aguárdame aquí, y el pecho laso
dulce esperanza anime y alimente,
que no te dejo en el funesto caso".

Y en esto vase, y déjame doliente
el dulce padre, y mi alma es indecisa,
que el no y el sí batallan en mi mente.

No oí lo que les dijo: mas divisa
mi atención que es con ellos breve instante,
y que adentro se acogen con gran prisa.

Y echan la puerta a mi señor delante,
y él fuera queda, y vuelve hacia mí lento
con corto paso y tétrico semblante.

Bajos los ojos trae, y el ceño exento
de vano orgullo, y suspirando dice:
"¿Quién la mansión me veda del tormento?"

Y a mí: "No tu virtud se atemorice
mi enojo al ver, que la victoria es mía,
por defensa que adentro se organice.

No ya nueva es en ellos la osadía,
que con la puerta usáronla primero[8]
y están rotos sus goznes todavía.

Sobre ésa viste la inscripción severa...
Mas ya desde allá acá los cercos pasa,
rompiendo solo por la noche fiera,
quien ha de abrirnos la tartárea casa".

Canto IX

Dante, asustado todavía, pregunta al maestro si otra vez ha andado aquel camino. Mientras oye la respuesta, es sorprendido por la repentina aparición de las Furias en lo alto de la torre. Virgilio le precave de sus artes maléficas, y en esto llega el divino mensajero, que les abre las puertas de la ciudad terrible. Entran en ella, y ven allí castigados dentro de arcas de fuego, a modo de sepulcros, a los epicúreos y heréticos.

El color que por fuera pinta el miedo,
viendo el maestro que a mi faz tomaba,
le hizo la suya serenar más cedo.

Y como aquel que escucha, atento estaba;
que por la espesa niebla y sombra oscura
poco la vista de extensión ganaba.

"Nuestra victoria al fin será segura
–comenzó–; mas si no... me está ofrecido...
Del otro la tardanza ¡cuál me apura!"

Bien vi yo que este hablar era medido.
por contrastar lo que antes me decía,
en lo que bien diverso era el sentido.

Mas no calmó con eso el ansia mía,
que yo a su trunca voz daba, inserena,
aun más negro valor del que tenía.

"¿Bajó a esta cuenca de tormentos llena
alguno desde el círculo incipiente
do perder la esperanza habéis por pena?"

Esto le pregunté, y él: "No es frecuente
–me respondió– que alguno el giro acabe
en que empeñado mírome al presente.

Verdad es que otra vez al eco grave
vine evocado yo por una Erito,[1]
que a los cuerpos volver las almas sabe.

Era nuevo entre aquellos sin delito,[2]
cuando me hizo buscar, tras de aquel muro,
del círculo de Judas[3] a un precito.

El sitio es el más hondo, el más oscuro,
y el más lejos del cielo por quien gira
todo globo.[4] Sé andarlo; está seguro.

Ese lago que tanto hedor transpira,
en torno ciñe a la ciudad ardiente
do no podemos penetrar sin ira".[5]

Dijo, y más cosas que olvidó mi mente;
porque eran mis sentidos todos puestos
en la cima de la alta torre ardiente.

Sobre ella vi en un punto alzarse prestos
tres sangrientos espíritus fatales,
con miembros de mujer, actos y gestos.

Hidras verduscas forman sus cendales,
largas cerastes son sus cabelleras,
sierpes orlan sus sienes infernales.

Y él, que conoce bien las mensajeras
de la negra mansión que Dios maldijo:
"Mira, allí salen las Erines fieras:

Megera es a la izquierda el ojo fijo,
Aleto aquella de llorar rabioso,
la del medio es Tisífone", me dijo.

Hundíanse en el pecho sanguinoso
las uñas, entre aullidos y golpeo;
tanto, que al vate me estreché medroso.

"Ven, Gorgona, y haz piedra al que allí veo
–gritábanse las tres en son de guerra–.
Venguémonos en él más que en Teseo".[6]

"Pronto, de espaldas y los ojos cierra;
que si sale Medusa y ves su frente,
no a pisar volverás la dulce tierra."

Así dijo el maestro, y prontamente
me dio la vuelta, y cegóme con sus manos
del tardar de las mías impaciente.

¡Oh los que habéis entendimientos sanos!
¡Notad lo que se esconde de enseñanza
de éste mi oscuro verso en los arcanos![7]

Pero ya sobre el turbio lago avanza
un fragor de sonido pavoroso,
ambas ribas temblando a su pujanza.

No es de otro modo el viento que impetuoso
por el estivo tiempo y sus ardores,[8]
la selva embiste, y raudo y sin reposo

troncha ramos, y avienta rotas flores,
y entre polvo soberbio va adelante,
ahuyentando animales y pastores.

Los ojos descubriome en ese instante
mi guía, y dijo: "Que tu vista siga
aquel vapor, la espuma allí albicante".

Cual las ranas delante la enemiga
culebra, todas huyen por el lago,
hasta que al fondo el cieno las abriga.

Almas mil así hendiendo el aire vago,
vi yo delante de uno que pasaba
con planta enjuta por el charco aciago.

Del rostro el aire craso separaba
a veces, la siniestra adelantando,
única pena a fe que se tomaba.

Bien vi que era del cielo nuncio hablando,
y al maestro volvíme; él me hizo seña
de estarme quedo, al ángel saludando.

¡Cuánto excelso desdén su rostro enseña!
Llegó a la puerta y con vergueta breve
la abrió; que nadie resistencia empeña.

"¡Oh del cielo arrojada turba aleve!
–así empezó bajo el dintel terrible–.
¿Quién este ruido de vosotros mueve?

¿Por qué la voluntad irresistible
tenaces combatís, y la alta diestra
que el tormento os dobló, siempre invencible?

¿Rendir queréis al Hado en la palestra?
Vuestro Cerbero, recordad, mezquino,
aun rozados el muso y cuello muestra".[9]

Dice; y vuélvese al túrbido camino;
y sin fijarse en nos, su faz parece
de quien se ocupa de mayor destino

de lo que en torno a su atención se ofrece.
Aquí avanzamos a la ignota tierra;
que la Santa Misión nos fortalece.

Y así que fuimos dentro, sin más guerra,
yo, que de contemplar hube el suspiro
lo que la vasta fortaleza encierra,

en derredor la atenta vista giro,
y de una y otra mano gran campaña
llena de luto y de tormentos miro.

Cual en Arlés, do el Ródano se encaña,
o en Pola del Guarnaro,[10] que con tersos
cristales a la Italia cierra y baña,

mil sepulcros[11] el sitio ornan dispersos
así también sembrados por doquiera
aquí se ven; mas ¡ay cuánto diversos!

Porque era en cada tumba viva hoguera
que tan hórrido fuego mantenía,
cual nunca en horno barras derritiera.

Sin cubierta son todas; y salía
del hueco un son de pena tan vehemente,
que de tristes que sufren ser debía.

Y dije: "¿Quién, maestro, es esa gente
que, sepultada en las hirvientes arcas,
se hace notar con su clamor doliente?"

"Ésos son –respondió– los heresiarcas
y cuantos han sus sectas abrazado,
que a poblar bastarían cien comarcas.

Aquí, igual con igual es sepultado,
en horno ya más blando, ya más duro."
Dijo; y cuando a la diestra hubo tomado,
entre las tumbas le seguí y el muro.

Canto X

Cuando Dante, caminando entre los muros y los sepulcros de fuego, manifiesta a Virgilio su deseo de hablar con alguno de aquellos condenados, oye una voz, que le llama. Es Farinata, y mientras habla con él es interrumpido por Cavalcante, que le pregunta por su hijo Guido. El Poeta le responde de un modo que el pobre padre entiende que ha muerto, y cae en su lecho de fuego. Dante y Farinata siguen hablando de Florencia, y éste le presagia oscuramente su destierro.

Hora por senda estrecha va mi guía,
cual ya dije, entre el muro y valle ígneo.
y hollándole el talón la punta mía.

"¡Oh Saber Sumo a quien propicio veo
por giros mil llevarme a do te place!
Da respuesta y contento a mi deseo.

La triste grey que en los sepulcros yace,
¿ver no podré? Los huecos destapados
son, y nadie en redor guardia los hace."

Y respondióme así: "Serán cerrados
cuando de Josafat acá volvieren
con sus cuerpos, arriba abandonados.

Estas tumbas que aquí tu vista hieren,
las moran Epicuro y sus secuaces,
que al hombre cuentan que las almas mueren.

Mas las preguntas a ilustrar que me haces,
y aun los deseos mismos ya me apresto
que en tu interior ocultas eficaces".

Y yo: "Siempre mi pecho manifiesto
es para ti; si evito hablar sobrado,
no de ahora a tal uso me has dispuesto".

"Toscano, que diciendo mesurado
vivo así vas por la ciudad ardiente,
plázcate detenerte aquí a mi lado.

Tu locuela descubre dulcemente
cuál sea tu feliz tierra natía,
de la cual fui yo acaso estrago ingente."

Tal de un sepulcro súbito salía
profunda voz, que de temor prolijo
me hizo estrecharme aún más al caro guía.

Y él: "No tornes el rostro; ¿qué haces, hijo?
Farinata[1] en su tumba se incorpora;
del cinto arriba,[2] mírale", me dijo.

Mis ojos en los suyos puse ahora,
y el pecho vi que alzaba y frente erguida,
del mismo infierno allí desafiadora.

Y por entre las tumbas la atrevida
presta mano del vate a él impeliome,
diciendo: "Alerta, tus palabras cuida".

Cuando fui de su hueco al pie, mirome
un breve instante, y casi desdeñoso:
"¿Quiénes fueron tus padres?", preguntome.

Yo, que de obedecer era cuidoso,
breve se los nombré, nada ocultando;
él arrugó la frente caviloso

y prorrumpió después: "A mí y mi bando
bien contrarios han sido; así partieron
dos veces[3] al destierro so mi mando".

"Pues si dos veces –respondí– salieron,
las dos tornaron a la patria amada;
los vuestros arte tal nunca aprendieron."[4]

En esto, descubierta a mi mirada,
hasta el cuello una sombra[5] se presenta,
pienso que en las rodillas sustentada.

Me miró en torno, cual buscando atenta
si era de otro mortal yo acompañado;
y cuando, cierta ya, solo me cuenta,

llora y dice: "Si al reino infortunado
por alteza de ingenio has descendido,
¿dó está mi hijo? ¿Por qué no a tu lado?"

Y yo a él: "Por mí solo no he venido:
el que está allí esperando, ése es mi guía,
al que en poco tal vez tuvo tu Guido".[6]

Su nombre descubierto ya me había
su habla y el modo de su pena triste;
y así fue exacta la respuesta mía.

Y, alzándose veloz, gritó: "¿Dijiste
tuvo, tuvo? ¿Conque él, ¡ay!, no es ya vivo?
¿La dulce luz del sol ya no le asiste?"

Cuando ve que me paro reflexivo,
al irle a responder, de espaldas cae,
para no salir más del horno vivo.

Mas el otro sublime que me trae
de su sepulcro al pie, siempre alto el pecho,
ni cambia faz, ni músculo retrae.

"Pues bien –siguiendo, dice–; si no han hecho
por aprender tal arte trabajosa,
eso me da dolor más que este lecho.

Pero cincuenta veces luminoso
no alzará la que aquí reina[7] su frente,
sin que pruebes que ese arte es peligrosa.

Y, así a la dulce voz tornes viviente,
¿por qué, dime, ese pueblo se desata
en ley tan dura contra mí y mi gente?"

Y respondile: "¡Por la escena ingrata
que hizo al Arbia sangriento fugitivo,
hasta en el templo orando te maltrata!".[8]

Él suspiró; después irguiose altivo,
y dijo: "No era solo allí por cierto,
ni acudí con los otros sin motivo;

mas era solo, sí, cuando al concierto
de arrastrar hasta el suelo a tu Florencia
opuse firme el rostro descubierto".

"¡Ay! Así logre paz tu descendencia,
que me desates –exclamé– este nudo
que ofusca mi razón, vence a mi ciencia:

¿por qué, según medir mi juicio pudo,
se os esconde encubierto lo presente
y se os descubre el porvenir desnudo?"

"Como aquel que el mirar cansado siente,
ver podemos –replica– lo lejano;
que esto el Sumo Hacedor aun nos consiente;

ciegos somos, en tanto, a lo cercano;
y aquí, sin eco ajeno, no se acierta
nada a saber de vuestro estado humano.

Mas bien comprenderás que será muerta
inteligencia tal desde la hora
que cierre al tiempo eternidad su puerta."

Yo, cual movido de mi culpa ahora:
"Que reveles –le dije– a aquel caído
que el hijo suyo con los vivos mora;

y que si tardo en responder he sido,
fue porque entre las dudas divagaba,
que me aclaras,[9] mi espíritu perdido".

Ya mi poeta en esto me llamaba;
con que más breve y en decir escaso,
demandele quién más con él se hallaba.

"Con más de mil –me respondió– me abraso:
Federico el Segundo[10] aquí es sepulto
y el Cardenal,[11] y por los otros paso."

Dijo; y se hundió. Yo en busca del más culto
me volví de los vates, discurriendo
si fue la predicción contrario insulto.

Y él echó a andar, al paso prorrumpiendo:
"¿Por qué yaces así tanto abatido?"
Yo todo le narré, y él, prosiguiendo:

"Lo que en tu contra –díjome– has oído,
guarde tu mente sin juzgarlo agravio,
y oye esto bien –exclama, el dedo erguido–,[12]

cuando estés ante el Ser benigno y sabio,
a cuya viva luz nada se esconde,
sabrás tu vida de su dulce labio".

Y aquí a siniestra se torció por donde
el muro abandonando, al medio avanza
tras camino que a un valle corresponde,
que hedor horrendo hasta nosotros lanza.

Canto XI

Repelidos los Poetas por el hedor que sale de aquel báratro, se refugian detrás el sepulcro que encierra a Anastasio. En este alto, Virgilio le explica las condiciones de los tres cercos que les falta recorrer. El séptimo es el de los violentos, repartidos en tres espacios, que cada uno contiene una clase de ellos, y son: los violentos contra el prójimo, contra sí mismos y contra Dios. El octavo es el de los fraudulentos, que veremos luego distintamente repartidos en diez sacos. El noveno es el de los traidores, dividido en nueve compartimentos concéntricos.

Cuando al término fuimos de una loma
de peñascos enormes circundada,
más cruda escena a nuestra vista asoma.

Y aquí la peste huyendo condensada,
que de hondo abismo al interior vomita,
nos resguardamos tras de tumba alzada,

que esta letra en su losa tiene escrita:
"Guardo al Papa Anastasio,[1] a quien Fotino
del pecado en la senda precipita".

Luego, cauto, el maestro me previno
que era bien aguardar para el descenso,
hasta avezarse al hálito maligno.

Y yo: "Dame –le dije– algún compenso
con que el correr del tiempo ocupe y llene".
Y él respondiome: "En lo que piensas pienso.

Este cerco, hijo mío, tres contiene
más chicos y a escalones colocados,
cual los que de medir tu planta viene.

Llenos están de espíritus malvados;
mas porque entiendas bien después su pena,
oye cómo y por qué son castigados.

De toda inicua acción que Dios condena
una ofensa es el fin, y éste se alcanza
por fuerza o fraude, con lesión ajena.

Pero el fraude más mueve su venganza,
por ser propio del hombre; a fraudulentos
por eso, a más dolor, más bajo lanza.

Todo el cerco primero es de violentos,
y porque a tres personas se vulnera,
se comparte y distingue en tres asientos.

Se hace violencia a Dios, y es la primera:
a otros y a sí mismo; ya en sus casas,
ya en ellos, cual mi voz probarte espera.

Airada muerte, heridas dolorosas
se causa en los demás; y en su derecho,
ruina, tributos, llamas desastrosas.

Así al que ejerce el robo y el acecho,
y al homicida y pérfido castiga,
divididos por clase, el primer trecho.

Puede el hombre la mano en sí enemiga,
y en su hacienda poner; y en el segundo
por eso, aunque ya tarde, se fatiga

quien se apaga la luz de vuestro mundo,[2]
y su peculio desbarata y juega,
y llora do vivir debió jocundo.

Puede a Dios ofender el que se entrega
a interna rebelión, y blasfemando
Dél, de Natura y su bondad reniega.

Así el trecho menor verás poblando
de Sodoma y Cahors[3] a pecadores,
y de altivos incrédulos al bando.

Los de toda conciencia mordedores,
dientes del fraude, herir al prevenido
pueden y al que confía en los traidores.

Por el modo primero se ha rompido
el vínculo de amor que hizo Natura;
y así al segundo círculo han venido

bajas artes, lisonjas, impostura,
hechizos, latrocinios, simonía,
y de familia tal la prole impura.

Por el postrero, el dulce amor se enfría
que Natura formó, y el que conjunto
con él, nudo especial de afectos cría.[4]

Por eso, en lo más bajo do está el punto
del universo[5] en que Satán se asienta,
allí, *in eterno*, es el traidor consunto".

Y yo: "Maestro, claro asaz presenta
las cosas tu discurso, y bien conoces
este abismo y al pueblo que aposenta.

Mas di: aquellos del fango tan feroces,
los que alza el viento, o que la lluvia moja,
y los que al choque van con duras voces,

¿por qué a morar no van la ciudad roja,
pues merecen de Dios tanto la ira?
Y si no, ¿por qué así los acongoja?"

Y él: "¿Por qué causa tu razón delira
cual no acostumbra, o con mayor desvelo?
¿Es que a otras partes ya tu mente gira?

¿Se han borrado tal vez de tu cerbelo
las hojas en que tu *Ética*[6] retrata
las tres disposiciones que odia el Cielo:

malicia, incontinencia y la insensata
bestialidad, y cual la incontinencia
menos que las demás a Dios maltrata?

Si examinas tú bien esta sentencia
y recordando vas quién son aquellos
que sufren más arriba penitencia,

verás por qué de la impía grey ponellos
quiso aparte, y por qué menos airada
su justicia eternal descarga en ellos".

"Sol, que luz a la vista das turbada.
tal tu decir mis dudas desaloja;
que tanto cual saber, dudar me agrada.

Volvamos, pues, atrás, si no te enoja
–le dije– a cuando afirmas que la usura
no ofende a Dios; y el nudo tú me afloja."

"Filosofía –dijo– al que le apura,
en más suele decirle de una parte,
cuál toma su corriente la natura

del divino intelecto, y por cuál arte;
y a poco que tu física en su esencia
repases, su lección puede explicarte

que el saber de Natura es procedencia,
cual del maestro el escolar; de forma
que es de Dios casi nieta vuestra ciencia.

Y si buscas al Génesis por norma,
verás que, por las dos, nace, se aumenta,
o su vivir la humana grey reforma;[7]

y que al vil usurero no contenta
Natura en sí, ni el arte le complace,
y en bien diverso la esperanza asienta.

Mas de aquí vamos, pues andar me place,
que los Peces ya mandan sus reflejos;
y en la mansión de Coro[8] el carro yace,
y la áspera bajada es de aquí lejos."

Canto XII

Vencida la dificultad de la áspera bajada, llegan los Poetas al valle. En el primer espacio hay un río de hirviente sangre, dentro del cual se castiga a los que quitaron la vida o los bienes a los semejantes. Una escuadra de centauros recorre las orillas del lago que forma aquella sangre, para vigilar si los condenados, sobre quienes cae una lluvia de flechas, tratan de salirse. Quieren al principio esos centauros oponerse a los Poetas; pero Virgillo les convence, y hasta consigue que uno de ellos los pase en su grupa al otro lado. De éste oyen, al pasar, los nombres de varios tiranos que están condenados.

El lugar del descenso que nos toca[1]
agrio es asaz, y el guarda allí presente,
miedo a la vista y al entrar provoca.

Cual la ruina, del Trento a la pendiente,
que por temblor o enflaquecer su base,
del Ágide a turbar fue la corriente;

que al que del alto descender osase,
entre hoyo y piedra, que fragor alterna,
claro le ofrece, aunque tremendo, pase;

tal se muestra el bajar de esa caverna;
y do punto el brocal rompido saca,
se alzaba el que es de Creta infamia eterna.[2]

Y el concebido en la engañosa vaca,
al contemplarnos, se mordió a sí mismo,
como aquel a quien dentro la ira ataca.

Y mi sabio, afrontando su fierismo:
"¿Piensas –gritó– que viene el rey de Atenas[3]
que desde el mundo te lanzó al abismo?

Aparta, bestia, que de horror nos llenas;
que éste, no de tu hermana por liciones,[4]
sino por ver desciende vuestras penas".

Como el toro que rompe sus prisiones
al hundirle el cuchillo, que ir no sabe,
mas brinca ciego, en vagas direcciones,

tal hizo Minotauro y aquí el grave
guía me advierte que la planta nueva,
primero que de aquél la furia acabe.

Y bajamos, y no sin que conmueva
mi pie el camino, y a veces infinitas
las piedras rueden con la carga nueva.

Y pensando iba yo, y él; "Tú meditas
–dijo– sobre esa ruina que es guardada
por ésas que apagué furias malditas.

Y sabe que otra vez en la bajada
que emprendí de este sitio al bajo infierno,
se mostraba la peña aun no arruinada.

Mas ha poco que Aquél, si bien discierno,
vino la insigne grey, de culpa exenta,
del cerco a Dante a arrebatar supremo.[5]

Por doquiera la valle macilenta
tembló tal, que pensé que entero el orbe
sentía el fuerte amor, del que se cuenta

que hizo el mundo del caos que le absorbe,[6]
Y ese instante[7] esta roca y otras hiende
aquí y allá, sin que poder lo estorbe.

Mas observa en el val; que ya se extiende
el río de la sangre, do se inferna
al que violento a los demás ofende.

¡Oh loco impulso de la rabia interna
que así en la vida corta nos aguija,
y nos para tan mal luego en la eterna!"

En un foso mi vista aquí se fija,
con circuito que inmenso espacio abraza,
a do quiere el sector que el pie dirija.

Y a la margen del círculo que traza,
centauros corren, de saetas armados,
como cuando en el mundo iban de caza.[8]

Y viéndonos bajar, ellos parados
quedan; y a tres adelantarse miro
con arpones, ya de antes preparados.

Y uno gritó de lejos: "¿A cuál giro
del Orco vais los que vencéis la cuesta?
Desde ahí lo decid o el arco estiro".

Y mi maestro: "Pronto la respuesta
daremos a Quirón, no a ti, que opreso
fuiste de frenesí que bien te cuesta".

Luego dijo, tocándome: "Ése es Neso,
el que murió por Deyanira hermosa,
vengándose, al morir, con crudo exceso.[9]

El de en medio, que al pecho el rostro posa,
es el grande Quirón, ayo de Aquiles,
y Folo aquel que aun de furor rebosa.

Y en torno al ancho foso van a miles;
y a toda alma que alzarse un poco aspira
sobre la sangre, agobian sus astiles".

Cuando el ágil tropel cerca nos mira
Quirón toma una flecha, y con la coca
de ambos lados la barba se retira.

Y así que ha despejado la gran boca,
"¿No habéis visto –a los suyos les pregunta–
cuál mueve el que atrás viene lo que toca?

El pie no hace ese de la grey difunta".
Y ya cabe su pecho mi buen duce,
donde lo humano a lo animal se junta,

le dijo: "Cierto; es vivo y lo conduce
sólo mi diestra por la val umbría:
que no deleite, mas deber le induce.

Y su Hosanna cortó la que me envía,
por darme ésta, en verdad, misión extraña
pues ni reo soy yo ni él raza impía.

Mas por la que hoy de la infernal campaña
mi pie las vías ásperas emprende,
uno tuyo nos deja por campaña:

él los vados nos diga, y pase allende,
caballero en su grupa, y a mi pareja;
que no es espíritu que los aires hiende."

Y Quirón, vuelto hacia la diestra oreja,
dícele a Neso: "Ve y escolta dales,
y si hallas otra banda, tú la aleja".

Y aquí, pronto del guía a las señales,
fuimos lo largo de los mares rojos
do gimen los bullidos criminales.

E inmensos vide hasta cubrir los ojos.
"Ésos –gritó el centauro– son tiranos
que se dieron a muertes y despojos.

Llóranse aquí los hechos inhumanos;
aquí Alejandro está, Dionisio el fiero,
que dio a Sicilia días tan insanos;

ése a quien negro pelo orna severo
es Ezelino;[10] el rubio allá profundo,
Obizón de Este;[11] y es ya verdadero

que hijastro impío le mató en el mundo."
Y al vate me volví; y él me decía:
"Hora monta el primero, yo el segundo".

De allí a poco fijóse el nuevo guía
en gente que del golfo sanguinoso
hasta el cuello salirse parecía.

Y uno mostróme solo, silencioso,
diciendo: "Ése rompió, de Dios delante,[12]
el corazón al Támesis glorioso".

Y otros vi luego, que del caldo humeante
sacaban la cabeza, otros el pecho,
y de ésos gentes conocí bastante.

Aquí bajaba el golfo su buen trecho,
pues cubría la planta solamente;
conque hubimos allí paso derecho.

Y dijo Neso: "Como el mar ardiente
ves de esta tarde cada vez menguado,
sabe que de la opuesta va creciente,

y fondo comprimiendo y agrandando
sube, y llega espumoso hasta do braman
los impíos tiranos y su bando.

Y la eterna justicia allí proclaman
Atila, que del mundo azote ha sido,
y Pierro y Sesto; y lágrimas derraman,

que les saca el dolor del cuerpo hervido,
Corneto y Pazzo,[13] cuyo escudo adorna
blasón de salteador y de bandido".
Dice; y al vado su atención retorna.

Canto XIII

Pasa el Poeta al segundo compartimiento, donde son castigados los suicidas; esto es, los violentos contra sí mismos, y los que disiparon su propia fortuna. Los primeros están transformados en nudosos árboles, en que hacen su nido las Arpías. Los segundos se ven perseguidos por perros hambrientos que los despedazan. Encuentran a Pedro de Viñas, que les refiere el motivo por qué se mató y cuáles son las leyes de la divina justicia respecto de los delincuentes de su género. Luego ve a Lano, güelfo y natural de Stena, a Jacobo de Santandrea, paduano, y a otro florentino que se ahorcó en su propia casa.

Neso a la opuesta orilla aún no tocaba,
cuando por bosque espeso nos entramos,
que ni el menor lindero dibujaba.

No agita esbeltos, sino tuertos ramos;
da por frutos espinos y veneno;
negras las hojas son que en él miramos.

No las fieras que ahuyenta el campo ameno
de Crecina[1] a Corneto, se aposentan
de más lóbregos antros en el seno.

Allí sus nidos las arpías sientan
que con anuncio triste a los troyanos
de las islas Estrófadas[2] ahuyentan.

De alas grandes, de cuello y rostro humanos,
garras tienen y vientre ancho y plumoso;
y aúllan en los árboles insanos.

Y me dijo el maestro bondadoso:
"El pie ya en el segundo espacio pones,
e irás siempre por él hasta el penoso

del horrendo arenal.[3] Y si dispones
a observar tus sentidos, verás cosas
que posibles te harán mis descripciones".

Yo escuchaba doquier voces llorosas
sonar y quién las daba no veía;
con que pareme en dudas temerosas.

Y juzgué que él pensó que yo creía
que entre esos troncos mueve lenguas tantas
gente que de nosotros escondía.

Por eso él exclamó: "Si de esas plantas
la rama más sutil tronchar quisieres,
verás cómo tu juicio actual quebrantas".

Y avancé el brazo a los leñosos seres,
y un ramillo tronché de un grande pruno,
y el tronco me gritó: "¿Por qué me hieres?"

Y al volverse después, de sangre bruno,
"¿Por qué –volvió a gritar–, di, me laceras?
¿No tienes de piedad instinto alguno?

Hombres fuimos, si hoy plantas lastimeras;
más piadosa tu mano ser debía,
aunque hubiéramos sido sierpes fieras".

¿No viste verde leño, mientras ardía
del un cabo, chirriar de la otra punta,
porque el aire compreso despedía?

Pues así de esa planta sale junta
con la sangre la voz, y yo contristo,
dejé el ramo caer, la faz difunta.

Y le dijo mi sabio: "Si previsto
por él, alma ofendida, ser pudiera
lo que sólo en mis versos haya visto,[4]

hoy contra ti su mano no extendiera;
que a lo que ya me pesa le he incitado,
por lo que de increíble el caso hubiera.

Dile, pues, quién tú fuiste, y compensado
serás, con que tu nombre hora renueve
allá en el mundo, a do volver le es dado".

Y el tronco: "Tu decir tan dulce y leve
me impulsa a hablar, y sufre si más graves
mis ecos son de lo que el labio debe.

Soy yo aquel[5] que teniendo entrambas llaves
del corazón de Federico, usolas
ya cerrando, ya abriendo, tanto suaves,

que mías sus confianzas fueron solas;
y fui de mis funciones tanto onusto,
que rudas mi salud de sobra hallolas.

La meretriz[6] que del palacio augusto
nunca apartó los ojos licenciosos,
corrupción de las cortes, muerte y susto,

inflamó a todos contra mí animosas,
y al César todos contra mí inflamaron,
mudando en luto honores tan gloriosos;

conque el ánimo mío así irritaron,
que, por huir de la vergüenza el ceño,
contra mí justo,[7] injusto me tornaron.

Por las raíces nuevas de este leño,
júrote que a la fe y amor profundo
no falté nunca de tan digno dueño.

Y si de ambos volviere alguno al mundo,
mi memoria restaure, aun empañada
de la calumnia vil al soplo inmundo".

Aguardó el vate, y luego: "Pues callada
es la voz –dijo– al tiempo da provecho,
y habla y pregunta más, si más te agrada".

Y respondí: "Demanda lo que al pecho
imagines tú mismo que más place,
que yo no puedo, de piedad deshecho".

Y él: "Pues mientras el hombre satisface
libre lo que perdiste en voz amiga,[8]
tú, alma encarcelada, nos complace,

y di cómo el espíritu se aliga
de los torcidos nudos entre el juego,
si hay quien de esos miembros se desliga".

Entonces sopló fuerte el tronco y luego
así se torna ese aire en voz infanda:
"Respuesta breve ofreceré a tu ruego.

Cuando un alma feroce se desbanda
del cuerpo que por propio esfuerzo suelta,
Minos al cerco séptimo la manda.

Ella entre las malezas cae revuelta
de la selva, no en parte prevenida,
y cual grano germina allí de espelta.

Después en árbol montaraz crecida,
las arpías, paciendo de su hoja,
por do causan dolor le abren salida.

Y cuando el alma el saco al fin recoja,
¡ay!, no podrá vestirle, que no es dado
al hombre recobrar lo que impío arroja.

Y por nosotros hasta aquí arrastrado,
de su árbol cada cuerpo a la funesta
eterna sombra yacerá colgado ..."

Aun era mi atención al tronco puesta,
esperando escucharle nuevamente,
cuando un súbito ruido nos molesta,

como el que escucha el cazador paciente
cuando a su aposte van puerco y jauría
y ya cerca crujir las ramas siente.

Y ve aquí un par hacia la izquierda vía,
desnudo y rasguñado, que volaba,
con pie que matas y jaral rompía.

Y el de delante: "¡Oh muerte, ven –clamaba–,
ven ahora!" Y el otro, que atrasarse
sentía: "¡Oh Lano,[9] en Topo –le gritaba–

no se ha visto tu planta así agitarse!"
Y cuando sordo ya en su ahoguido suena,
a un arbusto apretado va a estrecharse.

Detrás de ellos la selva hervía llena
de hambrientos canes negros, más potentes
que galgos a quien sueltan la cadena.

Ésos al que paró clavan los dientes,
su carne rasgan con furor insano
y se llevan los trozos aún calientes.

En esto mi guardián me asió una mano
y al arbusto llevome, que gemía
por las sangrientas bocas, aunque en vano.

"De Santandrea.[10] ¡Oh Yago! –le decía–,
escudo hacer de mí, ¿qué te ha valido?
¿Pues tu culpable vida es culpa mía?"

Cuando el vate a su lado fue venido:
"¿Quién fuiste –dijo–, que por brechas tales
manas sangre y acento dolorido?"

Y él a nosotros: "¡Oh ánimas, que iguales
a ver venís el lamentable estrago
de que tanta hoja suelta da señales!

Al pie las recoged del tronco aciago.
Yo fui de la ciudad que en el Bautista
mudó el primer patrón,[1] quien la dio en pago

que fortuna en la guerra no la asista;
y si de aquel el Amo cabe el puente
aun no ofreciera restos a la vista,[12]

inútil fuera que patricia gente
la levantara sobre firme basa
del escombro que Atila dejó ardiente.
Soy yo[13] el que en horca convirtió su casa".

Canto XIV

El compartimiento tercero del séptimo cerco, en el que penetran ahora los Poetas, es una llanura de ardentísima arena, en que llueven continuamente copos de fuego. En él se castiga a los que hicieron violencia a Dios, a la Naturaleza y al arte. Entre los violentos contra Dios figura Capaneo el Tebano. Siguiendo su camino, se encuentran después un riachuelo de sangre, y Virgilio describe el misterioso origen de éste y de los demás ríos infernales.

Del amor de la patria yo movido,[1]
junté las hojas que dispersas vide
al pie de aquel que calla enronquecido.

Vinimos luego al fin, do se divide
el recinto segundo del tercero,
que justicia con modo atroz preside.

Y porque bien narrar lo nuevo quiero,
digo que a una llanura ancha llegamos,
de aspérrima aridez, de aspecto fiero.

La ciñe el bosque de los negros ramos,
como a éste ciñe el lago sanguinoso.
Allí en su misma linde el pie fijamos;

que de arena era el suelo, hondo, ardoroso.
como aquel[2] do fijose en otros días
la libre planta de Catón famoso.

¡Oh vindicta de Dios, y cuál debías
temida ser de los que oirán con dudas
lo que ofreciose a las miradas mías!

Rebaños muchos vi do almas desnudas
todas llorando asaz míseramente,
sujetas a diversas penas crudas.

Supina yace en tierra alguna gente,
otra es sentada en actitud penosa,
otra anda sin parar eternamente.

Era la del andar más numerosa,
y menos es la del forzado asiento,
si bien mayor su queja dolorosa.

Por todo el arenal, con llover lento
anchos copos de fuego descendían,
como en los Alpes cae nieve sin viento.

Así vido Alejandro[3] que caían
sobre sus tropas lenguas inflamadas,
cuando a las indias tierras descendían.

Y discurrió que al punto pisoteadas
fueran, porque más pronto sus vapores
extintos, que al del suelo acumuladas.

Tales bajan ahora estos ardores
que encendiendo la arena, cual la yesca
el pedernal, redoblan los dolores.

Y de las pobres manos es la gresca,
que en llegar pronto aquí y allí consisto
y en ir ahogando cada llama fresca.

Y exclamé yo: "Maestro, que venciste
todo hasta aquí, menos la hueste dura
que a cerrarnos salió la puerta triste,

¿quién es el alto aquel que no secura
del vivo ardor, y en su despecho abierto
parece que ni el fuego le madura?"

Y él mismo, entonces, viendo ya de cierto
que dél yo hablaba a la pareja mía,
gritó: "Como fui vivo, tal soy muerto.

Canse Jove al ferrón de quien su impía
mano arrebata la centella aguda,
con que abrasome en mi postrero día.

Y uno tras otro a los demás acuda,
y en los hornos mongíbelos[5] se meta,
pidiendo a gritos de Vulcano ayuda.

Si con todas sus fuerzas me asaeta
tan fiero cual de Flegra[6] en el combate,
jamás de mí victoria habrá completa".

Díjole entonces con acento el vate
cual no le había de antes levantado:
"Por tu altivez, que ni aquí se abate.

Capaneo, te ves más castigado,
que a suplicio mayor que el de tu rabia
no pudieras, soberbio, ser lanzado".

Vuelto después a mí, con mejor labia:
"Ese rey –dijo– de los siete ha sido
que expugnaron a Tebas, y aun agravia,

cual entonces, a Dios de furia henchido;
mas, cual me oyó, su propio orgullo entero
es galardón a su piedad debido.

Y ahora me sigue, y cuida que ligero
tu pie no pase al arenal que escuece,
y ande siempre del bosque en el lindero".

Y callados llegamos do aparece
brotando arroyo de la selva afuera,
cuyo rojo calor aún me estremece.

Cual Bulicán,[7] de quien el agua espera
repartirse la turba pecatrice,
tal por la arena a aquél saltar se viera.

Y su fondo que muestra de silice,
y la piedra del uno y otro lado,
que el paso es por allí fácil nos dice.

"Entre cuanto a tu mente ha descifrado,
desde que entramos por la puerta aciaga,
cuyo dintel a nadie le es negado,[8]

nada habrá que a tu juicio satisfaga
como el río que ves aquí corriente,
que todo fuego en su interior apaga."

Esto dijo mi guía, y yo, impaciente,
le pedí me abreviara dar el pasto
de que las ganas alargó a mi mente.

"Yace en medio del mar país tan vasto
–él empezó–, que Creta se apellida;
y fue bajo rey suyo el mundo casto.[9]

Allí es montaña, de antes florecida,
con aguas y verdor, si por desuso,[10]
hoy agria, escueta, a la que aún nombran Ida.

La cuna de su hijo allí dispuso
Rea esconder; y por mejor consejo
con gritos encubrir su llanto impuso,[11]

En pie dentro del monte está un gran viejo,[12]
y a Damieta da espaldas su figura,
y ve a Roma de frente como a espejo.

De oro rico su testa brilla pura,
su pecho y brazos son de plata fina,
de bronce desde el pecho a la cintura,

y en fiero electo lo demás termina,
sino el derecho pie, barro cocido
do más pesa la mole y más declina.[13]

Todo, fuera del oro, está rompido
de abertura que lágrimas provoca,[14]
las que esa gruta juntas han fendido.

De su caudal, que al valle se derroca,
Asquerón, Flegetón y Estigio nacen;
y ésta, pasando luego estrecha boca,

van al llano sus ondas, y en él hacen
las de Cocito; de que hablar me priva
que has de verlas, y el ámbito que tracen."

Y yo: "Pues si este arroyo se deriva
así de nuestro mundo –le respondo–,
¿por qué vémosle sólo en esta riba?"

Y él respondió: "Bien sabes que redondo
es este reino; y aunque asaz lanzarse
pudo a izquierda tu pie, calando el fondo,[15]

aun no el cerco total llegó a pisarse;
conque, pues cosas nuevas ver aún cuentas.
no debe tu razón así admirarse".

Y yo: "Maestro, oscuros me presentas
Leteo y Flegetón; que callas de uno
y del otro que nace de aquí cuentas".

"Eres cierto, en tus cargos oportuno
–dijo–; mas el hervir del agua roja
pudiera bien desvanecerte alguno.[16]

Al Leteo verás, do el valle moja[17]
en que a lavarse el alma arrepentida
va cuando de la culpa se despoja."

Y añadió: "Ven tras mí: ya la salida
del bosque hacia el arroyo es tiempo se haga.
Senda ofrecen sus bordes no encendida,
y todo fuego en su vapor se apaga".[18]

Canto XV

Hallan los poetas, caminando ya por la arenosa llanura, porción de violentos contra la Naturaleza. Una de ellos, que es Bruneto Latino, habiendo reconocido a Dante, su antiguo discípulo, se le acerca y le ruega que ande en su compañía por un rato para tener el gusto de gozar de su conversación. El Poeta oye de su labio la futura ingratitud de sus conciudadanos, los daños que le aguardan y por fin los nombres de varias personas condenadas por el feo vicio.

Íbamos ya por la una margen dura
del fuego, el agua y bordes asegura
del arroyo, y la niebla suya humeante.

Como los diques que entre Bruja y Gante
dan los flamencos a la mar violenta,
por alejar su furia amenazante,

o cual los que a lo largo alza del Brenta,
el padovés, por defender sus muros,
antes que Clarentana[1] el calor sienta:

éstos, así cual ellos, labró duros
la mano del fautor, quienquiera que fuera,
tan elevados no, sí tan seguros.

El bosque, en tanto, de nosotros era
tan lejos ya, que a verle no llegara,
aunque el rostro, por verlo, allá volviera;

cuando hallamos, viniéndonos de cara,
de ánimos un tropel, en larga fila,
y cada sombra en nos la vista para.

cual nos solemos ver a la tranquila
luz de naciente luna, o cual ve atento
viejo alfayate que la aguja enhila.

Y registrado así por almas ciento,
de una fui conocido, que del traje
me detuvo, exclamando: "¡Qué portento!"

Y yo, primero que él sus manos baje,[2]
la vista puse en su semblante prieto,
sin que del fuego el horroroso ultraje

conocer me impidiera a tal sujeto;
e inclinado a su faz, que casi toco,
"¿Aquí estáis vos –le dije–, ñor Bruneto?"[3]

Y él: "Hijo mío, tu paciencia invoco,
si Bruneto Latín vuelve contigo,
pasar dejando atrás su escuadra un poco."

Y respondí: "Tu mismo anhelo abrigo,
y aun sentarnos podemos, si te agrada
y aquel lo quiere cuya regla sigo.

Hijo –exclamó–, por detenerse un nada
toda alma de esta grey, después cien años
inmóvil bajo el fuego es azotada.

Ve, pues; yo asido seguiré a tus paños,
y luego a mi manada ireme aprisa,
que va llorando sus eternos daños".

Yo quería irle a par; mas indecisa
la planta en descender, el rostro inclino,
yendo cual hombre en actitud sumisa.

Y él empezó: "¿Qué suerte o qué destino
a venir aquí vivo te sujeta?
¿Y éste quién es que te enseñó el camino?"

"Allá en la vida –respondile– quieta,
descarriado me vi por selva umbría
antes de que mi edad fuese completa.[4]

La espalda ayer mañana ya volvía,
cuando éste vino a reponerme en ella
y al volverme al hogar por esta vía".

Y él: "Si te sigue –prosiguió– tu estrella,
saldrás sin duda con victoria al puerto,
si auguré bien, cuando en la vida bella.

Y del Cielo el favor viéndote abierto,
animado te habría al fin glorioso,
si ya no hubiera por entonces muerto.

Mas aquel pueblo ingrato y malicioso
que desciende de Fiésolo en lo antiguo,
y aun guarda de lo agreste y peñascoso,[5]

por tu hacer bueno se te hará enemigo;
y es propio así; que entre ínfima retama
no se forma y madura dulce el higo.

Ciegos de antiguo el mundo ya los llama,[6]
gente envidiosa, sórdida, superba:
de sus usos te limpia y torpe fama.

Pues tanto honor fortuna te reserva,
que hambre de ti tendrán negros y blancos,
de su boca apartada esté la hierba;

y hagan pasto los frutos fiesolancos
de sí mismos, y en paz dejen la planta,
si aun se produce alguna en sus barrancos.

Renazca de ella la semilla santa
que quedó de romanos[7] cuando en nido
fue convertida de malicia tanta".

"Si a mis ruegos el Cielo hubiera sido
propicio –respondile–, todavía
no habríais de la Tierra descendido.

Que aun conservan el pecho y la mente mía
vuestra bondadosa y paternal semblanza,
como cuando enseñábaisme algún día

de qué modo eternal vivir se alcanza;
por cuyo bien, mientras me encuentro vivo,
se deshará mi lengua en alabanza.

Lo que narráis de mi carrera escribo,
y guardo a una mujer, con otro texto[8]
que ha de glosarme, si a su vista arribo.

Sólo que os sea quiero manifiesto
que si mis actos la conciencia aprueba,
al vaivén de fortuna estoy dispuesto.

Ya ese anuncio escuché; mas ella mueva
su rueda a su placer, y su ganado
siga el pastor, y el labrador su esteva."

Volvióse entonces al derecho lado
mi guía, y me miró luego, diciendo:
"El que notas tomó, bien ha escuchado".

No por eso dejé de ir discurriendo
con flor Bruneto; y de lo más famoso
que yace allí con él fuile inquiriendo.

Y él: "Que sepas de alguno es provechoso,
si a los más el olvido mejor cabe,
que el tiempo es breve y el asunto odioso.[9]

En suma: que éstos fueron gente grave,
nutrida en aulas, de instrucción preclara,
y a un mismo vicio esclavizados, sabe.

Prisciano[10] va con infeliz piara,
y Francisco de Acorso;[11] y si protervos,
tales quisieras ver, tu vista hallara

a aquel a quien el Siervo de los siervos
mudó del Arno al Baquillón,[12] en donde
al fin soltó los maltendidos nervios.

De otros diría aun; mas no responde
el tiempo a mi querer, y he percibido
que entre humo nuevo el arenal se esconde.

Viene grey con quien ir no me es debido:
te encargo mi Tesoro;[13] todavía
viviendo estoy en él, no más te pido".

Y aquí volviose; y rápido corría
como los que en Verona el palio verde[14]
se disputan; y de ellos parecía
el que vence en la lidia, no el que pierde.

Canto XVI

Junto al término del tercer compartimiento del cerco séptimo, donde ya oía el Poeta el ruido de Flegetonte precipitándose al octavo, se encuentra con otra banda de almas sucias del vicio antes indicado. Se apartan de ella tres, dirigiéndose a Dante, y son de ilustrísimos conciudadanos suyos, y le entretienen hablándole de Florencia, hasta que llegan al pie del alto brocal; y allí, a una señal de Virgilio, se asoma un extraño monstruo, el cual ha subido nadando por el aire.

Era ya do el rimbombo se oye bravo
(como el que hace un enjambre en su colmena)
del agua que caía al cerco octavo,

cuando tres sombras juntas, por la arena
miro, huyendo de un grupo que pasaba
bajo el llover de la abrasante pena.

Vienen a nos; y cada cual gritaba:
"Para, tú, de cuyo hábito presiento
que alguien serás de nuestra tierra prava".

¡Ay, cuánto sulco en su semblante cuento,
antiguo y nuevo por la llama inciso!
Piedad aun hoy al recordarlo siento.

Mi rector a sus gritos parar quiso,
y volviéndose a mí, dijo: "Detente;
ser atentos con éstos es preciso;

y si no fuera por la lluvia ardiente
que asaeta aquel suelo, te diría
que más te toca a ti ser complaciente".

Paramos, y el son mismo repetía
su voz; y cuando a nos fueron llegados,
hicieron de sí rueda que corría.[1]

Y cual suelen, desnudos ya y untados,
antes de dar y asirse, los atletas
atisbar do se arrojen no esperados,

así, girando todos tres, inquietas
sus frentes nos volvían; con que opuestos
los pies caminan a las caras prietas.

Y uno empezó: "Si a tu desdén expuestos
son nuestros ruegos, por el sitio horrible
y por los rostros denegridos éstos,

nuestra fama tu pecho haga sensible,
y quién eres nos di, que así atropella
tu planta viva la región terrible.

Éste de quien me ves pisar la huella,
hoy desnudo y la frente así ultrajada,
clara más que imaginas tuvo estrella.

Nieto de la muy buena y fiel Gualdrada,[2]
llamóse Guido Guerra, y en la vida
hizo asaz con la mente y con la espada.

El que tras mí la arena deja hundida
es Tejiazo Aldobrandi,[3] a cuyo nome
ser debiera la tierra agradecida.

Y yo, a quien Dios con ellos castigome,
soy Yago Rusticucio,[4] aquí bajado
por la feroz mujer que el cielo diome".

Yo me hubiera a los tres de lo alto echado,
si algo de la impía lluvia me cubriera:
que no lo habría mi rector negado.

Mas temor de que el fuego me cociera,
venció la voluntad, que con anhelo
a estrecharlos al pecho me moviera.

Y exclamé luego: "No desdén, mas duelo
vuestra clase y dolor de mí recaba,
que largo hará mi inmenso desconsuelo;

así que en las palabras que soltaba
éste mi guía fiel, por cierto tuve
que gente cual vosotros se acercaba.

De vuestra tierra soy, y siempre anduvo
de vuestros claros nombres orgulloso,
y vuestras glorias escuché y retuve.

Que yo deje esta hiel por fruto hermoso
quiere, después que al fondo me introduzca
(cual me ofreció), mi guía no engañoso".

Y él dijo: "Así tu espíritu conduzca
largos días tus miembros por la Tierra
y tu fama después brillante luzca;

que digas si, cual antes, aun encierra
nuestra ciudad valor y cortesía,
o si ya para siempre los destierra.

Que Guillermo Borsier,[5] que en compañía
va nuestra ha poco tiempo, nos aflige
con sus relatos, frescos todavía".

"La gente nueva que a Florencia rige
hizo nacer con la ganancia presta
la desmesura y la altivez", les dije.

Y alcé entonces la frente; y por respuesta
ellos, que oyeron esto, se miraron
como el que a gran verdad asenso presta.

"Si otras veces tus labios encontraron
tan fácil vado a la demanda extraña,
¡venturoso de ti! –los tres clamaron–.

Y si a salir de la infernal campaña
llegas, cuando decir quieras: "Yo estuve",
y veas que la luz tu frente baña,

habla de nos, y nuestras penas sube."
Rompen la rueda aquí, y en su carrera
por alas sus veloces plantas tuve,

y antes de que un *amén* sonar pudiera,
de nuestra vista el grupo era eclipsado.
Mi guía, en tanto, para andar no espera.

Y yo le sigo, y poco se ha avanzado,
cuando ya el son del agua es tan vecino,
que apenas nuestro hablar fuera escuchado.

Como el río que tiene su camino
propio del monte Veso,[6] hacia Levante,
por el izquierdo flanco de Apenino;

y a su lecho del val baja bramante,
y Agua-quieta se llama antes del salto
y en Forli nombre tal deja vacante,

que de San Benedicto ruge en lo alto,
y a regar baja un suelo, que podría
a miles alimento dar no falto;[7]

así desde una roca descendía
tronante esa agua negra despeñada,
tan fuerte que mi oreja ensordecía.

Yo alrededor de mí llevaba atada
cuerda con que pensaba algunas veces
coger la tigre de la piel pintada.[8]

Y así que toda la solté, a las preces
la entregué de mi guía obedeciendo,
en rollo recogida y por dobleces.

Y él su derecho brazo atrás tendiendo,
y apartándose un tanto de la orilla,
la arrojó dentro del abismo horrendo.

Y entre mí dije yo: "Pues así brilla
el ojo del maestro en fija espera,
nueva y rara se apresta maravilla.

¡Cielos, qué cauto el hombre ser debiera
con quien de nuestro interno se hace dueño
sin fijarse de sobra en lo de fuera!"

"Hora aquí lo que aguardo con empeño
verás subir –prorrumpe mi pareja–,
y lo que vio tu pensamiento en sueño."

A verdad que a mentira se asemeja
siempre cerrar el labio debe el hombre,
pues, sin culpa, deshonra de apareja[9]

Mas que yo no la calle no te asombre;
y por esta Comedia,[10] ¡oh lector!, juro.
y porque dure grato su renombre,

que vi por entre el aire craso, oscuro,
venir nadando arriba una figura
que diera espanto al corazón más duro.

Iba cual nauta que en subir se apura
después que la enredada ancla desprende
de entre la oculta sirte o roca dura,
que los pies junta y con los brazos hiende.

Canto XVII

Mientras el maestro se entretiene con Gerión, monstruo cuya figura se describe, para disponerle a que se preste a bajarlos al fondo, Dante se aparta para ir solo a visitar a los violentos contra el arte, que están sentados junto al gran báratro y bajo la lluvia de fuego. Le cuelga a cada uno del cuello una bolsa de ciertos blasones y color, por la cual puede el Poeta conocer a algunos. Vuelve luego a Virgilio, a quien ya encuentra acomodado en la espalda de Gerión. Sube él también, y bajan al cerco octavo.

"He aquí la fiera de la aguda cola,
que pasa montes, rompe armas y muros,
la que la tierra entera infesta sola."

Así empezó mi guía sus conjuros,
y la hizo de venir seña imperante
al pretil por do andábamos seguros.

Y esa imagen del fraude repugnante
se vino, y acercó su frente y seno:
mas la cola guardó siempre distante.

Era su rostro de hombre justo y bueno,
y suave en lo de afuera aparecía:
lo bajo era de sierpe con veneno.

Del sobaco peluda le nacía
garra, y el pecho y lomo y los costados,
pintos de jeroglíficos tenía.

Nunca por turco y tártaro bordados
fueron trajes tan varios en colores,
ni paños por Aracne[1] matizados.

Como a veces los barcos pescadores
que parte en agua están, y parte en tierra,
o allá, do son tudescos tragadores;[2]

Como el castor se apresta a hacer su guerra,[3]
así la fiera abominable estaba
sobre el pretil que las arenas cierra.

Su cola en el espacio serpenteaba,
la venenosa horquilla resolviendo,
que a guisa de escorpión la punta armaba.

"Conviene –dijo el guía– irnos torciendo
de nuestra senda, en busca del insano
que espera allí acostado, monstruo horrendo."

Por eso echamos hacia el fin del llano,
y por bien evitar las llamas, dimos
diez pasos más a la derecha mano.

Y cuando cerca de la bestia fuimos,
un poco más allá, sobre la arena,
gente sentada y junto al borde vimos.

Y aquí el maestro: "Porque alcances plena
noticia de este cerco y de su suerte,
ve –me dijo– y observa bien su pena.

Y que allí debes ser conciso advierte
mientras vuelvo; que a aquélla voy a hablarle,
porque auxilios nos dé su espalda fuerte".

Así, solo del todo, hube de andarle
lo más alto a aquel cerco todavía,
para esa gente triste visitarle.

El dolor fuera al rostro les salía,
y aquí y allí su diestra a lo candente
del suelo o de los copos acudía.

Así hace el can en la estación ardiente
con la pata u hocico, al atropello
de pulga, o mosca, o tábano insistente.

Y rostros varios registré, que el sello
del fuego doloroso destrozaba.
y a nadie conocí: mas vi que al cuello

una escarcela a todos les colgaba,[4]
con cierto signo, y de color variante.
y que en ella su vista se extasiaba.

Y como entre ésos iba curioseante,
vide en bolsa amarilla algo azulado[5]
que había de león forma y talante.

Y prosiguiendo luego en mi cuidado,
otra vi de color de sangre pura,
do se ostentaba un ánade nevado.[6]

Y uno de blanca bolsa, en que figura
preñada puerca azul vi destacarse;[7]
"¿Qué haces –diciendo– en esta valle oscura?

Vete; y el que así vivo osa mostrarse,
sepa que mi vecino Vitaliano[8]
aquí a mi izquierdo lado ha de sentarse.

Yo entre esos florentinos soy paduano,[9]
y en mi oreja cien veces multiplico
su gritar: "¡Venga el héroe soberano!"

Él la bolsa traerá del triple pico".[10]
Y el labio tuerce aquí, la lengua seca,
como hace el buey que lámese el hocico.

Y yo, temiendo la paciencia flaca
del que a partir me amonestó severo,
a los tristes dejé que el fuego ataca.

Y a mi guía encontré, ya caballero
junto a la cola de la bestia odiosa;
y me dijo: "Hora sé fuerte y ligero"

Escala es ésta al descender forzosa.
Monta delante; yo a la grupa insana
voy, por mor de la punta venenosa".

Como el que ve venirle la cuartana,
y ya, blancas las uñas, tiembla inerte
sólo al pensar de la fridez cercana,

yo sentime, al oírle, de esa suerte;
mas del rubor me llena la amenaza
con que hace el buen señor al siervo fuerte.

Y siéntome en aquella ancha espaldaza;
y decir quiero (mas la voz no viene):
"Dame favor, y contra ti me abraza".

Y el que en mí sus cuidados siempre tiene,
de lo que tanto arriba me dio pruebas,
des que monté me ciñe y me sostiene;

y dice: "Tiempo es ya de que te muevas,
Gerión; ancho giro, bajar suave:
piensa en la nueva carga que hora llevas".

Cual de estrecho lugar sale la nave,
la fiera, reculando, va saliendo;
y así que en juego colocarse sabe,

do el pecho fue, la cola va volviendo;
y cual anguila muévese extendida,
con las garras el aire sacudiendo.

Más pavura no pienso fue sentida,
ni cuando Faetón perdió las riendas,
y dejó cual es hoy la esfera ardida;[11]

ni cuando Ícaro triste las delendas
plumas soltó, sus ceras liquidadas,
gritándole su padre: "Malas sendas",

que la que yo sentí, cuando lanzada
por los aires, mi vista sólo cuenta
ya a la fiera y a mí sobre la nada.

Ella se va nadando lenta, lenta;
circula, y baja; y yo lo voy sintiendo
sólo en el aire que la faz me avienta.

Y a la diestra, al oír ya el eco horrendo
del torrente bramando en son esquivo,
bajo los ojos, la cabeza extiendo,

y el riesgo entonces en su horror concibo;
porque lloros oí, vi llama ardiente;
y todo me encogí temblando vivo.

Luego, lo que antes no, sentí patente
de bajar y el girar, porque me ataja
clamor de varias partes diferente.

Como halcón que en el aire asaz trabaja,
y sin presa ni aviso del señuelo,
le hace al cuida gritar: "¡Aymé, ya baja!

Y desciende sin fuerzas desde el cielo
que antes ágil surcaba, y va, apartado
del maestro, a posarse mustio al suelo.

Así en el fondo Gerión, al lado
se posó del pretil y roca escueta;
y, de nuestras personas descargado,
partió cual de la cuerda la saeta.

Canto XVIII

Este octavo cerco, llamado Malos Sacos, se divide en diez grandes fosos circulares y concéntricos, en cada uno de los cuales se castiga a una especie de fraudulentos. En este canto se trata de los dos primeros sacos. En uno de ellos se pena, azotándolos por mano de los demonios, a los rufianes; en el otro, sumergiéndolos en la inmundicia, a los aduladores y a los que hacen infames servicios.

Malos Sacos se llama en el infierno
un sitio pétreo y de color ferruno,
como es el cerco que le ciñe externo.

Derecho, a la mitad del campo bruno,
un pozo se descubre extenso y hondo,
cuya estructura trazaré oportuno.

El espacio que media allí es redondo
entre él y el borde de la roca dura,
y en zonas diez divídese su fondo.

Como la plaza fuerte es la figura,
que para más defensa sus castillos
con repetidos fosos asegura.

Y así en cercos se ven los diez anillos;
y, cual aquellos de sus puertas lanzan,
a la orilla de fuera puentecillos,

así del pie del precipicio avanzan
rocas que el muro cubren y los fosos,
y hasta el brocal del ancho pozo alcanzan.

En tal sitio los lomos escamosos
del monstruo nos dejaron, y al poeta,
por la izquierda, mis pies siguen ansiosos.

Y a la derecha ve mi vista inquieta
más tormentos y más tormentadores,
de que la prima zona está repleta.

Son al fondo desnudos pecadores:
mitad venir a nos de cara veo,
y mitad ir, con pasos aun mayores.

Tal en Roma ocurrió del Jubileo
el año[1] para abrir fácil del puente
tránsito de la turba al hormigueo;

que todos a una orilla iban de frente
al castillo y San Pablo en derechura.
pasando los de vuelta opuestamente.

Aquí y allí, sobre la roca oscura,
vi con pencas cuernosa estirpe fiera,
hiriéndolos detrás con saña dura.

¡Ay, tal redoblan su veloz carrera
las pencadas primeras, que ninguno
la segunda esperó, ni la tercera!

Mientras andabá, la vista puse en uno;
y apenas le observé, para mí tuve
que de haberle antes visto no era ayuno.

Por eso a cerciorarme me detuve,
y se paró conmigo el guía amado,
y un tanto atrás con su permiso anduve.

Ocultarse intentaba aquel golpeado,
mas al bajar la faz poco le presta,
que yo le dije: "Atiende el agachado:

si tu semblanza verdadera es ésta,
Venédigo eres tú, Cacianimigo.
¿Qué te trae, pues, a salsa[2] tan funesta?"

Y él respondió: "Sin voluntad lo digo:
mas mi vida me acuerda tu habla sola,
e inútil es disimular contigo.

Aquel fui yo que a la gentil Guisola
al gusto del marqués llevé inexperta;
que el rumor no es verdad que me acrisola.[3]

Ni soy yo el solo boloñés que acierta
este sitio a morar, de nos tan lleno;
que hoy tanta lengua no ha de verso experta.

a decir *Sipa* entre Rávena y Reno,[4]
y si fe quieres de ello y testimonio,
nuestro avaro genial te lo hará bueno".

Hablando así, fustígale un demonio,
diciéndole: "Anda, ve, que aquí no hay vía
de hacer, rufián inmundo, matrimonio".

Junteme, en esto, con la escolta mía;
y a breve espacio, de partir, vinimos
donde un peñasco como puente había.

Con ligereza fácil le subimos,
y en lo alto, vueltos a la diestra mano,
de sus eternos muros nos salimos.

Y llegados do arquea el aire vano,
y da paso a la herida turba triste,
me dijo el guía: "Atiende, y ve el insano

rostro de esos malnatos que aun no viste,
pues con nos iban, y la par de frente
por el camino mismo que trajiste".

Y vide aquí, desde el robusto puente,
venir hacia nosotros nueva banda,
perseguida del látigo inclemente.

Y mi señor, sin aguardar demanda:
"Mira –dice– ese grande que ni gota,
en dolor tanto, de sus ojos manda;

¡qué regio aspecto, aún en el se nota!
Ése es Jasón, que, en maña y brazo fuerte.
ganó de Colcos la riqueza ignota.

Y cuando a Lemnos lo arrastró la suerte,
después que osaron hembras desalmadas
a los varones todos dar la muerte,

con palabras y dádivas doradas
a Isifile engañó, por cuya idea
fueron antes las otras engañadas;

¡y madre la abandona, y triste, y rea!
Por tal crimen tal pena lo castiga,
y a un tiempo venga la infeliz Medea.[5]

Con él son los que el mismo fraude aliga;
y esto sólo saber es de provecho
de ese cerco, y los míseros que abriga".

Éramos ya donde el sendero estrecho
cruza el muro segundo, y forma puente
que del un arco al otro va derecho.

Luego en el nuevo saco escucho gente[6]
lamentarse y bufar con triste boca,
y herirse con las palmas impaciente.

Cubre un moho los bordes de la roca,
que el vaho que se eleva en costra cuaja,
cuya vista y hedor náuseas provoca.

Y a honduras tales el abismo baja,
que apenas desde lo alto se vería
del arco que extensión más grande ataja.

Y mientras viendo estoy los que allí había,
uno hallé con el cráneo tan merdoso,
que ¿quién si era o no clérigo diría?

El cual: "¿Por qué –me grita– más curioso
estás de mí que de otros de este giro?"
Y dije: "Porque en pelo más lustroso

te he visto ya, si bien mis cuentas tiro;
y eres Alejo Interminell, de Luca;[7]
por eso más que a los demás te miro".

Y entonces él, golpeándose la nuca:
"Aquí me trajo –exclama– la alabanza
que en mi melosa lengua no caduca".

Y mi guía: "La vista un poco avanza,
porque claras la frente y las mejillas
pueden mirar tus ojos con holganza,

de esa mujer de greñas amarillas,
que allí con uña arráscase merdosa,
y hora se pone en pie, y hora en cuclillas.

Taide es ésa, la moza licenciosa
que al decirle el cortejo:[8] "¿Y por tal gracia
qué me das?" Respondió: "La mejor cosa."
Y vámonos, que tanto hedor ya sacia".

Canto XIX

En el saco tercero se castiga a los simoníacos. Están unidos boca abajo en pozos, de que está sembrado por todas partes, y tienen fuego encendido en la planta de los pies que sobresalen con parte de la pierna. Deseoso Dante de conocer a uno de éstos, que más que los otros removía los pies, el maestro carga con él y lo lleva hasta donde está empozado. El que sufre tal castigo le dice que es Nicolás III, de la Casa Orsini. Entonces el poeta prorrumpe en una tremenda invectiva contra la avaricia de algunos Pontífices. Después Virgilio vuelve a llevarle al puente del modo que lo trajo.

¡Oh Simón Mago,[1] oh míseros secuaces
que las gracias de Dios, dulce reguero
de clemencia y bondad, vendéis rapaces,

que las adulteráis por vil dinero!
Aquí la trompa por vosotros tomo
los que en el cerco residís tercero.[2]

Mas ya por el siguiente saco asomo,
del escollo subidos en la parte
que del centro del foso cae a plomo.

¡Oh suprema virtud, cuánto es el arte
que en cielo y tierra muestras, y en el hondo,
y cómo tu saber mide y comparte!

Yo por los lados vide y por el fondo,
llano de hoyos sin fin la piedra oscura,
todos de un ancho y de brocal redondo.

No son ni más ni menos en su anchura
los que aquel mi San Juan bello presenta
al bautizante, para más holgura.[3]

Y hora es bien diga que la fama asienta
que uno hace años rompí; mas que se ahogaba
un infante; si no, la infiel no cuenta.[4]

Del brocal cada pozo fuera echaba
los pies de un pecador, y hasta do cría
mollar la pierna, y lo demás guardaba.

Un fuego a todos en la planta ardía
tan violento, la caña percutiendo,
que retorcidos nudos roto habría;

y de punta a talón les va corriendo,
como de cosa untada el cabo arroja
llama que el unto aquel va manteniendo.

"¿Quién es ése, rector, que en su congoja
bulle cual otro no de su linaje,
y al que chupa –exclamé– lumbre más roja?"

Y él: "Si quieres –siguió– que allá te baje
por esta riba, de su culpa el fallo
te contará, y el mal que le trabaje".

Y yo: "Tan dulce lo que dices hallo,
que es mi gusto tu ley; tú eres mi guía,
y lo que siento ves, y lo que callo".

Al cuarto saco entramos, y la vía
a la izquierda seguimos, descendiendo
al fondo que los pozos contenía.

Y fueme en su cadera conduciendo
el buen maestro, hasta tocar la cueva
del que lanza el dolor, los pies moviendo.

"¡Oh tú, el que lo de abajo arriba lleva,
tú, cual clavado leño, ánima esclava
si es que puedes –le dije–, a hablarnos prueba!"

Y como el fraile que confiesa estaba
al asesino, que en el foso estrecho,[5]
y por dilatar su muerte nunca acaba,

Y él gritó: "¿Conque ahí ya estás derecho,
ahí ya estás derecho, Bonifacio?[6]
¿Mi entrevista marró por leve trecho?

¿Tan pronto estás de las riquezas lacio
con las que haber por fraude no temiste
la esposa que saqueaste en breve espacio?"[7]

¿Cuál se queda cortado aquel no viste
que no entendió lo que le fue respuesto?
Pues yo mudo quedé como ese triste.

Virgilio exclamó entonces: "Dile presto:
No soy yo quien tu anhelo se figura".
Y así lo respondí, cual fueme impuesto.

Por lo cual todo con los pies se apura;
y suspirando el mísero combusto:
"¿Pués qué me quieres? –dice con tristura–.

Si de saber quién soy yo tanto es tu gusto,
que eso te trajo a mi recinto opaco,
sabe que llevé un día el manto augusto.

Hijo fui de la osa, en verdad flaco,[8]
y de engordar oseznos codicioso,
el oro allá y acá me eché yo al saco.

Son bajo mi cabeza en lo quiebroso,
los que simonear me han precedido.
y la peña les es cajón premioso.

Yo bajaré también cuando venido
hubiese el sucesor a quien mi acento
iba veloz, por yerro, dirigido.

Mas no a aquel[9] de sus pies el hervimiento
le durará cual este mío dura,
ni el sufrir del inverso enclavamiento;

que otro después vendrá hacia Poniente,[10]
pastor sin ley, exento de obra buena,
propio a cubrir de entrambos la pendiente,

siendo nuevo Jasón,[11] como el que suena
del Macabeo libro, que hará blando,
cual hizo el suyo aquél, al rey del Sena".

Yo, a la templanza aquí tal vez faltando:
"Pues, dime –en responderle no me arredro–.
¿qué tesoro o caudal le va enseñando

al pescador el Cristo, ni qué medro
cuando las llaves suyas le confía?
Sólo dijo en verdad: "Sígueme, Pedro."

Ni por Pedro y los otros se perdía
a Matías ni el oro ni la plata,
por el puesto que infiel Judas pedía.[12]

Anda, que con razón se te maltrata;
guarda la mal ganada vil moneda
que contra Carlos tu rigor desata;[13]

que si no fuese lo que hablar me veda
el respeto, aun aquí, de la tiara
que llevaste en la vida dulce y leda,

todavía más grande acento usara;
que la avaricia, vuestra al mundo atrista,
porque al bueno hace mal y al impío ampara.

En vosotros pensó el Evangelista,
cuando a la que es sobre las aguas puesta,
con los reyes folgando halló su vista;[14]

la que contó al nacer séptima testa,[15]
y los diez cuernos alza en ornamento,
mientras el consorte a la virtud se presta.

Hecho os habéis un dios de oro y argento;
¿pues qué hay que del idólatra no os cuadre,
sino que ése uno adora, y vos a ciento?

¡Ay Constantino, y de qué mal fue madre
no, a fe, tu conversión, la dote impía
con que hiciste al primero rico padre!"[16]

Mientras yo tales cantos[17] le tenía,
o que rabia o conciencia le mordiera,
ambos los pies con fuerza sacudía.

Bien creo yo que el vate complaciera
(con tal contenta faz siempre escuchome)
la expresión de mi labio verdadera.

Mas con todo, en sus brazos levantome,
y luego que estrechado húbome el pecho,
por el lugar por do bajé, subiome.

Y sin cansarse de llevarme estrecho,
me condujo del arco a lo eminente,
que es tránsito del cuarto al quinto trecho.

Aquí la dulce carga mansamente
puso, porque tan agrio es el escollo,
que aun fuera a cabras áspero y pendiente,
y desde allí más cuadros desarrollo.

Canto XX

El cuarto saco contiene a los impostores que profesan la supuesta ciencia de adivinar. Tienen éstos la cara a las espaldas, con lo que se ven forzados a marchar al revés, no pudiendo ver por delante de sí. Virgilio muestra a Dante algunos de los más famosos de aquel arte; y entre éstos a la tebana Manto, por quien tuvo origen Mantua su patria.

Voy de nuevos dolores a hacer versos,
y al vigésimo canto dar asunto,
do las penas se ven de los inmersos.

Encontrábame ya dispuesto a punto
de ver el seno desde allí patente
que de angustia y de llanto era conjunto,

cuando vi por su fondo venir gente,
en silencio y llorando, al paso lento
que lleva letanía penitente.[1]

Y hacia ella, al bajar mi vista atento,
maravillome el verlos transmutados
desde do tiene el busto nacimiento;

que a la espalda su rostro iba tornado,
y marchar hacia atrás es su destino,
porque adelante ver no les fue dado.

¿Paralítico impulso a algún mezquino
pudo el cuerpo torcer de tal manera?
Ni lo he visto, ni dable lo imagino.

Si Dios aprovechar te concediera,
lector, esta lección, de ti recaba,
si seca yo la faz tener pudiera,

cuando la imagen nuestra contemplaba
diforme tal; que el llanto de los ojos
lo posterior por la canal bañaba.

Eran los míos de llorar ya rojos,
cuando: "¿Eres tú también –me dijo el vate–
de esos necios que el paso arrastran flojos?

Pío es aquí quien la piedad combate;
que ¿quién más criminal que aquel que siente
el juicio con que Dios al impío abate?

Alza, alza la faz a ese que al frente
de los tebanos se le abrió la tierra,
gritando todo: "Anfiarao,[2] detente:

¿dó te arrojas? ¿Por qué dejas la guerra?"
Y él rodando siguió de ruina en ruina,
hasta Minos, que a todos nos aferra.

Nota que, en vez de espalda, el pecho inclina;
y porque ver asaz quiso adelante,
hoy atrás mira y al revés camina.

Ése es Tiresias,[3] que cambió semblante,
y mudando aun los miembros más sutiles,
trocóse en hembra, de varón pujante.

Y preciso le fue los dos reptiles
enroscados tocar con fácil verga,
para cobrar los signos varoniles.

Allí Aronte[4] a su vientre el lomo aterga
el que en los montes Lunios, que cultiva
al Carrarense, que a sus pies se alberga,

tuvo, entre blanco mármol, gruta viva,
mansión que nunca de la vista hermosa
de las estrellas ni del mar le priva.

Y esa que, con la suelta, crencha undosa
los pechos, que no ve, cubre: ¡oh portento!,
siguiéndole de allí la piel vellosa.

Manto fue,[5] que corrió tierras sin cuento,
y paró do yo vine al sol fecundo.
Mora por breve espacio estame atento.

Ella, des que su autor pasó al profundo,
y la ciudad de Baca a cetro aciago,[6]
gran tiempo anduvo por el ancho mundo.

Arriba hay en la bella Italia un lago
al pie del Alpe que al germano ataja
sobre el Tiro, y dicenle Benago.[7]

Con mil fuentes y mil su seno cuaja,
entre Garda y Camónica, Apenino
del agua que a estancarse al lago baja.

Sitio hay en medio,[8] que el pastor Trentino,
como el Bresciano y Veronés, pudiera
bendecir bien andando ese camino;

y donde más desciende la ribera,
sentada está Pescara, escudo
fuerte que a Bérgamo y a Brescia da frontera.

Allí cuanto caudal Benago inerte
en quieto seno a contener no alcanza,
rompiendo, en río, por los prados vierte.

Deja luego su nombre des que avanza,
y ya con el Mincio corre ufano
hasta Governo, donde el Po se lanza.

Él, tras de breve curso, encuentra un llano,
en el cual se derrama y lo empaluda,
y en el ardiente estío le hace insano.

Pasando junto dél la virgen cruda,[9]
tierra entre los pantanos halló infestos,
que de cultivo y gente era desnuda.

Allí, poco al consorcio humano expuestos,
a ejercer con sus siervos su mal arte
se detuvo, vivió, dejó sus restos.

Luego los ya extendidos a esa parte,
por más fuerte a aquel punto se abrigaron,
su marisma ofreciéndoles baluarte.

Sobre el muerto despojo un pueblo alzaron
y Mantua, por la que hubo allí primero,
que no por otra causa, la llamaron.

Gozó ya esa ciudad más alto fuero,
antes que a la estultez de Casalodo[10]
le diera el pago Pinamonte artero.

Aprende, pues, que si oyes de otro modo
buscar origen a la patria mía,
ofensa a la verdad, mentira es todo".

Y yo: "Maestro, tu palabra envía
tanta lumbre a mi mente, que, a su lado,
apagado carbón todo sería.

Mas entre los que avanzan, señalando
alguno, dime, si hay por sus acciones;
que eso no más pretende mi cuidado".

Y replicóme: "Aquel al que en vellones
la barba por la prieta espalda viene,[11]
cuando Grecia tan limpia de varones

se ve, que ni en la cuna ya los tiene,[12]
augurio fue con Calcas, que a las naves
levar anclas en Áulide previene.

Eurípilo llamóse, y en sus graves
versos mi alta tragedia así lo canta;
tú que asaz la conoces, bien lo sabes.

Aquel tan breve y de magrura tanta,
fue Miquelo Escocés,[13] a quien la gente
hábil en fraudes mágicos decanta.

Mira a Guido Bonato,[14] mira a Ardente,[15]
que nunca haber dejado pez y cuero
hoy querría, y que tarde se arrepiente.

Ve las tristes que aguja y cardadero
dejan, y con figuras adivinas
preparan y con hierbas torpe agüero;[16]

mas ven, que ya Caín[17] con su haz de espinas
al horizante llega y se sepulta
tras Sevilla en las ondas cristalinas;

que desde ayer la luna entera abulta,
y sabes que su faz te ayudó clara
cuando ibas ciego por la selva inculta".
Esto dice, y el pie de andar no para.

Canto XXI

Aquí están sumidos en pez ardiendo los rufianes y los que hicieron tráfico de sus cargos en la república y vendieron la honra de las mujeres. Alrededor del saco giran los garritrancas, demonios armados de horquillas y tridentes de hierro, para pinchar a los que tratan de salir del caldo hirviente. Atormentamiento de un rufián de Luca. Virgilio escapa de los diablos que corren tras él con sus instrumentos. Los Poetas, no pudiendo seguir su camino por la misma roca, a causa de la rotura del arco sobre el sexto saco, la emprenden, escoltados por diez demonios, a lo largo del muro hasta que llegan al otro escollo que el diablo mayor, por engañarlos, les había dicho que era practicable.

De puente en puente[1] así cosas narrando,
de que hablar mi Comedia no se cura,
íbamos, y en el último fue cuando

a ver nos detuvimos la otra hondura
de Malos Sacos, do el tormento arrecia;
y con asombro vi cuánto era oscura.

Cual hierve espesa pez que el nauta precia,
cuando en invierno las tronzadas quillas
vuelca en los arsenales de Venecia,

donde el uno las débiles costillas
repone, el otro el tamajar allana
con que trague otra vez la mar las millas;

y éste a proa, ése a popa, el fondo sana,
y quien el remo labra, o tuerce el lino,
y quien alza artimón, y quien mesana;

tal, no por fuego, por querer divino,
allá abajo una algosa brea ardía,
que enligaba los bordes y el camino.

Era yo fijo en ellos y no vía
sino la ampolla, hinchada al hervimiento,
ir subiendo, y después bajar vacía.

Mientras yo así la contemplaba atento,
mi maestro, gritando: "¡Guarda, guarda!",
hacia sí me tiró desde mi asiento.

Yo como aquel volvime a quien se atarda
en ver el riesgo que evitar le toca,
y a quien espanto súbito acobarda,

y que el correr por el mirar no apoca;
y un diablo negro a nuestra espalda observo,
por el filo corriendo de la roca.

¡Ay! ¡Qué aspecto llevaba tan superbo!,
y con su pie veloz y alas tendidas,
¡oh, cuánto había en su ademán de acerbo!

Sus espaldas huesosas y salidas
cargan de un pecador con las dos ancas,
al que aferra las corvas oprimidas;

y desde nuestro puente: "¡Oh garritrancas
–gritó– de Santa Cita va un anciano;[2]
cogedle, que por otro van mis zancas;

que abunda en esa tierra este mal grano,
y es todo hombre rufián más que Bonturo,[3]
y un *sí* se vuelve en *no*, si untan la mano".

Y echole al fondo, y por el mármol duro
tan veloz se lanzó, que no más presto
mastín tras de ladrón arranca furo.

Aquél se hundió y volvió de espaldas puesto;
mas los diablos que al puente dan parada:
"Aquí no hay *Santa Faz*[4] –grítanle en esto–;

ni como allá en el Serquio[5] aquí se nada.
Si no prefieres, pues, nuestros garrones,
no hagas sobre la pez nueva empinada".

Luego danle pinchazos con arpones,
diciéndole: "Hora baila so techado,[6]
y sus tratos ahí sigue felones".

Así del jefe el marmitón guiado,
hunde, porque no flote en la caldera,
el pingüe trozo, con metal dentado.

En tanto, mi maestro: "Bueno fuera,
por evitar –me dijo– que te viesen,
que algún peñasco de éstos te encubriera;

y que no por ofensas que me hiciesen
te asustaras, que a mí, ya noticioso,
no han de asustar cuantas sus mañas fuesen".

Luego pasó del lado allá del foso,
y cuando el sexto puente era delante,
bien tener frente audaz le fue forzoso.

Con el mismo furor y ardor pujante
con que embisten los perros al mendigo
que súbito se para suplicante,

así aquéllos, saliendo de su abrigo,
su garfio cada cual le asesta breve
y él grita: "¡Cuenta lo que hacéis conmigo!"

Antes que me clavéis el fierro aleve
uno que me oiga de vosotros salga,
y me agarroche luego, si se atreve.

"Vaya –gritaron todos– Malanalga."
Y ése avanza, y los otros quietos quedan;
y él se acerca, diciendo: "¿Qué hay que valga?"

"¿Piensas tú, Malanalga, que así puedan
mis pies llegar hasta tu val malino
–le dijo mi maestro– sin que cedan,

a no ser obra del querer divino?
Déjame, pues, seguir, que Dios me invita
a otro enseñarle el áspero camino."

Su orgullo entonces tal se precipita,
que, dejando caer su chuzo a tierra:
"¡Nadie le toque!", a los demás les grita.

Y mi maestro a mí: "¡Oh tú, el que encierra
la gran peña del puente, así tapado,
ven ya conmigo y el temor destierra".

Yo me estiro y a él corro desalado,
y los diablos también salen de frente;
con que ya el pacto me tragué quebrado.

Así una vez capitulada gente
vi salir de Caprona,[7] de pavura
temblando al verse entre enemigo hirviente.

Y me apreté a mi guía con premura,
sin apartar mis ojos ni un momento
de su, no a fe, benigna catadura.

El chuzo ellos bajaban, y: "¿Lo asiento
–decíanse uno a otro– en la grupera?"
Y respondían: "Sí; pégale un tiento."

Mas el diablo que habló la vez primera
con mi guía, volvióse premuroso,
y dijo: "¡Quieto, quieto, Cabellera!"

Y luego a nos: "Parar aquí es forzoso,
pues seguir no podéis, porque es el caso
que, roto el arco sexto, escombra el foso;

y si aun más avanzar queréis acaso,
por esa gruta entraos macilenta:
cerca otro escollo facilita el paso.[8]

Mil doscientos seis años con sesenta,
cinco horas más que hoy son,[9] ayer la ruina
de este camino destrozado cuenta.

Hora, para atisbar si alguien se empina,
mandar quiero allá abajo de mi gente:
id con ella, sin miedo a chamusquina.

Alitronchado, Pisaescarcha, al frente
–les empezó a gritar–; y tú, Galgazo,
y a mandar la decena Barbadiente.

Y también Libiuscoco y Dragonazo,
y Javato, Colmillos, y Perrea,
y el Duenducho, y el loco Rubicazo.

Cuidad en torno de la hirviente brea,
y éstos pasadme allá de la otra roca
que las pocilgas todas señorea".

"¡Ay, maestro, de mí, lo que nos toca!
Si sabes, solos vámonos –le dije–,
que tal guardia confianza me da poca.

Mas si en ti la atención de siempre rige,
¿no ves crujir los dientes rechinantes,
ni el gesto que su frente me dirige?"

Y él a mí: "De sus ceños no te espantes,
por más que los redoblen a porfía:
miran a los que hierven no distantes".[10]

A la izquierda, en esto, echó la grey bravía,
y antes de inteligencia morisqueta[11]
le hacen al cabo: el cual la marcha abría,
usando del de atrás como trompeta.

Canto XXII

Continúa el asunto del canto precedente. Caminando los Poetas a la izquierda, por la margen de la roca, descubren en el saco gran número de rufianes, que de diferentes modos buscan alivio a su tormento. Éstos son los que en las cortes de los príncipes trafican con el favor y con la justicia. Una de ellos, más tardo que los demás en esconderse de los diablos, que los sorprenden, cae en sus garras y es miserablemente estropeado. Es un tal Chámpalo, de Navarra, que, a ruegos de Virgilio, da razón de otros insignes rufianes, vecinos suyos. Se describe cómicamente la astucia del navarro por librarse de los garritrancas, y la pelea que, por causa suya, traban entre sí dos de esos diablos.

Yo campo militar vi levantarse,
y pasar muestra y avanzar bridones,
y a veces escapar para salvarse.

Yo en las tierras de Arezo vi ladrones
correr a son de guerra, en merodeo;
tornear jinetes y justar campeones;

cuando, a la voz de la trompa o campaneo[1]
por atambor o signos de castillo[2]
con usos nuestros, o de extraño arreo,

navíos vi mover, de un faro al brillo;
mas no nave o legión, propia ni externa,
vi obediente a tan raro caramillo.

Íbamos, pues, con la década averna.
¡Ay compañía atroz! Mas en el templo
son los santos; la chusma, en la taberna.

Y, entre tanto, la pez fijo contemplo,
para bien darme del suplicio cuenta,
que a la rufiana gente es triste ejemplo.

Como el delfín que anuncio le presenta
en su encorvado lomo al marinero
de que rauda se acerca la tormenta,

así, para aliviar su dolor fiero,
algún triste veloz el cuerpo saca,
sumergiéndose luego aun más ligero.

Y como están al borde de agua opaca
quietas las ramas, con los muslos fuera,
y ocultos gordo vientre y pierna flaca,

así se hallan los otros por doquiera;
mas cuando Barbadiente se aparece,
se sumerge la turba lastimera.

Yo vi, y el corazón aun se estremece,
a uno quedar cual ves rana tardía,
mientras otro da un salto y desaparece.

Y Perrea, que cerca le tenía,
los pegajosos pelos rebujando
la sacó, que una nutria parecía.

Si a todos por su nombre voy llamando,
es porque a su elección estuve atento,
como cuando entre sí se iban nombrando.

"¡Oh Rubicazo! Métele al momento
las uñas en el lomo y se lo pela",
grítanle muchos con rabioso acento.

Y yo: "Maestro mío, con cautela
haz por saber quién es el desdichado
que cayó en manos de la atroz secuela".

Y el sabio guía se le pone al lado
y le demanda su país. "Mi padre
–él responde– en Navarra me ha formado:

púsome a siervo de un señor mi madre,
que me engendró de un perillán ribaldo,[3]
a quien no hay triste nombre que no cuadre.

Luego, al servicio del buen rey Tebaldo,
la vergüenza entre robo y fraudes pierdo,
y ahora mis culpas pierdo en este caldo."

Javato, a quien colmillo como a un cerdo
de una y otra boquera le salía,
le mostró cuál rebaja el suyo izquierdo.

¡Entre qué gatos el ratón yacía!
Mas Barbadiente aférrale tenace
y: "¡Paz mientras le ahorco!", les decía.

Y el guía: "Es bien que, si aun saber te place,
le preguntemos más; que el riesgo aqueja,
y acaso este tropel le despedace".

Y el guarda mío: "Dime si su queja
aquí bajo la pez algún latino
lanza". Y responde: "Hora de mí se aleja

uno que a esa región nació vecino,
y con el que, si aun fuera yo en el cazo,
foz no temiera, ni garrón diablino".

Y Pisaescarchas, apuntando a un brazo:
"Ya nos cansamos", dijo, y garrochole,
y entre las puntas se llevó un pedazo.

Libiuscoco también los pies buscole,
con que irritado el decurión[4] empieza
a ver la mala cara el tole-tole.

Cuando calmose un tanto su braveza,
al triste, que aun su herida contemplaba,
le preguntó mi guía con presteza:

"¿Quién es el de quien dices te pesaba
tanto haberte apartado, espíritu laso?"
Y el dijo: "Fray Gomita se llamaba.[5]

Fue de Sallura, y de maldades vaso;
y astuto, a los contrarios de su dueño,[6]
presos en su poder, abrioles paso.

No sólo entonce al seductor empeño
cedió; mas siempre adorador del oro
fue, en cuantos cargos tuvo, no pequeño.

Con él Sánchez[7] está de Logodoro;
y de hablar no se cansan de Cerdeña,
sus artes recordando y mal decoro.

Más os diría; pero, ¡oh Dios!, ya enseña,
¡ay!, sus dientes aquél, y temo mucho
que a repelarme avance hora la greña."

Y el gran preboste, vuelto hacia Duenducho,
que para herir torcía ojos insanos,
dícele: "Aparta, pérfido avechucho".

Y siguió el asustado: "Si a las manos
quieres, para informarte, algún sumiso,
convocaré lombardos y toscanos.

Mas estos garritrancas es preciso
que aparte estén, porque osen arriscarse:
yo, en tanto, aquí clavado donde piso,

por uno que ahora soy, haré juntarse
siete cuando silbare, como es uso
nuestro, siempre que un pobre busca orearse".

Galgazo, a tal moción, levantó el muso
movió la testa y dijo: "¡Astuto engaño
el que para escaparse nos compuso!"

Y él, que es tan rico en mentiroso amaño,
replicó: "¡Buena astucia he concebido,
a los míos causando el mayor daño!"

Y Alitronchado, un tanto seducido,
díjole: "Si de pronto allá te calas,
no tras ti correrá mi pie fendido,

que batirán sobre la pez mis alas.
Vamos, y que nos cubra aquel otero,
y a diez diablos veremos si te igualas".

Oye, ¡oh lector!, amaño el más artero.[8]
Todos de aguaite van tras la alturilla,
y el más opuesto de antes fue el primero.

Mide muy bien su tiempo, y en la arcilla
los pies clavando, el de Navarra embiste
un salto, y salva la infernal cuadrilla.

No hay uno a quien el caso no contriste,
si bien al que fue causa más le apura,
que se arrojó gritando: "¡Ya caíste!"

Pero poco logró, que a la pavura
no ganaron las alas, y ése al hondo,
y éste su pecho enderezó a la altura.

Así el pato de golpe échase al fondo
cuando el halcón se acerca, y éste airado,
y corriendo a la vez, sulca en redondo.

Pisaescarchas, el lance acalorado,
en pos del otro vuela, y se promete[9]
armársela a su vez a Alitronchado.

Y el rufián en la pez no bien se mete,
cuando a su compañero,[10] en vivo arranque,
sobre el foso, garreando, le acomete.

Pero no es fácil que le tronche o manque,
que es también fuerte gavilán,[11] y juntos
en medio caen del macizo estanque.

Rebaja el caldo del furor los puntos,
mas a alzarse su esfuerzo es impotente:
¡tanto son de la pez entrambos untos!

Cual los otros rabioso, Barbadiente
manda a cuatro, de chuzos bien guarnidos,
volar a la otra banda prontamente.

Y así de entrambos lados descendidos
extendieron su arpón a los reclusos,
bajo la costra ya medio cocidos.
Nosotros los dejamos aún infusos.

Canto XXIII

Habiéndose hábilmente apartado los Poetas de los garritrancas, ocupados en sacar de la pez a sus compañeros, prosiguen su camino solos aunque temiendo ser perseguidos, y se dejan resbalar acostados boca arriba, para bajar al sexto saco, en donde encuentran a los hipócritas, vestidos de pesados mantos de plomo muy dorados exteriormente. Hablan con los hermanos Gaudentes, Catalano y Loderingo. Ven en el suelo crucificado a Caifás, a quien pisan los dos mantos, pasando por encima. Después salen del saco los Poetas, a los que uno de los hermanos les ha dicho cómo deben verificarlo.

Callados, solos ya, sin compañía,
uno en pos de otro, nuestro andar hermana
al de padres menores por la vía.[1]

Mi juicio, a causa de la lucha insana,
de Esopo en el apólogo iba puesto
en que cuenta del topo y de la rana.[2]

Pues menos se parecen *pronto* y *presto*,
que entrambos casos, si el criterio anota
principio y fin, con arte bien dispuesto.

Y cual nuevo pensar de un pensar brota,
otro en nacer del mío no se tarda,
que con nueva pavura el pecho azota.

Yo discurría así: "La grey bastarda
tan burlada se ve por causa nuestra,
que sin duda rencor tenaz nos guarda.

Si a eso se junta su maldad siniestra,
por nosotros vendrán, con más anhelos
que caen tras la hocicada liebre muestra".

Ya erizarse sentía yo mis pelos;
y, entre atento y miedoso, aparte lucho,
cuando exclamé: "¡Maestro, por los cielos!

Si a los dos no nos celas pronto, mucho
temo a los garritrancas; ya, en mi mente,
llegan; ya están detrás, ya los escucho".

Y él: "Si fuese yo espejo, más patente
de tu aspecto exterior no fuera norma,
que imagen soy de tu interior presente.

Mi pensamiento al tuyo se conforma,
y con unión tan íntima se abraza,
que no más que uno de los dos se forma.

Si el borde, pues, que el flanco diestro enlaza,
a otros sacos descenso puede darnos,
te salvaré de la temida caza".

Aun no acabó su intento de trazarnos,
cuando, no lejos ya, y en ala abierta,
los vi raudos venir para alcanzarnos.

Como la madre que al rumor despierta,
y junto a sí la llama ve encendida,
y al hijo toma, y huye, y sólo acierta

a ocuparse de carga tan querida,
tanto que apenas viste lienzo escaso,
así de pronto me cogió mi cuida.

Y ya en el lomo del peñasco raso,
que echó supino a la empinada cuesta
que del un saco al otro es sólo paso.

No el agua tan veloz se manifiesta
por fácil caño de terral molino,
cuando junto a los albes va más presta,

como el maestro, con su hacer ladino,
surca el dique, llevándome a su pecho,
más cual hijo de amor que cual vecino.

No bien toca su planta al hondo lecho,
cuando llegan los otros a la altura,
cima nuestra; mas vano es ya su acecho.

Que la alta Providencia, que la cura
y gobierna les da del quinto vaso,
veda a todos dejar su estancia impura.

Gente hallamos aquí que a lento paso
iba llorando, con la faz pintada,[3]
y aspecto y ademán rendido y laso.

Capas llevaban con capucha echada
sobre los ojos, de la hechura en pico
para los frailes en Colonia usada.

Deslumbraban por fuera de oro rico,
siendo plomo en lo interno, y graves tanto,
que son paja las que usa Federico.[4]

¡Ay sempiterno, fatigoso manto!
Volvimos a la izquierda en movimiento
del suyo a par, al son de triste llanto.

Mas con el peso era el andar tan lento
de esa cansada grey, que siempre nueva
compañía nos da nuestro andamiento.[5]

Conque dije al rector: "A encontrar prueba
alguien por fama o nombre conocido,
y así andando, la vista en juego lleva".

Y uno, de mi decir toscano herido,
gritó tras mí: "Parad, o el pie mitigue
su marcha por el suelo maldecido;

quizá mi voz vuestra atención obligue".
"Párate –vuelto a mí, dijo mi guía–,
y al paso con que él va luego prosigue."

Me detuve, y vi a dos, en los que ardía
y se expresaba afán de estar conmigo,
que el peso y la estrechez los reprimía.

Cuando a nos llegan, con mirar no amigo,
y sin decir palabra, me examinan,
y tratando entre sí, dicen consigo:

"Sus labios a que vivo está me inclinan;
¿por cuál si no, no visto privilegio,
a andar libres del manto los destinan?"

Luego: "Toscano –dícenme–, al colegio
de los tristes hipócritas llegado,
dinos tu nombre mísero o egregio".

Yo respondí: "Nacido fui y criado
en la ciudad que de Arno ve la espuma,
y este cuerpo en que estoy siempre he llevado.

Mas vosotros, ¿quién sois, que con tal suma
de lágrimas bañáis el rostro opreso,
y qué pena o dolor así os abruma?"

Y el uno respondió: "De tan espeso
plomo son estas capas refulgentes,
que el cuerpo, cual balanza, cruje al peso.[6]

Bolonia el ser nos dio; fuimos Gaudentes.[7]
Catalano soy yo, y él Loderingo:
por lo aislados, cual jueces nuestras gentes

nos tomaron, que en ello bien distingo
que fue dar vado a la justicia. Cuáles
nosotros fuimos, cuéntelo el Gardingo".[8]

Y yo exclamé: "¡Oh hermanos!, vuestros males..."
No dije más, que dio mi vista en uno
clavado en tierra, en cruz, por tres puntales,

el cual se tuerce al ver ya cerca alguno,
en la barba suspiros resoplando,
y Catalán, notándolo oportuno,

me dijo: "El que clavado estás mirando,
aconsejó esquivarse al Fariseo,
por el pueblo al martirio un hombre dando.[9]

De la vía en mitad desnudo reo,
hora lento y pesado el pie le trilla
de cuantos pasan del plomizo arreo.

También a pena igual aquí se humilla
su suegro,[10] con los otros del concilio
que a los judaicos dio fatal semilla".

Sorprenderse vi entonces a Virgilio
por el que en afrentosa y vil postura
tendido yace en el eterno exilio.

Luego del fraile así saber procura:
"Decidnos, si queréis y se os permite,
si a la derecha mano hay abertura,

que salir de este fondo facilite
hora a los dos, sin que lograrlo a expensas
de la negra legión se necesite".

Y él respondió: "Más cerca que tú piensas
nace del cerco máximo un breñaje
que las estancias todas cruza extensas.

Sólo se encuentra roto en un paraje;
pero podréis subir sobre el escombro
que allí, cegando el foso, da pasaje".

Quedó mi guía, en esto, en mudo asombro,
y después dijo: "¡A fe bien me ha burlado
aquel jefe cruel del chuzo al hombro!"

y el Frate: "Entre los vicios que he escuchado
en Bolonia contar del diablo un día,
de *padre del embuste* fue tachado".

Aquí el paso veloz mueve mi guía,
la faz turbada un tanto del enojo;
y yo me aparto de la ley tardía,
y de la amada huella en pos me arrojo.

Canto XXIV

Habiendo salido los Poetas del sexto saco, con gran dificultad y cansancio, vuelven a continuar su camino, subiendo por el escollo arriba y llegan al séptimo, en el cual ven, entre multitud de sierpes, a los ladrones, los cuales, picados por esos horribles animales, arden todos, y en seguida renacen otra vez de sus propias cenizas. En estos ladrones se trata especialmente de los sacrílegos, entre los cuales Dante reconoce a Vanifucio de Pistoya, que le produce, en un ímpetu de rabia, la destrucción del partido florentino llamado de los Blancos.

Cuando se muestra jovencillo el año,
y el sol más fuerzas en Acuario gana,
y ya al día la noche paga el daño;[1]

cuando la escarcha sobre el suelo cana,
poco, por el benigno temple, ondea
en él la imagen de su blanca hermana,[2]

el pastor, que de todo ya escasea,
deja su choza, y la campaña mira
alba doquier, y el pecho se golpea,

vuelve a su hogar, y sin concierto gira,
como el triste que hacer no acierta nada;
mas sale otra vez luego, y ya respira;

que la faz de la tierra ve cambiada
en breve espacio, y del redil en medio,
a pacer echa fuera su manada,

así el maestro con su enojo y tedio
turbome el alma y con su torva frente,
y luego al daño me aplicó el remedio.

Que, cuando fuimos cabe el roto puente.
a mí volviose, con el rostro amigo
que en el monte vi en él primeramente;

y después de pensar breve consigo,
abrió los brazos, de antes contemplando
las ruinas bien, y en ellos diome abrigo.

Y como el que obra, a un tiempo meditando
que todo azar y obstáculo balanza,
así, mientras al alto me va alzando,

la vista de un peñasco en otro avanza:
"Cógete a aquél –diciéndome el buen guía–:
mas antes ve si a sostenerte alcanza".

¡Para capas de plomo no era vía!
Que yo en vilo, y él leve, con trabajo
trepar de piedra en piedra se podía.

Y si no fuese que notable atajo
de esta vía a las otras se percibe,
de él no diré, mas yo viniera abajo;

que como Malos Sacos va en declive
siempre del hondo pozo hasta el paraje,
causa que, en cada valle que describe,

una margen se eleve y otra baje.
Al fin pisar pudimos el cimiento
do la postrera piedra hizo desgaje.

Y al llegar, del pulmón el movimiento
era tal, que me ahogaba su presteza,
y seguir más no pude y tomé asiento.

Luego el maestro: "Arroja la pereza
–me dijo–, que entre seda y blanda pluma
no de la fama súbese a la alteza.

Sin la cual, quien los años triste suma,
el vestigio de sí deja en la tierra
que humo en el aire, que en el agua espuma.

¡Arriba, pues! A la fatiga haz guerra
con el alma, que al fin vence en las luchas
si no la rinde el cuerpo que la encierra.

Aun tienes que pasar por gradas muchas:
no basta donde estás haber llegado;
si me entiendes, no olvides lo que escuchas".

Alceme entonce y me mostré animado
de respiro más largo, y más ligero,
y dije: "¡Sus!, ya soy firme y osado".

Y del peñasco me lancé al sendero,
que era estrecho y fragoso, y de más brava
y escarpada pendiente que el primero.

Y por hacerme el fuerte, hablando andaba,[3]
cuando salió una voz del otro foso
que imperfecta palabra articulaba.[4]

No entendí qué decía, aunque curioso
lo dominaba yo del puente arriba,[5]
y es que hablaba sin duda en son furioso.

Y me agaché; mas no de gente viva
penetraba la vista al seno impuro,
y así dije: "Maestro, a la otra riba

pudiéramos bajar desde este muro,
que así, cual hora escucho y nada entiendo,
así miro, y yo no veo el fondo oscuro".

Y él a mí entonces: "Te contesto haciendo
porque se debe a la demanda honesta
con obras responder, no discurriendo".

Y bajamos la roca por la cresta
donde se junta con el valle octava;
de allí el saco su horror nos manifiesta.

Pues dentro vide multitud tan brava
de serpientes, tan varia y espantosa,
que la lengua, al recuerdo, aun se me traba.

No se envanezca Libia la arenosa,
de sus Yáculos, Cancros y Farentes,
su Hidra y su Antisbenes venenosa.

Que no monstruos jamás tan pestilentes
lanzar pudieron la abrasada Etiopía,
ni las tierras del rojo mar ardientes.

Entre esa cruda y aflictiva copia,
corren gentes desnudas y asustadas,
que no esperan guarida ni Heliotropia.[6]

Las manos llevan por detrás ligadas
con sierpes que, enroscándose delante,
cola y testa al riñón, tienen clavadas.

De repente a un desnudo, no distante,
se tira una culebra, y lo atraviesa
donde el cuello a la espalda está lindante.

Ni *i* ni *o* se escriben tan de priesa
como aquél se prendió y ardió, cayendo
entre vana ceniza, hecho pavesa.

Luego, estando ya en tierra, fuese uniendo
la ceniza ella sola, con el propio
cuerpo que antes llevaba apareciendo.

Así, según de sabios libros copio,
expira el fénix, y después renace
de años cincuenta tras el largo acopio.

No grano mientras vive o hierba pace,
sino el incienso, lágrimas y amomo,
y su pira de mirra y nardos hace.

Cual se queda el que cae, sin saber cómo,
por fuerza de demonio que le tira,
o de humana dolencia al bravo asomo:

Y así que se levanta, en torno mira,
por la penosa angustia que ha pasado
aun soporoso, y al mirar suspira:

tal se mostraba aquel recién alzado.
¡Oh de Dios la justicia cuán severa
cuando golpes cual éste ha descargado!'

Mi cuida fiel le demandó quién era;
y él respondió: "Llovido de Toscana
caí, no ha mucho, en esta gola fiera.

Vida gusté, llevar bestial, no humana,
como mulo que soy; soy Vanifucio,[7]
y fue mi estancia cuadra Pistoyana".

Yo por saber su culpa al vate acucio,
y pido que le mande quieto estarse,
que hombre le vi de rabia y sangre sucio.[8]

Y el pecador me oyó sin irritarse,
y a mí la mente y rostro dirigido,
de tristeza y rubor le vi bañarse.

Y dijo: "Más me duele que cogido
me hayas en la miseria que me oprime,
que perder la otra vida me ha dolido.

Sabe, aunque declararlo me lastime,
que por robar los sacros bellos vasos[9]
en tan baja región mi sombra gime,

y porque a otro imputaron tales casos.
Mas porque no te halague mi tormento,
si de aquí logran escapar tus pasos,

mi predicción fatal escucha atento:[10]
Disminuirá en Pistoya el Negro odioso;
mudará ley Florencia y regimiento;

Marte, del Valdemagra nebuloso
los vapores de guerra irá juntando;
y con la fuerza de huracán furioso

sobre Campo Pisceno descargando,
lid cruda hará; y al aclarar del cielo,
veráse a todo Blanco allí expirando.
¿Lo oyes? Lo digo por causarte duelo".

Canto XXV

Atento siempre el Poeta a registrar con la vista el séptimo saco, ve al centauro Caco, que, corriendo detrás del blasfemo Vanifucio, arroja llamas a todo el que encuentra al paso. Después reconoce a algunos ilustres florentinos que fueron ladrones de los caudales públicos, y de ellos describe portentosas transformaciones, que el Poeta mismo considera superiores en invención a las de Lucano y Ovidio.

Cuando acabó de hablar el ladre impío,
las dos manos alzando, hizo dos higas,[1]
diciendo: "Toma, Dios, eso te envío."

Las sierpes desde allí son mis amigas:
porque una a su garganta va a anudarse
cual diciendo: "No más quiero que digas".

Otra salta a sus brazos a enroscarse,
y la fuerza le quita y movimiento;
¡tal llega por delante a remacharse!

¡Oh Pistoya, Pistoya! En fuego lento,
¿por qué no abrasas hijos tan impuros,
pues que va su maldad siempre en aumento?

Por cuantos cercos tiene averno oscuros,
a nadie contra Dios vi tan acerbo;
ni el que cayó de los tebanos muros.[2]

Sin decir más palabra, huyó el protervo;
y un centauro vi yo con gran braveza
venir gritando: "¿Adónde está el superbo?"

No da sierpes Marena[3] en su crudeza
tantas, como en la grupa aquél llevaba
hasta do en él nuestra natura empieza.[4]

Y un dragón en su espalda se asentaba
que, extendidas las alas, humo y fuego
contra cuantos se acercan vomitaba.

Y mi guía: "Ése es Caco –dijo luego–,
que cien veces las rocas de Aventino
bañó de sangre con el largo riego.

De los suyos no va por el camino,
porque robó con fraude y con ardides
el ganado que dél era vecino;[5]

por cuya causa terminó sus lides
de cien golpes al diez quizá expirando[6]
bajo la clava del potente Alcides".

Mientras pasa el ladrón y sigue hablando
mi guía, tres espíritus[7] no vimos
acercarse a nosotros, sino cuando

gritaron: "¿Quiénes sois?" Con lo que dimos
fin del centauro al doloroso trance,
y en ellos solos la atención pusimos.

Yo no los conocía; mas fue el lance
que, cual ocurre muchas veces, cedo
el uno nombró al otro, a nuestro alcance,

y dijo: "A Chanfa[8] descubrir no puedo".
Aquí, porque esté el guía atento y mudo,
sobre los juntos labios puse el dedo.

Que ahora dudes creer, lector sesudo,
lo que a decirte voy, no me molesta:
yo lo vi por mis ojos, y aun lo dudo.

Mi vista y alma estando en ellos puesta,
una serpiente con seis pies[9] se lanza
al uno,[10] y toda se le enrosca presta.

Con las patas del medio al vientre avanza,
con sus brazos los brazos le ase y prende.
y a morderle ambos pómulos alcanza.

Los bajos pies sobre los muslos tiende;,
pasa la cola entre ambos, y la punta
en los riñones por detrás le hiende.

Jamás al árbol se adhirió tan junta
hiedra tenaz como la horrible fiera
sus miembros al ajeno cuerpo ayunta.

Mezcláronse después, cual si de cerca
fuesen caliente, especies y colores,
y ya no es cada cual lo que antes era.

Así expuesto del fuego a los ardores
toma el papel un tinte medio bruno,
que aun no es negro, mas pierde sus albores.

Los dos que le miraban de consuno:
"¡Oh Añel, cómo te cambias! –le gritaban–.
Mira, ni ya sois dos, ni ya sois uno".

Y una testa no más las dos formaban,
y de los dos apareció un semblante
do las facciones de ambos se mostraban.

De cuantos brazos dos salen delante;
pies, y piernas, y vientre, y busto horrendo
hacen mixto de miembros repugnante.

Todo su ser primero va perdiendo,
y uno y otro, y ninguno parecía;
y así con lento paso se fue yendo.

Entonces cual lagarto a quien el día
canicular de su vivienda saca,
que cruza, como lampo, por la vía,

tal a los otros de la terna flaca,
cual grano de pimienta negra ardida,
lívida sierpecilla se destaca.[11]

Y al uno[12] le picó por do comida
recibe el hombre por la vez primera,
y a su frente después se echó extendida.

La mira, y calla el triste a quien mordiera;
y los pies afirmando, bostezaba
como si el sueño o fiebre le invadiera.

Él la mira, la sierpre le miraba:
él, por la herida, y ella, por la boca
lanzan humo, y el humo se mezclaba.

¡Calle Lucano el canto donde toca
del mísero Sabelo y de Nasidio,[13]
y escuche aquí lo que mi musa evoca!

¡Calle de Cadmo y de Aretusa Ovidio;
que si el dragón a aquél, y estotra en fuente
convirtió, poetizando, no le envidio!

Que jamás dos naturas frente a frente
transformó de tal modo, que pudieran
transmitir sus sustancias de repente.

Diré, pues, que entre sí tal se fluyeran,
que la víbora en horca hendió la cola,
y los pies del mordido ambos se unieran.

En él pierna con pierna se interpola
hasta borrarse tanto la juntura,
que ni una raya se distingue sola.

La horquilla, en ella, adquiere la figura
que en él pierden los pies; yo vi ablandarse
la piel en ella; en él hacerse dura;

sus brazos vi por el sobaco entrarse,
y según ellos amenguando han ido,
los cortos del reptil vi dilatarse.

Luego sus patas, en cordón torcido,
van la parte a formar que el hombre cela;
y él vio el suyo en dos partes dividido.

Entonces, mientras el humo a entrambos vela
de color nuevo, y a la piel atrae
de éste el cabello de que a aquél repela,

se alza el reptil, el hombre al suelo cae;
mas no se quitan, no, la vista impía,
que aun de uno a otro las facciones trae.

El hocico a las sienes recogía
el de pie, y la sustancia rebosante
la cara forma, y las orejas cría.

Lo que atrás no corrió, con su sobrante
los labios, cual conviene, le dispuso,
y de humana nariz dotó el semblante.

El caído adelante saca el muso,
y las orejas hunde en la cabeza,
cual caracol los cuernos pone en uso;

y la lengua que hablaba con presteza
se parte, y la bifurca su horca viva
cierra, y el humo a disiparse empieza.

Y el alma, que en la sierpe ya es cautiva,
por el valle fatal huye silbando,
y el otro sigue allí, y habla y saliva.[14]

Y al triste las espaldas nuevas dando,
dice al que queda: "Boso es bien que corra
por esas ribas como yo rampando".

Así vide en la séptima zaborra
a muchos transmutarse; y si he caído
aquí en error, la novedad lo borra;

y sólo he de añadir que, aunque aturdido
era y la vista mía ya ofuscada,
no para mí pasó desconocido

Pucio Chancato, el solo que a la entrada
vi de los tres sin transformarse un tanto;
el otro era la sombra desdichada,
Gavilla,[15] cuyo fin te cuesta llanto.

Canto XXVI

Suben los Poetas a lo más alto del escollo, por cuya cima, prosiguiendo su camino, llegan al octavo saco. Brillan en él multitud de lenguas de fuego, en cada una de las cuales se encierra un pecador. Este suplicio es el que corresponde a los que hicieron daño al prójimo por medio de astuto y fraudulento consejo. Habiendo visto en medio de una llama bilingüe a Diomedes y a Ulises, dirige Virgilio la palabra a este último para complacer a su alumno, y obtiene de él que le relate la historia de sus infelices navegaciones.

Goza, ¡oh Florencia!, de tu inmensa fama,
pues por mares se extiende y por naciones,
y hasta en el mismo infierno se derrama.

Allí cinco hijos tuyos vi ladrones,
y si de ellos vergüenza grande tuve,
a ti no ha de aumentarte los blasones.[1]

Mas si el sueño es verdad que en blanca nube
nos trae el alba, el odio que te espera
pronto verás, y que hasta Prato sube.[2]

¡Pluguiere al cielo que estallado hubiera,
si ha de ser, pronto!, que la pena mía,
según corra mi edad, será más fiera.[3]

Comenzamos a andar, y por la vía
que de escalera nos sirvió,[4] bajando,
volví a subir llevándome mi guía.

Y por la triste ruta continuando
entre las peñas del quebrado suelo,
íbale al pie la mano asiento dando.

Entristecime entonces, y aun me duelo
cuando dirijo a los que vi la mente,
y reprimo el ingenio cual no suelo.

Por qué virtud la guíe en su corriente,
no de mi propio bien pierda yo canso
lo que diéronme un astro y Dios clemente.[5]

Cuantas lucernas en el valle manso,
quizá allí mismo donde surco traza,
ve el gañán, que en la grama está en descanso,

cuando a la mosca el cínife reemplaza,
a la hora en que más del sol radiante
alta la luz nuestro hemisferio abraza,[6]

tantas yo vide flamas al instante
en que mi vista descubrió los fosos
que el cerco octavo púsome delante.

Y como aquel vengado por los osos[7]
ve de Elías el carro, cuando al vuelo
sus caballos lanzáronse fogosos;

que seguirle no puede, y ya su anhelo
no alcanza a ver más que una chispa sola,
cual punto breve, en el cenit del cielo,

así cada cual de éstas por la gola
gira del foso, sin mostrar por fuera
que uno dentro en su fango se acrisola.

Del puente al borde yo por verlos era
tanto, que si a un peñasco no me allego,
sin tocarme ninguno, allí cayera.

Y el vate, que mirar me vio tan ciego,
dijo: "Un espíritu cada hoguera guarda[8]
y le reviste y quémale su fuego".

"De la verdad del caso me resguarda
tu voz –le dije–; mas patente ha sido
también a mí, y oírte se me tarda.

¿Quién es el de aquel fuego, dividido
de modo que parece el de la pira
que a los hijos de Edipo ha contenido?".[9]

Y replicóme: "Dentro dél respira
con Diomedes, Ulises; que así hermana
la pena en *ellos* es, cual fue la ira.

Y allí dentro se purga la inhumana
astucia del caballo, que abrió la puerta
por do salió la prole alta romana;[10]

y se llora el ardid por el que, aun muerta,
Deyodamia infeliz lamenta a Aquiles,
y el ara del palacio al fraude abierta".

"Si entre el fuego sus voces varoniles
sonar no pueden, padre, yo te invoco
(y mis súplicas hoy valen por miles)

para que dejes me detenga un poco
hasta que la bicorne llama venga.
¡Mira si con anhelo la provoco!"

Yo dije; y él: "Bien es que efecto tenga
afán tan noble y digno de alto precio;
mas que a callar tu labio se prevenga,

y hablar déjame a mí, que mido y precio
lo que anhelas; que acaso de tu estilo,
como griegos que son, hagan desprecio.

Y cuando llega el par del puente al filo,
y ve oportuno el que tan dulce me ama
tiempo y lugar, les habla así tranquilo:

"¡Oh los dos que ocupáis sólo una llama!
Si vuestra estimación logré viviendo,
si poco o mucho os alcanzó mi fama,

que el mundo en altos versos va corriendo,
parad, y el uno de vosotros diga
dónde acabó, por su querer, muriendo".

Y el mayor cuerno de la hoguera antiga[11]
empezó a removerse, murmurando,
como llama a que el aire da fatiga.

Luego, su cima aquí y allí cimbreando,
cual si fuese la lengua la que hablara.
lanzó fuera un acento, y dijo: "Cuando

de Circe[12] me libré, que me guardara
por más de un año allá junto a Gaeta,[13]
antes que así tu Eneas la nombrara,

ni el halago que a un hijo me sujeta,
ni amor del padre anciano,[14] ni el ardiente
debido a mi Penélope discreta,

nada el ansia vencer pudo en mi mente
de recorrer el mundo y verme experto
en leyes y usos de la humana gente.

Y en sólo un leño, al alto mar abierto
me lancé, con la escasa y fiel compaña
que nunca me dejó, del patrio puerto.

Vi la una costa y otra hasta la España[15]
y Marruecos, y la isla de los Sardos,
y cuantas aquel mar en torno baña.

Y cuando yo y mis fieles, viejos tardos,
al estrecho llegamos, donde Alcides
sus padrones de honor plantó gallardos,[16]

límite impuesto al nauta y a sus lides,
y a mi derecha mano dejo a Esbilia,
cual tu Sepla,[17] a mi izquierda te divides.

"¡Oh hermanos –dije entonces–, los que exilia
tras mil riesgos el hado al Occidente!
No de vuestros sentidos la vigilia,

que ya tan corta os queda, a la eminente
prueba de hallar se niegue la existencia,
en pos del sol, de la región sin gente.[18]

Considerad vuestra inmortal esencia:
no a vegetar cual brutos hechos,
mas a ganar virtud, y honor, y ciencia".

Con esta breve arenga, tan deshechos
por la empresa los vi, que mal podría,
queriéndolo después, calmar sus pechos.

Volví la popa hacia do nace el día;
son del loco volar los remos alas;
siempre a la izquierda mi bajel corría.

Del otro polo las celestes galas
vía en la noche; el nuestro era tan bajo
que no montaba las marinas salas.[19]

Cinco veces su hermosa luz nos trajo
y cinco la escondió la clara luna.
des que emprendimos el fatal trabajo,

cuando montaña vimos[20] surgir, bruna
por la distancia y levantada tanto,
cual jamás hasta entonces vi ninguna.

Gozo al principio fue, mas luego llanto;
que un vapor, de la nueva tierra jugo,
viene al bajel de frente a dar quebranto.

Tres veces de las olas gira al yugo;
a la cuarta, la proa echa a la tierra,
la popa al cielo; y, como al Alto plugo,
sobre todo la mar después se cierra.

Canto XXVII

Había concluido de hablar el griego astuto, cuando una voz, exhalada desde una flama, ruega a Virgilio que se detenga un poco para que le dé noticias de la Romaña. Dante toma a su cargo el contestar, y habiendo satisfecho a la demanda del espíritu, manifiesta su deseo de saber cómo se llama. Es el conde Guido de Montefieltro, que cuenta que ha sido condenado porque, habiéndole pedido el Papa Bonifacio VIII un consejo, se lo dio pérfido y fraudulento.

Dejaba ya de hablar erguida y quieta
la hoguera, y su camino continuaba,
tomada venia del gentil poeta,

cuando otra, que en pos de ella caminaba,
me hizo volver los ojos a su cima
por un rumor confuso que lanzaba.

Como el Sículo buey,[1] que la vez prima
con el llanto mugió (¡justicia ha sido!)
del que labrole con su infausta lima,

bramaba con la voz del afligido;
así que, aunque es de bronce todo entero,
eco parece de dolor transido;

tal las palabras, por no hallar primero
camino entre la llama, su lenguaje[2]
toman, mugiendo, en tono lastimero.

Mas luego, por la cima, ya en su viaje
lanzadas, cobran la inflexión sonora
que imprimióles la lengua a su pasaje,

claras así sonando: "¡Oh tú, que ahora
mi acento escuchas, cuyo hablar lombardo
me hirió cuando decías: "Ve en buen hora"!

no porque a ti mi acento llegue tardo
me niegues el pararte a hablar conmigo;
me agrada a mí, ya ves, y en llamas ardo.

Si ha poco del latino suelo amigo
a esta región misérrima caíste,
do mis culpas de allá tienen castigo,

dime si el romañol en paz existe:
yo soy de aquellas tierras entre Urbino
y el monte donde el Tíber nace triste".[3]

Aquí la espalda me tocó el divino,
cuando encorvado aún vía al hondo centro,
diciéndome: "Habla tú, que ése es latino".[4]

Y yo, que al punto la respuesta encuentro,
pues pensado la había, así le dije:
"¡Oh alma que escondida estás ahí dentro!,

en paz a tu Romaña nunca rige
de tus tiranos la eternal protervia;
mas hoy pública guerra no la aflige.

En Rávena, cual tiempo atrás, soberbia
de los Polenta el águila se anida,[5]
que con sus anchas alas cubre a Cerbia.

La tierra que la prueba hizo aguerrida
y en los franceses el estrago ingente,[6]
yace a las verdes garras sometida.[7]

El mastín viejo:[8] el de Verruquio ardiente.
que hundieron a Montaña[9] en sueño eterno,
clavan do suelen su ominoso diente.

La ciudad del Lamón,[10] con el Santerno,
rige el leoncillo azul del fondo blanco[11]
que bandos muda de verano a invierno.

Y aquella a quien el Savio[12] baña el flanco
como yace entre el monte y la llanura,
estado goza entre oprimido y franco.

Hora dinos tu nombre, y no más dura
sea tu voluntad que otras han sido.
¡Así el mundo tu fama guarde pura!"

En cuanto el fuego un poco hubo rugido,
movió de un lado a otro el pico agudo,
estas voces lanzando en un soplido:

"Si yo creyera enviar mi acento rudo
a quien volver debiera al suelo orondo,
pronto sin trepidar quedara, y mudo.

Mas como nadie vivo de este fondo
salió jamás, si a la verdad atiendo,
sin temor de la infamia te respondo.

Guerrero he sido; mas después, queriendo
mi conciencia limpiar, la humilde saya
de Francisco vestí; ya iba venciendo,

cuando el gran Sacerdote,[13] ¡que mal haya!,
de la culpa otra vez me hundió en la borra
(que de tu mente el cómo no se vaya).

Desque el alma el mortal vestido aforra
con que al mundo me echó la madre mía,
más que como león, obré cual zorra.

Todo tortuoso hacer y oscura vía
supe, y de mis ardides y cautelas
la fama por doquiera se extendía.

Luego, cuando la ciudad con sus secuelas
me trajo al punto en que el mortal ya debe
atar los cables, abatir las velas,

entonces grave hallé lo que antes leve;
y confeso y contrito, mis deseos
estuvo en poco, ¡aymé!, que a colmo lleve

el señor de los nuevos fariseos,[14]
guerra hacía en los campos Lateranos,
y a los turcos no a fe, ni a los judeos,

porque eran sus contrarios los cristianos,
y no de los que en Acre hacen la prueba[15]
y a tierras del Soldán llevan su grano.

Ni orden sacro, ni llaves y aura esteva
suyos vio, ni el sayal en mi pedestre[16]
que tornar suele flaco a quien le lleva;

antes, cual Constantino[17] el gran Silvestre
trajo a curar su lepra del Sorate,
éste a sí me llamó porque le muestre

cómo su fiebre de ambición le mate;
mas dejé sus palabras sin respuesta,
pensando si locura le combate".

Y él: "Si temor –me dijo– te molesta,
de antemano te absuelvo. Dime cedo
cómo arruine los muros de Prenesta.[18]

Ya sabes que cerrar y abrir yo puedo
el Cielo, pues que dobles son las llaves
que mi predecesor dejó por miedo".[19]

Yo juzgué aquí sus argumentos graves:
que era el callarme compromiso loco,
y dije: "Padre, bien; pues que me laves

del pecado en que caigo sólo invoco.
Tú el largo asedio vencerás de cierto,
con mucho prometer, y cumplir poco".

Vino después por mí, cuando hube muerto,
Francisco; mas un negro ángel caído:[20]
"No me harás –dijo– tan visible entuerto:

bajar debe a mi gremio maldecido,
pues des que el fraude aconsejar resuelve,
de los cabellos téngole ya asido.

A quien no se arrepiente, Dios no absuelve,
ni arrepentirse y persistir es dado;
premisa tal contradicción envuelve".

¡Cuál me puse a temblar! ¡Ay desdichado!,
cuando me asió, diciendo: "De seguro
que no era yo buen lógico has pensado".

Y a Minos me llevó, que el flanco duro
con la cola ocho veces envolviose;
y después de morderse en ella furo,

"Baje a las llamas, dijo, y convirtiose
en hoguera mi ser, y así vestido
vime, y el alma como ves perdiose."[21]

Cuando tal su relato hubo cumplido,
echose a andar, y aun su dolor decía
agitando y torciendo el tufo erguido.

Y adelante seguimos yo y mi guía,
trepando el arco próximo, que el turbio
foso domina, do su culpa expía
quien la discordia siembra y el disturbio.

Canto XXVIII

Se describe el deforme y horrible espectáculo del noveno saco, donde son castigados los que siembran civiles disturbios y discordias religiosas en la humana familia. Esos pecadores tienen mutilados y despedazados espantosamente sus miembros; los cuales, tan pronto como vuelven a unirse y componerse, son rotos otra vez por un demonio encargado de hacerles sufrir esta feroz alternativa. También se hace mención de varios personajes que fueron causa de lamentables divisiones.

¿Quién con holgura de palabra airosa
pintar podría, y con cabal semblanza,
cuanto yo vi de Haga sanguinosa?

A empresa tan difícil, ¿quién se lanza,
sin miedo al pobre idioma, y a la mente,
que escenas tales a abarcar no alcanza?

Si a juntarse llegara cuanta gente
con su sangre larguísima la tierra
de la Apulia infeliz regó doliente

so el patricio romano, y en la guerra
que de tantos anillos le despoja,
como cuenta aquel Libio que no yerra;[1]

y la que a muerte dolorida arroja
la lucha pertinaz contra Guiscardo,[2]
y aquélla cuyos huesos aún aloja

el Caperano[3] allí donde bastardo
huyó el Pullés; y cuanta en Tallacoso[4]
destrozó sin combate al viejo Alardo;

y junta ya, mostrara el lastimoso
cuadro de sus heridas, diera indicio
leve, por cierto, del horrendo foso.

Jamás he visto, en su postrer desquicio,
tonel despedazado, de la suerte
que a uno vi de la barba al orificio.

Sobre los pies los intestinos vierte;
enseña el corazón, y el triste saco
que cuanto traga en fetidez convierte.

Mientras le observo entre el ambiente opaco
me mira, y con las manos se abre el pecho:
"Ve a Mahoma –diciendo–; así yo aplaco

mi destrozo y dolor, y a corto trecho,
y con el cráneo hasta la nuca hendido,
va Alí[5] delante, en lágrimas deshecho;

y cuantos aquí ves que han impelido
de escándalo y discordia a infausta liza,
así purgan el crimen cometido.

Un diablo más allá nos cismatiza
con hacha aguda, en tan horrendo estilo,
que hace en todos, cual ves, sangrienta liza.

Así damos la vuelta al negro asilo,
y vuelve ya cerrada toda herida,
cuando tornamos de su acero al filo.

Mas tú, ¿quién eres en la roca erguida
así al aguaite acaso, de la pena
por retardar la furia merecida?"

"Ni ha muerto aún, ni culpa le condena
–respondió mi rector–, sino a ilustrarle
de cuanta aquí se mira triste escena,

a mí, que estoy muerto, toca llevarle
por los giros del Orco macilento;
y, en prueba de verdad, podéis hablarle."

Así que esto le oyeron, más de ciento
páranse a verme, y el no visto caso
el pasmo les alivia del tormento.

"Pues tú, que al mundo volverás acaso,
di a fray Dolcín[6] que si seguirme en breve
no quiere aquí, prevea que no el paso

le cierre, sin vituallas, la alta nieve,
y la victoria alcance el de Novara,
de otro modo a su esfuerzo no tan leve."

Mahoma así me dijo cuando alzara
la planta a caminar; y aquí asentola,
y en su penoso andar ya más no para.

Otro, que agujereada trae la gola,
y la nariz cortada hasta la ceja,
y al que una triste oreja queda sola,

y era de aquellos que suspensos deja
el pasmo, antes que nadie abrió la caña[7]
que toda estaba en la exterior bermeja,

y: "¡Oh tú –dijo–, a quien es la pena extraña.
y al que en la cara tierra vi latina,
si semejanza grande no me engaña!

No a Pedro olvides ya, de Medichina,[8]
si tornares a ver el dulce llano
que de Vercelio a Marcabón declina;[9]

y a los dos que más dignos hay en Fano
hazles saber, a Guido y Anyolelo
(si nuestro predecir aquí no es vano),

que macerados se verán sin duelo,
y arrojados al mar junto a Católica,
por traición de un tirano,[10] horror del suelo.

Jamás crimen ni astucia tan diabólica
entre Chipre y Mallorca vio Neptuno,
ni de pirata ni de gente argólica.

El vil que de sus ojos ve por uno[11]
y el país rige para el cual ser ciego
de los que andan aquí quisiera alguno,[12]

los llamará para tratar, y luego
hará que contra el viento de Foscara[13]
ya no hayan menester voto ni ruego".

Y yo le dije: "Muéstrame y declara,
si quieres que de ti dé al mundo cuenta,
quién, por no ver a Rímini, cegara".

La mano entonce en la quijada asienta
de un cofrade, y, abriéndole la boca,
grita: "Vele; su voz ya nunca alienta,

porque en César las dudas él sofoca,
enseñándole vil *que al preparado*
siempre perjuicio en aguardar le toca".[14]

¡Oh, cuánto allí me pareció aterrado
(la garganta de lengua hora vacía)
Currión, que en su decir fue tan osado!

Y uno, que de ambas manos carecía,
los muñones alzando al aura fosca,
de los que sangre al rostro le caía.

gritó: "También te acordarás del Mosca,
que dijo: "Tierra fin cosa empezada",[15]
de que hubo tanto mal la raza tosca".

Y añadile: "Y tu estirpe fue segada";
conque, uniendo a su pena angustia nueva,
cual persona se fue desatentada.

Yo, fijo allí, sin que los ojos mueva,
vi una cosa que diérame pavura
de referirla sólo, sin más prueba;

mas la conciencia asísteme, segura
compañera que al hombre hace valiente,
bajo el escudo de sentirla pura.

Cierto; yo vi, y aun viendo está mi mente,
a un busto sin cabeza ir caminando,
como los otros de la grey doliente.

Del cabello llevábala colgando
en sus manos, a guisa de linterna;
con ella nos miraba, "¡Ayme!", exclamando;

y de sí propio haciéndose lucerna,
se divide uno en dos: ¡misterio horrible
do tal se ostenta la justicia eterna!

Cuando del puente al pie llegó terrible,
paró, y el brazo alzó con la cabeza
para acercar su voz lo más posible,

y dijo: "¡Oh tú, que, vivo, la crudeza
de las penas vas viendo de los muertos,
mira si alguna ves de más fiereza!

Sabe, porque allá des relatos ciertos,
que soy Bornio Beltrán,[16] quien los infieles
consejos al rey Juan dio descubiertos.

Hijo y padre entre sí torné crueles,
cual dividió, con arte fementida,
a David y Absalón Aquitofeles.

Por apartar personas tan unidas,
ora ¡aymé! mi cerebro se divide
de este tronco,[17] principio de su vida;
y así la pena del Talión me mide".

Canto XXIX

Se adelantan los Poetas al saco décimo, que es donde están los falsificadores que por medio de la alquimia imitaron los metales. Así se los castiga haciéndoles padecer, tendidos por tierra y unos sobre otros, enfermedades penosísimas y repugnantes. Habla Dante con Grifolino de Arezo, y reconoce a Copoco, su antiguo condiscípulo de Filosofía.

Tanta gente y dolor, y herida fiera,
tiene en llanto mi vista tan nublada,
que parar a verterle bien quisiera,

mas Virgilio me dijo: "La mirada,
¿por qué sigues fijando tan atenta
en la mísera grey despedazada?

No en ver los otros sacos fue tan lenta,
¿vas éste a numerar? La val malina
millas veintidós mil de giro cuenta.

Hora la luna a nuestros pies camina;[1]
corto es el tiempo ya que nos han dado,
y harta cosa hay que ver, y no mezquina".

Y yo al punto; "Si hubieras tú pesado
de la atención que extrañas el motivo,
pronto habríasme acaso disculpado".

En esto él parte, y yo detrás, activo,
dándole así, seguía, mi respuesta:
"Dentro de esa mansión de dolor vivo,

do la vista tenía inmóvil puesta,
creo que un triste, de mi sangre, llora
el delito fatal que tanto cuesta".

Y respondió el maestro: "Ven ahora
tu mente a fatigar con otro duelo,
y ése en el suyo allá quede en mal hora,

que ya le he visto, al pie del puentezuelo,
con el dedo apuntar y amenazarte,
y le oí nombrar Geri del Belo.[2]

Tú, tan curioso estabas de informarte
del que un día fue dueño de Altafuerte,
que pasó, sin tú verlo, hacia otra parte".

"¡Oh caro guía! La violenta muerte
–le respondí– que aun yace sin venganza
de aquellos a quien mancha su impía suerte,

inflama su desdén, y así le lanza
a pasar sin hablarme, a lo que entiendo,
y mayor mi piedad por eso alcanza."

De este modo llegamos discurriendo
hasta el alto do el val nos descubriera,
si gozara más luz, su abismo horrendo.

Cuando de Malos Sacos la postrera
cárcel a nuestros pies sus recluidos
míseros a la vista nos pusiera,

punzáronme cual dardos mil gemidos
con fina punta de piedad ferrada,
y ambas las manos puse en mis oídos.

No de julio a septiembre acumulada
de Valdequiana[3] ven los hospitales
dolencia tal y tanta, ni aun sumada

de Marema y Cerdeña con los males;
ni da podrido miembro hedor tan vivo
cual sube de estos ánditos fatales.

Bajamos por la izquierda en largo estribo
hasta el final de la silícea ristra;
y mi mirar, entonces más activo,

penetró al interior, do la ministra
justicia inmoble de la suma alteza
castiga al impostor que allí registra.[4]

No causara, al mirarle, tal tristeza
de Egina,[5] el pueblo enfermo, mustio y yerto
cuando el aire infestó tanta impureza,

que hasta el menor gusano cayó muerto,
produciendo después la antigua gente
(según altos poetas dan por cierto)

de hormiga breve la sutil simiente,
cual hora ver, por la región morbosa,
en grupos padecer la grey doliente.

Aquél sobre la espalda de uno posa;
éste, de otro en el vientre; ésos gateaban
con torpe arrastre por la triste fosa.

Nuestros pies, mudo el labio, caminaban
lentos, y yo observando a los cuitados,
que en vano alzar sus cuerpos intentaban.

Y a dos, dándose apoyo, vi sentados,
cual olla en cuyo hervor se tiene empeño,
de alto abajo de costas empedrados.

No vi garzón, por combatir su sueño,
tan ligero mover la almohaza dura,
cuando ya su caballo aguarda el dueño,

como vide a este par, con gran presura,
clavar en sí las uñas, por la amarga
horrible picazón que atroz le apura;

uñas que esparcen la leprosa carga,
cual cuchillo la escama del escaro
o de otro pez que téngala más larga.

Y a uno de ellos le dijo el guía caro:
"¡Oh tú, que con los dedos tenaceas
tu propia carne, con vigor tan raro!,

dime si yace entre las turbas reas
algún latino; si la uña te baste
al trabajo eternal en que la empleas".

"Latinos los que ves en tal contraste
somos los dos –le dijo uno llorando–;
y tú, ¿quién eres que saberlo ansiaste?"

Y el maestro: "Soy uno que bajando
a éste que vivo está, de hueco en hueco
todo el reino infernal le voy mostrando".

Aquí el mutuo sostén faltando en seco,
a mí los dos se vuelven tambaleantes,
con otros más, a quien llegó aquel eco.

Y el buen guía ajuntó nuestros semblantes,
diciendo: "A preguntarles hora acorre".
Y empecé yo, y el rostro aparta él antes:

"Así en el primer mundo no se ahorre
el nombre vuestro, y de la humana mente
por soles infinitos no se borre,

que me digáis quién sois y de qué gente.
sin que ese mal inmundo y aflictivo
descubrirme os impida vuestra frente."

Y uno dijo[6] "Lanzome al fuego vivo
Alberto Sienés; mas no aquel fallo
del suplicio que sufro es el motivo.

Que le dije, por juego, no te callo,
que a volar por los aires me atrevía,
y él, consentido, necio, por lograllo,

quiso que le enseñara ese arte mía;
y por hacerle Dédalo, a la hoguera
me mandó quién por hijo le tenía.

Mas de las fosas diez en la postrera,
porque ejercí la alquimia, aquí me afana
de Minos la implacable ley severa."

Y al vate dije yo: "¿Gente más vana
que la sienense has visto? En lo orgulloso
(aunque lo es tanto), ni el francés les gana".

Con lo que el otro[7] que me oyó, leproso:
"Cierto –me respondió– fuera de Etrica.[8]
que tanto fue en gastar parsimonioso.

Y de Nicolo,[9] que en la *Entrada-rica*
usó el primero de Giroflo indiano,
cuya especie en su huerto bien radica.

Y de la tropa,[10] en que Cachán de Ascano
sus viñas, bosques y heredad fecunda,
y en que Aballato honró su juicio sano.

Mas porque sepas tú quién te secunda
contra el Sienés, la vista aguza un poco;
conque en mi rostro, que la lepra inunda,

llegues a descubrir que soy Capoco,
que imité los metales con alquimia;
y recuerda (si aquí no te esquivoco)
que a Natura copié con arte nimia".

Canto XXX

En este décimo saco sufren otra forma de castigo los falsificadores según sus clases. Son los primeros los que falsificaron en sí otra persona, los cuales, agitados de la furia, corren impetuosos, mordiendo a cuantos encuentran. Siguen los que falsificaron la moneda, quienes padecen hidrópicos los horrores de la sed, mostrándose entre ellos a los viajeros el maestro Adam de Brescia; y finalmente vienen los que falsificaron la palabra: esto es, que mintieron, por lo que sufren allí una ardentísima fiebre. Acaba el canto con un cómico altercado entré Adam y el embustero Sinón, que aconsejó la introducción del caballo dentro de los muros de Troya.

En el tiempo en que, airada por Semele.[1]
arde en Juno el furor que hacia el Tebano
una y cien veces túmida la impele,

loco vióse Adamante,[2] y tan insano,
que hallando a su mujer y a sus dos hijos
que arrastraba, infeliz, con cada mano,

gritó: "La red se tienda, y los vedijos
cojamos de cachorros y leona",
Y la garra y la vista en ellos fijos,

a Leandro, el más joven, aprisiona,
y le aplasta feroz contra una peña;
ella al mar con el otro se abandona.

Y cuando el Hado, por lección, enseña
del rey y reino de Ilión la altiva
grandeza que entre ruinas se despeña,

Hécuba, triste, mísera y cautiva,
así que muerta a Polixena vido
y halló, ¡infeliz!, del mar junto a la riba

de Polidoro el cuerpo, dio un ladrido
como de can; que en pena tan tirana
se le torció la mente y el sentido.[3]

Mas no saña ilionea ni tebana
impulsó a nadie con ardor tan fiero
sangre a verter de brutos, que no humana,

cual la que en dos, desnudo en cuerpo entero,
vi que corrían ciegos, mordiscando
como lechón que escapa del porquero.

Juno a Capoco el nudo atarazando
del cuello, tiró dél tan vigoroso,
que el duro suelo hirió su vientre blando.

Y el Aretín,[4] que queda tembloroso,
díceme: "Ese foleto es Juan Esquico[5]
y, cual ves, contra todos va rabioso."

Y exclamé: "Que me digas te suplico
quién es el otro: en tanto que aquí sea;
¡así puedas librarte de su hocico!"

Y respondiome: "Es ésa el alma rea
de Mirra[6] antigua, que de amor nefando
impulsos torpes en su padre emplea.

Ella a pecar con él llegó, imitando
en su persona misma ajena forma,
cual hizo ese otro que allá ves penando;[7]

que a fingirse Donati se conforma,
porque le den la flor de la yeguada,
a falto testamento dando norma".

Luego que ambos pasaron la mirada,
que en ellos hasta entonces puesto había,
fijela en otros de la vil manada.

Y uno vi que un laúd parecería,
si dividida fuera su persona
por do el tronco en dos ramas se desvía.[8]

La hidropesía enorme que amontona
desigual los humores encubiertos,
y el vientre de la faz desproporciona,

los dos labios tener le hacía abiertos
cual hético que el uno caer deja
y alza el otro, de sed entrambos yertos,

"¡ Oh vosotros, de quien el saco aleja,
no sé por qué, la pena que me azota!
Ved –nos dijo– la angustia que me aqueja.

Yo soy maese Adam:[9] de mí remota
fue en vida la escasez: lo obtuve todo,
y hora ansío, ¡infeliz!, de agua una gota.

Los arroyuelos, que de sierpe a modo
van al Arno del verde Casentino,
en fresca cinta o bullidor recodo,

tener siempre delante me imagino:
y su vista me seca y me fatiga,
más que este mal, que abrásame contino;

y la rígida ley que me fatiga
con mostrarme el lugar en que he pecado,
llanto mayor a derramar me obliga.

Ése es Romena,[10] do el metal sellado
fingió con el Bautista, en liga blanda,
por lo que el cuerpo aquí dejé quemado.

Mas si aquí viera el ánima nefanda
de Alejandro, a su hermano, o bien a Guido,
no diera vista tal por Fuentebranda.[11]

Uno dentro ya está, si no han mentido
éstos a quien hablar, cercano, puedo;
mas ¿qué? ¡Si atado el cuerpo está y rendido!

Si avanzar en cien años sólo un dedo
fuera mi estado mísero conforme,
ya estuviera arrastrándome sin miedo

y le buscara entre la grey deforme,
aunque once millas de circuito apura
y de ancho la mitad la fosa enorme.

Por ellos sufro entre esta vil basura;
ellos me hicieron acuñar florines
do quilates hay tres de ligadura."

Y dije yo: "¿Quién son esos malsines
que, cual mano mojada en pleno invierno,
humean en unión a esos confines?"

Y él: "Aquí los hallé cuando a mi infierno
caí; de entonces acá yacen inmobles,
y ése será tal vez su estado eterno.

Él es Sinón.[12] el Griego, el de artes nobles.
y ella de Putifar la infame esposa:
su fiebre es la que da sus humos dobles".

Sinón, que oyó de sí tan oprobiosa
noticia dar, el puño bien cerrado
descargóle en la dura panza acuosa:

ésa tronó como atambor golpeado;
y en la faz maese Adam le dio imprevisto
otro que no sonó menos pesado,

diciéndole después: "Aunque no insisto
hora en moverme en hinchazón tan fiera,
para este oficio el brazo aun tengo listo".

Y él respondió: "Cuando ibas a la hoguera
no movíasle así; pero ¡cuán presto
cuando acuñabas los florinese era!"

Y el maese: "Verdad dices en esto;
mas tú no tan veraz te presentaste
cuando en Troya el caballo entró funesto".

"Yo la verdad, y el oro tú falseaste
–dijo Sinón–; mas yo pasé este limen
por un yerro, y por mil tú aquí bajaste."

"Dentro las armas del caballo gimen:
óyelas –grita el de la panza fuerte–;
lo notorio te apene de tu crimen."

"Y a ti la arsura de tu labio inerte
–le dijo el griego– y la podrida aguaza
que te hincha el vientre que te impide el verte."

Y el platero: "Prosigue y despedaza
la lengua en maldecir, que en ti ya es viejo;
que si sed tengo y agua me embaraza,

la fiebre a ti mudar te hace el pellejo,
y no te harías de rogar muy largo
por lamer de Narciso[13] en el espejo".

Yo de todo me hacía atento cargo,
cuando fuerte el maestro dijo: "Mira,
no sé cómo contigo no me amargo".

Cuando vi que me hablabas así, con ira,
vergüenza tanta perturbome el juicio,
que aun el recuerdo por mi mente gira.

Y como aquel que sueña algún perjuicio,
y soñando, también soñar ansía
que lo que es realidad sea artificio,

así yo, no pudiendo hablar, quería
disculparme y a fe me disculpaba,
no creyendo por cierto que lo hacía.

"Culpa más grande que la tuya lava
–dijo el guía– el rubor que tú has mostrado;
y así del todo de afligirte acaba.

Y cual si fuere yo siempre a tu lado,
no olvides, si otras veces aun tropiezas
con gente hundida en semejante estado,
que es gusto bajo el escuchar bajezas."

Canto XXXI

Dando espaldas a Malos Sacos, penetran los Poetas al centro del cerco octavo, donde está el gran pozo por el cual se baja al noveno. Alrededor de dicho pozo están los gigantes, saliendo hasta la cintura sus cuerpos, cuyo portentoso tamaño se describe. A petición de Virgilio, toma uno de ellos en la mano a entrambos viajeros y los pone suavemente en el último abismo del infierno.

La misma lengua que mi frente inclina,[1]
y la sangre a mis pómulos avanza,
fue la que me aplicó la medicina.

Esa virtud nos cuentan de la lanza
que de Aquiles ha sido y de Peleo:[2]
que si hace el daño, a remediarlo alcanza.

La espalda, en esto, al valle triste y feo
dimos callando, por el alto muro
que le da en torno amplísimo rodeo.

Aquí no era de día ni era oscuro,
por lo que poco alcanza el ver despacio,
mas de un cuerno escuché tonar tan duro

que el del más bronco trueno hiciera lacio,
y la vista hacia el sitio encaminando
por do viene, parela en un espacio.

Tras de la rota dolorosa, cuando
vio su cruz santa Carlomagno expuesta,[3]
no con tanto tronido tocó Orlando.

Así que observé un poco, alta la testa,
me pareció que veía excelsas torres;
y dije a mi rector: "¿Qué tierra es ésta?"

Y él: "Que la faz de los objetos borres
a fe no extraño, pues con vista humana,
entre nieblas espacio asaz recorres.

Cuando fueres allá, verás cuán vana
de lejos la ilusión es de la mente;
mas hora un tanto por llegar te afana".

Luego estrechó mi mano dulcemente,
y añadió: "Porque así menos te espantes
cuando más cerca llegues a su frente.

sabe que no son torres, mas gigantes
que del pozo la parte pisan baja,
y están de ombligo arriba circunstantes".

Como cuando la niebla se rebaja
y sale poco a poco la figura
que celaba el vapor que el aire cuaja,

así rompiendo el aura crasa, oscura,
según voy más y más hacia la orilla,
la ilusión huye, avanza la pavura.

Como de excelsas torres se acastilla
Monterregión[4] por cima a tanta almena,
de cada cuerpo así mitad se humilla,

bajo del pozo, cuyo cerco llena
la gigantesca grey, a quien del cielo
aun amenaza Jove cuando truena.

Yo vía ya la faz de uno sin velo:
la espalda, el pecho, y del gran vientre parte,
y bajando ambos brazos hasta el suelo.

Cierto, hizo bien Natura cuando al arte
de formar tales seres puso meta,
auxilio tan atroz quitando a Marte.

Y si ella a producir aun se sujeta
ballenas y elefantes largamente,
hasta en eso es más justa y más discreta.

Pues cuando con las luces de la mente
la malévola fuerza aumentos toma,
¿qué defensa oponer puede la gente?

Como la piña[5] de San Pedro en Roma,
la faz de aquél en largos y anchos era,
y en proporción los miembros que allí asoma.

Así el pozo, que túnica le fuera
del talle abajo, aun muestra arriba tanto,
que no sobre otro la alta cabellera

tres Frisones[6] llegaron con quebranto:
porque yo treinta palmos descubría
desde donde el mortal se abrocha el manto.

Rapeji, mai, amech, irábi, almía,[7]
a gritar empezó la horrenda boca
en que salmo más dulce no cabía.

Y el maestro hacia él: "Ánima loca[8]
a tu cuerpo te atén: con él despide
cuanta pasión soberbia te sofoca.

Busca el cuello: a la soga tú le pide
de que colgado pende, alma confusa,
y hallarás que el ancho pecho mide".

"Ése –díjome luego– que se acusa
a sí propio es Nemrod, por cuya idea[9]
un solo idioma el mundo ya no usa.

Déjale, y tu decir mejor emplea;[10]
que ése de los demás la lengua entiende,
cual los demás la atroz que él becerrea."

Dijo; y la planta su camino emprende,
y a la izquierda, a tiro de un arpón distante,
hallamos otro que aun mayor se extiende.

Cuál fue la mano que le ató pujante,
no sabré yo decir, sí que enseñaba
sujeto un brazo atrás y otro adelante.

Porque enorme cadena le ligaba
del cuello abajo el cuerpo descubierto,
con cinco vueltas que en redor le daba,

"Este altivo mostrarse quiso experto
en luchar contra Jove –dijo el guía–,
y así paga su torpe desacierto.

Efialtes es: los brazos que movía,
cuando al cielo asustaron los Titanes,
no ha de mover ya más su rabia impía."

Y prorrumpí a mi vez: "¿Y los inmanes
miembros de Briareo y su fierísimo,
no podré contemplar, ni sus afanes?"

Y aquél me respondió: "Vas aquí mismo
a ver a Anteo, que habla y se halla suelto,
y ha de bajarnos al postrer abismo.

El que quieres tú ver, allá está vuelto;
y atado, así también, se le asemeja,
si bien con rostro espanta aun más resuelto".

Aquí al respiro Efialtes se apareja;
y no temblor sacude de tal suerte
las altas torres, que tremantes deja.

Cual entonces jamás temí la muerte,
a dármela bastara allí la grima,
si no le viera el cadenón tan fuerte.

Al pozo, en tanto, nuestro pie se arrima,
y llegamos do brazas cinco Anteo
alza, sin la cabeza, de la cima.

"¡Oh tú, que a las llanuras donde leo
que de Aníbal huyeron las legiones[11]
(levantando a Escipión tan gran trofeo),

por botín arrastraste mil leones,
tú, que si entrado hubieras en la guerra
con los tuyos, acaso en sus prisiones

no gimieran los hijos de la tierra,
bájanos (si mi ruego oyes propicio)
a do helado al Cocito el frío encierra.

Ir no nos dejes a Tifón ni a Ticio:
éste te puede dar lo que aquí se ama,
no el rostro vuelvas, de desdén indicio.

Él aún puede en el mundo darte fama,
porque vive, y le aguarda larga vida,
si Dios antes del tiempo no le llama."

Dijo así mi maestro; y extendida
en su busca la mano pronto vido,
de que Alcides probó la sacudida.[12]

Cuando Virgilio se sintió cogido,
"Llégate acá", gritó; y a sí me atrae,
hasta hacer de los dos un haz unido.

Cual Carisenda,[13] al que la observa, trae
al pie de do se inclina, y si humo vano
cruza, le amaga con que opuesta cae,

a Anteo así inclinar vide a una mano
por encima de mí, y hubo un momento
en que quisiera estar de allí lejano.

Mas él nos pone, suave, do el asiento
es en que a Judas Lucifer quebranta;[14]
y deshace después su movimiento,
y cual mástil de nave se levanta.

Canto XXXII

El arca del noveno cerco es un pavimento de hielo durísimo, formado por el derrumbe del Cocito, y el cual se inclina hacia el centro como el seno de Sacos Malos. Está dividida en cuatro departamentos concéntricos, y en cada uno de ellos se castiga una especie de iniquidad fraudulenta. En el primero, que se llama Caína, del nombre del primer homicida, están los traidores contra su propia sangre; en el segundo, que se llama Antenora, del troyano Antenón, que vendió a Troya, sufren su castigo los traidores a la patria y a su propio partido; en el tercero, que, por el que vendió el gran Pompeyo, se llama Tolomea, yacen los traidores a sus amigos y, finalmente, en el cuarto, llamado Judeca, por el malhadado Iscariote, los que hicieron traición a sus jefes y bienhechores. Se habla en este canto de varios pecadores de la Caína y de la Antenora que se presentan a Dante mientras atraviesa los hielos acercándose al centro.

Si numen alcanzara áspero y bronco,
cual conviene a ese pozo, que a Dios plugo
que de los otros centros fuese tronco.

yo exprimiría de mi mente el jugo
fácil; mas como aquél de mí se escapa,
a la empresa me lanzo, no sin yugo.

Que no es sencillo intento alzar la tapa,
y fondo descubrir del universo,
la lengua que balbuce "mama" y "papa".

Mas no el soplo de aquéllas halle adverso
por cuyo auxilio Tebas se erigiera[1]
porque sea del caso propio el verso.

¡Oh la más pobre plebe y lastimera[2]
del ciego abismo de que hablar es duro:
cabras u ovejas ser más os valiera!

Cuando dentro me vi del pozo oscuro,
bajo más que el gigante y las escasas
luces mirando aún del alto muro,

oí decirme: "¡Cuida cómo pasas:
de tus tristes hermanos no arrogante
maltrate así tu pie las frentes lasas!"

Y al oírlo volvime, y vi delante
y a mis plantas un lago, por su hielo
más al cristal que al agua semejante.

No así en el Austria espeso, invernal velo,
del Danubio el caudal cubre aterido,
ni al Tanais,[3] en más frío y pardo cielo,

como el que vi; que si sobre él caído
hubiera Taberniquio[4] o Piedra Apuana
ni aun en su orilla oyera un chasquido.[5]

Y cual a su graznar está la rana,
el muso fuera, cuando el tiempo sueña
de ya espigar las mieses la villana;

lívida así, hasta el sitio que no enseña
el rubor, cada sombra está en el lago,
chasqueando con los dientes cual cigüeña.

Los rostros inclinando al hielo aciago,
de su frío la boca muestra daba,
de su angustia el mirar doliente y vago.

Cuando la vista que en redor pasaba
volví a mis pies, vi a dos tan adheridos,
que el cabello de entrambos se mezclaba.

"Decidme quiénes sois los así unidos",
dije; y ellos presentan los semblantes,
doblando atrás los cuellos doloridos.

Y sus ojos, por dentro húmedos antes,
por los bordes gotean, y se cuaja
aquel lloro y los cierra, tan premiantes

como leño con leño férrea faja;
conque su furia es tal, que cual cabríos,
su frente se alza y a topar se abaja.

Y uno, que ambas orejas por los fríos
perdido había, cabizbajo y yerto:
"¿Qué afán –dijo– te clava en los impíos?

Si quiénes son saber quieres de cierto,
el val por do Bisencio[6] el curso inclina,
de ambos ha sido,[7] y de su padre Alberto.

Nacieron de una madre, y la Caína
tu vista correrá, sin que uno vea
más digno de yacer en gelatina;

ni aquél[8] contado en quien Arturo emplea,
rompiendo pecho y sombra la gran lanza:
ni Foscacha[9] ni aun éste que sombrea

tal mi vista, que más a ver no avanza,
y es Sasol Masquerón,[10] cuya perfidia,
si toscano eres tú, bien se te alcanza.

Y porque no a mi lengua des más lidia,
soy de los Pazos, Camichón,[11] y aguardo
aquí a Carlín,[12] que a todos nos dé envidia".

Vi luego rostros mil, blancos cual nardo;
de entonces terciamiento escalofrío,
al ver capas de nieve, siempre guardo;

y en tanto que va al punto el paso mío
de toda fuerza de atracción se aduna,
y todo tiemblo en el eterno frío,

no sé si por azar o por fortuna,
al caminar sobre los tristes seres,
fuerte pisó mi planta el rostro de una

sombra que me gritó: "¿Por qué me hieres
si es que de Monteaperto el gran castigo
con tus injurias aumentar no quieres?"

Y yo exclamé: "La duda que hora abrigo
¿querrás, maestro, que en solver me fije,
y luego aprisa seguiré contigo?"

El maestro paró, y al que aún dirige
blasfemias y baldón: "Y tú, ¿quién fuiste,
que increpas tanto a los demás?", le dije.

"Y tú mismo, ¿quién eres? –gritó el triste–,
que estropeándonos vas por la Antenora,
con impulso mayor que a muerto asiste?"

"Vivo estoy, y si pides fama ahora
–le respondí–, tu nombre oiráse allende
con otros que mi mente ya atesora."

Y él: "Lo contrario mi dolor pretende;
y vete, y danos paz con apartarte,
que mal aquí adular tu labio entiende".

Mas del cuello le así, y: "Has de nombrarte
–le dije–, o la cabeza te repelo,
que ni mechón en ella ha de quedarte".

"Pues bien –me respondió–, me arranca el pelo,
y mi cerebro a pisotear empieza:
no has de saber quién soy, ni de qué suelo."

De su cerviz mi mano en la maleza
ya revuelta, arrancábale no poca,
y él aullaba, bajando la cabeza,

cuando otro le gritó: "¿Qué tienes, Boca?[13]
¿No te basta trinar con la quijada,
que aun ladras? ¿O es que el diablo así te toca?"

Y entonces yo: "Pues tu habla es ya sobrada,
torpe, traidor, que de tu fama infesta
noticia llevaré al mundo colmada".

Y él: "Anda, y lo que quieras manifiesta.
Mas, si sales de aquí, no del grotesco
te olvides que la lengua hubo tan presta.

Ya está pagando su caudal Galesco;
y decir puedes: "En la val que espanta,
yo vi al de Duera[14] tiritando al fresco."

Y si aún preguntan de caterva tanta,
ése que está a su lado es Becaría,[15]
de quien segó Florencia la garganta.

Y allá Juan Soldaniero[16] se desvía,
con Galenón[17] y Tabaldillo artero,
que a Fayenza entregó mientras dormía."

Siguiendo yo después, vi un agujero
donde, entre dos, la vista se trabuca,
porque una testa de otra era sombrero.

Que, como el pan con hambre se manduca,
así el de encima al otro le mordía
do el cerebro se enlaza con la nuca.

Y cual Tideo la cabeza un día
royó de Menalipo,[18] en odio horrendo,
éste el cráneo y lo interno le comía.

"¡Oh tú, que encono tanto estás diciendo
contra el que así bestial osas tragarte!
Cuenta por qué –le dije–; que en oyendo

quien vosotros seáis, y de cuál arte
(sin duda bien feroz) contra ti peca,
te ofrezco que el mundo he de pagarte,
si la que hoy muevo aquí no se me seca".[19]

Canto XXXIII

Dante, en la Antenora, oye la relación que de su fin trágico le hace el conde Ugolino. Pasa luego a la Tolomea, y fray Alberico de Manfredi le explica el modo maravilloso con que procede la justicia divina contra los que vendieron a los amigos que a ellos se confiaron.

La boca alzó de la feroz comida
tal pecador limpiándose en el pelo
de la cabeza por detrás roída.

"Pídesme que renueve el sin consuelo
dolor desesperado que atesoro,
con que, sólo al pensar, me anego en duelo.

Mas si germen de infamia al que devoro
es lo que hora, ¡infeliz!, voy a contarte,
junto oirás mis palabras y mi lloro."

Dijo; y siguió: "Quién seas y cuál arte
te trajo aquí, no sé: mas florentino
parécesme, en verdad, al expresarte.

Sabe que el triste fui conde Ugolino,[1]
y el arzobispo es este tal Rugiero;
y oye por qué le soy tan vil vecino.

Que a invención sola de su enojo fiero
fui, por confiarme en él, aprisionado
y muerto luego, repetir no quiero.

Mas lo que haber no puedes escuchado
sobre cuánto mi muerte ha sido ruda
diré, y verás si ofensas me ha causado.

Lumbrera escasa en lo alto de La Muda,[2]
que hoy se llama *Del Hambre,* a causa mía;
y adonde aguarda a tantos suerte cruda.

varias lunas traídome ya había,
cuando asaltado fui de fatal sueño,
que el velo del futuro descorría.

A éste vi, cual montero ir jefe y dueño,
lobo y lobeznos hacia el monte ojeando
que alza entre Luca y Pisa[3] el torvo ceño.

Él ante sí llevaba los Gualando,
Lanfrancos y Lismondos, con pujantes,
listos, hambrientos canes apretando,

y vi que, a trecho corto, iban jadeantes
hijos y padre, y que el marfil canino
rasgaba ya los flancos palpitantes.

Al despertar, al Orto matutino,
sentí a mis hijos, mis compaños fieles,
pan demandar, soñando, en son mezquino.

Cruel debes tú ser, sí hoy no te dueles;
y al ver lo que ya al alma se anunciaba,
¿de qué, si de eso no, llorar tú sueles?

Despiertos eran ya: la hora pasaba
del diurno alimento, ¡duro alerta!,
que, por su sueño, cada cual temblaba.

¡Ay! En esto, sentí la baja puerta
de la torre tapiar, y mi atonía
en mis hijos clavó la vista yerta.

Yo no lloraba: dentro empiedrecía:
mas ellos sí; y el Anselmucho mío:
"¿Por qué así miras, padre?", me decía.

Ni aun entonces lloré; ni hablar sombrío
en todo el día, ni en la noche ensayo
ni aun con la nueva luz del sol impío.

Mas cuando un poco entró su débil rayo
en la doliente cárcel, y leyendo
del mío, en cuatro rostros, fui el desmayo,

las manos de dolor me mordí horrendo.
Y ellos piensan que el hambre a eso me arroja:
y de repente alzáronse, diciendo:

"Padre, menor será nuestra congoja
si comes nuestra carne: tú la hiciste;
lo que has vestido tú, tú lo despoja".

Me calmé, por no hacerlos aún más tristes;
y ese sol y el siguiente mudos fuimos:
¡ay!, ¿por qué, dura tierra, no te abristes?

Cuando del día cuarto la luz vimos,
Gado a los pies se me arrojó clamando:
"Padre, ¡qué!, ¿no nos amparas? ¡Nos morimos!"

Y expiró; y cual me ves, ir acabando
uno a uno tras él los vide crudo,
entre el quinto y el sexto día infando.

Yo, dos más los llamé, ya ciego y mudo,
de uno en otro palpando sus despojos:
luego..., más que el dolor el hambre pudo".

Cuando hablando hubo así, bizcó los ojos,
y volvió en la cabeza a hincar los dientes,
duros como de can y en sangre rojos.

¡Ay Pisa, vituperio de las gentes
del suelo hermoso donde el sí[4] se entona,
pues son a castigarle hoy negligentes.

muévanse la Caprera y la Gorgona,[5]
y abocándose al Arno, hagan que ceje,
conque viva no quede allá persona!

Que si al conde Ugolino hay quien moteje
de que los fuertes entregado había,[6]
¿a los hijos no es bien que en paz se deje?

¿O inocentes su fresca edad no hacía,
¡nueva Tebas!, a Ugucio y a Brigada
y a los dos más que el canto refería?

Y prosiguiendo fuimos do la helada
envuelve dura y rígida otra gente,
con la faz boca arriba, y no agachada.

En ésa, al llanto el llanto no consiente:
pues como vallas en los ojos topa,
torna atrás y hace que la angustia aumente;

que el primer lloro helado allí se atropa
y como tapa de cristal, adentro
guarda del triste humor llena la copa.

Yo, en esto (aunque insensible ya me encuentro,
cual si cubriera un callo la faz mía
por la frieza del horrible centro),

creí notar que un viento se sentía,
y a mi maestro dije: "¿Quién lo mueve?
¿No es esta sima de vapor vacía?"

Y él a mí: "Aguarda la respuesta en breve:
tu propia vista, que su soplo arrostra,
te hará ver el motor de este aire aleve".

Entonces uno de la helada costra:
"¡Oh almas –nos gritó– tan criminales
que aquí bajáis donde el mayor se postra![7]

De los ojos quitadme estos cendales,
porque un poco el dolor alivios haya
mientras no son las lágrimas cristales".

"Si quién eres me cuentas, de esa laya
te ayudaré –le dije– como amigo;
y si no cumplo, a vuestros hielos vaya!"

Y respondió: "Yo soy fray Alberigo:[8]
yo soy quien traje frutas del mal huerto,
que aquí vengo *a pagar dátil por higo*".[9]

"Oiga –exclamé–, ¿conque también has muerto?
Y él: "Cómo el cuerpo allá en el mundo sea
después que le solté, no sé de cierto.

Esta virtud contiene el Tolomea,
que el alma muchas veces aprisiona
y aun Atropos[10] sus dedos no menea.

Y, porque con más gusto des corona
a enjugar tanta lágrima cuajada,
sabe que en cuanto una ánima traiciona

cual hice yo, del cuerpo es separada
por un genio infernal que le gobierna
hasta ser su hora última llegada.

El alma ocupa en tanto esta cisterna;
y así aparece estar el cuerpo vivo
de esotra sombra que a mi espalda inverna,[11]

tú debes conocerle, si tu arribo
es de hace poco: es Branca D'Oria,[12] y años
hace algunos que aquí se ve cautivo".

Y le dije, "No creo en tus engaños:
Branca D'Oria no ha muerto todavía,
y come, y bebe, y duerme, y viste paños".

Y él dijo: "Miguel Sánchez aún no había
del Garritranca al foso descendido
donde la hirviente pez nunca se enfría,

cuando aquél[13] dejó un diablo poseído
del cuerpo suyo, y otro del insano
deudo que en la traición su apoyo ha sido.

Pero tiempo es que acá tiendas la mano
estos ojos a abrir". Mas fuile adverso;
y justicia aquí fue serle villano.

¡Ah pueblo genovés, de artes diverso
de los demás, insigne en dolo y maña!
¿Que de sí no te arroje el Universo?

Con el hombre más malo de Romaña
de los tuyos vi uno en esta riba,
cuya ánima en Cocito ya se baña,
y aun el cuerpo viviendo tiene arriba.

Canto XXXIV

Los traidores están sumergidos enteramente entre el hielo en esta última división del abismo, llamada Judeca. Aparece Lucifer, y se describe su espantosa figura. Agarrándose al espesísimo vello de que está cubierto el cuerpo de aquél, atraviesan los Poetas el centro de la tierra; de donde, siguiendo el murmullo de un arroyo, salen al otro hemisferio a disfrutar la luz del día.

"*Prodeunt vexilla regis in inferno*[1]
hacia nosotros ya, mas antes mira
si los distingues, dijo el padre tierno."

Como cuando sutil niebla se aspira,
o cuando en nuestros climas anochece,
se ve el molino allá que al viento gira,

grande edificio así ver me parece:
después, tras de mi guía, parapeto
busco al viento, que sólo él me lo ofrece.

Era (y con susto el cántico acometo)
ya de las almas todas, transparentes,
adentro están, como en el frasco el feto.

De mil modos se ven: altas las frentes:
ya en cuclillas el cuerpo, ya tendido:
ya boca abajo, haciendo arcos de puentes,

cuando hubimos al punto, al fin, venido
do plugo a mi maestro la criatura[2]
mostrarme, cuya faz tan bella ha sido,

me para, se me aparta; y con mesura
pronuncia: "Ve aquí a Dite:[3] ve el asiento
do conviene te asistas de bravura".

Cuál me hallé entonces, frío, sin aliento,
ni lo sueñas, lector, ni yo lo escribo,
ni lo alcanza a expresar humano acento.

Quedé entre vida y muerte ya inactivo:
imagina, si flor tu mente esconde,
cuál yace el que ni muerto está, ni vivo.

Hasta el pecho por cima alza de donde
son los hielos, el rey del antro horrible;
y a un gigante mi talla más responde

que a su brazo el gigante más temible.
¡Mira, pues, cuál ser debe el cuerpo entero
proporcionado a miembro tan terrible!

Si tan bello antes fue, cual hoy es fiero,
después que a su señor llenó de enojos,
¡de todo luto el suyo es el primero!

¡Oh cuánta maravilla fue a mis ojos
el verle con tres faces en la testa![4]
Una es delante, de colores rojos:

y de las otras dos, juntas con ésta,
subiendo en dirección de cada espalda,
a acabar en el grupo de la testa,

la de derecha es entre blanca y gualda,
y la de izquierda lleva las señales
de quien del Nilo se crió en la falda.

Alas de cada lomo surgen, tales
como a pájaro tocan tan enorme:
¡nunca lonas el mar ha visto iguales!

Su tejido, sin plumas, es conforme
al que viste al murciélago; y arroja
tres vientos a la vez la piel informe,

con que hiela al Cocito y le acongoja.
Por seis ojos lloraba, y por tres barbas
bajaban llanto y baba sanguirroja.

Con los dientes cual trillo de las parvas,
en cada boca un pecador tritura,
el castigo a la vez dando a tres larvas;

y al del frente el mordisco no le apura,
comparado al garreo, cuyo azote
pela su espina en larga matadura.

"Esa ánima, a quien cabe el mayor lote,
con la cabeza adentro y los pies fuera
–dijo el maestro–, es Judas Iscariote.

De los que ves colgar la cabellera
cabeza abajo, el de la negra es Bruto;
ve cuál calla, y se tuerce, y desespera;

aquel fornido es Casio. Mas ya el luto
vuelve la noche a duplicar, y es hora
de partir, pues de aquí ya hubiste el fruto."

Y yo a su cuello, cual dispuso ahora,
colguéme, y él, aprovechando el vuelo
que entera abrió la tela aventadora,

se asió del lomo al encrespado pelo,
y de un vellón en otro descendimos,
entre las cerdas y el trocante hielo.

Cuando en el punto do se juntan fuimos
con las ancas los muslos, mi buen guía,
con más trabajo que hasta allí tuvimos,

la cerviz puso do los pies tenía,
y al vello se agarró, cual si subiera;
conque pensé que al Orco me volvía.

"Asegúrate bien, que esta escalera
–dijo el maestro, sin aliento y laso–
es el medio, y no hay otro, de ir afuera."

Después salió por el boquete raso[5]
de un peñasco, y sentome allí en su riba,
para explicarme luego el hábil paso.

La vista alcé, creyendo que a ver iba
cual dejado le había al gran coloso,
y le hallé, con asombro, pies arriba.

Cómo entonces sentime pesaroso,
imagínelo el vulgo, que no entiende
por qué punto salí del antro odioso.

"Álzate –dijo el vate–, el cuerpo extiende:
larga es la vía, aspérrimo el camino,
y ya a la media tercia[6] el sol asciende."

No salón de palacio es el mezquino
recinto aquél, mas natural cloaca,
sin luz, y el suelo por do voy malino.

Antes que salga de la sima opaca,
cuando me alcé de pie, dije a mi guía:
"Háblame un poco, y de mi error me saca.

¿Qué es del hielo? ¿Por qué la sierpe impía
está cabeza abajo, y en breve hora
hizo su giro el sol de noche a día?"

y él: "Tú imaginas encontrarte ahora
allá del centro do me así al perverso
reptil que el mundo a su caer perfora.

Allí estuviste hasta que el viaje inverso
tomé, que entonces el punto has traspasado
que todo peso atrae del Universo;[7]

y al contrapuesto cóncavo has llegado
que cobijando está la vasta Seca,[8]
sobre cuyo alto centro consumado[9]

fue Aquel que ni al nacer ni en vida peca:
y hora la breve esfera en tu peana,
cuya opuesta mitad es de Judeca.[10]

Cuando reina allá noche, aquí es mañana,
y, cual bajó, sumido está en el hielo
el que escala nos dio de fosca lana.

Cayó a esta parte[11] desde el alto cielo,
y la tierra en su espacio contenida
corrió, de espanto, al mar a hacerse un velo.

y vino a tu hemisferio, y en su ida
vació acaso ese sitio en terremoto,
y alzó la que verás montaña erguida.[12]

Sitio hay allí, de Belcebú remoto
tanto, cuanto su tumba allá se extiende,
que por el son, no por la vista,[13] es noto

de un arroyuelo breve que a él desciende,
de piedra, que gastó, por la abertura,
como giro circular que poco pende."

Mi guía y yo por esa senda oscura
entramos a volver al claro mundo;
y ya el descanso sin tener en cura,

subimos, yo primero y él segundo;
tanto, que en parte vi las cosas bellas
que el cielo adornan, por buzón rotundo y
y dél salí a gozar de las estrellas.

NOTAS

CANTO I

[1] Dante imagina que ha empezado este viaje alegórico en el plenilunio de marzo del año 1300, en cuya época tenía treinta y cinco años de edad, que él supone la mitad del camino de la vida ordinaria de los hombres. En esta alegoría, en que se emplea casi todo el canto, el Poeta quiere darnos a entender el objeto del poema. La corrupción y los vicios de su tiempo, ocasionados principalmente por la muerte de las creencias religiosas, habían producido gobiernos infelices y conducido a la desgraciada Italia al desorden y a la más espantosa miseria: los ciudadanos, armados unos contra otros; la plebe, desenfrenada y furibunda; los grandes, orgullosos y prepotentes; los magistrados, avaros y venales; los sacerdotes, mucho más atentos a la Tierra que al Cielo; los príncipes, tiranos y azote de sus súbditos; todo ofrecía el cuadro más desconsolador; y el Poeta, que se figuraba conocer el origen de tantos males, y que había hecho él mismo, aunque infructuosamente, todo lo posible para remediarlos cuando fue prior de Florencia, emplea todo su ingenio en cantar la regeneración moral del hombre y la política del Estado, que, según sus principios y las ideas que había formado, sólo habría de lograrse por medio de una monarquía universal, sujeta a las leyes de un solo emperador establecido en Roma. Él creía que este imperio era de derecho divino: y que, por el contrario, eran una usurpación, y semilla de toda clase de miseria, debilidad y pobreza, los gobiernos de las pequeñas repúblicas y señorías, amparadas por la influencia y la autoridad de los Papas, que no debía extenderse más que a los asuntos de la religión y disciplina de la Iglesia. De este pensamiento, que le dominó siempre desde que salió desterrado de su patria a causa de su desgraciado ejercicio del cargo público que obtuvo en ella, nacen todas las apreciaciones que hace sobre el poder temporal de los Papas.

[2] Por la selva oscura da a entender a Florencia; y se refiere a cuando él fue prior y se vio enredado en aquellos tristes sucesos de los blancos y los negros.

[3] En la onza, el león y la loba, que se oponen a que Dante suba al collado que doran los rayos del sol (esto es, a la moral y política regeneración de su patria), están simbolizados la envidia, la soberbia y la avaricia. Algunos comentadores son de la opinión de que la onza representa la lujuria; pero esta pasión, aunque de las más dañosas para un fin exclusivamente moral, no lo es tanto como la envidia para el buen resultado de las cosas políticas. También me mueve a preferir la primera interpretación el recuerdo de varios pasajes del poema. Ciaco, por ejemplo, en el canto VI del Infierno, dice:

Soberbia, envidia y lucro codicioso
son los tres males de Florencia plaga;

y ñor Bruneto, en el decimoquinto, dice de los florentinos:

Gente envidiosa, sórdica, superba

[4] Dios crió y redimió el mundo en primavera, y el Poeta quiere aquí dar a entender, con lo plácido de la estación y con la hora matutina, que estas circunstancias benignas podrían suavizar el ánimo irritado de sus compatricios y vencer a la envidia. Sabido es también que antiguamente en Florencia se tenía en aquella estación alegres fiestas y diversiones, en medio de las cuales se reconciliaban las familias y se renovaban interrumpidas amistades.

[5] Le alcanzó, aunque tarde, porque el dictador fue asesinado a los cincuenta y seis años de edad, y Virgilio nació cuando ya Julio César tenía más de treinta años.

[6] Suponen que este lebrel sea Can Grande de la Ecala, y que este capitán a quien Dante dedicó su poema, y que fue jefe de la Liga gibelina, nació entre la ciudad de Fieltro, en la Marca de Treviso, y la de Montefieltro, en la Romaña.

[7] Los condenados.

[8] Las almas del Purgatorio.

CANTO II

[1] Eneas.

[2] Estas palabras manifiestan el objeto de los favores concedidos a Eneas, y de todo lo que fue por él cumplido; a saber: el futuro establecimiento de la Sede Apostólica en Roma.

[3] La bajada de Eneas al Infierno en el canto VI de la *Eneida*.

[4] San Pablo, que fue arrebatado al tercer cielo, como lo dice él mismo en sus epístolas.

[5] Los que, ni salvados ni condenados, están como suspensos entre el Cielo y el Infierno.

[6] Piensan algunos que aquí Beatriz es el símbolo de la *Sabiduría divina*.

[7] El cielo sublunar, más pequeño que todos los demás que le rodean dentro del cual está la Tierra.

[8] Símbolo de la *Clemencia divina*.

[9] Santa Lucía, como símbolo de la *Gracia divina*. En el canto XXXII del Paraíso se presenta otra vez sentada enfrente de Adán.

[10] Como Dios no puede ser bien conocido sino por su misma sabiduría, sólo por ella puede ser alabado; y, por tanto, aquí Beatriz es el símbolo de la Sabiduría suma. Las tres mujeres representan, pues, a *la Clemencia*, *a la Gracia* y *a la Sabiduría de Dios*.

CANTO III

[1] Se designa a las tres divinas Personas en sus especiales atributos.

[2] El perdón, que es la misericordia de Dios, resplandece en el Paraíso, y la justicia en el Infierno. No mereciendo, pues, estas almas viles ser recibidas ni en una parte ni en otra, vienen a ser desdeñadas por la misericordia y por la Justicia.

[3] Parece que alude a Pedro Morone, el cual, por su gran virtud, de simple ermi-

taño fue elevado a la Silla pontificia con el nombre de Celestino V; pero él la renunció por volverse humildemente a su yermo. Bonifacio VII, que le sucedió, era aborrecido de Dante, por muy terrible adversario del partido gibelino; y como la subida de éste fue ocasionada por la renuncia de aquél, el Poeta se deja aquí arrebatar injustamente de la ira, hasta formar un juicio falso y temerario. La Iglesia, en el espíritu del Evangelio, declaró sublime la conducta de Celestino, y hoy como a santo le venera en sus altares.

CANTO IV

1 El infierno de Dante es un gran valle de figura cónica, con la punta hacia el centro de la Tierra, cuya superficie le sirve de tapa. Se divide en nueve grandes cercos, muy distantes el uno del otro, y estrechándose cada vez más; de manera que el sitio tiene, en cierto modo, el aspecto de un anfiteatro. Sobre los rellanos de estos cercos, que comprenden un grandísimo espacio entre sus dos orlas, están los condenados. Los Poetas, cargándose siempre a la izquierda, recorren cierto trecho de cada cerco, lo bastante para ver qué clase de pecadores hay en él, y saber qué penas sufren, y conocer a algunos. Después se inclinan hacia el centro, y encontrando allí el paso, bajan por él al cerco que le sigue; y en este orden van continuando su viaje hasta el fondo, sin más particularidades que algunas que se advierten en ocasión oportuna.

2 Cristo triunfante.

3 Hizo tanto, que por obtenerla de su padre, Labán, le sirvió, según lo dice el *Génesis*, durante catorce años.

4 Virgilio, como ya se ha dicho, había salido del Limbo para ir a socorrer a Dante en la selva.

5 El renombre de *altísimo poeta*.

6 No es ésta la hermana de Orestes, sino la hija de Atlas, que tuvo de Júpiter a Dárdano, fundador de Troya.

7 Reina de las amazonas, muerta por Aquiles.

8 Hija de Metabo, rey de los volscos. Esta Camila es la misma que se cita en el terceto trigesimosexto del canto primero.

9 Hija de Escipión el *Africano* y madre de los Gracos.

10 Mujer de Catón de Útica.

11 Julia Emilia, hija de César y mujer de Pompeyo.

12 Soldán de Babilonia.

13 Aristóteles.

14 Filósofo árabe natural de Córdoba, comentador de Aristóteles.

CANTO V

1 De muchas naciones que hablaban diferentes lenguas.

2 Esta expresión parece traducida de Paulo Osorio, donde dice de esta mujer que le era lícito todo lo que le agradaba, sin respetar ni los vínculos de la naturaleza entre los padres y los hijos; así es que vivió en íntimo consorcio con su propio hijo Ninias, y declaró lícito por la ley esta especie de casamiento incestuoso y horrible.

3 Dido.

4 Uno de los caballeros andantes más famosos de los romanos.

5 También caballero andante, sobrino del rey Marcos de Cornualles, el cual le mató por haberle sorprendido en los brazos de su mujer. Isolda de las blancas manos.

6 Pablo Malatesta y Francisca Ariminio, su cuñada. Ésta, hija de Guido de Polenta, señor de Rávena, célebre por su hermosura, se casó con Lancelote Malatesta, señor de Rímini, hombre feo y repugnante. Su hermano Pablo, joven y hermoso, por el contrario, se enamoró de Francisca, y obtuvo su amor. Un día fueron sorprendidos por el marido, que atravesó a entrambos con su espada.

7 Lancelote Malatesta vivía aún cuando Dante escribió estos versos; por eso dice que ya le estaba esperando la *Caína*, nombre que da al cerco del Infierno en que se castiga a los fratricidas, como se verá más adelante.

8 Galeoto, en el romance, hace el oficio de tercero en los amores de la reina Ginebra con Lancelote el de la tabla redonda.

CANTO VI

1 Parece que este sujeto no era plebeyo oscuro, como algunos han querido suponer, sino un ciudadano distinguido, que, arrastrado del vicio de la gula, descendió hasta hacerse parásito y bufón para satisfacerla en las casas en que se introducía, haciendo mil puercas bajezas, por lo que le pusieron el mote de *Ciaco*, que quiere decir cerdo. También *Ciaco* es el diminutivo de Jacobo en lengua italiana, y puede que fuese éste su nombre. De cualquier modo que sea, este personaje no es bien conocido.

2 El partido *montés* era de los blancos, y se llamaba así porque su jefe era de la familia de los Cerquis, procedente de los montes de Val-de-Sieve.

3 A los tres años.

4 Carlos de Valois, que mientras habla Dante, entretenía con palabras blandas a los florentinos, y luego se volvió al partido de los güelfos.

5 De la misma supresión que hace de sus nombres puede inferirse que uno de ellos sea el mismo Alighieri, y el otro su gran amigo Guido Cavalcanti, de quien dice Bienvenido de Imola: *Alter oculus Florentiæ tempore Dantis.*

6 Son los cinco nobles florentinos a quienes el Poeta encuentra más adelante.

7 Es doctrina de San Agustín, que dice: *Cum fiel resurrectio carnis et bonorum gaudium majus erit el malorum tormenta majora.*

8 Pluto, según la mitología pagana, dios de las riquezas, es aquí un personaje alegórico, al cual llaman *fiero* enemigo, porque, en efecto, de los excesivos bienes de fortuna proceden en la familia humana los mayores vicios.

CANTO VII

1 Son palabras de significado y origen desconocido, aunque se conoce que forman una interjección de ira y de amenaza, y acaso puestas a propósito como fórmula de encanto mágico para aumentar con su oscuridad su tenebroso efecto.

2 En la Escritura se hallan muchas veces las palabras *estupro* y *adulterio* aplicadas a la infidelidad contra Dios; y Dante, muy nutrido en el estudio de la Escritura, empleó muy a menudo su lenguaje.

3 Los pródigos dicen a los avaros: "¿Por qué aprietas?", y los avaros a los pródigos: "¿Por qué sueltas?", achacándose así mutuamente su vicio y el motivo de su condenación.

4 Quiere decir: de suerte que cada hemisferio celeste brille sucesivamente sobre cada hemisferio terrestre.

[5] También la Escritura llama dioses a los espíritus destinados al gobierno del orbe, como los llama aquí Dante, que según hemos dicho, toma expresiones de ella muy a menudo.

[6] Quiere decir: Ya ha transcurrido la mitad de la noche; y desde el principio del poema hasta este punto han pasado dieciocho horas; de este modo, empezó a la mañana; luego, anocheció, y como era el equinoccio, pasaron, pues, doce horas, y con las seis que ahora dice haber corrido en la frase de *ya caen las estrellas*, suman las dieciocho expresadas.

[7] Bajaron al quinto cerco, en donde están los coléricos y los perezosos.

CANTO VIII

[1] Flegias, según la mitología pagana, porque Apolo había violado a su hija, quemó el templo del dios en Delfos, en un arrebato de cólera. Acaso porque esa pasión se castiga en ese cerco. Dante le hace barquero del lago.

[2] Por el peso verdadero del cuerpo de Dante, como persona viva.

[3] Este halago de Virgilio, que a primera vista parece inoportuno, es, por el contrario, un rasgo magnífico, si se reflexiona bien que ocurre en el mismo sitio en que se castiga la soberbia, y como dando a entender que no es altivez, sino honrosa indignación la que se siente por las malas acciones.

[4] Antes que se te deje ver la proa, dice el Poeta en seguida; dando a entender que se levantará del agua cuando Dante la haya aligerado saltando a tierra.

[5] Fue de la noble familia de los Calvicintos Adimaros, y hombre poderoso y extremadamente soberbio. Parece que se opuso constantemente a la vuelta de Dante a Florencia.

[6] Hay que tener presente que describe a Dite como una plaza de guerra de alta importancia, y habla al principio de dobles torreones, de donde se hacen las señales de aviso a otro que las repite.

[7] Este valle es el cerco sexto, que hallándose en el mismo rellano del quinto, está separado por fosos y muros que forman una ciudad a modo de plaza de guerra, que se denomina Dite, del nombre del señor del Infierno.

[8] Supone que la puerta principal o primera del Infierno fue también cerrada para impedir que entrase Nuestro Señor Jesucristo, y que sus goznes, desde que él los quebrantó, se hallan rotos. Parece que aquí alude a este pasaje del oficio del Sábado Santo: *Hodie portas mortis et seras Pariter Salvator dirupit.*

CANTO IX

[1] Erito fue una célebre maga de Tesalia; por eso da el Poeta ese nombre a los que ejercen esa profesión o tienen las cualidades de aquélla; como se dice de una mujer hermosa, una Venus; de un hombre muy valiente, un Marte, etcétera.

[2] Hacía poco que estaba en el Limbo.

[3] El cerco del Infierno en que se castiga a los traidores es llamado por el Poeta Judeca, en recuerdo de Judas.

[4] El primer móvil; esto es, el cielo que contiene y mueve todos los otros.

[5] Quiere decir que no se puede entrar por buenos modos.

[6] Porque cuando Teseo bajó al Infierno acompañado de Piritoo su amigo, sólo le hicieron prisionero, y fue a dicho Piritoo a quien despedazó el Cerbero.

[7] No sólo en este pasaje, sino en otros varios, advierte el Poeta que se atienda a

los conceptos morales y políticos que se encuentran como velados en las poéticas ficciones. En algunas ocasiones es casi imposible penetrarlos; pero aquí parece indudable que la alegoría es ésta. Las Furias son el remordimiento. El rostro de Medusa es el placer sensual, que empedernece todos los buenos instintos.

8 Es bien sabido que una de las causas del viento es el desequilibrio del calórico en la atmósfera.

9 Pretenden algunos comentadores que también hay aquí un sentido alegórico. Yo creo que hace sólo referencia a cuando Hércules, por la voluntad de Hado, bajó al Infierno y encadenó a Cerbero, que guardaba la entrada.

10 Pola es ciudad de Istria y el Cuarnaro el golfo que la baña y separa a Italia de Croacia.

11 Estos sepulcros son, según los anticuarios, del tiempo de los romanos.

CANTO X

1 Farinata, de la familia de los Ubertis, hombre de grande espíritu y cabeza de los gibelinos de Florencia. En Monteaperto, junto al río Arbia, derrotó en una sangrienta batalla, en septiembre de 1260, al ejército güelfo, y entró en Florencia, de donde desterró a todos los de ese partido, entre los que entonces estaban también la familia de Dante; pero cuando los vencedores propusieron en consejo detenido en Empoli, la destrucción de Florencia, aquel patricio generoso se opuso con romana entereza, y a él se debió, por tanto, la salvación de la patria. El Poeta le ensalza por este hecho; y el ponerle en este sitio castigó en él al cristiano descreído y no al hombre de Estado.

2 Nótese cómo se pinta la fiereza de su ánimo, que aun en la desgracia no le abandona.

3 La primera vez, cuando Federico II, sosteniendo a los gibelinos, obligó a los güelfos a salir de Florencia, lo que sucedió el 2 de febrero de 1248; y la segunda, después de la derrota de Monteaperto, de que se ha hecho mención. Los güelfos volvieron también a entrar otras dos veces: una, en enero de 1251, a consecuencia de la derrota sufrida por los gibelinos en Fligino el 20 de octubre del año anterior: y otra, en 1266, después del desastre y muerte de Manfredo, muerto ya Farinata.

4 Dante responde aquí con cierta ironía el gibelino. Hay que tener presente que en el año 1300 era todavía güelfo, al menos aparentemente.

5 Esta sombra es Cavalcante de los Cavalcantis, que fue güelfo de todo corazón.

6 Parece que da a entender que no gustó del estilo épico, que fue el que hizo inmortal a Virgilio. Este Guido, hijo del anterior Cavalcante, era también güelfo, amigo inseparable de Dante, poeta lírico y filósofo de gran mérito.

7 La luna es la que reina en los infiernos con el nombre de Hécate o Proserpina.

8 Varios escritores dicen que llegaba a tal punto el bárbaro furor de los partidos. que hasta en los altares de Florencia, en tiempo de los güelfos, se hacía esta oración: *Ut domum Ubertam eradicare et disperdere digneris.*

9 Esto es: "porque no sabía que vosotros ignorabais lo presente".

10 Federico II, de la Casa de Suabia o de Hohenstaufen, fue hijo de Enrique VI y nieto de Barbarroja, rey de Nápoles y de Sicilia primero, y después elegido emperador. Se hizo notable por su amor a las letras: pero más aún por su irreligiosidad y desenfrenadas costumbres.

11 Este es Octavio de los Ubaldinos, llamado por excelencia el *Cardenal.* Se le coloca aquí entre los epicúreos, porque era tan materialista, que lamentándose una vez

de la conducta que con él observó Federico, dijo: "Si tuviera yo una alma, la habría perdido por los gibelinos."

12 Parece que quiere con esto señalar al alto cielo en que reside Beatriz, por cuya mediación sabe después en el Paraíso los sucesos futuros de su vida.

CANTO XI

1 Se creía en tiempo de Dante que Anastasio II había tenido comunicación e inteligencia con Fotino, diácono de Salónica, discípulo del herético Acacio, y a quien el clero mismo le había negado la obediencia y hasta la comunión. Mejores estudios sobre la historia patentizaron más tarde la falsedad de aquella creencia, y que se había confundido a Anastasio, Papa, con el emperador Anastasio.

2 El suicida.

3 Ciudad de la Guinea, célebre en tiempo de Dante por residir en ella los mayores usureros. En un decreto del rey Felipe el *Atrevido,* se lee: *Contra usurarios qui vulgariter Coarcius dicuntur.*

4 La primera especie de fraude rompe los lazos con que la Naturaleza ha unido a los hombres; pero este segundo rompe, además, los del parentesco y la amistad.

5 Llama a este punto centro del Universo, siguiendo el sistema de Ptolomeo.

6 La *Ética,* de Aristóteles, que se enseñaba entonces en todas las escuelas.

7 Las palabras del *Génesis* a que alude son éstas: *Posuit Deus hominen in Paradiso, ut operareteur;* y éstas: *Vesceris pane tuo in sudore vultus tui.*

8 A este viento llamaban los latinos Caurus. Sopla entre Occidente y Septentrión. Los marinos le llaman Poniente Maestro. Las estrellas que forman el signo de los peces del Zodíaco están en el punto de Oriente dos horas antes que el Sol, cuando éste está en Aries. Quiere, pues, decir todo esto que empieza entonces a amanecer, puesto que se describe también estar en el equinoccio de primavera, diciendo que el Carro (esto es, la Osa Mayor) se ve todo en aquella parte del cielo en que sopla el Coro.

CANTO XII

1 La bajada al séptimo cerco.

2 El Minotauro fue engendrado por un toro, al cual se dio Pasifae, mujer de Minos, rey de Creta, encerrada en una vaca de madera. Véase, pues, cuán oportunamente se pone a la entrada de este cerco, en que se castiga a los violentos y brutales, a este monstruoso parto de liviandad desenfrenada.

3 Teseo.

4 La hermana del Minotauro es Ariadna, la cual enseñó a Teseo, el modo de matarle.

5 La bajada de Jesucristo a sacar del Limbo las almas de los justos.

6 Falpédocles opina que el mundo fue engendrado por la discordia de los elementos, y que, por el contrario, ha de volver el caos por la concordia o unión de las partículas semejantes las unas con las otras. Por eso Virgilio, dice "que pensó que el orbe sentía aquel amor que arrojó el mundo del caos que le absorbe".

7 Este instante es la muerte del Redentor, cuando tembló la tierra y se rompieron las rocas.

8 Hace alusión a la vida aventurera y facinerosa de los centauros.

9 Neso trató de robar a Deyanira; pero su marido, Hércules, con sus flechas teñi-

das en la sangre venenosa de la hidra de Lerna, mató al centauro, el cual, al morir, dio su misma camisa, empapada en sangre también, a aquella incauta, advirtiéndole que tendría la virtud de curar al héroe de todo amor a otra mujer; y ella, en efecto, celosa una vez, dispuso que se la pusiera, y él tuvo que matarse por librarse de los terribles dolores y locura que le acometieron. Por eso dice el Poeta: "Vengándote, al morir, con crudo exceso."

10 Ecelino de Romano, vicario imperial de la Marca de Treviso, fue crudelísimo tirano de Padua.

11 Obizón de Este, marqués de Ferrara y de la Marca de Ancona, hombre feroz que fue ahogado por su propio hijo, a quien el Poeta llama *hijastro,* a causa de este parricidio.

12 Guido de Monforte, en la catedral de Viterbo, en el acto de alzarse la Hostia consagrada, mató a Enrique, sobrino de Enrique III, rey de Inglaterra, en venganza de haber sido decapitado en Londres su padre Simón. El corazón del asesinado fue llevado al tío en una copa y colocado por éste en una columna a la entrada del Támesis, donde se le hacían honores todavía en tiempo de Dante.

13 Aunque nobles, eran ladrones famosos que en tiempo de Dante infestaban los caminos de la comarca romana de la parte de la marina.

CANTO XIII

1 Checina, río que entra en el mar a media jornada de Liorna por la parte de Roma. Corneto, ciudad del Patrimonio de San Pedro. Ese espacio intermedio está cubierto de bosques, del lado de allá de Corneto, a los que se acogen los animales monteses que huyen de los sitios del lado de acá cultivados y abiertos.

2 Una de las arpías, llamada Celena, predijo a los troyanos, en las Estrófadas, que son islas del mar Jonio, que el hambre les obligaría a comerse las mesas. (Véase el libro VII de la *Eneida.)*

3 Hasta que llegue el espacio tercero.

4 Quiere decir: "lo que yo cuento de Polidoro". Pues, en efecto, Virgilio dice de él, en el libro III de la *Eneida,* que su cuerpo había crecido un arbusto, cuyos ramos, arrancados por Eneas, brotaron sangre.

5 Pedro de Viñas, natural de Capua, canciller del emperador Federico II, sobre el que ejercía una influencia omnímoda; pero que acusado al final de infidencia por cortesanos envidiosos, fue condenado a que le sacaran los ojos. Ciego ya, y privado de todos sus cargos y bienes, se mató, rompiéndose el cráneo contra los muros de una iglesia.

6 El Poeta supone que el principio de su desgracia le vino de la influencia de la corte romana, a la que llama "la meretriz corruptora de las cortes", etcétera.

7 Se volvió injusto contra él, que era justo; esto es, se suicidó por librarse del deshonor de una culpa que no había cometido.

8 Quiere decir: "mientras Dante, vuelto al mundo, te hace el favor que le has pedido de restablecer tu buen nombre".

9 Lano, sienés y del partido güelfo, disipador licencioso, que en la batalla de Piave del Topo, en el condado de Arezo, aunque podía salvarse huyendo después de la derrota sufrida allí por su partido, se hizo matar arrojándose desesperadamente en medio del enemigo, por no sobrevivir a su pobreza. El Poeta da, por tanto, a entender que más valiera que su planta se hubiera agitado, corriendo en aquella ocasión por evitar la muerte.

10 Este que habla es un espíritu encarcelado en el arbusto a que se fue a acoger Jacobo de Santandrea, que es el que corría detrás de Lano, perseguidos ambos por los perros. El Jacobo es un noble paduano, que se mató después de haber disipado todos sus bienes.

11 Florencia, dedicada a Marte en tiempo del paganismo, fue luego consagrada a San Juan Bautista. Parece que fue destruida por Totila; pero en tiempo de Dante era pública opinión que había sido quemada por Atila, cuando es en verdad bien sabido que este bárbaro no pasó los Apeninos.

12 Quiere decir: que si no ha sucumbido del todo, consiste en que del dios de la guerra queda todavía algo en el pedestal de su estatua, cuyos restos se ven a la entrada de Pontevecchio, en el Arno.

13 Dicen algunos que éste fue Roque de Mozi, que, viéndose arruinado, se ahorcó en una viga de su casa.

CANTO XIV

1 Compadecido de aquel florentino su compatriota.

2 Como el suelo de Libia que pisó Catón, cuando pasó allá con el ejército de Pompeyo.

3 Dícese que Alejandro en la India vio caer en el suelo copos de fuego, y que, según iban cayendo, los hacía pisar por sus soldados apresuradamente, y antes que ese fuego se acumulase al ardor de la arena. Esto está tomado de la carta apócrifa de Alejandro a Aristóteles.

4 A Vulcano.

5 El volcán del Etna, donde suponían los antiguos que estaban las fraguas de Vulcano, que con sus ciclones forjaba los rayos de Júpiter.

6 Valle de Yasaha, donde se supone que fue dada la batalla de los gigantes contra Júpiter.

7 Así se llamaba un pequeño salto de agua termal situado a dos millas de Viterbo. A lo que parece, iba a beber sus aguas la turba pecatrice, buscando en ellas medicina para sus ordinarios males.

8 La puerta del Infierno.

9 Bajo Saturno, del que dice Juvenal: *Credo pudicitian Saturno rege moratam,*

10 Por sin cultivo.

11 Rea, mujer de Saturno y madre de Júpiter, hacía criar a éste escondido en el monte Ida, para que su padre no le devorara, y mandaba hacer un gran ruido de címbalos y otros instrumentos para que no se oyera su llanto.

12 Ésta es una imitación de la visión de Daniel: y así como en el sueño del Profeta se revelan los sucesos del Imperio asirio, así en la dantesca imitación pueden significarse los del Imperio latino, establecido en Roma por César y por Octavio, degenerado después, y el cual quería Dante que, para bien del mundo, se regenerase de nuevo.

13 En su libro *De la Monarquía* desenvuelve Dante este pensamiento, declarando que el Imperio romano es el único legítimo, como fundado por la gracia divina; que todo otro gobierno es una usurpación y que hasta que aquel se restablezca no habrá más que confusión y desorden en el mundo

14 Las lágrimas producidas por los delitos de los hombres brotando por las hendiduras de la estatua, que es personificación del tiempo, bajan a formar los ríos infernales. Admirable alegoría, superior a cuantas han ocurrido a los antiguos poetas.

15 Para entender esto bien, es preciso no olvidar que, habiendo Dante imaginado nueve cercos infernales, recorre en su viaje la novena parte de cada uno: de modo que yendo siempre hacia la izquierda, cuando llega al término de la novena parte del último cerco es cuando ha girado todo el redondo. Por eso no ha podido encontrar al Flegetonte a aquel lado izquierdo, que aún no ha recorrido enteramente.

16 Porque el nombre de Flegetonte viene de la palabra griega *arder.*

17 *Lete* significa olvido, y supone que este río está en el Purgatorio, donde se lavan las culpas, y no en el Infierno, donde las penas serían menores si las almas condenadas pudieran olvidarse de sus pecados.

18 Por experiencia sabemos que una vela se apaga entre exhalaciones húmedas.

CANTO XV

1 Clarentana es un monte del cual nace el Brenta, cuyo río necesita que le pongan diques los paduanos, por cuya ciudad pasa, cuando viene de crecida con las nieves de la altura que se derriten a los primeros calores del estío.

2 Porque el espíritu iba por la arena, y Dante, más alto, por el pretil del arroyo.

3 Bruneto Latino fue un gran filósofo, profesor insigne de retórica, del partido güelfo y maestro de Dante. Después de la derrota de Monteaparti emigró a París, donde escribió en francés su libro titulado *Tesoro*, y volvió luego a Florencia, donde murió en el año 1294.

4 Antes de los treinta y cinco años.

5 El pueblo florentino es originario de Fiésolo, antigua ciudad situada sobre una colina de piedra, a una legua de Florencia.

6 Los florentinos (dice Villani), inadvertidos (y por eso fueron proverbialmente llamados los *ciegos),* cedieron a los falsos halagos de Atila (entiéndase Totila), y, engañados con sus promesas, le abrieron las puertas de la ciudad. También por eso los llama Dante *ciegos*. Sostienen esta interpretación, además del dicho Villani, Malespino, Juan Florentino y Bienvenido Imola.

7 Varias familias ilustres de Florencia, y entre ellas la de Dante, se tenían por descendientes de los romanos.

8 La predicción que le ha hecho Farinata en el canto X.

9 Se trata de los sodomitas.

10 Célebre gramático del siglo VI, natural de Cesárea.

11 Célebre jurisconsulto, natural de Florencia.

12 Debe de ser éste un Andrés de Mozi, obispo de Florencia, que fue trasladado desde el Arno; esto es, desde su obispado al de Vicencia (ciudad a cuya inmediación pasa el río Baquillón), por mandato del *Siervo de los Siervos*; esto es, el Papa.

13 El *Tesoro*, que como hemos dicho, escribió en francés ñor Bruneto, es una especie de enciclopedia, en la cual ha querido el autor recoger todo lo que se sabía en su tiempo.

14 El palio verde se corría en Verona el primer domingo de Cuaresma.

CANTO XVI

1 Porque no se podían detener, por la penitencia que sufrían de no parar un punto.

2 Gualdrada fue madre de Rugiero, de los condes Guidos, señores de Casentino y de muchos castillos en Valde, Arno; y Rugiero, padre de este Guido Guerra, solda-

do valeroso que contribuyó mucho a la victoria de Benevento, en que Carlos derrotó a Manfredo, el año 1266.

3 De la famlia Adimari. Fue excelente capitán, y aconsejó que no hicieran la expedición contra los de Siena: pero los florentinos desoyeron su consejo, y fueron derrotados en el Arbia.

4 Jacobo Rusticucio, respetable y poderoso caballero florentino, que se entregó a este vicio, desesperado por el desorden y orgulloso carácter de su mujer.

5 Guillermo Borsier fue un caballero valeroso, galán y amable, y habla de él Boccaccio en una de sus novelas.

6 Compara aquí la estruendosa caída del Flegetonte con la cascada del Montone, junto a la abadía de San Benedicto, en el Apenino, formada por el río de aquel nombre, el cual se llama Aguaquieta en lo alto, y tiene curso propio; esto es, no se junta con el Po, como los demás ríos de aquella parte.

7 Alude a la abadía indicada, en la cual supone que entre pocos frailes se emplean las rentas que podrían mantener miles de habitantes.

8 La misma alegoría que ya hemos visto usada por el Poeta, y por la cual da a entender la virtud contrapuesta al vicio que se quiere combatir.

9 Advierte que no se deben contar las cosas increíbles, aunque sean verdad, porque como la verdad que tiene aspecto de mentira no es creída, siempre esto causa vergüenza al narrador, haciéndole pasar por embustero.

10 Nombre que Dante ha dado a su poema, y con el cual ha corrido por el mundo.

CANTO XVII

1 Célebre bordadora de Lidia, que fue convertida en araña por Minerva, con quien quiso competir en su arte.

2 A la orilla del Danubio.

3 Se supone que el castor extiende en el agua su cola aceitosa, con lo que atrae los peces y los caza.

4 Éstos son los usureros.

5 Son las armas de los Gianfigliazzis, de Florencia.

6 Son arma de la familia florentina de los Ubriachis.

7 Armas de los Scrovignis, de Padua.

8 Vitaliano del Dente, gran usurero de Padua.

9 Habla Reinaldo Scrovigni.

10 Este héroe soberano con la bolsa del triple pico es Juan Buyamonte, el usurero más ladrón de aquellos tiempos.

11 La Vía Láctea.

CANTO XVIII

1 Cuando el Jubileo del año 1300, el Papa mandó hacer en el puente de Santángelo una separación entre los que iban y venían. Aquí Dante supone que los que venían de frente a ellos descaradamente eran los seductores de mujeres por cuenta de otro; y los que iban, eran los que lo habían hecho en pro de sí mismos.

2 Un lugar fuera de la puerta de San Mamante, en Bolonia, en el cual se castigaba con azotes a los malhechores, se llamaba Las Salsas; así Dante, hablando aquí con un boloñés, le da a aquel sitio del Infierno un nombre que él conoce, y que tiene con él la analogía del castigo mismo. El boloñés con quien habla es Cacianimigo, que

vendió su propia hermana al marqués. Se entendía entonces por el *Marqués* al de Ferrara, y fue éste que aquí se cita Obizón segundo de Este.

3 Por lo visto, ese caso de la Guisola se contaba por varios de diverso modo: por unos, como culpa de él, y por otros, como sólo de ella.

4 Quiere decir que hay más boloñeses en el Infierno que cuantos hay vivos que dicen *Sipa* (que es en su idioma la expresión de afirmación) entre Rávena y Reno, que son dos ríos entre los que está Bolonia y parte de su territorio.

5 Medea, después que ayudó a Jasón a robar el vellocino de Colcos, fue abandonada por él. Este mismo Jasón sedujo después y abandonó también a Isifile. Ésta, cuando las mujeres de Lemnos (las *hembras desalmadas)* mataron a todos los varones de la isla, instigados por Venus, logró salvar a su padre, engañando a las otras, ella que a su vez también había sido engañada.

6 Los autores de complacencias viles.

7 Fue un noble lucano, vil, adulador y lisonjero.

8 Recuerdo de una escena de Terencio en *El Eunuco.*

CANTO XIX

1 Simón Mago ofreció dinero a San Pedro por obtener los dones del Espíritu Santo. Desde entonces se llamó simonía al traficar con las cosas sagradas.

2 El cerco de los simoníacos.

3 En la iglesia de San Juan, en Florencia, habían ahondado alrededor de la fuente bautismal cuatro especies de pocitos para que los sacerdotes que bautizasen pudieran acercarse más al agua y lo hicieran con más comodidad.

4 Sin duda acusaron a Dante de haber roto por impiedad uno de aquellos pocitos, cuando parece que él tuvo necesidad de romperlo para salvar la vida de algún niño que debió de haber caído dentro de él.

5 Entre los crueles suplicios que usaban los antiguos, era uno el de echar al reo cabeza abajo en un hoyo profundo, e irle paulatinamente rellenando hasta ahogar al penado. Ocurría muchas veces que éste, cuando empezaban a echarle la tierra, llamaba al confesor, y los verdugos suspendían su faena, y el sacerdote bajaba completamente la cabeza para oír al confesando, el cual alargaba cuanto podía su confesión.

6 Nicolás III (que es el Papa empotrado allí) se figura que quien le habla es Bonifacio VIII, reinante entonces; y por eso da a Dante el nombre de ese Pontífice; y el decir que su cuenta falló por poco tiempo de la época en que debía bajar a revelarle el dicho Bonifacio, debe entenderse: que gozando Nicolás de la antevista de que el Poeta supone dotados a todos los espíritus, sabía bien que su sucesor había de morir en el año 1303; y como entonces se hallaba en dicho 1300, de ahí su admiración al dirigir a su interlocutor.

7 Se dijo en aquel tiempo exageradamente por los gibelinos, sus adversarios, que Bonifacio III *se casó con la Santa Iglesia* (esto es, obtuvo el papado) por medio de la corrupción, y que después, para resarcirse del gesto, saqueó a su Esposa.

8 Fue este Papa de la Casa Orsini, y dice el Poeta que fue codicioso de acrecentar la riqueza y el poder de los Oseznos, esto es, de los individuos de su familia.

9 A Bonifacio VIII.

10 Éste es Clemente V de Gascuña (al poniente de Roma), que murió poco más de diez años después de Bonifacio, el cual, por lo que supone el Poeta, sufriría aquel suplicio menos tiempo que Nicolás; porque entre la muerte de éste y la de Bonifacio mediaron veinte años.

11 Jasón fue hecho Sumo Sacerdote por el favor de Antíoco, rey de Siria, y supone Dante que, así como Jasón con los despojos del templo de Jerusalén, ablandó a Antíoco, así Clemente V, por halagar y complacer al rey de Francia (del Sena) Felipe el *Hermoso,* le debió también su advenimiento al solio pontificio. Téngase aquí presente que Dante habla con mucho honor de este mismo Papa en una epístola escrita en 1310, dirigida a los príncipes y pueblos de Italia.

12 San Matías entró a ocupar el puesto de Apóstol que perdió por su traición Judas Iscariote.

13 Díjose en aquel tiempo que Juan de Prócida dio dinero a este Papa para obtener su ayuda en la conspiración que tramaba contra los franceses en Italia, de cuyo reino era señor Carlos I de Anjou.

14 *Veni Ostedam tibi damnationem meretricis magnae, quæ, sedent super aquas multas, cum qua fornicati sunt reges terro...* : (San Juan: *Apocalipsis...*)

15 Las siete cabezas son los Sacramentos, y los diez cuernos los Mandamientos de la Ley de Dios, que la Iglesia (la que está sobre las aguas puesta) alza en ornamento cuando el Papa (el consorte) practica la virtud.

16 Papa significa *padre.*

17 Habla irónicamente.

CANTO XX

1 Con aquel paso muy lento que llevaban antiguamente las procesiones llamadas *letanias,* de la palabra griega que quiere decir súplica.

2 Fue Anfirao uno de los siete reyes que asediaron a Tebas. Era adivino; y adivinando que había de morir bajo los muros de aquella ciudad, se escondió en lugar sabido sólo de su mujer, que él descubrió, y le condujeron el ejército. Estando en él, en lo más recio de una batalla, se abrió la tierra delante de su carro, y fue rodando hasta los infiernos.

3 Tiresias fue un adivino, natural de Tebas, que, habiendo tocado una vez con su varita a dos serpientes unidas, se convirtió en mujer; y encontrándolas a los siete años en la misma disposición, y tocándolas de nuevo con la vara, recobró su anterior sexo masculino.

4 Aronte es otro adivino toscano, de quien Lucano hace mención en la *Farsalia.* Dice el Poeta que respalda sus lomos al vientre de Tiresias, porque ambos, según ya ha manifestado, van andando al revés.

5 Manto, hija de Tiresias, por huir de la tiranía de Creonte rey de Tebas, su patria, tuvo que recorrer muchos países después de la muerte de su padre. En esa peregrinación, violada por el Tiberino, parió a Ocno, el cual fundó una ciudad, a la que llamó Mantua, en memoria de su madre.

6 Al dominio de Creón, usurpador del centro de Tebas, fundada por Baco.

7 Antiguamente se llamaba el Benago; y hoy, Lago de Garda.

8 Punto común a las tres diócesis de los obispos de Trento, Brescia y Verona: por consiguiente, desde donde cualquiera de ellos puede bendecir parte de su jurisdicción, puesto que allí se tocan las tres.

9 Sin duda, llama a Manto la virgen cruda por el ejercicio de su profesión, que se practicaba entonces derramando sangre y consultando entrañas de animales y hasta de criaturas humanas.

10 Pinamonte de Buonacosi, mantuano, persuadió maliciosamente al conde Alberto de Casalodi, señor de aquella ciudad, que le convenía a su seguridad encerrar en

los inmediatos castillos a algunos sujetos principales, que realmente sólo eran obstáculos a la ambición del mismo Pinamonte; verificado lo cual, ese traidor, con el favor del pueblo bajo, le quitó al conde Alberto la señoría, y mandó matar o desterró a todos aquellos mismos nobles encerrados por su engaño; con lo que disminuyó la población y riqueza pública.

11 Cuando el sitio de Troya quedó Grecia sin varones, porque todos fueron a la guerra.

12 Euripilo, augur, compañero de Calcas, de quien habla Virgilio en el segundo libro de la *Eneida,* al cual llama Dante tragedia por estar escrita en estilo heroico, como llama a su poema comedia, porque tiene mucha parte escrita en estilo humilde y llano.

13 Astrólogo en tiempo del emperador Federico II.

14 Astrólogo de Foril, muy estimado del conde de Montefieltro.

15 Zapatero de Parma y también adivino.

16 Las magas de su tiempo también ejercían la magia ordinariamente valiéndose de figuras de cera y de extractos de hierbas.

17 Según la creencia vulgar, las manchas de la luna representan a Caín con un haz de espinos. En la descripción alegórica que aquí hace el Poeta nos da a entender la hora que era en Italia, y especialmente en el horizonte de Roma. Reinaba el equinoccio de primavera, con el sol en Aries y la luna en Libra. Dicha luna, invisible a los dos poetas, había estado llena la noche que Dante se perdió en la oscura selva. El viaje por el Infierno empezó trasmontando ya el sol, que es lo mismo que decir veinticuatro horas después del plenilunio. Al fin del canto XI vemos que se demarca la aurora del día siguiente: diciendo pues, aquí que la una, tocando el confín occidental del hemisferio de Roma, estaba para sumergirse en el Océano al otro lado de Sevilla, y siendo éste el segundo giro después de su plenitud, el tiempo que se indica es de cerca de una hora de sol del segundo día después del plenilunio; pues debe tenerse presente que la vuelta de la luna al meridiano se retarda todos los días cuarenta y ocho minutos y cuarenta y seis segundos.

CANTO XXI

1 Pasan del puente del cuarto saco al del quinto.

2 Eran llamados *los Ancianos* los magistrados del municipio de la ciudad de Luca, cuya patrona era Santa Cita.

3 Dice esto irónicamente, porque Bonturo Bonturi, de la familia de los Datis, fue el peor de los rufianes luquenses, y acabó por vender a su partido en 1314.

4 Con esa frase: "Aquí no está la efigie de Jesús, delante de la cual suelen encorvarse tus luquenses", alude a la postura boca abajo en que volvió a salir a la superficie del lago el pecador que fue echado en él por el diablo negro de que se ha hablado poco entes.

5 El Cerquio es un río que pasa cerca de los muros de Luca.

6 Debajo de la pez.

7 En 1290 los luquenses que guarnecían el castillo de Caprona, a la orilla del Arno, en territorio pisano, del cual se habían apoderado en guerra contra los gibelinos, se vieron obligados a abandonarlo rendidos por hambre, y al pasar, capitulados ya, por entre sus enemigos, tuvieron un terrible miedo, porque les empezaron a gritar: "¡Matadlos!, ¡Matadlos!" A este suceso asistió Dante en persona.

8 Como luego se verá en el canto XXIII, todos los puentes de un escollo a otro se

hallan rotos en este saco, y por consiguiente es también mentira lo que aquí le dice Malanalga.

9 Aquí se fija clarísimamente el año, el día y la hora corrientes en que los poetas se hallan en este quinto saco. Nuestro Señor Jesucristo murió en el plenilunio después del equinoccio de primavera, que ocurrió el 25 de marzo, día en que fue concebido según varios Santos Padres. *(Octo enim Kalendas, Aprilis conceptus creditur quo te pasus.* San Agustín, libro IV *De Trin.)* Sin embargo, los aniversarios de su muerte se computan, no por el día del mes en que propiamente ocurrió, sino por el dicho plenilunio, que suele variar cada año. Ahora bien: diciendo el diablo que en el día precedente al en que había sido el plenilunio se habían cumplido mil doscientos sesenta y seis años desde que había sido rota aquella vía, y queriendo aludir con esto al terreno acaecido a la muerte del Redentor, claro es que si a los mil doscientos sesenta y seis años se añaden los treinta y cuatro transcurridos, según la tradición, de su Encarnación a su muerte, se halla el Poeta en el plenilunio de marzo del año 1300, si bien este plenilunio caía en ese año en el domingo anterior al de Pascua, día 3 de abril.

10 Subterfugio de Virgilio para calmar a Dante.

11 Este gesto de truhanería que le hacen los diablos a Barbadiente, su cabo, es como manifestando que sería Dante muy tonto si creyera lo que dice Virgilio, de que no era contra él su ceño maligno.

CANTO XXII

1 Los florentinos en aquella época solían llevar una campana en un castillejo de madera, colocado sobre un carro, para hacer mover las tropas a su sonido.

2 Usaban entonces como señales los castillos de noche luces, y de día humaredas.

3 Éste se llamaba Chámpalo, hijo de mujer principal del reino de Navarra, y estuvo al servicio de Tebaldo VI, rey de Navarra y conde de Champaña.

4 Porque mandaba una escuadra compuesta de diez hombres.

5 Era un fraile, sardo de nación, que había llegado a ser el favorito de Nino Visconti, señor de Gallura, de cuyo favor abusó vendiendo cargos y dignidades, y entregándose a todo género de vicios. La Cerdeña era entonces de los pisanos, y se dividía en las cuatro judicaturas de Callari, Logodoro, Gallura y Alborea.

6 Los soltó, ablandado por sus ofrecimientos y sus dones.

7 Cuentan las historias que Adelasia, hija de Mariano III, señor de Logodoro, viuda del emperador Federico II y madre de Enzo, rey de Cerdeña, se casó por un engaño con este Miguel Sánchez, senescal del reino, el cual por ese medio fue señor de Logodoro.

8 La inteligencia de este pasaje en que el navarro engaña a los mismos diablos, debe de ser ésta: Habiendo caído el rufián entre las uñas de los garritrancas, les promete que si se apartan un poco de allí hará salir de la pez a una porción de sus compañeros, con los cuales podrán divertirse a su placer, pues usará una seña con que se avisan ellos entre sí para socorrerse en sus apuros. Galgazo y los demás diablos sospechan la intención del malicioso, y no quieren retirarse; pero Alitronchado persuade a sus compañeros a que se aparten, y después de una amenaza al rufián, del cual no espera que se atreva a medirse en artimañas con diez diablos, se deciden todos, incluso Galgazo, que era el que más se había opuesto a volar a la otra ribera; y en el momento de dirigir la vista a ella para ejecutarlo, el navarro salta al lago. Alitronchado se arroja tras él volando, pero no le alcanza, y Pisaescarchas, rabioso contra

el mismo Alitronchado, que tiene la culpa de la burla que han recibido, vuela también tras de él, y los dos diablos arman una pelea, en la que ambos caen y se estropean, embadurnándose las alas y recociéndose dentro de la brea.

9 Pisaescarchas desea que Alitronchado no coja al rufián, para tener un pretexto de reñir con él.

10 Pisaescarchas.

11 Alitronchado.

CANTO XXIII

1 Parece que los franciscanos, cuando salían a la calle, iban siempre en hilera y uno detrás de otro, con mucho recogimiento y silencio.

2 Así se creía en tiempo de Dante; pero hoy se tiene por de autor incierto. El asunto de esa fábula es el siguiente: Queriendo una rana ahogar un topo para después comérselo, le propuso que le pasaría a cuestas al otro lado de una acequia. En el punto en que la rana se echó al agua, con su carga, vino un milano, que arrebató y se comió a entrambos.

3 Los hipócritas, de quienes dice que llevan la faz pintada porque cubren sus vicios con el bello color de la virtud. La palabra hipócrita viene del griego, y quiere decir máscara.

14 El emperador Federico II mandaba cubrir a los culpables del delito de lesa majestad con planchas de plomo, que luego hacía derretir encendiendo hogueras sobre ellas; y Dante supone que las que llevaban sus condenados eran tan pesadas, que, comparadas con ellas, eran de leve paja las impuestas por Federico.

5 Como los Poetas, por lento que su paso fuera, no podían ir tan despacio como los de las capas, claro es que en su camino iban siempre al lado de personajes nuevos, que se les iban sucesivamente quedando atrás.

6 Cuando se carga de peso una balanza, suele rechinar o crujir de algún modo: y Catalano cuenta que lleva aquel enorme peso, porque Dante no tiene motivo para figurárselo, puesto que las capas están exteriormente recamadas de oro, y no parecen, por tanto, de lo que son.

7 Los Hermanos de Santa María, llamados vulgarmente los Gaudentes, componían una orden de caballería, cuyo instituto era para combatir contra los infieles y violadores de la justicia, pero que había degenerado y observaba una vida muelle y regalada.

8 Destrozada por los partidos güelfo y gibelino, Florencia llamó para que la pacificaran a estos dos hermanos Gaudentes Mider Loderingo de Andaló y Catalano Malavolti, güelfo éste y gibelino aquél; pero éstos, investidos del poder, se dejaron corromper los dos por el partido güelfo, y arrojaron de la ciudad al gibelino, en el cual se ensañaron, saqueando y destruyendo sus casas, y particularmente las de los Ubertis, sus jefes. Ésas se hallaban en el barrio llamado Gardingo, y por eso dice el poeta que el Gardingo puede decir cómo ellos (Catalano y Loderingo) se portaron en aquel mando.

9 Este Caifás es el que aconsejó la muerte de Cristo, diciendo: *Expedit ut unus moriatur homo pro populo.*

10 El pontífice Anás.

CANTO XXIV

1 La noche disminuye, pagando al día el daño que le hizo con el tiempo que le quitó. Esto ocurre hacia la mitad de febrero, en que son casi iguales las noches a los días.

2 Llama a la escarcha hermana de la nieve, cuya imagen figura en el suelo por breve tiempo, porque pronto la derrite lo ya suave del tiempo.

3 Por lo cual fue oído desde el cerco siguiente.

4 Porque cuando se tiene ira, sale la voz inarticulada y oscura.

5 Adviértase que los Poetas no bajan a este saco, que hierve lleno de culebras, sino que se quedan a examinarlo desde lo alto del Puente, en un saliente del dique, al que bajan por medio de algunas piedras prominentes a las que más adelante, en el canto XXVI, llama guardacantones.

6 Corría entre los antiguos que una piedra llamada heliotropia hacía invisible al que la llevaba.

7 Vanifucio fue bastardo de micer Fucio de Lázari, noble de Pistoya. Por eso le llama *mulo*, animal híbrido de naturaleza.

8 Quiere decir que Dante le conoció por hombre violento y sanguinario, y no por ladrón. Así, con mostrarse el Poeta ignorante del sacrílego atentado de Fucio, viene a descubrir maliciosamente otros vicios suyos.

9 La sacristía de San Jacobo, en Pistoya, la cual intentaron robar Vanifucio y otros cómplices suyos, era célebre por la hermosura y riqueza de sus vasos sacros.

10 Para que no se complazca Dante, su enemigo político, en sus tormentos, le profetiza una desgracia para su partido. Esta predicción significa que de Valdemagra, en la Lunigiana Superior, saldrá como el rayo el marqués Marcelo de Malaspina a atacar a los blancos y derrotarlos en los campos Picenios. Es de advertir que la división entre blancos y negros empezó en Pistoya en el año 1301, y poco después los blancos arrojaron a los negros.

CANTO XXV

1 Acción indecente que suele hacer la gente ordinaria con los brazos y cierta combinación de los dedos. Estas torpes acciones debían de ser muy usadas en aquel tiempo en las disputas violentas por opiniones de partido, cuando, según Juan Villani, se veían todavía en una torre de la roca de Carmiñano dos brazos de mármol que hacían la higa a Florencia.

2 Capaneo, que en el momento en que, sobre los muros de Tebas sitiada, insultaba y desafiaba a Júpiter, fue herido por un rayo y precipitado de los muros abajo.

3 Terreno palustre de la Toscana, que cría muchas culebras, de gran diversidad de especies y de monstruoso tamaño.

4 Téngase presente que en los fabulosos centauros, de la cintura arriba es de forma humana, y de allí abajo es de forma de caballo.

5 En el libro VIII de la *Eneida* se narra el robo que hizo Hércules de los cuatro toros y cuatro vacas magníficos que hacía apacentar junto el monte Aventino, el que Virgilio llama medio hombre, medio fiera *(Semihominis Caci)*, por lo que, sin duda, le convierte aquí Dante en centauro, aunque en nuestro juicio no es ésa la intención del mantuano.

6 Para pintar la ira de Hércules, supone que le dio cien golpes, aunque a los diez debería ya de haber muerto.

7 Los tres espíritus de que aquí se trata son Añel o Añolo Brunellesqui, Boso de los Abatis y Puncio Chancato de los Galigayes, tres ciudadanos de Florencia muy notables, los cuales están aquí, no por hurtos comunes y viles, sino porque, puestos en los primeros cargos de la república, emplearon con provecho suyo las rentas públicas, arriesgándolas en especulaciones.

8 Parece que éste fue florentino, de la familia de los Donatis. Los otros le echan de menos, hablando entre sí, porque Chanfa había desaparecido, transformándose en serpiente, como se verá en seguida.

9 Esta serpiente es Chanfa transformado.

10 A Añel Brunellesqui.

11 Éste es Francisco Guerico Cavalcanti, transformado.

12 Éste, que también es uno de la terna, como ya se ha dicho, es Bosco de los Abatis.

13 Dos soldados de Catón, que al atravesar el África fueron mordidos de sierpes venenosas. A Sabelo le entró por el boquete de la picadura un fuego que le abrasó hasta convertirle en ceniza, y Nasidio se hinchó de tal modo, que reventó su piel (Libro IX de la *Farsalia*, de Lucano.)

14 Con cuyas dos pinceladas maestras de silbar la serpiente y de escupir el hombre al hablar, pinta la ira de que están poseídos aquellos dos seres en sus diferentes formas.

15 Micer Francisco Guercio Cavalcanti fue muerto en un terreno de Val-de-Arno llamado Gavilla, y su muerte fue vengada con la de muchos habitantes de ese pueblo.

CANTO XXVI

1 Quiere decir que ni ella (su patria) ni él (su conciudadano) quedan muy honrados por los cinco de que ha hablado en el canto anterior, que son Chanfa, Brunellesqui, Bosco, Chancato y Cavalcanti.

2 Como Dante supone que éste su viaje es en 1300, tiene que figurar que es un sueño matinal, como ha tenido la visión de las desgracias que pocos años después sufrió Florencia, y en las que se manifestaba el odio contra ella hasta de pueblos tan inmediatos como Prato, que se halla casi a sus puertas. Entre esas desgracias, en que se complacían los pueblos de en torno, deben enumerarse la caída del puente de la Carraya, el incendio de mil setecientas casas y las crueles discordias entre blancos y negros, que ocurrieron en 1304.

3 Prefiere que estas desgracias, puesto que han de ocurrir, ocurran pronto, para que el dolor que le han de causar le encuentre menos viejo y, por consiguiente, más capaz de resistirlo.

4 Por los mogotes de piedra por donde subieron.

5 Hace esta reflexión moral recordando lo que vio en el octavo saco, que se prepara a describir, donde se castiga a los que abusaron de la licencia y del ingenio.

6 En los días más largos del año.

7 Alude al profeta Elíseo, que, insultado por una turba de muchachos insolentes, los maldijo, y a su maldición salieron dos osos de una cueva cercana y despedazaron a cuarenta y dos de aquellos bribones.

8 Éstos son los que han aconsejado traiciones o fraudes.

9 Cuenta Estacio que habiendo sido quemados ante los muros de Tebas los cadáveres de los hermanos Etocles y Polinice, se apartaron las llamas que producía cada cuerpo, manifestando así el rencor que uno a otro, hasta después de muertos, se tenían.

10 Alude a Eneas, que a su salida de Troya con las pocas reliquias de allí salvadas fue al Lacio, donde fundó un Estado, del que provino el grande Imperio romano. El artificio del caballo es el que dispusieron Ulises y Diomedes, metiéndose con los principales caudillos griegos en el vientre de un caballo de madera, el cual, introducido dentro de los muros por la curiosidad y superstición de los sitiados, que creyeron que se habían ido los griegos, dio salida durante la noche a sus traidores hués-

pedes, que prendieron fuego a los edificios de la ciudad y degollaron a los habitantes. El ardid contra Deidamia fue también de Ulises, que descubrió a Aquiles oculto en traje de mujer entre las ancelas de esa princesa. hija de Licomedes, rey de Esciro, se acaparó de ella y se le llevó a la guerra de Troya, donde pereció. El Poladio, en fin (todo según la *Iliada,* de Homero), la estatua o simulación de Palas, de cuya conservación dependía la existencia de la ciudad.

11 La denomina *antiga* el Poeta por el mucho tiempo que hacía que habían muerto Allises y Diomedes; y supone que el remate más alto de la hoguera *(el mayor cuerno)* era el que correspondía a Ulises, como personaje más famoso que el otro.

12 La célebre maga.

13 Junto al monte Cirello, donde después fundó Eneas una población que denominó Cayeta, nombre de su nodriza, que fue allí sepultada.

14 Telémaco y Laertes son el hijo y el padre de que aquí hace Ulises tan tierna mención.

15 La de Eüropa y la de África.

16 Éstos son el monte Ábila, en África, y el Calpe, en España, comúnmente llamados *las columnas de Hércules.*

17 Septa y Esvilia son los nombres antiguos de Ceuta y Sevilla.

18 El hemisferio que los antiguos creían vacío de habitantes.

19 Quiere decir que el polo septentrional venía a caer debajo del horizonte de aquella parte del Océano en que se hallaba el navegante, esto es, que había pasado el Ecuador, y se avanzaba hacia el polo Ártico.

20 Acaso quiere Dante significar la montaña del purgatorio, que él se imagina en el hemisferio opuesto al nuestro, y del cual hablará al fin de esta cantiga.

CANTO XXVII

1 Perilo, artífice ateniense, construyó y presentó a Falaris, tirano de Sicilia, un toro de bronce para que sirviera de suplicio a los criminales, los cuales, una vez dentro, puesto fuego debajo de la máquina, morían dando bramidos semejantes a los del animal representado por ésta. El tirano hizo la prueba en el mismo Perilo.

2 Denomina figuradamente *lenguaje de la llama* al murmurio que hace el fuego por el viento.

3 Esto es, de Montefieltro, ciudad sobre un monte entre Urbino y el nacimiento del Tíber.

4 Como diciendo: "Bien puedes hablarle, seguro de ser entendido, que es latino como tú". Aquí *latino* está usado por *italiano.*

5 Toma el águila, arma de los Polentas, en lugar de la familia, la cual señoreaba a Rávena y a Cervia, de cuyas ciudades era entonces jefe Guido, el amigo de nuestro Poeta.

6 La ciudad de Forli. Después de un largo asedio que sostuvo contra un ejército enviado por Martín IV, compuesto en gran parte de franceses, el conde Guido deshizo a sus sitiadores, haciendo de ellos gran carnicería.

7 Quiere decir que está siempre en poder de los Ordelafis, que tenían por armas un león verde. Era entonces Sinibaldo el jefe de esta familia.

8 Estos dos, a quienes llama, sin duda por lo crueles, *mastín viejo* el uno y *mastín ardiente*, o joven al otro, son los dos Malatestas, padre e hijo, señores de Ariminio o Rímini, y de Verruquio, castillo que los de Rímini dieron al primer Malatesta.

9 Nobilísimo caballero de Rímini, cabeza de los gibelinos en aquel país, a quien Malatesta hizo matar crudelísimamente.

10 Gayenza, situada junto al río Lamón e Imola, junto al Santerno.

11 Menardo Papani, cuyas armas eran un león azul en campo blanco.

12 La ciudad de Cesena. Es opinión del Poeta, como ya lo expone en otros pasajes, que los montes son emblema de libertad, y las llanuras, de la domesticidad o servidumbre.

13 Alude a Bonifacio VIII.

14 El mismo Bonifacio.

15 Con esto da a entender que no tomaba por adversarios suyos a los cristianos buenos y no renegados, como eran los que por codicia llevaban a vender vitualla a las tropas del Soldán, o iban a San Juan de Acre a ayudar a los sarracenos a expurgar esa plaza; y se hace también aquí alusión a la guerra que movía el Papa a los Colonas, que habitaban junto a San Juan de Letrán.

16 Quiere decir: "No vio que él era un Papa y yo un fraile de San Francisco."

17 Constantino llamó al Papa San Silvestre, que se hallaba escondido en el monte Sorate, para que le curase la lepra.

18 Cansado de asediar sin fruto la ciudad de Prenesta, hoy Palestina, Bonifacio se propone adquirirla por ardid.

19 Alude a la renuncia del papado hecha por Celestino V.

20 Un demonio.

21 De este cuento, que corría en tiempo de Dante, dice Muratori: *Probosi huius facinoris narrationi fidem adjungere nemo probus velit, quod facile confixerint Bonifacii æmuli.*

CANTO XXVIII

1 Alude a la guerra púnica, cuya historia escribió Tito Livio.

2 Roberto Guiscardo, hermano de Ricardo, duque de Normandía, arrojó a los sarracenos de Sicilia y de la Pulla después de sangrientos combates.

3 Los que perecieron en la primera batalla entre Manfredo y Carlos de Anjou, cuyos huesos encuentran todavía los labradores esparcidos en el campo de Coperano, lugar en los confines de la campiña romana, hacia Monte Casino, donde se pasaron de Manfredo a Carlos muchos señores pulleses.

4 Junto a Tallacoso, castillo del Abruzo ulterior, Carlos debió la victoria al consejo que le dio Alardo de Valeri, viejo caballero francés, reducido a que con una tercera parte de sus tropas, que no tenía empeñadas, cayese sobre el enemigo, que, habiendo vencido a las otras, se hallaba entretenido en su persecución y cebado en el botín. Carlos venció por esa estratagema, con escasa pérdida de su gente.

5 Alí, yerno de Mahoma, cuyos sectarios se apartan de los otros musulmanes en ciertos actos religiosos.

6 Fray Dolcín fue un ermitaño herético que predicaba la comunidad de bienes, y seguido de más de tres mil sectarios anduvo mucho tiempo robando y cometiendo excesos, hasta que, cogido por los novareses junto a Novara, cuando se hallaba interceptado por las nieves y desprovisto de víveres, fue quemado vivo en compañía de su pareja, llamada Margarita.

7 El tubo de la garganta ensangrentado por de fuera.

8 Un tal Pedro de Medichina, del pueblo de ese nombre, en el territorio de Bolonia, que sembró la discordia entre sus conciudadanos y puso en guerra a Guido de Polenta con Malatestino de Rímini.

9 La llanura de Lombardía.

10 Este infame es Malatesta de Rímini, que invitó a Guido del Cásero y a Anyoleto de Cañano, excelentes caballeros del país de Fano, a venir a conferenciar con él amigablemente a La Católica, fortaleza junto a Rímini, y cuando, embarcados, estaban ya cerca, fueron cogidos y ahogados en el mar por los que conducían la nave, según lo había dispuesto el tirano.

11 Este Malatestino era tuerto.

12 Luego se revela el nombre de este *alguno* que quisiera ser ciego por no ver el país que rige el tuerto Malatestino.

13 Fócara es el monte de La Católica, del que soplan vientos muy borrascosos

14 *Tolle moras, nocuit semper differre paratis*: palabras de Curión a Julio César en la Farsalia de Lucano, cuando le aconseja que se decida a desobedecer al Senado, no dejando el mando del ejército y que pase el Rubicón, llevando las armas contra Roma.

15 Palabras de un tal Mosca, de la familia de los Ubeltis, que ayudado de otros compañeros, por vengar el honor de los Amidis, mató a Buodelmonti, que, habiendo prometido casarse con una doncella de esa familia, se casó con otra de los Donatis. Éste fue el origen en Florencia de las discordias que crearon los partidos güelfo y gibelino.

16 Beltrán de Bornio, vizconde de Altaforte, trovador insigne y armígero famoso, natural de Gascuña, incitó al hijo mayor de Enrique II de Inglaterra a levantarse contra su padre. Llamaban a aquel príncipe *el Rey joven*, para distinguirle de éste, y porque fue coronado siendo todavía muy jovencillo.

17 Dante sigue la doctrina de Aristóteles, que supone que está en el corazón el principio de la vida y la oficina de los espíritus vitales, de los cuales principalmente se forma el cerebro.

CANTO XXIX

1 Sabido es que la luna, en los plenilunios, está en el horizonte al empezar a oscurecer, y en el cenit a medianoche, y que, por tanto, el mediodía subsiguiente está en el nadir, esto es, a nuestros pies. Pero como desde el plenilunio, que fue la noche en que el Poeta se extravió en la selva, hasta el momento que ahora se marca, ha corrido un día, pasado entre la selva y el monte, y además todo el tiempo del día segundo, empleado en recorrer el Infierno desde la puerta hasta al noveno saco; teniéndose presente, porque ya en otra parte lo hemos dicho, que la luna después de su lleno retarda cada día más de tres cuartos de hora en volver al meridiano, y otro tanto por consecuencia, en llegar el punto opuesto, está demostrado que en el caso presente para los Poetas, y respecto del horizonte de Italia, era la una de la tarde, esto es, una hora después del mediodía.

2 Geri fue hijo de Belo, que lo fue de Alighieri, antepasado del Poeta. Era hombre de mala vida, y le mató a traición uno de los Sequetis sin que ninguno de los de la familia tomara venganza como era costumbre en aquellos tiempos; y por eso el Poeta no se ofendió, antes le tuvo más compasión cuando pasó el espíritu señalándole con gesto amenazador.

3 Valdequiana, campiña así llamada por el río Quiana que la atraviesa, está situada entre Arezo, Cortona, Ciusi y Montepulciano. Hoy la han convertido el cuidado y trabajos sabios ejecutados en ella en una de las más fértiles provincias de la Toscana; pero entonces allí, como en Marema y en una parte de la Cerdeña, hacían grandes estragos las fiebres producidas por los pantanos falsos.

4 A los alquimistas y monederos falsos.

5 Egina es una insulilla cerca del Peloponeso, donde en tiempo de Eaco, su rey, hubo una peste grande que acabó con todos los vivientes, así hombres como animales. La fábula cuenta que Jove, a ruego de ese príncipe, transformó en hombres a las hormigas, únicos animales que habían renacido en aquel suelo. Esos hombres se llamaron después *mirmidones,* palabra griega que quiere decir *hormigas.*

6 Parece que éste fue un tal Grifonio, alquimista de Arezo, que se ofreció a enseñar el arte de votar a Alberto, sienés, el cual le creyó al principio; pero desengañado luego, le acusó al obispo de Siena, de quien era ahijado, y ése le mandó quemar vivo, como reo de nigromancia.

7 Éste es el que estaba con Grifolino. Llamábase Capoquio y era alquimista, falsificador de metales. Estudió filosofía natural en compañía de Dante.

8 Habla irónicamente. Este Etrica es otro sienés, disipador de toda su hacienda.

9 Dícese que este Nicolo, de la familia de los Salimbenis, fue también un derrochador, que hacía estudios de inventar nuevos y delicados manjares. La *Usanza rica* era un plato que se aderezaba con pimienta o giroflo de la India y otras especias, costosísimas en aquellos tiempos. Supone Dante que Nicolo fue el primero que introdujo el uso de aquel plato en Siena, a cuya ciudad llamaban *huerto donde radican tales concupiscencias.*

10 Sigue la ironía. Esta banda, o tropa, era una compañía de jóvenes ricos, que habiendo vendido cada uno sus bienes, y reunido entre todos una suma de doscientos mil ducados, la disiparon en pocos meses en toda clase de goces y locuras. De esa compañía eran Cachán de Ascano y Aballato.

CANTO XXX

1 Semele era una joven tebana, amada por Júpiter, de quien engendró a Baco. Juno, celosa, no sólo la persiguió a ella, sino a toda la raza de los tebanos.

2 Adamante, rey de Tebas, a quien Juno volvió loco tan furioso, que encontrándose con Ino, su mujer, que llevaba de la mano a sus dos hijuelos, Learco y Melicerta, la creyó una leona, y se puso a gritar: "tendamos la red"; y apoderándose de Learco, lo estrelló contra unas peñas. Ino se arrojó al mar con Melicerta.

3 Cuando Hécuba, después del sitio de Troya, era llevada cautiva a Grecia y había visto sacrificar sobre el sepulcro de Aquiles a su hija Polixena, encontró en las playas de Tracia el cuerpo de su hijo Polidoro, asesinado por Polimnestor, y a aquel espectáculo, poseída del furor más ciego, lanzó gritos lastimeros, que el Poeta compara con los ladridos de un perro. Juvenal y Ovidio suponen que, según la fábula, fue convertida en ese animal.

4 Grifolino.

5 Jani Esquico, de la familia de los Cavalcantis.

6 Mira, hija de Ciniro, rey de Chipre, disfrazada una noche, satisfizo en los brazos de su padre la pasión incestuosa que por él sentía.

7 El ya nombrado Jani Esquico, de quien se cuenta que habiendo quitado del lecho el cadáver de Buoso Donati y puéstose él en su lugar, fingiendo ser Buoso moribundo, dictó en toda regla un testamento a favor de Simón Donati, sobrino del muerto. El Esquico había pactado primero que en premio del servicio le daría Simón una famosa yegua, que era la mejor que tenía la gran yeguada de Buoso. Según un comento publicado poco hace por lord Vernon, la yegua se llamaba *Madona Tonina.*

[8] Por la horcajadura de donde parten las dos piernas, que el Poeta llama "ramas del tronco del cuerpo".

[9] Adam, bresciano, que a ruego de los condes de Romena, castillo en la colina del Casentino, falsificó la moneda, por cuyo motivo fue quemado vivo.

[10] Éstos son los condes de Romena, y el otro hermano dícese que se llamaba Aginolfo.

[11] Branda era una fuente de Siena, célebre por lo cristalino y exquisito de sus aguas, y dice este hidrópico que querría más todavía ver a los condes en el Infierno que beber de ellas.

[12] El que engañó a Príamo y le indujo a introducir en Troya el célebre caballo de madera.

[13] Sabido es que Narciso se miraba en una fuente para admirar su hermosura; por consiguiente, su agua debía de ser muy cristalina, y dice no se haría de rogar para lamer en ella, que es lo que hace el perro para beber.

CANTO XXXI

[1] La palabra de Virgilio, que habiéndole hecho bajar primero avergonzado la frente, le tranquilizó después.

[2] La lanza que Aquiles heredó de Peleo, su padre, que, según los poetas, curaba las heridas que hacía con raspaduras de su misma asta.

[3] En la derrota de Roncesvalles, donde dicen que Orlando, viéndose ya en el riesgo inminente en que perdió la vida, tocó desaforadamente su corneta, pidiendo socorro.

[4] Castillo perteneciente a los sieneses.

[5] En otro tiempo estuvo esta gran piña de bronce en lo alto de la mole Adriana, o Castillo del Santo Ángel, de donde se trasladó al ábside de Bramante.

[6] Los frisones, pueblo de la Germania septentrional donde los hombres son muy altos.

[7] Este gigante es Nemrod, y lo que habla es una mezcolanza de palabras de lenguas orientales con que el Poeta parece da entender la confusión de lenguas que ocurrió a los que emprendieron construir la torre de Babel.

[8] Según la Escritura, Nemrod fue castigado con perder la memoria y quedarle la mente confusa y trastornada toda la vida. Por eso Dante figura que no sabe ya dónde tiene el cuerno que llevaba siempre al cuello, como gran cazador que había sido.

[9] La de construir la torre de Babel, pues antes los hombres hablaban todos un mismo idioma.

[10] Quiere decir: "Hable con otro que te entienda, y no con ése que ni te entiende ni es entendido de nadie." Esto prueba que ni Lanci ni Venturi, queriendo suponer el primero que las palabras del gigante son el árabe antiguo, y el segundo que pertenecen al idioma siríaco, tienen para ello fundamento; y es más probable lo que arriba decimos sobre este particular.

[11] Lucano finge que Zama, donde Escipión venció a Aníbal, perteneció al antiguo reino de Amen, adonde llevó el gigante su botín de los mil leones. *Ferunt epular raptos habuisse leones.*

[12] Alude al combate que sostuvo Hércules con Anteo.

[12] Carisenda es una torre de Bolonia, llamada así en tiempo de Dante, del nombre de su autor. Está tan desnivelada respecto de su base, que al que se coloca al pie de dicha torre por la parte de donde sube inclinada, y ve pasar por encima un vapor o

nube cualquiera, le parece que esa nube está inmóvil, y que es la torre la que se mueve; por consiguiente, puede figurarse que le amaga (como dice el Poeta) con que cae opuesta al curso que lleva la nube.

14 El cerco noveno, dividido en otros cuatro recintos circulares.

CANTO XXXII

1 Las Musas ayudaron a Anfión a levantar los muros de Tebas.

2 Éstos son los traidores a sus mismos parientes.

3 El Tana o Don, gran río que en los tiempos antiguos era lo que dividía al Asia de la Europa.

4 Tebernich y Piedra Apuana son dos montes altísimos, el primero de la Esclavonia y el segundo de la Grafañana, territorio toscano junto a Luca.

5 Quiere decir que era tan duro ese hielo, que ningún peso, por grande que fuera, le haría crujir rompiéndose.

6 Río que corre hacia el Arno y riega el valle Falterona, en la Toscana.

7 Éstos son Alejandro y Napoleón, hijos de Alberto de los Albertis, condes de Magona, de Florencia. Después de muchos delitos cometidos por ambos, el un hermano mató al otro.

8 Éste es Mordrec. Según las historias caballerescas, su padre Arturo, rey de Bretaña, le sorprendió cuando estaba apostado en acecho para matarle, y le atravesó con su lanza real, haciéndole en el cuerpo un agujero, por donde, después de sacarla, se veía la luz de la parte opuesta. Por eso dice el Poeta: «Pecho y sombra rompiendo."

9 Foscacha de los Cancelieris, noble pistoyano que cortó una mano a un primo suyo, y mató a un tío, de cuyo malfecho surgieron los bandos de blancos y negros.

10 Sasol Mosquetón, florentino, mató también a un tío suyo, y se pregonó en Florencia su cabeza.

11 Camichón de los Pazzis, que mató traidoramente a su pariente Micer Ubertino.

12 Carlín de los Pazzis, del partido blanco, entregó por dinero a los negros de Florencia el castillo de Plano de Treviña.

13 Esta sombra es Roca de los Abatís, florentino del partido güelfo, por cuya traición fueron hechos pedazos 4.000 de los suyos en el combate de Monte Aperto.

14 Boso de Duera, cremonense, que por dinero que le dio Guido de Monforte, que conducía el Ejército francés, le facilitó el paso por la Pulla, cuya guarda le estaba encomendada por Manfredo y los gibelinos.

15 Bacaria, abate de Vallcumbrosa, natural de Pavía, a quien se le cortó la cabeza por suponerle en complot con los güelfos contra los gibelinos. Es de advertir que no se le probó esto, y que se hallaba en Florencia como delegado del Papa.

16 Juanín de Soldanero, que, siendo podestá de Fayenza, con el auxilio de Tebaldo de Zambrasi la entregó siendo ambos del partido gibelino, a los boloñeses, que eran güelfos.

17 Ganelón, que vendió a los de Carlomagno en Roncesvalles.

18 Menalipo, tebano, y Tideo, rey de Caledonia, cayeron heridos de muerte combatiendo uno con otro bajo los muros de Tebas. Tideo, que sobrevivió a Menalipo, se hizo traer la cabeza de su adversario, y se puso rabiosamente a roerla antes de expirar él mismo.

19 La lengua.

CANTO XXXIII

1 Ugolino de los Gerardesquis, conde de Doranático, de acuerdo con el arzobispo Rugiero de los Ubaldinis, arrojó de Pisa a su sobrino Nino de Gallura y se hizo señor de la ciudad. Mas por envidia y odios de partido secundado después el arzobispo por los Gualandos, Sismondis y Lanfrancos, todos gebelinos, sublevó al pueblo contra el conde, que era güelfo, y le prendió con sus hijos Godo y Ugucio, y sus nietos Ugolino el Brigada, Enrique y Anselmo, y los encerró en la torre de los Gualandos, llamada de *Las siete vías*, y luego arrojó al Arno las llaves para que nadie les pudiera llevar alimento. Dicen otros, y esta opinión sigue el Poeta, que mandó tapiar las puertas.

2 La Muda era el lugar en que se recogía a los halcones y otras aves cazadoras por la estación en que mudaban la pluma, y por eso se le había puesto tal nombre a la torre, porque en ella se encerraba a los pájaros gordos de la República; esto es, a los hombres políticos importantes, para hacerles doblegarse y cambiar de sentimientos. Esa torre fue después llamada del *Hambre,* por la que allí padecieron hasta morir Ugolino y sus hijos y nietos.

3 Monte de San Julián.

4 Dante llama lengua del *sí* a la italiana. Véase su libro *La vida nueva.*

5 La Caprea y la Gorgona son islas del mar Tirreno, no lejos de la boca del Arno.

6 Porque no era seguro que Ugolino hubiera cometido ese crimen.

7 Donde Dios tiene postrado a Lucifer, el mayor de todos los delincuentes.

8 Alberigo de los Manfredis, noble de Fayensa, de la Orden de Hermanos Gaudentes. Habiéndose indispuesto con algunos, fingió que se reconciliaba con ellos, y los convidó a un gran banquete, y en el punto en que daba orden para servir las frutas, que era la señal convenida, unos sicarios prevenidos para el caso se arrojaron sobre los convidados y los asesinaron.

9 Expresión proverbial de aquel tiempo, que quiere decir: "Ser castigado con exceso por el mal causado".

10 Atropos es, de las tres Parcas, la que corta el estambre de la vida. Así el Poeta quiere decir que *La Tolomea* tiene sobre los demás cercos la ventaja (habla irónicamente) de que el alma baja allí antes de morir el cuerpo en la Tierra, cuyo cuerpo queda encargado a un diablo, que lo gobierna hasta su última hora.

11 Dice que invernan, porque están en medio del hielo.

12 Branca D'Oria, genovés, mató a traición a su suegro, Miguel Sánchez, que también hemos visto en el canto XXII entre los rufianes.

13 Branca D'Oria.

CANTO XXXIV

1 "Los estandartes del rey del Infierno avanzan hacia nosotros". Este verso que Dante aplica a Lucifer, en latín, y añadiendo la palabra *inferni*, es el primero de un himno de la Iglesia en honor de la Santa Cruz.

2 Lucifer, que era bellísimo antes de su rebelión.

3 Llama a Lucifer con el nombre de Dite, que la fábula da a Plutón, como a rey de los infiernos.

4 Generalmente se supone que estas tres caras que el Poeta da a Lucifer corresponden a cada una de las tres partes del mundo entonces conocido.

5 A través del agujero de este peñasco esférico, casi núcleo de la Tierra, y que es

de toda la extensión de la Judeca, se encuentra Lucifer, con la parte superior de su cuerpo en el hemisferio boreal, y con la inferior en el austral.

6 *Media tercia* es la octava parte del día, suponiéndose dividido en las partes usuales de *tercia, sexta, nona y véspero.* Virgilio había dicho un poco antes que empezaba a anochecer; pero como que el punto en que el sol se pone en un hemisferio empieza a salir en el otro, es claro que en el que ahora se encuentran los Poetas debía de ser de día: y, en efecto, por eso dice Dante que ya asciende el sol a la *media tercia.* Por consiguiente, en aquel pasaje han tardado hora y media.

7 Entiéndase el centro de gravitación.

8 Expresión tomada del *Génesis,* que denomina la *seca* o *árida* a la tierra, porque no está cubierta por las aguas.

9 Alude al *Consummatum est* del Evangelio.

10 Ya hemos dicho que Dante llama Judeca a la cuarta y última parte del círculo de Judas, que es el noveno. El espacio del otro hemisferio cortespondiente a él es la pequeña esfera que forma la otra cara de la Judeca; la que necesariamente había de ser la primera que encontraban los Poetas después de haber pasado el centro.

11 Fíngese Dante con portentosa fantasía que Lucifer cayó de cabeza en el hemisferio adonde él se dirige ahora, y con tanta violencia, que perforó hasta el centro.

12 Supone que formó la montaña del Purgatorio la Tierra, que huyó despavorida, dejando un vacío e introduciéndose y haciendo rebasar las aguas hasta volver a levantarse sobre ellas en el opuesto hemisferio.

13 Que por ser oscurísimo no se percibe por la vista, sino por el ruido que hace el arroyo de que habla.

CANTIGA II

El Purgatorio

Canto I

Cuenta el Poeta cómo apenas salido de la caverna subterránea se sintió recreado por la vista de un cielo purísimo y resplandeciente de vivísimas estrellas, y se encontró con Catón de Utica, que estaba al pie del monte del Purgatorio, de guardián de aquel puesto. De sus labios oye Virgilio, después de varias palabras que entre ellos median, lo que debía hacer con su alumno para poder conducirle en su nuevo intento de inspeccionar la montaña.

Por correr mejor mar[1] las velas suelta
hoy de mi ingenio el frágil barquichuelo
que agua deja tras sí tanto revuelta.

Y a la región segunda tiendo el vuelo
do el espíritu humano se depura
y se hace digno de elevarse al Cielo.

Mas cambie el verso aquí su fuerza dura;
y pues me vais, ¡oh Musas!, impulsando,
suba un tanto Calíope[2] a más altura,

y a mi voz preste son aquel tan blando
de que asombrarse a las Urracas[3] miro,
del triunfo y del perdón desesperando.

Plácida tinta de oriental zafiro
que en el éter sereno se extendía
hasta el alma región del primer giro[4]

tornó a dar a mis ojos la alegría,
desque salí del ámbito de horrores
que vista y pecho contristado había.

El astro hermoso que aconseja amores[5]
bañaba todo en risa el dulce Oriente,
eclipsando a sus peces precursores;

y a la derecha vuelto, alcé la mente
al otro polo, y vide cuatro estrellas
que sólo vio la primitiva gente.[6]

¡Qué alegre el cielo de sus chispas bellas!
¡Oh viudo Septentrión, que estás privado
eternamente de la vista de ellas!

Cuando de allí la mía hube apartado,
y poco al punto opuesto me dirijo
de do la Osa grande se ha eclipsado,

veo cerca un anciano solo y fijo,
de faz que reverencia no demanda
más el padre mejor de ningún hijo.

Barba, mixta de blanco, y veneranda
llevaba, a su cabello semejante,
que al pecho le caía en doble banda.

Las cuatro estrellas santas el semblante
le inundaban de luz y rayos de oro,
cual si tuviera el sol allí delante.[7]

"¿Quién sois los que al seguir raudal sonoro[8]
salido habéis de la infernal caverna?",
dijo, y movió el caudal plúmeo decoro.[9]

"¿Quién os condujo, o cuál fue la lucerna
que de la honda noche os ha sacado
que envuelve el impío reino, en sombra eterna?

¿Del abismo las leyes se han turbado,
o mudó sus designios el Potente,
que a mi gremio en condena habéis llegado?"

Me asió entonces mi guía prontamente.
y con manos, palabras y señales,
me hizo de rostro y actos reverente.

Y después respondió: "No a tus umbrales
viene por mí; mujer bajó del Cielo
a cuyo ruego le acudí en sus males.

Y pues quieres que aun más descorra el velo
a la intención que habemos verdadera,
medir tu voluntad será mi anhelo.

Éste aún no vio la noche postrimera;
mas tan cerca le puso su folía,
que tocaba ya al fin de la carrera.

Para salvarle, pues, cual te decía,
me mandaron a él, y otra saliente
no tuve de lograrlo que esta vía.

Ya toda la enseñé la inicua gente,
y a mostrarle las almas vengo ahora
que, so tu guarda, aquí purgan su frente.

Contarte nuestro andar fuera a deshora;
virtud del Cielo de ayudarte cuida,
y, por su impulso, nuestra voz implora.

Llevar a bien te plazca su venida;
libertad va buscando, que es tan cara
cual sabe quien por ella dio la vida;

quien, cual tú, por su goce no esquivara
en Utica morir do los despojos
son que debe alumbrar la luz más clara.[10]

No los lazos del orbe hoy yacen flojos;
éste vive, y no a mí culpas infaman,
que soy del cerco do los castos ojos

de tu Marcia parece que aún reclaman,
santo pecho, otra vez ser tu pareja:[11]
oye, pues, por su amor a éstos que claman.

Por tus siete regiones ir nos deja,
de ti le hablaré, y agradecido,
si de que allá te miente no haces queja".

"Marcia a mi corazón tan dulce ha sido
–me respondió Catón– mientras vivía,
que siempre a su querer me halló rendido;

mas hoy que yace tras la infausta ría.[12]
no aquella ley del mundo me dirige
por mí quebrada cuando dél salía.

Y si santa mujer te mueve y rige,
cual refieres, lisonja el labio ahorre,
pues basta para mí que ella lo exige.

Ve, y a ceñir al que te sigue acorre
con lisos juncos, y su rostro baña
hasta que toda mancha dél se borre;[13]

que cosa fuera el presentarse extraña,
con sombra fea al guarda aquí primero
que el Paraíso envía a esta montaña.

De la insulilla abajo, en lo postrero,
do el agua la combate, entre el algoso
limo crece en redor junco ligero.

Ninguna planta más de orgullo ojoso
puede en él, ni de fuerza, tener vida,
que el doblarse y ceder allí es forzoso.

No tornéis aquí luego a la venida,
pues el curso del sol,[14] ya manifiesto,
menos penosa os mostrará salida",

dijo, y despareció; yo alceme presto,[15]
y sin hablar, mi vista ver procura
qué toca hacer del ítalo en el gesto.

Y él comenzó: "Tras mí seguir procura,
y atrás volvamos, que de aquí declina
hasta su último fin esta llanura".

Ya arrollando la niebla matutina[16]
iba el alba ante sí; conque lejano
vi tremular su rayo en la marina.

Pisábamos los dos el yermo llano,
cual quien busca el lugar de su extravío,
que juzga hasta toparle andar en vano,

cuando a punto llegamos do el rocío,
de la sombra a favor, la acción combate
del sol que entre la bruma apaga el brío,

sobre la hierba con amor el vate
entrambas manos extendidas posa,
y penetrando yo la acción que trate,

hacia él incliné mi faz llorosa,
y aquí el color me devolvió, cubierto
antes del Orco con la mancha odiosa.

Después al litoral fuimos desierto
que en sus aguas jamás vio navegante
que a salir luego de ellas fuera experto,[17]

y un cinto en él ciñóme a su talante;
Y, ¡oh portento que igual no se vio nunca!,
súbito vuelve a renacer pujante
la humilde planta allí por do fue trunca.[18]

Canto II

Cumplidas las instrucciones de Catón mientras los Poetas están aún en la playa pensando en el camino que deben seguir, llega una navecilla, gobernada por un ángel, que desembarca una multitud de almas destinadas al Purgatorio. Éstas se reúnen maravilladas alrededor del peregrino viviente, y una de ellas le reconoce. Es Casella, antiguo amigo de Alighieri y famoso cantante, el cual, invitado por el Poeta a recrearle todavía otra vez con sus dulces acentos, cuando lo está verificando y le escuchan todas las almas, es interrumpido por la llegada del severo Catón; éste les reprocha su negligencia, y entonces ellas huyen asustadas al monte.

El sol al horizonte ya se arrima,
cuyo extendido cerco meridiano
con lo más alto dél cubre a Solima.[1]

Y la noche[2] que gira a opuesta mano
del Ganges,[3] con las pesas sale armada
que abandona al crecer más que su hermano.

Conque la faz, o blanca o purpurada,
de do miraba yo, del alma aurora
con el tiempo en pajiza era trocadas.[4]

Y aun cabe el mar nos víamos ahora,
cual gente que, pensando en su camino,
con la mente echa a andar, con el pie mora;

cuando, así como el Orto matutino
por espeso vapor Marte rojea
aquí a Poniente en el cristal marino,

vide venir, ¡Dios quiera que aun lo vea!,[5]
una luz por el mar tan prestamente,
que alano bate que tan rauda sea.

Yo, que aparté la vista brevemente
de ella, por preguntar al caro guía,
la hallé después más grande y más luciente.

Luego a sus ambos lados se veía
no sé qué blanca forma, y no remoto,
otro albor poco a poco le salía.

Guardó silencio el vate, hasta que noto
fue que eran alas la primer blancura
y cuando claro conoció al piloto:

"Ponte –gritó– de hinojos con presura;
he aquí el ángel de Dios; junta las manos;
todo ministro aquí sustancia es pura;

mira cómo desprecia artes humanos,
que no remos le traen, ni otro velo
que sus alas a puertos tan lejanos;

mira cómo las lleva altas al cielo,
moviendo el aire con la eterna pluma
no fe mudable cual del hombre el pelo".

Según se acerca en su presteza suma,
más el divino pájaro reluce;
y ya, próximo a mí, mi vista abruma,

Yo ciego la bajé, y allí conduce
él su barco esbeltísimo y ligero,
que apenas en la mar quilla introduce.

Iba a la popa el celestial barquero
que llevaba en la frente lo bendito,
y almas ciento en el cóncavo madero.

Todos: "Cuando Israel partió de Egito",[6]
con unísona voz vienen cantando,
y de ese salmo lo restante escrito.

Sobre ellos de la luz el signo blando
hizo el ángel, y echáronse a la arena,
y él, cuando vino, se va veloz surcando.

La grey que allí quedó mira inserena
en redor el lugar desconocido,
de salvaje estupor y asombro llena.

De medio cielo el sol ha despedido
a Capricornio ya,[7] y el claro día
doquiera con sus flechas[8] ha esparcido,

cuando la frente alzó la grey tardía
a nos, y dijo: "Si sabéis del caso,
la senda nos mostrad que al monte guía".

Y así Virgilio: "Nos juzgáis acaso
expertos de estos sitios; mas viajeros,
cual vosotros lo sois, somos de paso.

Por breve tiempo aquí nos veis primeros;
y otras vías tan duras nos tocaron,
que han de sernos un juego estos linderos".

Las almas que de mi hálito sacaron
que respiraba yo criatura viva,
yertas de maravilla se quedaron.

Y cual de nuncio, portador de oliva,
curiosa multitud sigue las huellas,
y al pisar y oprimir ninguna esquiva,

así en torno de mí se juntan ellas,
dichosas almas do el amor reside,
casi olvidando el ir a hacerse bellas,

y a una de entre ésas avanzarse vide
para abrazarme con tan gran ternura
que otro tanto de mí su afecto pide.

¡Oh sombras vanas de ideal figura!
Tras de ella veces tres mis manos junto
y tres vuelven al pecho con tristura.

Pienso que de estupor quedé difunto,
porque el alma apartose sonriendo;
yo rápido detrás lanceme al punto.

Ella parar me impuso, un signo haciendo;
en él la conocí, y hablar conmigo
la supliqué, su paso deteniendo.

Y respondió: "Con tanto amor te sigo
amando hoy sin el cuerpo como en vida,
y heme aquí pronta. Y tú, "dó vas, amigo?"

y yo: "Casella mío,[9] esta salida
para tornar me han dado a donde estaba.[10]
Mas ¿cómo aquí tan tarda tu venida?"[11]

Y replicó: "Tal suerte me ha tocado;
pues quien nos toma cuando y cual le place,
el pasaje otras veces me ha negado;

su voluntad de alta justicia nace,
y su esquife ha tres meses ciertamente
que a quien lo ruega acogimiento le hace;[12]

así yo, que en la playa era presente
donde en el mar su linfa el Tíber sala,[13]
recogido por él fui blandamente.

Y a ese puerto hora el ángel tiende el ala,
que en él sólo embarcar se facilita
al que no de Aquerón hace la escala".[14]

Y yo: "Si nueva ley ya no te quita
uso y memoria del sabroso canto
que mi inquietud mudaba en paz bendita,

con su plácido son alivia un tanto
el alma mía, que se afana y pena,
trayendo aquí su cuerpo y su quebranto".

"Amor que de su voz me inunda y llena",
él comenzó a cantar tan dulcemente,
que aún la dulzura en mi interior resuena.

Y mi maestro y yo, y aquella gente
que era con él, nos vimos tan contentos,
que ocupaba eso sólo nuestra mente.

Éramos todos, pues, fijos y atentos
al grato acento, cuando ver se deja
el noble viejo, y grita: "Espíritus lentos,

¿qué os detiene, qué inercia vos aqueja?
Corred al monte y os limpiad la broza
que de ver al Señor aun nos aleja".

Cual banda de palomas que se goza,
quieta, muda la voz, ronca y oscura,
en el grano o semilla que destroza,

si objeto se le muestra de pavura,
de repente abandona la comida
al sentirse atacar de mayor cura,

así a la banda vi recién venida
dejar el canto, huyendo a la floresta,
cual quien corre, y no sabe si hay salida:
ni la nuestra, en verdad, fue menos presta.

Canto III

Estrechándose el Poeta con su caro guía, se encaminan hacia el monte, y mientras al pie suyo están buscando una senda por la que sea menos penosa la subida, ven una porción de almas que vienen hacia los dos. Así que se han encontrado con ellas les preguntan por dónde se sube; y cuando los Poetas, por su consejo, se vuelven atrás, una de esas almas descubre a Dante que es Manfredo, rey de Sicilia, y le cuenta su muerte, su conversión a Dios en el último instante, y cómo al pie de aquella montaña son detenidos los que mueren en contumacia con la Iglesia.

Mientras la fuga a la manada imbele
súbita dispersó por la campaña,
hacia dónde a purgarse el juicio impele,[1]

yo unime estrecho con mi fiel compaña.
¿De mí qué fuera sin su auxilio largo?
¿Quién me diera trepar por la montaña?

Él mostraba irse haciendo interno cargo.
¡Oh límpida conciencia dignidosa,
cómo el yerro menor te muerde amargo!,

Cuando dejó la prisa vergonzosa
que a tu humana acción quita nobleza,
mi mente de antes, tímida y cuidosa,

sus deseos soltó con más largueza,
y dirigí mi vista a donde alzaba
más hacia el cielo el monte su cabeza.

El sol que tras de mí rojo flameaba,
encontrando a su paso mi figura,
por delante con luz la perfilaba.

Y cuando vi la tierra hallarse oscura
sólo a mi frente, a un flanco revolvime,
de hallarse solo ya con la pavura.[2]

Y mi conforto: "¿Desconfías, dime
–ofendido exclamó–, y abandonado
de mí te juzgas, y el temor te oprime?

Héspero ya es allí,[3] do sepultado
el cuerpo está con el que sombra hacía,
que a Nápoles de Brindis[4] fue llevado:

si sombra no hace ya la imagen mía,
no has de admirarte más que de los cielos
diáfanos todos a la luz del día.

Cual vuestros cuerpos, pena, ardores, hielos,
sienten los nuestros vanos, y coronas
Dios ciñe así, y a nos cierra sus velos.

¡Cuán ciega, ¡oh mente humana!, si blasonas
del caminar por la infinita vía
del que sustancia es una en tres Personas!,

A tu ser limitado bate el *Quia*;[5]
que si os diera total saber tributo,
fuera inútil el parto de María.

¿No habéis visto mortal buscar sin fruto
a su afán de inquirir reposo amigo
y labrarle ese afán su eterno luto?

De Platón y Aristóteles os digo,
y otros y otros". Y aquí dobló la frente,
y mudo, inquieto, prosiguió conmigo.

Entanto, al pie nos vimos de repente
del monte cuya roca es tan horrenda
que no hay planta a vencerla suficiente,

ni quien con ella comparar pretenda
de entre Lérice y Turbia[6] las más malas
simas, sin que parezcan fácil senda.

Y hora: "¿A qué mano encontraré yo escalas
–dijo el maestro, el paso deteniendo–
por do pueda ascender quien va sin alas?"

Y mientras que la faz baja teniendo,
en pensar del camino se embebece
y yo voy del peñasco lo alto viendo,

por la izquierda, legión se me aparece
de almas viendo a nos con pie tan suave,
que sin moverlo caminar parece.

"Alza la vista –dije al rector, grave–;
quien nos puede dar luz ve aquí que avanza,
si encontrarla en ti mismo ya no cabe."

La alzó, y me dijo con mayor confianza:
"¡Allá, pues!, que su pie marcha pian piano,
y tú, hijo mío, alienta a la esperanza".

Mil pasos anduvimos, y aun lejano
era aquel pueblo de almas en caterva
lo que alcanza una piedra en hábil mano,

cuando a las puntas de la roca acerba
vimos asirse a todas agachadas
cual quien con miedo va, para y observa.

"¡Oh benditas de Dios, oh bien finadas!
–Virgilio comenzó–. Por aquel goce
que eterno os guarda el Cielo en sus moradas,

¿dó está el monte, decid, porque veloce
le huelle el pie? Medir las maravillas
sabe del tiempo quien su prez conoce."

Cual salen del redil las ovejillas,
unas, dos, tres, y las demás se quedan,
vista y muso bajando medrosillas,

y a la primera al fin todas remedan,
subiéndosela encima si se para,
¡simples!, sin que saber la causa puedan,

así vide hacia nos venir de cara,
la frente del feliz rebaño errante,
de honesto porte, de modestia rara.

Cuando en tierra los que iban más delante
rota la luz a mi derecha vieron,
y proyectarse sombra viandante,

se pararon y un tanto atrás volvieron,
y los que iban después en la manada,
sin saber el porqué, lo propio hicieron.

"Por respuesta a pregunta aún no formada
–dijo el guía–, sabed que es cuerpo humano
éste por quien la luz veis eclipsada.

Y no os asombre, antes tened por llano
que al que a subirla tal esfuerzo muestra,
de Dios le asiste la potente mano."

"Pues bien: venid a la campaña nuestra",
dijo, haciendo señal la digna gente
con el envés de la encorvada diestra.

Y uno empezó: "Levanta a mí la frente,
quien quier que fueres, y tu andar siguiendo;
y en si allá tú me has visto pon la mente".[7]

Volvime a él, su rostro fijo viendo:
blondo era, y bello, y de apostura erguida;
mas le parte una ceja un golpe horrendo.

Él, cuando mi disculpa oyó cumplida
de que nunca le vi: "Pues mira", dijo
y alta en el pecho me mostró una herida.

Y exclamó, sonriendo: "Soy el hijo[8]
del hijo de Constanza,[9] emperatrice;
soy Manfredo, y mi voz a ti dirijo,

porque a tu vuelta a mi hija,[10] genitrice
que a Aragón y Sicilia da corona,[11]
cuentes mi cierto fin, si mal se dice.

Después que fue postrada mi persona
por dos golpes de muerte, arrepentido
volvime en llanto al que sin fin perdona.

Mi pecar en el mundo horrible ha sido;
mas los brazos de Dios son de manera
que cuanto a ellos se lanza es acogido.

Si el pastor de Cosenza,[12] a quien le diera
misión Clemente de seguir mi caza.
bien leído en la faz de Dios hubiera,

aun tendrían en paz mis huesos plaza
bajo el puente, al pie de Benevento.
so el montón que por tumba el odio traza.[13]

Hoy los moja la lluvia y bate el viento[14]
del reino echado, casi junto al Verde:
a gran culpa, castigo aun más violento.

Mas no tal maldición tan dura muerde
que nos quite aplacar de Dios la ira
si la flor de esperanza no se pierde.

Bien que el mortal que contumaz expira
con la Iglesia, aunque al cabo se arrepienta,
sin subir a este monte triste gira

por cada luz de pertinacia trenta:
aunque al número de años del decreto
puede santa oración menguar la cuenta.[15]

Mira, pues, si favor me harás completo
revelando a mi hija Constanza
el plazo a que me ves que estoy sujeto,
cuando de allá la prez a tanto alcanza..."

Canto IV

Conducidos por las almas a la montaña sagrada, suben los Poetas por el escabroso camino hasta el primer repecho. Sentados en él explica el buen maestro al alumno la causa del opuesto giro del sol. Viendo luego una porción de almas a la sombra de una roca yacer tendidas y apoyadas en ella con indolencia, conoce Alighieri al perezoso Belagua, quien le cuenta que aquéllos son los que tardaron en convertirse hasta el instante último de la vida

Cuando por gozo o pena que nos coge,
de los que el ser humano en sí comprende,
en su interior el alma se recoge,

parece que ya nada más entiende;
y esto vence al error que afirmar osa
que un alma sobre otra alma en nos se enciende,[1]

si bien, cuando se escucha o se ve cosa
que al espíritu exalta con violencia,
resbala el tiempo y sin sentir rebosa.

Que la que escucha es sólo una potencia,
y otra lo que en el alma está expectante,
y ésta va en sujeción, y ésa en licencia.

Prueba de esta verdad tuve bastante
a aquella sombra oyendo y admirando,
porque grados cincuenta[2] el sol brillante

hecho había, sin yo notarlo, cuando
a las almas oí gritarme ayuntas:
"Ya estáis en el lugar que vais buscando".[3]

No boquete mayor con prúneas puntas
cierra el hortelano cuando la uva engorda.
del seto atando las abiertas puntas.

que aquel por cuya Cauce estrecha y sorda
tras mi guía pasé, cuando la banda
dejónos solos cabe la alta borda.

Se baja a Noli[4] y a Sanleo se anda,
y el pie domina de Bismantua el suelo;
mas sin alas a nadie aquí se manda.

Con las veloces del vehemente anhelo
iba por aquel guía conducido,
que luz me daba, y ánimo, y consuelo.

Era el subir por aquel breñal rompido,
cuyo disco en redor nos estrujaba.
el cuerpo a gatas puesto y encogido,

cuando a la orla superior tocaba,
abierta ya a la luz: "Maestro –dije–,
lo que hacer debo de explicarme acaba".

"No cejes –respondió–, y antes dirige
siempre el pie de la altura a la conquista,
hasta encontrar quien nuestra marcha fije."

No a la cima alcanzaba ni aun mi vista,
y era tanta a su base la pendiente,
cual de medio cuadrante al centro lista;[5]

y sin poder ya más, desfalleciente,
dije: "Vuélvete y mira, padre mío,
que voy solo a quedar; por Dios, detente".

Y él: "Que a llegar allí te asista el brío".
Y arriba un poco, me mostró un asiento,
que rodeaba cual falda el monte umbrío.

Fue tanta espuela para mí su acento,
que arrastrando tras él, con planta imbele,
llegué hasta el sitio con ahogado aliento.

La fatiga a sentarme en él me impele,
vuelto a Levante, allí por do subiera;
que ver lo que se anduvo agradar suele.

Miré primero abajo a la ribera,
y después alto al sol, y me asombraba
de que a la izquierda su calor me diera.

Bien conoció el poeta que yo estaba
viendo el carro de luz, en pasmo inerte,
que entre nosotros y Aquilón se alzaba.[6]

Y me dijo: "Si al par fueran, advierte,
Cástor y Pólux[7] del celeste espejo,[8]
que a las varias esferas luces vierte,

más unido a las Osas, el bermejo
Zodíaco viera su fulgor mostrarte,
a no romper la ley del curso viejo.[9]

Si quieres cómo es esto imaginarte,
en su idea te finge que este monte
y el de Sión se elevan de tal arte,

que en diversos hemisferios un horizonte
mismo tienen los dos; conque el camino,
que tan mal supo carrocear Faetonte,[10]

verás que a un lado cae del Palestino
y al otro del que pisas, sin patente
fue la verdad a tu intelecto fino".

"Cierto que nunca vi tan claramente,
maestro –dije yo–, cual hoy discierno,
lo que oscuro primero halló mi mente;

que el medio circo del girar superno,
que Ecuador una ciencia denomina,
y es siempre entre el estío y el invierno,

por la razón que das, de aquí se inclina
al yerto Septentrión, cuando el judío
le vio[11] hacia el lado en que el calor domina.

Mas saber, si te place, es mi albedrío
lo que de andar me falta, que este muro
sube a donde no alcanza el ojo mío."

Y él: "Este monte es tal, que en fuerte apuro
te pone al empezarlo, y pena grave,
y según vas subiendo es menos duro.

Así que cuando te halles tan suave
que puedas por su lomo ir más ligero
que por plácido golfo va la nave,

llegado habrás al fin de este sendero;
descanse sólo allí tu cuerpo laso;
la verdad digo, y proseguir no quiero".

No bien a su postrera voz dio paso,
otra muy cerca dijo: "Antes cumplida
necesidad de asiento habrás acaso".

Volvimos a aquella voz oída,
y vimos a la izquierda, piedra añosa
de los dos hasta allí no percibida.

Allá fuimos, y hallamos perezosa
grey,[12] que a la sombra del peñasco estaba,
como el que en vaga ociosidad reposa.

Y uno entre ellos que canso se mostraba,
sentábase, apoyando su cabeza
baja entre las rodillas que abrazaba.

"Mira, ¡oh señor!, aquel que allí bosteza
–dije– y lerdo se muestra y negligente,
cual si fuera su hermana la pereza."

Y aquí volviese a mí, poniendo mente,
y arrastró por un muslo una mejilla,
y dijo: "Sube tú, que eres valiente".

Hora le conocí,[13] y aunque me humilla
de la fatiga la anhelosa pena,
hasta tocar lleguéme a su rodilla.

Él entonces, la frente alzando apena:
"¿Has visto bien –me dijo– cómo el cielo
a izquierda el sol de sus fulgores llena?"

Su lenta acción, su escaso hablar de hielo,
a risa me movió del reposado,
y a decirle después: "Ya no me duelo

de ti, Belacua; mas ¿por qué sentado
estás ahí? ¿Tu viaje escolta aguarda,
o aquí también te oprime el viejo usado?"

Y él: "Hermano, ¿subir allá qué tarda,
si al Purgatorio entrar no ha de dejarme
de Dios el ángel que la puerta guarda?

Tantos giros yo fuera he de esperarme
cuanto mi conversión mantuve en duda,
y al llanto y preces resistí doblarme,

si la oración primero no me ayuda
de un alma pura a la piedad sumisa;
vano será, sin esto, que otra acuda."

Aquí el vate cortó, diciendo: "Aprisa;
que ocupa el sol[14] los meridianos secos
y ya la noche con su planta pisa,
salvaldo el mar, los campos de Marruecos".

Canto V

Siguiendo los Poetas por la montaña, se encuentran con una multitud de espíritus; los cuales, viendo que uno de aquellos está vivo y puede volver todavía al primer mundo, se le agolpan en torno, suplicándole que los recuerde a sus parientes y amigos. Esos espíritus descuidaron en vida su salud eterna; pero, sorprendidos por muerte violenta, se arrepintieron y perdonaron a sus enemigos. Jacobo de Cássero, Buonconte de Montefieltro y Pía de Siena cuentan particularmente al Poeta las diferentes circunstancias de su muerte.

Cuando ya de esas almas libre quedo,
y sigo el paso de mi fiel pareja,
una, a mi espalda, enderezando el dedo,

grita: "Mirad: parece no refleja
la luz a izquierda[1] del que va más bajo,
y que cual ser viviente se maneja".

Volvime a aquella voz, no sin trabajo,
y vi que el alma remiraba absorta
a mí y la luz que con mi cuerpo atajo.

"¿Qué así te empacha que tu andar se acorta
–el maestro me dijo– y vas tan lento?
Lo que ésos cuchichean, ¿qué te importa?

Ven tras mí y deja su prolijo acento,
firme tú cual la torre a quien amaga
con rabia inútil el soplar del viento.

Que siempre aquel en cuya mente vaga
idea sobre idea pierde el signo,
porque de una el vigor de la otra apaga."

¿Qué responder a su decir benigno?
"Voy"; y lo dije en el rubor bañado
que al hombre de perdón suele hacer digno.

En tanto por la margen, de traverso,
gente hacia nos y próxima venía.[2]
cantando el *Miserere* verso a verso.

La cual, notando que la luz del día
cortaba yo, su cántico sonoro
con un "¡oh!" ronco y largo interrumpía.

Y en forma de mensaje por decoro,
quién somos a indagar mandan, corriendo
a nosotros, a dos del vago coro.

Y mi maestro los paró, diciendo:
"Volved y referid al gremio caro
que es de carne mortal el que están viendo

y si, como imagino, al hecho raro
atentos son, les basta el decir mío;
y háganle honor, que les valdrá su amparo".[3]

No a prima noche hiende con más brío
chispa eléctrica el ámbito sereno,
ni así traspasa el sol nube de estío.

como ésos vuelven de su bando al seno;
y ya juntos corren a nos en lucha
cual lanzado escuadrón que abate el freno.

"La grey que nos oprime en torno es mucha
–el vate dijo–, y de rogarte ansiosa;
mas no pares, y a un tiempo anda y escucha."

"¡Oh ánima que a hacerte vas dichosa,
aun adherida al cuerpo en que naciste
–vienen gritando–; un poco el pie reposa!

Mira si a alguno de nosotros viste
de quien puedas allá decir la suerte...
¡Ah! ¿Por qué en no parar tu planta insiste?

Todos hemos sufrido airada muerte,
del pecado hasta el fin en la tristura,
que entonces luz divina nos convierte;

y de perdón y gracia en llama pura,
en paz con Dios salimos de la vida
a este afán que de verle nos apura."

"Por más que busco –dije– conocida
faz, no descubro; mas si os es amanda
cosa que pueda yo, grey bien nacida,

decid: que juro hacerlo por la blanda
paz que, a la sombra de tan alto guía,
buscar de mundo en mundo se me manda."

Y uno: "Toda alma de tus votos fía
(sin que lo jures) que sabrás guardarlos,
si otra mayor tu voluntad no enfría.

Yo,[4] que oso a los demás adelantarlos
ruégote que si el suelo a ver llegares
que entre el Romaño yace y el de Carlos,

que tu cortés apoyo me depares,
para que, en remisión de mis dolores,
se pida en Fano al pie de sus altares.

De allí fui; mas los golpes matadores
que, en la sangre, sacáronme la vida,
sufrí en el suelo gloria de Antenores.[5]

Y do pensé más propia hallar guarida
contra el encono Estense, ¡ay!, allí fiera
me oprimió su venganza no medida.

Mas si hacia Mira[6] yo corrido hubiera
cuando su gente me alcanzó en Oriago,
como tú respirando aún estuviera.

Al pantano me eché, y el limo aciago
y juncos me enredaron, y vi luego
de mi sangre en el cieno hacerse un lago".

Y otro dijo después: "Así el sosiego
logres, porque tan alto has remontado,
que ayudes pío a mi doliente ruego.

Buonconte soy, del Montefieltro estado;
ya ni Juana[7] ni nadie de mí cura,
por lo que entre éstos voy avergonzado".

Y dije yo: "¿Qué fuerza o desventura
tan lejos te apartó de Campaldino,
que no se halló jamás tu sepultura?"

"¡Ay! –respondiome–, al pie del Casentino
río atraviesa, que se nombra Arquiano,
y sobre el Yermo[8] nace en Apenino.

Al lugar do su nombre se hace vano[9]
llegué yo, traspasado de la gola,
huyendo a pie y ensangrentado el llano;

en él caigo; mi vista se arrebola,
y un *María* mi voz postrer alienta,
y allí queda de mí la carne sola.

Oye: y al mundo la verdad le cuenta.
Me asió el ángel de Dios; y el del Infierno:
"¿Por qué –gritó– robármelo se intenta?

¿Quieres llevarte de éste tú lo eterno
por una lagrimilla que él me quita?
Verás con lo mortal cuál me gobierno".[10]

Ya sabes que en la atmósfera gravita
condensado vapor que agua se vuelve
cuando en región más frígida se agita;

pues bien: el impío que acopiar resuelve
mal querer al saber, mueve humo y viento
por la virtud que su natura envuelve;

y al descenso del sol, cubre al momento
de Protomagno el valle y la alta sierra
encapotando en niebla el firmamento;

suelta el vapor el agua que en sí cierra;
la lluvia cae; lánzase en canales
cuanto no sorbe de su humor la tierra,

y ésos cogiendo al paso otros raudales
van, sin que nada opóngase a su brío,
del río rey[11] a unirse a los caudales.

El Arquio hinchado halló mi cuerpo frío,
y lo arrastró hasta el Arno, deshaciendo
la cruz que hice al morir al pecho mío;[12]

y después de llevarme sacudiendo
por márgenes y fondo, entre su inmundo
cieno y presas[13] me dio sepulcro horrendo."

"Escucha: cuando hubieres vuelto al mundo,
y ya reposes de tan larga vía
–siguió el tercer espíritu al segundo–,

acuérdate de mí, que soy la Pía;[14]
me hizo Siena; Marisma me deshizo.
Bien lo sabe el mortal que halló algún día
en mi segundo tálamo su hechizo."

Canto VI

Encuentro de otras almas muertas también violentamente y convertidas a Dios en el último instante. Se dice el nombre de algunas. Dulce acogida que hace el mantuano Sordelo a su conciudadano Virgilio. Magnánimo desahogo de Alighieri, que, increpando a la dividida Italia, expone la causa de sus desdichas.

Cuando el juego termina de los dados[1]
mustio queda el que pierde, tristemente
estudiando los golpes ya jugados.

En tanto al vencedor sigue la gente,
y a sus flancos se agolpa torpe y mucha,
y ése le habla de atrás, y éste de frente,

y a todos él sin detenerse escucha,
y al que la mano da ya no atropella,
y así acorta con dádivas la lucha.

Tal hice yo con la manada bella.
que les volvía aquí y allí la cara,
y con promesas me libraba de ella.

Era allí el Aretino,[2] a quien lanzara
el feroz Güin de Faco a ciega muerte,
y el que, al correr cazando,[3] se negara.

Ruéganme aquí por aliviar su suerte
Federico Novelo[4] y el Pisano[5]
que dio a Marsuco sublimarse fuerte.

Vi al conde Orso,[6] y al que osó la mano
del verdugo manchar, como él decía,
no por su culpa, mas por odio insano.

De Pedro Brosio,[7] digo, y bien haría,
mientras vive, en ganar la de Brabante
no verme entre más fiera compañía.[8]

Cuando ya libre del tropel vagante
me vi, que me rogaba fervoroso
irle acercando su anhelado instante:

"Creo –dije–, ¡oh mi faro luminoso!,
que tú niegas, de fijo, en algún texto,
que al Cielo la oración hace piadoso.

Esas gentes, ya ves, ruegan por esto,
y fuera entonces su esperanza vana,
o no hallé tu sentido manifiesto."

Y él: "Mi escrita palabra es simple y llana,
y esa esperanza suya intacta queda,
si se examina bien con mente sana;

que no será que el juicio sumo ceda,
porque ferviente súplica, en su día,
las ansias cumpla del que aquí se hospeda,

y do la afirmación has visto mía,
como entre grey precita se introduce,
nada por la oración ella obtendría,[9]

deja esa duda, pues, que a poco induce,
si aquella santa luz no te lo dice
que el intelecto a la verdad conduce.

No sé si entiendes: te hablo de Beatrice:
tú de este monte en la suprema altura
riente le verás, leda y felice".

Y yo: "Pues vamos y con más presura;
que como de antes ya no me fatigo,
y hora el monte no da sombra segura".

Y él respondió: "Nuestro subir prosigo
todo cuanto este día nos consienta;
mas no es cual piensas el llegar te digo.

Verás que antes de nuevo se presenta
el que hora, al ir tras la montaña, quita
que a su rayo hagas sombra macilenta.[10]

Mas una alma ve allí,[11] sola, solita;
que nos mira y parece nos aguarda;
ésa la vía nos dará expedita".

Allá nos fuimos. ¡Oh ánima lombarda,
cuál te mostrabas grave y desdeñosa,
y en el mover la vista noble y tarda!

Ella quieta yacía y silenciosa;
mas dejábanos ir, sólo mirando,
a guisa de león cuando se posa.

Y Virgilio acercósele, rogando
que nos mostrase la mejor subida;
y ella nos demandó, no contestando

cuál era nuestra patria y nuestra vida.
Y mi dulce maestro comenzaba:
"Mantua". Y la sombra de antes recogida

saltó a él del lugar en donde estaba:
"¡Oh mantuano! –diciendo–; soy Sordelo,
de tu misma ciudad." ¡Y le abrazaba!

¡Ay sierva Italia do se asienta el duelo!
¡Oh nave sin piloto en trecho aciago!
Meretriz, que no reina de ancho suelo,

el noble muerto aquel, festivo halago,
al solo dulce nombre de la tierra
dio y al amor de compatricio en pago.

Y los vivos en ti, de darse guerra
no paran; y uno a otro se destroza
de los que un mismo foso y muro encierra.

Busca en las playas donde el mar retoza
tus pueblos, y después mírate al seno
y di dónde infeliz de paz se goza.

¿De qué sirvió que Justiniano un freno
te impusiera, si va el arzón vacío?
¡Fuera sin él tu oprobio no tan pleno!

¡Ay, gremio, que al altar te debes pío!
¡Déjale al César ocupar su esfera,
y entiende a Dios cual es, no a tu albedrío!

¡Ved cuán indócil vuélvese la fiera
porque el duro acicate no la embiste
del que la osó coger la carrillera!

¡Oh Alberto de Austria, y cuánto mal hiciste
al que hoy es bruto indómito y adusto,
cuando oprimir sus lomos no quisiste!

Caiga sobre tu sangre el fallo justo
del Cielo, y grande luzca y descubierto,
con que a tu sucesor dé grima y susto.

Al codicioso afán el pecho abierto,
entre tu padre y tú ya habéis trocado
el jardín del imperio en un desierto.

Ven a ver en alarma, ¡Oh, descuidado
Filipesco y Monaldo,[12] y en tristura
Capuleto y Montesco ya postrado!

Ven crudo, ven; y mira la amargura
de tus fieles, y el cuadro ve sombrío,
y a Santaflor[13] contempla ¡cuán segura!

Tu Roma ven a ver, que en tu extravío,
viuda, sola de día y noche, clama:
"¿Por qué no estás conmigo, César mío?"

¡Ven a ver cuál tu digna gente se ama!
Y si a darte piedad nada hay que baste,
¡ven a tener vergüenza de tu fama!

¡Oh! Dime, Sumo Jove,[14] que lloraste
puesto en la Cruz por el culpado mundo:
¿de nosotros tus ojos ya apartaste?

¿O nos prepara al fin tu amor fecundo
algún futuro bien por esta pena,
bien que hoy le vele tu saber profundo?

Que está la triste Italia toda llena
hoy de tiranos y cual de un Marcelo,
de cada vil faccioso el nombre suena.

¡Tú puedes, mi Florencia, estar sin duelo,
que de esta agresión nada te toca,
de tus hijos merced al patrio celo![15]

La justicia por muchos aún se evoca;
y duda el justo, y el astil no larga,
y de tu pueblo está sólo en la boca.

A muchos el común oficio amarga:
y tu pueblo solícito responde
sin preguntarle, y grita: "¡A mí la carga!"

Saca soberbia, pues: tienes de dónde,
tú de paz y riqueza y saber dueña;
tu aspecto mismo la verdad do esconde.

Esparta, Atenas, que orgullosa enseña
ciencia de legislar que a todo baste,
dieron de bien vivir muestra pequeña,

si pretenden contigo hacer contraste;
que haces telas tan finas, que en enero
no duran ya las que en diciembre hilaste.

¡Cuántas veces, en lapso pasajero,
monedas, leyes, usos, cargo honroso
corregiste, o mudaste por entero!

¡Ay!, si a tu estado atiendes desastroso,
te verás cual la enferma que se abate
sin poder en la pluma hallar reposo,
y con dar vueltas su dolor combate.

Canto VII

Después de la alegre acogida que da a su conciudadano, oye Sordelo con gran sorpresa que aquél es Virgilio. Preguntado después por el sublime Poeta sobre la mejor entrada al Purgatorio, se le ofrece como guía; pero estando muy próxima la postura del sol, conduce a entrambos a un vallecito socavado en el monte, para que allí pasen la noche. En aquel sitio amenísimo se hallan aquellos príncipes que, siempre ocupados con las ambiciones del mundo, dejaron para el último instante de la vida el convertirse a Dios. Sordelo va señalando varios de éstos a nuestros Poetas.

Después de redoblados los deberes
de acogimiento fraternal, Sordelo
se detuvo, y me dijo: "Y tú, ¿quién eres?"

"Dio mis despojos Octaviano[1] al suelo,
cuando aún esta montaña era vacía
de los que aguardan ascender al Cielo.

Virgilio soy; y ni por cosa impía,
mas porque fe no tuve le he perdido",
con triste voz le respondió mi guía.

Como el que de repente ha percibido
cosa de que aún se extraña y maravilla,
y "es", y "no es", exclama, sorprendido

queda aquél; y los ojos luego humilla,
y a Virgilio se acerca, y respetuoso
besa su pie y abraza su rodilla;

Y dice: "¡Oh tú, por quien subió glorioso
de nuestro hablar a su apogeo el arte!
¡Oh de mi dulce patria honor famoso!,[2]

¿por qué gracia o valer logré mirarte?
Dime, si digno soy de favor tanto,
si vienes del Infierno, y de cuál parte".

Y él respondió: "De la región del llanto,
por cuantos son los claustros aquí vine,
y me movió y asiste impulso santo.

No porque a hacer mi voluntad me incline,
más perdí por no hacer el sol que admiro:
sin lograr que, ni aun tarde,[3] me ilumine.

Morada sin dolor hay en mi giro
del Orco, y sólo oscura, do el lamento
sin sonar como un ¡ay! es un suspiro.

Allí yo[4] con el pávulo me asiento,
mordido por el diente de la muerte,
antes que del pecado fuera exento.

Allí con el que usar no tiene en suerte
las tres virtudes santas,[5] y, sin vicio,
a las demás su espíritu convierte.

Mas si lo sabes tú, dinos propicio,
para vía encontrar menos prolija
que al Purgatorio lleve, algún indicio".

Y respondió: "Mansión no habemos fija:
todo este espacio recorrer me es dado;
por do pueda, seré quien te dirija.

Mas ya al lecho va el sol precipitado,
y no se hacen de noche estas subidas;
búsquese albergue, pues, de dulce agrado.

Almas aquí a la diestra y recogidas;
allí te llevaré, si te agradare;
serán por ti con gusto conocidas".

"¡Cómo! –Virgilio dijo–. Al que intentare
marchar de noche, ¿le será impedido
por otro, o porque fuerza le faltare?"

Y el buen Sordelo, el dedo al suelo unido,
responde: "¿Ves? Pues ni esta sola raya
traspasarás, si el sol yace escondido.

Y no porque más duras cosas haya,
si no es el manto de la noche umbría:
con él la voluntad lucha y desmaya.

Ir, con todo, hacia atrás bien se podría,
y la playa medir doquier vagando,
mientras el horizonte aun muestra el día".

Entonces mi señor, casi admirando,
dijo: "Llévanos, pues, a do aseguras
que hallarse puede agrado reposando".

Y poco éramos ido en las alturas,
cuando hoyadas del monte vi en el suelo,
cual son de nuestros valles las honduras.

"Vamos al punto aquel –dijo Sordelo–,
donde en sí la montaña un seno incluye,
a esperar a que el alba aclare el cielo.

Senda entre plana y áspera allí afluye,
que hacia el borde del cóncavo nos saca,
do la mitad de su alto disminuye.

Plata y oro azul, cerusa y laca,
palo indiano de fúlgidos primores,
esmeralda que viva se destaca

a la par de la hierba y de las flores
de la hoyada que vi, fueran vencidos
cual de fuerza mayor son las menores.

Y no allí sólo ostenta coloridos;
mas aromas incógnitos Natura
dulcísimos ofrece a los sentidos.

Y, no vistas de fuera, en la verdura
almas sentadas vi: "Salve Regina",
en lo interior cantando con voz pura.

Y el mantuano, que entrambos encamina:
"No queráis –dijo– que os conduzca a aquéllas
mientras la luz del sol aún ilumina.

Desde esta loma en que estampéis las huellas,
de todas notaréis rostro y talante,
aun mejor que en el valle en medio de ellas.

El que más alto está, cuyo semblante
que olvidó muestra su deber, y mudo
no mueve el labio entre la grey cantante,

ése es Rodulfo,[6] emperador, que pudo
ser broquel de la Italia que hoy expira,
y a quien ya tarde llegará otro escudo.

El que cerca animándole se mira,
rigió la tierra donde el agua hierve
que va al Elba, y con él al mar se tira.

Otocoro llamose, y reinó, imberbe,
mejor que Wenceslao, su hijo nefando,
a quien, barbón, no hay vicio que no enerve.

Ese chato que veis, tan junto hablando
con aquel que tan noble está y derecho,
murió huyendo y las lises desflorando;

vedle; notad cómo se azota el pecho,
mientras aquel que sigue, en su mejilla
hace a la mano, entre suspiros, lecho.

Son padre y suegro del que a Francia humilla,
y porque piensan en su vida ahora,
su turpitud les pesa y su mancilla.

Ese membrudo que con voz sonora
a aquél se adúa, de nariz no escaso,
copa fue de virtudes brilladora.

Si luego rey no fuera tan de paso
el jovencito que tras él se sienta,
bien pasara el valor de vaso en vaso.

No la otra prole así sublime alienta:
Son Yago y Federico, regios amos;
mas su herencia el mejor feudo no cuenta.

Raras veces retoña por los ramos
la probidad humana, y esto quiere
el que la da, porque a Él se la pidamos.

Toca al nasón lo que mi voz profiere,
como a ese Pedro que a su lado canta.
Por él decae Provenza; Apulla muere;

de su semilla es tan menor la planta,
cuanto más que Beatriz y Margarita,
Constanza por su esposo aún se levanta.

Ved allí al rey de vida tan bendita,
sentado solo, Enrique de Inglaterra,
más venturoso en su progenia invita.

Aquel, más bajo, allá tendido en tierra,
mirando arriba, es el marqués Guillermo;
por él Alejandría hace, en su guerra,
del Canavés y Monferrato un yermo".

Canto VIII

Anochece, y bajan del cielo dos ángeles para guardar el valle acechado durante la noche por la maligna serpiente. Introducidos los Poetas en él y entre las almas, reconoce Dante al pisano Nino Visconti, con quien se entretiene un poco platicando. A este tiempo entra la sierpe, y los ángeles se arrojan a ella y la ahuyentan con el solo batimiento de sus alas. Luego Conrado Malaspina se dirige a Alighieri y le pide noticias de su país: a lo que le responde el Poeta y hace un bello elogio de aquella nobilísima familia.

Era la hora en que soñar consigo
enternecido el navegante quiere,
el día que adiós dijo al caro amigo;

y en que al novel peregrinante hiere,
amor, si escucha el bronce que lejano
llorar parece al día que se muere;

cuando el oído ya poniendo en vano,
pude ver en pie que entre las almas
atención les pedía con la mano.

Ella juntó y al cielo alzó las palmas,
dirigiendo los ojos al Oriente,
cual diciéndole a Dios: "Mi afán Tú calmas.

Te lucis ante[1] tan devotamente
de su labio salió, con voz tan pura,
que de sí misma se olvidó mi mente.

Después las otras, con igual dulzura,
le acompañaron en el himno entero,
puesta la vista en la estrellada altura.

Aquí, lector, a ver lo verdadero
presta atención; lo cubre fina tela,
y calar puedes su espesor ligero.

Yo vi aquella feliz gentil secuela
luego al alto mirar, y muda, helada,
como esperando humilde en honda vela.

Y vi rasgar la bóveda azulada,
y descender dos ángeles armados
de ígnea, sin punta,[2] fulgurante espada.

Verdes cual tallos son recién brotados,
sus trajes, y por verde pluma alzarse
mirá detrás sus pliegues aventados.[3]

El uno junto a nos llegó a posarse,
bajando el otro enfrente a la ribera,
conque en medio la grey vino a quedarse.

Yo bien vía su rubia cabellera,
mas en su faz mi vista se perdía
cual quien por luz de sobra nada viera.

Y Sordelo: "Del gremio de María
ambos vienen al cerco por guardalle
del astuto reptil que está ya en vía".

Y yo, que no sabía por cuál calle,
giré todo en redor, y, vuelto un hielo,
me estreché con mi fiel, mirando al valle.

"Hora vamos allá –siguió Sordelo–,
y hablemos con las sombras, que no escaso
placer tendrán en vernos, y consuelo."

Pienso que no tendí ni el tercer paso,
y llegué, y uno vi que me miraba
como de conocerme haciendo caso.

Tiempo ya hacía que la luz faltaba,
si bien no tanto que borrar pudiera
lo que antes vía yo y él contemplaba.

Y él vino a mí; yo a él fui de carrera.
¡Oh Nino,[4] digno juez! ¡Qué gozo tuve
cuando del duelo eterno te vi fuera!

Así que albricias mil le di y obtuve,
él exclamó: "¿Cuánto ha que tú viniste,
tras tanto mar, hasta do el monte sube?"

"¡Oh, no! –le dije–. Por el reino triste
esta mañana vine, en mortal vida,
porque la eterna mi piedad conquiste."

Y no bien de Sordelo y Nino oída
fue mi voz, se apartaron de improviso,
como gente de pronto pavorida;

y ése a Virgilio fue; y éste el aviso
llevó gritando a uno: "Ven, Conrado,
ven a ver lo que Dios por gracia quiso".

Y vuelto a mí: "Por el favor colmado
que a Aquel le debes, que tan hondo esconde
su primero *porqué* jamás violado,

cuando volvieres a la tierra en donde
mi Juana[5] está, le di que por mí llame
allá do al inocente se responde.

No pienso que su madre[6] ya me ame,
cuando pudo dejar la blanca venda,
por la que hora tal vez llorando clame.

Por ella, cuánto es leve se comprenda,
y cuán poco en mujer un fuego dura
como el tacto y la vista no lo encienda.

Tan mal podrá ostentar su sepultura
la sierpe[7] que orna el milanés escudo,
cual bien le haría el gallo de Gallura".

Así decía, y conocerse pudo
en su serena faz, que la moteje
con juicio mesurado y no sañudo.

Mi vista en tanto está sin que se aleje
de do los astros van con pie más lento,
cual toda rueda en lo cercano al eje.

Y mi guía: "¿Qué miras tan atento?"
Y yo: "Miro esas tres vivas estrellas[8]
con que de acá se abrasa el firmamento".

Y él: "Las cuatro clarísimas centellas
que al alba viste hundiéronse allá bajo,
y éstas vinieron de do están ya aquéllas".

Y al acabar Sordelo a sí le trajo,
diciendo: "Atiende allí: mira al protervo".
Y apuntó el dedo y le alivió el trabajo.

Y a la parte do abierto el valle observo,
mírase una culebra que serpea:
la que a Eva tal vez dio el fruto acerbo.

Iba entre hierba y flor la rastra fea,
cabeza y lomo irguiendo alternamente,
lamiéndose cual bestia que se asea.

Decir no puedo el cómo rudamente
partieron los azores celestiales;
mas noté de uno y otro la corriente.

Sintiendo el aire hendir las plumas reales,
la sierpe huyó: los ángeles al puesto
tornaron otra vez, volando iguales.

La sombra que acogióse al juez en esto,
no hay que de estarme viendo un punto falte
mientras pasa el temible lance y presto.

Luego: "Que la luz pura así te exalte
siempre y halle en ti mismo tanta cera
cuanta es preciso para el sumo esmalte[9]

–dijo–, que me des nueva verdadera
de Valdegrama y su región vecina:
dímelo, que yo grande en ambas era.

Llamáronme Conrado Malaspina.[10]
El antiguo no soy: sí de su raza,
y a la mía hube amor que aquí se afina".

"La tierra que a tu nombre el suyo enlaza
–le dije– nunca hollé: mas ¿quién le ignora
en cuantos pueblos son que Europa abraza?

La fama que a tan noble estirpe honora,
extienden el país y sus señores,
hasta que llega a quien en él no mora.

Y así yo suba a excelsos resplandores,
juro que a vuestra gente el don refuerza
de largueza y valor de sus mayores.

Y en ella uso y natura tal se esfuerza,
que aunque el pastor la grey lleva extraviada,
ella sola va bien, sin que se tuerza."

Y él: "Vete ya, que de Aries la morada
no dará lecho al genitor del día,
por la séptima vez desde hoy contada,

sin que ésa tu opinión y cortesía
de tu frente en mitad se clave fuerte,
con clavo más tenaz que el que tenía,
si la ley de los hechos no se invierte".

Canto IX

El Poeta, al amanecer, vencido por el cansancio, se duerme, y tiene en sueños una misteriosa visión. Luego se despierta, y encuéntrase a la puerta del Purgatorio y a su lado Virgilio, que le cuenta cómo ha sido transportado allí. Se aproxima a la puerta, que está custodiada por un ángel, el cual abre a la humilde súplica de Dante, después de haberle grabado en la frente siete veces la letra P, y héchole algunas advertencias. Los dos Poetas entran por ella al Purgatorio.

Del anciano Titón la concubina,[1]
ya el lecho abandonaba, y en Oriente
se adornaba de gasa blanquecina.

Diadema sideral luce en su frente,
en la forma del frío y escamoso
que con la cola herir suele a la gente.[2]

La noche sobre el valle del reposo
hecho había dos cuartos, y avanzaba
ya el tercero en su curso majestuoso.

cuando yo, que el sudor de Adán llevaba.
rendíme al sueño en el florido otero
que a todos cinco juntos albergaba.[3]

Era el punto en que el canto lastimero
da al aura matinal la golondrina,
cual recordando su dolor primero;[4]

aquella en que la mente, peregrina
ya de la carne, cual mortal no piensa,
y en sus visiones es casi divina.

En sueños, pareciome ver suspensa
águila sobre mí que el azul velo
iba a rasgar con láurea pluma extensa;

y que del monte yo pisaba el suelo
do abandonó a su gente el garzón rojo,
cuando sintióse arrebatado al cielo.[5]

Y pensaba: "Tal vez atento el ojo
tiene por uso aquí, y a otros lugares
ésta llevar desdeña el noble arrojo".

Y creí que tras vuelos circulares,
como rayos bajaba, y me cogía
y subía del fuego a los hogares;[6]

y que ardíamos ambos parecía;
y aquel soñado ardor tal me quemaba,
que mi sueño rompí, tornando al día.

Como Aquiles rapaz se despertaba
la vista derramando en tardo giro;
sin poder atinar dó se encontraba,

cuando su madre de Quirón a Esciro[7]
lo trasladó, dormido en su regazo,
de do luego sacarle a Ulises miro,

así desperté yo cuando del lazo
del sueño me vi libre, y quedé frío,
cual quien siente de muerte el yerto abrazo.

A mi lado hallé solo al vate pío;
y el sol subido había ya dos horas,
y tenía yo al mar el rostro mío.

"Nada temas –me dijo–; cerca moras
del punto ansiado: alienta más seguro,
y reanima tus plantas vencedoras.

Observa el Purgatorio: el cerco duro
que le circunda mira: ve la entrada
que allí parece que interrumpe el muro.

Antes que diera el sol su luz templada,
cuando el ánima en ti dentro dormía,
allá abajo en las flores reposada,

mujer llegó diciendo: "Soy Lucía":[8]
dejad tome al que así duerme entre aquéllas,
porque avance más fácil en su vía.

Quedóse con las otras formas bellas[9]
Sordelo; y cuando luces destellaron,
te subió en alto, y yo tras de tus huellas.

Aquí te puso luego, y me mostraron
ante sus ojos bellos esa puerta:
después ella y el sueño se borraron."

Cual hombre que a vencer la duda acierta,
que trueca en valentía su pavura,
pues clara la verdad ve descubierta,

así yo me cambié; conque sin cura
viéndome aquél, y exento de quebranto,
lanzose, y yo detrás, hacia la altura.

Mirando estás, lector, cómo levanto
ya mi asunto; por eso no admirarte
debes, si con más gala adorno el canto.

Seguimos; y al llegar a aquella parte
en que al principio el muro juzgué roto
por la hendidura que fingía el arte,

una puerta descubro; y luego noto
tres gradas, que color diverso enlista,
y un portero, hasta entonces siempre inmoto.

Y así que más y más abrí la vista,
le vide estar sentado en la alta grada,
con rostro cuya luz no hay quien resista;

y que empuñaba una desnuda espada,
cuyo fulgor hacia nosotros puesto,
apagaba la acción de la mirada.

"¿Quién sois? –él empezó–; decidlo presto:
¿qué guía[10] en vuestra marcha se interesa?
Penetrar hasta aquí, ¿no halláis expuesto?"

"Mujer que luz divina lleva impresa
–respondió mi maestro– en sus facciones.
Id –nos dijo– hacia allí; la puerta es ésa."

"Que ella os guíe y asista con sus dones
–continuó fácil el cortés portero–:
avanzad, pues, subid mis escalones".[11]

Fuimos allá; y el escalón primero
era de blanco mármol tan pulido
que vía en él mi rostro verdadero.

Era el segundo verdiazul subido
de una rústica piedra calcinada,
y a lo ancho y a lo largo estaba hendido;

y la que había encima tercer grada
parecía de pórfido flameante,
cual sangre de las venas escapada.

Tenía en ella el ángel vigilante
ambas plantas, sentado bajo el quicio
de las hojas que juzgo de diamante.

Por las tres gradas me llevó propicio
mi guía; y dijo: "Pídele derecho
de que te abra la puerta el beneficio".

Y a sus pies santos, en fervor deshecho,
pedí misericordia; y le invocaba,
dándome antes tres golpes en el pecho.

El siete PP en mi frente graba[12]
con la espada, y me dice en ecos suaves:
"Cuando estés dentro, las heridas lava".

Como la tierra que reciente caves,
era su traje y de color plomizo;
de entre cuyo plegar sacó dos llaves[13]

Plata es ésta, y aquélla oro macizo:
con la blanca, y después con la amarilla
en la puerta, ¡oh contento!, pruebas hizo.

"Cuando una de estas llaves no apestilla
–nos dijo– y la clavera mal recorre,
nunca se abre la puerta que aquí brilla.

Una es más rica: mas que aquí no ahorre
la otra es menester de arte y talento,
poque ésa es la que el muelle real descorre.

Diómelas Pedro, y díjome que tiento,
más que en no abrir, en el abrir tuviera,
mientras oyese el pecador lamento."

Él, en esto, empujó la puerta austera:
"Entrad –diciendo–; mas tened delante
que al que mira hacia atrás, se lanza fuera".

Y cuando con rumor altisonante
de las hojas espléndidas el eje
en el quicio eternal sonó pujante,

atrás Tarpeya los rugidos deje
que da, al ver su tesoro acometido,
porque de ella Metelo al fin se aleje.[14]

Yo volví al primer son mi atento oído,
y *Te Deum laudamus*, parecía
que entre música y voz sonaba unido.

Y el propio efecto el cántico me hacía,
que el que del templo los espacios hiende
cuando el órgano lanza su armonía,
y la palabra a intervalos se entiende.

Canto X

Por una escarpada y tortuosa vía, socavada en la piedra, salen los Poetas al primer rellano del Purgatorio, donde, entalladas con arte divina en la marmórea superficie, se ven varias historias de ejemplos de humildad. Mientras las están contemplando, vienen a ellos multitud de almas que, agobiadas bajo masas enormes, están purgando el pecado de la soberbia.

Pasada ya la puerta, cuyo quicio
por aquel mal efecto se desusa
que hace parezca recto lo que es vicio.

por sólo el ruido[1] supe que era clusa;
que si echara la vista de ella encima,
¿cómo hallar a mi fallo digna excusa?

Íbamos por quebrada pétrea sima,
que movíase de una u otra parte,
cual onda que se aleja o se aproxima.

Y el maestro empezó: "Que usemos de arte
mayor aquí conviene, y diestramente
debes a un borde y otro aproximarte."

Lo cual nos hizo andar más lentamente;
tanto, que ya la luna el pie de plata
metiendo iba en el lecho blandamente,

y aun no acababa la estrechez ingrata;
mas cuando fuimos luego a cielo abierto,
do el monte por detrás se alza y dilata,[2]

yo rendido, y los dos del rumbo incierto
dudosos ya, pisamos suelo llano,
solitario cual senda en el desierto.

Desde su orilla, en que se abisma el llano,
hasta el pie de la roca, mediría
tres veces el espacio un cuerpo humano;

y por cuanto mi vista se extendía
ora al izquierdo flanco, y ora al diestro,
de la cornisa el ancho igual seguía.

Y aun era inmoto allí con mi maestro,
cuando vi que por dentro el muro en torno,
sin salida ni atrás ni al frente nuestro,

era de mármol blanco: y tal su adorno,
que afrentara al cincel de Policleto,
y hasta del natural fuera bochorno.

El ángel que de paz bajó el decreto[3]
que por siglos el hombre suspiraba,
y abrió los cielos tras de largo veto,

aquí a los ojos nuestros se mostraba
con tal verdad esculto en forma suave,
que no callada imagen semejaba:

juraríase estarle oyendo el Ave,
porque allí en bulto aquélla[4] también era
que a abrir al sumo ardor torció la llave;

y parecía que en la acción dijera
el *Ecce Ancilla Dei,* tan propiamente
como figura que se graba en cera.

"No en un solo lugar pongas la mente",
dijo el sabio, que al lado me tenía
do tiene el corazón la humana gente.

Así, quité la vista de María:
y volviéndome al lado del que opuesta
dirige a otro lugar la atención mía,

nueva historia en la piedra vide expuesta;
conque pasé a Virgilio, y acerqueme
por tenerla al mirar mejor dispuesta.

Allí en el mármol mismo esculta halleme
con los bueyes y el carro el Arca Santa
que el por Dios no asistido tanto teme.

Divisa en siete coros se adelanta
gente por quien mi vista y mis oídos
pugnan entre si canta o si no canta;[5]

cual mi olfato y mis ojos, divididos,
luchan entre si el humo de aquel paso
infunde o no su aroma en los sentidos.

Triscando al frente del bendito vaso,[6]
va el humilde salmista, el cual parece,
más y menos que rey en aquel caso.[7]

Y en palacio, que opuesto allí aparece,
Micol a una ventana se mostraba,
cual mujer que se enfada y entristece.

Yo moví el pie del sitio en que me hallaba,
para observar de cerca nueva historia,
que, después de Micol, pura blanqueaba.

Se figuraba en ella la alta gloria
y la virtud del príncipe romano
que dio a Gregorio la inmortal victoria.[8]

Era la ecuestre imagen de Trajano
a quien viuda infeliz del freno ataja,
y baña con su lloro la hábil mano.

El suelo en torno de équites se cuaja,
y el águila en cien astas, por saludo,
sus áureos resplandores sube y baja.

La cuitadilla entre tropel tan rudo
decir parece: "Tu justicia suelta
contra quien tanto mal causarme pudo";

y aquél le responde: "Hasta mi vuelta
aguarda"; y ella en voces doloridas,
como mujer por el dolor resuelta,

prosigue: "¿Y si no vuelves?" Y él: "¿No cuidas
que hay quien me herede?" "Y el deber ajeno,
¿de qué te ha de servir, si el tuyo olvidas?"

Y luego el César: "Pues aquieta el seno:
justicia habrás primero que me ausente:
me ata aquí la piedad: mi deber lleno".

Autor de esas palabras es patente
aquel para quien nada nuevo exista,[9]
si extrañas son para la humana gente.

Mientras gozaba en esparcir la vista
por esas de humildad obras preciadas,
caras, por serlo del eterno artista.

"Ve aquí –decía el vate– no contadas
gentes venir con tardos movimientos,
que han de guiarnos a las altas gradas."

Mis ojos, que en curioso afán atentos
van porque toda novedad se indague,
en volverse hacia él no fueron lentos.

No quisiera, lector, que tu alma vague
arisca de la enmienda, viendo lasa,
¡cuál quiere Dios que el débito se pague!

No en el martirio pienses que así abrasa:
piensa en después; y en que la pena rea
más allá del gran juicio ya no pasa.

Y yo dije: "Maestro, lo que ondea
viniendo a nos, personas no parecen,
ni sé lo que es; mi vida tal vaguea".

Y él a mí: "Los tormentos que padecen
contra el suelo los doblan con tal saña,
que aun a mí con trabajo me parecen.

Pero observa allí fijo, y desmaraña,
si puedes, los que van bajo esa roca:
mira el dolor que en cada cual se entraña".

¡Oh míseros cristianos, gente loca
que el mirar de la mente tenéis ciego,
y en luz fiáis intermitente y loca!

¿No véis que somos vermes, a hacer luego
la mariposa angélica nacidos
que fácil vuela hacia el celeste fuego?

¿Por qué engalláis la frente envanecidos,
si no sois más que informes lombricillas,
y entómatas sin órganos cumplidos?

Como en vez de labradas mensulillas,
sostén de trecho o trabe, una figura
se ve, que junta al pecho las rodillas,

que del falso aguntar veraz tristura
al que la mira da, de esa manera
vi aquéllos, cuando puse atenta cura.

Verdad es que su curva mayor era,
según peso mayor los oprimía:
pero aún del más paciente se creyera,
que, llorando, "No puedo más", decía.

Canto XI

Por indicio adquirido de una de aquellas almas vuélvense los Poetas por la cornisa primera, y en tanto, se les manifiesta Humberto, conde de Santo Flor, y Dante es conocido por Oderisio de Gubio, que razona sobre la vanidad de la fama mundial, y le cuenta algo de la vida de Salvani (provenzano), que se encuentra allí purgando su antigua soberbia.

"*Padre nuestro que te hallas en el cielo*,
no por caber allí, mas porque vea
la primera creación tu primer celo;

santificado tu alto nombre sea
por la criatura, y suba su holocausto
al divino vapor que te hermosea.

Venga a nos el tu reino, porque exhausto
caerá, sin alcanzarlo, el mortal vuelo,
si no le ayudas con tu impulso fausto.

Tu voluntad, Señor, se haga en el suelo
como en el alto do el hosanna envía
en torno suyo el querubín del cielo.

El pan nuestro nos das de cada día,
que del mundo, sin él, por los fragores,
quien más quiere avanzar, más se desvía,

Y perdona a nosotros pecadores
nuestras deudas, Señor, cual perdonados
por nosotros son hoy nuestros deudores.

Y caer no nos dejes abrumados
en tentación; mas del contrario inmundo
líbranos, que nos lleva malparados.

La prez postrera, ¡oh Padre sin segundo!
Ya no la hago por mí, que no me alcanza:
sí por los que detrás dejé en el mundo."

Por ellas y por nos así bonanza
para el viaje esas sombras van rogando[1]
en torno al primer cerco en triste andanza;

y bajo desigual peso flanqueando,
como el que en sueños a veces nos doblega,
las miserias del mundo va purgando.

Pues si por nos allá siempre se ruega,
¿no es bien que acá ruegue por ellos
quien, por gracia de Dios, al bien se apega?[2]

Ayuda obtengan a borrar los sellos
del pecado, porque, hábiles y puros,
lanzarse puedan a los astros bellos.

"Que justicia y piedad los fardos duros
tan pronto os quiten, que tender las alas
a do os lleva el querer podáis seguros,

que digáisme a qué mano y por qué escalas
se va más corto, y si hay más de un camino,
que me mostréis las quiebras menos malas;

pues el que me acompaña, y lleva el sino
de la carne de Adán tan miserable,
contra su gusto, el triste va cansino."

A estas palabras de mi guía afable,
las que en respuesta dio la grey pasiva
saber de quién vinieran no fue dable.

Mas se oyó a la derecha por la riba:
"Venid con nos, y encontraréis atajo
accesible al andar de gente viva.

Y si no lo impidiera el gran trabajo
que doma rudo así mi cuello altivo,
y me fuerza a llevar el rostro bajo,

a éste, que no se nombra y aún es vivo
por ver si le conozco, miraría,
y por volverle a mí caritativo.

Hijo de un gran toscano vine al día,[3]
Guillermo Aldobrandesco fue mi padre;
no sé si entre vosotros sonaría.

Dando al olvido yo la primer madre;[4]
la altura de mi estirpe hizo en mal hora,
que la soberbia el pecho me taladre.

Y fue tal mi altivez despreciadora,
que perecí, cual saben los de Siena
y nadie en Campanático lo ignora.

Soy Humberto, y no sólo a mí esta pena
mi arrogancia causó; que también hice
la que a todos los míos encadena.

Por ella es bien que lleve aquí infelice
su peso y pague a Dios entre los muertos
lo que no entre los vivos satisfice".

Yo escuchando, los ojos bajé inciertos;[5]
y uno (y no el que habla), con vigor que asombra
bajo el peso movió los lomos yertos:

me mira; y reconóceme, y me nombra,
teniendo con fatiga el ojo fijo
en mí, que iba agachado tras la sombra.

"¡Ah! ¿No eres tú –le apostrofé– Oderijo,
honra de Augubio, y gloria de aquel arte
al que en París de iluminar se dijo?".[6]

"Más debe, hermano –respondió–, admirarte
hoja por Franco Boloñés teñida:[7]
suya la fama es hoy: leve es mi parte.

Viviendo yo no fuera así otorgada
a aquél por mí la excelsa primacía
de que era el alma entonces abrasada.

De ello es orgullo la pena hora se expía,
y ni aun viniera aquí, sino que al cielo
yo me volví cuando aún pecar podía.

¡Oh planta altiva del humano anhelo!
¡Qué poco el verde en lo exterior te dura,
si la cumplida edad no te ata al suelo!

Cimabue[8] creyó de la pintura
llevar solo la gloria, y ha venido
Gioto después a hacerla casi oscura.

Así arrebata al uno el otro Guido[9]
el cetro de la lengua, y vive el hombre
acaso que a los dos lance al olvido.

Porque el ruido del mundo, aunque hoy te asombre,
soplo es de viento que a doquier se escapa,
y porque muda sitio muda nombre.[10]

Por soltar, viejo ya, la mortal capa,
¿tendrás más fama que si muerto hubieras
balbuciendo aun tu voz "dindin" y "papa",[11]

de aquí a mil años, horas, ¡ay!, ligeras
junto a la eternidad, más que un respiro
junto al más lento andar de las esferas?[12]

De ese[13] que hora delante un poco miro,
a Toscana llenó la nombradía,
y hoy en Siena por él no hay un suspiro.

Y era señor allí cuando se hundía
la audacia florentina, tan superba
entonces cual misérrima es hoy día.

Remedio es vuestra gloria de la yerba,
ora verde, ora seca, a quien exprime
el sol, o galanura le da acerba."

Y dije yo: "Tu bien hablar me imprime
sabia humildad, y la hinchazón bajome;
mas ese de quien hablas, ¿quién es, dime?"

"Salviani provenzano –respondiome–
ése; y está aquí porque su odioso
dominio sobre Siena bien se dome.

Así ha ido y así va sin reposo
desque murió; con tal moneda paga
el que allá del poder fue tan ansioso."[14]

Y yo: "Si aquel que de la culpa aciaga
no se arrepiente hasta finar la vida,
aquí no asciende y por el hondo vaga;[15]

si no le ayuda la oración cumplida
tanto cuanto el pecar duró prolijo,
¿por qué han dado a ese triste la venida?"

"Cuando vivía más glorioso –dijo–
en la plaza de Siena,[16] abiertamente,
dominando el rubor, hincose fijo,

y allí a su amigo por librar, paciente
de Carlo en la prisión, tendió la mano,
echándose a temblar del pie a la frente.

No diré más: mi hablar sé que no es llano,
pero pronto tu ingrato convecino,[17]
de aquel lance sentir te hará lo insano.
Aquel acto hasta aquí le abrió camino."

Canto XII

Dejando a Oderigo y continuando por lo llano del círculo, mira Alighieri diseñados por el suelo muchos famosos ejemplos de soberbia castigada. Luego se dirige a los Poetas un ángel que los guía a la escala por donde se sube al segundo rellano; y allí, batiendo las alas, le borra a Dante de la frente una P, por lo que se siente más ligero para continuar su camino.

Como buey va con otro uncido al yugo,
yo, a la par del cargado, el paso truje,
mientras al buen maestro así le plugo.[1]

Mas cuando dijo: "Suelta ya al que muge,
que es bien que cada cual a vela y remos
hora su barco cuando pueda empuje",

me enderecé cual para andar solemos:
mas, si alto el cuerpo, el pensamiento mío
de la humildad bajaba a los extremos.

Luego tras mi maestro, a mi albeldrío,
eché a andar; y mi planta iba tan lista,
que de la suya secundara el brío,

cuando exclamó: "Porque vigor te asista
para seguir más fácil, por la senda
por donde andando vas, tiende la vista".

Como en terreras tumbas hay leyenda
que traza en letras lo que el muerto ha sido,
porque así su memoria más se extienda,

la cual, al hombre de piedad movido
y al llanto y oración, de remembranza,
suele ser aguijón con su sentido,

así yo vi, mas con mejor semblanza,
por divino artificio dibujado,
todo el rellano que del monte avanza.

Y vide aquel que noble fue creado
más que cuanta criatura el orbe encierra,
caído echando llamas allí a un lado.

Y al Briareo a quien el rayo aterra,
vide también, de aquél no muy distante,
con el ya helado cuerpo hendir la tierra.[2]

Y aun armados y en torno del Tonante
a Palas vi, y a Marte, y a Timbreo,
mirar los trozos de la grey gigante.

Y con Nemrod, casi espantado, veo
junto a la mole inmensa hervir la gente
que al orgullo en Senar alzó trofeo.[3]

Y te vi con la faz, ¡ay cuán doliente!,
entre catorce de tus hijos muertos,
triste Niobe, allí gemir yaciente,[4]

y a Gelboé que enseña, en sus desiertos
do nunca ha de llover,[5] de propia herida,
Saúl, rompidos tus despojos yertos.

Y a ti, ¡oh Aracne loca!, allí esculpida
ya, medio araña, con la urdimbre onusta
de aquella tela por tu mal tejida.[6]

Y a ti, Robán, con faz que ya no asusta
al de Siquem, librándote en medrosa
rápida rueda de su rabia justa.[7]

También mostraba la esculpida losa
cómo las iras de Alcmeón lograron
a su madre la alhaja hacer costosa.[8]

Mostraba cuál los hijos se lanzaron
tras de Senaquerib con torpe huella,
y en el templo cadáver le dejaron.[9]

Mostraba el golpe y la vindicta aquella
que hizo Tomiris cuando dijo a Ciro:
"De sangre hubiste sed, hártate de ella".[10]

Mostraba cómo roto huyó el Asiro
después que de Holofernes vio la muerte,
y allí sus huestes degolladas miro.

Y a Troya veo, cuya ruina advierte,
entre humo, escombros y vapor siniestro,
cuál fue su gloria ayer, cuán hoy su suerte.

¿Quién fue el docto cincel y hábil maestro,
que cuerpo y ademán pintó expresivo
para alto asombro del mortal más diestro?

Frío el muerto dirás, viviente el vivo:
ni el que la escena vio, la vio más clara
que yo encorvado en acto reflexivo.

¡Hijos de Eva a quien es soberbia cara,
la frente alzad, que si bajáisla al suelo,
leeréis en él vuestra flaqueza rara!

Había el sol corrido ya del cielo
y nosotros del monte más espacio
que la mente pensara allá en su vuelo;

cuando el que ampararme nunca lacio
iba delante, dijo: "Alza la testa:
no es ya tiempo de andar así reacio.

Allá contempla un ángel, que se apresta
a venir hacia nos: ve que ya sale
del servicio del sol la ancela sexta.[11]

Tu acción al rostro en reverencia iguale,
porque en llevarte arriba tengo agrado:
mira que ya esta luz sola te vale".

Yo, a sus juicios de sobra acostumbrado,
perder no quise instante; que en aquélla,
la ocasión clara vi de su cuidado.

Venía en tanto la criatura bella
de blanca veste entre las puras galas,
con faz que eclipsa a matutina estrella.

Abrió los brazos, desplegó sus alas,
y dijo: "Venid; cerca y sin congoja,
al ascenso hallaréis anchas escalas;

que hay poca gente que a mi voz se acoja.
¡Oh flaca grey para subir nacida,
cuán tenue soplo vuestro vuelo afloja!"

Y a lugar do la piedra está rompida
nos conduce, y sus alas por mi frente
pasa, y me anuncia próspera subida.

Como cuando se trepa a lo eminente
do está la Iglesia que *a la bien mandada*[12]
domina, allá del Rubacondio puente;

que a la diestra la altura es quebrantada[13]
por los tramos que hicieron en un día
en que era la hoja pública sagrada:

la cuesta así que al otro cerco guía,
era más suave ya, si bien apura
de un lado y otro en estrechez la vía.

Y andábamos por ella, cuando pura:
"¡Oh los pobres de espíritu dichosos!",[14]
cantó una voz con celestial blandura.

¡Cuán diversos ¡aymé! son estos fosos
de aquellos del infierno! Allí entre llantos
vase, y aquí entre acentos melodiosos.

Subía ya los escalones santos,
y ágil marchaba y fácil en su acceso,
más que antes al pisar los tersos cantos.

Conque dije: "Maestro, ¿qué gran peso
de encima se me alzó, que casi nada
de fatiga, al andar, me siento opreso?"

Y él así respondió: "Cuando borrada
cual una ya lo fue, la *P* postrera
sea con que tu frente va sellada,

la planta sentirás tanto ligera,
que no sólo no habrás fatiga ingente,
mas placer has de hallar en la carrera".

Entonces hice como aquel que siente
que en su cabeza va cosa que ignora,
y de que le hace seña alguien presente,

que echa al punto la mano exploradora,
y tienta, y busca, y juégala en el uso
que la vista ejercer no puede ahora.

Y extendí yo la diestra algo confuso,
y seis de aquellas letras hallé aprisa
que el de las llaves en mi frente puso,
lo que pintó en Virgilio una sonrisa.

Canto XIII

En el cerco segundo, adonde llegan ahora los Poetas, se purga el pecado de la envidia. Aquellas almas van vestidas de un vil cilicio y llevan los ojos cosidos con un alambre. De trecho en trecho vuelan por el espacio voces dadas por ángeles que recuerdan a los envidiosos algunos grandes ejemplos de caridad y amor a sus semejantes. Allí Sapia de Siena se presenta a Dante.

Éramos de las gradas en la altura,
y do el monte otra vez se aparta un trecho
en que nuevo pecado se depura.

Igual al anterior un cerco hay hecho,
y que asimismo en torno se maciza,
si bien en su circuito es más estrecho.

Ningún cincel su rasgo allí desliza;
la escueta vía, el margen que la guarda
del color de la piedra son pajiza.

"Si gente a quien pregunte aquí se aguarda
–razonaba el Poeta–, estoy pensando
que ya ha de sernos su noticia tarda."

Luego fija en el sol se está mirando;
del pie derecho suyo se hace centro,
mientras con el izquierdo va girando,[1]

y exclama: "¡Oh luz a cuyo auspicio hoy entro
en el nuevo camino, tú nos guía,
y nos enseña a andar por aquí dentro!

Tú al mundo esparces el calor y el día;
y si ocasión extraña no lo impide,
tu curso traza al viajador la vía."

Cuanto por una milla acá se mide
ya habíamos andado allá con priesa,
en tiempo breve, como el ansia pide,

cuando pluma sentí, que al aire besa,
de espíritus no vistos, que invitando
nos van, de amor a la celeste mesa.

La voz primera que pasó volando:
Vinum nom habent, pronunció altamente,
y lo fue tras nosotros reiterando;

y antes que el son muriera lentamente,
otra: "Orestes soy yo",[2] gritó siguiendo
sin detener tampoco su fendiente.

Y yo: "¿Qué voces, padre, estoy oyendo?"
No bien dije, ve aquí que un tercer flote:
"Al que os ofende amad", cruzó diciendo.

Y el padre: "Es ley que el envidioso agote
aquí toda impiedad; por eso mueve
virtud de amor las cuerdas del azote,

y a envidia caridad flagelar debe.
Esta verdad te quedará explicada
antes que al paso del perdón te lleve.

Mas tiende por el aire la mirada,
y al frente, en fila y orden, no distantes,
en la roca verás gente sentada".

Los ojos abrí entonces más que antes;
miré derecho y vi sombras con mantos
al color de las piedras semejantes.[3]

Y cuando de mis pasos di unos cuantos,
oí exclamar: "Orad por nos, María,
Pedro y Miguel, y, en fin, todos los santos".

No pienso que en el mundo se hallaría
tan bárbaro mortal que sin enojos
viera sereno lo que en pos seguía.

Yo, cuando era tan cerca de los flojos
que bien vían sus actos mis sentidos,
del agua del dolor llené mis ojos.

De aspérrimo cilicio iban vestidos,
y del uno a la espalda otro se aliga,
y andan todos al muro sostenidos.

Así de ciegos multitud mendiga
yace en los atrios de indulgencias llenos,
y uno en el otro su cabeza abriga.[4]

Porque a piedad las almas de los buenos
mover quieren, no sólo por quejumbre,
mas por la vista, que no ablanda menos.

Y como el sol del ciego es pesadumbre,
así a los tristes de que os hablo ahora,
no quiere el cielo conceder su lumbre.

Y un alambre sus párpados perfora,
y se los cose, como a halcón salvaje
que resiste a la mano domadora.

Pensaba yo que les causaba ultrajo
con irlos así viendo, sin ser visto;
conque volvime al astro de mi viaje.

Bien en mi muda acción él ha previsto
mi anhelo, y, sin que suene mi demanda:
"Explícite –me dijo–, agudo y listo."

Llevaba yo a Virgilio a aquella banda
do el riesgo de caer se manifiesta,
porque borde ninguno la enguirnalda,

y las devotas almas a la opuesta
que exprimen por la bárbara costura
en la faz riego que martirios cuesta.

Y a ellos vuelto, empecé: "Gente segura
de que en el cielo vuestro llanto acabe
(sola de vuestras ansias dulce cura),

así de la conciencia el fondo os lave
la gracia, porque en él descienda llano
el río de la mente y corra suave,

que me digáis y (dejaréisme ufano),
si entre vosotros hay alma latina,
que no mi cognición le será en vano."

"Hermano, cada cual aquí es vecina
de más alta ciudad; dices, sin duda,
que viviese en Italia peregrina."

Esta entender creí respuesta aguda,
sonando más allá de do me hallaba;
y avanzo trecho que a escuchar me ayuda.

Y una, como en acción de que esperaba,
vi entre ellas, e inferilo de su gesto,
pues la barba cual ciego levantaba.

"Alma que para alzarte sufres esto
–díjele–, si eres tú quien respondiste,
hazme tu patria o nombre manifiesto."

Y ella: "De Siena fui; mi ánima asiste
entre éstas a limpiarse el fango inmundo,
y a Dios ablanda con su llanto triste.

Aunque Sapia[5] llamáronme en el mundo,
Sabia no he sido, y los ajenos daños
para mí fueron manantial jocundo.

Y porque veas que no cuento engaños,
oye si cual te digo he sido impía,
ya al descenso del arco de mis años.

Mi pueblo junto a Colle estaba un día;
ya al frente a su enemigo casi toca,
cuando a Dios le rogué lo que él quería.

Fue roto, y yo, que de su fuga loca
vía en los malos pasos la matanza,
para tanto placer me sentí poca.

Y al cielo alcé la frente sin templanza,
gritando al alto, a Dios: "Ya no te temo",
cual hace el mirlo en la primer bonanza.

Paz quise al fin con él hacia el extremo
de mi vida mortal; y aun no obtuviera
aquí de penitencia el bien supremo,

si Pedro Petinaño[6] no me hubiera
templado del Señor las justas iras
con la oración de su piedad austera.

Mas tú, ¿quién eres, que inquiriendo giras
quién somos los demás, y descosidos
los ojos llevas, y al hablar respiras?"

"Breve tiempo –le dije– aquí cosidos
poco los llevaré, pues poco d'esa
pasión tuve los ojos oprimidos.

Con dardo más sutil mi alma atraviesa[7]
el terror del suplicio de allá abajo,
que siento que la mole ya me pesa."

Y ella: "Y si has de volver a aquel trabajo,
¿quién a subir a nos hay que te anime?"
Y yo: "El que ves callado es quien me trajo,

y estás viéndome, vivo; y así, dime,
alma electa, si quieres que allá mueva
por ti también el cuerpo que aun me oprime".

"Dices –me respondió– cosa tan nueva,
que del amor de Dios signo es patente;
conque en rogar por mí tu gracia prueba.

Y por lo que ames más te pido ardiente,
si a pisar llegas tierra de Toscana,
que me vuelvas la fama entre mi gente.

Tú los verás entre esa turba vana
que pierde el tiempo[8] en Telamón, cual antes
también, buscando el cauce de Diana;
pero aun más perderán los almirantes".[9]

Canto XIV

Guido del Duca describe a Raniero de Cálboli, su vecino, las fatales costumbres de varios pueblos del Valle de Arno, y le profetiza la infamia de sus nietos. Se lamenta después Alighieri de la degenerada Romaña, y recuerda el nombre de muchos romañoles ilustres de su tiempo. Separados al fin los Poetas de aquellas dos sombras, oyen unas voces como a modo de tronido, que les advierte del castigo que sufren los envidiosos.

"¿Este quién es que gira nuestra tierra,
sin que le dé la muerte el ir volando,
y a su gusto los ojos abre y cierra?"

"Quién es no sé; mas sólo no va andando.
Tú que más cerca estás, pregunta parva
hazle, y porque responda sele blando."

Así hablaban de mí, larva con larva,
allí a mi diestra dos; luego supimos
pone, para decir, la boca y barba.[1]

Y empezó el uno: "¡Oh tú que a los divinos
altos subes en carne, alma bendita!
Por caridad, consuélanos y dinos,

quién eres, de dó vienes; que a infinita
maravilla nos mueves por tu gracia,
pues que jamás se vio tan inaudita".

Y yo: "Toscana hacia su centro espacia
río que breve nace en Falterona,
y con correr cien millas no se sacia.

Junto dél salió al mundo mi persona.
Deciros quién soy yo, inútil fuera,
que mi nombre de claro aun no blasona".

Y replicó la que me habló primera:
"Si el tuyo bien a mi intelecto arguye,
del Arno estás hablando y su ribera".

Y la otra: "¿No observas tú cuál huye
éste al tratar del río, de nombralle,
como de cosa que de horror se excluye?"

Y el alma interpelada a replicalle
salió, diciendo: "No. Mas que la tierra
confunda, es bien el nombre de tal valle;

porque desde su origen, en la sierra[2]
de do cayó Peloro y hay más fuentes
que monte alguno que la Europa encierra,

hasta do va a suplir con sus torrentes
lo que enjuga a la mar nube flotante
que forma de otros ríos las corrientes,[3]

todos, como de víbora picante,
huyen de la virtud por desventura
del suelo, o porque el vicio es ya imperante;

así que tan mudada es la natura
de los que el río con su orilla azota,
que son cual los que Circe dio a pastura.[4]

Entre cerdos, más dignos de bellota[5]
que del manjar que el hombre tiene en uso,
del río escasa el agua, apenas flota.

Gozques encuentra luego,[6] ya profuso,
más que cumple a su traza gruñidores,
y desdeñoso entonces tuerce el muso.[7]

Vase lanzando henchido entre fragores
y los perros son ya lobos cervales[8]
en aquel triste foso de dolores.[9]

Y no bien pasa grutas y jarales,
halla de aquella zorras[10] la reata,
zorras no vistas en astucia iguales.

Sé que me escuchan;[11] mas la empresa ingrata
he de seguir; y es bien que éste no olvide
lo que hora en mí la inspiración desata.

Veo a tu nieto,[12] que feroz preside
de esos lobos la caza en torpe trama,
y los ahuyenta, asusta y los divide.

Vende la carne suya cuando aún brama;
después la mata como añosa belva,
y ellos pierden la vida y él la fama.

Y al salir tinto en sangre de la selva,[13]
la deja tal, que desde allí en mil años
no será que a su primero vuelva".

Cual ves, al anunciar riesgos extraños,
del que escucha el semblante entristecido,
véngale de doquiera aquellos daños,

así al que oyendo estaba entretenido,
le vi turbarse, y que su faz se atrista,
cuando a lo dicho le estudió el sentido.

Y de aquél al hablar, de éste a la vista,
ansia de conocerlos en mí estalla,
y pregunta formé de ruego mixta.

Conque la sombra que primero se halla,
dijo: "Aunque en reglas de equidad no cabe
que hable mi voz cuando la tuya calla,

pues que de Dios la gracia en ti tan suave
brillar miramos, dudas deponiendo,
que soy Guido del Duca al punto sabe.

Mi sangre así de envidia estuvo ardiendo;
que si me vieras ver dichosa gente,
vieras verde mi faz irse volviendo.

Tal fruto cojo aquí de tal simiente.
En goce que del hombre aparta al hombre,
¿por qué, triste mortal, pones la mente?

Éste es Raniero, insigne honor del nombre
de Cáboli, preclaro, en cuya casa
nadie heredó su prez y alto renombre.

Y no sólo su sangre estéril pasa
entre el monte y el Po, y el mar y el Reno,
al saber y a las dulces artes lasa;

mas de raíces venenosas lleno
todo ese espacio está; conque al fin tardo
será el cultivo a fecundarle el seno.

¿Dó están Carpiña,[14] Arrigo de Manardo,
y Travesaro y Licio el bondadoso,
di, romañol, trocado ya en bastardo?

¿Muestra hoy Bolonia un Fabro generoso?
¿Por ventura Fayenza un Fosco cría,
de gramínea sutil árbol coposo?

No extrañes ver en llanto la faz mía,
¡oh toscano!, al citar de Guido Prada,
de Ugolín de Azo que con nos vivía;

de Anastagi, Tinioso y su brigada
y de los Travesaras la memoria
(y hoy una gente y otra, "¡cuán menguada!);

¡y los bravos, las damas, luchas, gloria,
cortesía y afán y amor ferviente
que fueron donde es hoy cieno y escoria!

¿Qué haces tú, Bretiñoro,[15] pues tu gente
deja tu suelo y al desprecio dalo,
y huye por conservar limpia la frente?

Bien hace en no engendrar Bañacavalo;
y Castrocaro, mal; y peor, Conio,
que de sus condes hila hilo tan malo;

y los Paganis, bien, cuando el demonio
los deje; y aun así su nombre puro
no será de virtud ya testimonio.

¡Oh Ugolino de Fántoli! Seguro
(aunque prole no cuenta ni heredero)
queda tu nombre de tornarse oscuro...

Mas camina, toscano; que tan fiero
me oprime el daño de la patria mía,
que mucho más que hablar, llorar ya quiero."

Sabíamos que aquella escuadra pía
nuestro andar escuchaba; así, callando,
muestra que vamos por la cierta vía.[16]

Y cuando fuimos solos caminando,
llegó cual rayo que huracán desate,
hacia nosotros, así exclamando:

"Cualquiera que me encuentre que me mate".[17]
Y se perdió a lo lejos, como el trueno,
si sube a tierra súbito, se abate.

Y cuando aquel fragor pasó de lleno,
de otra inmensa tronada el viento gime,
y este rugido arroja de su seno:

"Yo Aglaura soy,[18] que en piedra convertime.
Y aquí, para estrecharme a mi poeta,[19]
atrás y no adelante dirigime."

Era ya en torno a nos el aura quieta,
y él me dijo: "Ese acento que percude,
debiera al hombre contener cual meta.

Mas vuestra gula al cebo al punto acude,
que el gran contrario de la cuerda tira,
y así todo reclamo y freno elude.

Y el Cielo os llama y en redor os gira,
y os muestra su eternal belleza y modo,
y al suelo vuestra vista sólo mira,
y así os castiga el que lo abarca todo."

Canto XV

A la hora vespertina llegan los Poetas a donde se pasa del segundo cerco al tercero. A una señal del ángel empiezan a subir la escala, y entonces pide Dante a su maestro que le aclare las cosas que ha escuchado a Guido del Duca. Cuando han llegado hablando a la altura, es Dante arrebatado de un éxtasis, en que se le representan al vivo algunos antiguos ejemplos de memorable mansedumbre. Recobra luego sus sentidos y poco a poco se siente envuelto en un denso humo que le eclipsa enteramente el día.

El mismo espacio que entre el alba clara
y el fin de la hora tercia hay en la esfera
que a manera de niño nunca para,

de la tarde faltaba en su carrera
al sol bajar;[1] allá Véspero hacía,
y medianoche en nuestros campos era.

Su rayo en medio al rostro nos hería
(porque tanto del monte va circuido,
que íbamos ya al ocaso en recta vía),

cuando el primer fulgor sentí acrecido[2]
pesar sobre mi vista más potente,
y asombro me causó, por no sabido.

Y parasol formé sobre mi frente,
con las palmas toldando el entrecejo,
con que al gran resplandor templé lo ardiente.

Como cuando del agua o de un espejo
salta rayo de luz a opuesta parte,
allí brillando, con subir parejo

al que fue su bajar, por ley aparte
y opuesta a la de piedra desplomada
(como lo muestran experiencia y arte).[3]

así me pareció que era bañada
mi faz de luz refleja, tan brillante,
que a evitarla mi vista fue forzada.

Y dije: "¿Qué es, ¡oh padre!, eso radiante
que me ciega el vigor con que corusca
y parece venírseme delante?"

"No te cause tristeza ni te ofusca
–me respondió– del Cielo la familia;
mensajero es que viene en nuestra busca.

Verás cuán pronto Dios tu vista auxilia;
que no pena, mas gusto en ver te mande,
cuanto con tu natura se concilia."

Y al llegar del Señor al nuncio grande,
dijo con leda voz: "Venid que os lleve
por grada que más dulce y fácil se ande".

Por ella íbamos ya, cuando en son leve:
Beati misericordes[4] fue cantando
tras nos, y "Gozo al vencedor se debe".[5]

Solos los dos subíamos de grado;
y pensé, mientras íbamos subiendo,
sacar provecho de su hablar templado;

y dirigime a él, así inquiriendo:
"¿Qué decir quiso aquel de la Romaña[6]
de gozo que a otro ofende, discurriendo?"

Y mi maestro: "El mal que más le daña
como conoce bien, si te reprende
para que sufras menos, ¿qué te extraña?

Como vuestro deseo un bien pretendo
que, logrado por mucho, toca a menos,
la envidia os pica el alma y os enciende.

Mas si el amor por el reino de los buenos
vuestro deseo arriba levantase,
no de aquella inquietud os vierais llenos.

Porque cuanto más número allí pase,
tanto el bien crecerá de cada uno
cuando el espacio en caridad se abrase".

Y dije: "De entenderte estoy ayuno,
más que si no me hubieras respondido,
y aun nuevas dudas en la mente aduno.

Porque ¿cómo ha de ser que, dividido
entre muchos un bien, ricos los haga
más que siendo de pocos poseído?"

Y él: "¿Qué extraño, si tu alma siempre vaga
sumida en lo terreno humildemente,
que la verdad oscura se te haga?

Aquel bien infinito, alto y potente,
inunda de su amor a la criatura
como a cuerpo de luz rayo fulgente.

Y cuanto ella da ardor, recoge arsura,
pues según caridad se va aumentando,
crece el foco eternal de lumbre pura.

Y según más allá se van juntando,
como hay más buen amor, toca más parte,
y uno de otro es espejo reflejando.

Mas si no puede mi razón llenarte,
verás pronto a Beatriz, que plenamente
ésta y toda otra duda ha de borrarte.

Ve, pues, a que se cierren de tu frente
las cinco llagas, cual las dos lo han sido;[7]
para lograrlo es bien ser penitente".

Cuando quise decir: "Me has persuadido",
vine en el tercer ámbito a encontrarme,
do el dulce ver el labio ha enmudecido.

Y una visión allí sentí asaltarme
en éxtasis profunda y repentina,
y en un templo con muchos juzgué hallarme.

Y al entrar, Virgen en acción divina,
cual de madre: "Hijo mío –pronunciaba–,
a obrar así conmigo, ¿qué te inclina?

Mira: tu padre, triste, te buscaba,
y yo con él";[8] y al expirar su acento,
de mi vista aquel cuadro se borraba.

Vi luego otra mujer[9] que al sentimiento
por la puerta del lloro el alma abría,
que turbó despechado movimiento.

"Si eres, señor, de la ciudad –decía–
cuyo nombre dio causa a lucha ardiente
y en la que toda ciencia vino al día.[10]

véngate, ¡oh Pisistrato!, del demente
que a tu hija en sus brazos ha estrechado."
Y el Señor pareciome que clemente

le respondía, en acto sosegado:
"¿Qué haremos con aquel que mal nos trata,
si es por nos quien nos ama condenado?"

Luego vi gente, a quien furor desata,
a un mancebo apedrear,[11] al grito fuerte
que levanta entre sí de "¡Mata, mata!"

Y que clavada la rodilla inerte,
a sucumbir ya próximo, en la arena,
y la vista en el cielo hasta su muerte,

rogando al Ser eterno, en tanta pena,
el perdón de sus ciegos opresores,
con ademán que de piedad me llena.

Cuando el alma a las cosas exteriores
tornó, sentí de la verdad los bienes,
y mis, no falsos, ilusión y errores.

Y el rector que me vido en mis vaivenes
cual mortal que despierta ir tambaleando:
"¿Qué te pasa –exclamó–, que no te tienes

y flojo el pie, los párpados cerrando,
como aquel a quien vino o sueño aflige,
ya más de media legua vas andando?"

"Si quisieras –le dije–, lo que vino
a mostrárseme, ¡oh padre!, te contara,
cuando la incierta planta perdió el tino."

Y él: "Si céntuple máscara velara
tu semblante, no en él la duda triste,
ni la emoción menor se me ocultara.

Por obligarte a abrir fue lo que viste
el corazón al agua placentera
que en la fuente de paz perenne asiste".

Y yo dije: "¿Qué tienes?", cual lo hiciera
aquel que ve con vista que no mira,
cuando el no ser del cuerpo se apodera.[12]

sino que aquel alerta me lo inspira;
que estimular conviene así a los lentos
en quien tardo el recobro y mente gira.

Íbamos al amor de Héspero atentos,
lo que dado a la vista era alargarse,
entre rayos de luz sanguinolentos,

cuando cual negra noche, un humo alzarse
y venir poco a poco hacia nos miro;
no había espacio ya para librarse,
y nos cogió, y quitó vista y respiro.

Canto XVI

En el cerco tercero entre un espeso humo y una oscuridad mayor que la del Infierno, se purga el pecado de la ira. Un espíritu dirige la palabra a Dante, y al tocarse el asunto de los vicios humanos, el Poeta le expone la duda de si proceden de la predestinación del hombre o de su propia y libre voluntad. El espíritu satisface sus dudas, y le habla seguidamente de algunos italianos célebres por su virtud y merecimiento.

Calígine infernal, noche privada
de toda estrella, con escaso cielo
que cierra espesa nube encapotada,

nunca mostrome tan tupido velo
como el del humo aquel que nos cubría,
ni toqué a paño de tan fosco velo.

Que el ojo estar abierto no podía;
conque mi guarda fiel, sabia y segura,
a mí viniendo, el hombro me ofrecía.

Como ciego que va tras de su cura
por no extraviarse ni chocar la frente
en cosa que le mate o dé tristura,

iba yo por el negro áspero ambiente
escuchando a mi guía, que exclamaba:
"Cuida de no apartarte incautamente".

Voces se oían cuyo son se alzaba,
como rogando paz, misericordia,
a la Hostia Santa que las culpas lava.

Por eso el Agnusdéi su acento exordia,
y una misma palabra y eco blando
resuena en todos en común concordia.

Y yo: "¿Son almas las que están clamando,
maestro?" –dije–. Y él: "Lo cierto entiendes,
y el nudo de la ira van soltando".

"¿Y tú quién eres que nuestro humo hiendes,
y como si aún midieras por calendas[1]
el tiempo, hablar de nuestra grey pretendes?"

Uno así del decir soltó las riendas;
y respuesta Marón le da sencilla,
y le pide le informe de esas sendas.

Y yo: "Criatura en quien el ansia brilla
de tornar bella al que tu autor ha sido,
verás, si te me acercas, maravilla".

"Contigo iré en mi curso permitido
–díjome–, y si la vista quita el humo,
de ella las veces nos hará el oído."

Y empecé: "Lo alto visitar presumo
aun con la carga que la muerte afloja;
ya he pasado del Orco el horror sumo,

y pues tanto en su gracia Dios me aloja,
que me permite que su corte vea,
por desusado modo que Él escoja,

dime quién fuiste en nuestra estancia rea,
y si por este rumbo bien me embarco;
y, en fin, mi guía tu palabra sea".

"Lombardo he sido y me llamaba Marco,[2]
supe del mundo, y dirigirme recto
a donde nadie hoy día tiende el arco.

Para alcanzar la cima vas directo
–dijo–, y te ruego que tu labio amigo
allá pida por mí con dulce afecto."

Y yo a él: "Con promesa a ti me ligo
de hacer lo que deseas; mas me pica
duda que esclarecer quiero contigo.

Era simple primero, hoy se duplica;
pues de otros labios escuché tu aserto,
y en los dos la verdad se fortifica.

Como tú dices, nuestro mundo es cierto;
no hay vicio ni maldad que no amontone
y de toda virtud está desierto.

Mas dime tú qué causa lo ocasione,
porque la sepa y además la diga:
que uno en el Cielo y otro en Dios la pone".

Alto dolor que a suspirar le obliga,
lanzó primero; y luego: "Hermano –empieza–,
ciego es el mundo, y tu no ver lo diga.

Los que sois vivos, en la suma alteza
ponéis la causa, cual si todo efecto
de allí partiera en eternal fijeza.

Si fuese así, no habríais el perfecto
libre albedrío; y mal fuera justicia
señalar premio al bien, pena al defecto.

No vuestros actos siempre el Cielo inicia;
mas concédolo así; luz se os ha dado
para saber el bien y la justicia;

y espontáneo querer, que si cansado
es en la primer lid que el Cielo os trujo,
vence después, a la virtud formado.

A someteros libres os redujo
Natura más sublime, y ella os cría
la mente libre de celeste influjo.

Que si el presente mundo se desvía,
es vuestra voluntad la única rea,
y a probártelo va la instrucción mía.

De las manos de aquel que, antes que sea
tierno la halaga, a guisa de criatura
que, llorando y riendo juguetea,

sale sin saber nada el alma pura,
salvo que del fautor le atrae al seno
del querencioso halago la dulzura.

Siente primero sed de bien terreno;
viene el engaño luego, y tras él corre,
si su impulso no tuerce guía o freno.

Por eso, ley que a detenerla corre
conviene, y rey que a discernir alcance
de la vera ciudad siquier la torre.[3]

Las leyes son; mas no quien las balance,
porque el que va en cabeza ya no enseña
el pie bifulco, aunque rumiando avance.[4]

Y la grey que al pastor ve que se empeña
en el pasto también que a ella le agrada,
pace dél solo, y los demás desdeña.

Por tanto, veis que la conducta errada
es la causa que al hombre ha vuelto inmundo,
no que vuestra natura esté viciada.

Roma, que al orbe abrió raudal fecundo,[5]
solía alzar dos soles;[6] y el camino
mostraba: uno, del Cielo; otro, del mundo.

El uno apagó al otro; a unirse vino
al báculo la espada; y torpemente
así por fuerza juntos van sin tino,

pues temor uno de otro ya no siente.
Si dudas en creer, piensa en la espiga;
toda mies se conoce en su simiente.

Antes que Federico el cisma siga,
virtud solía y mérito encontrarse
en la tierra del Po y Adige amiga.

Hoy por ella en verdad puede pasearse
quien de los buenos por rubor se aleja;
que con ninguno allí podrá encontrarse,

salvo tres viejos sólo, en quien moteja
la antigua a la edad nueva, a quienes tardo
se hace el morir. ¡Tal vida los aqueja!

Conrado de Palazo,[7] el buen Gerardo
y Guido de Castel, que más se llama
en estilo de Francia el buen Lombardo.

La Iglesia, pues, romana hoy ha caído
manchando ambos poderes, y consiste
en haber los dos ceros confundido".

"¡Oh Marcio mío! –dije–. Bien dijiste,
y claro veo ya por qué, ¡oh Levita!,
excluso de heredar las tierras fuiste.

Mas, ¿quién es Gerardo que en tu cita,
cual resto de la muerta grey nombraste,
que es hoy reproche de la actual maldita?"

Y él dijo: "O tú me engañas, o pensaste
probarme; pues hablándome toscano,
¿cómo hablar de Gerardo no escuchaste?

No le sé yo otro nombre al digno anciano,
si no le he de tomar de su hija Gaya;[8]
y adiós, y el Cielo os tenga de su mano,

que ya veo entre el humo blanca raya,
y es el ángel que viene, y ya preciso
que antes que él llegue con mi gente vaya."
Y volvióse, y oírme más no quiso.

Canto XVII

Salen ya los Poetas del triste humo, y es Dante nuevamente arrebatado en un éxtasis, durante el cual ve varios ejemplos de iracundos a quienes la pasión arrastró a grandes excesos. Le despierta luego la fulgurante luz del ángel, que le encamina a la escala por donde se sube al cuarto cerco, del cual no pueden pasar los dos Poetas porque se les echa encima la noche. Para aprovechar el tiempo, Virgilio demuestra a su alumno que el amor es principio de toda virtud y de todo vicio.

Si en los Alpes, lector, te asaltó un día
niebla al través de cuyo espeso ambiente
vieras, cual topo por su tela umbría.[1]

recuerda cómo entrando débilmente
va el globo de la luz por los vapores
que a disiparse empiezan lentamente.

Y ése el modo será de que no ignores
cómo el astro yo vide antes que a ocaso
fuera a esconder sus últimos fulgores.

Así, ajustando al de mi guía el paso,
llegué a salir de las humeantes nubes
cuando el sol en las cimas daba escaso.

Alta imaginación que a veces subes
tan alto en el morral, que ni escuchara
en su arrobo el clarín de cien querubes,

cuando el senso te falta, ¿qué te aclara?
Luz que en el cielo de por sí se forma,
y que el querer de lo alto nos depara.

A la mujer, que de impiedad fue norma,
en la figura mi éxtasis se encuentra
del ave en que su crimen la transforma.[2]

Y aquí con fuerza tal se reconcentra
en sí propia, que nada al alma mía
de las extensas impresiones entra.

Cáeme luego en el alta fantasía
un crucifijo despechado y fiero,
en la actitud en que expiraba un día.[3]

Estaba cerca dél el grande Asuero,
su esposa Ester y el justo advenedizo
Mardoqueo, en sus actos tan entero.

Y cuando el vivo cuadro se deshizo
por sí mismo, cual leve gorgorita
a la que falta el agua que la hizo,

muéstraseme una triste jovencita,[4]
que dice: "¡Oh madre y reina! –y llanto vierte–.
¿Qué furor a morir te precipita?

Moriste de Lavinia por la suerte,
y me has perdido, porque siento ahora
antes la tuya que de aquél la muerte".[5]

Como sueño que rómpese a deshora,
si hiere luz el párpado cerrado
que aun serpenteando en los sentidos mora,

así el arrobo en mí murió apagado,
cuando ardiome en el rostro luz, que ardía
con brillo en nuestro mundo nunca usado.

Yo por ver dónde estaba me envolvía,
cuando uno: "Por aquí se sube", dijo,
y su voz absorbió la atención mía,

y en mí un deseo promovió tan fijo,
que hasta ver de quién era la voz ésa,
no llegara a ceder mi afán prolijo.

Mas como el sol que en nuestros ojos pesa
con la harta luz que a deslumbrarnos vino,
así caía mi potencia opresa.

"Éste es el ángel celeste, que el camino
viene a enseñar, sin que invoquéis su nombre,
y nos le vela el resplandor divino,

y hace con nos cual con sí propio el hombre,[6]
pues cuando aguarda el ruego del que suda;
que lo rechace impío no te asombre.[7]

Hora a tal alta invitación se acuda,
y antes vamos que extíngase el lucero,
que empeño es vano, si la luz no ayuda."

Esto dijo mi guía, y un sendero
nos condujo a los dos hacia una escala,
donde, al llegar al escalón primero,

sentí casi tocarme un golpe de ala,[8]
y ventearme en la faz: *Beati* –sonando–
pacifici qui sunt sine ira mala.

En tanto sobre nos van ya quedando
sólo rayos de sombra precursores,
y estrellas por doquier se van mostrando.

Y entre mí yo exclamaba: "¿Qué temblores,
virtud mía, te dan?" (porque sentía
las fuerzas de mis corvas ser menores).

Éramos do la escala concluía
y do el paso es forzoso que se fije,
como bajel se estanca en la bahía.

Hora a escuchar un tanto se dirige
mi atención, por saber del nuevo asiento,
y vuelto luego a mi maestro, dije:

"Pare en buena hora el pie, mas no tu acento;
y dice, ¡oh dulce padre!, ¿el purgamiento
de qué culpa este cerco facilita?"

Y él: "El amor del bien que se ejercita
con harta lentitud que aquí se llora;[9]
aquí el mal tardo remo bien se agita.

Mas porque claro entiéndaslo tú agora,
con cuidado me escucha, y frutos suaves
cogerás de esta súbita demora".

Y siguió luego con acentos graves:
"Sin amor natural, o de la mente,[10]
no hay creador ni criatura, y tú lo sabes.

Jamás el natural error consiente;
mas puede el otro errar por mal objeto,
o por vigor escaso o excedente.

Mientras al bien primero va concreto,
y en el segundo marcha con mesura,
no puede a vil deleite ser sujeto;

mas cuando al mal se tuerce o se procura
con largo afán los bienes, o con breve,
contra el autor se toma la criatura.

De aquí comprenderás que amor se debe
de toda virtud vuestra la semilla,
como de toda culpa grande o leve.

Y como es del amor verdad sencilla
que no ha de herir allí mismo en quien reside,
no hay odio de sí propio ni mancilla;

y resta, si mi juicio mal no mide,
que al prójimo se aplique lo dañino,
y en el mundo en tres modos se divide.

Hay quien, porque es hollado su vecino,
subir piensa; y por esto solo trama
que baje aquél del próspero destino.

Hay quien gracia y poder, y honor, y fama,
teme que va a perder con que otro ascienda,
y eso le aflige y por su ruina clama.

Y quien de injuria, en fin, tanto se encienda,
que, roído de furia vengadora,
tan sólo al mal de su contrario atienda.

Este triforme malquerer se llora
aquí abajo, y del otro, que vehemente
sin freno corre al bien, te diré agora.

Cada cual busca un bien confusamente
en que reposo encuentre su fatiga,
y por llegar a él lucha impaciente.

Si a verle o conseguirle no os obliga
sino lento querer, en este seno,
después de arrepentidos, se os castiga.

Otro bien hay que al hombre no hace bueno;
que no es felicidad, que no es la pura
esencia, alma y raíz de fruto ameno.

El amor que de sobra dél se cura,
se llora sobre nos en tres esferas;
mas porque así en tres modos se depura,
lo callo, porque tú por ti lo inquieras."

Canto XVIII

Virgilio, interrogado por su alumno, explica la naturaleza del amor, y cómo puede el alma con la razón y el libre albedrío dominar sus apetitos. Después una bandada de espíritus, que están purgando su pereza del bien, viene al encuentro de los Poetas, y dos de los que van delante recuerdan ejemplos de virtud contraria a aquel vicio. El abate de San Cenón anuncia tristes sucesos para Alberto de la Escala, y detrás de él dos almas citan algunos ejemplos de los malos efectos de la pereza. Poco después Dante se queda dormido.

Fin el alto doctor a su argumento
puesto había, y por ver si me mostraba
satisfecho, en mi faz miraba atento.

Y yo, que aun de saber ansioso estaba,
callando en lo exterior, dentro decía:
tal preguntar con su impaciencia acaba.

Mas el de veras padre, que leía
ya mi encubierto y tímido reparo,
con su hablar a mi hablar presta osadía.

Conque dije: "Maestro, el vivo faro
de tu razón me alumbra con tal fuego,
que estoy cuanto describes viendo claro.

Por eso, dulce padre, yo te ruego
me expliques el amor, del que decías
que del bien y del mal produce el fuego".

"Clava –me dijo– en las razones mías
viva la mente, y ve la audacia loca
de los que siendo ciegos se hacen guías.

Desde el nacer el alma a amar provoca[1]
y ágil y presta acude a cuanto place,
no bien el muelle del placer la toca.

En busca del objeto real, verace,
va vuestra mente, y dentro os lo despliega,
y el alma a su atractivo acudir hace.

Y si acude, en efecto, y a él se entrega
ese impulso es amor, nueva Natura
que por medio del goce se os apega.

Y cual la llama que álzase a la altura,
por propia esencia, a remontar creada
a donde más por su materia dura,

así al deseo el ánima entregada,
deseo espiritual ya no reposa
hasta que entra a gozar la prenda amada.

Conque puedes ver cuánto es engañosa
la ilusión del mortal que considera
que es todo amor en sí laudable cosa.

La sustancia tal vez puede primera
ser buena siempre; mas no siempre el sello
sale bueno, aunque impreso en buena cera."

"Con mi atención y tu discurso bello
–respondile– el amor ya he comprendido;
pero aún mis dudas dóblanse por ello.

Que si amor por lo externo es percibido,
y al ánimo no deja otra carrera,
no es culpa suya el ir recto o torcido."

Y él: "Cuanto quepa en vuestra humana esfera
decir podré: lo que de fe proviene,
a que Beatriz te lo descubra espera.

Toda sustancia que diversa tiene
la materia, aunque va con ella unida,
específica ley en sí contiene.

Ésa, cuando no opera, no es sentida;
y se demuestra sólo en el efecto,
cual de la planta en el verdor la vida.

Y se ignora de dónde el intelecto
de las primas nociones y la clave,
y de apetitos el primer afecto;

pues se ejerce en vosotros como sabe
hacer la miel la abeja; y siendo infuso,
por él mi oprobio ni alabanza os cabe.

Y porque hagáis de todo el mejor uso,
en vuestra alma virtud innata asoma,
y es la sonda que al bien y al mal se os puso.

Tal el origen es de do se toma
razón de merecer, según fecundo
amor se sigue o torpe no se doma.

Los que examen han hecho más profundo,
esa virtud innata conocieron,
y la moral con eso han dado al mundo.

Si pues sujetas vuestras almas fueron
a todo amor que interno os atropella,
fuerzas también a resistirlo os dieron.

Al libre arbitrio con el nombre sella
Beatriz de *virtud noble:* haz, pues, alarde
de recordarlo bien, si hablas con ella".

La luna, que asomaba entonces tarde,
ver muy pocas estrellas permitía,
roja cual fondo de caldero que arde;

y el espacio del cielo recorría
que enciende el sol cuando le ve el romano
acabar entre el sardo y corso el día.

Y aquella alma del vate soberano
por quien Piétola[2] a Mantua el nombre pisa,
mi pesado inquirir hizo ya vano.

Conque mi mente, que razón precisa
hubo con mis demandas adquirido,
quedó, como entre sueños, indecisa.

Mas de esa somnolencia fui movido
por gente que avanzar tras de mí creo,
por el aviso de creciente ruido.

Y como Ismén y Asopo,[3] en su rodeo,
ven, de noche, tropel correr furioso
de tebanos que dan culto a Lieo,

así vi yo correr por aquel coso,
y en circular galope, al digno bando
que pican bien querer y amor juicioso.

Y pronto están allí, porque trotando
viene esa turba con presteza extraña;
y dos que al frente van, gritan llorando:

"Corrió veloz María la montaña,[4]
César corrió por someter a Ilerda,
y a Marsella estrechó para ir a España.

Pronto, pronto, que el tiempo nos recuerda
el lento hacer –grita de atrás la gente–.
Por poco amor la gracia no se pierda".

"¡Oh los que así de pecho negligente
expiáis el obrar antiguo lento
con ese tan activo ardor presente!

Éste que vivo está (y a fe no os miento),
al nuevo sol intenta la subida:
mostradnos, pues, la puerta de este asiento."

Estas palabras pronunció mi cuida;
y uno de aquéllos: "Tras nosotros –dijo–
ven, y hallarás muy pronto la salida.

Punzados vamos de aguijón tan fijo,
que parar no podemos: tú perdona
lo descortés a nuestro afán prolijo.

Abad de San Cenón fui yo en Verona[5]
bajo el buen Barbarroja,[6] de quien presa
Milán triste su estrago aún no perdona.

Y existe vivo con el pie en la huesa
quien de esos claustros por tirano fiero
llorará un día lo que el mando pesa;[7]

que al hijo en quien se tuerce el cuerno entero
y el alma mucho más, y que mal nace,
puso allí en vez del guarda, verdadero".

No sé si dice más o se va en pace,
que grande espacio ya corrido tiene;
mas esto que le oí, guardar me place.

Y aquel me dijo que mi ardor sostiene:
"Vuélvete; mira esa pareja brava,
que azote dando a la pereza viene.

Tras todos va gritando: "Entera acaba
la gente a quien el mar abrió sus golas
antes que en el Jordán su grey se lava.[8]

Y las que del dolor las negras olas
hasta el fin no surcaron con Eneas,
en vida sin honor yacieron solas".[9]

Cuando las sombras por acidia reas,
ya de la vista al fin desaparecen,
surgen dentro de mí nuevas ideas;

y otras lanzan aquéllas, y otras crecen,
y de la vaga mente no soy dueño,
y mis ojos se cierran y entumecen,
y el pensamiento se transmuta en sueño.

Canto XIX

Descríbese la misteriosa visión que poco antes de amanecer tuvo Dante dormido. Salen los Poetas al quinto cerco, donde las almas tendidas con el rostro contra la tierra lloran el pecado de la avaricia. Allí se encuentran a Adriano V (de la Casa de los Fiesqui), que responde a las preguntas de Alighieri.

En la hora en que el hálito diurno
ya no entibia los fríos de la luna,[1]
causados por la tierra o por Saturno;

cuando, por vía que aun se muestra bruna,
con el alba el geomanta,[2] en el Oriente,
el signo ve de la mayor fortuna,

a una mujer vi, en sueños balbuciente,
manca de manos, entumida y coja,
bizcos los ojos, pálida la frente.

Yo la miraba; y como el sol afloja
rígidos miembros que la noche enfría,
así mi vista fija de ella arroja

la tumidez; y el habla le volvía
brevemente, y el rostro desmayado
de color amoroso le teñía.

Y así que libre acento hubo ganado,
tal empezó a cantar, que con gran pena
de ella habría mi mente separado.

"Yo –cantaba–, yo soy dulce sirena[3]
que al nauta en medio de la mar desvío:
¡tanto mi voz está de placer llena!

Yo quité a Ulises con el canto mío
de su errante sulcar: al que yo ablando,
de mi lado apartarse es devarío."

Aun estaba su acento resonando,
cuando santa mujer[4] mostróse presta
junto de mí, que la dejó temblando.

"¡Oh Virgilio, Virgilio! ¿Quién es ésta?"
decía con calor; y él avanzaba
fijos los ojos en la dama honesta;

la cual, cogiendo a la otra, le apartaba
las ropas, y su vientre descubría:
yo al hedor despertéme que exhalaba.

Miré en torno, y Virgilio me decía:
"Tres veces te he llamado; álzate y vamos
hallar la puerta que a los altos guía".

En pie me puse, y ya todos los tramos
vi del monte bañarse en luz creciente;
y, de espaldas al sol, a andar echamos.

Tras él iba, y doblaba yo mi frente,
cual quien de ideas llévala cargada,
que de sí forma un medio arco de puente,

cuando escuché: "Venid: he aquí la entrada",
decir con voz benigna, y con dulzura
cual nunca se oye en la mortal morada.

Y abierta el ala, cual de cisne pura,
el que así nos habló nos fue guiando,
entre ambos bordes de la piedra dura.

Después sus plumas me pasó,[5] exclamando:
"¡Cuán dichosos *qui lugent*![6] ¡Qué consuelo
sus nobles almas gozarán temblando!"

"¿Qué tienes, di, que miras hacia el suelo?"
mi caro guía comenzó a decirme,
no bien nos deja el morador del cielo.

Y yo: "Nueva visión viene a invadirme;
y tanto me suspende y me atropella,
que de su red no alcanzo a desasirme".

Y él: "¿No viste la antigua maga aquella
de quien se lloran sobre nos los males?[7]
¿No viste cuál se libra el hombre de ella?

Bástete; y mueve ya los calcañales,
y ve al reclamo del que al orbe entero
mueve las magnas ruedas eternales".

Como halcón que se mira el pie primero,[8]
luego al grito se vuelve, y se endereza
a do le atrae el pasto lisonjero,

así hice yo, marchando con presteza
por donde paso da la roca hendida,
hasta el confín en que la curva empieza.

Y cuando al quinto cerco hallé salida,
vi por su suelo gente que lloraba,
toda allí boca abajo y oprimida;

que entre tales suspiros pronunciaba
Adhæsit pavimento anima mea,[9]
que el sentido a entender no se llegaba.

"¡Oh los que halláis de vuestra pena fea
alivio en la esperanza y alto juicio!
Guiadnos a do el pie subir desea."

"Si ya libres venís de este suplicio,
y más pronto encontrar queréis el vado,
de la diestra seguid siempre al auspicio."

Así rogó el Poeta; y contestado
así le fue después; conque en su acento
me hice cuenta del que era allí postrado.[10]

A mi señor entonces miré atento;
y él con un signo me mostró apacible,
ver en mi rostro y aprobar mi intento.

Conque yo, que mi antojo vi posible,
lleguéme hasta su espalda a esa criatura
que antes por el hablar me fue visible;

"Alma –diciendo– en que el dolor madura
eso sin lo que a Dios nunca se obtiene,[11]
deja un poco por mí tu mayor cura.[12]

Dime qué culpa boca abajo os tiene,
y quién tú fuiste, y si algo dulce o grave
de donde vengo vivo te conviene."

Y él a mí: "Te diré por qué nos cabe
estar de espalda al cielo; mas primero
Quod ego fui succesor Petri, sabe.[13]

Corre entre Sestro y Cláveri ligero
límpido río, y de su nombre en suma
el de la estirpe mía va altanero.

Un mes y días supe lo que abruma
el manto al que de lodo vil le guarda,
que otros pesos con él parecen pluma.

Mi conversión, ¡ay mísero!, fue tarda;
mas con las llaves, el engaño feo
de la vida aprendí falaz, bastarda.

Vi que ni aquieta el alma el sumo empleo,
ni el salvarse es posible en esa vida:
de ésta, por tanto, me abrasó el deseo.

Hasta ese punto alma de Dios huida,
fui triste presa de avaricia larga;
y hora así como ves soy oprimida.

Que el que fue avaro aquí suelta su carga,
de las conversas almas entre el duelo;
y no hay pena en el monte más amarga;

pues como no se alzó la vista al cielo,
fija siempre del mundo en la inmundicia,
la pena aquí nos clava contra el suelo.

Y como en sus prisiones la avaricia
para ejercer el bien nos tuvo atados,
hora aquí nos oprime la justicia.

Y de las manos y los pies ligados,
cuando quiera el Sèñor en sus enojos,
así estamos inmóviles, postrados".

Yo quise hablar, y púseme de hinojos:
pero cuando empecé, mi reverencia
notando por mi voz, no por sus ojos

dijo: "¿Por qué doblarte en mi presencia?"
Y yo: "Por el poder sacro romano,
recta así me lo impone mi conciencia".

Y respondió: "Desdobla el cuerpo, hermano,
que te engañas; consiervo soy, contigo[14]
y con éstos, del mismo Soberano.

Si ya del Evangelio el son amigo
que dice *Neque nubent*[15] no olvidaste,
la causa entenderás de lo que digo.

Vete, pues, y no el tiempo se malgaste;
que con tu estar el tiempo se desvía
con que maduro lo que ya expresaste.

Sobrina tengo allá, dicha Alagía,[16]
buena en sí: ¡que de ejemplos malos pueda
Dios salvarla y salvar la estirpe mía!
Ya en el mundo ella sola es quien me queda."

Canto XX

Separándose los Poetas del Papa Adriano, y continuando su camino, oyen a un espíritu que recuerda varios casos brillantes de la virtud contraria a la avaricia. Dante se acerca a él y le pregunta quién es y por qué sólo enaltece aquellos ejemplos. Él le responde que es Hugo Capeto, y hace una violenta declamación contra los vicios y la iniquidad de su descendencia. Después lo satisface a la otra pregunta, y le cita las escenas que allí se representan de noche, para terror de los avaros. Tiembla el monte, y de todas partes se levanta un cántico de gloria, con lo que se despierta en Alighieri un punzante deseo de averiguar todo aquello.

Menor querer contra mayor no fragua:
así por su placer y contra el mío,
saqué la esponja, sin henchir, del agua.[1]

Y del suelo pisando en lo vacío,
íbamos por do el risco nos comprime,
cual vase en plaza al borde del Saetío.

Que la gente que gota a gota exprime
por los ojos el mal que llena el orbe,
a la parte exterior tendida gime.[2]

Antigua loba,[3] cuya gula absorbe,
pasto de fieras mil, ¡maldita seas,
pues no hallas presa que a tu fauce estorbe!

Cielo, que dicen que en tus giros creas
las mudanzas de acá: ¿vendrá el momento
de segarle las golas giganteas?

Andábamos los dos con paso lento,
y yo fijo en las almas que sentía
sollozar y quejarse en triste acento;

y por suerte escuché: "Dulce María"[4]
ante nos pronunciar con grito y llanto,
a modo de mujer de parto el día;

y proseguir: "Tú fuiste pobre tanto
cual verse pudo en el humilde hospicio
do el peso depusiste dulce y santo".

Y oí seguidamente: "¡Oh buen Fabricio!,[5]
antes pobreza tu virtud demanda
que no tesoros poseer con vicio".

En mi pecho esa voz sonó tan blanda,
que me aparté, para buscar certeza
de alma que parece que la manda.

Y ella honrando seguía la largueza
que Nicolás[6] usó con las Miritas,
para salvar del vicio su pureza.

"¡Oh ánima que tanto bueno citas,
narra quién fuiste, y por qué sola –dije–
esos hechos tan dignos resucitas!

Tendrá tu obra el galardón que exige,
si aun el cielo al camino me conduce
de esta vida que al fin ya se dirige."

Y él: "A cumplir tu gusto no me induce
lo que esperé de allá, sino el que tanta
gracia, aun antes que mueras, en ti luce.

Raíz fui yo del árbol que levanta[7]
tan fatal copa a la cristiana tierra,
que a su sombra se cría rara planta.

Gante, Brujas, Duay,[8] venganza en guerra
habrían, si pudieran, ya tomado;
y yo la invoco del que al impío aterra.

Hugo Capeto el mundo me ha llamado:
los Felipes y Luises por mí han sido,
que de nuevo a la Francia han gobernado.

De un carnicero de París nacido,
yo, al finarse la regia estirpe antiga
(fuera de uno a gris ropa reducido),[9]

del imperio me hallé con la fatiga;
y conquisteme luego poder tanto
y tan grande sostén de gente amiga,

que mi hijo a vestir el viudo manto[10]
pudo llegar; de cuyo tronco emana
la raza a quien consagra el óleo santo.[11]

Mientras que la gran dote provenzana
no quitó la vergüenza a la grey mía,
poco era su valer, mas no era insana.[12]

Allí empezó con fuerza o con falsía
su robo; y (por enmienda)[13] yugo y duelo
llevó a Pontiú, Gascuña y Normandía.

Y Carlos invadió de Italia el suelo;
y mató (por enmienda) a Conradino;[14]
y a Tomás (por enmienda) empujó al cielo.[15]

Y no lejano el tiempo ya imagino
en que muestre quién son con más probanza
otro Carlos,[16] de Francia peregrino.

Sin armas sale, y sólo con la lanza
con que Judas lidió; y abrir con ella,
y a vaciar de Florencia el vientre avanza.

No tierra sacará de esa obra bella,[17]
culpa y deshonra sí, que aun más trasciende
porque el feo revés no le hace mella.

Al otro que del mal preso desciende,
miro vender la hija en trata impura,
como el corsario a las esclavas vende.[18]

¡Oh avaricia! De ti, ¿quién se asegura,
pues has hecho en mi raza tal aquisto,
que de su propia carne no se cura?

Y porque el mal supere a cuanto hay visto,
veo la Lis de Alaña en los torreones,
y en su vicario prisionero a Cristo.[19]

Y los nuevos ultrajes e irrisiones,
y el vinagre y la hiel repetir veo,
y el clavarle en la Cruz entre ladrones.

y del Pilato nuevo el furor leo;
que, no sacio, sin orden, sin rebozo,
da en el templo a su vil codicia empleo.[20]

¡Oh, cuándo, excelso padre, tendré el gozo
de mirar tu vindicta, que reposa
cierta, aunque oculta, en el eterno pozo!

Los ejemplos[21] de aquella única esposa
del Espíritu Santo, que enajenan
tu mente, que en mi busca vino ansiosa,

en todas nuestras preces siempre suenan
durante el día; y desque ya anochece,
temas opuestos nuestros ecos llenan.

Entonces Pigmalión se nos ofrece,
parricida, traidor, ladrón inmundo
por ansia del metal que su hambre acrece.

Y el anhelo de Midas infecundo
que es, satisfecho, a sus tormentos cuerda,
y la eterna irrisión le hace del mundo.

Luego del ciego Acham se nos recuerda
que el despojo robó, y a quien la ira
de Josué impele a do la vida pierda.

Y a su esposo acusamos y a Zafira;
y el callo fuerte que pisó a Heliodoro,
en nuestros ecos por el monte gira.

Polinestor matando a Polidoro
allí sale; y por fin se grita: "Craso,
di, pues lo sabes, a qué sabe el oro".

Y ya el uno habla extenso, el otro escaso,
según que en nuestra mente más se clava,
ora el terrible o el doliente caso.

Y no a lo que de día aquí se alaba
antes solo era yo; sino que cerca
de este espacio otra voz no resonaba".[22]

Dijo; y no bien partimos, y con terca
voluntad a arrostrar el pie se inclina
el camino que a lo alto nos acerca;

cuando sentí, cual cosa que se arruina,
temblar el monte, y me entumí en los hielos
que al triste invaden que a morir camina.

No con vaivén tan fuerte tembló Delos,
antes que allí Latona hiciese el nido
do parió los dos ojos de los cielos.

Acentos luego oí, que a su tronido
al lado mío a mi guardián traían,
diciéndome: "No temas, de ti cuido".

Gloria in excelsis Deo, repetían
todos; y porque es cerca el eco intenso,
comprender las palabras se podían.

Yo hasta el fin del temblor, en pasmo inmenso,
cual los simples pastores que aquel canto
primero oyeron, me quedé en suspenso.[23]

Luego seguimos nuestro viaje santo
viendo a las almas, boca abajo en tierra,
vueltas de nuevo a su obligado llanto.

Nunca, si mi memoria aquí no yerra,
deseo de saber tan vivamente
por vencer mi ignorancia me dio guerra,[24]

como el que en ese instante el alma siente.
Mas del guía lo impide el paso activo,
y no llega a acertar mi propia mente;
conque tímido marcho, y pensativo.

Canto XXI

Mientras los Poetas marchan apresuradamente hacia la escala, se oyen saludar por una sombra que va detrás de ellos. Dicha sombra, después de un corto diálogo con Virgilio, explica los motivos del temblor del monte, y quién es ella y cuáles fueron las circunstancias de su vida.

Esa sed natural que no se sacia
sino con aquel agua[1] que la oscura
Samaritana demandó por gracia,

me ahogaba, y tras mi guía la presura
me echó al camino de ánimas henchido,
de su pena sintiendo la amargura.

Cual Cristo, del sepulcro ya salido,
a los dos que a Emaús iban mostrose,
según por Lucas explicado ha sido,[2]

así tras nos de pronto apareciose
uno, mirando al pie la grey que yace,[3]
y hasta que habló, que estaba no advirtiose.

Y dijo: "Dios, hermanos, os dé pace".
Y nos volvimos súbito, y Virgilio
le dio respuesta como siempre hace.

Y le añadió: "Que al celestial concilio
te alce el Juez de los juicios verdaderos,
que a mí me aparta con eterno exilio".

Y él (porque entonces íbamos ligeros):
"Si sois almas que arriba Dios no admite,
¿por qué tan raudos vais por sus linderos?"

Y mi doctor: "El signo te acredite
que en éste ves, y el querubín perfila,
que con los buenos ir se le permite.[4]

Mas como la que día y noche hila[5]
no a gastarle llegó toda la lana
que Cloto a cada cual junta y apila,

a su alma (de la tuya y mía hermana)
hasta acá subir sola no la es dado,
porque no goza ley de sombra vana.

Así yo del Averno fui sacado
para enseñarle hasta el postrer recodo,
cual lo haré, mientras pueda acá en mi estado.[6]

Mas ¿por qué, dime, el monte de tal modo
crujió no ha mucho, y con clamor a una,
hasta el húmedo pie resonó todo?"

Tal su demanda fue, tan oportuna,
que de saciar mi anhelo con la idea
encontrose mi sed menos ayuna.

Y empezó aquél; "No el orden que se emplea
de este monte en el ser turbóse en nada,
ni cosa ocurre en él que usual no sea.

De física impresión esta morada
es exenta, y sus leyes sólo mueve
acción del cielo, al cielo encaminada.

Por eso nunca niebla, escarcha, nieve
ni granizo traspasa del querube
la escalerilla de tres gradas breve.

Ni relámpagos ves, ni cruza nube
negra ni azul, ni la hija de Taumante.[7]
cambiando sitio y luz, en arco subo.

Ni aun el seco vapor pasa adelante
de la escala que el pie del monte trunca,
do el vicario de Pedro está flamante.[8]

Trema a veces abajo la espelunca,
mas aunque allá se esconda aire infinita,
acá (como no sé) no tiembla nunca.

Sólo cuando algún alma del delito
se siente pura, y mueve, y endereza;
que entonces al temblor se aduna el grito.

Sólo el querer da fe de la pureza,[9]
y libremente a transmutar de hospicio
él mueve al alma, que a ejercerlo empieza.

Le tuvo siempre: mas el alto juicio
le combatió primero, y contrarresto
como puso al pecar, pone al suplicio.

Y yo que aquí con rostro al cielo opuesto,
cinco lustros yací, tan sólo agora
la voluntad sentí de mejor puesto.

Por eso fue el temblor[10] y voz sonora
que alzó la pía grey al Padre augusto
porque pronto los lleve a donde él mora".

Dijo la sombra, y si se encuentra gusto
tanto en beber, cuanto es la sed ardiente,
juzga tú el gozo que me dio aquel justo.

Y mi guía: "Por fin veo patente
la red que os liga, y cómo se desarme,
y por qué el gaudio y el temblor reciente.

Hora quién fuiste dígnate contarme,
y por qué fue tan larga aquí tu dote
te plazca con palabras explicarme".

"Por el tiempo en que Tito, justo azote[11]
de Dios, vengó las llagas por do oscura
salió la sangre que vendió Iscariote,

con el nombre más claro y que más dura,
allí viví –me respondió la sombra–
célebre asaz, mas sin la gracia pura.

Mi voz que dulce al universo asombra,
llevóme a Roma siendo Tolosacio,
y diome el mirto, y vencedor me nombra.

Aun la gente de allá, me llama Estacio[12]
canté a Tebas, y luego al grande Aquiles,
mas dobleme al segundo peso lacio.[13]

Fuego desde mis años infantiles
en mi pecho prendió la antorcha aquella
que vates con su luz produjo a miles.

De la *Eneida* te digo: madre bella
mía y sola nutriz; poetizando,
paso no di sin apoyarme en ella;

y por haber allá vivido cuando
vivió Virgilio, acá yo pasaría
un año más de los que voy contando."

Aquel dicho hacia mí volvió a mi guía
con faz que sin hablar decía: "calla".
¿Mas quién logró poder cuanto quería?

Que el reír, como el llanto cerca se halla
de la senda pasión que le produce,
y en corazón veraz más pronto estalla.

Así risa de acuerdo en mí reluce;
conque la sombra se calló, y mirome
en los ojos do el alma se trasluce.

Y dijo: "Dios bajo su auspicio tome
tu viaje, que me expliques por qué ha sido
el veloz riso que tu faz pintóme".

De ambas partes aquí vime cogido.
A callar uno, y otro me conjura
a hablar: suspiro, y véome entendido.

Y mi guía: "Depón toda pavura:
habla –me dijo–, y cuéntale ligero
lo que con tanto afán saber procura".

Y yo: "Si mi sonrisa fue primero
de asombro para ti, que más te asombres,
ánima antigua, con mi acento espero.

Éste, por quien se ilustran nuestros nombres,
es el Virgilio aquel de quien sacaste
fuerzas para cantar los dioses y hombres.

Si mi risa a otro móvil achacaste,
lanza el error: fue causa repentina
de ella ese fuego con que dél hablaste".

Y él, a los pies del valle allí se inclina;
y éste: "¿Qué haces? –le dice conmovido–.
Tú eres espíritu y yo sombra mezquina".

Y él, irguiéndose, exclama: "Cuánto ha sido,
mira, mi amor por ti siempre insaciable,
cuando nuestra natura vana olvido,
y tomo a realidad sombra impalpable".

Canto XXII

Al entrar en el sexto giro cuenta Estacio a Virgilio qué pecados le han tenido tanto tiempo en el Purgatorio, y cómo llegó al fin a convertirse a la fe cristiana. Luego Virgilio le da noticias de muchos y grandes personajes que se hallan en el Limbo. Llegados los Poetas al cerco, y habiendo andado algunos pasos a la derecha, hallan un árbol de olorosas manzanas, dentro del cual resuenan voces que recomiendan templanza.

Ya el ángel tras nosotros se quedaba,
de entrar al giro sexto a breve rato,
después que de otra *P* me libertaba;

y dicho nos había el "¡cuán beato
quien ama la justicia!", concluyendo
con el *sitiunt* no más su acento grato.[1]

Y aquí mi cuerpo yo leve sintiendo
más que en los otros cercos, en pos iba
de los raudos espíritus[2] siguiendo,

cuando empezó Virgilio: "Amor que estriba
en honesta ocasión, siempre amor prende,
como salga a la luz su llama activa.

Así desde aquel día en que desciende
al Limbo a compartir nuestro destino
Juvenal,[3] que de ardor por ti se enciende,

te amé tanto, que nadie amor tan fino
tendrá, si no lo ha visto, a otra persona:
¡juzga si hallaré largo este camino!

Mas dime, y como amigo me perdona
si a sobrada confianza suelto el freno,
y como tal conmigo aquí razona:

¿Por qué torpe avaricia entró en tu seno,
y el ingenio humilló que activo labras;
con ciencia tanta de que fuiste lleno?"

En Estacio al principio estas palabras
la risa asoman, y después responde:
"Prueba es de afecto que tu pecho me abras.

Cierto es que a veces hay materia en donde
da ocasión a la duda falso indicio,
porque la causa de verdad se esconde.

Tu pregunta me muestra que haces juicio
de que avaricia allá me ha dominado,
porque sufrir me ves este suplicio.

Sabe que de ella fui tan apartado,
que, por contrario amor, mi desmesura
por millares de lunas he purgado.

Y si no fuera porque hallé mi cura
donde tu indignación exclama entera,
casi en furor con la mortal criatura:

"¡A qué excesos no llevas, hambre fiera
del oro el apetito en los humanos!",
chocando con las moles hoy me viera.[4]

Comprendí entonces que alargar las manos
puédense a derramar, y tiré al suelo[5]
ése, cual los demás vicios tiranos.

¡Cuántos resucitar miro sin pelo,[6]
porque ignorancia de que así se peca,
ya en vida, ya al morir, les duerme el celo!

Y sabe que la culpa en que se trueca
por contrapuesta acción algún pecado,
aquí también con él su savia seca.

Por eso a mí, si a depurarme he estado
entre la grey que la avaricia llora,
la contrapuesta culpa me ha llevado".

"Tú entonces al cantar la lid traidora
causa del doble duelo de Yocasta[7]
–el bucólico vate dijo agora–,

con tu invocar, que en Clío se malgasta,
das muestra de que en ti no resplandece
la fe sin la que honesto obrar no basta.

Y si es así, ¿qué sol desoscurece
tu razón, o qué luz, que enderezarte
tu barco al Pescador que te amanece?"

Y él respondió: "Primero tú me enviaste
a beber de Castalia cristalina,
y después sobre Dios tú me inspiraste.

Fuiste cual quien de noche va y camina
llevando atrás la luz, y no la goza,
y a su espalda a los otros ilumina,

cuando dijiste: "El siglo se remoza:[8]
justa primera edad baja al humano,
y en nueva prole el cielo se alboroza"

Poeta fui por ti, por ti cristiano;
mas porque lo que pinto mejor veas,
a colorirlo extenderé mi mano.

Ya del mundo llenaba las ideas
la sacra fe que siembran y hacen viva
enviados de las cumbres Eliseas.[9]

Y tu revelación, que toqué arriba,
con la voz concordaba de esos santos,
y yo por su uso a visitarlos iba.

Y en su virtud hallé prodigios tantos,
que cuando Domiciano[10] persiguiolos,
el llanto mío acompañó a sus llantos.

Mientras viví, mi afecto socorriolos;
y sus rectas costumbres, su dulzura,
moviéronme a estimar sus cultos solos.

y primero que al griego en la llanura
canté de Tebas, recibí el bautismo,
mas fui cristiano oculto, por pavura.

Y ostenté largo tiempo el paganismo;
y cuatrocientos años en el cuarto
cerco me tuvo mi retardo mismo.[11]

Tú, pues, por quien del cielo adonde parto
se me mostró la gracia que redime,
mientras tiempo de hablar tenemos harto,

¿dó están nuestro Terencio[12] antiguo, dime,
Cecilio, Plauto y Varro? Si lo sabes,
y si réprobos son, ¿su alma dó gime?"

Y él: "Ésos y yo y Persio y otros suaves
cantores habitamos con el griego
padre y monarca de los cantos graves.

Y en la primer región del reino ciego,
¡qué de veces hablábamos del monte[13]
de las nutrices nuestras dulce apego!

Eran con nos Agato, Anacreonte,
Eurípides, Simónides, y cuantos
astros son del heleno ancho horizonte.

Allí están, de los hijos de tus cantos,
Deyofila, y Antígona, y Argía,
Y tu Ismenia, cual fue, siempre entre llantos.[14]

La que al sediento rey llevó a Langía;[15]
Tetos,[16] y la hija de Tiresias[17] duro,
y allí con sus hermanas Deidamía".[18]

Callaban los dos vates, e inseguro
su mirar todo en torno recorría,
libres de la subida y doble muro.

Iban las cuatro ancelas[19] ya del día
tras el carro, y la quinta iba apuntando
el cuerno del timón al mediodía,

cuando Virgilio: "Pienso que ir marchando
se debe, cual solemos, a la diestra,
y seguir siempre el monte circundando".

Allí, pues, la costumbre fue maestra
y nuestros pasos acertar presumen,
pues su ascenso también el otro[20] muestra.

Ellos el tiempo en razonar consumen,
mientras solo y detrás voy escuchando,
y en mi mente su voz inflama el numen.

Mas suspenden su hablar árbol topando
que del camino en la mitad se emplaza,
cuyos frutos olor esparcen blando.

Como abeto hacia el alto se adelgaza
rama a rama, al revés éste lo hacía,
tal vez porque a treparle no haya traza.

Por donde era cerrada nuestra vía
una agua pura, desde la alta roca,
por sus hojas abajo descendía.

Ya la pareja ilustre al árbol toca,
cuando una voz de la hojarasca densa
gritó;[21] "No al fruto allegaréis la boca".

Y después: "No en su propia gula piensa,
sino en la boda honrar y hacer cumplida,
María, que su amparo hoy os dispensa.

Y las de Roma antigua en su bebida
con agua se contentan, y Danielo
ganó saber y despreció comida.

Y en aquel siglo de oro que vio el suelo,
todo alimento el hombre hizo sabroso,
y halló néctar la sed todo arroyuelo.

Y langostas y miel fueron copioso
manjar en el desierto al buen Bautista;
y por eso tan grande y tan glorioso
lo ofrece el Evangelio a vuestra vista".

Canto XXIII

El hambre y la sed, estimuladas con la vista de árboles cargados de fruta y con la de corrientes cristalinas, purifican en el sexto cerco a los golosos, de quienes se describe la espantosa magrura. Encuéntrase Dante con Forese Donati, que se envanece con la virtud de su viuda y reprende agriamente la inverecundia de las damas florentinas.

Mientras mi vista en el follaje verde
fijaba yo, cual hace quien el día
tras los fugaces pajarillos pierde:

"Hijo –el aun más que padre me decía–,
vamos, que el tiempo que nos dan escaso
es bien se gaste con mejor valía."

Y yo los ojos dirigí, y el paso
al sabio par, que suave tanto hablaba,
que el andar se me hacía menos laso,

cuando oí que entre llanto resonaba:
Domine, labio mea,[1] con lamento
que deleite y angustia derramaba.

Y exclamé: "¿De quién es, padre, ese acento
que suena?" Y él: "Quizá sombras que llenen,
yendo así de su pena el complemento"

Cual peregrinos que pensando vienen,
si encuentran en su vía gente ignota,
la miran, y su paso no detienen;

así tras nos, con rápida derrota
llegando y rebasando, nos miraba
turba de ánimas tácita y devota.[2]

Ojos sin luz, hundidos, enseñaba
cada cual, y faz pálida y tan hueca,
que en el hueso la piel se modelaba.

Ni Erecsitón[3] a forma tan enteca
llegó, cuando en extremo de agonía
le puso el hambre que le enjuga y seca.

Yo, pensando entre mí: "Ve aquí, decía,
la gente que en Sión vio nueva Troya,
cuando a su infante devoró María".[4]

Sus ojos cual anillos son sin joya,
y el que en estas facciones busca el *omo*,
en que no ve la *eme,* mal se apoya.[5]

¿Quién pensaría que de fresco pomo[6]
el olor, y el sonar de una agua pura
causara efecto tal sin saber cómo?

Yo admiraba asombrado esa flacura,
cuya causa aún no me era manifiesta,
su triste piel y escuálida figura,

cuando de lo profundo de la testa
uno los ojos me asestó, y atento
me miró y exclamó: "¿Qué dicha es ésta?"

No dél tuvo en el rostro acuerdaṁiento:
mas hízome su voz que conociese
lo que no vide en él por macilento,

y chispa fue de mis recuerdos ese
rayo de luz; conque en su cara enjuta
volví a encontrar al fin la de Forese.[7]

"¡Ah! No la sarna que la piel me enluta
te canses –me decía– en contemplarme,
y la horrible magrez que me transmuta.

Mejor harás en cuenta de ti darme,
y del que tu persona va guardada;
y no un punto suspendas el hablarme."

"Tu faz que muerta fue por mí llorada,
no menos hora aquí me desconsuela
de verla –respondile– tan trocada.

Mas, ¡por Dios!, dime lo que así te pela:
no exijas que hable yo, que no es caricia
hacer decir al que saber anhela."

Y él comenzó: "De la eternal justicia
virtud desciende al agua, y a la planta
que queda atrás, que así me magnificia.

Toda esa gente que llorando canta
por someter el gusto a torpe gula,
aquí por hambre y sed se torna santa.

A comer y a beber nos estimula
el olor que da el fruto y la onda clara
que gorgoreando entre el verdor pulula.

Y no sólo una vez allí se para;
mas tornando, la pena se renueva,
la pena, que solaz mejor llamara;

que hacia el árbol el mismo afán nos lleva
que *Elí* a clamar alegre llevó a Cristo,
al dar su sangre por los hijos de Eva".

Y yo: "Forese –en demandarle insisto–,
desque el mundo a mejor vida fuiste,
cinco años hasta de hoy pasar no he visto.

Si el poder del pecar antes perdiste,[8]
de la hora extrema en que con Dios nos ata
el buen dolor si en ella nos asiste,

¿cómo hasta aquí llegaste? Yo en la ingrata
espera te creía de allá abajo,
donde tiempo con tiempo se rescata."

Y él: "Con su llanto me acortó el trabajo
Y tan pronto a beber la Nela[9] mía
el dulce absinto del sufrir me trajo.

Su largo duelo, su plegaria pía
me libran de esperar allá en la gola
y de los otros cercos de esta vía.

Porque Dios, en su amor, más acrisola
la viuda a quien tan tierno siempre he amado,
cuanto en el bien obrar está más sola.[10]

Que la Barbagia Sárdica, dechado
de femíneo impudor, no se desdora
de esotra en que a mi muerte la he dejado.

¿Qué más puedo decirte, hermano, ahora?
Ya con mi alcance en lo futuro acecho
tiempo no a fe muy lejos de esta hora,

en que el púlpito veto pondrá estrecho
a tanta descarada florentina
de ir enseñando hasta el pezón del pecho.

¿Qué Bárbara existió, qué Sarracina,
que hubiese menester para ir cubierta
mandato de la Iglesia o disciplina?

Mas si cada impudente fuese cierta
de lo que Dios resérvala en su saña,
su boca para aullar fuera ya abierta.

Porque, si mi antevista no me engaña,
antes han de llorar que apunte el bozo
al infante que hoy cálmase con *ñaña*.[11]

Mas sin saber quién eres dame el gozo:
ve que no sólo yo, sino esta gente
toda del sol que tapas mira el trozo".

Conque yo a él: "Si traes a tu mente
cuál corriste conmigo y yo contigo.[12]
más tu recuerdo te doldrá al presente.

De aquella vida este recto amigo
apartome anteayer, cuando la hermana
de aquél (y apunté al sol) me fue testigo

plena en su luz; y por la villa insana
él me guió de los de veras muertos,
con mi también de veras carne humana.

Luego aquí me han subido sus aciertos,
ascendiendo y rodeando el monte firme
que endereza del mundo los entuertos.

Y dice que su apoyo ha de asistirme
hasta que llegue a do Beatrice mora;
que allá no es dado al infeliz seguirme.

Virgilio es éste de quien te hablo agora
(y le apunté); y esotro, el alma aquella
por quien no ha mucho retembló sonora
vuestra mirada al desprenderse de ella".

Canto XXIV

Forese muestra a los viajeros varias almas de personas que fueron dadas a la gula, y entre ellas la del poeta Bonayunta, lucano, que vaticina a Dante un nuevo amor y le alaba el dulce y nunca oído estilo de sus canciones, y después de predecir oscuramente la muerte de Corso, su hermano, se aparta de los Poetas. Éstos, siguiendo su camino, oyen cerca de un árbol citar ejemplos para terror de los golosos y poco después encuentran el paso y al ángel.

No el decir al andar hace más lento,
ni el andar al decir: los pies volaban
cual barco a quien propicio sopla el viento;

y los que otra vez muertos semejaban,[1]
ciertos de estar yo vivo, asombro extraño
desde sus fosos cóncavos mostraban.

Yo diciendo seguí: "Quizá, en su daño,
se va aquél retrasando, porque aspira[2]
su plática a alargar con el compaño.

Mas, si lo sabes, dó Picarda gira
dice, y si alguna ilustre sombra pena
entre esta flaca grey que así me mira".

"La hermana mía, que entre hermosa y buena
no sé qué fuera más, su conquistado
laurel ya goza en la región serena",[3]

dijo, y siguió: "Decir no está vedado
quién cualquiera es de nos que aquí se junta,
porque el hambre la faz nos ha mudado.[4]

Éste –y el dedo extiende–, Bonayunta[5]
es de Luca; y detrás, el que se agacha
con la faz entre todas más difunta,

fue de la Iglesia esposo, no sin tacha:
en Tours nació,[6] y hoy paga con su ayuno
las anguilas bolsenas y el vernacha".[7]

Me mostró muchos más uno por uno,
y al resonar sus nombres, complacientes,
de enfadarse señal no dio ninguno.

Vi por hambre en vacío usar los dientes
a Ubaldín de la Pila,[8] a Bonifacio,[9]
que empachó con la mitra a tantas gentes.

Y al marqués[10] vi que en Forli tanto espacio
gastó en beber, que hoy purga en abstinencia
lo que allá de licor no se vio sacio.

Mas como el que examina, y preferencia
da a alguno luego, preferí el de Luca,
que de hablarme mostraba su impaciencia.

Y un murmujear de no sé qué Gentuca
se le oía salir por do la llaga[11]
con que le hiere Dis más le encaduca.

"Alma –le dije–, a quien hablarme halaga,
según lo veo en tu faz; habla en seguida,
y que tu hablar a entrambos satisfaga."

"Vive mujer de venda aún no ceñida
–el comenzó–, que hará juzgues placiente
mi ciudad por algunos deprimida.[12]

Ésta mi predicción fija en tu mente,
que hallarás en los hechos su evidencia,
si oscuro fue mi labio murmujiente.

Mas di si hoy tengo a aquel en mi presencia
que dio las nuevas rimas, comenzando:
Mujeres que de amar sabéis la ciencia".[13]

Y respondí: "Yo soy aquel que, cuando
le inspira amor, atiende y va escribiendo
lo que de allí dentro aquél le va dictando".

Y él: "Hermano, el porqué ya bien comprendo
el Notario y Guitón,[14] y yo, la suma
beldad no hallamos de decir sintiendo.

Y claro llego a ver que vuestra pluma
copia del dictador la expresión bella,
y que a la nuestra oscuridad le abruma;

y bien demuestra el que se aparta de ella
lo que dista del uno el otro estilo".
Dice, y cuasi contento el labio sella.

Cual las aves que invernan hacia el Nilo,
a veces en batalla van formadas,
y hacen luego más raudas largo un hilo,

así las que allí son almas penadas,
vuélvense y parten en veloz maniobra,
por gusto o por magrez aligeradas.

Y como el laso por andar le sobra,
ir deja a los demás, y él queda inerte
hasta que el pecho el alentar recobra,

así dejó pasar la escuadra fuerte
Forese, y junto a mí tras ellos iba,
diciendo: "¿Y cuándo volveré yo a verte?"

"No sé –repuse– lo que el cuerpo viva;
mas no mi vuelta ocurrirá tan presto,
que antes no quiera hollar la baja riba.[15]

Porque el lugar donde a vivir fui puesto
se descarna del bien y al mal se lanza,
y ya toca a su término funesto."

Y él: "Deja; que al autor de tal andanza[16]
miro a la cola del corcel, llevado
hacia la valle do el perdón no alcanza.[17]

Y el bruto, cada vez más desbocado,
va creciendo en ardor, hasta que suelta
el sangriento cadáver destrozado.

No por mucho esos globos darán vuelta[18]
–y miró al ciclo– sin que veas claro
lo que dice mi voz en sombra envuelta.[19]

Quédate, pues, adiós, que mucho es caro
el tiempo a nos para que así le agote,
yendo a la par contigo sin reparo."

Cual suele acontecer que sale al trote
de la formada escuadra un caballero
por ganar el honor del primer bote,

de nosotros así, y aun más ligero,
partió Firese; y yo quedé en la vía
con los del Parnaso honor primero,[20]

y cuando ya a distancia le veía,
con los ojos siguiendo su carrera,
y sus palabras con la mente mía,

con los ramos me hallé de otra pomera,
llenos de rica pompa, y ya cercanos,
porque giraba entonces la ladera.[21]

Y a muchos vi debajo alzar las manos,
y algo exclamar hacia do el fruto abulta,
cual rapaces que lanzan gritos vanos,

cuando el ansiado objeto hermana adulta
para aguzar su vívido apetito
le sube cada vez, mas no le oculta.

Y el grupo de pedir marchose ahíto
y al gran tronco llegamos prontamente,
que rechaza clamor, ruego infinito.

"Pasad: no os detengáis ni alcéis la frente;
el árbol está arriba, pasto de Eva,
y esta planta brotó de su simiente."

Así desde el follaje una voz nueva
pronunciaba, y los tres juntos, estrechos,
íbamos cabe el lado que se eleva.

"Recordad bien –decía– a los malfechos
abortos de la nube que arriesgaron
a Teseo oponer los dobles pechos.[22]

Y a los hebreos que a beber se echaron
y Gedeón no quiso en sus legiones
que desde Arad contra Medián bajaron".[23]

Así, al pie de los altos paredones
pasamos, casos de la gula oyendo,
a que siguieron penas y aflicciones.

Y al camino expedito al fin saliendo,
cuando más de mil pasos se adelanta
nuestra terna en silencio discurriendo,

gritó una voz: "¿Qué os lleva en calma tanta,
pensando así a los tres?" Yo sacudime,
como bestia en reposo que se espanta.

Y a ver quién era en atención pusime;
y no vidrio en la fragua tal corusca,
ni es tan rojo metal que en ella gime.

cual uno, que así hablando, nos ofusca:
"Subid, si os place, tuerce aquí la vía
que conduce a la paz al que la busca".

Su faz mis ojos deslumbrado había;
y me volví, por tanto, a mis doctores,
como quien del oír sólo se guía.

Y como, nunciatriz de los albores,
sopla el aura de mayo, del paseo
de la hierba impregnada y de las flores,

en medio de mi frente así el meneo
sentí de un viento cuya blanda pluma
ambrosía exhalaba en dulce oreo.[24]

Y oí: "Feliz el que la gracia suma
así en el pecho siente, que del gusto
y el vapor que despide no se ahúma,
y su apetito arregla a lo que es justo".

Canto XXV

Por la estrecha vía que del sexto cerco conduce al séptimo y último pregunta Dante a su maestro cómo puede ser que se enflaquezcan tanto en un lugar en donde no hay necesidad de alimento natural. Virgilio le responde sin satisfacer bien su curiosidad, y él se dirige entonces a Estacio, el cual le explica la generación del cuerpo humano, la infusión del alma en el mismo y el modo de existir de ésta después de la muerte de aquél. Llegados al cerco, lo hallan todo cubierto de llamas, a excepción del borde externo; y ven moverse en medio de aquel fuego a las almas, cantando un himno, y citando célebres ejemplos de castidad.

Urgía ya el subir: del día el coche[1]
dejaba el meridiano, y le cedía
a Tauro el sol, al Escorpión la noche.

Así nosotros, como aquel que guía
la planta a su destino, y no le apura
ni menester ni obstáculo en la vía,

uno tras otro entramos la abertura,
y a subir se empezó la escala ciega
que no deja ir a dos por su estrechura,

y como el cigüeñín que el ala juega
a intento de volar, y no se atreve
el nido a abandonar, y en él la plega,

yo así con ansia viva, muerta en breve,[2]
de preguntar hasta la acción llegaba
que suele hacer el que a decir se mueve.

Y el padre mío, aunque veloz marchaba,
me dijo: "Del hablar sacude el arco
que has recogido hasto do el fierro acaba".[3]

Aquí la acción completo que antes marco,
y exclamé: "Y cómo enflaquecer se puede
do no es preciso ni el comer más parco?"

Y él: "Recuerda a Meleagro,[4] en quien sucede
que al par del tizo su vivir se apaga;
y el tenaz resistir verás que cede.

Y tu duda tal vez se satisfaga
al pensar que, según tu cuerpo ondea,
en el espejo, así tu imagen vaga.

Mas porque llegue a convicción tu idea,
a Estacio, aquí presente, invito y ruego
que a tu enferma razón médico sea".

Y él: "Si la escena eterna le despliego.
sírvame de disculpa en este trance
que yo a mandatos tuyos nada niego".

Y prosiguió: "Si la palabra mía
escuchas, hijo, y guardas cual se debe,
ella tu mente alumbrará sombría.

lo puro de la sangre[5] que no bebe
de las venas la sed, queda sobrante,
como de mesa opípara relieve.

Toma en el corazón virtud creante
de humanos miembros, cual la tiene aquella
que por las venas corre fecundante.

Y aun más pura, do el labio el pudor sella
baja, y en otra sangre luego cae,
y ocupa el vaso natural con ella.

Y allí común impulso las atrae,
y una espaciente y otra genitora,
por el lugar de que su origen trae;

y obrando juntas se coagula agora,
y el formado embrión luego se aviva
con la eficaz esencia animadora;

y, alma creada, su virtud activa
es de la una planta diferente,
en que aquélla va a ser, y ésta es ya viva.

Luego es tan presta, que se mueve y siente
como seta marina, y se apresura
la potencia a entramar de que es simiente.

La virtud corre aquí por más anchura.
hijo, del corazón del generante
de do a todos los miembros va Natura.

Mas como de animal se hace pensante,
aun no puedes tú; que éste es asunto
que a engañar al más sabio[6] fue bastante.

El posible intelecto aquel disyunto
del ánima creyó, porque no vido
que fuera en vuestro cuerpo órgano a punto.

A la verdad que viene, hora el sentido
atento pon, y sabe que tan cedo
como el cerebro al feto ha enriquecido,

el motor primo lo contempla ledo,
y en obra tanta gózase, y le inspira
espíritu nuevo a celestial remedo,

que cuanto halla de activo hacia sí tira,
y una alma sola con su esencia forma,
y dentro de sí vive, siente y gira.

Y porque a mi decir encuentres norma,
mira cómo el calor del sol en vino,
de la vid con el jugo se transforma.[7]

Cuando consume Láquesis[8] el lino,
suelta el alma la carne, y en potencia
ya lleva en sí lo humano y lo divino.

Y, todo otro sentido en somnolencia,
sienten de acción y vida mayor goce
memoria, voluntad e inteligencia.

Y el alma a un puerto de ambos[9] va veloce,
de propia y rara voluntad movida,
y el sitio que le toca en él conoce.

Y así que allí de ambiente es circuida,
la virtud formadora le hace en torno
forma y tamaño como tuvo en vida.

Y como el aire en húmedo contorno,
por el rayo del sol, que en él refleja,
del iris pinta el matizado adorno,

al alma así su cuerpo le asemeja
el aire que la envuelve circunstante,
e impreso todo en su vapor le deja.

Y después a la llama semejante
que el moverse del fuego sigue lista,
sigue la forma nueva al alma errante.

Y porque la apariencia humana aquista,
sombra se llama, y se organiza luego
todo sentido en ella, hasta la vista.

Así hablamos, reímos y así el ruego
formamos, y el clamor, suspiro y llanto
que del monte turbar viste el sosiego.

Según nos mueve afán, placer, quebranto
u otro pesar, la sombra los figura:
ve aquí por lo que asombro hubiste tanto".

Llegado en esto a la última tortura,
éramos ya, volviendo a la derecha,
donde de otra atención la mente cura.

Allí el borde elevado llamas echa,
y un gran viento del otro las da atajo,
y de sí con su soplo las desecha.

Íbamos, pues, de a uno, con trabajo,
al lado escueto; y yo, temiendo el fuego
de aquella parte, y de ésta el irme abajo.

Y mi guarda decía: "Da sosiego
a los ojos y enfrénalos cuidoso,
que en un punto está aquí perderse el juego".

Summae Deus clementice,[10] en lo copioso
del fuego escuché entonces estar cantando,
y me volví a mirarle presuroso.

Y vi en la llama espíritus andando:
y así mis ojos iban y tornaban,
entre ellos y mis pasos alternando.[11]

Y non cognosco virum,[12] pronunciaban
cerca del fin del himno, a grito lleno,
y otra vez por lo bajo lo empezaban.

Y acabado, también gritaban: "Bueno
a Diana fue el bosque, y dél lanzada
Elice[13] que de amor bebió el veneno".

Y vuelve el canto, y vuelve la gritada
con ejemplos de esposos que a himeneo
guardaron castos la lealtad jurada.

Y ésa es la pena sola, a lo que creo,
que a esas almas ardiendo martiriza;
y que de tales medios al empleo
su llaga mundanal se cicatriza.

Canto XXVI

Los que se embrutecieron en las obscenidades purgan el torpe ardor girando alrededor del monte entre las llamas en dos escuadras opuestas. Habla Dante con Guido Guinicelli, y luego con el célebre poeta provenzal Arnaldo Danielo.

Al marchar por el borde así en hilera,
me advertía mi guarda del barranco
a menudo el peligro y de la hoguera.

El sol me daba sobre el diestro flanco,
y alumbraba ya todo el occidente,
el celeste color cambiando el blanco.

Y yo hacía tornarse más rubente
con mi sombra la llama, en cuyo indicio
vi a muchos al andar poner la mente.

Aquel motivo entre ellos fue propicio
a hablar de mí y decir: "Ése en su juego
no parece en verdad cuerpo ficticio".

Y cuando a mí venir pudieron luego,
se acercaron, atentos siempre al caso
de no salirse del purgante fuego.

"¡Oh tú que más que por el tardo paso,
quizá postrero vas por cortesía,
respóndeme, que en fuego y sed me abraso!

Ni será tu respuesta sólo mía:
que más sed de escucharla tienen éstos
que el indio y el etíope de agua fría:

dinos por qué los rayos interpuestos
así tapas del sol cual si la muerte
no helado hubiera tus mortales restos."

Uno de ellos hablóme de esta suerte:
y al responderle, objeto repentino
de extraña novedad mi vista advierte:

que por medio del férvido camino
gente avanzaba a la encontrada de ésta,
que toda mi intención a llenar vino.

Allí vi de ambas partes correr presta
cada sombra y besarse de una a una,
y alegres irse de tan corta fiesta.

Así en las filas de la escuadra bruna
va con otra a hocicarse cada hormiga,
por saberle el camino y la fortuna.

Y no bien la salud se dan amiga
y antes de que su pie de nuevo corra,
la multitud gritando se fatiga:

"Ve a Sodoma (los nuevos) y a Gomorra";
y los otros: "Pasife entra en la vaca
porque el novillo a su lujuria acorra."

Y cual grullas después, que a la cosaca
Rife[1] van unas y otras a Cirene,[2]
do fuerzas pierde el sol o do las saca,

la una banda se va, la otra se viene,
todos volviendo al canto suspirantes,
y al grito que a sus culpas más conviene.

Y a mí se aproximaron como de antes
los que habíanme atónitos rogado,
la atención retratada en sus semblantes.

Yo, que dos veces vi su afán sobrado,
así empecé: "¡Oh espíritus seguros
de subir cuando os toque a dulce estado!

No quedan juveniles ni maduros
allá los miembros míos, que conmigo
van con su banda linfa y huesos duros.

Por aquí en busca voy de luz y abrigo:
mujer arriba alcánzame la gracia
de entrar viviente en vuestro reino amigo.

Mas así la impaciencia queda sacia
que os turbe más, y el cielo os vivifique
do mayor plenitud de amor se espacia,[3]

decid, porque lo sepa yo y explique,
quiénes sois, y cuál es la otra cuadrilla
que gira contrapuesta el ígneo dique".[4]

Como idiota se asombra y maravilla
el montañés, y mira y enmudece
cuando salvaje y rudo entra en la villa,

cada sombra en su gesto así parece;
mas cuando al cabo su estupor se aplaca,
lo que en pechos de pro breve acaece,

el que antes me habló, dijo con voz flaca:
"Feliz quien, como tú, de este paseo
para mejor vivir ejemplos saca.

Los de adelante el vicio hubieron feo
por el que César triunfador en Roma
se oyó *reina* llamar en vil voceo.[5]

Por eso, cual oíste, de Sodoma
para castigo suyo dan el grito,
y el fuego y la venganza al par los doma.

Nuestro pecado ha sido hermafrodito;
y porque ejemplo fuimos de inmodestia,
como brutos siguiendo el apetito,

al marchar, por oprobio y con molestia,
nos dan que el nombre de la atroz se aclame
que en la armazón bestial mudose en bestia.

Ya sabes nuestra culpa y vicio infame:
hora, si nombres conocer ansías,
ni yo los sé, ni espacio el tiempo dame;[6]

mas darte sí podré noticias mías.
Soy Guido Guinicelli:[7] aquí me purgo
por bien dolerme al acabar mis días".

Cual surgieron la insania de Licurgo
a suspender los hijos de Isipile,[8]
así hice yo, si bien no a tanto surgo,[9]

cuando a sí propio nominarse oíle,
al que por padre mío y de otros tuve
de cuya voz más dulce amor destile.[10]

Y sin oír hablar, absorto estuve,
viéndole largo tiempo pensativo,
que me impide avanzar la ardiente nube.

Cuando apagué de verle el ardor vivo,
pronto ofrecime todo a su deseo,
y por más prueba lo juré expresivo.

Y él: "Ese afecto, que en tus actos veo,
rastro en mi corazón deja tan claro
que no a borrarle bastará el Leteo.

Mas si verdad juró tu labio claro,
nárrame la ocasión por qué demuestras,
con así hablarme y verme, amor tan raro".

Y yo a él: "Por las dulces rimas vuestras,
que, mientras viva el grato uso moderno,
de belleza serán insignes muestras".[11]

Y él: "Hermano, esa sombra que discierno
–y una del dedo me mostró al alcance–
fue mejor fabro del hablar materno.[12]

En verso dulce y prosas de romance
superó a todos: tú a los necios deja
crecer que en gloria el Lemosí le avance.[13]

En lo que oyen no más ponen la oreja,
y sus juicios así forman ambiguos,
y ni arte ni razón los aconseja.

Con Guitón así hicieron los antiguos,
dándole con su charla nombre egregio,
y hoy la verdad sus lauros muestra exiguos.

Hora si tanto gozas privilegio
que puedas ir al claustro soberano
de Cristo es la cabeza del colegio,

dile por mí de un Padrenuestro, hermano,
hasta do en este sitio nos alcanza
en que el pecar no está ya en nuestra mano".[14]

Después, por dar lugar a otro que avanza
allí a su lado, se metió en el fuego,
como al fondo en el agua el pez se lanza.

Y al que surgía adelanteme luego,
tratando que en mis dichos y actos mire
que con afán de conocerle llego;

y este acento escuché que amor le inspire:[15]
Tan m'abbelis votre cortois deman,
ch'eu non puous nim vull a vos cobrire.

Jeu suis Arnalt, che plor e vai cantan:
contrist veu la pesada folor,
et veu jois lo joi ch'espera deman.

Ara vous preu per achella valor,
che us guia al som sens freich e sens calina,
sovegna vous atemprar ma dolor.
Dijo, y se echó en el fuego que le afina.

Canto XXVII

El ángel que guarda el paso advierte a los Poetas que para seguir adelante tienen que entrar en las llamas. Túrbase Dante al oírlo, y titubea, hasta que le decide Virgilio, que le anima y conforta. Introducidos ya en el cóncavo de la escalera, los coge la noche, y Dante se duerme y tiene una visión. Despierto luego, con la luz del día llega al Paraíso terrenal, donde Virgilio le dice que él ya ha cumplido su misión, y que le deja dueño de sus acciones.

Como cuando su luz primera vibra[1]
do vertió su hacedor la sangre pura,
y entra el Ebro en la mar, bajo de Libra,

o de Balanza el Ganges so la altura,
era así el sol; conque expiraba el día,
cuando del ángel vimos la figura.

Fuera del fuego estaba, y repetía
beati mundo corde[2] con sonido
más rico asaz que el nuestro de armonía:

Luego: "No hay paso ya, si a lo encendido
no penetráis: entrad, ánimas santas,
y a los cantos de allá prestad oído".

Dijo, al vernos ya cerca de sus plantas;
conque angustias pasé, que el desdichado
que van vivo a enterrar no sufrió tantas.

Y alcé las manos juntas de asombrado,
y miré al fuego con memoria fuerte
de cómo el cuerpo a muchos vi quemado.

Su amparo al par custodio[3] aquí me advierte,
y Marón: "Hijo caro, en esta vía
tormento puede haber, mas nunca muerte.

Recuerda bien, recuerda,[4] si otro día
sobre aquel Gerión[5] puede salvarte,
hoy, más cerca de Dios, ¿qué no podría?

Créeme: si en la más viva y honda parte
de esta hoguera estuvieses cien mil años,
ni en un pelo llegaras a encalvarte.

Y si piensas te animo con engaños,
anda y toca tú mismo la evidencia,
poniendo allí la punta de tus paños.

Ea, deja el temor –con insistencia
me repetía–, avanza, ve seguro..."
Y yo quieto, y en lid con la conciencia.

Cuando me vio tan obstinado y duro:
"Pues sábelo –exclamó, sintiendo enojos–:
no hay entre ti y Beatriz más que ese muro".

Como al nombre de Tisbe abrió los ojos
Píramo, y la miró ya falleciente,
cuando el moral sus frutos mudó en rojos,[6]

así, domado el resistir vehemente,
volvime al sabio, al nombre aquel querido
que manándome está siempre en la mente;

y él me dijo en irónico sentido:
"¿Conque te quedas?" Y riome el gesto
que se hace al niño por el don vencido.

Aquí al fuego el primero echose presto,
rogando a Estacio que tras mí siguiera,
que ha tiempo entre los dos iba interpuesto.

Cuando fui dentro, echádome yo hubiera
en ardiente cristal por refrescarme:
¡tanto allí sin medida el volcán era!

Y aquel padre de amor, por confortarme,
en mi camino de Beatriz me hablaba,
diciendo que su faz ya iba a mostrarme.

Voz guiándonos iba que cantaba,
a la que, atentos cual sumisa grey,
salimos fuera y do la escala estaba.

Venite, benedicti patris mei,[7]
de entre un foco sonó que resplandece
tal, que abatió mi vista su alta ley.

"El sol se va; la noche ya aparece
–prosiguió–: no os paréis, doblad el paso,
mientras no el Occidente se ennegrece."

Recto iba el corte del peñasco, y raso
hacia donde a mi frente yo cortaba
el reflejo del sol, que era ya escaso.

Y cuando dél muy poco se trepaba,
los tres notamos, por mi sombra extinta,
que el sol tras de nosotros se acostaba.

Y antes que lo que aun es parte distinta
fuese conjunto de tinieblas hecho,
y extendiese la noche igual su tinta,

cada cual de un peldaño se hizo lecho,
porque la ley del monte no se presta
al proseguir como el querer del pecho.

Cual las cabras que a risco y a alta cresta
van, no pastadas en arisco alarde,
y tranquilas y mansas, por la siesta,

yacen rumiando cuando el sol más arde,
guardadas del pastor que el cuerpo inclina
en el bastón con que las rija y guarde;

cual vaquero que en vida campesina
quieto junto a su grey pernocta bruta,
porque no la disperse res dañina,

así éramos los tres en nuestra ruta,
yo cual rumiante; y ellos cual pastores
en la estrechez tendidos de la gruta.

Poco se ven de allí los exteriores:
mas yo por ese poco las estrellas
vía lucir más claras y mayores.

Así rumiando y contemplando en ellas,
cogiome el sueño: el sueño que frecuente
suele trazar del porvenir las huellas.

A la hora, yo creo, que de Oriente
su débil primer luz al monte envía
Venus, de amor fogoso siempre ardiente,[8]

joven hermana ver me parecía,
que iba flores cogiendo por la banda
de un jadín, y cantando así decía:

"Sepa el curioso con quien soy demanda
que soy Lía,[9] y con arte voy moviendo
mis dedos por tejerme una guirnalda.

Aquí al espejo adórnome riendo:
mas mi hermana Raquel[10] no se conforma
si eternamente en él no se está viendo.

Harta nunca se ve de ver su forma,
como yo de adornarme con mis manos,
si ella el ver, yo el obrar tengo por norma".

Del alba los crepúsculos tempranos
dulces al peregrino que los techos
ya ve del patrio hogar menos lejanos,

despejaban del cielo largos trechos
y mi sueño también, y en pie pusime,
viendo a mis altos guías ya derechos.

"La dulce poma[11] porque tanto gimo
el codicioso afán de los mortales,
hoy va a saciar el hambre que te oprime."

Estas palabras, o en el fondo iguales,
me habló Marón, y estrenas o adehalas,
deleites nunca me causaron tales.

Y de ya verme en las divinas salas
tal se dobló mi afán, que a cada huella
sentía por volar crecer las alas.

Cuando vencida fue la escala aquella
y el escalón pisábamos superno,
Virgilio en mí su vista puso bella,

diciendo: "El fuego temporal y eterno,
hijo, ya viste, y has llegado a parte
do por mí solo yo nada discierno.

Con ingenio hasta aquí pude guiarte:
hora por tu albedrío te conduce;
ya aspereza y fragor no han de cansarte,

mira allí el sol que frente a ti reluce;
las flores, hierbas y árboles aquellos
que voluntario el suelo aquí produce.

Mientras que alegres llegan ojos bellos
que a ti venir me hicieron con su lloro,[12]
sentarte puedes y pasearte entre ellos.

Ya no oirás que te aviso o que te exploro:
sano es tu juicio, libre tu persona,[13]
y harás mal en no usar de tu tesoro,
pues te doy sobre ti mitra y corona".[14]

Canto XXVIII

Se describe el Paraíso terrenal. Recréase por algún tiempo el Poeta, hasta que encuentra un riachuelo que le impide pasar más adelante. Entonces se le aparece una mujer prodigiosamente bella, que le explica las circunstancias del lugar y le desvanece ciertas dudas.

Por todas partes de buscar ansioso
del divino vergel la verde gala
que templa al nuevo día el brillo hermoso,

con impaciencia que a mi gozo iguala
entré del prado a hollar con paso lento
suelo que aromas por doquier exhala.

Cuan sopla de Favonio el manso aliento,
mi frente orea y por mi faz desciende
un siempre igual, ligero, dulce viento

que hace sonar las hojas por do hiende,
y los ramos menea hacia la parte
do su primera sombra al monte extiende.[1]

si bien no tan del tronco los departe
que allá a los pajarillos en la copa
turbe en el uso de su genio y arte;

que a la primera luz la alegre tropa
saluda al día en la hojarasca amena
que mueve, por bordón,[2] su verde ropa.

Así de rama en rama un ruido suena
que los pinos, de Quiasco[3] en la marina,
cuando rompe el siroco[4] su cadena.

Por tan adentro, en esto, a la divina
selva llevome el lento paso mío,
que ya por dónde entré, ¿quién adivina?

Y entonces vino a detenerme un río
que a siniestra en suavísima corriente
salpicando iba el césped de rocío.

La onda viva de acá más transparente
fuera turbia con ésta, que ninguna
imagen cela en su cristal luciente,

aunque a todas las horas corre bruna
a la sombra perpetua que los rayos
entran no deja allí de sol ni luna.

Sin traspasar de acá sus bordes gayos,
iban del río allá mis ojos viendo
la estirpe varia de los frescos Mayos,[5]

cuando atrajo mi vista, apareciendo
cual cosa que la mente deja esclava
de admiración, las otras excluyendo,

solita una mujer,[6] que suelta andaba
cantando y escogiendo entre mil flores
de que el suelo a su paso se esmaltaba.

"Bella virgen, que ardiendo estás de amores,
si no engaña la ley de los semblantes,
que suelen ser del alma relatores:

por favor –exclamé–, que te adelantes
con planta bondadosa hacia esta orilla,
porque llegue a mi oído lo que cantes.

Tú a Proserpina acuérdasme sencilla
cuando su madre en flor la perdió a ella,
y ella a las flores y a la luz que brilla".[7]

Como, unidos los pies que en tierra sella
la danzante, girando, espacio ataja,
y no puedes seguir su rauda huella,

volviose así sobre la muelle faja
de roja flor y jalde y amaranto,
cual virgen que las castas luces baja.

Y complaciome, a mí viniendo tanto,
que ya sus ecos escuché no flojos,
y hasta entendí la letra de su canto.

Y cuando fue do perlas por despojos
da el arroyo a la hierba en la penumbra,
hízome el don de levantar los ojos.

No pienso que fulgor tan grande alumbra
las pupilas de Venus, al herilla
Cupido, sin querer, cual no acostumbra.[8]

Ella de pie riendo en la otra orilla
las flores concertaba, en bello avío,
que la alta tierra lanza sin semilla.

Tres pasos apartábanos el río:
mas nunca donde ejemplo el Helesponto
dio Jerjes[9] del humano desvarío,

Leandro se afanó con el remoto
desde Avidos a Sesto,[10] cual me afana
ver que entonces aquél no se abre pronto.

"Mi rosa –ella empezó– tal vez temprana,
pues nuevo sois en este sitio,[11] electo
para ser nido de la estirpe humana,

de asombro es causa y de sospecha efecto:
pero que el salmo *Delectasti*[12] baste
de su niebla a limpiar vuestro intelecto.

Y tú, que estás enfrente y me rogaste,
pregunta a tu placer, pues vine presta
del metal de tu juicio a ser contraste."

"El agua y ruido que oigo en la floresta
mi mente –dije– conciliar no puede
con ciencia que aprendí del todo opuesta".[13]

Y ella: "Te explicaré cómo procede
de tu razón lo que tu asombro hoy hace,
porque tu nudo así se desenrede.

El Sumo Bien, que sólo en sí se place,
bueno hizo al hombre, y de mejor estado
diole este sitio en promisión verace;

si poco moró en él, por su pecado,[14]
su pecado, que en lloro y en tormento
cambió la honesta risa, el dulce agrado.

Así, porque al moverse en su hondo asiento
los vapores del agua y de la tierra,
que buscan siempre al férvido elemento,

no diesen al mortal ninguna guerra,
tanto este monte con el cielo embiste,
que es de ellos libre el ámbito que encierra.

Y porque en torno al suelo en que naciste[15]
de la primera esfera, si no es rota
por algún punto, es donde el aire existe,

en esta altura, que en el éter flota,
hace en la selva un son, como estás viendo,
cuando lo espeso del ramaje azota;

y el árbol, sacudido, va sintiendo,
y de su ser vital el aire abasta,
y el aire, en su girar, lo va esparciendo.

Y la otra tierra,[16] según fina o basta
por su clima o por sí, concibe y crea
frutos, por varia ley, de varia casta.

Esto sentado, concebir tu idea
puede que, sin simiente ni otra guía,
allí una planta aparecer se vea.

Y sabe que esta santa y dulce umbría
llena está toda de semilla y grana,
y da fruto que aquélla nunca cría.

La agua que ves de surtidor no mana,
que algún vapor de tierra o cielo vierte
cual río que caudal o pierde o gana;

que sale de una fuente inmoble y cierta
que del querer del Alto se atesora,
y corre por dos partes descubierta.

Una, virtud contiene bienhechora
que nos quita el recuerdo del pecado;
otra, del bien que hicimos nos memora.

Letes[17] es la que corre de este lado;
Eunoe, la de aquél; y obrar no puede
la una si la otra no has probado,

y de ambas el sabor a todo excede.
Hora, si bien tu sed ya juzgo sacia,
por más que de explicarte mucho quede,

un corolario te daré por gracia:
que, aunque tus dudas ya se disiparon,
no sentirás si aun mi decir se espacia.

Tal vez los que de antiguo poetizaron
del siglo de oro y su vivir riente,
en su Parnaso este jardín soñaron.

Aquí el padre del hombre fue inocente;
aquí es abril y el futuro duradero;
aquí es el néctar de que habló la gente".

Atrás entonces me volví ligero
a mis vates; y vi que con sonrisa
oído habían el decir postrero.
Yo a la joven después torneme aprisa.

Canto XXIX

Mientras el Poeta camina a lo largo del río, siguiendo al mismo paso de la joven que va por la orilla opuesta, ella le advierte que observe con cuidado. Entonces aparece súbitamente un resplandor que atraviesa la selva, y se oye una dulce melodía, a la cual sigue un espectáculo lleno de maravilla y de misterio profundo.

Aquélla, cuyo rostro amor retrata,
así acabó, diciendo dulcemente:
Beati quorum tecta sunt peccata.[1]

Y cual las ninfas que iban sueltamente
por los bosquejos rústicos buscando,
ésta la sombra, aquélla el sol luciente,

moviose entonces contra el río andando,
y yo al par de ella por la orilla ondeante,
mi paso al breve suyo acomodando.

Y de ella centenar no era distante,
cuando, los bordes dando vuelta mucha,
de pronto me encontré cara a Levante,

y aun poco anduve así, y en dulce lucha,
y ya a mí se volvió quien la excitaba,
diciendo: "Hermano mío, ve y escucha".

Y ve aquí que un fulgor se derramaba
de todas partes por la gran floresta:
que pensé que tal vez relampagueaba.

Mas como el lampo es luz que acaba presta,
y estable aquélla cada vez crecía,
clamaba en mi interior: "¿Qué cosa es ésta?"

Y vagaba una dulce melodía
por el aire de luz; conque, en mi celo,
de Eva fatal maldije la osadía.[2]

Pues donde la servían tierra y cielo,
mujer sola, formada tan reciente,
romper a todo arcano quiso el velo

ante el cual, si mostrárase obediente,
de esta mansión gozara las caricias
yo a mi nacer, y luego largamente.

Mientras del gozo eterno las primicias
iba así contemplando embebecido,
y en deseo mayor de aún más delicias,

mostróse ante nosotros, encendido
de hoguera a modo, el aire entre los ramos,
y escuché el son, ya en canto convertido.

¡Musas! Si por vosotras soportamos
fríos, vigilia, sed, males diversos,
vuestra deuda pagad, hoy os buscamos.

Vierta Helicona sus cristales tersos;
abra Urania sus globos de diamantes
porque mi alto pensar explique en versos.

El largo espacio a que éramos distantes
aparecer a nuestra vista hacía
cual siete árboles de oro relumbrantes.

Mas cuando tanta fue mi cercanía
que el engañoso objeto que me afana
nada por la distancia ya perdía,

aquel discurso que del juicio emana[3]
hízome ver que candelabros eran,
y el cantar de las voces era hosana.

Los preciosos adornos reverberan
más que rayos de luna que el sereno
de medianoche al medio mes lucieran.

Yo me volví, de asombro henchido el seno,
a Marón, y él con muestras no dudosas
de admiración también se mostró lleno.

Luego torné a mirar las altas cosas
que hacia nos se movían, mas tan lasas,
que no más lentas van nuevas esposas.[4]

La joven me gritó: "¿Por qué te abrasas
en el anhelo así de la luz pura,
y por lo que hay detrás los ojos pasas?"

Entonces vi que como en guarda y cura
gente cerca vestida iba de blanco,
cual jamás en el mundo fue blancura.

Brillaba a la siniestra el agua un tranco,
y cual espejo fiel me devolvía,
al verle en su cristal, mi izquierdo flanco,

cuando me vi desde la margen mía
sólo el ancho del río estar distante,
pareme por si ver mejor podía.

Y cada antorcha vi marchar delante,
tras sí dejando el aire colorido,
y a manera de flámula flotante.

Con lo que en siete líneas bien distinto
el color era de las tintas solas
que el arco son del sol, de Delia[5] el cinto.

Llegaban hacia atrás las banderolas
más que mi vista; y a mi ver lejanos
iban diez pasos la cabeza y colas.[6]

Adornando su sien lirios tempranos,
al fulgor de esos vivos rosicleres,
de a dos venían veinticuatro ancianos.[7]

Todos cantando van: "¡Bendita Tú eres;:
bendita eternamente tu hermosura:
Tú bendita entre todas las mujeres!"

Cuando las frescas flores y verdura
de la orilla de enfrente, de la huella
quedaron libres de la escuadra pura,

cual sucede en el cielo estrella a estrella,
cuatro animales luego aparecían
con corona de verdes hojas bella.

A cada cual seis alas le salían
con ojos en las plumas, que los de Argos
no brillaron mejor cuando vivían.

No en describir su forma harásme cargos,
que otro asunto, lector, mi voz reclama,
y éste no ha menester ecos más largos.

Lee a Ezequiel, que al relatar se inflama
cómo los vio de la región del frío
venir con nubes y con viento y llama.

Eran cual ellos los del canto mío,
salvo que en las seis alas no conviene,
y yo con Juan en esto me desvío.[8]

Al centro de los cuatro se contiene
carroza con dos ruedas, que arrastraba
un grifo que del cuello uncido viene.

El cual del centro a cada lado alzaba
un ala, y las demás entre las listas,
ígneas; conque su lumbre no tapaba.

Ellas subían ya que no eran vistas:
sus formas, como de águila, eran de oro,
y blancas las demás, de rojo mixtas.

Nunca en Roma de carro tal tesoro
lucir pudieron Escipión ni Augusto;
ni aun el del sol le viera sin desdoro:

aquel de do Faetón cayó combusto,
de la Tierra a las preces lastimeras,
cuando fue Jove en sus arcanos justo.[9]

Tres mujeres danzando van ligeras
a la derecha rueda: una es tan roja,
que entre el fuego su faz no distinguieras;

Otra el fulgor de la esmeralda arroja,
doquiera verde; y la postrera luce
cual nieve que en altura eterna aloja.

Y la blanca o bermeja la conduce;
y el aire de su danza, al canto de ésta,
más rápido o más lento se produce.

A la izquierda otras cuatro van de fiesta,
de púrpura vestidas; y ante el grupo
una va con tres ojos en la testa.

Tras la gran procesión de que me ocupo,
dos viejos vide, a quien no igual ropaje,
si igual aspecto y majestad les cupo.

Parece uno discípulo, en el traje,
de Hipócrates insigne, a quien Natura
dio que a los hombres alargara el viaje.

Tener mostraba el otro opuesto cura,
con una espada de potente juego,[10]
que hasta del río acá me dio pavura.

Vi a cuatro en humildoso aspecto luego,
y tras todos vi a un viejo solo, erguido,
venir durmiendo, con mirar de fuego.

Y uniformes los siete en el vestido
iban con los primeros, mas no iba
su caballo de blanca lis ceñido;

mas de rosas y flor roja tan viva,
que se afirmara a trecho conveniente,
que ardían todos de la ceja arriba.

Y cuando el carro estuvo de mí al frente
sonó un trueno; y el paso por más señas
a acortar empezó la electa gente,
y paráronse allí tropas y enseñas.

Canto XXX

Muéstrase Beatriz entre las festivas aclamaciones y honores de los ángeles. Virgilio ha desaparecido. Dante prorrumpe en llanto. La divina mujer se vuelve a él, se le descubre y le reprende suavemente por su infidelidad y olvido; con lo que el Poeta queda tan turbado y confuso que los mismos ángeles le tienen compasión. Beatriz no se contiene por eso, y para mortificarlo más le manifiesta su ingratitud y sus tristes extravíos.

Cuando ya el Septentrión del primer cielo[1]
que nunca oriente conoció ni ocaso,
ni niebla más que de la culpa el velo,

y que allí a cada uno enseña el caso
de su deber, como el terrestre lo hace
con el nauta que al puerto busca paso,

parose firme: aquella grey verace
de los que entre él y el grifo precedieron,
volviose al carro como a eterna pace.

Y uno, cual nuncio que los cielos dieron,
Veni, sponsa, de Líbano,[2] cantando,
tres veces dijo, y los demás siguieron.

Cual los beatos saldrán, al postrer bando,[3]
ligero cada cual de su caverna,
con la voz recobrada aleluyando,

así detrás de la eternal basterna
respondieron, *ad vocem tanti senis*,[4]
ministros ciento de la vida eterna.

Y dicen: *Benedictus tu qui venis;*
y flor vertiendo sobre sí y en torno,
claman: *Manibus date lilia plenis.*

Cual del día se mira ya el retorno,
la región oriental toda encarnada,
y la otra suave con sereno adorno,

y la cara del sol nacer nublada,
con que el leve espesor de los vapores
deja posarse en ella la mirada,

así entre nube de fragantes flores,
que de manos angélicas deriva,
y caen dentro y fuera, en mil colores,

sobre velo sutil cinta de oliva,
mujer se me mostró[5] con verde manto,
y traje de color de llama viva.

Y el alma mía, que por tiempo tanto
ya no había, temblando a su presencia,
del estupor caído en el quebranto,

sin hallar con los ojos la evidencia,
por atractiva ley, de ella nacida,
de antiguo amor sintió la gran potencia.

Y cuando dio en mi vista la sabida
alta virtud que aun en la infancia pura
abrió en mi corazón inmensa herida,

a izquierda me volví, con la presura
con que el niño a la madre va amansado,
cuando el dolor le aprieta o la pavura,

y díjele a Marón: "No me ha quedado
sin temblar de mi sangre ni una gota:
conozco el fuego del amor pasado".

Mas dejado me había en mi derrota
Virgilio, el dulce y amoroso padre,
aquel Virgilio a quien me dio devota.

Ni el lugar que perdió la antigua madre[6]
pudo impedir que el rostro mío enjuto
el escaldo del lloro no taladre.

"Dante, no así de lágrimas tributo
de Virgilio a la ausencia des ahora:
a otra pena mayor debes el luto."

Como almirante que de popa a prora
su gente excita a que valor no pierda,
y a otras naves de allí rige y explora,

del alto carro hacia la parte izquierda
(cuando volvime al son del nombre mío
que el labio por forzoso aquí recuerda).[7]

vi a la mujer que entre el celeste avío
y la nube de flores se velaba,
tender su vista a mí de allá del río.

Y si bien el cendal que la adornaba,
de Minerva ceñido con la hoja,
distinguir sus facciones no dejaba,

en su actitud, que aun recio enfado arroja,
prosiguió como aquel que grave dice,
y para el fin reserva lo que enoja:

"Mírame bien: yo soy, yo soy Beatrice:
¿cómo el monte a subir fuiste insolente?
¿No sabes tú que el hombre aquí es felice?"[8]

Cayó mi vista en el cristal corriente;
mas vime en él, y la arrastré a la hierba:
¡tanta vergüenza se asomó a mi frente!

Como al hijo aun la madre, si es superba,
causa amargor, mis labios se amargaron
así al sabor de su piedad acerba.

Calló, y presto los ángeles cantaron:
Domine, in te speravi,[9] en dulces sones;
si bien del *pedes meos* no pasaron.

Cual la nieve entre pinos a montones
por la espalda de Italia[10] se congela
soplada por los vientos esclavones,

y líquida después se ablanda y cuela
del africano aliento a los respiros,
cual cera que derrite la candela,

tal estuve sin llanto ni suspiros,
antes del son de los que siempre cantan
de los eternos globos a los giros;

mas cuando oí que voz por mí levantan
en salmo de piedad, como diciendo:
"¿Por qué, mujer, tan dura así le espantas?"

El frío que mi vida iba extinguiendo
hízose aliento y agua, y con fatiga
por la boca y los ojos fue saliendo.

Ella firme, siguiendo de la viga
a la ya expresa parte, así responde
a la voz de los ángeles amiga:

"No por vosotros que vivís en donde
en día eterno, en vigilante celo,
de los siglos el ir no se os esconde,

dar con cuidado mi respuesta anhelo,
sino porque el que gime allá me entienda,
y al igual de la culpa tenga el duelo.

No por celeste influjo que la senda
señala a cada ser de su destino
según el astro que al nacer le atienda,

mas por largueza del favor divino
que en lluvia de tan altas nubes mana,
que seguirla no es dado en su camino,

Dios quiso que éste, en su niñez temprana
tan dócil fuera al bien, que en él se muestre
savia en que toda flor arraigue ufana.

Pero tanto más áspero y silvestre
es un terreno inculto o mal sembrado,
cuanto es mayor su buen vigor terrestre.

Sostúvole algún tiempo mi cuidado,
y al querer de mis ojos infantiles,
por el recto camino fue llevado.

Mas así que tocando a los abriles
de mi segunda edad mudé de vida,[11]
él me dejó, y tornó campañas viles.

Y cuando de la carne desprendida,
más en belleza y en virtud creciera,
menos grata le fui, menos querida.

Y por vía se fue no verdadera,
y a imágenes de falso bien dio cara,
que jamás promisión cumplen entera.

Pedí en vano que el Cielo le inspirara
que en el lecho, en mil partes diferentes,
le amonestó, sin que lección bastara.

Tanto cayó, que fueron ya impotentes
todos los medios de salud más ciertos,
menos mostrarle a las perdidas gentes.[12]

Por eso hollé la puerta de los muertos,
y súplicas a Aquel que aquí le trajo.
llorando dirigí con labios yertos.

Y el decreto de Dios viniera abajo[13]
si el Lete se pasase, y su bebida
gustase pecador, sin el trabajo
siquiera de una lágrima vertida."

Canto XXXI

Continúa Beatriz sus reconvenciones al Poeta, y le estrecha a la confesión de sus extravíos. Preparado así por tanta humillación al mayor de los bienes, le coge Matilde y le sumerge en el río del olvido. Entonces las cuatro virtudes morales, bailando, le pasan el brazo sobre la cabeza y le llevan delante del carro. Después las tres teologales le presentan a Beatriz, y ruegan a ésta que se descubra a Dante; ella lo hace, y el Poeta queda de súbito arrobado ante su divino rostro, que, depuesto el velo, se le ofrece en todo su fulgor.

"¡Oh tú, que allende estás del sacro río!
(dirigiéndome así tu hablar de punta,
que aun de tajo fue duro al pecho mío

en sermón prosiguió que al otro junta);[1]
¿Digo verdad? De culpa tan sobrada
haz confesión, responde a mi pregunta."

Era mi inteligencia tan turbada,
que agitóse mi voz por el deseo,
y en mis fauces se ahogó no desligada.

Y ella esperó y después: "Tus ansias veo,
habla, di, que tu historia miserable
aun no ha borrado el agua del Leteo".

La confusión, el miedo insuperable
tan débil *sí* sacaron de mi boca,
que sin ver, entender no fuera dable.[2]

Cual ballesta que sufre tensión loca
rompe al arco y la cuerda, y con la flecha
en flojo impulso al blanco apenas toca;

yo así estallé, y a la presión estrecha,
rompiendo en hondo sollozar primero,
por su paso la voz salió deshecha.

Conque ella continuó: "Por el sendero
por donde a hallar el bien mi amor te asiste,
fuera del cual ninguno hay verdadero,

¿qué cadena, qué foso inmenso viste
con que de proseguir más adelante
del todo la esperanza así perdiste?

¿Y qué atracción, qué halago penetrante
en los demás hallaste, sin embargo,
que saliste a encontrarlos anhelante?"

Ya del pecho exhalé suspiro amargo,
y así que hube la voz tras el singulto
pronta, y con las palabras al descargo,

llorando dije: "Con su falso bulto
los placeres mis pasos han torcido
no bien me fue vuestro semblante oculto".

Y ella: "No por callarla hubiera sido
tu culpa, o por negarla, menos nota:
que de tan alto Juez todo es sabido.

Pero cuando del propio labio brota
la confesión de culpa en nuestra corte,
la espada celestial su filo embota.

Mas porque la vergüenza se te acorte
del yerro, y otra vez resistas fuerte
a las sirenas sin perder tu norte,

ten el lloro, y la mente a mí convierte,
y oirás cómo a contrario punto has ido
de adonde te debió llevar mi muerte.

Jamás arte y Natura te han placido
como los miembros bellos en que un día
inclusa fui, que hoy son polvo esparcido.

Y si el sumo placer la muerte mía
así te arrebató, ¿qué mortal cosa
excitar ya tus gustos debería?

Pudiste bien de la ilusión dolosa
al primer dardo levantarte al cielo,
tras mí, que no era ya tierra engañosa,

no debiste abatir la pluma al suelo,
nuevo afecto al sentir por jovencilla,
o por otro mortal caduco anhelo.

Una o dos veces cae tierna avecilla:
mas que caiga la ya de plumas vieja,
por flecha, o liga, o red, es maravilla".

Como el rapaz que amonestarse deja,
y arrepentido está mudo escuchando,
bajos los ojos, la paterna queja,

yo estaba; y ella dijo: "Pues llorando
muestras así tu duelo, alza la barba,
y mayor pena sentirás mirando".

No más resiste encina cuando escarba
y arranca su raíz el austral viento,
o el que de la región sopla de Yarba,[3]

que yo el alzar el rostro al mandamiento:
y en su decir "la barba", y no el semblante
bien conocí lo amargo de su intento.[4]

Y de elevar la vista en el instante,
creí ver que las célicas criaturas
parado habían su aspersión fragante.

Y las miradas mías, aún oscuras,
hallaron a Beatriz vuelta a la fiera,
que es sólo una persona en dos naturas;

y aunque en velo, y allende la ribera,
vi mayor su belleza que la antiga,
que a todas las demás acá venciera.[5]

Del arrepentimiento aquí la ortiga
tal me picó, que aquello que fue causa,
de apartarme más de ella, más me hostiga.[6]

Y una atrición mordiome tan sin pausa,
que caí yerto, y como entonces vime,
lo sabe aquella que mi estado causa.

Cuando a la vida retornar sentime,
vi a la joven que de antes hallé sola,[7]
allí junto, diciendo: "A mí te oprime".

Luego me hundió en el río hasta la gola,
y, consigo llevándome, se iba
leve como bajel sobre la ola.

Cuando fui cerca de la beata riba:
Asperges me,[8] se oyó tan dulcemente,
que no sé recordarlo aunque lo escriba.

Ella, abriendo los brazos de repente,
abrazó mi cabeza y sumergiome
hasta hacerme tragar de la corriente.

Y me sacó; y bañado así, llevome
dentro la danza de las cuatro bellas;[9]
y con su brazo cada cual ciñome.

"Somos ninfas de aquí: del cielo estrellas;
y antes de que Beatriz bajara al mundo,
nos eligieron ya por sus doncellas.

Llevarémoste a ella; y el jocundo
brillo de su mirar te harán sufrible
las tres de allá[10] que miran más profundo."

Así cantando, del grifón terrible
ante el pecho consigo me llevaron
do vuelta a nos Beatriz era visible:

"¡Ea, mírala bien! –luego exclamaron–,
frente a las esmeraldas[11] te hemos puesto
que ya dardos de amor a ti lanzaron".

Deseo abrasador moviome presto
a que mi vista en su mirar pusiera,
que en el grito tenaz clavaba en esto.

Como en espejo el sol, la doble fiera
su luz de ella en los ojos refractaba,
ora en divina o natural manera.

Puedes pensar, lector, si me admiraba
viendo que el grifo inmoble allí yacía
y en su espejo figuras mil tomaba.

Mientras de asombro lleno y de alegría,
gustaba el alma del manjar divino,
que saciando de sí, más hambre cría;

mostrando en su ademán su alto destino
las tres salieron que a los suaves cantos
ajustaban, danzando, su camino.

"Vuelve, vuelve, Beatriz, los ojos santos
–tal era su canción– al que en desgracia
atravesó por verte riesgos tantos:

haznos la gracia de mostrar por gracia
al mísero tu faz, porque discierna
de tu beldad segunda la eficacia."

¡Oh fulgor de la vida lumbre eterna!
¿Quién holló tanto de Parnaso el suelo,
o bebió tanta linfa en su cisterna,

que pudiera tender tranquilo el vuelo,
si te osase pintar cual pareciste
allí do el fondo te armoniza el cielo,
cuando a la abierta luz te descubriste?

Canto XXXII

Mientras Dante contempla extático a Beatriz, le vuelve en sí una voz de las Virtudes teologales, y ve aquí que el carro se mueve con toda la comitiva y llega junto a un árbol altísimo y desnudo de hojas, al cual ata el grifo el limón, con lo que la planta reverdece y se llena de flor. El Poeta se duerme al son de un canto dulcísimo; y cuando despierta, ve a Beatriz, con las siete doncellas, sentada, guardando el carro, y aquí se ofrecen al Poeta varias visiones misteriosas sobre el mismo carro.

Era el alma en los ojos, por hartarse
de los diez años que pasó de sedes,
de los demás sentidos sin cuidarse,

y ellos topaban al mirar paredes
de un lado y otro, conque el rostro santo
se los traía a sus antiguas redes;

cuando a la izquierda hiciéronme el quebranto
las tres mujeres que la faz volviera
diciéndome a la vez: "¿Qué miras tanto?"

Y con aquella angustia pasajera
que nos aflije al ver del sol el foco
quedeme un rato sin que nada viera.

Mas luego que la vista se hizo al poco
(y digo poco al mucho comparado
de aquel fulgor que le causó el sofoco),

vi que vuelto se había al diestro lado
el ejército santo a colocarse
al sol y siete antorchas encarado.

Como bajo el escudo, por salvarse,
legión se cubre, fija la bandera,
hasta que acabe el frente de cambiarse,[1]

así la que formada va primera
tropa del reino divo, fue volviendo,
antes que el carro su timón volviera.

Luego a las ruedas las mujeres yendo,
movió el grifón el peso dulce y pío,
ni siquiera sus alas descogiendo.

Y la beldad que me lanzó en el río,
y Estacio y yo, seguimos a la rueda
que arco hacía más corto y más tardío.[2]

Así en la selva que a ninguno hospeda,
por culpa de Eva y del fatal bocado,
íbase al son de voz celeste y leda.

Y cuando hubimos el espacio andado
que de flecha veloz mide tres puntos,[3]
bajó Beatriz del conductor sagrado,

y oí decir: "¡Oh Adán!", a todos juntos,
y los vi buscar árbol, sin verdura,[4]
secos los brazos, de aridez trasuntos.

Su cresta, que aumentábase en anchura
según se alzaba más, fuera admirada
hasta en los indios bosques por su altura.

"Feliz, ¡oh grifo!, tú, de quien picada
no es esa planta, deliciosa al gusto,
y que en el vientre tuércese acedada".[5]

Así en torno al fatal árbol robusto
ellos gritaron; y el biforme alado:
"Así se guarda el germen de lo justo".

Y vuelto hacia el timón de que ha tirado,
de la seca armazón al pie la trae,
y el leño suyo al leño deja atado.[6]

Como las plantas nuestras, cuando atrae
su luz el sol, mezclada con aquella
que del Albur celeste detrás cae,[7]

hinchen su tallo, y cada cual destella
su vívido color, antes que empiece
a acompañarse el sol de nuestra estrella,

así, color tomando que parece
entre violeta y rosa, la gran planta,
antes seca, se anima y reverdece.

Nunca el himno escuché, ni acá se canta,
que esas gentes entonce allí cantaron,
ni oír pude hasta el fin dulzura tanta.

Si pudiera expresar cuál se cerraron,
la historia de Siringa al referirse,[8]
los ojos que ver tanto bien pagaron;

como pintor que al tipo va a ceñirse,
trazara yo cuál me quedé dormido;
mas ¿quién hay que pintar pueda el dormirse?

Conque hora al despertar voy de corrido:
y digo que un fulgor del sueño vano
me sacó, y un clamor: "¡Torna al sentido!"

Como a mirar las flores del manzano,[9]
cuyas pomas son de ángeles sustento
y banquete del Cielo soberano,

fueron Juan, Pedro y Yago,[10] y al acento
cayeron y se alzaron que anonada
su ser primero, y vuelto al sentimiento,

de Moisés y de Elías, amenguada
vieron la deslumbre compañía,[11]
y del Señor la ropa ya cambiada,

yo así me desperté; y aquella pía
mujer vi junto a mí, la condutrice
que en el agua me dio su apoyo y guía.

Y asustado exclamé: "¿ Dó está Beatrice?"
Y ella: "Mírala allí, que en la jocunda
nueva hojarasca siéntase –me dice–.

La compañía ve que la circunda,
los demás tras del grifo al alto ascienden
con más dulce canción y más profunda".

Si más llego a decir, no lo comprenden
mis sentidos, que toda el alma era
en mirarme en los ojos que me encienden.

Sentada está en la tierra verdadera,
como guardia[12] que queda allí del plaustro
que vi yo atar a la biforme fiera.

En torno suyo la formaban claustro
las ninfas siete,[13] en cuya mano he visto,
las luces que a apagar no alcanza el Austro.

"Poco a los hombres vivirás conmisto;
conmigo al goce eterno te apercibe
de aquella Roma[14] en que el Romano es Cristo.

Mas en pro de la gente que mal vive,
pon la vista en el carro, y lo que viere,
cuando vuelvas allá, narra y escribe."

Dijo Beatriz, y sin que más espere,
yo que a sus pies sumiso era y devoto,
vista y mente fijé donde ella quiere.

Nunca de fosca nube, el seno roto,
más raudo el rayo se lanzó, bajando
desde el fondo del Cielo más remoto

como vide yo un águila volando[15]
por el aire bajar, aun la corteza,
cuanto más hoja y flores, destrozando.

Y en el carro chocó con tal rudeza,
que se dobló cual nave sin fortuna
que hinchado mar acuesta o endereza.

Después precipitarse vi en la cuna
de la triunfal basterna una raposa
que del buen pasto parecía ayuna,

y al reprenderle su malicia odiosa,
Beatriz la puso en fuga tan abierta
cuanto era en su magrez posible cosa.

Luego por donde halló primero puerta,
vi que bajaba el águila hasta el arca
que de su pluma al fin dejó cubierta.

Y cual de un pecho que tristeza marca,
voz del Cielo salió, que así decía:
"¡Cuán mala carga llevas, oh mi barca!"

Luego creí que el suelo allí se abría
entre ambas ruedas, un dragón lanzando,
el carro con la cola percudía;

y como avispa su aguijón plegando,
trajo también tras sí parte del fondo;
y alegre, de su acción se fue gozando.

Lo que quedó, como terreno orondo,
que cubre el musgo en olvidada huerta,
cubriose con la pluma, que en el fondo

se echó con fin piadoso, y fue cubierta
la viga y ambas ruedas, en no tanto
tiempo cual tiene un ¡ay! la boca abierta.

Así cambiando el edificio santo,
brotó cabezas que de horror espantan,
tres en la viga y una en cada canto.

Como bueyes las tres cuernos levantan,
y las cuatro uno llevan en la frente:
¡monstruos tan fieros ni los vates cantan!

Segura como roca en cerro ingente,
vi desnuda ramera allí sentada
buscando con los ojos impudente.

Y como para haberla bien guardada,
derecho junto de ella vi un gigante,
y con acción besábanse alternada.

Mas porque su mirar cúpido, errante,
ella me dirigió, de pie a cabeza,
la azotó sin piedad su torpe amante.

Y de sus celos luego en la fiereza,
soltó el carro monstruoso,[16] y por el monte
se lo llevó; y tapome su aspereza
la meretriz y el nuevo mastodonte.

Canto XXXIII

Beatriz anuncia oscuramente al Poeta que se acerca ya un vengador de la Iglesia profanada, que será también restaurador del Imperio. Le manda que escriba lo que ha visto en torno de la mística planta, cuando se halle de vuelta entre los vivos; y después de otros razonamientos, manda que Matilde le sumerja en las aguas del Eunoes, donde también se baña Estacio. Regenerado Dante con aquel baño santo que ha recibido, se siente animosamente dispuesto al viaje del cielo.

Deus, *venerunt gentes*[1] alternando
a tres y a cuatro, en dulce melodía
empezaron las jóvenes llorando;

mientras Beatrice, suspirosa y pía,
las escuchaba con dolor tan ciego,
que la cruz poco más fue el de María.

Y al punto que al hablar le dieron juego,
callando ya las otras, puesta en pie,
así dijo encendida como el fuego:

Modicum, et non videbitis me,[2]
et iterum, ¡oh hermanas mías caras!,
modicum, et vos videbitis me.

Luego a las siete vírgenes preclaras
mandó ir delante, y a su espalda, a Estacio,
a la joven[3] y a mí con señas claras.

Y así empezando a caminar despacio,
diez pasos al medir su pie modesto,
clavó su vista en mí por breve espacio.

Y con sereno rostro: "Ven más presto
–dijo–, porque si hablar quiero contigo,
para entenderme bien estés dispuesto".

Y cuando viome al flanco suyo amigo,
siguió: "Me extraña, hermano, que no intentes
demandarme, viniendo así conmigo".

Como aquellos de sobra reverentes
que, hablando con mayores, apagada
sienten morir la voz entre los dientes,

así me pasó a mí, y en voz truncada
dije: "Sabéis, ¡oh de mis gustos dueña!,
lo que puede mi dicha hacer colmada".

Y ella: "Que borres quiero toda seña
del rubor y temor que en ti se atropa,
para que no hables ya como quien sueña.

La que el dragón rompió sagrada copa
fue y no es;[4] y entienda el que hace el juego
que a vindicta de Dios no alcanza sopa.

Sucesor tendrá al fin, de Italia, al ruego,
el ave que en el carro echó la pluma
que en monstruo le cambió, cazado luego.

Y veo (y narro aquí por verdad suma)
que ya cielo de paz la luz destella
que arrollará doquier nieblas y bruma.

En que un quinientos, cinco, y diez,[5] estrella
de Dios mandaba, abatirá a la impura,
y a su gigante pecador con ella,

porque a tu mente se presenta oscura
cual de Temis o Esfinge, te persuades
que no anuncia mi voz la verdad pura;

mas pronto traerá el Hado sus Nayades[6]
a soltar del Enigma el nudo fuerte,
sin destrozar rebaños ni heredades.

Mis palabras tú anota, y de la suerte
que las oyes, las cuenta a los que viven[7]
el vivir que es correr tras de la muerte.

Y cuida al escribir, que te aperciben
a no ocultar cual viste aquí la planta
de que daños dos veces se perciben.[8]

El que a aquella la roba o la quebranta,
a Dios ofende con blasfemia entera,
que a sólo su servir la creó santa.

Por morderla, en deseo y pena fiera
más de años cinco mil que le redima
quien le impuso el castigo, Adán espera.[9]

Durmiendo está tu ingenio, si no estima
que no sin ocasión tanto has subido,
y tan ancha se extiende por su cima.[10]

Y si no hubiera agua del Elsa sido[11]
tu pensar vano, y tu placer demente,
Píramo que el moral deja teñido,

por aquellos motivos solamente
tendrías por divino justo efecto
la interdicción del árbol moralmente.

Mas porque miro vuelto tu intelecto
en piedra, y que el color pétreo ha tomado
y te ofende la luz de mi hablar recto,

quiero que, si no escrito, en ti grabado
lo lleves bien, por lo que lleva el pío
peregrino el bordón de palma orlado".[12]

Y yo: "Cual sello que estampó con brío
en la cera perfil que no se muda,
sellado habéis en el cerebro mío.

Mas ¿por qué así sobre mi mente ruda
vuestra ansiada palabra tanto vuela,
que más la pierde cuanto más se ayuda?"

"Porque conozco –prosiguió– la escuela
que hubiste y la lección cuya derrota
no sigue, no, la que mi voz revela.

Porque de la impía senda a la devota
hay espacio mayor que el que se pierde
entre el mundo y la esfera más remota".[13]

Y repliqué: "Por mucho que recuerde,
yo no aparté de vos nunca el deseo,
ni la conciencia de ello me remuerde".

"Pues perdiste el recuerdo, y hora veo
–riendo respondió– que has olvidado
que bebiste las aguas del Leteo.

Y como el humo el fuego ha revelado,
este olvido también deja sin duda
que en otro objeto tu atención ha estado.

Mas mi palabra aquí será desnuda
y adecuada, en verdad, lo suficiente
a que pueda ver bien tu vista ruda."

Ya con paso más lento, más fulgente
al meridiano cerco el sol se encara,
que es, según de do miras, diferente;

cuando las siete hermosas, cual se para
tropa que es de su hueste escolta y guía,
si cosa encuentra sospechosa o rara,

al confín se pararon de una umbría
cual las que el Alpe de hojas entoldece,
y negras ramas sobre margen fría;

ante ellas, Tigris y Eufrates[14] parece
que salen en amor de una fontana,
y apartarse después los entristece.

"¡Oh luz, oh gloria de la gente humana!
¿Qué agua es ésta que aquí de un sitio nace,
y una de otra después va tan lejana?"

Y así a mi ruego al punto satisface:
"Pregúntalo a Matilde".[15] Y díjole ella,
como quien por disculpa esfuerzos hace:

"Eso y más cosas a la margen bella
del río le imprimí; y estoy segura
que Leteo no en él borró la huella".

Y Beatriz, "El poder de mayor cura
hace que a veces la menor se borre.
y envuelve la memoria en niebla obscura.

Pero mira al Eunoes, que allí corre;
llévale al punto, y a la usanza vuestra
a su virtud desvanecida acorre".

Como criatura que a negar no diestra,
su gusto del ajeno hace bondosa,
en cuanto leve signo se lo muestra,

así, no bien mi mano asió la hermosa,
movió ligera el pie, y al grave Estacio:
"Ven con él", dijo en actitud donosa.

Si tuviera, lector, más largo espacio
de escribir, el beber cantara en parte
de que no pude nunca verme sacio.

Mas el asunto ya, cual lo comparte
mi cántiga segunda, al fin cumplido.
mi andar detiene con su freno el arte.

Yo, como arbusto joven revestido
con nuestra lozanía de hojas bellas,
volví del baño santo refundido,
curo y pronto a subir a las estrellas.[16]

NOTAS

CANTO I

[1] Esta alegoría significa que el Poeta, para tratar asunto menos doloroso, menos horrible que el del Infierno, cambia de estilo y le suaviza y le levanta, aunque no tanto como en el Paraíso. El Infierno ha sido el canto de la ira; el Purgatorio lo será del amor y de la esperanza. A las blasfemias sucederán las alabanzas de Dios, y a la furia de los dolores una dulce y melancólica tristeza. La figura material del Purgatorio es la de un monte que, elevándose de las aguas del otro hemisferio, figura un cono truncado en su cima, al cual circundan once rellanos circulares, comprendiéndose entre ellos el suelo de la isla. Los cuatro primeros constituyen el Antepurgatorio, donde se detienen hasta que son admitidas a la expiación, cuatro especies de almas negligentes. Los otros siete forman el Purgatorio, y en cada uno se purga uno de los siete pecados capitales. Sobre la cima, que es llana, estará la siempre verde y amenísima floresta del Paraíso Terrenal. Los poetas suben de cerco en cerco por ciertas escaleras, que se les hacen tanto menos fatigosas cuanto más avanzan hacia la cima.

[2] Calíope, es la Musa que preside a los versos heroicos.

[3] Éstas son las hijas de Pierio, que habiendo provocado a las Musas a cantar con ellas a porfía, y habiendo sido vencidas, fueron convertidas en urracas.

[4] Esto es, hasta el primer cielo gigante, que es el de las estrellas fijas; quiere decir, hasta el último horizonte.

[5] La estrella de Venus, que con su luz, mucho mayor que la de *Los Peces,* eclipsaba a esta constelación, que la precedía por hallarse el sol en Aries.

[6] Este polo es el Antártico, que está a la derecha de todo el que mira hacia Oriente desde cualquiera de los dos hemisferios. Las cuatro estrellas deben de ser una alegoría de las cuatro virtudes cardinales.

[7] Este personaje es Catón, a quien supone el Poeta que iluminan las cuatro virtudes cardinales.

[8] Alude al arroyo subterráneo que les sirvió de guía, siguiéndole contra su curso, para salir a ver las estrellas.

[9] Quiere decir que el hablar movió la venerable barba y éste es un modo de decir de índole latina, propio respecto a Catón. Horacio por ejemplo dice: *Inesperata tuœ cum veniet pluma superbiae.*

[10] Parece monstruoso a primera vista que Dante, contra todo cuanto enseña la Teología, haya puesto en este lugar, y como custodio de él, a Catón de Utica, pagano y suicida; pero no lo es si se observa que Catón es aquí sólo una figura *del alma libre*

del cuerpo por aniquilación evangélica a lo que Platón mismo llamó *la calamidad del alma*. El Catón histórico lanzó la vida materialmente por el amor de la libertad civil. El Catón alegórico domina y sujeta en sí los impulsos de la carne para no servir a sus torpes apetitos y ser libre para la contemplación de la verdad y para el ejercicio de la virtud. El primer Catón es modelo de ciudadano fuerte y bueno, como el segundo lo es del perfecto cristiano: los dos quieren la libertad, los dos aman a la patria; pero el primero está adherido al tiempo y a la Tierra; y el segundo mira a la eternidad y al Cielo. Así, pues, este Catón alegórico está aquí admirablemente colocado como maestro de las almas que quieren libertarse de los tristes efectos de la viciada Naturaleza para hacerse dignas de la eterna gracia, y para ejemplo vivo de cómo se ama verdaderamente a la patria, y cómo donde no hay virtud no puede haber libertad.

11 Marcia era mujer de Catón, que la cedió a Hortensio para que tuviese en ella hijos; pero, muerto Hortensio, volvió Marcia a Catón. Y le rogó la tornase de nuevo. Son bellísimos los versos de Lucano sobre este asunto en el libro segundo de *La Farsalia*. También es de recordar aquí lo que dice Dante en el tratado cuarto de *Il Convitto*, y se vendrá mejor en conocimiento de que este Catón es la figura del alma liberada de la materia así como Marcia presenta la Naturaleza humana en sus defectos e imperfecciones.

12 El río Aqueronte.

13 Los juncos son símbolo de la humildad.

14 Quiere decir que deben rodear el monte como lo recorre el sol de Levante a Poniente.

15 Hasta este punto estuvo de rodillas.

16 Estos versos son imitación de este de Virgilio: *Humentemque Aurora polo dimoverat umbram*, y de este otro: *Splendi tremuli sub lumine pontus*.

17 Porque Ulises, aunque entró a navegarlas, no pudo salir de ellas.

18 Es imitación de Virgilio, que dice en el sexto libro de la *Eneida: Primo avulso non deficit alter.*

CANTO II

1 Esto es lo mismo que decir: "El horizonte, cuyo meridiano cubre a Jerusalén en su más alto punto"; pues se supone que todo lugar tiene su horizonte, el cual tiene un arco que pasa por su cenit. Ahora bien: diciendo el Poeta que el sol llegaba al horizonte occidental de Jerusalén, quiere expresar que aparecía naciente en la montaña del Purgatorio.

2 La noche que aquí se personifica no es más que la sombra de la tierra opuesta al sol.

3 Hay que hacerse cargo de la geografía de los tiempos de Dante. Con arreglo a ella, se supone que el horizonte de Jerusalén es un meridiano de las Indias occidentales significadas por el Ganges, que corre en ellas.

4 Quiere significar aquí los tres colores que aparecen en el cielo antes de la salida del sol: esto es, el blanco de la hora matutina, el rojo de la aurora y el anaranjado que precede a la presentación de aquel astro.

5 Porque si volviera al Purgatorio sería señal de que se habría salvado.

6 En *Il Convitto* explica Dante el principio de este salmo del modo siguiente: "Espiritualmente se entiende que a la salida del alma del pecado se ha hecho sana y libre en su albedrío."

7 Capricornio se ha separado de Aries, donde estaba el sol, una cuarta parte de la

esfera; aunque si Capricornio había pasado el meridiano, ese mismo espacio debía el sol de haberse levantado del Oriente. En suma: llevaban los Poetas dos horas de sol.

8 El Poeta usa la palabra saetas por rayos de sol, imitando siempre a los latinos. Horacio dice: *Metuende certa, Phœbe, Sagita*; y Lucrecio: *Lucida tela diei.*

9 Excelente músico florentino, gran amigo de Dante, que era también entendido en este arte.

10 Para que, corrigiéndome de mis servicios, merezca luego, cuando muera, volver al sitio en que estoy; esto es, al Purgatorio.

11 Por lo que se colige que hacía mucho tiempo que Casella había muerto.

12 El Jubileo, según la bula de Bonifacio VIII, que lo instituye *in perpetuo*, dura tres meses, desde Navidad hasta el plenilunio de marzo.

13 El Tíber "haciendo salada su corriente", quiere decir, entrando en el mar.

14 Al que no va al Infierno.

15 Así empieza una bellísima canción filosófica de Dante publicada en su *Convitto*, y que parece fúe puesta en música por Casella.

CANTO III

1 Según veremos más adelante, en el Canto XXI, cuando las almas se han libertado del engaño de los sentidos y de las pasiones, sienten una imperiosa necesidad de ir a pagar el merecido martirio; y esta necesidad no es menos potente que la que sienten en seguida de ir subiendo al Cielo.

2 Porque no veía la sombra de Virgilio, se creía abandonado por él. Esta idea de que las almas no hacen sombra cuando no las acompaña ya el cuerpo, la repite el Poeta muchas más veces de lo necesario.

3 Si el sol se había levantado dos horas en el Purgatorio, igual espacio de tiempo debería de hacer que se había puesto en Jerusalén, antípoda suyo; y en Italia, punto tan occidental respecto de esta ciudad, habría de faltar una hora para que se pusiera; en suma: *dominaba el Héspero*; esto es, era ya la caída de la tarde.

4 El cuerpo de Virgilio fue trasladado a Nápoles desde Brindis, donde murió el Poeta.

5 Según Aristóteles, la demostración es de dos modos: el uno, *propter quod*, que es cuando los efectos se deducen de las causas; el otro, *quia,* cuando las causas se demuestran por los efectos.

6 Dos sitios en el territorio de Génova; el primero, a Levante, y el segundo, a Poniente, donde hay montes muy altos y escarpados.

7 Dante no podía haber conocido a Manfredo, porque la batalla de Benevento, en que murió, ocurrió en 26 de febrero de 1266 y Dante nació en mayo de 1265.

8 Manfredo fue hijo natural de Federico II.

9 Constanza, hija de Rogerio, rey de Sicilia, y mujer del emperador Enrique V, padre de Federico II.

10 Se llamó también Constanza, como la abuela, y fue mujer de Pedro de Aragón, que ocupó el trono de Sicilia después de las famosas Vísperas de 1282.

11 Alude al matrimonio de Constanza con Pedro III, rey de Aragón; y con la expresión "a Aragón y Sicilia da corona", quiere decir "da soberano".

12 El arzobispo de Cosenza fue enviado por el Papa Clemente IV al rey Carlos para moverlo contra Manfredo. A esta persecución llama *caza* el Poeta, porque el historiador Saba Malespini llamó *caza* a todo lo que cayó en poder de Carlos de Anjou después de la derrota de Manfredo: *et de sua venatione pater ipse,* etcétera.

13 Como murió excomulgado, fue enterrado fuera de sagrado, y sobre su enterramiento (junto al puente) cada individuo del ejército fue echando su piedra. Luego fueron sus despojos trasladados junto al río Verde por mandato del mismo arzobispo.

14 Supone el Poeta que los huesos fueron dejados al descubierto.

15 Da a entender que el que muere excomulgado tiene que pasar fuera del Purgatorio un espacio de tiempo treinta veces mayor que el que vivió en contumacia con la Santa Iglesia, aunque este número puede disminuirse por las devotas oraciones de los vivos.

CANTO IV

1 Alude a los filósofos, que suponen que el hombre tiene tres almas: una, que reside en el hígado, y la llaman *vegetativa*; otra, la *sensitiva*, que dirige el corazón, y, por fin, la *intelectiva*, que está en el cerebro.

2 Porque el sol, que poco antes de esta conversación estaba a poco más de treinta grados, lo vio el Poeta en un instante a cincuenta; con lo que da a entender que en aquel coloquio había gastado una hora sin sentirlo, y eran ya tres horas y un tercio de sol.

3 Le señalan la salida que les rogó que le enseñaran. (Véase el verso vigésimo sexto del canto III.)

4 Da a entender que había visto muchos parajes difíciles y fatigosos de subir, pero que no eran nada comparados con aquél. Sanleo es ciudad sobre un monte en el ducado de Urbino. Nobi es otra ciudad situada en lo bajo, al pie de grandes montes, ya en la marina, en el Genovesado, entre Finale y Sabona. Bismantua es una altísima montaña del territorio de Regio, en Lombardía.

5 Quiere decir que el declive de esa altura respecto de su plano horizontal era bastante mayor de cuarenta y cinco grados; esto es, que se acercaba mucho a la perpendicular.

6 Siendo aquel monte antípoda de Jerusalén (ciudad situada más acá del trópico de Cáncer), el sol nacía entre nosotros y el Aquilón; al contrario de lo que sucede en nuestro hemisferio, donde nace entre nosotros y el Austro, punto diametralmente opuesto.

7 La constelación llamada Géminis.

8 El sol, porque, según manifiesta Dante en el *Convitto*, refleja más que ninguna otra criatura la luz del gran Hacedor.

9 Si estando el sol en el Zodíaco en el punto equinoccial se le ofrecía a Dante tan cerca de los Osas, sin duda que si hubiera estado en Géminis, junto al trópico de Cáncer, habría visto al Zodíaco girar ardiente más próximo al Septentrion, habiéndose entonces separado del Ecuador hacia ese polo casi 25 grados.

10 La línea de la Elíptica.

11 Dice le *vio* (hacia el Mediodía), refiriéndose al tiempo en que los judíos tenían allí su reino antes de su fatal dispersión.

12 Aquí están los que por habitual indolencia retardaron su conversión hasta lo último de su vida.

13 Belacua, fue un excelente constructor de instrumentos de música, pero hombre muy negligente y perezoso.

14 Cuando toca el sol al meridiano del monte del Purgatorio, situado en medio del hemisferio austral, es medianoche en Jerusalén, punto antípoda y principio de noche

en Marruecos, que se supone al confín occidental de nuestro hemisferio, que para el Purgatorio viene a ser el oriental; y de la parte opuesta, esto es, sobre el Ganges, es el amanecer.

CANTO V

1 Dice a la izquierda, porque si, deteniéndose y vuelto el rostro hacia baja playa, veían subiendo el sol a su izquierda, es claro que, levantándose y siguiendo camino monte arriba, debían de tenerlo a la derecha, y, por consiguiente, la sombra a la izquierda.

2 Son los tardíos que, sorprendidos por la muerte violenta, se convirtieron a Dios en el último instante.

3 Porque recordará su memoria entre los vivos, que rogarán a Dios por ellos.

4 Éste es Jacobo del Cásero, natural de Fano, a quien Azón VIII de Este, mandó matar en Oriaco, ciudad del paduano, cuando iba como podestá a Milán. Azón le odiaba porque, ejerciendo aquel mismo cargo en Bolonia, dicho Cásero se opuso a sus tentativas de apoderarse de la ciudad.

5 En aquel suelo paduano, que llama gloria de Antenores, porque Antenor fue quien fundó a Padua.

6 Mira es un sitio a orilla de un canal que sale del Brenta; y huyendo por allí no hubiera encontrado aquel pantano donde se atolló, teniendo que caer en manos de los sicarios del marqués de Azón de Este.

7 Juana era su esposa. Él combatió contra los güelfos en Campaldino, donde murió, sin que después apareciese su cadáver. Es, pues, verosímil que sea inventiva del Poeta la relación de su muerte que hace el mismo Buonconte. Creo oportuno decir aquí que Dante estuvo en este combate entre los soldados de Caballería de la parte güelfa, que mandaba Américo de Narbona. Los aretinos, que ayudaban a los gibelinos, eran mandados por Guillermo de los Pazis, su obispo. Este combate, que ganaron los güelfos, se dio en 11 de junio de 1289. La República decretó que se dedicase una iglesia en Florencia en honor de San Bernabé para recuerdo de aquella victoria.

8 El yermo donde está el convento de los Camandulenses.

9 Donde se junta con el Arno.

10 Quiere decir: por un sólo instante que me roba (esto es, el arrepentimiento), tú te llevas lo eterno, que es el alma; pues verás cómo trato yo lo mortal, que es el cuerpo.

11 El Arno.

12 Soltó sus brazos, de los cuales, al morir, había hecho una cruz sobre su pecho.

13 Debe de dar a entender los objetos que arrebató en su violenta avenida.

14 La Pía de la familia de los Guastellonis, siendo viuda de un Tolomei, se casó con Paganelo Panoquiesqui, señor del castillo de La Pietra. Parece que éste causó su muerte a fuerza de mal trato.

CANTO VI

1 Este juego debía, sin duda, de jugarse en público y con tres dados. El Poeta lo llamó juego *della Zara*.

2 Micer Benicasa, de Arezo, jurisconsulto sabio, siendo segundo del podestá de Siena, había condenado a muerte a un hermano de Güin de Taco y a un sobrino llamado Turito de Turrita, porque había robado en camino real. El dicho Güin, que ejercía el mismo oficio de bandolero, fue algún tiempo después a Roma, en donde

Benicasa desempeñaba entonces las funciones de auditor de la Rota, y tuvo la audacia de penetrar en su casa y cortarle la cabeza, con la cual se volvió a las marismas de Siena, sitio en que de ordinario cometía sus fechorías.

3 Fue un joven aretino llamado Gucio de los Farlatis, que yendo en persecución de otra familia llamada de los Bóstolis fue precipitado al Arno por su caballo y se ahogó en ese río.

4 Federico Novelo, hijo del conde Guido de Batifoli, fue muerto por uno de los Bóstolis, llamado Fornayolo.

5 Farinata de los Escornigianos fue muerto por sus enemigos, y esta muerte dio ocasión a mostrar gran fortaleza a Marsuco, su padre, el cual, siendo ya hermano menor franciscano, sufrió aquella desgracia con levantado ánimo, asistió a las exequias de su hijo y exhortó a la familia a hacer paces con el homicida. Añaden algunos que llevó a tal punto la virtud cristiana, que llegó a besarle la mano. Pedro de Dante dice que el matador fue Becio de Caprona. Manzoni ha imitado este rasgo, y lo atribuye a fray Cristóbal en su novela *Los novios*.

6 Algunos creen que era de la familia de los Albertis, traidoramente asesinado por los suyos. Otros lo suponen hijo del conde Napoleón de Cerbaya, y dicen que fue muerto por su tío el conde Alberto de Margona.

7 Pedro de la Brosia, nacido en Turena, de una oscura familia, fue cirujano del rey San Luis, y bajo Felipe III, *el Atrevido*, llegó a tan gran favor, que nada se hacía sino por su consejo, lo que le acarreó la envidia de los cortesanos y después el odio de María de Brabante, segunda mujer de Felipe, que se lo cobró excesivo por el amor que Pedro profesaba a los hijos del rey habidos en su primer matrimonio con Isabel de Aragón. Fue acusado no se sabe a punto fijo de qué delito, y condenado, aunque inocente, fue ahorcado el año 1276.

8 Da a entender que por aquel delito bien necesita la de Brabante ganar con oraciones el no verse en peor sitio que el Purgatorio, en donde está su víctima Pedro de la Brosia.

9 Aquí hace un cargo Dante a Virgilio porque ha puesto en boca de la Sibila, en el libro sexto de la *Eneida*, esta máxima: *Desine fata Deum flecti sperare precando*; al cual le contesta Virgilio: que lo que él decía era exacto, porque entonces las oraciones no podían obtener resultado ninguno, porque todos los pecadores habían de ir forzosamente al Infierno, no existiendo el Purgatorio; pero que después de la venida de Jesucristo, los ruegos de los vivos pueden abreviar el purgatorio de las almas, lo cual no entenderá muy bien si no se lo dice Beatriz; esto es, la santa luz de la teología, que seguía el entendimiento hacia la verdad.

10 El sol. Los poetas subían al monte por la parte oriental; así que, circulando su disco hacia Poniente, claro es que el monte debía de proyectar su sombra en el sitio por donde caminaban.

11 Esta sombra grave y majestuosa que da lugar a esa admirable comparación y a este trozo entero de poesía, uno de los más celebrados del poema, es la de Sordelo, poeta mantuano a quien se atribuye un libro titulado *El tesoro del tesoro*. En ninguna parte el Poeta se ha mostrado más franco y decidido gibelino que en este arranque de la más vigorosa inspiración, en que increpa a Alberto, hijo de Roberto, que subió al trono imperial en 1298, y al cual llamó César. Fue el primero de la Casa de Austria elegido para el Imperio y nunca quiso pasar a Italia, y se negó a sostener a los desterrados gibelinos. Sin duda por esto parece como que lo amenaza el Poeta, y en la expresión "Sobre ti caiga el fallo justo", parece que alude a la muerte violenta que le dio su sobrino Juan de Austria en 1308.

12 Nobles familias de Orvieto, del bando gibelino. Los Capuletos y Montescos lo eran de Verona, del mismo partido.

13 Condado en la Marisma Sienesa, y entonces feudo del Imperio, que se hallaba en un estado de inseguridad suma, por el triste gobierno de su Conde y la negligencia del emperador.

14 Jove, en la acepción de *Pater juris*, como idea verdadera que encierra el ente creador y moderador del Universo, es aquí Dios, en el estilo metafórico de Dante.

15 Amarga ironía, con la que da a entender que, de cuanto dice en general sobre los vicios de Italia, le corresponde gran parte a su Florencia.

CANTO VII

1 Virgilio murió bajo el reinado de Octavio César Augusto.

2 Más adelante se verá que Sordelo era mantuano.

3 "Sin que me alumbre el sol de la verdadera fe ni aun al tiempo de mi muerte."

4 En los Limbos, donde están también las almas de los niños que no han recibido el bautismo.

5 Las tres Virtudes teologales. Las otras de que más abajo se habla son las cardinales: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza.

6 Daremos de una vez la explicación correspondiente a todos los personajes que figuran desde aquí hasta el fin de este canto. El emperador Rodolfo era el padre del emperador Alberto, y reinó veinte años. Habiendo dado una batalla en 1278 a Otocaro, rey de Bohemia, le venció; pero en seguida dio el mismo Rodolfo la mano de su hija al hijo del vencido, y le devolvió su reino. Wenceslao es este hijo de Otocaro. La sombra del que Dante califica de *chato* es la de Felipe III de Francia, hijo de San Luis, que murió en Perpiñán, después de haber perdido *(desflorando las lises)* un gran combate naval. El que está derecho hablando con él *tan noble* es Enrique III, rey de Navarra. El membrudo de voz sonora es Pedro III, rey de Aragón. El otro de gran nariz es Carlos I de Provenza, rey de las Dos Sicilias. Respecto del jovencillo que tras él se sienta, están divididos los comentadores. Parece lo más probable que sea Alfonso, primogénito de Pedro III; y aunque reinó después de su padre, fue por poco y no dejó sucesión; y sin duda a esto aluden las expresiones: "Si durara por rey", y de: "Bien parece el valor de vaso en vaso". Yago y Federico son los otros hijos de Pedro III, que dice Dante que tuvieron los reinos (el uno de Aragón y el otro de Sicilia), mas no la virtud, que era la mejor herencia que pudieran haber tenido de su padre. El esposo de Constanza es el mismo Pedro III; y Beatriz, hija del conde de Provenza, y Margarita, hija de Eudón de Borgoña, aquélla primero y ésta después, fueron esposas de Carlos de Anjou, hermano de San Luis. El rey de *vida tan bendita* es Enrique III de Inglaterra, que aunque buen hombre, era poco apto para el gobierno; así que su reinado fue turbado por rebeliones y tumultos, y en una de ellas (en 1258) los barones, a cuya cabeza estaba el conde Leicester, le vendieron, y no se hubiese salvado si no hubiese sido por su hijo Eduardo I (*más venturoso en su progenie invicta*), que le libertó y devolvió el trono. Guillermo es el marqués de Monferrato, que por no ser de sangre real está allá más abajo sentado en tierra. Fue hecho prisionero por los de Alejandría, en la Pulla, y murió en su prisión; y dice el Poeta que por él la guerra hace del *Canavés* y *Monferrato* un yermo, aludiendo a la que se siguió entro los alejandrinos y los hijos del marqués para vengar a su padre.

CANTO VIII

1 El himno de San Ambrosio, que, según el ritual romano, se canta al terminar completas.

2 Sin punta, porque a la Justicia divina puede suavizársela por la misericordia.

3 En el color verde alude a la Esperanza, con la cual venían aquellos ángeles a confortar a esas almas.

4 Nino, de la familia Visconti, pisano, juez del Juzgado de Gallura, sobrino del conde Ugolino, y uno de los jefes del partido güelfo. Dante le conoció en 1290 en el asedio de Caprona. En 1288 fue arrojado de Pisa, y murió al fin peleando contra los pisanos.

5 Hija de Nino, esposa de Ricardo Camino.

6 Beatriz Marchesota, viuda de Nino, ya entrada en años, dejó la blanca venda (distintivo entonces de las viudas) para casarse con Galeazo Visconti, de Milán, joven de pocos años.

7 Las armas de los Viscontis, de Milán, son una sierpe que vomita un niño. Las de Nino eran un gallo en campo de oro.

8 Son las alfas (estrellas más brillantes) de las constelaciones, el Eridano, el Barco y el Pez austral. Las otras cuatro que se ven por la mañana son las de la Cruz del Sur.

9 Llama *sumo esmalte* a lo más alto del monte esmaltado de flores, y cerca a la provisión de fuerzas necesarias para subir; y con toda la frase quiere dar a entender que le desea la subida felizmente, en pago de que le responda a su pregunta.

10 En el siglo X nació un Conrado, hijo de Obizón Malaspina, que algunos llaman el *Viejo,* muerto en 1250. Éste tuvo cuatro hijos: Mornelo, marqués de Mulazo; Manfredo, marqués de Tovagallo; Federico, marqués de Villafranca, y Alberico. De Mordelo nació Francisquino de Mulazo, que en el año 1306 dio hospitalidad al Poeta en su antiguo castillo, donde se enseñan todavía los restos de una torre que se llama del Dante, y allí cerca hay una casa que conserva siempre su nombre. El Conrado de que aquí se habla debe ser el hijo, de ese nombre, del Federico de Villafranca, que murió en 1294.

CANTO IX

1 En esta pintura de la hora parece que hay alguna contradicción. Por una parte dice Dante que se levantaba la Aurora de los brazos del viejo Titón; y por otra, que la noche había andado dos cuartos de los cuatro de vigilia en que los antiguos la dividían. Sin duda el Poeta, en la primera parte de su descripción, habla del Oriente del otro hemisferio; y en la segunda, del punto en que se hallaba cuando componía sus versos.

2 El signo del Escorpión.

3 Los cinco son: Dante, Virgilio, Sordelo, Nino y Conrado.

4 Alude a la fábula tan conocida de Progne y Filomena.

5 Fue del monte Ida de donde Júpiter, en forma de águila, arrebató a Ganímedes. En esta fábula los antiguos simbolizaron el arrobamiento con que *la Verdad Suma* arrebata a veces nuestros ánimos a la contemplación de su esencia divina; y nuestro Poeta en esta comparación quiere también demostrar los maravillosos efectos de la gracia celestial en aquella alma que, apartándose de la materia, aspira a la Verdad Suma. El águila es el emblema de Lucia, sin cuyo medio no es posible elevarse a Dios: el sueño, la abstracción de los sentidos; el calor sufrido en la esfera de fuego, el amor

vehemente hacía la verdad única, que es el supremo bien una vez conocido; y el monte, en fin, la imagen de la contemplación y elevación del alma sobre las cosas terrenales. Esta Ida, en el concepto del Poeta, es la Santa Iglesia de Cristo, que "está fundada sobre la cima de los montes y levantada sobre todos los collados".

6 Los antiguos creían que existía una esfera del fuego sobre el cielo del aire, e inmediatamente bajo la de la luna, con la cual finge el Poeta que confina la cima del monte Purgatorio.

7 Aquiles, arrebatado a su ayo el centauro Quirón, fue transportado a Esciros al palacio de su rey Licomedes por su madre Tetis; y Ulises le sacó de allí artificiosamente, haciéndole descubrir quién era.

8 No hay que olvidar que Lucia es la gracia divina.

9 *Forma corporis* fue llamada el alma por sentencia de los teólogos en el Concilio de Viena de Francia.

10 Alude al ángel que suele escoltar hasta allí las almas.

11 La puerta es el símbolo de la confesión sacramental; los escalones de diversos colores, las disposiciones necesarias en el pecador para obtener la absolución. El escalón blanco, por ejemplo, es la sinceridad con que se ha de confesar; el verde-azul subido, que está hendido a lo ancho y a lo largo, y es de piedra tosca y calcinada, es la contrición del corazón, con la cual se rompe y quebranta su antigua dureza; y, finalmente, el tercero, de flamante pórfido color de sangre denota el amor de Dios, que debe encenderse como el fuego en el penitente para que se le perdonen sus pecados.

12 Estas siete *PP* son símbolos de los siete pecados capitales.

13 La llave de oro significa la autoridad de absolver los pecados; de plata, que necesita usarse con grande arte y talento, es, según San Crisóstomo, *clavis aperitiones et sermo correctionis quœ increpando culpam detegit,* etcétera.

14 Alude al estridor que supone Lucano que hicieron las puertas del Erario público, en la roca Tarpeya, cuando César mandó que se entrara por fuerza, a cuyo acto tuvo que ceder y alejarse al tribuno Metelo, que se oponía.

CANTO X

1 Alude a la prohibición que en el canto precedente le hizo el ángel de no volver la cabeza; por lo cual no ha podido ver, sino oír que se cierra tras él la puerta.

2 Esto es, donde el monte hace como pared, dejando desde el escaparate hasta allí un relleno circular, que es el primer giro del Purgatorio.

3 El ángel Gabriel.

4 La Virgen María.

5 La vista le dice que aquella gente va cantando, ¡tanta es la propiedad con que está figurada!; pero el oído le dice que no, porque en realidad no se oye canto ninguno.

6 Así se llama el Arca Santa.

7 David aparece en este acto menos que rey, por la humildad con que depone toda majestad; y más que rey, por estar arrebatado de divino amor. Esto es, más que rey a los ojos de la fe, y menos que rey a los del mundo, como lo manifiesta al estarle mirando con tristeza y disgusto Micol desde una ventana de Palacio.

8 Algunos escritores han supuesto que San Gregorio el *Grande* consiguió la gran victoria sobre el demonio de salvar por sus oraciones el alma del emperador Trajano.

9 Sólo Dios es aquel para quien no hay nada nuevo.

CANTO XI

[1] Las almas de los orgullosos, que son castigados en el primer cerco del Purgatorio, en que se purgan los siete pecados capitales.

[2] Alude a que sólo los que tienen apegado a su alma el bien de raíz pueden hacer a Dante oraciones eficaces, porque no valen las de aquellos que están privados de la gracia divina.

[3] Este es Humberto, hijo de Guillermo Aldobrandesqui, de los condes de Santaflor, familia poderosa de la Marisma en Siena. Fue muerto en su país, en Campañatico, por los sieneses, que odiaban su soberbia.

[4] La Tierra, de donde procedemos todos los hombres.

[5] Baja los ojos como confundido por sentirse él mismo remordido por el pecado que allí se castiga.

[6] En París se llamó *enluminure* el arte de miniar con acuarelas un pergamino o marfil, y fue muy hábil en este arte Oberino de Gubio, natural de esta ciudad, en el ducado de Urbino. Fue de la escuela de Cimabue, y empleado en Roma, en compañía de Gioto, en iluminar libros, por el Papa Bonifacio VIII.

[7] Pintor, llamado Franco Boloñés, por nacido en Boloña de Francia, superior a Oderigo.

[8] Estos versos han dado origen al epitafio de Cimabue, escrito en la catedral de Florencia.

[9] Guido Cavalcanti, filósofo y poeta florentino, oscureció la fama de Guido Gineccelli de Bolonia, que escribió antes que él. Gineccelli murió en 1276, y Cavalcanti en 1301.

[10] Los vientos van tomando nombre según la parte de donde soplan.

[11] Los niños, al empezar a balbucir, generalmente llaman *din-din* al dinero y *papa* a la comida.

[12] El andar más lento de las esferas es, según Tolomeo, el de las estrellas fijas, que cumplen su giro en treinta y seis mil años.

[13] El provenzano Salviani, al cual nombra después.

[14] Fue Salviani, gran gibelino, valiente en paz y en guerra, aunque muy altivo y osado. Derrotó en Arbia a los florentinos; pero después Flambertoldo, vicario de Carlos I, rey de las Dos Sicilias y capitán del partido güelfo, le derrotó junto a Valledelsa, le aprisionó y cortó la cabeza, que fue paseada por todo el campo en la punta de una lanza.

[15] Esto es, vaga por el Antepurgatorio.

[16] Salviani, por librar a un amigo suyo de la prisión en que le tenía Carlos de Sicilia que exigía por él diez mil florines de rescate, se presentó en la plaza a pedir limosna *tembloroso por todas sus venas*; expresión vehementísima, con la cual parece que recuerda Dante lo que a él también le ha costado tender la mano a la caridad pública.

[17] Quiere decir que sus conciudadanos le harían sentir pronto la misma humillación, dando lugar a ella con desterrarle y perseguirle.

CANTO XII

[1] Iba el poeta con la cabeza baja, muy pegado al otro que marchaba con el peso, pues sólo en esa postura podía escucharle.

[2] Dicen los comentadores que con la mezcla de ejemplos sacros y profanos quie-

re Dante dar a entender los malos efectos de la soberbia en todo tiempo y bajo toda especie de creencias y costumbres.

3 La Torre de Babel, o de Babilonia, construida en la llanura de Sanaar por Nemrod.

4 Niobe, mujer de Anfión, rey de Tebas, ensoberbecida por su fecundidad por ser madre de siete hijos y siete hijas, se atrevió a insultar con desdén a Latona y a separar de su culto a los tebanos; por lo cual los hijos únicos de la diosa, Apolo y Diana, mataron a flechazos a los catorce suyos.

5 David, en su dolor por la muerte de Saúl, maldijo el monte Gelboé, y desde entonces nunca cae sobre él lluvia ni rocío.

6 Aracne fue convertida en araña por Minerva, a quien se atrevió a compararse por la excelencia de sus tejidos.

7 Quejáronse los de Siquen a Roboam de que eran muy graves los tributos que les había impuesto Salomón, su padre; y él les respondió: "Pues si son muchos yo los doblaré; y si mi padre os sacudía con verga, yo lo haré con ferrados bastones." De resultas de cuya bárbara amenaza y tiranía, se le sublevaron once de las doce tribus que mandaba, y tuvo que escaparse a Jerusalén en un carro, lleno de miedo de que el pueblo lo despedazase.

8 Erifile, mujer de Anfiarao, vendió a su marido por la soberbia de adornarse con un collar que le ofreció Polinice por su traición; y Alcmeón, su hijo, la mató para vengar a su padre.

9 Senaquerib, muerto por sus hijos en el templo cuando estaba orando a los pies de un ídolo.

10 Se dice que Tomiris, reina de los escitas, mandó, después de muerto Ciro, que se le cortara la cabeza y se echara en un vaso lleno de sangre, diciendo: "Sáciate en la sangre de que tanta sed has tenido."

11 Quiere decir que son las doce.

12 Llama a Florencia, por la ironía, *la bien mandada*, y la iglesia de que trata es la de San Miniato; y el Puente, el que está sobre el Arno, y se llama de Rubaconte, por el podestá de este nombre que lo mandó construir.

13 Da a entender que esos tramos que hacen menos agria la subida a la iglesia se hicieron en un tiempo anterior a aquel en que no estaban, como entonces, corrompidas las costumbres hasta el punto de alterarse los registros del libro público de la ciudad. Esto alude a que dos familias, en tiempo de nuestro Poeta, fueron acusadas: la una, de haber arrancado una hoja de aquél, donde podía hallarse la prueba de una picardía; y la otra, de haber falsificado las entradas de dinero y de sal para apropiarse una parte de los productos de este ramo.

14 Del mismo modo que Dante pone este versículo de los pobres de espíritu aquí donde se castiga a los soberbios, hace luego cantar en cada círculo de los pecados capitales la alabanza de la virtud contraria a cada vicio.

CANTO XIII

1 Los Poetas están detenidos en lo alto de la escala. Virgilio, no sabiendo qué camino tomar, se dirige al sol para calcularlo. Como ha pasado de mediodía, el sol está a su derecha. El Poeta se vuelve, pues, hacia esa parte, y para hacerlo tiene fijo el pie derecho, de que hace centro, y mueve alrededor el izquierdo, como la pierna de un compás.

2 Alude a cuando Pílades dijo que él era Orestes para salvar a ese tan caro amigo. Ejemplo de caridad que toma del paganismo para mayor confusión de los malos cristianos.

[3] Lívidos, del color de la envidia, como ha dicho antes de la piedra por donde van andando.

[4] Todavía se ve a los pobres en muchas iglesias de Italia, cuando se gana indulgencia, por cuya causa acude mucha gente, pedir limosna poniendo la cabeza cada uno en el hombro del que le precede, y todos apoyados en pared o barandilla.

[5] Dama principal de Siena, que odiaba tanto a sus conciudadanos, porque la habían desterrado a Colle, que se alegró mucho de la derrota que los florentinos les causaron en Valdelsa, en 1269.

[6] Ermitaño florentino.

[7] Da a entender que teme mucho más la pena de la soberbia, como pasión que le domina, que no la de la envidia.

[8] Los sieneses habían adquirido a costa de grandes esfuerzos el puerto de Telamón, en el Mediterráneo, creyéndose ya por eso sólo grandes marinos, y figurándose sus señores que llegarían con el tiempo a ser grandes almirantes y mandar las mayores y más temibles escuadras; lo cual dice Dante irónicamente que conseguirían tan pronto como encontrar *La Diana,* que era una corriente de agua que los de Siena suponían que pasaba por bajo de su ciudad, y por cuyas investigaciones infructuosas habían gastado, sin provecho, tiempo, fatigas y dinero.

[9] Porque murieron varios en ese puerto de Telamón, a causa de los aires malsanos que allí reinan.

CANTO XIV

[1] Levantar la barba para hablar a alguno es acción común y natural en los ciegos.

[2] Esta sierra son los montes Apeninos, de donde se supone que en lo antiguo se desgajó el Peloro, promontorio de Sicilia. En la misma sierra está el Falterona, montaña donde nace el río Arno.

[3] En aquel punto hay gran concurrencia de aguas, y brotan de una parte el Arno y de la otra el Tíber.

[4] Los que van de Circe a la pastura son los que por sus vicios convertía en bestias aquella maga, y los tenía paciendo en sus pastos.

[5] Éstos son los casentinos; y parece que alude principalmente a los condes Guidos.

[6] Son los aretinos estos que aquí se comparan con los perros pequeñuelos y gruñones, como son los gozques; pueblo es éste que se halla cuando ya el Arno va más crecido.

[7] El río a cuatro leguas de Arezzo, tuerce a Poniente; así, dice el Poeta, con atrevida personificación que les tuerce el hocico a los gozques; esto es, que se aparta de los aretinos en su curso.

[8] Los florentinos, que entonces eran güelfos; y adviértase que *güelfo* significa *lobo.*

[9] Sigue hablando del Arno.

[10] Las zorras, sin iguales por su astucia, son los pisanos.

[11] Es Guido del Duca la sombra que prosigue hablando con su vecino Raniero de Cálboli, aunque quiere que le oigan Virgilio y Dante.

[12] Sigue siempre dirigiéndose a Raniero, de quien era nieto Fulceiro de Cáboli, el cual fue inducido par dinero a perseguir a los blancos siendo podestá de Florencia en 1302.

[13] Alegoría de Florencia muy usada por el Poeta.

[14] Hombre generoso y nobilísimo de Montefieltro. Arrigo de Manardo, digno ciudadano, nacido en Favenza, según unos, y magnífico señor de Rávena, casado con una hija de Esteban, rey de Hungría. Licio de Valbona, benéfico y muy distinguido

caballero de la comarca. Fabro de Lambertazzi, de Bolonia. Bernardino del Fosco, que, aunque de humilde origen, se elevó por su virtud y su mérito. Guido de Praga, que es un arrabal entre Rávena y Favenza. Ugolino de Azo, de la familia de los Ubalinos. Federico Tinioso, gran señor de Rímini. Los Traveseras y los Anastagios, nobilísimas familias de Rávena.

15 Bretiñoro, pequeña ciudad de la Romaña entre Rávena y Lugo. Cómo es un castillo (hoy arruinado) de la misma comarca. Los Paganis, hijos de Mainardo, que era denominado el *Demonio,* y que supone Dante que aun después que muera su padre no podrán ellos restablecer el buen nombre de su familia. Ugolino de Tántoli, honrado señor de Favenza, que no tenía hijos ni herederos.

16 Da a entender que, puesto que aquellas almas nos oían andar y no nos decían nada, era señal de que íbamos por el debido camino.

17 *Omnis qui invenerit me,* son palabras, según el *Génesis,* que pronunció Caín, después que mató a Abel.

18 Aglaura, hija de Cécrope, rey de Atenas, fue convertida en piedra por Mercurio, a quien quiso contrariar en sus amores con su hermana Erse.

19 Borque iba al lado izquierdo de Virgilio, y el miedo del escarpe, que iba haciendo arco, no le permitía otro movimiento.

CANTO XV

1 Quiere decir que faltaban tres horas para acabarse el día.

2 Esto es: sintió que se añadía a la luz del sol, que le daba en la cara, otra que luego se dirá.

3 Este arte es el de la ciencia de la Catóptrica, que explica los efectos de la reflexión de la luz.

4 Palabras de Jesucristo, según San Mateo.

5 Palabras también, aunque no textuales, sacadas del mismo capítulo.

6 Guido de Duca es el que se ha lamentado en el canto anterior de que los hombres gocen de cosas que dañan a otros, y que los apartan de la unión con que deben vivir.

7 Aunque el Poeta no lo ha dicho precisamente respecto de la segunda *P*, debe suponerse que le ha sido ya borrada de la frente, cuando ha entrado en el segundo cerco.

8 *Fili, quid feciste nobis sic?* Palabras de la Santísima Virgen, según San Lucas, cuando encontró a su divino Hijo en el templo, después de tres días que le lloraba perdido.

9 La mujer de Pisistrato (véase a Valerio Máximo) excitaba a su esposo a vengar la injuria que habían hecho a su hija, besándola en público.

10 Atenas, ciudad cuyo patrocinio se disputaban Minerva y Neptuno y de donde procedieron todas las ciencias.

11 San Esteban.

12 Es que no mira sino con los ojos del cuerpo, que ninguna facultad tienen ya cuando aquél pierde la vida.

CANTO XVI

1 Los latinos dividían el tiempo en Calendas, Nones e Idus. Quiere, pues, decir el Poeta, *como si vivieras en el tiempo y no en la eternidad, como nosotros.*

2 Dice Boccaccio que éste fue de los Lombardis de Venecia, hombre de corte y de saber.

[3] Sin duda hay aquí una alegoría que puede interpretarse de diferentes modos. En su obra llamada *Il Convitto*, el Poeta manifiesta que la vida humana debe, a su juicio, dividirse en dos ciudades: la del *Bien vivir* y la del *Mal vivir*, y llama a la primera, la verdadera. En cuanto a la torre, representa según otros, *los deberes principales de la sociedad*; y, según otros *las cosas más necesarias a la vida humana.*

[4] Dios había prohibido a los hebreos que le sacrificaran animales que no tuvieran las dos cualidades de rumiar y de ser bifulcos; y los Padres de la Iglesia dicen que quería significar, por lo de rumiar, que su pueblo debía recibir buena doctrina de sus sacerdotes; y por lo de bifulcos, que éstos debían ofrecerles buenos ejemplos.

[5] Porque de ella se difundió principalmente el cristianismo por toda la Tierra.

[6] Alude al Papa y al emperador.

[7] Conrado de Palazzo fue caballero de Brescia; Gerardo de Camino, de Travieso, y Guido de Castel, de Regio, en Lombardía.

[8] Gayo, hija de Gerardo, era mujer célebre por su hermosura y por sus malas costumbres.

CANTO XVII

[1] Entonces se creía que el topo tenía a modo de una tela sobre la córnea del ojo; y aun generalmente se cree que esos animales no pueden ver por un vicio que tienen en la citada córnea.

[2] Entre los ejemplos a que arrastra la ira, que se ponen a los iracundos, es uno éste de la fábula muy sabida de Progne, que para vengarse de su marido Tereo, que violentó a su hermana Filomena, mató a Itis, hijo de ambos, y se lo dio a comer al mismo padre.

[3] Amán, el infame favorito del rey Asuero, que de orden de éste fue crucificado en la misma horca que él destinaba al justo Mardoqueo.

[4] Lavinia, lamentándose porque Amata, su madre, se ha dado la muerte, no pudiendo sufrir que pasara al poder de Eneas, vencedor de Turno, a quien estaba prometido,

[5] Porque Turno murió después que Amata.

[6] El hombre no espera de sí propio una súplica, sino que se adelanta a prevenir sus propios deseos.

[7] Que el hombre que está esperando en los apuros de su prójimo a que éste le suplique, es que ya está dispuesto a negarse.

[8] Al tocar el ángel con su ala la frente del Poeta, le borra la tercera *P*, que corresponde el pecado de la ira, y le dice: *Beati pacifici*, que con estas otras: *quoniam fili Dei vocabuntur*, son palabras de Jesucristo según San Mateo.

[9] En esta vuelta, que es la cuarta, se purgan de la pereza.

[10] Estos dos géneros del amor, indispensables para la existencia de toda criatura, los considera Dante, al uno como natural y siempre bueno en sí, y al otro como pasión de nuestra voluntad, que, según es bien o mal dirigida, hace nacer en nosotros sentimientos de odio o de afecto. Los de odio son expiados en los tres círculos de soberbia, envidia e ira; así como en este cuarto en que nos hallamos se purga la pereza en seguir el impulso de los sentimientos de afecto. También el exceso de estos sentimientos se convierten en vicios que son castigados en los tres círculos que nos faltan recorrer, que son los de *Avaricia*, *Gula* y *Lujuria.*

CANTO XVIII

1 Virgilio se manifiesta en toda explicación empapado en la doctrina de Platón sobre el amor.

2 Piétola, aldea junto a Mantua, en que nació Virgilio, y a la cual llamaban *Audes* los romanos.

3 Ríos de Beocia, a cuyas márgenes las gentes del país corrían con hachas encendidas para hacerse propicios a Baco, numen tutelar de Tebas y de toda la Beocia.

4 Señala como ejemplos de grande actividad en el afecto el de la Virgen María corriendo a visitar a Santa Isabel con suma celeridad por sitios monstruosos; y el de Julio César acudiendo a poner sitio a Marsilla para lanzarse luego sobre Ilerda (hoy Lérida), después de haber vencido a Afranio, a Petreyo y a un hijo de Pompeyo.

5 Parece que éste se llamaba don Alberto, sujeto de excelentes costumbres, pero muy remiso y tardo en sus resoluciones.

6 Habla irónicamente del emperador Federico I, llamado Barbarroja.

7 Increpa en estos versos a Alberto de la Escala, señor de Milán, que tiranizando el convento de San Sinón, puso en él de abad a su hijo José, bastardo, con torcido y horrible cuerpo, aunque menos feo todavía que su alma. Esta violenta intrusión ocurrió en 1292, siendo Alberto capitán del pueblo.

8 Los israelitas (esto es, aquellos a quienes abrió paso para el Egipto el Mar Rojo separando sus aguas) perecieron sin llegar ellos ni ver llegar al Jordán a sus descendientes.

9 Los troyanos que se quedaron en Sicilia se condenaron a una vida oscura, sin participar de la gloria de que se cubrieron sus compañeros que, siguiendo a Eneas, fundaron el glorioso Imperio romano.

CANTO XIX

1 Poco antes de amanecer.

2 En tiempo de Dante había un arte, que se llamaba de la Geomancia, que consistía en adivinar por medio de puntos marcados en el suelo o en un papel a la casualidad, tirando líneas entre ellas y haciendo ciertos cálculos. Y decían que habían sacado *el signo de la mayor fortuna* cuando la disposición de los puntos resultaba semejante al orden con que se ven las estrellas que componen el fin de la constelación de Acuario y todo Piscis, o, lo que es lo mismo, cuando va a salir el sol.

3 Parece que esta sirena es la mentira.

4 Esta santa mujer debe ser la verdad.

5 Con esta acción el ángel borra de la frente del Poeta la cuarta *P*, esto es, el pecado de la pereza.

6 Ésta es la sentencia de Jesucristo: *Beati que lugent, quoniam ipsi consolabuntur.*

7 Quiere dar a entender la *mentira,* de quien se lloran los males que ha causado en los cercos de más arriba; esto es, en los que les falta aún por subir a los poetas. Eran ésos los de *Avaricia, Gula* y *Lujuria.*

8 El halcón, al grito que le da el halconero para que se lance al aire tras de su presa, primero se mira al pie, para ver si está ya suelto de la cadena, y después es cuando se echa a volar.

9 En este quinto cerco de la *Avaricia,* el Poeta pone las palabras del salmo 118, y con ellas confiesan esas almas el apego que tuvieron a las riquezas terrenas.

10 Porque como estaba boca abajo en el suelo, no se hizo cargo de él hasta que le oyó hablar.

11 La penitencia.

12 El cuidado de llorar tus culpas.

13 Es el Papa Adriano V, de la familia Fiesqui, y sus parientes llevaron el título de condes de Lavaño, en el Estado que riega el río de ese nombre, entre Sestro y Cláveri, territorio del Genovesado. Este Papa sólo reinó un mes y nueve días.

14 *Conservus tuus sum et fratrum tuorum*, son palabras del ángel a San Juan en el Apocalipsis.

15 Palabras de Jesucristo a los saduceos para convencerles de que no habría matrimonios en la otra vida. Aquí Adriano quiere dar a entender con ellas que habiendo ya muerto, no le tocaban los honores que como Papa le correspondían cuando vivía, por esposo de la Iglesia.

16 Esta sobrina de Adriano fue mujer de Marcelo Malaspina, marqués de Jovagallo.

CANTO XX

1 Quiere decir que se apartó sin acabar de henchirse de las noticias que deseaba, porque sometió su deseo al de Adriano, que era mayor y más justo, pues era para cumplir su penitencia.

2 Como las almas ocupaban la faja de camino correspondiente al lado del escarpe, tenían que ir los Poetas, para no pisarlas, del lado a que se alzaba el monte como haciendo muro.

3 Aquí llama loba a la avaricia, como la llamó también en la alegoría que hizo de ella en el primer canto del Infierno.

4 La Virgen Santísima, que siempre fue pobre.

5 Fabricio, general romano que despreció las riquezas que le ofreció Pirro, y vivió y murió en la pobreza.

6 San Nicolás de Bari, obispo de Mira, aunque llamado de aquel modo por haber sido enterrado en aquel pueblo, dotó a tres doncellas para que su pobreza no las llevara a corromperse.

7 El alma que aquí aparece es lo de Hugo, el gran duque de Francia y conde de París, que, por causas en que no están conformes los historiadores, fue llamado *Cappatus* antes que su hijo Hugo de Orleáns, que fue el primer rey de su raza. Hay que recordar en este pasaje que había un atroz decreto que condenaba a Dante a ser quemado vivo si caía en manos de los florentinos, y que el Poeta atribuía esta bárbara sentencia el partido que Carlos de Valois, descendiente de Hugo el Grande, había sostenido con sus armas. Así llama hijo de un carnicero a este grande hombre, que, como es notorio, fue hijo de Roberto, duque de Aquitania. Tal vez le llamo así porque fue poseedor de inmensos rebaños, riqueza en que se fundaba entonces todo el poderío de los grandes príncipes, y haber tenido la Casa Hugo el privilegio de abastecer de carnes a París.

8 Éstas son ciudades principales de Flandes, ocupadas en parte por fuerza y en parte con amaños por Felipe el *Hermoso* en 1299, y perdidas en 1302; a cuyo suceso alude en la invocación que hace para que eso suceda, como en efecto sucedió dos años después (y por eso evoca el suceso) de la imaginaria venida de Dante al Purgatorio y antes que él escribiese su poema.

9 Debe de ser Carlos el *Simple*, que, aunque no fue hecho fraile, estuvo recluso y murió en el castillo de Perona.

10 El reino vacante por muerte de Luis V, último rey de la estirpe carolingia.

11 La raza carpetingia, de que vienen los reyes de Francia.

12 Supone que su raza tenía poco poderío, pero que era benigna, antes de ganar las riquezas que adquirieron: primero, por los Estados y riquezas del conde de Tolosa, cuya hija casó en 1228 con Alfonso, hermano de San Luis, y después, por los de Raimundo, conde de Provenza, que los legó en su testamento a Beatriz, la menor de sus hijas, que casó en 1245 con Carlos de Anjou, también hermano del mismo San Luis.

13 Esto es, por enmendarse de una culpa cometió otra. Es difícil concordar mucha parte de lo que aquí dice el Poeta con la historia hoy conocida de los reyes de Francia. Hay que tener presente lo difícil que era entonces averiguar la verdad de cosas ocurridas en edad y lugares tan remotos del escritor. Quien leyendo *La Divina Comedia* no se hace cargo de lo diverso de los tiempos y de los estudios, quien confunda el siglo XXI con el XIV, o se perderá desesperado en un laberinto sin salida, o retorcerá miserablemente el sentido y la significación de las palabras.

14 Carlos, duque de Anjou, lanzó a Manfredo del reino de Sicilia, de que se había apoderado a la muerte de Conrado; y para asegurar su posesión, dio muerte al hijo de éste, Conradino de Suabia, legítimo sucesor de aquella corona.

15 Se dijo que Carlos, por medio de su médico, hizo envenenar a este santo, por miedo de tenerle contrario a sus deseos en el Concilio de León; pero tal hecho no se tiene por cierto.

16 Carlos de Valois, sin más lanza que la de Judas; esto es, la traición (porque fue a Italia en 1301 sin ejército, con sólo una comitiva numerosa de condes y barones y una escolta de 500 caballeros), entró en Florencia como pacificador con el beneplácito de Bonifacio VIII; y engañando a los florentinos, los afligió con toda suerte de vejaciones, crueldades y rapiñas.

17 Por eso lo llamaron *Carlos sin tierra*. El Poeta supone que nada le importaba el vituperio de aquellas malas acciones, y que por esa falta de pudor eran todavía mayores su deshonor y sus pecados.

18 Carlos II, rey de Apulla y de Sicilia, en 1282, fue hecho prisionero, en la misma nave en que combatía, por Roger de Oria, almirante de Pedro de Aragón, a quien disputaba la Sicilia. Éste tuvo una hija, llamada Beatriz, que entregó por esposa a Azón de Este, ya muy viejo, mediante la suma que le entregó de 50.000 florines.

19 Bonifacio VIII fue hecho prisionero en Anagni, ciudad de la campiña de Roma, por mandato de Felipe I el *Hermoso*, rey de Francia, a quien llama nuevo Pilatos, y por sus capitanes Nogaret y Esteban Colona, entre quienes supone clavado a Bonifacio, que, en efecto, murió de resultas de aquella amargura.

20 Sin autorización pontificia, Felipe condenó a los templarios, degolló a algunos, abolió la Orden y se apoderó de sus bienes. Este acto injusto e inicuo fue en el pontificado de Clemente V.

21 Quiere decir que de día solamente se alababan aquellos ejemplos de pobreza y de liberalidad como el de María Santísima; y de noche se predicaba los castigos de la avaricia, como, por ejemplo, el de Pigmalión, que mató a Siqueo, marido de Dido, por apoderarse de sus riquezas; el de Midas, rey de Lida, que había obtenido de Baco que todo lo que tocara se le convirtiera en oro; el de Acham, que fue lapidado de orden de Josué porque se apropió una parte del botín adquirido en Jericó; el de Safira y Ananías, que cuando acababan de hacer voto de pobreza se guardaron una parte de su peculio, por lo cual, reprendidos por San Pedro, cayeron muertos en el acto; el de Heliodoro, mandado por Seleuco a robar los tesoros de Jerusalén, que fue rechazado por un hombre a caballo y armado que se presentó delante de él milagrosamente; el de Polinestor, que mató a Polidoro; y el de Marco Craso, a quien los partos, que le vencieron, le mataron echándole oro líquido en la boca.

22 Quiere decir que cuando Dante pasaba no resonaba entonces más voz que la de Hugo el *Grande*, no que no hubiera otras que hiciesen, lo mismo que él, citas de buenos ejemplos. Esto lo dice contestando a lo que al principio le pregunta el Poeta, que recordarán nuestros lectores que es, además de cómo se llama, si se encuentra allí solo.

23 Porque el *Gloria in excelsis* es el himno que los ángeles cantaron al nacimiento del Salvador.

24 En el canto siguiente vendrá la explicación de aquel sacudimiento que tanta curiosidad despierta en el Poeta.

CANTO XXI

1 Se significa por los comentadores teológicos, en el agua de salud que Jesús dio a la Samaritana, la divina sapiencia, procedente de Dios y conducente a Dios, en la cual puede únicamente satisfacerse la inteligencia humana.

2 Aparición de Jesús a los dos Apóstoles en el camino por donde iban a Emaús.

3 Que iba mirando las almas que estaban boca abajo tendidas en el suelo, y al cual no advertimos hasta que habló.

4 Ese signo es el de la *P* que el querubín ha delineado en la frente de Dante.

5 La parca Laquesis.

6 Porque Virgilio, cuyo destino es en el Limbo, no puede hacerle más explicaciones que hasta donde alcance la razón natural.

7 Taumante, hijo de la Tierra, fue padre de Iris.

8 El ángel que está a la puerta del Purgatorio con las llaves y sobre los tres escalones.

9 Quiere decir que cuando el alma está ya purificada, se la avisa a la voluntad y ésta mueve a aquella a mudar de residencia. Más abajo dice que el alma quiere siempre cambiar de domicilio; pero que contrarreste ese querer el que también tiene que purificarse, y así no lo lleva a cabo hasta que se halla purgada y limpia.

10 El temblor fue porque aquella alma que apareció de súbito se sentía entonces purificada del pecado de la avaricia, en cuyo purificadero había estado quinientos años, y ya le tocaba subir al de más arriba.

11 Llama a Vespasiano *justo azote de Dios* porque destruyó a Jerusalén en venganza de las heridas que los judíos hicieron a Jesús.

12 Este que habla es el poeta latino Estacio, que fue napolitano, pero que en tiempo de Dante se le creía tolosano, porque hasta un siglo después no se encontró su obra titulada *Salve*, única en que dice su patria. (Lib. V.)

13 Porque no acabó el segundo de esos poemas.

CANTO XXII

1 El ángel pronuncia esta sentencia, que es de San Mateo: *Beati qui sitiunt et esuriunt justitiam,* usando sólo del *sitiunt* y no del *esuriunt*, porque se reserva, como luego se verá, para decirlo en el cerco de la Gula, que está más alto.

2 Son Virgilio y Estacio, porque este último seguirá ya siempre en compañía de Dante hasta el fin del viaje por el Purgatorio.

3 Juvenal floreció poco después de Estacio y alabó la Tebaida, en la cual el autor elogia a Virgilio. El sentido es éste: cuando Juvenal bajó al Limbo, le comunicó a él –va hablando Virgilio– el amor que tenía a Estacio; y por eso dice poco más arriba que el amor es comunicativo si procede de un motivo honesto.

[4] Quiere decir que si no le hubieran curado del amor al dinero aquellos versos del libro tercero de la *Eneida: Quid non mortalia pectora cogis, ausi sacra fames!*, estaría entonces en el Infierno entre los avaros y pródigos, que son allí castigados, chocando moles enormes y pesadas unos contra otros. De donde deduce el Poeta que la sed de oro es igualmente común, aunque con objeto contrario, al avaro que al pródigo.

[5] Quiere decir que se arrepintió de él.

[6] El canto VII del Infierno dice que en el Juicio final los pródigos resucitarán sin pelo en la cabeza.

[7] Virgilio el Bucólico le pregunta cuál luz le iluminó para dirigir su barco el Pescador (San Pedro, que lo fue en Galilea) y seguir el cristianismo, puesto que debía de ser todavía pagano cuando, al cantar el doble duelo de Yocasta por la muerte de sus dos hijos, Palinici y Eteocles (asunto principal de la *Tebaida*) hacía su invocación a Clío, divinidad pagana y una de las Musas.

[8] Alusión a los versos de Virgilio de la cuarta égloga: *Magnus ab integro*, etcétera.

[9] Los Apóstoles, cuya palabra quiere decir *enviados*.

[10] Domiciano, hijo de Vespasiano, fue el que promovió la segunda persecución contra los cristianos.

[11] En el purificadero de la pereza.

[12] Todos los que aquí nombra Virgilio son poetas latinos y griegos que estaban en el Limbo con el padre de los cantos graves, como llama a Homero.

[13] El Parnaso es el monte en que vivían las Musas, a las que llama, como poeta que es, sus nutrices.

[14] Todas éstas son heroínas de la *Tebaida*.

[15] Isífile, hija de Toante, rey de Lemmos, enseñó a Adrasto dónde estaba la fuente Langia, en las inmediaciones de la ciudad de Nemea, donde la princesa había sido vendida por corsarios que la habían robado.

[16] Tetis, madre de Aquiles.

[17] Dafnis o Artemisa, sibila délfica, hija de Tiresias, hermano de Manto, la *Adivina*.

[18] Deidamia, hija de Licomedes, rey de Esciro.

[19] Las horas primera, segunda, tercera y cuarta.

[20] Estacio, que desde ha poco va con ellos.

[21] Esta vez cita ejemplos de templanza.

CANTO XXIII

[1] Es un versículo del salmo 50.

[2] Que purga en este giro el vicio de la gula.

[3] Erecsitón, que, condenado a un hambre inextinguible en venganza de haberse negado al culto de Ceres, después de haber consumido todos sus bienes en comer, murió devorando sus propios miembros.

[4] Llegó a tanto el hambre en Jerusalén, sitiada por Tito, que una noble mujer, llamada María, se comió, según escribe José Flavio, a su propio hijo.

[5] Alude a un entretenimiento de los chicos de su tiempo, que consistía en leer *omo* en la fisonomía humana: los ojos eran las *oes*, o letras primera o tercera de la palabra, y la *eme* de en medio la formaban de la nariz con las cejas y mejillas hasta las orejas. Aquí el Poeta supone que en la cara de estas sombras se distinguía bien la *eme*, por lo descarnado de las facciones; y sin duda hace esta comparación, que nos parece muy ridícula a los lectores de hoy, para recuerdo de ese entretenimiento, que sería entonces muy usual entre los muchachos.

6 Alude al árbol de que se hace mención en el canto XXII.

7 Florentino, de la familia Donati, hermano de micer Corso y de Picarda, y amigo y pariente de Dante.

8 "Si forzosamente la enfermedad te privó de ser goloso, y no el arrepentimiento de ese vicio, ¿cómo es...?", etcétera.

9 Nella es un diminutivo italiano aplicable a varios nombres de mujer; y no se sabe cuál sería el de ésta, que fue esposa de Forese y debió de haberse acordado mucho de él y hecho muchos sufragios por su alma, como aquí se expresa.

10 La supone muy sola en el bien obrar en la ciudad de Florencia, donde la dejó viuda, cuya ciudad puede competir en deshonestidad con la Barbagia sárdica. La Barbagia es una montaña de la Cerdeña, en que había población tan corrompida, que las mujeres eran famosas por su impudicia.

11 Quiere decir que antes de quince años (espacio regular de la lactancia a la pubertad) sufrirán las florentinas el castigo que merecen sus vicios; y alude con esto a los horrores de la guerra civil en que las sumergieron las facciones.

12 Tal vez alude a aventuras que corrieron juntos en su juventud.

CANTO XXIV

1 Tan magros y escuálidos estaban.

2 Estacio.

3 Forzada Picarda a salir del convento de Santa Clara para casarse con De la Tosa por exigencias de su hermano Corso, enfermó y murió, conservando sus votos y ganando el lauro de este triunfo de la castidad.

4 Quiere decir que como no se les puede conocer en la cara, se les permite decir quiénes son.

5 Bonayunta, caballero luquense de la familia de los Orbisanis.

6 El Papa Martín IV.

7 El vernacha era un vino exquisito que se hacía de la uva cosechada en lo más alto de las montañas de Siena.

8 El Señor de un castillo de Monte-Senario, gran glotón de su tiempo.

9 Bonifacio de Fiesqui, arzobispo de Rávena, que parece dio muchos banquetes con las rentas de la mitra.

10 Se cuenta de éste (que era marqués de Rigogliosi) que habiéndole dicho una vez su cantinero, que se mumuraba por la ciudad de que pasaba bebiendo casi todo el día, le contestó: "Pues anda; diles que es porque tengo sed a todas horas."

11 Entre el paladar y la lengua (que es por donde se ejerce el vicio de la gula) era por donde nombraba confusamente a Gentuca.

12 Parece que aquí le profetiza el conocimiento y relaciones que el Poeta tendrá en Luca con esta Gentuca, joven soltera de aquella ciudad, como aparecía de *la venda*, que era un velo que bajaba desde la cabeza y cubría el rostro, no empezando las mujeres a usarlo hasta que se casaban.

13 Es el principio de una canción compuesta por Dante en obsequio de Beatriz.

14 *El Notario*, así llamado porque ejercía esa profesión, era el rimador Jacobo de Lentino; y Guitón era otro poeta, hermano del de su mismo nombre y Arezo.

15 Que no será tan pronto su muerte como él lo desea, por las causas que dice en seguida.

16 Corso Donati, jefe del partido de los negros, murió arrastrado por su caballo.

17 Al Infierno, donde no llega el perdón.

18 La muerte de Corso ocurrió a los ocho años de la supuesta visión de Dante en el año 1308, y no fue porque le arrastró el caballo, como supone, sino porque habiendo caído de él cuando huía de Florencia perseguido por el pueblo, le alcanzaron y mataron unos soldados catalanes a una milla de distancia, junto a San Salví.

19 Esta decorosa circunspección del Poeta en no nombrar a Corso es por el parentesco que con él tenía.

20 Quedó con Virgilio y Estacio.

21 Porque no podía ver esos ramos hasta volver sobre su derecha, y entonces se halló ya de manos a boca.

22 Los centauros, hijos de Ixión y de la nube que reprsentaba la figura de Juno, queriendo robarle a Pirotoo su esposa Ipodamia, fueron vencidos por Teseo.

23 Queriendo Gedeón atacar con diez mil hombres escogidos a los medianitas, Dios le mandó que no llevara a los que, al beber en la fuente de Arao, se echaron al suelo, sino a los que bebieron en pie en el hueco de la mano, y solamente encorvados un poco.

24 En este acto el ángel le borra otra *P*, porque sale del giro de la Gula.

CANTO XXV

1 Quiere decir que en el hemisferio del Purgatorio eran dos horas después del mediodía, y en el antípoda otras dos después de medianoche.

2 Viva por el deseo, y muerta en seguida por el miedo de molestar con preguntas ten reiteradas.

3 Modo metafórico de decir: suelta las palabras que tienes ya en la punta de la lengua.

4 Dante quiere dar a entender con esto que aun los antiguos, sin ser cristianos, reconocían la insuficencia humana para penetrar secretos que por la voluntad de Dios se apartan de lo natural; y a ese fin cita a Meleagro, cuya vida, según la mitología, se gastaba a medida que se consumía un tizón encendido por el Hado al tiempo de su nacimiento.

5 Hay que tener presente que Dante se ha propuesto por cuadro el Universo entero, todas las ciencias, las artes, las cualidades morales del hombre, sus sentimientos, sus aspiraciones. Al describrir, pues, procede con arreglo a lo que en su tiempo se sabía; y por errores que haya de física y de metafísica en este trozo de poesía, no es menos de admirar el estilo tan vivo, tan penetrante y tan claro del Poeta, que expresa admirablemente las concepciones a que le han llevado los libros que ha estudiado.

6 Averroes, comentador de Aristóteles.

7 Idea maravillosa cuya novedad se atribuye a Galileo, cuando tanto tiempo antes se le había ya ocurrido a Dante.

8 Cloto tiene la rueca, Laquesis hila y Atropos corta el hilo. Éstas son las tres parcas.

9 Al puerto de Aqueronte, donde se embarca para el Infierno, o al de Tíber para el Purgatorio, como ya nos ha dicho el Poeta.

10 Principio del himno que se canta en los maitines del sábado. Dante lo pone en la boca de las almas que se purifican del pecado de lujuria, pues ya se ha entrado en el séptimo y último circuito o giro.

11 Atendiendo a satisfacer su curiosidad, y a no caerse por el escarpe del giro a donde la obligan las llamas a apartarse.

12 Palabras de María Virgen al Arcángel.

13 Elice o Calisto fue ninfa de Diana, a la cual Júpiter fecundó tomando la figura de esa diosa, que habiendo descubierto su estado en el baño, la arrojó de su compañía.

CANTO XXVI

1 Montaña de la Moscovia boreal.

2 En las arenas de la Libia.

3 El Empíreo.

4 La que grita *Sodoma* y va contrapuesta, pero dentro de la línea del fuego.

5 César, vencedor de las Galias, en su marcha triunfal al Capitolio, fue llamado *Reina* por los soldados, que, como es sabido, se tomaban toda clase de libertades en estas ocasiones, porque se había dicho que el rey Nicomedes abusó de la inocencia de aquel héroe cuando era jovencillo.

6 Este modo de evitar hablar de asunto tan repugnante concuerda con el que observa también el Poeta en el Infierno cuando encuentra a Bruneto Latino.

7 Famoso rimador boloñés.

8 Toas y Eumeno, yendo en busca de su madre Isipile, la hallaron en el momento en que iba a matarla Licurgo, rey de Nemea, porque había dejado morder por una culebra, por descuido, al príncipe hijo suyo, cuya guarda le había confiado.

9 Porque es extremadísima la pintura que hace Estacio en la *Tebaida* del sentimiento de los hijos de Isipile en estos versos: *Per tela manusque irrerunt, matremque ovidis complexibus ambo dripiunt flentes, altenaque pectora mutant.*

10 De quien él y otros poetas más tiernos que él tuvieron que aprender en el arte de la rima.

11 Los manuscritos.

12 Guido habla aquí de Daniel Arnaldo como el mejor de los poetas provenzales que escribieron en su lengua materna; lo que entonces empezaba a usarse y era todavía muy raro, pues la costumbre había sido escribir en latín.

13 Se llamaba entonces el *Lemosi* a Gerardo de Berneil, natural de Limoges, poeta provenzal que el vulgo de aquel tiempo prefirió a Daniel Arnaldo.

14 Quiere decir: dile un padrenuestro suprimiendo lo de: *y no nos dejes caer en tentación*, etc., porque eso no alcanza a aquellas almas que están ya en el Purgatorio.

15 La traducción de estos versos es ésta: "Tanto me agrada vuestra cortés demanda, que no puedo ni quiero ocultarme de vos. Yo soy Arnaldo, que lloro y voy cantando. Pensativo veo la pasada locura, y gozoso veo el gozo que pronto aguardo. Ahora os pido por aquella virtud que os lleva a la cima sin frío ni calor que os acordéis de mitigar mi dolor."

CANTO XXVII

1 Partiendo del supuesto planteado por el Poeta de que el sol vibraba en Jerusalén sus primeros rayos, se sigue, naturalmente, que empezaba a oscurecer en el Purgatorio; que era medianoche en el Ebro, confín occidental, y mediodía en el Ganges, confín oriental; supuestos ambos respecto de nuestro hemisferio y considerando que ese río de la India corre bajo el meridiano de España, meridiano que es el horizonte común a Jerusalén y al monte del Purgatorio. Téngase también presente que estando el sol en Aries, la noche debía de estar en el signo opuesto que es el de Libra.

2 *Beati mundo corde, qui ipsi Deum videbunt.* – (San Mateo.)

3 *El par custodio* son Estacio y Virgilio.

[4] Esta reticencia es muy posible que la usara Virgilio como para recordar al Poeta que no estaba bien limpio del vicio que allí se purga, y que para ir adelante era preciso que allí se purificase algo; con más motivo cuando el ángel no le había borrado esta vez la última *P* de la frente.

[5] El monstruo sobre cuya espalda pasaron del séptimo el octavo cerco del Infierno.

[6] Véase la fábula de Píramo y Tisbe, en Ovidio. La morera que antes producía flores blancas, regada por la sangre de los amantes, las produjo desde entonces encarnadas.

[7] Palabras de Jesucristo, según Mateo.

[8] Al rayar del alba.

[9] Lía, hija de Labán, esposa primera de Jacob.

[10] Raquel, otra hija de Labán, también esposa de Jacob. Por Lía debe entenderse la vida activa, y por Raquel la contemplativa.

[11] La felicidad eterna que los hombres buscan por tantos caminos, de la cual es figura el Paraíso terrenal, colocado en la cima del Purgatorio.

[12] Mientras viene Beatriz.

[13] Por la purificación que ha sufrido, no pudiendo ya en ese estado querer sino lo justo y lo bueno.

[14] Pues te devuelvo el absoluto mando sobre ti mismo. Acaso alude a estas palabras de un Pontífice: *Ecclesia in signum temporalium dedit coronam, et in signum spiritualium contulit mihi mitram.*

CANTO XXVIII

[1] Del lado de Occidente.

[2] Aquí quiere decir *por acompañamiento*. El bordón era propiamente el tubo más largo y grueso de la cornamusa, que con sonido invariable hacía el contrabajo.

[3] Sitio junto a Rávena, cerca del Adriático, donde hay un gran pinar.

[4] Siroco es viento húmedo que sopla entre Levante y Mediodía.

[5] Mayos eran unos ramajes frondosos que la noche víspera del 1° de mayo los campesinos italianos ponían delante de las casas de sus amadas. Aquí se usa por árboles en general.

[6] En el canto XXXIII se dice quién es esta mujer.

[7] Alude al robo de Proserpina por Plutón, que la arrebató a su madre, cuando estaba cogiendo flores en compañía de sus ninfas.

[8] Alude a cuando Cupido, al ir a besar a Venus, su madre, la hirió sin querer con una de sus flechas, y le inspiró por este descuido la pasión que sintió por Adonis.

[9] Jerjes echó un puente sobre el Helesponto, cuyo puente halló roto, cuando a su vuelta, derrotado por Temístocles, tuvo que pasar en una mala barca.

[10] Alude el disgusto y afán de Leandro (joven natural de Abidos, en el Asia) cuando hallaba alborotadas las olas del Helesponto, cuyo estrecho atravesaba todas las noches para unirse con su amada Hero, que residía en Sesto, pueblo de la costa de Europa, el frente del citado Abidos.

[11] Aunque no lo ha dicho el Poeta, le seguían Estacio y Virgilio, y a ellos alude la virgen cuando dice que son nuevos en aquel sitio, y que acaso por eso no les parezca natural y llana la risa con que los recibe, sino, por el contrario, extraña y sospechosa; porque en tiempo de Dante como en el nuestro, no era muy cortés, por lo visto, recibirle a uno con risas cuya causa no se sabía.

[12] La Virgen da a entender por este salmo (que es el 91) la causa de por qué se detienen a gozar allí de alegrías inefables.

[13] Porque Estacio le dijo antes que desde la Puerta del Purgatorio arriba no había alteración alguna en el aire.

[14] Este sitio es el Paraíso terrenal, en el cual sólo estuvieron siete horas nuestros primeros padres.

[15] Es imposible seguir estos razonamientos de Dante por lo oscuro de las definiciones físicas: y volvemos aquí a recordar el atraso en que entonces se hallaban estas ciencias, y nos abstenemos de dar las explicaciones con que muchos comentadores se fatigan y fatigan la imaginación de sus lectores.

[16] La tierra en que el hombre habita.

[17] Leteo es palabra derivada del griego, y quiere decir *olvido*. Eunoe, derivado también del griego, quiere decir *buen recuerdo*.

CANTO XXIX

[1] Palabras del salmo 31, con las cuales se congratula con Dante, de cuya frente habían sido ya borradas todas las siete *PP*.

[2] Porque nos ha hecho perder una mansión tan deliciosa.

[3] La virtud estimativa, la inteligencia.

[4] Iban muy despacio: o por modestia, según Grangier, o, según Venturi, por no descomponer las galas y joyas de que iban cubiertas.

[5] La Luna, o Diana, se llama así por nacida en Delos.

[6] Perece que estos diez pasos, que son la distancia a que iba uno de otro candelero, son alegoría de los diez Mandamientos, indispensables de observar para alcanzar los dones del Espíritu Santo, simbolizados también en los siete candelabros.

[7] La alegoría que aquí se expresa es una imitación de Ezequiel y del *Apocalipsis*: El carro es la Iglesia; los siete candelabros, los siete dones del Espíritu Santo; los que vestidos de blanco siguen a los candelabros, son los Patriarcas y Santos que creyeran en Jesucristo antes de su venida; las llamas, que a modo de banderolas se tienen por el aire con los colores del iris, son los siete Sacramentos de la Iglesia; las ancianos coronados de lirios, símbolo de la fe, son los veinticuatro libros del Antiguo Testamento; los cuatro animales coronados de verdes flores, son los evangelistas San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan; el grifo, medio león, medio águila, es Jesucristo, que posee las dos naturalezas, la divina, representada por el águila, y la humana, por el león; las dos ruedas del carro son el Antiguo y el Nuevo Testamento; las tres mujeres que danzan alrededor, al lado de la rueda derecha, son las virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad; la roja es Caridad; la verde es la Esperanza, y la blanca, la Fe; las cuatro vestidas de púrpura que danzan junto a la rueda izquierda, o Antiguo Testamento, son las virtudes cardinales, Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza; y la Prudencia es la que tiene tres ojos en la frente. De los dos ancianos que siguen, el que lleva el traje de los discípulos de Hipócrates es San Lucas, que, en efecto, era médico; el que empuña una espada brillante y puntiaguda, es San Pablo; los cuatro personajes de aspecto humilde son los Apóstoles Santiago, Pedro, Juan y Judas, hermano de Santiago; el anciano solo que va durmiendo y del cual percibe la fisonomía viva e inteligente, es San Juan, que escribió el *Apocalipsis* a la edad de cerca de noventa años.

[8] San Juan describe los cuatro animales provistos de seis alas cada uno, y así lo hace Dante; y Ezequiel, los armados de cuatro solamente.

[9] Cuando Jove quiso evitar que Faetonte abrasara la tierra por haberse apoderado inexperto del manejo del carro de su padre, el Sol, le atravesó con un rayo, y cayó precipitado en el mar.

[10] El poder de la elocuencia divina.

1 Llama el Poeta septentrión del primer cielo a los siete candelabros, como nosotros lo decimos de las siete estrellas de la Osa Mayor.

2 Verso de los *Cantares*.

3 A la última intimación, esto es, el llamamiento de Dios al Juicio final.

4 Esta expresión de *a la voz de tan gran viejo*, parece que manifiesta que aquel que empezó antes el verso de los *Cantares* es San Juan.

5 He aquí a Beatriz. Su aparición, preparada desde los dos cantos anteriores, produce en éste un efecto sorprendente y es, en mi concepto, uno de los más peregrinos pasajes del poema entero. Beatriz, divinizada, sobre quien los ángeles derraman flores a manos llenas, *coronada de oliva,* como símbolo de la sabiduría, *sobre velo sutil*, como enseña de la pureza, *vestida de manto verde*, símbolo de la eternidad, y de *túnica de color de fuego,* emblema del amor divino, ofreciéndose a Dante con rasgos que no conoce con total evidencia, pero que le renuevan el sentimiento que experimentaba a la presencia de aquella Beatriz que amó en el mundo y que hace ya diez años que no ha visto, es un cuadro que arrebata al lector, como arrebata al Poeta, que en cuanto recibe en sus ojos la virtud de aquella vista que le había *traspasado* el corazón cuando tenía nueve años solamente, se vuelve a Virgilio y exclama:

No me ha quedado
sin temblar de mi sangre ni una gota,
conozco el fuego del amor pasado.

Diga Venturi lo que quiera, su impertinente censura de este cuadro será desdeñada por las personas de buen gusto de todos los tiempos que verán en él un modelo inimitable de sensibilidad y de ternura.

6 Quiere decir: ni las delicias del Paraíso. Este terceto, en que prorrumpe el Poeta al verse separado de su dulce Virgilio, es también ternísimo.

7 Da a entender que no sería discreto que él hiciera sonar aquí su nombre, si Beatriz misma no lo hubiera pronunciado; pero como fiel historiador, se ve obligado a no ocultar nada de lo sucedido. Lo cierto es que si por cualquier accidente se hubiera perdido el nombre del autor de este maravilloso poema, ese nombre se habría encontrado en este pasaje.

8 Esto está dicho con ironía, porque Beatriz (como ella misma dice después) sabe bien que él se ha desviado del camino que siempre le marcó.

9 Principio del salmo 30, cuyo final es: *Conturbatus est in era oculus meus*, que no era propio que se cantara en un lugar de paz eterna.

10 Llama a los Apeninos la espalda de Italia.

11 Según Dante, la segunda edad es la juventud colmada, a la entrada de la cual (a los veinticuatro años) Beatriz *mudó de vida,* esto es, pasó de la temporal a la eterna.

12 Alude a la bajada del Poeta al Infierno.

13 Beatriz da a entender a los ángeles que su reprensión es porque si Dante no tuviera que verter ni siquiera una lágrima, vendría abajo el decreto de Dios, que impone que ningún pecador beba del río Lete y pase adelante sin padecer dolor y sufrimiento.

CANTO XXXI

1 Esto es, sin haber hecho intervalo entro estas palabras y las que pronunciaba al final del canto anterior.

2 Quiere decir que más se conocía aquel sí por el movimiento de los labios que por el sonido de la voz.

3 El viento *de la región en que reinó Yarba*, o del África.

4 Beatriz le ha dicho que levante la barba y no la faz, como recordándole sus años, por los que no debía ya dejarse arrastrar, como si fuera un jovencillo, de las cosas terrenales.

5 Su hermosura me pareció mayor que la que yo le conocí en el mundo, donde vencía a la de todas las demás mujeres. Éste es el sentido.

6 Da a entender que aborreció más que ninguna otra cosa lo que fue causa principal de apartarle de ella.

7 Es la misma del canto XXVIII.

8 Palabras del salmo 50, que pronuncia el sacerdote cuando riega al pueblo con el agua bendita.

9 Las virtudes cardinales, que en el cielo son las estrellas, de las que dice en el canto primero que no fueron nunca vistas por los primeros hombres, y que en el mundo acompañaron siempre a Beatriz.

10 Las virtudes teologales.

11 Por esmeraldas da a entender los ojos, que brillaban con luz de esperanza del amor divino.

CANTO XXXII

1 Cambio de frente, alternando las filas, según la antigua táctica.

2 Quiere decir que iban a la rueda derecha porque giraban el carro hacia esa mano, y era, por tanto, aquel arco el menor, como más cercano al eje.

3 El espacio de tres tiros de flecha.

4 Toda esta alegoría es una historia de la Iglesia y de las vicisitudes a que estuvo sujeta.

5 Alude a que ese fruto se le acedó a nuestros primeros padres.

6 Parece que en este acto del grifo de dejar atado al tronco de la planta el timón del carro, se da a entender que el Papa y su cátedra, figurada por el carro, deben estar siempre unidos a Roma; con lo que se reverdece el Imperio, que está representado por el árbol seco.

7 Mezclada con la luz de Aries, que es el signo que cae detrás del de Piscis o Albur celeste; esto es, en primavera.

8 Mercurio adormeció a Argos, cantándole al son de su flauta la historia de Siringa, y después que le hizo cerrar sus cien ojos, le cortó la cabeza.

9 Por las flores del manzano entiende la Iglesia la gloria de Jesucristo en su Transfiguración.

10 Los tres Apóstoles, que derribados en tierra por el divino resplandor de Jesús transfigurado, se levantaron al pronunciar el *Surgite, et nolite timere* del Salvador, cuyo acento *así anonada como sacude sueño* todavía mayor que éste; con lo que se da a entender el de la muerte, como se verificó en Lázaro.

11 Alude a cuando en la misma Transfiguración del Señor desaparecieron Moisés y Elías.

12 Beatriz, aquí, como emblema de la Teología, queda en guardia del carro, que ya hemos dicho representa a la Iglesia.

13 Las virtudes cardinales y las teologales que llevan los siete candelabros.

14 El reino de los cielos.

15 Explicaremos aquí toda la alegoría. El águila, o *pájaro de Jove,* atacando el carro, es el Imperio persiguiendo a la Iglesia. La zorra es la herejía introducida por el emperador Anastasio, a la que Beatriz, que representa la Teología, pone en fuga. El águila, entrando en el carro y llenándolo con sus plumas, hace alusión a los bienes temporales dados a la Iglesia por los emperadores. El dragón que sale de la tierra entreabierta en medio de las ruedas del carro, al cual sacude con la cola, es la serpiente que tentó a Eva. Por el destrozo que hace de una parte del fondo de dicho carro, se da a entender el daño que causa a la Iglesia con las herejías; y lo que queda de aquél se considera destruido también al llenarse de las plumas del águila. Las tres cabezas armadas de cuernos como los bueyes, que se ven en el timón o lanza, son tres de los siete pecados capitales que infestaron la Iglesia en tiempo del cisma, ofendiendo a Dios y al prójimo. Las cuatro que llevan un solo cuerno y van a cada punta del cuadrado del carro son los restantes pecados capitales, *Pereza, Avaricia, Gula* y *Lujuria*, que no ofenden directamente sino al prójimo. Y, por fin, la prostituta medio desnuda y el gigante, suponen algunos que son Roma y Francia en tiempo de Bonifacio VIII y de Felipe el *Hermoso.*

16 Figura una profecía de la traslación de la Santa Sede desde Roma a Aviñón.

CANTO XXXIII

1 Cita del salmo 78, que prevé la ruina y abominaciones del templo de Jerusalén.

2 Palabras con que Jesús predijo a sus discípulos que pronto no le verían ya (en la Tierra), porque ascendería al reino de su Padre; y que también pronto le volverían a ver (porque ellos morirían y subirían al Cielo); cuyas palabras se adaptan a la salida de Roma y a la vuelta después de los Sagrados Doctores.

3 Es la mujer de quien se viene hablando, que recibió a Dante cuando ella iba cogiendo flores en el Paraíso terrenal.

4 Dice de la Iglesia que *fue* y no *es,* porque, después de perdidas sus virtudes fundamentales y hecha su traslación a Aviñón, se podía considerar como muerta, y que el Papa y el rey (*los que han hecho el juego*) tendrían que sufrir el castigo, porque la *vindicta de Dios no alcanza sopa*; cuya frase figurada usa el Poeta, recordando una superstición en virtud de la cual se creía que, comiendo el matador una sopa dentro de los nueve días siguientes al en que cometió el homicidio, sobre el sepulcro de la persona que había matado, no tenía ya que temer el castigo de la justicia ni la venganza de los parientes.

5 Según la mayor parte de los comentadores, quiere decir: "Ya se aproxima el tiempo de que venga un sucesor del Imperio u otro gran caudillo que disipe las tinieblas y remedie los males de Italia". Cada uno de esos comentadores saca a su voluntad deducciones y nombres de personajes, queriendo imitar a Beda y otros interpretadores de la Escritura respecto al famoso número del *Apocalipsis*, indudablemente imitado por Dante en este pasaje; aunque probablemente el Poeta con sus números, el quinientos, el cinco (que él antepone) y el diez, sólo ha querido expresar la palabra *D. V. X.* en esos guarismos romanos, sin designar en ese Dux, ni clara ni embozadamente, sujeto alguno, satisfecho con sólo anunciar el suceso que su ardentísimo deseo, y tal vez las circunstancias, le hacían ya considerar muy próximo.

[6] Las Náyades, según la mitología pagana, interpretaban a los tebanos los oráculos de Temis, y por eso la diosa mandó un monstruo que destruyó sus rebaños y heredades.

[7] Pinta el Poeta así la vida, porque también llama vida a la eterna que disfrutan las almas en el Cielo.

[8] Los dos principales daños sufridos hasta entonces por la iglesia es de suponer que son las primeras persecuciones de los emperadores romanos contra los fieles y la traslación a Aviñón de la Silla Apostólica.

[9] El alma de Adán estuvo esperando más de cinco mil años la venida de Jesucristo, que fue quien se impuso, muriendo en la Cruz, el castigo del pecado cometido por nuestros primeros padres de comer el fruto del árbol prohibido.

[10] En este árbol se simboliza también el Cristianismo, tan ampliamente extendido por el mundo.

[11] Las aguas del Elsa, río de Toscana, tienen la propiedad de cubrir de un légamo muy espeso todos los objetos que caen en su seno,

[12] Los peregrinos, en señal de haber estado en Palestina, llevan el bordón orlado de ramos de palma, árboles de que abunda aquella tierra.

[13] El primer móvil, siendo el más alto de todos los cielos, tiene que ir con infinita más velocidad al girar en torno de ellos.

[14] El Éufrates y el Tigris son dos de los cuatro ríos que la Biblia dice que salen de una misma fuente del Paraíso terrenal.

[15] Ésta es la primera vez que se pronuncia el nombre de Matilde, que es el que da el Poeta, por boca de Beatriz, a la mujer solitaria, que, cogiendo flores, recibe a los tres poetas a la entrada del Paraíso terrenal, al principio del canto XXVIII. Es la misma que más adelante sumerge a Dante en las aguas del Leteo, y que con Beatriz y Estacio sigue luego en su compañía, hasta el fin de la cantiga. Todos los comentadores aseguran que esta mujer es la condesa Matilde, que enriqueció con tantas donaciones a la Iglesia romana; pero aunque así sea en el sentido literal, parece que místicamente representa, como ya se ha dicho, la figura de la vida activa.

[16] El Poeta ha empleado en recorrer el Purgatorio cuatro días. Empieza el primero en el canto II (verso 1). El segundo, en el canto IX (verso 13). El tercero, en el canto XI (verso 1), y el cuarto, al final del canto XXVII (verso 133).

CANTIGA III

El Paraíso

Canto I

Después de invocar a Apolo, describe el Poeta cómo desde el Paraíso terrenal se levantó hacia el primer cielo, y cómo Beatriz respondió a algunas dudas que se le ocurrieron.

"De la gloria los orbes están llenos
del que todo lo mueve, y ésa esplende
en una parte más y en otra menos.

Yo en el cielo, do más su luz se extiende
estuve; y cosas vi que revelarse
nunca podrán por quien de allí desciende.[1]

Por nuestro intelecto, al acercarse
a lo que anhela más, se engolfa tanto,
que en pos no puede la memoria alzarse.

Mas cuantos acopiar del reino santo
en mi mente tesoros he podido,
hora han de ser materia de mi canto.

¡Oh buen Apolo![2] El estro yo te pido
que, de la inspiración llenando el vaso,
merece el bien de tu laurel querido.

Hasta aquí la una cima del Parnaso
asaz me fue: las dos[3] hoy necesita,
para acabar la empresa, hollar mi paso.

Con el fuego que hubiste mi alma agita
cuando a Marsias tu cólera irritada
de los miembros la túnica le quita.[4]

Si me ayuda tu voz, virtud sagrada,
del imperio a decir alto y benigno
la sombra que en mi mente está grabada,

acaso el árbol de tu afecto signo,[5]
sobre mi humilde sien los ramos venza,
de que tú y el asunto me haréis digno.

Si vate o César de tus hojas trenza
tan rara vez, ¡oh padre!, una corona,
es del flanco mortal culpa vergüenza.

Que la cumbre risueña de Helicona
que ría es bien, si la Penea rama[6]
sediento alguno de alcanzar blasona.

Leve chispa encender pueda gran llama:
quizá de Cifra[7] implorarán las luces
ecos, tras mí, más dignos de la fama.

Lucerna del mortal,[8] tú le conduces
por más puertas la luz; mas por aquella
que cuatro cercos ata con tres cruces,[9]

con más buen curso y con mejor estrella
conjunto sale el sol, y en la mundana
cera más a su gusto imprime y sella."

Hecho había acá noche, allá mañana
desde ésa,[10] y uno en sombra se acobija,
y otro hemisferio en blanco se engalana,

cuando a Beatriz mirando vi prolija,
y al lado izquierdo vuelta,[11] al sol derecho,
¡águila nunca así le vio tan fija!

Como retorna al alto, rayo hecho
por fractor que al primero se le opuso
cual viajero que vuelve al patrio techo.

así del pacto de Beatriz, infuso
por la vista en mi mente, nació el mío;
y al sol miré, como en mortal no es uso.

Mucho es lícito allá, no dado al brío
del hombre que respira espacio en torno
propio a los actos de su ser natío:

yo lo bastante resistí el bochorno,
para verle chispear en ígnea sede,
como fierro al salir rojo del horno.

Y luz cual si juntárase sucede
día con día, cual si ornado hubiera
el cielo de otro sol aquel que puede.

Fija en las ruedas eternales era
con la vista Beatriz; la mía ardiente,
de acá lejos;[12] en ella toda entera;

y en su interior tan hondo entró mi mente,
como al gustar la hierba, en el salado
glauco a ser divo entre la diva gente.[13]

La transhumanación pintar no es dado
a simple voz; pero el ejemplo baste[14]
a quien gozarla el cielo ha reservado.

Si era sólo de mí lo que creaste
último allí,[15] lo sabes tú, que riges,
¡oh amor!, el cielo al cual me levantaste.

Cuando la rueda que eternal diriges,
ansiado ser, llamó la atención mía,
con el orden que arreglas y corriges;

tanto espacio juzgué que se encendía
con la llama del sol, que tan extenso
lago nunca formó torrente o ría.

La novedad del sol, el brillo inmenso,
a investigar la causa me provoca
con afán, que mayor sentir no pienso.

Ella, que cual yo mismo en mi alma toca
por aquietar mi espíritu conmovido,
antes de yo decir, abrió la boca

y comenzó: "Tú mismo te has tupido
con tu falso pensar, y así no atinas
cual si hubieras tus brumas sacudido;

que no en la Tierra está como imaginas,
y el rayo de su casa[16] disparado
no corre como tú que allá caminas."

Si mi primer dudar fue desatado,
con su dulce sonrisa y breve acento,
aquí en otro mayor me vi enredado;

y dije: "Del asombro ya contento
se alivia el corazón; mas hora admira
sobre estos cuerpos leves[17] mi alzamiento."

Y ella, al oírme, de piedad suspira,
y en mí se fija con aquel semblante
que pone madre en hijo que delira;

y empieza: "Cuando existe, orden constante
va guardando entre sí, y ésta es la forma
que a su Dios hace al orbe semejante.

Aquí los altos seres ven la horma
del eterno poder, final destino
a que cuanto está viendo se conforma.

Toda Natura, en ese orden divino,
tiene hacia su principio impulso abierto,
más o menos, según le está vecino.

Y así navegan, y a diverso puerto,
por el mar del gran Ser, va cada una,
con el instinto que le dan de acierto.

Ésta conduce el fuego hacia la luna;
mueve aquélla el amor a los mortales;
ésa la tierra en sí tupe y aduna,

ni a las criaturas sólo irracionales;
mas de ese arco también alcanza el tiro,
a los de amor y de intelecto iguales.

La Providencia, que une tanto giro,
quieto mantiene con su lumbre al cielo
por quien al más veloz moverse miro.[18]

Hora, cual fin ya dado a nuestro anhelo,
nos lleva allá el vigor de aquella cuerda[19]
que el tiro envía a celestial señuelo.

Cierto que, como a veces no concuerda
con lo que forja, la intención del arte,
porque a prestarse la materia es lerda.

también de ese camino se departe
a veces el mortal, que arbitrio encierra
de doblarse oprimido hacia otra parte;

y cual cae de nube el fuego a tierra,
cae, vencido el ímpetu primero,
al mentido placer que le dio guerra.

No debe serte, pues, si bien infiero,
más raro tu ascender, que la carrera
de un río de alto monte a humilde otero;

quedarte abajo sí que raro fuera.
de toda carga exentos los enojos,
cual sin subir al aire viva hoguera".
Dijo; y de nuevo al cielo alzó los ojos.

Canto II

Llega Dante al cielo de la luna, donde Beatriz, reprochando su opinión sobre las manchas que aparecen en ella, le describe la que ella supone verdadera causa, y le explica todo el origen de las esferas celestes, según los conocimientos de los contemporáneos de Dante.

¡Oh los que breve leño vais a soga,
ansiosos de escuchar, así atraídos
por mi barquilla, que cantando boga!

Volved las cañas a los patrios nidos;
no entréis en altos mares sin mesanas,
que habréis de ser, si me perdéis, perdidos.

Nadie surcó estas aguas soberanas;
Febo y Minerva danme sus destellos.
y muéstrame las Osas[1] nueve hermanas.

Vosotros pocos, que temprano el cuello
enderezasteis hacia el pan divino,[2]
que aquí mantiene sin saciarme de ello,

meter podéis, sin miedo, el corvo pino
en el golfo, mi estela dilatando
por el agua que en pos borra el camino.

Hora os vais a asombrar más que aquel bando,
glorioso en Colcos, asombróse un día
de ver al gran Jasón la tierra arando.[3]

La concreada sed que eterna ansía
el deiforme reino, con presura
cual la del cielo mismo se ascendía.

Vía en lo alto Beatriz; yo en su hermosura,
y es menos tarda acaso en ajustarse
y en partir de la nuez flecha segura,

que yo en verme, y mi vista en dilatarse
en portentoso cuadro: entonce aquella
a quien nada en mi ser puede ocultarse,

vuelta a mí, tan alegre como bella,
díjome: "A Dios te eleva agradecido
que hora nos pone en la primera estrella".[4]

Aquí pensé de nube estar ceñido
sólida, espesa, en luces infinita,
casi como del sol diamante herido.

Dentro de sí la eterna margarita
nos recibió, cual agua que recibe
rayo de luz que el terso no le quita.

Si en carne era yo allí, no se concibe
cómo es que no sentí la impresión dura
que al dar un cuerpo en otro se percibe.

Creer por eso debe nuestra arsura
de ver la esencia en que se ve y entiende
cómo se une con Dios nuestra natura.

Verase allí lo que por fe se aprende,
sin prueba, por sí mismo demostrado,
cual verdad que *a priori* se comprende.

Yo respondí: "Con cuanto ardor me es dado,
en mí de gratitud torrentes nacen
al que del bajo mundo me ha sacado.

Mas ¿qué son esas manchas que desplacen
de este cuerpo en el disco, y en la Tierra
el cuento de Caín inventar hacen?"[5]

Sonrió breve, y luego: "Porque yerra
–me dijo– la opinión de los mortales
do la llave del juicio no abre y cierra,

no debes tú de asombro dar señales;
que hasta de la razón el vuelo recto
achican los sentidos terrenales.

Mas de eso di: ¿qué piensa tu intelecto?"
Y yo: "Lo que de aquí se muestra vario,
de cuerpo denso o ralo juzgo efecto".

Y ella: "Del juicio tuyo lo falsario
pronto verás, si tu atención se atiene
al argumento que te haré contrario.

Astros el cielo octavo[6] asaz contiene,
cuya diversa mole, luz y esfera
del que lo observa a conocerse viene.

Si de lo denso ralo eso naciera,
en más, menos o idénticas porciones,
a todos una ley sola rigiera.

Mas principios de varias condiciones
efectos varios dan, y fuera de uno,
a esos tuyos destruyen tus razones.

Si la causa además de aquello bruno
fuera, cual piensas, la materia clara,
o de la suya propia fuera ayuno

aquel planeta, o cual lo craso para,
con lo magro alternando, en cuerpo humano,
las hojas de su tomo[7] así cambiara.

Mostrarte lo primero pueden llano
los eclipses del sol, pues pasaría
su luz, siendo la luna cuerpo vano.

Y como no es así, la razón mía,
si lo segundo a refutar llegase,
por el suelo tus juicios echaría.

Si asientas, pues, que el rayo no traspase
ese diáfano, es que hay punto de donde
opuesto cuerpo impídele que pase;

y allí el rayo refleja, y corresponde,
cual refleja el color cristal pulido
que detrás de su luna plomo esconde.[8]

Hora dirás que el rayo oscurecido
se muestra más aquí que en otra parte,
porque el refracto más adentro ha sido.

Si quieres de esa instancia[9] libertarte
con fácil prueba, la experiencia ensaya
fuente de toda humana ciencia y arte.

Tres espejos prepara, y pon de laya
dos a iguales distancias, que al tercero
tu vista por los dos más lejos vaya.

Haz que a tu espalda enciéndase mechero,
cuya luz en los tres brille, tornando
a ti por todos su reflejo entero;

y al más distante lo verás brillando
con menos ancha luz, pero tan viva
cual la que está en los otros refractando.

Hora como al calor del aura estiva
de la nieve se funde el elemento,
y del color y frigidez se priva.

pues así ves quedar tu entendimiento,
con luz quiero ilustrarte tan vivace,
que de ella inunde hasta el más hondo asiento;

gira en el cielo de la eterna pace[10]
cuerpo[11] cuya virtud en sí alimenta
el ser de todo cuanto dentro yace:

y el que sigue[12] que tanto faro ostenta,
la reparte en esencias diferentes,
distantes sí, más que en su cerco cuenta.

Los otros cielos por variadas fuentes
van a sus varios fines, disponiendo
la diversa virtud de sus simientes.

Órganos, pues, del mundo, así ejerciendo
proceden, como ves, de grado en grado,
dando abajo, y arriba recibiendo.

Hora me entiende bien, ya que encontrado
por mí de la verdad ves lo sencillo,
porque sigas después tú solo el vado.

Son los astros, su santo curso y brillo,
de benditos motores obra bella,
como del Fabro el arte del martillo;

y el cielo, hermoso así con tanta estrella,
toma de la alta mente que le mueve
la imagen, y después graba con ella;

y como el alma en vuestro polvo leve,
por cada propia arteria, conformada
a diversas funciones, se remueve;

la inteligencia, así multiplicada
por las estrellas, su bondad despliega,
girando en su unidad, siempre guardada.

Virtud varia variadamente juega
en el preciso cuerpo en que centila,
y como en ti la vida, en él se apega;

y porque de jocundo ser destila,
por entre el cuerpo su virtud trasluce
cual la alegría por vivaz pupila.

Tal es lo que variado aspecto induce,
no lo diáfano o denso, en cada faro;
y ésa es la causa madre que produce
conforme a su bondad lo turbio y claro".

Canto III

En la luna se ven las almas de los que faltaron a sus votos religiosos, por lo que gozan menos grados de gloria en el cielo que todos los demás espíritus. Muéstrase al Poeta Picarda Donati, y le disipa algunas dudas acerca de la condición de los bienaventurados. Después le cuenta cómo le hicieron fatal violencia para arrancarla del monasterio, y por fin le habla de la emperatriz Constanza, que resplandece cerca de ella.

El sol que antes de amor me escaldó el pecho,
probando y refutando, conocida
la hermosa faz de la verdad me ha hecho;

y yo, por confesarme alma vencida,
en quien ya convicción firme se asienta,
puse, cual para hablar, la frente erguida.

Mas tan grata visión se me presenta,
y me estrecha por verla afán tan hondo,
que de mi confesión perdí la cuenta.

Como de vidrio transparente y mondo,
o bien de linfa nítida y tranquila,
no tan profunda que se pierda el fondo,

refleja nuestra imagen y vacila
tan difusa, que perla en blanca frente
no viene a herir mejor nuestra pupila;

así vi pronta a hablar alguna gente
que me hizo dar en el engaño opuesto[1]
al que produjo amor entre hombre y fuente.

Y mis ojos, no bien reparé en esto,
creyeron que espejados cuerpos eran,
por saber de quién fuesen, volví presto.

Mas nada hallé, y alcélos a que vieran
los celestiales de mi santa guía,
y los vi que entre risa relucieran.

"No te sorprenda la sonrisa mía
–dijo– si tu pueril simpleza noto:
aun no huella tu pie la firme vía:

ya vas cual sueles por camino ignoto.
Sustancias verdaderas apartadas
aquí son, ésas por romper su voto.

Habla y oye a las dulces relegadas;
que la luz que su suerte hace dichosa,
con lazo de placer las tiene atadas".

Y yo, a la que juzgué más deseosa
de hablar, me allego, y mi impaciencia exclama
cual hombre a quien vehemente anhelo acosa:

"¡Oh bien creado espíritu, que a la llama
de eterna vida, la dulzura sientes
que sólo quien la prueba entiende y ama!

De dulce agrado me será que cuentes
quién fuiste, y cuál de tu existencia el norte".
Y ella con ojos respondió rientes:

"No nuestra caridad será que acorte
vuelo a un justo deber que es como aquella
que semejante a sí quiere su corte.[2]

Yo viviendo en clausura entré doncella,
y si tu mente su viveza aún guarda
no ha de ocultarme a ti verme más bella;

que bien conocerás que soy Picarda,[3]
que, puesta aquí con estos bien nacidos,
beata soy en la esfera la más tarda[4]

pues los afectos nuestros encendidos
sólo en dulzuras del Espírtiu Santo,
se gozan en su suerte embebecidos.

Este bien, que parece corto tanto,
nos es dado por dudas vacilantes,
o de los votos nuestros por quebranto".[5]

Y yo: "En vuestros bellísimos semblantes
no sé qué resplandece de divino,
que el modo os cambia en las facciones de antes,

Tarde por eso el recordar me vino;
pero me ayudan tus acentos claros,
y facilitan del acierto el tino.

Mas dime: los que aquí miro extasiaros,
¿deseáis puesto de mayor valía,
por ser más, por serle a Dios más caros?"

Y con las otras almas sonreía
ella, y me respondió después tan leda,
que pensé que en primero amor ardía:

"La voluntad, hermano, nos aqueda
fuerza de caridad, que hallar nos hace
grata sólo la suerte que nos queda.

Si ardiéramos por ver luz más vivace,
fuera entonces contraria nuestra arsura
al gusto del que aquí vivir nos hace;

ni sabe en estos cercos de ventura;
que hervir en caridad aquí es forzoso,
si observas bien su divinal natura:

y esencia es de este ser, que Dios bien quiso,
nunca apartarse del divino agrado,
siendo a su voluntad siempre sumiso.

El morar, pues, así de grado en grado
por este reino, place al reino entero,
y al Rey que su querer nos ha inspirado.

Su voluntad es nuestro bien primero,
y ése es el mar do lo infinito acude
de que Natura y ella son venero".

Que paraíso es todo el cielo pude
de aquí inferir, aunque a su vez la gracia
la dicha en vario modo alterne y mude.

Mas cual suele ocurrir, cuando reacia
es tu boca a un manjar y otro te excita,
que de éste pides más, si aquél te sacia,

así hice yo: y mi voz y acción se agita
porque ella me descubra de qué tela
rota, sin acabar, soltó la pita.

"Puro y santo vivir –me dijo– enciela
más alto a una mujer,[6] a cuya norma
en el mundo hoy se vive, y viste, y vela,

para que, al deponer la mortal forma,
se viva en el Esposo sin mancilla,
si el voto con sus leyes se conforma.

Dejé por ella el mundo jovencilla,
vestí su ropa, y de su regla suave
la vía prometí seguir sencilla.

Hombres luego, en los que mal más bien cabe,[7]
me sacaron del dulce claustro afuera:
¡cuál de allí fue mi vida, Dios lo sabe![8]

Esotra que tus ojos ven, lumbrera
a mi derecha mano reluciente
con todo el esplendor de nuestra esfera,

el mismo mal que yo sufrió inocente:
fue hermana, y arrancáronle sin duelo
también las sacras vendas de la frente...

Mas cuando fue devuelta al libre suelo
contra su gusto y ley y buena usanza,
nunca del corazón apartó el velo.

La luz es ésa de la gran Constanza,[9]
que del segundo viento de Süave,
parió el tercero y la postrer pujanza".[10]

Así me habló, y después empezó el *Ave*,
y *María*, cantando, disipose,[11]
como en agua profunda cuerpo grave.

Y el ver mío, que en verla deleitose.
mientras pudo, no bien la hubo perdido,
a cosa de más grande amor volviose.

Y en Beatriz quedó todo absorbido:
mas ella aquí lanzó tal fulgimiento,
que de la vista me apagó el sentido,
y eso en el demandar me hizo más lento.

Canto IV

Dos dudas agitan igualmente el ánimo del Poeta: la primera es acerca de la doctrina de Platón, que afirma que todos los espíritus vuelven a las estrellas de que han salido. La segunda es por qué, si la violencia quita la libertad y, por consiguiente, la culpa, se les disminuye parte de la gloria a aquellas almas obligadas a romper sus votos. Beatriz lee en Dante estas dudas, y le sale al encuentro, esclareciéndolas. Éste le pregunta si los votos pueden compensarse con otras buenas obras.

Cual hombre que entre dos manjares siente
a igual distancia el gusto igual abierto,
que antes muere que en uno clave el diente;

cual recental se queda medio muerto
entre uno y otro lobo enhambrecido;
cual can que entre dos gamos se está incierto,[1]

así yo, por callarme suspendido
por dos dudas iguales, ni me acuso,
ni alabo; que otra cosa no he podido.

Callaba, y en mi rostro estaba infuso
todo el deseo y la demanda mía,
con más viveza que en hablar profuso.

Hizo Beatriz lo que Daniel un día
de Nabueo la cólera calmando,
en él simiente de crueldad impía.[2]

"Yo bien veo –exclamó– que estás fluctuando
entre un deseo y otro, y la apretura
de los dos tu impaciencia está acallando.

Tú argumentas: "Si el justo querer dura,
¿por qué violencia que exterior domina,
del merecer me acorta la dulzura?"[3]

Y hasta parece que a dudar te inclina,
que a los astros toda alma se revierte,
si de Platón se sigue la doctrina.

Éstas tus dudas son, y de esa suerte
al par te asaltan; conque voy primero
la que te amaga más a resolverte.

El serafín de más celeste fuero:
Moisés, Samuel: el Juan que tú prefieras[4]
(y de María misma hablar no quiero),

no moradores son de otras esferas
que esas almas que viste ha breve instante,
por estancias más tardas o ligeras.[5]

Todas el primer cielo hacen brillante,
y diferente gozan dulce vida,
según sientan de Dios el soplo amante.

Ni estancia, las que viste, repartida
tienen aquí: mostráronse por signo
de la celeste de menor subida.[6]

Tal lenguaje os conviene así benigno;
que sólo por lo externo el hombre aprende
lo que es después de su intelecto digno.

Por eso, a estar a vuestro alcance tiende
la escritura; y darle planta y mano a Dios,
otro sentido en sí comprende.

Así la Iglesia, con aspecto humano
a Gabriel y a Miguel os representa,
y al otro que a Tobías tornó santo.[7]

Lo que Timón[8] del ánima argumenta,
no es del modo que aquí ves por figura,
pues parece que expresa lo que intenta.

Y dice que a la estrella el alma pura
vuelve de donde juzga que ha salido,
cuando forma mortal le dio Natura.

O tal vez es diverso su sentido
del que aparece, y guarda una enseñanza,
por la que ser no debe escarnecido.

Que si lo torpe o digno de alabanza
de estos globos lo achaca a influjo y arte,
a lo cierto su tiro en algo alcanza.

Ese principio, mal seguido en parte,
perturbó al mundo casi todo, y aras
levantó a Jove y a Mercurio y Mane.[9]

La otra duda resultas[10] no tan caras
tendría, pues no tanta es su malicia,
que por ella de mí te separaras.

Que a la vista mortal nuestra justicia
se muestre como injusta, es argumento
de fe, mas no de herética nequicia.

Mas como del humano entendimiento
y su medida esta verdad no sale,
en lo que anhelo quedarás contento.

Pues que violencia no hay mientras no iguale
a la externa presión la resistencia,
esa excusa a estas ánimas no vale.

Que es del que quiere invicta la potencia,
cual la llama del viento es al quebranto
cuantas veces la tuerce su violencia.

Que si la voluntad cede algún tanto,
eso ayuda a la fuerza; y así han hecho
éstas, volver pudiendo al lugar santo.[11]

Quisieran ellas con tan firme pecho
cual Mucio,[12] inmoble en el carbón la diestra,
como Lorenzo[13] en el ardiente lecho,

y habrían vuelto a la primera palestra
tan pronto como hubieran libres sido:
¡mas tan firme querer raro se muestra!

Con esta explicación, si la has seguido
como debiste, el argumento cesa
que te hubiera cien veces afligido.

Mas hora nueva duda se atraviesa
tal a tus ojos, que tu mente humana
sin otra ayuda sucumbiera opresa.

Yo grabé en ti como sentencia llama,
que no puede mentir alma bendita,
porque a la Verdad suma está cercana,

y oíste luego que Picarda cita,
que siempre amó Constanza el primo estado,
y ésa mi aserto aquí desacredita.

Mas ocurre a menudo que, mal grado,
por huir de un peligro, hermano mío,
hacerse suele lo que hacer no es dado;

como Alcmeón,[14] del padre al desvarío
cedió, a su propia madre dando muerte,
con que por ser piadoso hízose impío.

Sabe, pues, que el querer, cuando es de suerte
que a la violencia paga algún tributo,
de que no hay dable excusa nos advierte.

No el mal sufre un querer que es absoluto,
mas algo le consiente, concediendo
que, al retraerse, caen en mayor luto.

Entiende, pues, Picarda, así exponiendo,
el completo: yo el débil albedrío;
y los dos la verdad vamos diciendo".[15]

Tal fue el dulce correr del santo río
que de la fuente de verdad deriva:
así dio paz al pensamiento mío.

"¡Oh con primero amor amada! ¡Oh diva
–dije yo luego–, cuyo hablar ahonda
este fuego que más y más se aviva!

No en mí es copa del amor tan honda
que te alcance a pagar gracia por gracia:
¡quien todo puede y ve te corresponda!

Bien sé que nuestra mente no se sacia
si la verdad aquella no la ilustra
por quien toda verdad crece y se espacia.

Si la alcanza, cual sierpe en su palustra
se posa en ella, y alcanzarla estima;
que si no, todo anhelo al fin se frustra.

Por eso, cual pimpollo, al pie se arrima
de la verdad la duda, y es Natura
quien por lomas nos lleva hasta la cima.

Eso me mueve, pues, y me asegura,
a suplicarte humilde la probanza
de otra verdad que me parece oscura.

Saber quisiera si a suplir alcanza
quebrado voto, bien hacer bastante
por su peso a inclinar vuestra balanza."

Beatriz con rayo me miró chispeante
de centellas de amor, y tan divino,
que di la espalda a su fulgor triunfante,
y los ojos bajé, casi sin tino.

Canto V

Respondiendo Beatriz a la demanda de Dante, razona sobre la naturaleza del voto, y hasta qué punto liga éste al que lo hace, y cómo puede conmutarse. Después, volviéndose a la parte más luminosa del cielo, se echa a volar con su protegido hacia la esfera superior de Mercurio, donde gran multitud de espíritus beatos se agolpa alrededor del Poeta, y uno de ellos se ofrece a darle las explicaciones que le pida; Alighieri le pregunta quién es, y el espíritu, por su gusto de responderle, se aviva con tanta luz, que no puede con sus ojos humanos resistirla.

"Si en el fuego de amor te centelleo
con luz mayor de la que el hombre alcanza,
y ciega así la de tus ojos veo,

no te asombres: procede esa pujanza
de perfecta visión, que en cuanto aprende,[1]
hacia el bien que aprendió, veloz se lanza.

Ya viendo estoy que en tu intelecto prende,
y en él aquella eterna lumbre luce,
que siempre amor, con sólo verla, enciende.

Que si otra cosa vuestro amor seduce,
es sólo algún vestigio no bien noto,
de esa lumbre eternal que allí trasluce.

Saber tú quieres si al fallido voto
hay otra buena acción que supla tanto.
que deje el hijo de la culpa roto."

Así Beatrice comenzó este canto;
como quien no para en lo que empieza,
así prosigue en su discurso santo:

"El don mayor que Dios en su largueza
hizo al crear, la gracia más preciada
por Él, la más conforme a su grandeza,

fue el de la voluntad libre formada,
que a las criaturas sólo inteligentes,
a ellas solas, y a todas, dar le agrada.

Juzga si en este don pones las mientes,
del voto y su valor, si es hecho exacto,[2]
que Dios consienta como tú consientes;

que, al cerrarse entre Dios y el hombre el pacto,
el tesoro de que hablo,[3] sacrifica,
víctima voluntaria por tal acto.

¿Con qué, pues, compensar joya tan rica?
Juzgar buen uso el de lo ya ofrecido,
por el que roba para dar se explica.

Ya el punto principal tiene vencido:
mas pues la Iglesia al compensar no impide,
y eso se opone a lo por mí vertido,

bien es que tus dudas aún me cuide
que el manjar grave que en tu adentro lucha,
fuerza de digerir mayor te pide.

Presta a lo que te digo atención mucha,
y en tu interior lo graba, que no es ciencia
oír sin retener lo que se escucha.

De sacrificio tal forman la esencia
dos cosas: una, aquella que ofreciste;
otra, del ofrecer la conveniencia.

La primera, en vigor siempre subsiste:
no se anula jamás: de ello expedita
explicación arriba ya tuviste.

Impuesto fue por eso al israelita
ofrenda hacer, si a veces permutada
ser podía: la historia así lo cita.

La segunda, materia nominada
tal puede ser, que culpa allí no cabe
porque sea en su forma permutada.

Pero que nadie el peso que le grave
del hombro arroje a su querer, sin vuelta
de la amarilla o de la blanca llave;[4]

y que juzgue permuta mal resuelta,
si la cosa suplida en la suplente,
como el cuatro en el seis no se halla envuelta.[5]

Porque a cosa, de peso tan ingente
que rinde por su prez toda balanza,
compensación ninguna hay excedente.

Nunca el hombre sus votos tome a chanza:
cumpla fiel lo que ofrezca: lo analice,
no cual Jefté votivo sin templanza

a quien fuera mejor decir "mal hice"
que hacer peor siguiendo;[6] y otro tanto
digo del griego que Ilión maldice,

por quien el rostro de Ifigenia en llanto
al necio y sabio inunda en lloro suave,
tan impío culto oyendo en noble canto.[7]

Sea, cristianos, vuestro hacer más grave:
no os mováis como pluma a todo viento,
ni penséis que toda agua el vicio os lave.

Tenéis Nuevo y Antiguo Testamento.
y al Pastor de la Iglesia habéis por guía:,
esto os basta al eterno salvamento.

Si os grita más allá codicia impía,
en hombre os convertid, no en mansa oveja,
porque no os burle la maldad judía.

No cual cordero hagáis que la ubre deja
de la madre, y fugaz, simple, lascivo,
su propia imagen con la frente aqueja."

Beatriz me dijo así tal cual escribo,
y volviose después toda anhelante
del universo al punto que es más vivo.[8]

Su callar, y el variar de su semblante,
corta las alas de mi mente al vuelo,
que nuevas dudas ya tiene delante.

Y tal como la flecha, que al señuelo
antes da, que la cuerda se esté quieta,
así llegamos al segundo cielo.[9]

Allí a mi dama vi brillar tan neta,
cuando entró de esa esfera en lo luciente,
que más radiante se tornó el planeta.

Y si mudose el astro en más riente,
¿qué me pasara a mí, que por Natura
mudable en todo soy tan variamente?

Como en pesquera sosegada y pura
corren a lo que cae los bullidores
peces, creyendo allí tener pastura,

así vi yo venir mil resplandores
hacia los dos y cada cual clamaba:
"Ved quién acrecerá vuestros amores".[10]

Y en cuanto cada sombra a nos llegaba
se la vía llenarse de leticia,
en la fulgencia que de sí lanzaba.

Piensa, lector, si lo que aquí se inicia
no llegara a seguirse, cuánta fuera
de saber lo restante tu codicia;

y juzgarás por ti de qué manera
saber ansiaba yo de ellas la historia,
desque a mi vista aparecer las viera.

"¡Oh bien nacido, a quien de eterna gloria
los tronos se permiten ver por gracia,
aun de la humana lid sin la victoria!"

La luz nos ilumina que se espacia
por todo el cielo: si pues luz deseas
tomar de nos, a tu placer te sacia."

Uno así de esas almas empireas
dijo; y a mí Beatriz: "Di, di sin miedo,
y bien puedes creerlas como a Deas".

"Que habitas en la propia luz ver puedo
que expiden tus miradas brilladoras,
y se acrece al reír tu rostro ledo.

Mas quién eres no sé, ni por qué moras,
alma digna, en el grado de la esfera
que otra vela,[11] a la nuestra a todas horas."

Estas palabras dije a la lumbrera
que primero me habló; con que ella exulta
aun más luciente de lo que antes era.

Como el mirar al sol se dificulta
por harta luz, cuando el calor se come
el templante valor que dél resulta,

por más leticia, así despareciome
dentro en su lumbre la figura santa;
y así, toda velada, respondiome,
del modo que el cantar siguiente canta.

Canto VI

El alma que se había ya ofrecido a satisfacer los deseos de Dante manifiesta que es el emperador Justiniano. Refiere la historia del águila romana para mostrar sus divinos derechos, y la supone injuriada por los güelfos y por los gibelinos. Dice que en el cielo de Mercurio están las almas de los que se consagraron a adquirir una fama inmortal, y cuenta la historia de aquel Romeo, primer ministro que fue del conde de Provenza, Raimundo Berengario.

"Después que Constantino su alta insinia
contra el curso del sol llevó, que anduvo
antes detrás del que ganó a Lavinia,[1]

ciento y cien, y aun más años, se detuvo
de Europa en el confín de Dios el ave,
cercana al monte en que su nido tuvo.[2]

Y allí, a la sombra de sus plumas grave,
al mundo gobernó de mano en mano,
hasta que a mí la vez también me cabe.

César un tiempo fui: soy Justiniano,
que por querer del primo amor que siento,
quité a las leyes lo sobrante y vano.

Y antes que fuese a su reforma atento,
creía hallarse en Cristo una Natura
sola;[3] y viví con tal contento.

Mas el beato Agapito,[4] que a la altura
del gran palio subió, la fe sincera
me devolvió con su palabra pura.

Creíle; y lo que entonces me dijera.
hoy claro veo, cual tú ves sin nube,
entre opiniones dos la verdadera.

Desque ya de la Iglesia al paso anduve,
plugo a Dios inspirarme voluntario
la gran obra,[5] a que ya sólo me atuve.

Y mis armas guió mi Belisario,[6]
a quien tanto el favor del Cielo agranda,
que mostró mi reposo necesario.[7]

Cumplida queda tu primer demanda;
mas algo que con ella se eslabone,
el dado asunto proseguir me manda;

para que veas la razón que abone
a quien va, contra el signo consagrado,[8]
bien cuando se le apropia o se le opone.[9]

Mira cuántas hazañas le han colmado
de respeto y honor desde el momento
que Palante murió por darle estado.[10]

Y bien sabes que en Alba un triple ciento
reposó, y aun más años,[11] hasta el día
que tres con tres lidiaron por su asiento.[12]

Y bajo siete reyes,[13] su porfía,
desde el femíneo robo hasta Lucrecia,
¡cuántos pueblos domó que en torno había!

Sabes cuánto su gloria el mundo precia,
llevado contra Pirro,[14] y contra Breno,
contra Egipto y Germania, y Galia y Grecia.

Por él Torcuato y Quinto,[15] al que no ameno
cabello nombre dio, brillan vivaces
y Decio y Fabio,[16] el mundo tienen lleno.

Él aterró el orgullo de las haces
que en pos de Aníbal rápidas pasaron
la alpestre cima, ¡oh Po!, de donde naces.

A su sombra bien jóvenes triunfaron
Escipión y Pompeyo; y las colinas
do tú naciste, ante él mudas temblaron.[17]

Después, ya cabe el tiempo en que divinas
voluntades al mundo hacen sereno,[18]
dando a César las órdenes latinas.

Y lo que él desde el Var hizo hasta el Reno,
lo vieron el Iser, el Era, el Sena,
y los valles que al Ródano hacen lleno.

Lo que hizo luego que dejó a Ravena,
y pasó el Rubicón, ya en noble estilo,
ya en alto verso cual milagro suena.

Llevó al ibero de la espada al filo:
corrió a Durazo; y en Farsalia herida
hizo cuyo dolor llegó hasta el Nilo.[19]

Los sitios volvió a ver donde la vida
Héctor perdió; vio Atandro y Simoente,
y triste a Tolomeo fue su ida.[20]

Y de allí volvió a Juba rayo ardiente:
y al oír los clarines pompeyanos
que sonaban allá, volvió a Occidente.

Por lo que hizo ese signo en otras manos,[21]
Bruto con Casio en los infiernos ladra:
gimen el modenés, los perugianos.[22]

y la que huyó asustada con su escuadra
llora también, y de desdicha ejemplo,
con áspides el pecho se taladra.[23]

Luego cabe el mar Rojo le contemplo;
y al mundo tanta paz después promete,
que sus puertas cerró de Jano al templo,

Mas toda ilustre hazaña que acomete,
y hora cuento, y las que hace en lo futuro
en las tierras del mundo, que somete,

todo aparecerá poco y oscuro,
si del tercero César,[24] se la mira
en la diestra, con pío afecto y puro;

que la vivaz justicia que me inspira,
le concedió, por ese tremolado,
la gloria de vengar de Dios la ira.

Y aquí te admire más lo que te añado:
con Tito va después a hacer venganza
de la venganza del primer pecado.[25]

Y cuando el diente longobardo alcanza
la Santa Iglesia herir, bajo su sombra
vence en su pro la carolingia lanza.[26]

Hora puedes juzgar de los que nombra
mi voz arriba, y de su acción maligna,
causa de vuestro mal que al mundo asombra.

Éste las lises de oro,[27] a la latina
enseña opone; aquél se apropia de ella,
y no sabes qué grey es más dañina.

¿Por qué bajo otro signo no descuella
el Gibelín? Mal sigue aquel del cielo
quien dél aparta la justicia bella.

No, con su güelfa grey le abata al suelo
este otro Carlo:[28] hay garra, bien lo sabes,
que a más bravo león le arranque el pelo.

¡Cuántas veces los hijos culpas graves
lloraron de su padre; y no se crea
que cambie Dios los lirios por sus llaves!

En este breve globo,[29] se recrea
todo espíritu bueno que en el mundo
por honra y fama con ardor pelea.

y el que de sobra puso amor profundo
en aquel fin, de amor que más halaga
despide rayo aquí menos jocundo.

Mas en el medir el mérito y la paga
en parte está y en ver nuestra leticia,
que ni menos ni más se satisfaga;

con lo que endulza la eternal justicia
tanto el afecto en nos, que ya emociones
no nos agitan nunca de nequicia.

Cual forman voces varias dulces sones,
así en sus grados nuestra beata gente
llena de melodía estas mansiones.

Dentro de la en que estás, perla fulgente,
luce su luz Romeo, de quien bella
fue, mas no agradecida, la obra ingente.[30]

Si bien no el provenzal que le atropella
riendo de ello está; que no ha fortuna
quien del bien hecho a otro se querella.

Cuatro hijas tuvo (y reina es cada una)
Raimundo Berenguer, y débelo eso
a Romeo, extranjero, hombre sin cuna.

Después moviole un vil consejo avieso
a demandarle cuentas a ese justo,
que por diez, siete y cinco echó en el peso.

Y luego pobre se ausentó y vetusto;
y si supiera el mundo el alma que era
ese mendigo de miseria onusto,
si hoy le alaba, a los cielos le subiera."

Canto VII

Por algunas palabras de Justiniano nacen nuevas dudas en el ánimo del Poeta de cómo fue justa la crucificación del Señor, y justo también el castigo que impuso Dios por ella a los judíos crucificadores, y de por qué escogió ese modo extraordinario de redención de la especie humana. Beatriz le convence de la justicia de una y otra cosa, y le demuestra al mismo tiempo la razón de la inmortalidad del alma y de la resurrección final.

Hosanna sanctus Deus Sabaoth
superillustrans claritate tua,
felices ignes horum malahot.

En dulce canto así la voz gradúa,
volviéndose a su coro esa sustancia
que en doble luz su gloria perpetúa.[1]

Y ella y las otras vuelven a su andancia
y más veloces que de chispa el hilo.
las apagó a mis ojos la distancia.

Yo dudaba y decía entre mí: "Dilo,
dilo, anda, dilo a aquella que bendita
mi sed apaga con su dulce estilo".

Mas el hondo respeto que me agita
todo al oír sonar el *Be* y el *ice*,[2]
me hizo encorvar cual hombre que dormita.

Poco tiempo me tuvo así Beatrice;
y empezó destellándome tal riso,
que entre llamas hiciéranme felice:

"Según me anuncia mi infalible aviso,
cómo justa venganza justamente
fue castigada, tiénete indeciso.

Mas yo te alumbraré presto la mente;
y escucha tú, que mi palabra mole
va a hacerte de doctrina alto presente.

Porque refreno a tu querer no diole
para su bien, el hombre no nacido,[3]
dañándose, dañó toda su prole.

Así por largos años sumergido
en el error el hombre ha vegetado,
hasta que el Verbo Dios fue descendido;

y al acto sólo de su amor sagrado,
la Natura divina unió a la humana,
que de su autor se había ya alejado.[4]

Hora pon mente en lo que el labio explana.
Esa Natura, a su Hacedor unida,
era, cual fue criada, pura y sana.

Mas fue luego con llanto despedida
del Paraíso, porque erró la senda,
por culpa suya, de verdad y vida.

Por tanto, de la Cruz la viva ofrenda,
si por lo que era humano se mesura,
fue de justo castigo justa prenda.

Mas fue asimismo la impiedad más dura,
mirando qué persona bajo el velo
allí se ofrece de mortal natura.

Así en un hecho dos contempla el suelo;
que al judío ya Dios tal muerte agrada:
tembló por ella el mundo, y se abrió el Cielo.

No debe ya, pues, asombrarnos nada
que se diga, que fue venganza justa
por justo tribunal después vengada.

Mas hora veo que tu mente ajusta
nudo estrecho, y mil dudas acarrea,
que ansías borre la verdad augusta.

Tú dices: "Lo que oí cabe en mi idea;
mas por qué quiso Dios aún me es oculto
de ese modo salvar la estirpe rea."

Este decreto, hermano, está sepulto
a todo aquel que de razón el signo
en el fuego del amor no tenga adulto.

Y como en este punto que consigno
mucho se mire y poco se discierna,
diré por qué ese modo fue el más digno.

La divina bondad que de sí externa
toda envidia, en sí ardiendo, tal centila,
que esparce viva la belleza eterna.

Lo que inmediatamente ella destila
luego no ha fin, porque mantiene quieto,
cuando sella, el grabado que perfila.

Lo que es de ella inmediatamente efecto
libre es del todo, porque nunca yace
de cosas nuevas a la acción sujeto.

Lo que más se le iguala, más le place
que el santo amor que enciéndese doquiera.
en lo que más le imita, es más vivace.

De todos esos dones altanera
va la criatura humana, y desmerece,
si alguno pierde, su nobleza entera.

El pecado es no más quien la envilece,
y la hace desemeje al Ser bendito,
cuando poco en su lumbre se esclarece.

Ni ya recobra su esplendor marchito,
si contra el mal placer pena ajustada
no colma el hueco que dejó el delito.

Cuando en su autor la prole desdichada
toda pecó, de aquellos altos dones
fue, cual del Paraíso, despojada,

sin poder rescatarlos, si dispones
la mente a discernir con sutileza,
sino por una al fin de estas razones:

o que Dios nada más por su largueza
perdonara, o que el hombre por sí mismo
diera satisfacción a su flaqueza.

Hora atento a escuchar mi silogismo,
cuanto puedas sumerge la mirada
de la ciencia eternal en el abismo.

El hombre en su natura limitada,
a pagar no bastaba, no pudiendo
bajar, en su obediencia más postrada,

cuanto quiso subir no obedeciendo;
y ve aquí la razón por qué insolvente
quedó al rescate de su error tremendo.

Y por sus propias vías,[5] conveniente
fue a Dios tornarle a su completa vida,
de una usando, o de entrambas juntamente.

Mas por cuanto la obra es más subida,
cuanto más la bondad del alma exprime
del autor de quien ella fue nacida,

la bondad santa que en el mundo imprime,
con divo gozo de su gracia entera,
por cuantas son las vías os redime.

Y entre la última noche y luz primera[6]
nunca por un camino u otro ha sido
ni será acción tan grande y valedera;

que largueza mayor Dios ha tenido,
por la salud del hombre Él mismo en darse,
que en haberle de lo alto redimido.

Ni otro medio bastaba a equilibrarse
con lo justo, si el hijo del Eterno
no humillado se hubiera hasta encarnarse.

Hora a robustecer tu juicio tierno
razones dichas ya de nuevo toco,
porque disciernas tú cual yo discierno.

Veo, dices, el aire, el ígneo foco,
la tierra, el agua y todas sus mixturas
caer en corrupción y durar poco;

y estas cosas de Dios fueron hechuras;
conque si lo que he dicho es verdadero,
debieran de tal daño estar seguras.

Los ángeles, ¡oh hermano!, y el ligero
reino en que estás, llamarse bien creados
pueden, en cuanto ser gozan entero;

mas esos elementos ya nombrados,
y las cosas también que de ellos vienen,
de creada virtud son *informados.*[7]

Creada la materia que contienen
fue, cual la *informadora,*[8] ley de tantas
estrellas como en torno de sí tienen.

El alma de los brutos y las plantas
sustancia elemental saca y procrea
del curso y luz de las lumbreras santas.

Mas por sí misma nuestra vida crea
la bondad suma, y de ella la enamora
tal, que luego por siempre la desea.

Ya puedes la razón sacar ahora
de la resurrección vuestra ordenada.[9]
pensando cuál la carne pecadora
en los primeros padres fue formada."

Canto VIII

Sube el Poeta a la estrella Venus, que embellece el cielo tercero, y ve la gloria de los que consiguieron dominar la pasión del amor a que fueron inclinados. Se le manifiesta Carlos Martel, que, pintándole la índole perversa de su hermano Roberto, se extiende, a petición de Dante, en consideraciones sobre las causas que ocasionan el degenerar tan a menudo los hijos de las virtudes de los padres, y sobre lo próvida que es la Naturaleza en el orden de todos sus actos, y cuán necios los hombres que no siguen sus indicaciones.

Pensaba el mundo en su fallir primero,[1]
que el loco amor de Venus descendía,
que en el cielo de luz gira tercero;

por lo que, no tan sólo ofrenda pía
a sus aras y cánticos dispone
la antigua gente que en error vivía;

mas aún honra a Cupido y a Dione:[2]
ésta por madre suya, aquél por hijo;
y en las faldas a Dido se le pone.[3]

Y de ésa que ya arriba el verso dijo,
y nombre daban a la dulce estrella
que ante o detrás del sol es astro fijo.[4]

No me di razón que entraba en ella;
mas de estar dentro me la dio sin falta
mi diva, a quien tornarse vi más bella.

Y como chispa en llama ves que salta,
y como en concertado son disciernas
la voz que es fija entre la baja y alta;

vi en esa luz girar otras lucernas,
con más o menos raudos movimientos,
según que sus visiones son eternas.

No bajaron de nube fría vientos,
o visibles o no,[5] tan presurosos,
que no le parecieran harto lentos

al que viera los entes luminosos
a nosotros venir, dejando el giro,[6]
que en serafines comenzó gloriosos;

y entre los que llegar delante miro,
un Hosanna sonó tan dulcemente,
que de entonces a oírlo siempre aspiro.

Y uno después más cerca vino enfrente,
y empezó solo: "A complacerte asiste
toda, ya darte gozo, nuestra gente:

con los celestes príncipes existe
aquí en un cerco; y con el mismo anhelo,[7]
somos de los que abajo ya dijiste:

Los que moréis, sabiendo, el tercer cielo;[8]
y es tanto nuestro amor por complacerte,
que no será el pararnos desconsuelo".

Luego que a mi señora en blanda suerte
reverentes mis ojos consultaron,
y ella de estar contenta les advierte,

a la luz promisora se tornaron
que antes habló, y ¿quién eres? la voz mía
dijo, en ecos que afables resonaron.

¡Oh cuánto, a estas palabras, vi que ardía
en más fulgor, cuando el placer unido
fue de lo que yo dije a su alegría!

Y así brillando habló: "Poco he vivido
allá en el mundo, aunque menor trastorno,
si más viviera, hubiérale afligido.[9]

Mi alegría, que luce de mí en torno,
a ti me esconde y vela, cual gusano
de su seda enfajado en el contorno.

Asaz me amaste[10] y con motivo hermano;
que si viviera más, vieras cuál daba
mi amor a ti más que hojarasco vano.

Aquella izquierda orilla que el Rin lava,
después que blando el Sorga en él se pierde,[11]
por su señor futuro me aguardaba,

y aquel cuerno de Ausonia que el pie muerde
de Gaëta, y do están Bari y Crotona,[12]
y do al mar desembocan Trento y Verde.

Ya en mi frente brillaba la corona
del suelo que Danubio fertiliza;[13]
después que a los tudescos abandona;

y la bella Tinacria, que enceniza,[14]
a Paquino y Peloro, sobre el golfo
donde el Euro más crudo se encarniza,

Tifeo,[15] no sino el bullir del golfo
también sus reyes recibido hubiera
natos, por mí, de Carlos y Rodolfo,[16]

si mala señoría que exaspera
siempre al opreso pueblo no moviese
a gritar en Palermo: "¡Muera, muera!",[17]

Que si aquello mi hermano lo previese,
favor no diera a catalana gente
avara y pobre que en su daño fuese.

Que en verdad atender es conveniente
que, ya por sí o por otros, a la barca
ya cargada, más carga no se aumente

de tronco generoso prole parca,[18]
érale necesario una milicia
no apagada al furor de henchir el arca".

Yo exclamé: "Más se aumenta mi leticia
de oírte, señor mío, porque creo
que en donde todo bien muere y se inicia,

es do nacer la ves cual yo la veo;
y hasta el valor de tu decir se alarga,
porque de Dios lo bebe tu deseo.

Cual me diste placer, hora descarga
de esa duda que alzaste en mí la mente:
¿cómo da dulce planta fruta amarga?"

Y él respondiome: "Si verdad patente
llegó a mostrarte, el caso que propones,
cual hora de través, verás de frente.

El bien,[19] que alegra y mueve estas mansiones
en que vuelas feliz, de providencia
les da las veces, la virtud, los dones.

Y no sólo la suma inteligencia
completa en sí previó toda natura,
mas las leyes también de su existencia.

Pues lo que lanza cuerda tan segura,
va a dar do fijan órdenes pristinas,
cual flecha va a su punto en derechura.

Si así no fuese, el cielo en que caminas
causara de tal suerte sus efectos,
que no serían arte, sino ruinas.

Y eso ser no podría, sus defectos
no teniendo lo que estos astros mueven,
y el primer Ser que los formó imperfectos.

¿Mis razones más luz quieres que lleven?"
"No –dije–, que imposible es que Natura
falte en las cosas que cumplirse deben."

Y él: "Di: ¿no fuera condición más dura
vivir el hombre en insociable estado?"
"Sí –dije–, y eso mi razón no apura."

"¿Y viviera civil no dedicado
a diversos oficios variamente?
No, si bien el maestro os ha enseñado."

Y hasta aquí en deducciones de su mente
vino; y luego acabó: "Conque diversa
raíz conviene a efecto diferente.

Que uno nace Solón, o Jerjes persa,[20]
y otro Melquisedec, y otro el que pasa
volando el agua, al hijo tan adversa.

La sideral Natura que en la masa
mortal sella, responde bien a su arte;
mas no elige entre aquella ni esta casa.

Por eso ocurre que Esaú se parte
del genio de Jacob, y que a Quirino,
de padre vil, se diga hijo de Marte.

La engendrada Natura en el camino
siguiera igual del genitor primero,
si no mediara proceder divino.

Ya al frente ves lo que antes postrimero:
mas como en muestra de afición segura;
de un corolario abroquelarte quiero.

Siempre si a la fortuna la Natura
halla adversa, cual toda otra simiente,
fuera del clima propio, no madura.

Y si el mundo pusiera allá la mente
en la virtud, a que Natura inclina,
con secundaria, hubiera insigne gente.

Mas vosotros en celda hundís mezquina
al que nació para esgrimir la espada,
y hacéis monarca al que al sermón se inclina
y vuestra marcha así va descarriada".

Canto IX

Desaparece Carlos Martel. Dante encuentra en este planeta a Cunicia, hermana de Ezelino de Romano, que le predice las calamidades que va a sufrir la Marca de Treviño. El Poeta se entretiene después hablando con Fulqueto de Marsella.

Mis dudas aclaró, bella Clemencia,[1]
tu Carlos, y narrome las falsías
de que blanco iba a ser su descendencia.

Mas dijo; "Calla y deja andar los días".
Conque sólo diré: que a justo llanto
vuestras desgracias moverán impías.

Ya de aquella lumbrera el móvil santo
vuelto se había al sol, y dél colmada
fue cual de Bien que para todo es santo.[2]

¡Ay, ánima sin fe, turba engañada,
que apartáis de ese Bien vuestros amores,
y en lo vano fijáis vuestra mirada!

Mas ve aquí que otro de esos resplandores
a mí vino, su anhelo por servirme
mostrando en sus relumbres exteriores.

La vista de Beatriz, que estaba firme
cual antes sobre mí, su caro asenso
a mi deseo pareció decirme:

"¡Ay!, concede a mi afán pronto compenso,
beato espíritu –dije–, y dame prueba
de que en ti se refleja lo que pienso".

Con esto, aquella luz que aún me era nueva,
desde el fondo en que dulce antes cantaba
siguió, como el que un bien a alguno lleva:

"De la itálica extensa tierra prava,
en la parte que yace entre Rialto
y del Brenta las fuentes y del Plava,

un collado se eleva, y no muy alto,
de donde bajó un día una centella,[3]
que a la comarca dio tremendo asalto.

De la misma raíz somos yo y ella:[4]
allá Cunicia fui, y aquí refulgo,
porque el fuego venciome de esta estrella.

Mas ledamente en mi interior espulgo
la causa de mi suerte, y no me agita
que mucho le parezca a vuestro vulgo.[5]

Ésta más cerca a mí, joya bendita,[6]
de mi cielo, dejó gran nombramiento;
y antes que su virtud muera inaudita,

lucirá este año cinco veces ciento.
Ve si hacerse el mortal debe eminente
porque a la humana vida otra dé aumento.[7]

No piensa así la multitud presente
que el Tallamento el Adige,[8] rodea:
que ni por ser frustrada se arrepiente:

mas pronto el Paduo en la marina fea,
roja hará el agua que Vicencia afronta,
por ser dura al deber su gente rea;[9]

y do el Cañán con Silo se remonta,
uno hoy rige, y la frente alza muy alta,
a quien red que le agarre ya se apronta.[10]

Y llorará también la horrenda falta
Fieltro de su pastor, tan impía y fiera,
que no por otra igual entrose en Malta.[11]

¡Ancho el tonel sería en que cupiera
la sangre ferrarense, y bien cansado
pesarla onza por onza, y largo fuera,

que verterá ese padre bien criado
por ser grato a su bando!; y tales dones
allí son el vivir común y usado.

En lo alto espejos hay, que tus varones
llaman Troncos,[12] do ve Dios justiciero:
no pongáis, pues en duda mis razones."

Esto dijo, y no más; y pensar quiero
que accionó como que a otros se volvía,
y al coro entró do hallábase primero.

Y la otra que antes vi luz de alegría,
cual precioso rubí que al sol pusiste,
radió en fulgores a la vista mía.[13]

Como de risa aquí, de luz se viste
el alegrarse allí; mas allá abajo
crece el negror según la mente es triste.[14]

"Dios lo ve todo –dije–; y pues ya atrajo,
divo espíritu, a internar en él, tu celo,
su voluntad aciertas sin trabajo.

Así tus ecos, de que goza el cielo
entre el cantar de aquellos fuegos píos
que se hacen de seis alas manto y velo,[15]

¿por qué a mi ruego muéstranse tardíos?
Tus afectos moviera mi demanda,
si por mí fueran, cual por ti los míos."

"La planicie que el agua más agranda,[16]
–entonces empezó– sin el que riega
extenso mar la tierra y la enguirnalda,

entre discordes pueblos se despliega
tanto a espaldas del sol, que meridiano
de lo que era horizonte a formar llega.[17]

De ese gran valle yo fui litorano,
entre Ebro y Magra que en su corte vía
al genovés separa del toscano.[18]

Al mismo ocaso y orto está Bujía,[19]
casi que la ciudad en que he nacido,
cuya sangre entibió su puerto un día.[20]

Los de quien fue mi nombre conocido
me apellidaron Fulco, y de este cielo
que hoy se imprime de mí, fui yo imprimido.

Que no ardió más de amor la hija de Belo
en mengua de Siqueo y de Creusa,
que yo mientras sin canas tuve el pelo.[21]

Ni más sintió la rodopea ilusa
que burló a Demofonte ni el de Alcmena,
a quien de hilar por Yole se le acusa;

y no aquí el alma se arrepiente y pena:
mas goza, y no en la culpa ya olvidada,
sino en quien todo lo prevé y ordena.

Aquí se mira el arte con que ornada
obra tan grande está, y el bien que viene,[22]
de que influya en la baja esta morada.

Mas porque el ansia del saber se llene
que llegaste a acopiar en esta esfera,
más allá proseguir aun me conviene.

Saber quieres quién mora esa lumbrera
que, cual linfa del sol al vivo encuentro,
con tanto resplandor brilla a mi vera.

Sabe que en paz tranquila yace dentro
Raab,[23] que, en nuestro coro aquí conjunta,
el más alto lugar tiene en su centro.

A este globo, en que da la extrema punta
de la sombra del vuestro,[24] antes que otra alma
fue, cuando el triunfo de Jesús, asunta.

Que era bien la dejara como palma
en algún cielo, de la gran victoria
con que al mundo, en la cruz, volvió la calma.

Porque ella de Josué la primer gloria
favoreció sobre la tierra santa
que no vive del Papa en la memoria.

La ciudad tuya, aborto de la planta
del primero que a Dios movió a rigores,[25]
y cuya envidia dio cosecha tanta,

hace y derrama las malditas[26] flores
que a las ovejas a extraviarse incitan,
porque en lobos han vuelto a los pastores.

Por ella en Santos Padres no meditan,
ni Evangelios, y sólo en Decretales,[27]
cual sus bordes sobados acreditan.

En eso piensan Papa y cardenales:
no en Nazaret, donde anunció el misterio
de María Gabriel a los umbrales.

Mas bien pronto será que el adulterio
infame al Vaticano ya no infeste,
ni a los sitios sagrados, cementerio
de la que fue de Pedro insigne hueste".[28]

Canto X

Descríbese el orden con que Dios creó el Universo. El Poeta y Beatriz suben al cuarto círculo, que es el del sol, y en él encuentran las almas de los Doctores de la Ciencia divina. Doce espíritus más brillantes que el planeta vienen a formar en torno de él una corona, y uno de ellos, que se manifiesta ser Santo Tomás de Aquino, descubre el nombre de los otros once.

Al hijo contemplando, con la esencia
de ese amor que a uno y otro eterno inspira
la primera inefable providencia,

creó con tan gran arte cuanto gira
en torno de la vista o de la mente,
que nadie, sin gozarse en él, lo mira.

Conmigo, pues, lector, alza la frente
recto a las altas ruedas, y a la parte
donde entra un giro en otro divergente.

Y allí te halaga en admirar el arte
de aquel artista que en su adentro le ama
tanto que dél la vista no departe.

Y mira desde allí cuál se derrama
el cerco oblicuo que planetas guía,[1]
a dar servicio al mundo que los llama.

Que si no fuese así curva su vía,
mucho influjo del cielo fuera en vano,
y casi todo abajo moriría;[2]

y si fuera su curso o más lejano,
o más junto a su recta, sentimiento
hicieran alto y bajo orden mundano.

Y aquí sigue, lector, desde tu asiento
lo que prelibo, y tu memoria evoca,
si antes quieres que canso, estar contento.

Te puse ya el manjar: dalo a la boca;
que entera mi atención sólo se cura
del arduo asunto que historiar me toca.

El ministro mayor de la Natura,
que en el mundo el celeste influjo aviva,
y el tiempo con su luz fija y mensura,

conjunto al cerco que se dijo arriba,[3]
por las espiras do más pronto tiene
cada vez su salida, fácil iba.

Y en él me hallaba yo, sin que me llene
de mi ascenso el recuerdo, más que pide
a un primer pensamiento al que en pos viene.

Y esa Beatriz, que mi subir preside
desde bueno a mejor, tan raudamente
que su rápida acción tiempo no mide,

¡cuánto aquí debió estar de sí luciente!
Lo que el sol en que entré ya me revela,
y la luz, no el color, me hace patente,

por arte a que acudiera, ingenio, escuela,
a hacerlo comprender jamás llegara:
pero créelo, lector, y el verlo anhela.

Y a fe no es mucho que a altitud tan rara
se humille toda humana fantasía,
que ¿quién vio luz que a la del sol ganara?

También del alto Padre allí lucía
la cuarta grey,[4] saciada eternamente
con verle cómo inspira y cómo cría.[5]

Y Beatriz empezó: "Gracias ferviente
da al sol de los Querubes, que te ha puesto
sensible en éste, por favor clemente".

Nunca pecho mortal fue tan dispuesto
a alzarse a Dios de devoción movido,
ni tanta gratitud sintió tan presto,

cual hube a esas palabras yo sentido:
y así mi amor en él puse tan firme,
que se eclipsó Beatriz en el olvido.

Y no la desplació; que a sonreírme
tan viva fue, que las unidas mientes
logró a diversas cosas dividirme.

Yo más que el sol lumbreras vi esplendentes
formar centro de nos, de ellas corona:[6]
y cantar, aun más dulces que fulgentes.

Así ceñirse a la hija de Latona
vamos cuando es el aire tan preñado,
que dibuja en vapor de iris la zona.

En la corte eternal de que tomado
hay tan preciadas joyas, y tan bellas,
que sacarlas del reino está vedado;

y el canto de esos soles es de aquéllas:
quien para allá volver no se arme de alas,
de un mundo aguarde la noticia de ellas.

Cuando cantando así del sol las galas,
tres veces en redor de nos corrieron,
cual planetas girando en sus escalas,

damas que en baile están me parecieron
los compases atentas esperando
que para entrar de nuevo aún no les dieron;

y de uno en lo interior escuché: "Cuando
el rayo de la gracia do se enciende
amor veraz que luego crece amando,

multiplicado en ti tan vivo esplende
que te conduce arriba de la loma
do siempre vuelve el que de allí desciende.[7]

quien negara a tu sed de su redoma
el vino, menos libre se creería
que al agua que camino al mar no toma.

Saber quieres que planta es la que cría
cada flor que guirnalda en torno teje
a la bella mujer que a Dios te guía:

yo fui cordero de la santa greje
que conduce Domingo, por camino
do engorda bien quien vanidades deje:

el que se halla a mi diestra más vecino,
fue hermano mío y mi maestro: Alberto
es de Colonia,[8] y yo Tomás de Aquino;

y si estar quieres de los otros cierto,
según hablando voy, con la mirada
sigue el bendito anillo arriba abierto.

Aquel otro fulgor lo esparce el riso
de Graciano,[9] que en uno y otro foro
sublime fue, ganando el Paraíso.

El que adorna en seguida nuestro coro,
el Pedro fue que, cual viuda, invierte
breve en la Santa Iglesia su tesoro.[10]

La quinta luz, que es entre nos más fuerte,
sale de tanto amor, que todo el mundo
ansioso está de conocer su suerte.[11]

Dentro la mente está que tan profundo
saber gozó, que si lo cierto es cierto,
que penetre cual él *no habrá segundo.*

La que está al lado, que la luz te advierto
del que, en vida, en angélica natura
más y su ministerio ha descubierto.[12]

Ríe en la otra pequeña lumbre pura
de los cristianos tiempos el atleta,[13]
de quien sirvió a Agustino la lectura.

Hora, si a mis elogios va sujeta
tu atención de una en otra lumbre hermosa,
de conocer la octava el ansia aquieta.

Por ver al Sumo Bien dentro es dichosa
el alma que del mundo lo falace
muestra al que sigue su lección piadosa.[14]

El cuerpo de que fue lanzada yace
abajo en Cielodauro: ella ha subido
del destierro y martirio a tanta pace.

Mira allá arder el hálito encendido
de Isidoro; y a Beda, y a Ricardo.[15]
que en su considerar más que hombre ha sido.

Ése, del cual tu preguntar no aguardo,
del mundo al meditar las vanidades,
fue espíritu que el morirse halló muy tardo.

De Sigerio ésas son las claridades,[16]
que en la calle de Fajos enseñando,
con propio mal silogismo verdades".

Luego, como reló que está llamando
en hora que de Dios sale la esposa
a dar la matinada al que está amando,

que una parte a la otra da y acosa,
tin tin sonando, en son tan deleitable,
que el bien dispuesto pecho amor rebosa,

así yo vi la rueda venerable
moverse, y voz a voz con melodía
responder, que escucharla sólo es dable
donde se goza eterna la alegría.

Canto XI

Santo Tomás cuenta a Dante la vida de San Francisco de Asís, después de desvanecerle algunas dudas que suscitó en su ánimo el anterior razonamiento, y de ensalzarle también a Santo Domingo, al cual y a San Francisco considera como las dos columnas que dio el Señor a su Iglesia periculante.

¡Oh insensato afanar de los mortales,
cuánto débiles son los silogismos
que hacen batir tus alas terrenales!

A uno tira el derecho: otro aforismos
repasa, y éste sigue al sacerdocio;
e impera aquél con fuerza o embolismos.

Y quién al robo, o a civil negocio;
quién, del deleite de la carne asido,
se entrega a la fatiga, o se da al ocio.

Yo en tanto de todo eso desprendido,
con Beatriz me gozaba placentero
en el cielo que blando me ha acogido.

Cuando ya cada cual volvió al primero
punto del cerco en que antes residía,
se acomodó cual vela en candelero.

Y oí que dentro de su luz decía
el sol que antes me habló, mientras riendo,
aún más resplandeciente se volvía:[1]

"Así cual yo de su esplendor me enciendo,
así lo que tú piensas, en la eterna
luz contemplando, su ocasión comprendo.

Tú dudas, y pretendes que yo cierna
mis palabras, y en claro idioma fije,
porque tu humano alcance lo discierna,

aquel *do engorda bien* que arriba dije,
y aquella otra expresión: "No habrá segundo":[2]
y eso a explicar mi acento se dirige.

La providencia que gobierna el mundo
con juicio tal, que humana vista pasa
vencida, antes que toque a lo profundo;

porque siempre a su amante caminara
la esposa del que en grito de agonía
con su sangre de amor la desposara:

porque aún más se acrecienta su fe pía,
de dos caudillos,[3] la dotó, clemente,
que fueran por doquier su escolta y guía.

De seráfico ardor fue el uno ardiente:
el otro fue en el mundo, por su ciencia,
de querúbica luz faro esplendente.

De uno diré, pues de ambos la excelencia
en la alabanza de uno se comprende,
que un fin mismo en sus obras se evidencia.

Entre el Turpín y el agua que desciende
del sitio electo por el beato Ubaldo,[4]
fértil cuesta del alto monte pende

que, por puesta del sol, fría y rescaldo
manda a Perusa, a cuya espalda vive,
en triste yugo, el de Nocera y Gualdo.

Allí, donde más suave es el declive,
al mundo vino un sol, cual éste ardiente
sobre el Ganges a veces se percibe.[5]

Quien decir de ese pueblo el nombre intente,
no diga sólo Asís, que dice corto;
si quiere bien nombrarle, diga "Oriente".

Brillaba apenas de su infancia el orto,
y a sentir empezaba ya la Tierra
en sus grandes virtudes un conforto

que jovencillo aún dio al padre guerra
por mujer a la cual, como a la muerte,
siempre la puerta del placer se cierra.[6]

Et coram patre a ella fue de suerte
y ante su corte espiritual[7] unido,
que su amor cada vez se hizo más fuerte.

Ella, privada del primer marido,[8]
hasta hallar éste, desdeñada, oscura,
mil cien años y más triste ha vivido.

Y en vano fue que la encontró segura
con Amílcar,[9] la voz que poderosa
llenó la Tierra toda de pavura:

ni le valió ser firme y valerosa,
tal que al pie de la Cruz, que asió María,
llegó con Cristo y se elevó gloriosa.

Mas rompa ya la oscura alegoría;
y revele que son esos amantes
la pobreza y Francisco, la voz mía.

Su concordia, sus plácidos semblantes,
de santos pensamientos puro dardo
eran, y sus miradas inspirantes.

Por eso el pie se descalzó Bernardo,[10]
el primero, y tras paz tan venturosa
corrió, y corriendo, aun se juzgó muy tardo.

¡Oh ignorada riqueza! ¡Oh perla hermosa!
Egidio se descalza, en pos Silvestro,
y al esposo se van.[11] ¡Tal es la esposa!

Y caminan tal padre y tal maestro
con la mujer,[12] y con la grey sencilla,
ya ceñida del mísero cabestro.

Ni sonrojo o temor su frente humilla
porque de Pedro Bernardón es hijo,[13]
ni por mostrarse feo a maravilla.[14]

Mas su designio trabajoso dijo
regiamente a Inocencio, y de su celo
primer sello a su regla tuvo fijo.[15]

Cuando la pobrecilla gente el suelo
pobló tras su virtud (tan infinita
que cantaría mejor fuera en el cielo),

con segunda corona fue bendita
por Honorio,[16] que el divo amparo ha visto,
la voluntad del santo Archimandrita.

Y cuando, del martirio para aquisto,[17]
a la presencia del Soldán superba
predicó de los Santos y de Cristo;

porque la conversión de sobra acerba
halló la gente, por no verse ocioso,
tornó al regar de la italiana yerba.[18]

Entre Arno y Tíber, en sitio peñascoso,[19]
Jesús el sello le imprimió divino,
que dos años su cuerpo ornó glorioso.

Y cuando el que a tan próspero destino
le trajo, quiso alzarle a los postreros
premios que por humilde a ganar vino,

a sus hermanos justos herederos
de la tan cara esposa, dio la cura,
y amarla les mandó siempre sinceros.

Y del seno de aquélla, el alma pura
quiso lanzarla a la región natía,
y al cuerpo se la dio por sepultura.[20]

Hora piensa en cuál fue quien merecía
ser su colega en mantener la barca
de Pedro, en alta mar, por recta vía.

Y ése fue tras de aquel nuestro Patriarca,[21]
porque el que asista bien a donde él llame,
no mala carga en su bodega embarca.

Mas ya por pasto fresco se relame
sólo su grey, y en honda y varia umbría
mucho será que al fin no se derrame.

Y cuanto más lejos se desvía,
disperso y vagabundo su rebaño,
vuelve al redil con ubre más vacía.

Cierto, hay ovejas que temiendo el daño
se estrechan al pastor: mas son tan pocas,
que las puedes vestir con poco paño.

Hora si el fondo del discurso tocas;
si a mis ecos pusiste atento oído;
si en tu memoria lo que dije evocas,

en parte tu querer será cumplido;
pues verás de cuál árbol saco esqueje,
y el que gasta correa habrá entendido
do engorda bien quien vanidades deje".[22]

Canto XII

Así que el Santo Doctor acaba de pronunciar la última palabra, otra corona de espíritus circunda a la primera. San Buenaventura, que era uno de ellos, se dirige a Dante, y en agradecimiento al elogio hecho de su Patriarca San Francisco, hace él otro de Santo Domingo, y explica luego quiénes son los demás que gozan bienaventuranza en aquel planeta.

En el instante que en silencio queda
tras la postrer palabra el Doctor Santo,
vueltas comienza a dar la beata rueda.

Y así que la primera corrió un tanto,
de otro círculo nuevo fue cercada
que adunó giro a giro y canto a canto.

La voz de aquellos tubos delicada
a la de Musa vence y de Sirena,
cuanto a la luz motriz la reflejada.

Cual dos arcos que blanda nube amena,
de igual color y paralelos junta,
cuando algo Juno a su sirvienta ordena,[1]

del de adentro naciendo el que alto apunta
como la voz de la que fue extinguida
cual es la niebla por el sol consunta,

siendo nuncio mortal de la ofrecida
a Noé por su Dios palabra tierna
de no ser más la tierra sumergida,[2]

la doble así guirnalda sempiterna
giraba en torno de las santas rosas,
correspondiendo a la interior la externa.

Cuando el canto de fiesta y las gaudiosas
danzas, y el mutuamente iluminarse,
unas luces con otras venturosas

suspendieron, queriendo a una pasarse,
cual dos ojos que en pos de un querer solo
los ves al par abrirse, al par cerrarse,

de una luz nueva en medio al alveolo
salió una voz, que en dirigirme a ella,
me hizo aguja imitar que vuelve al polo.

Y comenzó: "El amor que en mí destella,
del otro jefe a discurrir me induce
por quien mención del mío se hace bella.[3]

De uno el recuerdo al otro te conduce;
y pues la misma hicieron lid preclara,
junta así de los dos la gloria luce.

La falange de Cristo, que tan cara
fue de rehacer, detrás de su bandera
marchaba lenta, recelosa y clara;[4]

cuando el emperador que siempre impera
a la grey proveyó menesterosa,
por gracia y no merced que mereciera.

Y cual se ha dicho, socorrió a su esposa
con dos campeones, cuyo ejemplo admira
y atrae así la gente vagarosa.

En la región de donde dulce aspira,[5]
céfiro a nos, abriendo la hoja nueva
de que la Europa revestir se mira;

no lejos de do el mar los tumbos prueba
tras los cuales el sol que estivo brilla
su hoguera a sepultar a veces lleva.[6]

Caleruega se asienta, feliz villa,
bajo la protección del grande escudo
donde monta un león y otro se humilla.[7]

Nació allí dentro el que en amante nudo
se unió a la fe cristiana, santo atleta,
blando a su gente, a la enemiga rudo.

Y en cuanto fue animado, tan completa
vivaz virtud sus órganos mostraron,
que en el vientre a su madre hizo profeta.[8]

Cuando los esponsales consumaron
él y la fe, cabe la sacra fuente
donde de mutua gracia se dotaron,[9]

la que el asenso dio por el naciente,[10]
vio en sueño el rico fruto que debiera
salir de él mismo y su futura gente.

Y porque el nombre suyo propio fuera,
bajó un ángel de arriba a nominarle
con el del dueño de quien todo él era.[11]

Domingo se llamó, y he de mostrarle
como cultivador que eligió Cristo;
a servir en su huerto y a ayudarle.

Y bien fue ayuda y familiar de Cristo
que el primo amor que en él fue manifiesto,
fue el del primer consejo que dio Cristo.

Despierto, sin chistar, de hinojos puesto,
¡cuántas veces hallole su nutrice!,
cual si exclamara: "¡Pues si vine a esto!"

¡Oh padre suyo a la verdad Felice!
¡Oh dulce madre suya, en verdad Juana,[12]
si interpreta el vocablo lo que dice!

No como aquel que por el mundo afana
y a Tadeo y el de Ostia leer sin freno,
sino del maná santo con la gana,[13]

doctor en breve fue de ciencia lleno,
tal que la vid a recorrer se puso
que pronto emblanca,[14] si el cultor no es bueno.

Y a la silla, que al pobre se dispuso
menos benigna a ser (no por su esencia,
sino de quien la ocupa por abuso),

ni dispensa usuraria, ni la herencia
de alto cargo, ni décimas demanda
quœ sunt pauperum Dei, sino licencia

contra el mundo a luchar que se desbanda
en pro[15] del germen, del que ves cercarte
de veinticuatro plantas la guirnalda.

Luego, con celo unido a ciencia y arte,
se lanza (que el papal favor le asiste)
cual torrente que baja de alta parte.

Con las zarzas heréticas embiste;
y allí son sus esfuerzos más caudales,[16]
donde el ciego adversario más resiste.

Dél se forman después varios ramales
con que el huerto católico se riega,
por lo que están más vivos sus frutales.

Si el valor de una rueda[17] a tanto llega
del carro en que luchó la Iglesia santa
que venció en la civil porfiada brega,

conocer puedes bien cuál se levanta
la bondad de la otra que elocuente,
antes de yo venir, Tomás decanta.

Mas la huella que imprime lo eminente
de su circunferencia está borrada:
hora espeso lo que antes transparente.

Y su grey, que pisando en su pisada
iba recta, hoy se mira tan derecha,
que punta con talón va de encontrada;

y pronto el mal cultivo la cosecha
llorará cuando la cizaña impía
vea que del arcón se la desecha.

Y no digo que acaso no hallaría,
quien todo el tomo hojeara, alguna carta[18]
do leyera: "Yo soy el que solía":

mas Casal no ha de darla, ni Aguasparta:
los que vienen de allí nuestra escritura
uno la ensancha y otra la coarta.

Yo el alma soy de aquel Buenaventura[19]
de Bañorregio, que en excelso estado,
siempre pospuse la mundana cura.

Aquí están Agustín e Iluminado,
de los descalzos pobres los primeros
que a Dios bajo el cordón se han propiciado:

con Hugo de San Víctor, los luceros
de Pedro Comestor y Pedro Hispano,[20]
que abajo en doce libros luce enteros.

Natán, poeta: el metropolitano
Crisóstomo[21] y Anselmo[22] y quien primera
arte enseñó, Donato[23] nuestro hermano:

Rabán[24] también está, y aquí a mi vera
el abate Joaquín el Calabreto,[25]
en quien de revelar don se venera.

A que varón se admire tan completo,
me movió la excitada cortesía
de fray Tomás, y su decir discreto:
y el querer de esta acorde compañía".

Canto XIII

Se describe la danza de las dos guirnaldas de bienaventurados semejantes a veinticuatro de las más fúlgidas estrellas. Se cuenta cómo Santo Tomás desvaneció la otra duda del Poeta, explicándole en qué sentido había dicho que Salomón no tendría segundo en sabiduría; y que esto no comprendía ni a nuestro padre Adán ni a Jesucristo, que necesariamente debieron ser perfectísimos, y concluye el Santo advirtiendo del peligro de los juicios precipitados.

Imaginar lo que hora vi le toca
al que entender bien quiera; y él procure
guardarlo, al decir yo, cual firme roca.

Quince estrellas fulgentes se figure
de las que hacen el cielo más ameno
con luz en lo más denso entre y fulgure.

Figúrese aquel carro al cual el seno
basta de nuestro cielo noche y día,
sin salir dél en su girar sereno:[1]

figúrese que el cuerno que desvía
sus dos puntas[2] al par del eje fuerte
que es del móvil primero centro y guía

de sí dos signos en el cielo vierte,[3]
cual Ariadna, vencida de amor ciego,
hizo al sentir el hielo de la muerte;

y que el uno del otro aumenta el fuego,
y ambos a dos convergen de manera
que uno empieza y otro sigue luego,

y cuasi sombra habrá de la lumbrera
de la constelación y doble danza
que en torno a mí giraba de carrera.

Porque ella dista de la humana usanza,
cuanto el mover del Quiana humilde y llano
del del globo que en curso más avanza.[4]

Cantóse allí, no Baco, no Pœano,[5]
mas tres personas divas en natura,
y en una al par lo divo con lo humano.

Cumplieron danza y canto su mesura,
y fijáronse en nos los fuegos vivos,
felices de pasar a nueva cura.

Rompió el silencio en los concordes divos
luego la luz que a la admirable vida
de Francisco dio rasgos expresivos.[6]

"Cuando una parva –dijo– está molida,
y su simiente en los graneros puesta,
dulce amor a otra nueva me convida.[7]

Tú piensas que en el cuerpo del que presta
su costilla a animar la bella boca
de la que el paladar a todos cuesta,[8]

y en aquel que la ciega lanza toca,
y después y antes, peso fue colmado
que toda culpa en la balanza apoca,[9]

cuanta luz a la especie humana es dado
poseer, fue infundida toda entera
por el poder que a entrambos ha formado:

y así extrañaste mi aserción primera
de no haber otro de saber más hondo
que el que encierra la quinta gran lumbrera.

Atiende, pues, a lo que aquí respondo,
y tu creencia y lo que yo dijere
verás quedar cual centro en lo redondo.

Lo que morir no puede y lo que muere,
no es más que el esplendor de aquella idea
que del Señor, amando, el ser adquiere.

Que aquella luz que de su luz flamea,
sin que jamás su lumbre se desuna
ni dél, ni del Amor que el terno crea,

por su bondad, como espejada, aduna
su fulgurar en nueve inteligencias,[10]
en sí quedando siempre eterna y una.

Luego baja a las últimas potencias,
y sus luces no es mucho así que amermen,
y hagan sólo dormidas existencias.

Y entiendo que son esas que se aduermen
las cosas engendradas que produce
el cielo en su girar con o sin germen.

De ellas la cera y lo que forma induce
no van al par, por eso en lo viviente,
ya más, ya menos, lo ideal reluce.

Y así una especie misma floreciente
da mejor o peor fruta primera,
y vosotros nacéis con varia mente.

Si en perfecta sazón fuese la cera;
si el cielo en su virtud más levantada,
saldría el sello con pureza entera.

Mas Natura la da siempre mermada,
a semejanza obrando del artista,
aunque experto, de mano ya cansada.

Si al contrario el ardiente amor, la vista
en la virtud primera pone y sella,
el más completo todo allí se aquista.

De toda la animal perfección bella
así la tierra en beneficio gana:
así engendró la sin igual Doncella.

Conque ves que mi juicio al tuyo hermana,
de que nunca a ellos dos su semejante
ha dado, ni dará la especie humana.

Aquí, si no siguiera yo adelante,
"¿pues cómo fue sin par aquél creado?"
tu labio empezaría a breve instante.

Mas porque veas puro lo anublado,
piensa en quién es, y qué razón le induce
a su pedir, cuando pedir le han dado.[11]

Que bien de mis palabras se deduce
que fue rey quien pidió la ciencia y horma
bastante al ejercer de sumo duce;

y no el saber que número da norma
a esos globos de arriba, o si *necesse*
con su condicional *necesse* forma;[12]

y no *si est dare primum notum esse;*
o si el medio cerco hacer podría
triángulo que un recto no tuviese.

Si anotas esto y lo que allá decía,
verás que ciencia regia son los caros
fulgores do va a dar la flecha mía.

Y si al no habrá los ojos alzas claros,
verás que a reyes sólo en eso muestro;
que si bien muchos son, los buenos raros.

Con esa distinción podrás más diestro
tu juicio conciliar con el que asomo
del primer padre y del Amado[13] nuestro.

Y esto sirva a tus pies siempre de plomo
que te haga lento andar, cual hombre laso,
al sí y al no, del que no ves el cómo.

Que entre captos de mente, el más escaso
es el que, sin distingo, afirma o niega
lo mismo un hecho que el opuesto caso.

Porque ocurre que muchas veces llega
juicio precipitado o falsa parte,
y amor propio después la mente anega;

y otras también; que a quien a golfo parte
a pescar la verdad, más se le esconde,
y peor vuelve, porque ignora el arte;

y ejemplo fiel que a mi verdad responde,
Parménides,[14] Meliso y Briso han sido,
y otros que andaban sin saber adónde;

y Arrio y Sabelio, y muchos que han herido
(¡los necios!) como espada, en la Escritura,
lo derecho trocándolo en torcido.

No la gente juzgar debe segura
de lo que bien no ve, cual quien estima
en el campo la mies aún no madura;

que yo vide gavanzo, que da grima
todo el invierno por lo bronco y yerto,
de rosas luego coronar su cima.

Y barco vi surcar veloz y experto
de la vencida mar por el camino,
y al fin perderse al embocar del puerto.

No se crean ña Berta y ñor Martino,[15]
porque ven a una dar y a otro embolsarse,
de ambos el fallo penetrar divino;
que aquél puede caer y éste elevarse".

Canto XIV

Sube el Poeta al quinto cielo, que es el de Marte. A través del planeta, en la extensión de dos fajas luminosas en forma de cruz, van apareciendo, entre admirables cánticos, las almas de los que derramaron su sangre por la fe, o al menos combatieron por Cristo y por la Iglesia.

Del centro al borde, y desde el borde al centro,[1]
va y viene el agua en el redondo vaso,
según de afuera muévese, o de adentro.

Esta idea en mi mente vino al caso,
cuando el espíritu de Tomás vivace,
con su silencio al meditar dio paso;

por la similitud que en breve nace,
al sonar los acentos de Beatrice,
a quien luego empezar así le place:

"Éste ha bien menester (y no os lo dice,
ni aun siquiera en sus mientes aparece)
que otra verdad la expuesta patentice.

Decidle si la luz de que florece
nuestra sustancia, siempre inextinguible,
conservaréis, cual hora os acontece.

Y si es así, cuando con faz visible
resucitéis, decidle, en ese día
cómo os será sin pena el ver posible".[2]

Cual los que en rueda bailan, de alegría
mayor cediendo a veces al encanto
de voz y acción aumentan la energía,

así más gozo el doble cerco santo
mostró, a la dulce súplica sincera,
en su girar y en su admirable canto.

Quien se lamenta de que acá se muera
para vivir, arriba, no concibe
que aquí una lluvia eterna refrigera.

El uno y dos y tres que siempre vive,
y siempre reina en tres y dos y uno,
y, no constrito, a todo circunscribe,[3]

cantando veces tres por cada uno
de esos espíritus fue, con melodía
que fuera a gran virtud premio oportuno.

Y escuché yo en la luz de mayor día,[4]
del más pequeño cerco voz modesta,
quizá cual la del ángel a María,

responder: "Mientras dure la gran fiesta
del Paraíso, nuestro amor ferviente
vestiranos en torno a la luz ésta.

Sigue al ardor su claridad fulgente,
y el ardor sigue a la visión, que es cuanta
la gracia que al valer suyo se aumente.[5]

Y cuando la gloriosa carne y santa
nos vuelva a revestir, nuestra persona
mas placerá, completa, en gloria tanta.

Porque se acrecerá la que nos doma
de luz gratuita el que en su amor nos tiene.
Luz que a su ser el nuestro acondiciona;

conque aumentarse la visión conviene,
y el ardor aumentarse que ésa inflama,
y aumentarse el fulgor que de éste viene.

Mas así cual carbón que expide llama,
la cual no le confunde brilladora,
que es mayor del tizón la viva trama;

así esta luz que en torno nos decora,
vencida habrá de ser al adornarnos
la carne que la tierra guarda agora.

Ni podrá fulgor tanto fatigarnos;
que los corpóreos órganos, expertos
serán a cuanto puede deleitarnos."

Y aquí me pareció que tan despiertos
en un "amén" los coros prorrumpiesen,
que vi su anhelo por sus cuerpos muertos.

Y quizá no por ellos lo sintiesen:
por madre y padre, y tanta prenda cara,
antes que luces sempiternas fuesen.

En esto un brillo mi atención repara,
por cima y de igual luz del que allí era,
a modo de horizonte que se aclara;

y así como al caer sombra primera
ves una estrella y otra ir asomando,
y aun dudas de si es falsa o verdadera,[6]

parecióme que así se iban mostrando
nuevos rayos, que van por fuera, asidos
de los otros dos círculos girando.

¡Oh, del Espíritu Santo desprendidos
veros rayos, cuán pronto luz candente
dais a mis ojos, que dejáis vencidos!

Pero Beatriz, tan bella y tan riente
se me mostró, que cuanto vi, memoria
ya ninguna dejar pudo en mi mente.

De aquí mis ojos la virtud visoria
a disfrutar volvieron, y ascendido
vime con ella sólo a mayor gloria;[7]

y conocí que había aun más subido,
por el fulgor intenso de la estrella,
que vi rojear con fuego aún no sabido.

Con todo el corazón y el habla bella
una en todos, a Dios hice holocausto,
cual tocaba a la nueva gracia aquella;

y aun no el fervor del sacrificio exhausto
era en mí, ya mis recuerdos eficaces
vi acogidos en modo acepto y fausto;

pues en medio a dos rayos tan vivaces
se me mostraron rojos esplendores,
que dijo: "¡Elión[8] bendito que tal haces!"

Cual distinta de grandes y menores
chispas, entre los polos luz reparte
Galasia,[9] confundiendo a sabidores,

así esos rayos, en mitad de Marte
constelados, el signo santo hacían
que un cerco en cuatro iguales trozos parte.

Aquí ingenio y memoria no se alían;
pues tal en esa cruz flameaba Cristo,
que mis versos decirlo mal podrían.

Mas quien carga su cruz y sigue a Cristo,
disculpará lo que omitió mi rima,
viendo en tal árbol centellear a Cristo.

De brazo a brazo, y desde el pie a la cima,
corrían luces, con vigor brillando
al juntarse o pasarse por encima.

Así se ven acá, siempre cambiando,
rectos, torcidos, tarda velozmente,
átomos de los cuerpos divagando

por el rayo, que a veces cruza ardiente
la sombra que con genio y arte agencia,
por defenderse del calor, la gente.[10]

Y como giga[11] y arpa hacen cadencia,
con bien templadas cuerdas, que recaba
la atención, aun de aquel nulo a la ciencia;

así, de entre el fulgor que allí radiaba,
por la Cruz melodía tal se extiende,
que, sin saber el himno, me extasiaba.

Que es glorioso mi mente bien comprende,
porque *Risurgi e vinci*,[12] a mí venía
como suele a mortal que oye y no entiende.

Y aquello a tanto gusto me movía,
que hasta entonces jamás ninguna cosa
ató con más dulzura el alma mía.

Mucho es quizá lo que mi labio hoy osa
al preferirlo al de los ojos bellos
do mirando mi anhelo se reposa.

Mas quien conozca que sus vivos sellos
según se sube más al cielo exulta,
y que aún yo no me había vuelto a aquéllos,

perdone el yerro que mi voz no oculta,
viendo que la verdad sólo procuro;
que aquí no el santo gozo pleno abulta;
pues que, subiendo más, es aún más puro.

Canto XV

Cachagüida, trasabuelo del Poeta, le habla de la genealogía de su familia y de las antiguas costumbres de Florencia, tan nobles como humildes y sencillas; y acaba diciéndole que él murió combatiendo en la segunda cruzada por la fe de Jesucristo.

Benigna voluntad en que patente
se hace siempre el amor que recto inspira,
como en el malo, el gusto delincuente,

hizo callar a aquella dulce Era,
y que las cuerdas santas no se oyeran
que la mano de Dios afloja y tira.[1]

¿Cómo a súplicas justas sordas fueran
las mismas almas que, por darme paso,
a demandar a un tiempo enmudecieran?

Justo es que llore sin sosiego el laso
que por amor de cosa que no dura,
de aquel eterno amor se aparta el vaso.

Cual por la esfera azul tranquila y pura,
a veces raudo fuego el aire embiste,
que atrae a sí la vista antes segura,

y astro que muda sitio lo creíste,
sino que por la parte de do asciende
ninguno falta, y él poco subsiste,

tal desde el brazo que a la diestra extiende
la Cruz, hasta su planta corrió un astro,[2]
de la constelación que en ella esplende;

y recorrió el diamante el puro rastro,
sin salir de sus dos fajas igneas,
asemejando luz tras de alabastro.

Tal se mostró en las faldas eliseas,
si no mintió nuestra más grande musa,
Anquises al hallar a su hijo Eneas,

O sanguis meus, o super infusa,[3]
gratia Dei! Sicut tibi, cui
bis unquam cœli janua reclusa?

Así diciendo esa alma, a ella volví
la vista, y luego a mi celeste guía,
y quedé estupefacto aquí y allí.

Que en sus ojos tal gozo relucía,
que al fondo con los míos ir pensaba
del Paraíso y de la gloria mía.

Después (y en habla y vista enamoraba)
cosas añadió el alma placentera
que no entendí, pues tan profundo hablaba

y no oscuro me fue porque él quisiera,
que fue necesidad: que aquel perfecto
pensar del hombre al concebir supera.

Mas cuando el arco del ardiente afecto
tal desahogose que bajo el sentido
hasta en el blanco a dar de mi intelecto,[4]

lo primero esto fue por mí entendido:
"Bendito tú mil veces trino y uno,
que con mi estirpe tan benigno has sido".

Y luego: "Al que empecé gustoso ayuno,[5]
en el volumen al leer no estrecho
do nunca se tachó rasgo ninguno,

en este cielo, hijo, has satisfecho
en que estamos, merced al que la pluma
te concedió para volar tal trecho.

Tú crees que tu pesar a mí rezuma
del que es Primero, de la misma laya
que cinco o seis de la unidad son suma.

Y por eso quién sea y por qué vaya
no me preguntas ante ti risueño
más que otra lumbre de la turba gaya.

Y crees bien; que en la vida aquí halagüeña,
el grande y el menor mira al espejo
que antes que pienses, tu pensar ya enseña.

Mas porque el ansia dulce que no alejo
nunca de mí, menor quede colmada,
y el sacro amor porque velar no dejo,

hora en tu voz segura, alegre, osada,
suena el deseo, y la pregunta asome
a que ya mi respuesta está dictada".

Yo a Beatriz me volví y ella entendiome
antes que hablara, y me señó con risa
que del querer las alas acreciome.

Luego dije: "En vosotros fue divisa,
así que visteis la Igualdad primera,
ciencia y amor con paridad precisa;

porque en el sol que luminar y hoguera
os dio calor y luz son tan iguales
que nunca identidad tanta existiera.

Mas voluntad y ciencia en los mortales,
por razón de vosotros bien sabida,
son, al volar, de fuerzas desiguales.

Yo, pues, mortal, la desigual cabida
siento, y sólo del alma interno espacio
doy a la paternal dulce acogida.

Y te suplico a ti, vivaz topacio
que esta joya bellísima endiamantas,
que de tu nombre y ser me dejes sacio".

"¡Oh fronda mía, que esperanzas tantas
gozar me hiciste! Tu raíz yo he sido."
Así empezó, rompiendo en voces santas.

Y siguió luego: "Aquel de que ha nacido
tu cognación,[6] que el monte y primer suelo
por cien años y más ha recorrido,

fue mi hijo, y él fue tu bisabuelo;
justo será que de su carga un día
le abrevies con tu obrar el desconsuelo.[7]

Florencia en el redil que antes tenía,[8]
y desde el cual aún oye tercia y nona,
sobria y púdicamente en paz vivía.

No usaban gargantilla ni corona
sus damas, ni Contigia,[9] ni cintura
atrayentes aún más que la persona.

Aun no al padre el nacer daba pavura
de una hija: que el dote y la edad era
de acá y de allá cumplido con mesura.

Aun casa sin familia no se viera,[10]
ni vino Sardanápalo[11] a ofrecerle
al lujo cuanto en cámaras cupiera;

ni a Montemalo aun vino a excederle
Ucelatoyo,[12] que cual le ha vencido
en subir, en bajar ha de vencerle.

Yo entonces a Belinchón,[13] salir ceñido
vi de cuero y de hueso, y a su esposa
del tocador, el rostro no teñido.

Y a los Vequios y Nerlis,[14] era hermosa
la piel que lisa les vestía el pecho,[15]
y a sus hembras la rueca timbre honrosa.

¡Oh bienhadadas!, cada cual el trecho
de su tumba sabía, y aun ninguna
solitaria, por Francia, entró en el lecho.[16]

Velaba al pie de sus amores una,
y arrullándole usaba aquel idioma,
de padre y madre la mejor fortuna.[17]

Otra mientra a la rueca crines toma,
con su familia hablaba un dulce rato
del Troyano, de Fiésolo, de Roma.

Era buscar entonces más ingrato
una Cangüela, un Lapo Saltarello,[18]
que hoy día una Cornelia, un Cincinato.

A estado tan tranquilo y tan sin duelo
entre gente a morar tan elegida,
de María el favor enviome al suelo,

del ruego y grito maternal movida;[19]
y en vuestra antigua Pila bendecido,
a un tiempo fui cristiano y Cachagüida.

Mis hermanos Morón y Eliso han sido:
mi mujer vino a mí de Val de Pado,
se formó de aquí vuestro apellido.

Seguí luego la enseña de Conrado,
él me armó caballero en su milicia:
¡tanto por bien obrar gané su agrado!

A combatir seguile la nequicia
de la impía grey que (por pastor inerte)
os roba lo que es vuestro de justicia.[20]

Allí fui yo, de aquella por la suerte,
arrancado del mundo y su delirio,
cuyo amor tantas ánimas pervierte;
y aquí vine a esta paz desde el martirio".

Canto XVI

Preguntando por su nieto, habla Cachagüida de la condición de Florencia en su tiempo, del número de sus habitantes, no mezclados aún con los del Comitado, y de las familias más notables que había entonces en la ciudad.

¡Oh de sangre nobleza nuestra escasa,
que hagas de ti gloriarte al que enflaquece
abajo voluntad fluctuante y lasa,

causa de maravilla no me ofrece;
que acá do el bien sentir jamás se altera,
también de ti mi espíritu se envanece!

Capa eres tú que encógese ligera:
si no se va añadiendo cada día,
la remata del tiempo la tijera.

Con el *Vos*,[1] que introdujo, y de que guía
fue el romano, y después dejó de usallo,
empezó entonces la palabra mía.

Y Beatriz, algo aparte, celebrallo
mostró, cual la doncella sonriente,
que tosió de Ginebra[2] al primer fallo.

Y yo: "Vos sois mi padre –iba siguiendo–:
vos me dais para hablar valor creciente:
ya mayor del que soy me voy sintiendo;

y de alegría llénase mi mente
por tantos ríos, que de sí se encanta,
pues capaz de ellos sin saltar se siente.

Decidme, pues, mi cara primer planta,
quién fueron vuestros abos, y los años
en que la infancia vuestra se adelanta.

Cuántos eran, decidme, los rebaños
entonces de San Juan, y entre los cientos,
quiénes más dignos de ínclitos escaños".[3]

Como se aviva al soplo de los vientos
en la llama el carbón, tal vide aquella
luz brillar a mis plácidos acentos.

Y así cual se mostraba a mí más bella,
así su voz más cándida y süave,
sin seguir del moderno hablar la huella,[4]

fue: "Desde el día en que se dijo el *Ave*
hasta soltar mi madre (santa ahora)
la carga de mi ser, ya entonces grave,

ciento cincuenta veces se avalora
con tres más este globo rutilando,
a los pies del león que lo colora.[5]

Nacimos yo y mis abos en el blando
sitio en que halla primero el postrer sesto,
quien vuestro juego anual va ejercitando.[6]

De mis pasados suficiente es esto:
quiénes fueron, de dónde procedieran,
más que hablarlo, callarlo juzgo honesto.

Todos cuantos llevar armas pudieran
entonces entre Marte y el Bautista,[7]
un quinto de los que hoy apenas eran.

Mas la ciudadanía, que ahora es mista
del Campio, del Certaldo y del Figuino,[8]
pura ostentaba hasta el más bajo artista.

¡Cuánto fuera mejor que por vecino
tuvierais a los tres, y que lindante
os fueran el Trespiano y Gallusino,

que adentro los tener, y al repugnante
villano oler del Aguilón o Signa,
de ojo para estafar tan penetrante![9]

Si en la grey cada día menos digna,[10]
el César no madrastra hubiera hallado,
sino madre que al hijo ve benigna,

el que hoy en florentino se ha trocado,
y en mercader, volviera a Semifontes[11]
allí donde su abuelo ha mendigado:

y aun fuera Montemurlo[12] de los Contes;
vivirían los Cerquios en su Ancona,[13]
y en Valgreba tal vez los Buondelmontes.[14]

Siempre de así mezclar tanta persona
la ciudad sus dolencias ve empezadas
como el cuerpo del pasto que amontona:

y antes cae ciego padre en las toradas,
que ciego recental, y a veces una,
corta más y mejor que cinco espadas.

Si observas bien cómo Urbisalla y Luna
se fueron, y se trueca en heredades
de Sinigalla y Cluso la fortuna,[15]

que se acaben familias y hermandades
por cosa no tendrás desconocida,
pues que término tienen las ciudades.

A vuestras cosas todas hay medida
duración: si en alguna no se advierte,
es porque es larga, y corta vuestra vida.

Y como el giro de la luna, vierte
su flujo el mar que aplánase o abulta,
de Florencia se agita así la suerte.

Por ende, cosa extraña no resulta
lo que diré de grandes florencianos
cuya fama en el tiempo yace oculta.

Yo vi los Hugos, Grecios, Catelanos,
los Filipis Ormanis y Alberigios,
ya en su declive, insignes ciudadanos.

Y, aunque ancianos, gozar altos prestigios
a los Sanelas vi y a los del Arco,
Soldanieros, y Ardingos, y Bostigios.[16]

Y allende de la puerta,[17] que hora abarca
nuevo peso de infamia tan cumplido
que hará bien pronto naufragar la barca,

los Raviñanos vi, de que han salido
el conde Güido, y tantos a quien toca
de Belinchón el nombre esclarecido.

Ciencia sabía de mandar no poca
el de Presa; y tenía Baligayo
en su casa dorados guarda y coca.[18]

La columna era grande ya del *Vayo*:[19]
Saquios, Yoquis, Sifantes y Barucios,
Bari y los hoy tachados del Estayo,[20]

y la cepa, raíz de los Calfucios,
eran grandes también, y ya en los lechos
curules vi a los Sicios y Arrigucios.

¡Oh, cómo eran entonces los desechos
hoy por su orgullo,[21] y cuál las bolas de oro
a Florencia enfloraban con sus hechos!

Ése de los abuelos fue el decoro
de éstos, que siempre que la Iglesia vaca,
juntos van a engordarse al Consistoro.[22]

La vana grey[23] que cual dragón ataca
al que va huyendo, y al que enseña el diente
o la bolsa, cordero se le aplaca,

crecía ya: mas desde humilde fuente;
y así no plugo al Ubertín Donato
que le hiciera su suegro su pariente.

Bajado ya de Fiésolo a Mercato
los Camposacos habían, y ya era
buen ciudadano el Inda, el Infangato.

Y diré cosa rara y verdadera:
por puerta en el redil breve se entraba
a que daban su nombre los de Pera.[24]

Todo aquel que el blasón breve ostentaba
del gran Barón cuyo nombre regio
de Tomás en la fiesta se exultaba,

recibió de él nobleza y privilegio;
y hora de unirse al pueblo se glorían
aunque orlan en redor su escudo egregio.[25]

Guarderoti, Importuni ya existían:
y si no entrara en él vecino tanto,
los del Borgo[26] en sosiego aún vivirían.

La casa que dio asunto a vuestro llanto
y al odio justo que os movió en el seno,
y una vida os quitó tan sin quebranto,

era y su parentado de honor lleno.
¡Oh Buondelmonte,[27] y cuánto mal hiciste
tú con tus bodas por influjo ajeno!

¡Qué de alegres verías que hoy son tristes,
si te hubiera el Señor lanzado al Ema[28]
la primer vez que a la ciudad vinistes!

Mas tocaba a Florencia, su anatema
cumpliendo ante el peñón que guarda el puente,
víctima hacerte de su paz ya extrema.[29]

Con éstos y con otra digna gente
vi la ciudad, en plácito acomodo,
no tener mal a que doblar la frente.

Con éstos la vi yo tan digna en todo
tan feliz, que en su vara el lirio viejo
no ostentaba su flor de inverso modo,
ni lo había el rencor vuelto bermejo".[30]

Canto XVII

Pregunta Dante a Cachagüida por las palabras que oyó en el Infierno y Purgatorio acerca de su vida futura, y éste le manifiesta el inminente destierro que lo amenaza por la intriga de sus enemigos, que le obligará a refugiarse en la tōrre de los Escalígeros; lamentando hasta la perversidad maldicente de sus propios partidarios. Luego le exhorta a que cuente a los vivos lo que ha oído entre los muertos, sin temor de que los poderosos se ofendan de su relato verídico, franco y de provechosa enseñanza.

Como a Climene fue por cerciorarse
de lo que en daño suyo se decía
el que aun hace a los padres no doblarse;[1]

tal yo me hallaba, y tan aparecía
tanto a Beatriz como a la luz eterna
que antes sitio por mí mudado había.[2]

Y aquélla dijo así: "Del pecho externa
del deseo el ardor, que a su salida
bien muestre el sello de la estampa interna:

no porque al saber nuestro dé subida
tu hablar, sí porque puedas con más gana
decir tu sed, y que te den bebida".

"¡Oh cara cepa mía! (tan lozana,
que cual ve que en triángulo presentes
no caben dos obtusos mente humana.

Así sabes las cosas contingentes
aun antes de existir, mirando al Punto
que los tiempos sin fin tiene patentes).

Mientras que con Virgilio iba yo junto,
subiendo por do el ánima se cura,
o descendiendo al ámbito difunto,

de mi vida dijéronme futura
palabras graves;[3] aunque a fe me siento
roca contra los golpes de ventura.

Tendría, pues, de oír sumo contento
la fortuna que el cielo me depara;
que dardo visto ya, no es tan violento".

Así le dije a aquella lumbre cara
que antes hablome; y cual Beatriz quería,
así mi voluntad le expuse clara.

No por enigmas, cual la gente impía
que en ellos se enredaba antes que inciso
fuese el que a redimiros vino un día,

sino con franca lengua, y con preciso
hablar, repuso aquel amor paterno,
brillante en medio de su propio riso:

"Todo acaso, que fuera del cuaderno
de vuestro alcance material se extiende,
pintado se halla ante el mirar eterno:

mas forzoso no se hace ya por ende,
cual no lo es a la vista en que refleja,
que el bajel siga que las olas hiende.[4]

De allí,[5] como a sonar viene a la oreja
voz del órgano dulce, así el nublado
a mi vista que el tiempo te apareja.

Y cual irse de Atenas, obligado
de impía madrastra a Hipólito se ha visto[6]
tal debes de Florencia irte de grado.

Eso se quiere, y busco, y se ha previsto:
y pronto será un hecho al que hoy lo piensa,
allí do cada luz se vende a Cristo;

y te echará la culpa tras la ofensa,
cual suele, el vulgo vil: mas la venganza
celeste la verdad mostrará intensa.

Tú dejarás lo que en mayor privanza
tiene tu amor: que es ésta la más grave
flecha que del destierro el arco lanza.

Tú verás cuán salado que nos sabe
pan de limosna, y del peldaño ajeno
qué angustia en el subir y bajar cabe.

Y lo que habrá de darte aun más veneno
será la imbécil y malvada gente
con que caerás del infortunio al seno.

Que toda ingrata, pérfida, insipiente,
será en tu contra: aunque muy pronto aquélla
tendrá, no tú, que enrojecer la frente.

Prueba será que su estulticia sella
tu torpe obrar; conque tu honor levanta
proceder por ti solo, aparte de ella.

Primer refugio y techo en pena tanta
te ofrecerá cortés el gran Lombardo,[7]
que ostenta sobre escala el ave santa.

Él te honrará benigno, y tan gallardo,
que entre tu ruego y su otorgar, tu ruego,
al revés de lo usual, será el más tardo.

Con él verás el que al nacer,[8] del fuego
se impregnó de esta estrella tan subido,
que ilustre en sus acciones se hizo luego.

Aun el mundo su prez no ha conocido,
que es temprana su edad, pues que nueve años
estas ruedas por él sólo han corrido.

Y antes que al gran Enrique en sus engaños
enrede el Gasco,[9] se alzará glorioso
de riesgos y oro impávido a los daños.

Por sus magnificencias tan famoso
con el tiempo se hará, que aun al no amigo
ensalzarlas al fin será forzoso.

El favor te dará: benigno abrigo.
Por él transformarase mucha gente,
cambiando condición rico y mendigo.

Lleva de su valer esto en la mente;
mas no lo digas...". Y contó aquí cosas
que no creerá ni aun el que esté presente.

Y añadió: "Y éstas son, hijo, las glosas
de lo que oíste, y lo que está respuesto,
tras breve edad de insidias alevosas.

No a tu pecho inquinar debes por esto:
pues que ha de prolongarse más tu vida,
que el castigo a los pérfidos impuesto".[10]

Cuando ya con callar mostró cumplida
el alma pura la perfecta trama
de la tela que yo le entregué urdida,

así empecé, cual hombre que reclama
en sus dudas consejo de persona
que ve derechamente, y quiere y ama:

"Bien veo, padre, ya lo que amontona
el tiempo contra mí, por golpe darme,
que es más duro a quien débil se abandona.

De previsión, por tanto es bien que me arme;
pues si un sitio perdí, mi verso agora
de otro sitio mejor no ha de privarme.[11]

Allá en el mundo en que sin fin se llora,
y en el monte de donde a tanta altura
la vista me ascendió de mi señora;

y después de una en otra lumbre pura,
verdades aprendí, que si atestiguo,
serán bebida a muchos de amargura

y si muestro en narrarlas celo exiguo,
morir temo entre aquellos indecoro
que a este tiempo dirán: el tiempo antiguo".[12]

La lumbre en que reía el mi tesoro
allí encontrado, antes de hablar, corusca
como rayo del sol que espeja en oro;

y dice: "La conciencia a quien ofusca
propia o ajena mancha, y perjudica,
tu palabra, esa verdad, sentirá brusca.

¿Mas qué a ti? La visión entera explica,
Y lo falso apartando, manifiesta,
y deja que se rasquen do les pica:

que si el primer sabor cansa y molesta
tu poción, luego activo nutrimiento
al cuerpo dejará cuando digesta.

Y será la voz tuya como el viento
que más sacude el pino más alzado;
y eso dará a tu honor más crecimiento.

Ya ves que en estos globos has hallado
y en el monte y el valle de amargura
almas sólo de gentes de alto estado;

porque el que oye, la mente no asegura,
ni cree en ejemplos cuyo origen sea
de dudosa raíz baja y oscura,
sino en lo más alto y más se vea".

Canto XVIII

Muéstranse al Poeta otras almas gloriosas que combatieron por ta santa causa. Pasa al planeta Júpiter, donde son bienaventurados los que amaron la justicia y la administraron a los pueblos. Muchos espíritus lucientes se forman haciendo letras: se ordenan después, componiendo palabras; y, finalmente, figuran una águila coronada, como símbolo de la justicia del imperio.

Recogíase ya sólo en su Verbo
aquella alma bendita, y yo templaba
en el mío lo dulce con lo acerbo;

y la mujer que a Dios me levantaba,
dijo: "Muda el pensar, y que estoy piensa
junto Aquel que las culpas todas lava".

Yo, al dulce son de aquella a mí propensa
volvime; y aquí callo cuanto había
en sus ojos de amor y gracia inmensa;

no por sólo temor del habla mía,
sino porque con peso tal mi mente
cargar no puede, si otro no la guía.

Y de ese punto es bien que sólo cuente
que, al remediarlo yo, mi libre afecto
capaz de otro deseo no se siente.

Mientra el placer eterno que directo
en la faz de Beatriz daba radiante
gozar me hacía del segundo aspecto,[1]

venciéndome al lucir de riso amante,
ella me dijo: "Vuélvete y atiende;
que no está el Paraíso en mi semblante".

Como a veces aquí ves que se enciende
en la vista el deseo, cuando es tanto,
que por todo el espíritu trasciende,

conocí en el flamear del fuego santo
(al cual volvime) que su luz se antoja
con el deseo de aún hablarme un tanto.

Y dijo: "En esta quinta esfera roja
del árbol que se nutre de la cima,
y fruta siempre da sin perder hoja,

beatas ánimas hay, cuya alta estima,
antes de acá subir, allá se extiende,
a las Musas cosecha dando opima.

Mas a los brazos de la Cruz atiende:
el que hora nombre, mostrará el aspecto
que ofrece en nube el lampo que la hiende".

Y nombrando *Josué*,[2] veloz trayecto
de luz vi en ella; y a la vista mía,
aun antes que el decir, llegó el afecto;

y al Macabeo nombre que decía,
otro vi; y en lasa vueltas que iba dando
era cuerda del trompo la alegría.

Después a Carlomagno y a Rolando
siguió, con doble acción, mi vista atenta
como el ojo al azor que va volando.

Luego en la cruz Guillermo se presenta:
Godofredo tras Rinuardo es a mi vista;
y a Roberto Guisardo allí se cuenta.

Y luego, con las otras luces mista,
mostrome el alma que me había hablado
que entre divos cantores era artista.[3]

Y yo volvime a mi derecho lado,
por mirar de Beatriz lo que hacer deba
en palabras o señas expresado:

y sus ojos arder con luz tan nueva
vi, que de su mirar el fulgimiento
ventaja al interior y a todos lleva.

Y como el hombre en el mayor contento
que siente de hacer bien, de día en día
ve que va su virtud siempre en aumento,

yo así noté que el arco se extendía
en que yo con el cielo vueltas daba,
viendo cómo el milagro aquél lucía.[4]

Y como blanca dueña que recaba
en breve la color que hubo perdido
cuando el rubor de su mejilla acaba,

tal al volverme, el cielo emblanquecido
vi del albor que del templo toma
sexto globo que en sí me ha recibido.

Y vi que en el Jovial planeta asoma
al fulgir del amor que dentro era,
la escritura veraz de nuestro idioma.

Y cual aves, en riba placentera,
como en festejo y gozo a sus pasturas,
forman de sí, ya círculos, ya hileras,

así envueltas en luz, santas criaturas
voltijeando cantaban y tornaban
de *D*, de *Y*, de *L*, las figuras.

Primero al son de su cantar giraban:
trocadas luego en letras sus beldades,
un poco deteníase, y callaban.

¡Oh diva Pagasea,[5] a quien edades
largas vivir con fama el genio debe,
como al genio la deben las ciudades!

Ilumíname tú, porque releve
sus figuras cual helas concebido:
tu potencia haga ver mi verso breve.

Por cinco veces siete se mostraron,
vocales, consonantes, que en letreros
y en partes, como expreso, se formaron.

Diligite justitiam los primeros
nombre y verbo allí vide, bien distinto:
qui judicatis terram, los postreros.[6]

Luego en la *M* del vocablo quinto
quédanse en orden tal, que parecía
Jove esfera de planta de áureo cinto.

Y en lo alto de la *M* bajar vía
otras luces también y allí pararse,
cantando, creo, al bien que así las guía.

Luego, como se ven chispas alzarse
a miles del tizón que aun no da llama
(de do suelen los necios augurarse),

mil luces aquel centro así derrama,
ascendiendo ésta mucho y poco aquélla,
según las puja el sol que las inflama.

Y quieta en su lugar cada centella,
testa y cuello de un águila ha salido
del conjunto de tanta lumbre bella.

Guía el que traza aquello no ha tenido,
sino que el guía es él, y dél rebosa
la virtud de que germen toma el nido.[7]

La otra escuadra bendita, que gozosa
antes que la *M* enlirie, centellea.
completa el cuadro, andando poca cosa.

¡Oh dulce estrella, cuánta y cuál presea
mostróme allí que la humanal justicia.[8]
del cielo, en que eres joya, efecto sea!

Ruego, pues, a la mente en que se inicia
tu motu y tu virtud, mire los males,
humo del fuego que tus rayos vicia;

porque encienda sus iras celestiales
el comprar y el vender en medio al templo
que muraron martirios y señales.

¡Oh milicia de Dios que aquí contemplo!
Reza por los que son allá en la Tierra
hoy extraviados por infame ejemplo.

Con la espada se hacían antes la guerra;
hora se hace de aquí y allí quitando
el pan que padre bueno a nadie cierra.

Tú, el que escribes no más por ir borrando.[9]
piensa que Pedro y Pablo, que murieron
por la vid que ajas tú, te están mirando.

Mas tú dirás: "Las pruebas tantas fueron
que por ganarme al Solitario entablo
a quien martirio por los saltos dieron
que desconozco al Pescador y a Pablo."

Canto XIX

Habla el águila como una sola persona, aunque compuesta de varios espíritus. El Poeta le suplica que desvanezca las dudas que le atormentan respecto a la justicia de los juicios de Dios, y le pregunta si puede salvarse el que no ha conocido la fe de Cristo; y ella aprovecha esta oportuna ocasión para hablar de los malos reyes cristianos de aquel tiempo.

Era ante mí, las alas desplegadas,
la imagen bella cuyo goce hacía
el placer de las almas enlazadas.

Rubí cada una de ellas parecía
por los rayos del sol tan encendido
que lo espejaban a la vista mía.

Lo que ahora a mi pintar es cometido,
jamás pluma escribió, ni brotó en estro,
ni nunca en fantasía fue imprimido;

que el pico vi y oí que hablaba diestro;
y en su acento sonaba el *Yo*, y el *Mío*
mientras daba en concepto *Nos*, y *Nuestro*.[1]

Y empezó: "Porque he sido justo y pío,
yo[2] exaltado aquí estoy a aquella gloria
a que ningún deseo mengua el brío.

Y en la Tierra he dejado una memoria
que aunque los malos, por rubor, no ajen,
no ejemplo toman de tan pura historia".

Cual por brasas sin fin que en copa atajen,
sale un solo calor, por mil amores,[3]
así un eco no más que aquella imagen.

Conque yo proseguí: "Perpetuas flores
de la eterna alegría, que por uno,
todos me hacéis oler vuestros olores,

acabadme, inspirando, el grande ayuno
que de hambre largamente me ha matado,
no hallándole en la Tierra pasto alguno.

Sé bien que si en el cielo, de otro estado
el soberano Juez hace su espejo,[4]
tampoco para el vuestro está velado.

Ved cuán atentamente me aparejo
a escucharos, y ved cuál es la duda
que en ayuno tan largo me hizo viejo".

Como halcón, del capillo ya desnuda
la cabeza, la mueve, y aletea,
y al gozo de volar, bello se muda,

así el signo vi hacer que centellea
de los que alzan a Dios plauso jocundo,
con cántico que sólo allá se emplea.

Luego empezó: "Quien su compás, del mundo
hasta el fin extendió: quien ordenara
tanto en él, ya ostensible, ya profundo,

a imprimir no llegó su virtud rara
tanto en el universo, que su Verbo
por encima infinito no quedara.

Y eso muestra que aquel primer Protervo,
la más completa y lúcida criatura
cayó, por no esperar, en fruto acerbo;

de aquí que otra cualquier menor natura
taza es breve de aquel Bien que subsiste
sin fin, y que en sí solo halla mensura.

Así nuestro intelecto, que consiste
por fuerza en algún rayo de la Mente
de que lleno se encuentra cuanto existe,

no puede por natura ser potente
tanto, que a su divino Autor discierna,
y tan grande cual es se le presente.

Por eso, en la Justicia sempiterna,
la vista dada al hombre (te respondo)
cual ojo por el mar, dentro se interna;

que aunque junto a la playa mira el fondo
no le ve en altar mar, y hay también seno
allí: mas no le ve, por estar hondo.

No hay luz sino la luz de lo sereno,
nunca turbada; lo demás es niebla,
o sombra de la carne, o su veneno.

Bastante ya he barrido la tiniebla
que te ocultaba la justicia viva
que tu mente de dudas tantas puebla.

Tú decías: "Del Indus en la riba
nace un mortal, y no hay allí quien hable
de Cristo, ni quien dél lea ni escriba:

su voluntad, su hacer, mejor no es dable:
son cuando el más cabal juicio requiere,
y es, en vida y costumbres, intachable.

Sin la fe del bautismo, en esto, muere:,
¿la justicia dó está que le condena?
¿Por qué del no creer la culpa adquiere?

Y tú, ¿quién eres, que con faz serena,
por ver a leguas mil entras en liza,
con vista que distancia corta apena?

Cierto, para quien tanto sutiliza,
a no tener los Evangelios, harta
fuera esa causa a dudas movediza.

¡Oh animales de tierra y mente infarta!
La que es buena por sí, primera norma,
de sí, que es sumo bien, jamás se aparta.

Sólo es justo lo que a ella se conforma:
ningún creado bien a sí la tira,
sino que ella, radiando, es quien los forma."

Cual sobre el nido la cigüeña gira
que a los hijos dio pasto, y libre canta,
y el más sacio a la madre atento mira,

así la vista alcé, y así la santa
imagen hizo, que de ideas tales
movida, el ala fúlgida levanta.

Y circula cantando, y dice: "Cuales
mis ecos son a quien mi hablar no entiende,
tal es el juicio eterno a los mortales".

Los que el Espíritu Santo en horno enciende
quietos quedaron luego en la bandera[5]
por quien el mundo a Roma el cuello tiende.

Y prosiguió: "Jamás acá subiera
a este reino quien no conoció a Cristo,
antes, o luego que en la cruz muriera.

Mas mira: muchos gritan: "¡Cristo, Cristo!",
que estarán, al juzgarlos, menos *prope*[6]
dél, que alguno que nunca supo a Cristo.

A esos cristianos postrará el Etiope[7]
cuando toque apartarse a las dos greyes,
rica la una por siempre, la otra inope.

¿Qué no podrá decir de vuestros reyes
el persa, cuando lea el libro abierto
do se escribe su escarnio de las leyes?

Allí entre culpas, se verá de Alberto[8]
la que ya va a escribirse prontamente,
que del reino de Praga hará un desierto.

Allí el dolor que a la senesca gente,
la moneda falseando, hará durable
el que de un jabalí morirá al diente.[9]

Se verá la soberbia allí insaciable
del de Escocia, y del Anglo tan sumiso[10]
que caber en sus lindes no le es dable.

No el ocioso deleite será omiso,[11]
ni del de España allí, ni del Boheme,
que el valor nunca conoció, ni quiso.

Veráse allí del cojo de Seleme[12]
con un uno contar las obras buenas,
cuando las malas contará una *eme*.

Sus hojas de avaricia estarán llenas
del que impera do el Etna tiene el lecho,
y Anquises terminó sus largas penas.[13]

Y para hacer saber su ánimo estrecho
será allí escrito, en letras abreviadas,
que hagan mucho expresar en parvo trecho.

Y las obras veranse allí malvadas
con que dejan el tío y el hermano
su estirpe y dos coronas deshonradas.[14]

Y allí del portugués,[15] del Norvigiano,[16]
y del de Racia[17] el nombre escribirase,
que el cuño contradizo veneciano.

¡Hungría cuán feliz, si no dejase
que le rigieran mal! ¡Feliz Navarra
si el monte que la cerca en torno armase!

Todos tened de mi verdad por arra,
que hora gimen Nicosia y Famagusta
por la bestia que clávales la garra
que al flanco de otros pueblos ya se ajusta".[18]

Canto XX

El águila vuelve a hablar, y hace el elogio de algunos antiguos reyes que han sido justos y virtuosos; y en seguida explica Dante cómo varios personajes que no han conocido la fe cristiana han obtenido un lugar en los cielos.

Cuando el que al mundo todo alto ilumina
del hemisferio nuestro ya desciende,
y el día por doquiera se termina,

el cielo, que antes dél solo se enciende
alumbrado aparece repentino
por luces muchas, en la que una esplende.

Y este recuerdo a mi intelecto vino,
cuando el signo del mundo y de sus Duces,
del pico puso fin al son divino.

Todas esas entonces vivas luces,
aun más luciendo, comenzaron canto
que tú, débil memoria, mal produces.

¡Oh dulce amor, velado en brillo tanto,
cual brillas en las chispas eternales
sólo animadas del pensar más santo!

Cuando las caras joyas celestiales,
de que va el sexto globo esplendoroso,
suspendieron sus timbres divinales,

de un río pensé oír el son ruidoso,
que claro baja y entre losas gira,
de su cauce mostrando lo copioso.

Y cual toma del cuello de la lira
fuerza el sonido, y cual en flauta opera
por los puntos el aire que ella aspira,

así impaciente de mayor espera,
del águila saliose el murmurio,
sus por el cuello, cual si hueco fuera.

Voz de allí se formó, que luego brío
toma del pico, y la palabra aborta
que ansiaba el pecho, y que escribí en el mío.

"La parte que al sol mira y lo soporta
–ella dijo– en las águilas mortales,
que ahora en mí veas con fijeza importa.

Porque, de las que danme formas tales,
las que hacen ojo, de mi pico a orilla,
son la flor de los grados celestiales.

El que así cual pupila en medio brilla,
fúe el cantor regio del Espíritu Santo,
que el arca transportó de villa en villa.

Hora el valor conoce de su canto;
que si atrición vivísima aconseja,
aquí recibe el premio de su llanto.[1]

De los cinco que en arco hacen mi ceja,
el que más cerca de mi rostro mora,
por el hijo a la viuda alivios deja.[2]

Cuán caro cuesta al fin aquí avalora
a Cristo no seguir, con la experiencia
de la vida de abajo y la de agora.

Y el que forma tras él circunferencia,
do el arco que ya dije en alto gana,
y que alargó el vivir por penitencia,[3]

hoy ve que la Justicia soberana
no cambia, porque logre digno ruego
de lo que hoy debió ser, llegue mañana.

Conmigo y con la ley el que está luego,[4]
con fin bueno, que males ha causado,
por ceder al pastor, hízose griego.

Hora ve que el mal fruto que ha brotado
del bien que pretendió no le es nocivo,
aunque el mundo por él yazca arruinado.

Y el que brilla del arco en el declivo
fue Guillermo:[5] el país muerto le llora
que aun a Fadrique: a Carlos llora vivo.

Del cielo el grande amor conoce agora
hacia los reyes justos, que se pinta
bien en la ardiente luz que le decora.

¿Quién creyera en la vida allá distinta
que Rifeo el de Troya,[6] en el redondo
de las almas de luz, fuese la quinta?

Hora conoce bien lo que es muy hondo
a humano alcance de la diva gracia.
aunque no llegue con su vista al fondo."

Como alondra en el aire en que se espacia
se deshace gorjeando, y luego cesa,
con el último largo quiebro sacia,

así la imagen pareciome impresa
por el placer eterno, a cuyo fallo
cada cosa es cual es, sola y expresa.

Y aunque en mis dudas, transparente me hallo
como el vidrio al licor que en él reside,
ya con gran pompa mi paciencia acallo.

Mas mi boca; "¿Qué cosa es ésa?", expide,
cual suelto peso a declinar propenso;
y aquí el corusco de las chispas vide.

Y con ojo de luz, aún más intenso,
el beato signo respondiome ardiente,
por no tenerme en admirar suspenso:

"Veo que en eso crees solamente
por mi aserto, y su esencia te es dudosa;
conque si te es creído, no patente,

haces como el que sabe alguna cosa
bien por el nombre, y el porqué no alcanza
si otro no se la explica y la desglosa.

De ardiente amor y vívida esperanza
regnum cœlorum sufre una violencia,
que inclina del Bien Sumo la balanza,

no cual hace hombre a hombre resistencia:
véncele porque él quiere, y el vencido
vence por su bondad y su clemencia.

Maravilla en mi ceja ver te ha sido
primera y quinta luz, y te ha pasmado
que a la región angélica has subido,

mas no el cuerpo gentiles han soltado,
sino cristiano ya, su fe rindiendo,
uno al que han de clavar: otro al clavado;[7]

y una alma el cuerpo recobró, saliendo
del Orco do volver al bien no es uso,
y eso de alta esperanza[8] premio siendo:

alta esperanza que las fuerzas puso
en las preces a Dios para ganarla,
ablandándole el bien que se propuso.

Y esta gloriosa luz que así se dice
vuelta al cuerpo en que sólo estuvo un tanto,
creyó en el que la pudo hacer felice,

y creyendo, encendiose de amor santo
en fuego tal que a la segunda muerte
digna fue de venir a este almo encanto.

La otra, por gracia del caudal que vierte
tan profundo sus linfas que criatura
nunca el origen de su curso advierte,

puso abajo su amor, por derechura,
en que de gracia en gracia Dios le abriera
la vista a la alta redención futura.

Y creyó en ella; y desde entonces le era
hediondo el paganismo y sus engaños,
reprendiendo al que en vicios persevera.

Y le inmergieron en los divos baños
las tres que viste en la derecha rueda,
antes de bautizar más de mil años.[9]

¡Oh predestinación, cuán lejos queda
tu raíz del alcance al cual medido
ver todo el primer Móvil se le veda!

Y tú, pobre mortal, sé comedido
en juzgar; que a nosotros, que a Dios vemos,
aun todo electo ser no es conocido.

Y esta ignorancia por feliz tenemos,
porque el bien nuestro con el bien se acrece
de que lo que Dios quiere, eso queremos".[10]

Así aquel signo divinal me ofrece
la suave medicina que mi vista
turbia y débil aclara y fortalece;

Y como a buen cantor buen citarista
sigue con el tañer de su hábil cuerda,
y así mayor deleite el canto aquista,

así mientras habló, se me recuerda
que vi que las dos ánimas benditas,
cual movimiento de ojos se concuerda,
movían, a su hablar, sus lumbrecitas.

Canto XXI

Sube Dante desde el cielo de Júpiter al de Saturno. Allí encuentra a los que se han dado a la vida contemplativa, y ve una escala altísima, cubierta de una porción de sustancias. San Pedro Damián responde a diferentes preguntas que le hace el Poeta.

Fija otra vez mi vista en el semblante
de Beatriz, y con ella el alma entera,
de toda otra intención me halló distante.[1]

No reía su faz. "Pues si riera
–me dijo–, harías cual Semele el día
que montón de cenizas se volviera.[2]

Porque sabrás que la belleza mía,
que según más se sube más se enciende
por la escala eternal que al cielo guía,

tanto, si no se templa, viva esplende,
que tu mortal potencia a sus fulgores
fronda sería a quien el rayo hiende.

Ya en los séptimos te hallas resplandores,
que bajo el pecho del león potente,
con su virtud mitigan sus ardores.[3]

Tras tus ojos aquí fija la muerte,
y de ellos haz espejo[4] a la figura
que en este espejo te será patente."

Quien supiese cuál era la pastura
de mis ojos en ver el rostro amado,
cuando hube de ocuparme de otra cura,

saber podría si gozar me es dado
a la rectora mía obedeciendo,
al compensar aquél con este agrado.

Dentro del cristal que, al mundo circuyendo,
lleva el nombre de aquel su caro guía
que acabó con el mal, la paz trayendo[5]

de áureo color de rayo traslucía,
vi una escala que tanto se elevaba,
que seguirla mi vista no podía.

Y vi que por sus gradas luz bajaba
tanta, que imaginé que cuanta lumbre
resplandece en los cielos, se apagaba,

y cual cornejas por natal costumbre
la pluma al alborear todas avientan,
por sacudir su helada pesadumbre;

y luego, a no volver, unas se ausentan,
y otras retornan al lugar pristino,
y otras do están girando, allí se asientan;

así el hacer me pareció divino
del resplandor que andaba unidamente,
hasta que a cierta grada a parar vino.

Y el más junto a nosotros tan luciente
se puso, que decía yo, pensando:
"Bien veo que amor grande por mí siente".

Mas la de quien espero el cómo y cuándo
del decir y el callar era en reposo,
y así venzo mi gusto y no demando;

conque ella, que me vía silencioso
en el ver del que a todo ver precede,
díjome: "Sacia tu querer fogoso".

Y empecé yo: "Mi merecer no puede
sólo de tu respuesta hacerme digno;
mas por quien demandar se me concede

(¡espíritu beato!, a quien envuelve el signo,
de alegría en redor), la causa amena
cuenta que a mí te acerca tan benigno:

y di por qué este globo no se llena
del concierto feliz del Paraíso,
que tan devoto en los demás resuena".

"Mortal tienes –repuso– como el viso
el oído también: aquí no hay canto
por igual causa que en Beatriz no hay riso.[6]

De la escala divina bajé tanto,
porque mi hablar cual fiesta te halagara,
y el resplandor que me circunda santo.

No que me impulse a mi virtud más rara,
que tanto amor y aun más breve hierve allá arriba,
como el lucir creciente lo declara.

Mas la alta caridad que nos cautiva
en servitud del que eternal gobierna,
aquí sortea y de elección nos priva".[7]

Y dije: "Veo bien, sacra lucerna,
que aquí de libre amor el ejercicio
basta a llenar la Providencia eterna.

Mas aún no alcanza a comprender mi juicio
por qué predestinada fuiste ahora,
sola entre tus consortes, a este oficio".

Y aún mi voz lo postrero no decora,
cuando hace la luz eje de su centro,
girando en sí cual rueda voladora.

Después dijo el amor que estaba dentro:
"Desde el alto divina luz me enfila,
por la luz penetrando en que me encuentro,

cuya virtud visual la mía afila,
y tanto me alza sobre mí, que veo
la suma esencia, de la cual destila.

De aquí procede el gozo en que chispeo;
porque a la vista mía, aunque es tan clara,
este fulgor se junta de mi arreo.

Pero del cielo el ánima más clara,
el serafín que a Dios más fijo pace,
no a la pregunta tuya contestara;

pues lo que tú demandas, tanto yace
del estatuto eterno en el abismo,
que no hay creada vista que lo abrace.

Y cuando bajes, cuéntalo tú mismo
allá, no hierva en presuntuoso anhelo
por elevarse a tanto el humanismo.

La mente que aquí es luz, humo en el suelo;
conque no extrañes si el mortal no mira
no que el alma no ve que exulta el cielo".

Su acento así, que a limitarme tira,
cortó el discurso, y de respeto lleno,
sólo a pedir quién es mi labio aspira.

"De Italia entre uno y otro golfo ameno,[8]
no lejos de tu patria, tan osado
se alza un monte, que abajo ruge el trueno,

y un promontorio en él, Catria llamado.
Consagrada, sobre él, hay una ermita
donde el culto verdad sólo es usado."

Por vez postrera el ánima bendita
así dijo, y después: "Allí tan vivo
mi celo en su servicio se ejercita,

que con pasto del jugo del olivo,
fácil pasaba del invierno el luto,
dichoso en mi pensar contemplativo.

Ese claustro a estos cielos gran tributo
solía entonces dar, en yermo vano
hoy vuelto se ha de ver, pobre y sin fruto.

En ese sitio fui Pedro Damiano,
cual Pedro pecador luego en la casa
de María, en la orilla del Adriano.[9]

Era mi vida, ya bien corta y lasa,
cuando al sombrero aquel fue mi destino,
que de mal a peor hoy siempre pasa.

Cefas, y de elección el vaso fino[10]
al mundo vienen, y descalzos vagan,
y toman de doquier su pan mezquino;

mas los pastores de hoy sólo se pagan
de que los upen de uno y otro canto
(¡tan crasos van!) y que sostén les hagan;

y el palafrén gualdrapan con su manto,
con que a dos bestias cubre una mantilla...
¡Oh paciencia de Dios, que sufres tanto!"

A esta voz, vi infinita lumbrecilla
bajar de grada en grada, y revolverse,
y que más linda a cada vuelta brilla.

Y al lado de Damián las vi ponerse
y dar un grito de sonar tan lleno,
que acá nada hay que pueda parecerse,
y que yo no entendí, sordo del trueno.

Canto XXII

En el planeta Saturno encuentra Dante a San Benito. Sube y entra en seguida en el signo de Géminis, en la octava esfera, que es el cielo de las estrellas fijas.

De estupor lleno, a la rectora mía
me volví, cual rapaz que se recoge
siempre al amparo de que más confía,

y ella, cual madre que en su seno acoge
al de pronto espantado pequeñuelo,
con acento que el ceño le descoge,

me dijo: "¿Pues no ves que es éste el cielo?
¿Y no sabes que el cielo todo es santo,
y lo que se hace en él es por buen celo?

Cuál te habría turbado antes el canto
y mi reír, juzgar aquí pudieras,
pues un grito no más te aturde tanto.

En el que, si entendido el ruego hubieras,
el castigo sabrías que se aguarda,
cuyo efecto has de ver antes que mueras.[1]

Que la espada de acá no es presta o tarda
sino a juicio de aquel a quien contrista,
o a quien ansioso con placer la aguarda.

Mas que ya tu atención a otros asista;
que almas verás bien nobles, de improviso,
si donde te diré fijas la vista".

Los ojos puse yo donde ella quiso;
y vi cien esferillas, que embellece
de su justo brillar el mutuo riso.

Yo estaba como aquel que en sí adormece
la espuela del deseo, y que no alienta,
porque pedir de sobra le parece.

Y hacia mí la más grande y luculenta
se adelantó de aquellas perlas caras,
para dejar mi voluntad contenta.

Y escuché dentro de ella: "Si pesaras
cual yo la caridad que en nos responde,
tiempo ha que tus conceptos revelaras.

Mas porque tú, esperando, el llegar donde
es tu alto fin no atrases, doy resuelta
a la idea que tu ánimo así esconde.

El monte que a Casín tiene en su cuesta,[2]
mansión en otro tiempo tuvo encima
de una engañada gente y mal dispuesta.

Y el primero fui yo, que alcé en su cima
el nombre que en la tierra hizo fecundo
el signo de verdad que nos sublima.

Él me tornó de gracia tan jocundo,
que retraje a los pueblos circunstantes
del impío culto que sedujo al mundo.

Estos otros varones contemplantes
fueron, y ardió su pecho el elemento
que da flores y frutos rozagantes.

Y aquí a Macario[3] y a Romualdo cuento,
y a los hermanos que en las celdas nuestras
el pie fijaron y ardoroso aliento".

Y yo le dije: "La aflicción que muestras
conmigo hablando, y la vivaz semblanza,
a mí bondosa, de las luces vuestras,

ha dilatado el jugo a mi confianza,
como el sol a la rosa, cuando vierto
entera al aire su caudal pujanza.

Ruégote, pues, ¡oh padre!, y tú me advierte
si puedo disfrutar favor tan pío,
que en tu perfecta forma alcance a verte".

Y él: "Llenárase, hermano, a tu albedrío
tu alto deseo en la más alta esfera,
donde se cumplen los demás y el mío.

Que toda aspiración es allí entera,
cabal, madura; y sólo allí inmutada
es cada cosa, y donde siempre fuera;

que entre polos no está,[4] ni en parte dada,
y nuestra escala hasta su cumbre ha ido;
por lo que así se pierde a tu mirada.

Esa escala hasta el punto más subido
del patriarca Jacob la vista atrajo,
cuando cargada de ángeles la vido.

Pero nadie a su planta da el trabajo
de subirla, y mi regla peregrina,
para manchar papel, queda allá abajo.

Los muros que antes casa eran divina,
en cueva se han trocado, y saco pleno
son las cogullas de averiada harina.

Mas la usura más grave tan de lleno
a Dios no ofende, cuanto aquel tributo
que al fraile de soberbia le hinche el seno;

que todo ahorro de la Iglesia y fruto,
toca a la grey que pide a Dios devota,
no a deudo ni a otro amor más disoluto.

La humana voluntad tan muelle flota,
que allá no dura el buen empezamiento,
desde el nacer la encina al dar bellota.

Pedro empezó sin oro y sin argento,
y yo a la prez y ayuno sometido,
y humilde abrió Francisco su convento;

y si el origen ves de que ha nacido
cada regla, y después cuál su carrera,
verás lo blanco en negro convertido.

Mas obra fue mayor, cuando torciera
Jordán su curso y cuando el mar sumióse
(¡pasmosa vista!), que el remedio hoy fuera".

Así me dijo, y luego replegose
al grupo suyo, y se estrechó su grupo,
y luego arriba cual turbión alzose.

Y la dulce mujer tras ellos supo
con un signo impulsarse a aquella escala:
¡tanto su influjo en mi natura cupo!

Nunca aquí abajo cuando el aire cala
ser viviente por hondo u alto trecho,
vuelo hay que mida con el mío el ala;

y así pueda, lector, volver derecho
al triunfo por el cual ferviente libro[5]
yo mis pecados y me tundo el pecho,

si en menos que tu dedo en llama de oro
entra o sale, yo mismo no me vide
dentro del signo estar que sigue al Toro.[6]

Astros gloriosos, luz donde reside
tan gran virtud de do venirme miro
lo poco o mucho que mi ingenio mide,

conjunto con vosotros iba el giro
del que es germen de todo mortal vaso,
cuando al aire toscano abrí el respiro.[7]

Y cuando luego tuve el don no escaso
de entrar en la alta rueda que os engira,
por vosotros mi suerte abriome el paso.

Y hacia vosotros hoy mi alma suspira
devota por ganar virtud bastante
al tránsito mayor que así la tira.

"Ya estás –dijo Beatriz– a breve instante
de la última salud, y cual centella
ser debe tu mirada penetrante.

Por eso, antes que ahonde más en ella,
mira abajo, y contempla cuánto mundo
te hice dejar tras de tu rauda huella;

porque tu pecho con placer profundo
al bando se presente, que felice
por esta etérea luz viene jocundo."

Yo por todas las siete esferas hice
girar mi vista, y tal vide este grumo,
que de su aspecto me burlé infelice;

y así el consejo por menor asumo
del que le humilla más; y que está, pienso,
en quien lidia por otro el saber sumo.

Yo vi, ya ardiente sin el velo intenso,
el globo de la luna, de que arguyo
que no es cual le juzgaba ralo o denso.

Y allí, Hiperión,[8] sufrí del hijo tuyo
el resplandor, y vi cómo en su esfera
ruedan Maya y Dione en torno suyo.

Y mostróseme Jove, que atempera
al hijo y padre;[9] y vi do se somete
cada cual a girar en su carrera.

Y allí se me mostró de todos siete
el tamaño y presteza singulares,
y la ley que a distancia los sujete.

Mientras con los gemelos seculares
giraba, el nido que nos hierve a enojos[10]
todo se me mostró de monte a mares...
y alcé mis ojos a los dulces ojos.

Canto XXIII

Maravillosa aparición de la Corte celestial. Bajaban de lo alto Jesucristo y María entre infinitos ángeles y santos. La luz del Hijo de Dios quita la vista al Poeta; pero, ascendido éste al Empíreo, puede ver claramente los otros milagros del Paraíso. El arcángel Gabriel, en figura de llama, baja a coronar a la Virgen, la cual se eleva por encima de todos los demás santos.

Cual ave quieta en la hojarasca, en donde
el nido abriga de su prole amada,
en la noche que toda cosa esconde,

por gozarse en su vista deseada,
y por ir a buscarles la pastura,
trabajo en que penoso no haya nada,

en el borde entreabierto al tiempo apura,
y con ansia impaciente aguarda el día,
fija espiando su primer blancura;

así atenta y de pie, la dueña mía,
vuelta a la parte de los cielos era,
en la que el sol más lento el carro guía;[1]

conque el verla suspensa en tal manera,
torneme, como aquel que, deseando
cierta cosa, se calma con la espera.

Mas pasó por poco entre uno y otro, cuando
(digo entre el esperar y el ver cumplido)
vi que el cielo veníase aclarando.

Y Beatrice: "Ve aquí de Cristo unido
el séquito triunfante y todo el fruto
de ir por estas esferas recogido".

Su rostro al fuego aquí daba tributo,
y sus ojos del gozo eran tan llenos,
que más vale que yazca el labio enjuto.

Como en los plenilunios más serenos
Febe entre sus ancelas ríe eternas
que dan color a los celestes senos,

vi yo, sobre millares de lucernas,
un Sol que a todas ellas encendía,
como el nuestro a las lámparas supernas.

Y por la viva lumbre entrefulgía
esa sustancia lúcida, tan clara,
que sufrirla mi vista no podía.

¡Oh Beatrice, mi dulce guía cara!,
que me dijiste: "Quien te turba el tino
es virtud de quien nada se repara.

Allí es la ciencia y el poder divino
por quien tan largo anhelo al mundo enciende
el que entre tierra y cielo abrió camino".[2]

Como fuego de nube se desprende
para ensancharse porque allí no cabe,
y a tierra, en contra de su ley, desciende,

así agrandada con manjar tan suave,
mi mente se salió del usual brillo;
y qué fue de ella recordar no sabe.

"Los ojos abre, y ve cómo yo río,
pues han visto ya cosas, que potente
te hacen a soportar el riso mío."

Estaba yo como el que aún algo siente
de olvidada visión, y no resigna
traerla con esfuerzos a su mente,

cuando escuché la invitación, tan digna
de mi amor, que borrar nadie lograra
del libro en que el pasado se consigna.

Si aquí la voz de todos resonara
cuantos Polimnia y el fraterno coro
con su leche nutrieron dulce y cara,

junta a la mía, en su cantar sonoro
no diría un milésimo del riso
de aquel santo semblante en lumbre de oro.

Así, pues, describiendo el Paraíso,
bien es que salte el místico poema,
cual quien ve roto el suelo de improviso.

Y el que recuerde el ponderoso tema
y en cuál hombro mortal va gravitando,
a fe no ha de increparle porque tema;

que no se trata aquí del que bogando
va en breve esquife de atrevida prora,
ni de nauta que ardor va reservando.

"¿Por qué mi rostro así tal te enamora,
que al jardín no te vuelves peregrino
que a los rayos de Cristo el seno enflora?

Allí es la rosa en que encarnó el divino
Verbo, y los lirios de fragancia mucha
a cuyo olor se torna el buen camino."

Dijo Beatriz, y mi alma, que escucha
dócil su voz, se vuelve todavía
de los débiles ojos a la lucha.

Como a un rayo que puro el sol envía
por rota nube, vio prados de flores
velado alguna vez la vista mía;

así vi yo gran copia de esplendores,
alumbrados de lo alto en ígnea arista,
sin ver el manantial de los fulgores.

¡Oh virtud que así amable los enlista![3]
¡Cuál te elevaste por dejarme un poco
de campo al juego de mi floja vista!

El nombre de la bella flor[4] que invoco
mañana y noche concentró el anhelo
de mi alma por hallar el más gran foco.

Y así que a mis ojos dio sin velo
el cuál y cuánto de la hermosa estrella
que vence aquí, como venció en el suelo,

bajó por entre el aire una centella,[5]
un cerco haciendo, a guisa de corona,
y la ciñó, girando en torno de ella.

La melodía que aquí bajo entona
el son más dulce que del alma tira,
trueno que fuera que rompe de alta zona,

comparada al sonar de aquella lira
de que orlaba el límpido zafiro
con que el cielo más claro se enzafira.

"El angélico amor soy yo, que giro
en torno al gozo sumo que concentras,
¡oh seno en que de Dios moró el respiro!

Y giraré, Reina del Cielo, mientras
sigas a tu Hijo y hagas crezca el día
en el Cielo, mayor porque en él entras."

Así la circundante melodía
cerrábase, y la Corte soberana
luego aclamaba el nombre de María.

El real manto de toda luz galana
del orbe: el que más arde y se esclarece
en soplo y la faz de Dios cercana,[6]

por encima de nos tanto enaltece
su confín eternal, que en su evidencia
aun no de dónde estaba me aparece.

Mi vista así no tuvo ya potencia
para seguir la coronada flama,
que subió a unirse a su alta descendencia,[7]

y como infante que, después que mama,
sus tiernos brazos a la madre tiende,
a interno impulso que a brincar le llama;

cada fulgor de aquellos tanto extiende
su cima, que mostraran a qué altura
el amor por María los inflame.

Luego, ante mí, la escuadra cantó pura
Regina cœli allí tan dulcemente,
que en mí jamás borrose su dulzura.

¡Oh, cuánta la abundancia es excedente
de aquellas armas de tan rico aforo
que abajo echaron tan feraz simiente!

Aquí se vive y gózase el tesoro
que se ganó, llorando, en el exilio
babilonés donde dejóse el oro.

Aquí se goza, bajo el divo filio
de Dios y de María, en su victoria,
con el antiguo y nuevo alto concilio,
quien conquista las llaves de tal gloria.[8]

Canto XXIV

Se vuelve Beatriz a los santos, y les ruega en favor de Dante; y ellos, dispuestos en varios círculos, empiezan a dar vueltas más o menos veloces, según el grado de su visión. Del círculo más luminoso sale San Pedro y pregunta a Dante a ruego de Beatriz, sobre la virtud teológica de la Fe; él responde con precisión católica, y merece la aprobación del gran Apóstol.

"¡Oh concurso escogido a la gran cena
del Cordero que os nutre de tal suerte,
que eternamente el apetito os llena!

Si por gracia de Dios, de lo que vierte
vuestra mesa, éste alcanza un alimento,
antes de su vivir mida la muerte,

considerad su vivo entendimiento,
y rociadle: vosotros la bebida
bebéis siempre en que él tiene el pensamiento."

Beatriz dijo; y la tropa esclarecida
globos de fijos polos va formando,
que brillan cual cometa en luz subida.

Y cual resortes de reló girando
de modo van, que a quien lo ve, el primero
quieto aparece: el último escapando;

así cada volante, en lo ligero
o lento de su danza, la grandeza
de su triunfo juzgar me hacía entero.

De aquel en quien noté mayor belleza
salir un fuego vide tan felice,
que ninguno quedó de más viveza;

y tres veces en torno de Beatrice
volvióse, con un cántico tan divo,
que no mi fantasear me lo redice.

Conque la pluma salta y no lo escribo,
que no nuestro idear a esas honduras,
cuanto más el decir, bastante es vivo.

"¡Oh santa hermana mía, que me apuras
tal con las preces de tu amor ardiente,
que dejo de mi esfera las dulzuras...!"

Y aquí calló aquel fuego bendiciente,
y envió a mi dueño el hálito preciso,
que aun de hablar como he dicho era caliente.

Y ella: "¡Oh luz santa del Varón glorioso
a quien nuestro Señor dejó las llaves
que Él llevó de este gaudio milagroso,

a éste en puntos probar leves y graves
puedes, a tu querer, de la fe entera
por quien ir sobre el mar enjuto sabes![1]

Si él cree: si bien ama y bien espera
no se te oculta, porque está a tu vista
el espejo en que todo reverbera.

Mas pues de sus poblantes la conquista
hizo este reino por la fe, a gloriarla
de éste la devoción bien es que asista."

Cual bachiller prepárase y no parla
hasta que ya el maestro pone el punto
para abrir discusión, que no a acabarla.

así yo callo y argumentos junto,
mientras habla Beatriz, para estar presto
a tal preguntador, a tanto asunto.

"Di, buen cristiano; pon bien manifiesto:
¿Qué cosa es Fe?", y aquí yo alcé la frente
a aquella luz que preguntábame esto.

Luego a Beatriz volvime, y prontamente
ella me hizo señal de que vertiese
afuera el agua de mi interna fuente.

"La gracian, que me da que me confiese
–yo empecé– con el alto Primipilo,[2]
haga que en clara precisión me exprese."

Y proseguí: "Como el verace estilo
nos dice, ¡oh padre!, del tu hermano amado[3]
que cual tú puso a Roma en el buen hilo,

en sustancia la fe de lo esperado,
y argumento de cosa no patente,
y su *quid est* así juzgo explicado."

"Juzgas –me dijo– bien, si ves fielmente
por qué con las sustancias él la puso,
y entre los argumentos finalmente".[4]

Y yo luego: "El misterio más difuso
de que aquí se me muestra la evidencia,
a los ojos de abajo es tan confuso,

que sólo tiene ser por la creencia:
sobre ésta la esperanza se sostiene,
y de Sustancia así toma existencia.

Y desde esa creencia nos conviene
silogismar sin más regla a la vista,
puesto que fuerza de argumento tiene".

Entonces oí: "Si cuanto se conquista
abajo de saber, fuera así expreso,
nunca ingenio se alzara de sofista".

Tal dijo el soplo de ese amor inceso,
y prosiguió: "Probado asaz resulta
de esta moneda ya la ley y el peso.

Mas dime si tu bolsa de ella abulta".
Y yo: "La tengo tan lucida y tonda,
que nada de su cuño se me oculta".

Luego esta voz salió de la luz honda
que allí lucía: "Y di: la margarita
a que no hallo virtud que no responda,

¿de dó te viene?" Y yo: "Lluvia infinita
del Espíritu Santo que profusa
está en la antigua piel y nueva escrita,

silogismo es que en mí la deja infusa
con evidencia tal, que ya imagino
toda razón respecto de ella obtusa".

Luego escuché: "El antiguo y nuevo sino
que tu juicio en tan firme nudo agarra,
¿por qué los tienes por hablar divino?"

Y yo: "Lo que la niebla me desgarra,
son sus milagros, en que no Natura
yunque suyo batió, ni encendió barra".

Y entonces respondió: "¿Quién te asegura
de esos milagros, di? ¡Bravo aforismo:
el que ha de dar la prueba es quien lo jura!

Y yo: "Si vino al mundo el Cristianismo
sin operar milagros, ése es uno;
y tal, que por millares vale el mismo.

De ésos fue el entrar tú pobre y ayuno
en el campo a sembrar la buena planta
que viña llegó a ser, y que hoy es pruno".

Esto acabado, la alta Corte Santa
cantó *Alabemos* de una en otra esfera,
con la armonía con que allí se canta.

Y el Varón que de ramo en ramo fuera
mi examen así haciendo, y ya me había
llevado hasta tocar la hoja postrera,

recomenzó: "La gracia que extasía
y enamora tu mente, abrió tu boca
hasta aquí, como abrirse ella debía.

Apruebo, pues, lo que tan claro toca:
mas hora has de expresar lo que creíste,
y cuál motivo tu creer provoca".

"¡Oh beato padre, espirtu que supiste
creer tan bien, que a joven pie ganando,
primero ante el sepulcro santo fuiste![5]

–empecé yo–: tú quieres que explicando
vaya aquí mi creencia, y hasta veo
que estás el porqué de ella preguntando.

Y ve aquí mi respuesta: en un Dios creo
solo eterno, que al orbe entero mueve,
Él quieto, con amor y con deseo;

sin que otra prueba mi creencia lleve
física o metafísica, que tantos
signos que desde aquí la gracia llueve,

por Moisés, los profetas y sus cantos,
y por vuestros escritos divinales,
después que el ígneo Espíritu os volvió santos.

Y creo en tres Personas eternales;
y que una esencia son tan una y trina,
que admite *Sunt et est* en todo iguales.

Y esa profunda trinidad divina
que voy diciendo, en mi ánimo se sella
por diversa evangélica doctrina.

Y ése el principio, ésa es la centella
que luego en vivo fuego dilatada,
relumbra en mí como en el cielo estrella".

Como escucha el señor cosa que agrada,
y al siervo da las gracias, le abrazando,
así que acaba, por la nueva amada;

así, pues, bendiciéndome y cantando,
por veces tres cuanto callé, con yugo
dulce me ató el Apóstol cuyo mando
hízome hablar: ¡mi hablar tanto le plugo!

Canto XXV

Santiago examina al Poeta sobre la Esperanza, y propone tres dudas. Beatriz responde a la segunda; Dante, a la primera y la tercera. Luego, San Juan Evangelista discurre con el Poeta.

Si el sagrado poema que a luz saco,
en que parte han tenido Cielo y Tierra,
y que me ha tantos años puesto flaco,

vence al fin la crueldad que me destierra
del dulce aprisco en que dormí cordero
entre los lobos que le ponen guerra;

con otra lana y canto más entero
volveré yo Poeta, y en la fuente
tendré el laurel do me bañé primero;[1]

pues que en la fe que eleva santamente
a Dios las almas penetré, y por ella
Pedro también acarició mi frente.

A nosotros después vino una estrella
de la escuadra que envionos la primicia
de vicarios de Cristo en luz tan bella.[2]

Y mi dueño, brillando de leticia:
"Mira –me dijo– al gran Varón que asoma,
por quien tantos visitan la Galicia".

Como cuando se pone la paloma
cabe su par, y amor le manifiesta,
con las vueltas y el son que su voz toma,

así vi yo acoger con dulce fiesta
el uno al otro príncipe glorioso,
celebrando el manjar que el Cielo apresta.

Y acabado el saludo así afectuoso,
cada cual *coram me* mudo parose,
con ver que me deslumbra luminoso.

Luego Beatriz riendo así expresose:
"Ínclita luz por quien la gran largueza
de nuestra alta basílica escribiose,[3]

haz sonar la esperanza en esta alteza:
tú hiciste que tres veces se figure,
cual Jesús en los tres con más fijeza".[4]

"Alza la faz: tu vista se asegure;
que lo que viene acá del mortal mundo,
bien es que a nuestros rayos se madure."

Conforto tal del esplendor segundo
me vino; y yo la vista alcé a los montes[5]
que antes con peso hundiéranla profundo.

"Pues quiere que por gracia tú te afrontes
el nuestro Emperador, antes de muerto,
en el aula suprema de sus Contes,

para que de esta Corte ya bien cierto,
la Esperanza que abajo amor fecunda,
en ti y otros afirme el brío incierto;

quién es, dime; y por qué de ella se inunda
tu mente, y de dó a ti se manifiesta";
así hablando siguió la luz segunda.

Y aquella pía que a mis alas presta
guía y sostén en vuelo tan pujante,
de este modo previno mi respuesta:

"No tiene hijo la Iglesia militante
más de esperanza lleno, como escrito
está en el sol que en nos luce radiante.

Y por eso le es dado que de Egito
venga a Jerusalén,[6] antes del plazo
que a servicio marcial le está prescrito.

Los otros dos asuntos, cuyo trazo
no pides por saber, mas porque cuente
lo que de esta virtud te es dulce el lazo,

él los trace, que él puede fácilmente
y sin jactancia hacerlo: él, pues, responde,
y ayúdale de Dios la gracia ardiente."

Como al Doctor alumno corresponde
libente en lo que es diestro, y se apresura
porque allí su destreza bien se oronde,

dije: "Esperanza expectación segura
es de la gloria eterna, que produce
mérito precedente, gracia pura.

Ésta mi luz de estrellas mil se aduce;[7]
mas quien primero al alma me la envía,
es el sumo cantor del Sumo Duce.

En ti espero, en la alta Teodía,
los que bien saben –dice– el nombre tuyo:
¿y quién no la sabrá con la fe mía?

Con tu epístola luego[8] el fluir suyo
tú me fluiste; así que estoy tan lleno,
que en otros con la lluvia vuestra afluyo".

Mientras yo hablaba, en el viviente seno
de aquel incendio tremolaba un lampo,
de relámpago a modo, raudo y pleno.

Luego dijo: "El amor porque aún alampo,
de la virtud de que seguí la huella
hasta el martirio y mi dejar el Campo,[9]

quiere te anime a ti que ves en ella
tu deleite, y que digas las venturas
que te promete la Esperanza bella".

Y yo: "Nuevas y antiguas escrituras
lo enseñan". Y él: "Pues aprueba". Y yo en seguida:
"De las almas que Dios ha vuelto puras,

dice Isaías, cada cual vestida
en su tierra será de doble traje;
y su tierra es aquesta dulce vida.

Y tu hermano, en sus letras sin ambage
que de las blancas ropas nos dijeron,[10]
a esa revelación rinde homenaje.

Y antes que estas palabras concluyeron,
un *Sperent in te super* se oía,
al que todos los giros respondieron;

y luego luz tan fúlgida lucía,
que si un cristal así Cáncer tuviera,
fuera el invierno un mes de un solo día.[11]

Y como virgen se alza y va ligera,
y en honra sólo de la nueva esposa
entra en danza, que no por lo que espera;[12]

así vide venir la luz hermosa
hacia ese par que en círculo giraba,
como su sed pedíale amorosa.

Y uniose al canto y letra que sonaba,
y mi dueña el mirar clavó en su aspecto,
e inmóvil, muda, como novia estaba.

"Éste es el que a su pecho unió dilecto
el Pelícano nuestro: éste[13] el que ha sido
bajo la cruz al grande Oficio electo."

Estas palabras, sin haber movido
mucho ni poco de do están mirando
sus ojos, mi señora ha proferido.

Cual quien fija los suyos, aguardando
que eclipse un tanto el sol su ardiente brasa,
que a fuerza de mirarle va cegando,

así el ver la postrera luz me abrasa,
y oigo en tanto decir: "¿Por qué te ciega
ansia de ver aquí lo que no pasa?"[14]

Tierra es mi cuerpo en tierra, y mientras llega
nuestro número a aquel por Dios fijado,
con los demás al suelo allí se apega.

En el bendito claustro sólo ha entrado
con doble traje el par que en alto miro:[15]
puedes de esto a tu mundo dar traslado."

Esto diciendo, el encendido giro
para, y la voz y el cántico se posan
y el mezclado con él triple respiro,

cual los remos que el agua antes acosan,
por evitar fatiga, riesgo o traba,
todos, de un pito al silbar, reposan.

¡Ah! ¡Cuál turbó mi mente pena brava
cuando al volverme a ver a Beatriz bella,
no la pude ya ver, aunque me hallaba
en el mundo feliz y junto de ella![16]

Canto XXVI

San Juan Evangelista examina a Dante sobre la Caridad; éste le explica, y toda la Corte celestial aplaude su discreto razonamiento. Recobra el Poeta la vista y se le presenta un cuarto resplandor, dentro del cual se halla el alma de Adán, que le habla y satisface sus internos deseos.

Mientra en dudas me tiene el cegamiento
por la luz viva que lo está causando,[1]
sale un respiro que me pone atento,

diciendo: "En tanto que te va tornando
la vista que por mí tienes consunta,
bien es que la compenses razonando.

Comienza, pues, y dinos dónde apunta
hora el ánimo tuya; y ten por llano,
que extraviada es tu vista, y no difunta;

pues la dueña, que al reino soberano
te guía, tiene en su mirar celeste
la virtud que Ananías en su mano".[2]

Y yo: "Retarde a su placer o apreste
el remedio a los ojos de antes puertas
por donde entró con ella el ardor éste.

El bien que aquí nos labra dichas ciertas
Alfa y Omega[3] es de las que ha escrito
letras en mí el amor, vivas o yertas.

Y aquella voz que el súbito conflicto
de mi ceguera con su hablar desecha,
me abrió de aún razonar el apetito;

y me dijo: "Por criba más estrecha
te conviene cerner, y que inspecciones
qué es lo que a blanco tal puntó tu flecha".

Y yo: "Por filosóficas razones,
y autoridad que desde aquí desciende,
graba ese amor en mí sus impresiones.

Que el bien, en cuanto es bien y tal se extiende,
así inflama el amor; y más lo exalta,
cuanta mayor bondad en sí comprende.

Y por eso en la esencia (que es tan alta
que todo bien que otro camino lleva,
rayo es no más que de su lumbre salta)

allí, no en otra parte, es bien se mueva
el intelecto, amando, del que siente
la verdad en que fúndase esta prueba.

Esa verdad extérnala a mi mente
aquel[4] que me demuestra que amor forma
entre eternas sustancias la eminente:

del infalible autor la voz lo informa
que a Moisés respondió, de sí diciendo:
Yo te haré ver de todo bien la norma.

Tú también me lo pruebas,[5] precediendo
al gran pregón que desde aquí el arcano
va al mundo en son más alto refiriendo".

Y replicó: "Por intelecto humano
y autoridad que bien con él concuerda,
tu amor a Dios ser debe el soberano.

Pero dime si sientes que otra cuerda
te arrastre a él, y explica todavía
con cuántos dientes ese amor te muerda".

Oculta no me fue la intención pía
del Águila de Cristo, y vi el sentido
en que llevar mi profesión quería.

Por tanto, proseguí: "Cuando mordido
convertir puede a Dios el alma entera,
todo a mi caridad ha concurrido:

que el ser del mundo, el mío, y el que muera
Él en infame cruz porque yo viva,
y lo que todo fiel como yo espera,

con la predicha conoscencia activa,
me han sacado del mar del amor muerto,
y del vivo llevándome a la riba.

Las frondas que enfrondecen todo el huerto
del hortelano Eterno yo amo tanto,
cuando él de riego y flor las ha cubierto".

Cuando acabé de hablar, un dulce canto
sonó en el cielo, y con la santa escuela
Beatriz decía: "¡Santo, Santo, Santo!"

Como aquel a quien fuerte luz desvela
por la virtud visiva que recorre
la fulgidez que va de tela en tela;[6]

y, ya despierto, lo que ve aborrece
(tal la vigilia súbita le traba)
hasta que viene el juicio y le esclarece,

así Beatriz los grumos todos lava
de mis ojos, al rayo que despide
su vista que mil millas alumbraba;

con que la mía más que de antes mide;
y cuasi absorto demandé quién era
un cuarto resplandor que con nos vide.

Y mi dueño: "En la luz de esa lumbrera
con su autor se embelesa el alma prima[7]
que crear quiso la Virtud primera".

Como rama que dobla la alta cima
del viento al paso, y por alzarse acaba
por el impulso mismo que aún la anima,

así hice yo, quedando al par que hablaba
atónito; y después ansia fogosa
de explicarme mis bríos reanimaba.

Y empecé: "¡Oh fruto, que en floresta hermosa
naciste ya maduro! ¡Oh padre antigo,
de quien es hija y nuera toda esposa!

Con mi humildad mayor, que hables conmigo
te suplico: el deseo ves que extraño;
y por pronto escucharte, no lo digo".

Suele animal que enrolla cuerpo extraño
tal moverse, que muestra lo que ansía
por el vago ondular que imprime al paño;

y de esa suerte traslucir me hacía
el alma primordial, por la cubierta,
lo alegre que el placerme la ponía.

Y respiró: "Sin serme descubierta
tu voluntad, mejor que tú no dejo
de conocer la cosa a ti más cierta;

pues yo la miro en el veraz espejo[8]
que cual es toda cosa siempre expuso,
y nada reflejó en él parejo.

Saber quieres cuánto ha que Dios me puso
en el alto jardín en que Beatrice
para tan larga escala te dispuso;

y cuánto tiempo en él gocé felice,
y del divino enojo el fiel relato,
y el habla que yo usaba, y qué yo hice.[9]

No el probar, hijo mío, el fruto ingrato,
del exilio ocasión sólo se crea,
sino el violar el celestial mandato.

Allí donde a Virgilio halló tu dea
cuatro mil y trescientos y dos gritos
de sol estuve ansiando esta asamblea,

y pasar por sus casas de zafiros
veces le vide novecientas treinta,
mientras lancé en la Tierra mis suspiros.

Del idioma que hablé ya no hubo cuenta
ni aun antes que al trabajo inacabable
la gente de Nemrod[10] se diera atenta;

que ningún acto racional fue estable,
y el humano placer bien poco dura,
pues del cielo al girar sigue mudable.

Que el mortal hable, es natural figura:
mas que de éste o del otro modo sea,
deja al arbitrio vuestro la Natura.

Antes que a la mansión bajase rea,[11]
Él llamaba mi raza al que mantiene
Sumo bien esta luz que me rodea.

Luego llamóse Elí, y así conviene;
que el uso es en los hombres cual fecunda
rama en que se va fronda, y fronda viene.

El mente que la mar ve más profunda[12]
me tuvo en vida, o pura o deshonesta,
desde la hora primera a la segunda
del cuadrante que sigue a la hora sexta".[13]

Canto XXVII

San Pedro, lleno de indignación, habla contra los Pastores de la Iglesia, y a sus palabras mudan de aspecto los bienaventurados. Desde Géminis se vuelve el Poeta a ver nuevamente la Tierra. Después se levanta el primer Móvil, donde no hay humana distinción, ni de lugar ni de tiempo: y a la vista de las bellezas eternas, lamenta la codicia de los hombres, de la cual echa la culpa a los malos gobiernos.

Al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo
el Paraíso todo gloria alzaba,
embriagándome el alma el dulce canto.

Lo que veía, al reír me semejaba
del universo; así que la embriagueza,
por la vista y oído se me entraba.

¡Oh contento, oh placer de suma alteza!
¡Oh de amor y de paz eterna vida!
¡Oh sin pena ni afán veraz riqueza!

La cuaterna de estrellas[1] encendida
ante mí estaba, y la que más me abruma
de luz es la primera aparecida;

y el aspecto tomó de beldad suma
que Jove tornaría si él y Marte
pájaros fueran y cambiaran pluma.[2]

La eterna Providencia, que reparte
cargos y vez a las lumbreras de oro,
puesto había silencio en toda parte;

cuando escuché: "Si yo me trascoloro,
asombro no te cause, que a mi acento
trascolorir verás a todo el coro;

el que abajo usurpando está mi asiento,[3]
el lugar mío, mi lugar que vaca
ante el Hijo de Dios que lo ve atento,

del lugar de mí tumba hace cloaca
de sangre y pudrición, con que el malvado
de aquí caído[4] en su mansión se aplaca".

De aquel color que en nube ves pintado,
opuesta al sol por tarde y por mañana,
en esto todo el cielo vi inundado;

y cual dueña que está de su honra ufana
y de sí bien segura, oye tremante
ajena falta y túrbase y afana,

así Beatrice transmutó semblante
y tal, creo, eclipsose el firmamento
cuando al Sumo Poder, vio agonizante.

Del que hablaba, después siguió el acento,
así la voz exclamando tan cambiada,
que igualó de su aspecto al mudamiento.

"No la esposa de Cristo amamantada
fue con mi sangre y la de Cleto y Lino,[5]
para ser en ganancias de oro usada;

que por sólo este bien gozar divino,
la de Sixto, Calixto, Pío, Urbano,[6]
tras largo llanto a derramarse vino.

No fue nuestra intención que del cristiano
pueblo parte a la izquierda se pusiera,
parte a la diestra del Pastor romano:

ni que las llaves que el Señor me diera
se convirtieran el pendón maligno
que contra bautizados combatiera:

ni que de sello yo sirviera y signo
a privilegios sórdidos, mordaces,
de que, abrasado de rubor, me indigno.

En paños de pastor, lobos rapaces
se ven de aquí por cuantos son los prados,
¿por qué, Dios defensor, en calma yaces?

Ya están Cahorso y Guasco[7] preparados
a beber nuestra sangre. ¡Oh buen principio,
a qué fines vendrás tan desgraciados!

Masel sumo poder que con Eccipio[8]
llevaba a Roma salvador consuelo,
dará amparo del orbe al municipio.

Y tú, hijo, que aún debes ir al suelo
por tu carga mortal, abre la boca,
y lo que yo no oculto, di sin duelo."

Cual de helado vapor lluvia no poca
lanza el aire a vellones, cuando el cuerno
de la celeste cabra al sol ya toca,[9]

así el éter vi orlarse en lo superno,
y hacia arriba nevar de los triunfantes
que estuvieron con nos del coro eterno.[10]

Mi vista los vapores deslumbrantes
seguía hasta que el trecho, por sobrado,
me impedía seguirlos tan distantes.

Conque me dijo al verme ya cansado
mi dueño de mirar a la alta cima:
"Baja el rostro,[11] y la vuelta ve que has dado".

Desde el punto en que alcé mi atención prima,
vi que corrido había el arco entero
que hace del medio al fin el primer clima;

así que allá de Gades vía el fiero
paso de Ulises, y de acá el ejido[12]
en que Europa fue a Jove un haz ligero.

Y por mí descubierto había sido
de aire más campo; pero el sol ya había
bajo mis pies[13] un signo y más corrido.

La siempre enamorada mente mía
que en mi dueño se goza, en la presura
de volverla a mirar cual nunca ardía.

Y el pábulo que el arte o la Natura
dan a la vista, por rendir la mente,
en imagen de carne o de pintura,

nada fueran unidos juntamente
con el placer divino que fulgiome
cuando a su rostro me volví riente.

Y la virtud que con su vista diome,
del nido me arrancó de Leda hermosa.[14]
y al cielo velocísimo[15] lanzome.

Las partes de esa esfera alta y lumbrosa
tan uniformes son, que mal podría
decir en cuál Beatriz conmigo posa.

Mas ella, que mi anhelo ardiente vía,
riendo empieza alegre, y tan vivace,
que gozarse en su faz Dios parecía:

"De estos globos la ley, que inmóvil hace
el centro, y al redor da movimiento
como desde su frente, de aquí nace.[16]

Y no tiene este cielo más fomento
que la alta Mente, en que el amor se enciende
que a él le mueve, y él vierte a globos ciento.

De amor y luz un cerco le comprende
y él cerca a los demás, y ese prescinto,
aquel que lo ciñó sólo lo entiende.

No de otro nace su mover distinto;
y él mide a los demás, como en un sesto
por su mitad medido, y por su quinto,

y como sus raíces a tal tiesto[17]
el tiempo da y a los demás las frondas,
puede serte desde hora manifiesto.

¡Oh vil codicia, que tan bajo ahondas
al mortal, que los ojos no acontece
que pueda levantar sobre tus ondas!

El querer en los hombres bien florece;
mas la lluvia continua, el fruto bello
en el árbol marchita y enmohece.

La inocencia, la fe dan su destello
sólo en los niños: luego cada una
se va, cuando a su rostro asoma el vello.

Ves quien infame balbuciendo ayuna,[18]
y, suelto el paladar, luego devora
de cualquier manjar, en cualquier luna,

y quien, niño también, escucha, adora
a su madre; y, adulto, la moteja,
y con formado hablar la deshonora;

así la albura de la piel se aleja
y se muda en negror, de la hija hermosa
del que la aurora trae, la noche deja.[19]

Tú, porque no te sea extraña cosa,
sabe que ya en la Tierra no hay gobierno,
y así la humana grey va silenciosa.

Mas antes que no sea enero invierno,
por la céntima abajo despreciada,[20]
influjo tal agitará supremo,

que la fortuna abajo tan ansiada
pondrá do son las popas los sectores;
y así derecha correrá la armada,
y almo fruto vendrá tras de las flores".

Canto XXVIII

El Poeta ve un punto brillantísimo y nueve cercos en torno de él, de los cuales los más inmediatos son los más lucientes y más rápidos en sus movimientos. Ese punto es la divina Esencia, y los otros, los órdenes angélicos. Beatriz explica al Poeta cómo concuerda el sistema de los cielos con el orden de estos cercos; si bien en éstos la rapidez y la luz crecen conforme es mayor su proximidad al centro, y en aquéllos, en razón inversa.

Después que la verdad dejome incisa
de la triste mortal vida presente
aquella que mi alma emparaísa;

como aquel que en espejo ve luciente
antorcha que se enciende a su reverso,
y no se hacen bien cargo vista y mente;

y se vuelve, por ver si el vidrio terso
le dice la verdad, y que concuerda
ve con él, como el canto con el verso,

que yo así procedí bien se recuerda
mi memoria, los ojos contemplando
de que hizo amor a mi prisión la cuerda.

Y cuando al yo volverme vi tocando
en los míos lo que ese cielo empara
cuando se está su giro bien notando,

vi un punto que irradiaba luz tan clara,
que la anublada vista, que él sofoca,
me hizo cerrar con su fulgencia rara.

La estrella que de acá se ve más poca,
luna fuera en verdad puesta a su lado,
cual cabe estrella, estrella se coloca.

Tan cerca acaso cual se ve alumbrado
del astro a quien circunda un meteoro
cuando está su vapor más condensado,

yo un ígneo cerco en rededor exploro[1]
girando tan veloz, que hubiera extinto
a la más rauda de las ruedas de oro.

Y ése tiene otro cerco circuncinto,
y éste un tercero, y el tercero un cuarto,
y éste un quinto también, y un sexto el quinto,

y un séptimo seguía, en el reparto
ya de ancho tal, que a la secuaz de Juno[2]
a encerrarla cumplida fuera aun harto.

Y así el octavo y nono, y cada uno
más lento se movía, según era
su número distante más del uno.[3]

Y con fulgor más vivo reverbera
el más cercano de la chispa pura,
pues más absorbe de su luz primera.

La dueña mía en afanosa cura
viéndome incierto, dijo: "De aquel punto
pende el cielo y entera la Natura.

Mira el cerco que más le está conjunto;
y sabe que el girar suyo es tan presto,
por el fogoso amor que le da asunto".

Y yo a ella: "Si el mundo así dispuesto
fuera como esos rápidos volantes,
hallara lo que dices manifiesto.

Mas del cielo en los globos circulantes
la acción divina del girar se aumenta
cuanto ellos son del centro más distantes.

Para que quede, pues, mi alma contenta
en este santo y admirable templo
que sólo amor y luz por raya cuenta,[4]

aun me es preciso oír cómo el ejemplo
y el ejemplar[5] no marchan de una suerte;
que yo solo por mí no lo contemplo".

"Que no basten tus dedos a solverte,
ese nudo, no es mucho se te antoje,
por no intentarlo ya, se ha hecho tan fuerte".

Díjome esto Beatriz, y luego: "Coge
lo que yo te diré, si ansias llenarte,
y tu agudeza y su intención descoge.

Son los corpóreos globos de tal arte
grandes o breves, según más o menos
es la virtud que en ellos se reparte.

Mayor salud esparcen los más buenos;
y más salud en mayor cuerpo cabe,
si de igual perfección se encuentra llenos.

Éste, pues en que estás, que imán y clave
es del alto universo,[6] corresponde
al cerco que más ama y que más sabe.

Conque si tú, por la virtud que esconde[7]
cada ser, mides, no por la apariencia
sustancial que parece se enredonde,

admirable verás correspondencia,
de más a más y de menor a menos,
de cada sol con su alta inteligencia".

Como los cielos límpidos, serenos
se quedan cuando Bóreas fuerte azota
el éter vasto con sus soplos llenos,[8]

porque la bruma que antes los embota
se disuelve, y la esfera ríe bella
con tanta alhaja que en su mano flota;

yo así me vide cuando obtuve de ella
razones que lo cierto me pusieron
tan claro allí como en el cielo estrella.

Y no bien sus palabras concluyeron,
cuando como batido hierro en brasa,
con chispas mil los cercos refulgieron;

y cada chispa a ciento y a mil pasa,
y a número mayor que el que doblado
se cuenta en ajedrez de casa en casa.[9]

Y Hosanna por los coros fue lanzado
al Punto que en el *ubi* los confines
los puso en que han de estar y en que han estado.

Y aquella que entre ideas mira afines
dudar mi mente, dijo: "En los primeros
cercos Querubes viste, y Serafines;

su atracción siguen ellos tan certeros,
por semejarse al punto; y lo recaban
a proporción que a ver suben ligeros.[10]

Los amores que en torno a ésos alaban
se llaman Tronos del divino aspecto,
a causa de que el primo terno acaban;[11]

y todos gozan (sábelo) de afecto,
según entra su vista más profunda
en la verdad que aquieta el intelecto.[12]

De aquí se prueba bien cómo se funda
en el acto de ver ser bienhadado,
no en el de amar, que luego le secunda;[13]

y ese ver lo procura lo ganado
por bien querer y gracia peregrina;
y se adelanta así de grado en grado.

El otro terno,[14] que también germina
en esta primavera sempiterna
donde el Aries nocturno no extermina,[15]

con gorjeos de Hosanna desinverna,[16]
en melodías tres, y en triple fuego
de alegrías inunda el aura eterna.

Las tres *Deas*[17] componen ese juego,
que son Dominaciones, y tras éstas,
virtudes son, y Potestades luego.

Luego, en las dos penúltimas orquestas,
Principados y Arcángeles respiran;
y en la extrema son de Ángeles las fiestas.

Estos coros a lo alto todos miran;
y abajo influyen, y hacia el Punto incluso
todos tirar se sienten, todos tiran.

Y Dionisio tan hondo se propuso
meditar en este orden angelorio,
que nombre y clase como yo les puso.

De aquél después se separó Gregorio;[18]
que luego de sí propio se ha reído,
los ojos al abrir en ese emporio.

Y si verdad tan honda ha declarado
algún hombre en el mundo, no me admiro;
que quien acá lo vio se lo ha pintado[19]
con más verdades del celeste giro".

Canto XXIX

Beatriz esclarece varias dudas concebidas por el Poeta sobre la creación de los ángeles. Reprende luego la ignorancia de algunos teólogos de aquel tiempo, y se extiende hablando contra los predicadores que se apartan del Evangelio, y en particular condena a ciertos frailes impostores de su época, que esparcían fábulas ridículas y vendían mentidas indulgencias, con gran ofensa de la Religión verdadera.

Cuando entrambos los hijos de Latona,
uno de Aries cubierto, otro de Libra,
de un horizonte mismo se hacen zona,

el tiempo que el cenit los equilibra,
hasta que cada cual de esa cintura,
cambiando de hemisferio, se delibra;

ése,[1] bañado el rostro en risa pura,
Beatriz callada estuvo, contemplando
fija en el punto que no ver me apura.

Luego empezó: "Yo digo, y no demando
lo que anhelas oír, porque lo he visto
do se marca todo *ubi* y todo *quando*".

No porque haga en su pro ningún aquisto,
que eso no es dable; sí, porque esplendiendo,
pudiera su esplendor decir "subsisto".

Él, en su eternidad, tiempo no habiendo
fuera de valuación, cual le plugiera,
su eterno amor en nueve fue vertiendo.

Ni como casi inerte de antes era;
porque no tuvo ni *después* ni *antes*
de Dios sobre estas aguas la carrera.[2]

Forma y materia, a un tiempo relevantes,
procedieron de acción que no fallece,
como de arco tricorde tres volantes;

y como rayo en vaso resplandece,
o en ámbar o en cristal, que entre el mostrarse
y estar ya entero intervalo no ofrece,

así en todo su ser llegó a irradiarse
el tripe afecto de su autor nacido,
sin proceder por grados al formarse.

Con las sustancias orden construido
fue, y ellas fueron, como excelsa abside
del mundo, en que *acto puro*[3] sólo ha habido.

Pura potencia en lo inferior reside:[4]
potencia y acto, en medio,[5] en tan estrecho
lazo se unen, que nunca se divide.

Jerónimo escribió que largo trecho
los ángeles de siglos existían
antes que el otro mundo fuera hecho;

mas ya en cien partes la verdad habían
dicho las plumas del Espirtu Santo,[6]
y la verán tus ojos, si confían.

Y aun la simple razón la alcanza un tanto
que no puede entender que los motores
pasar sin perfección pudieran tanto.[7]

Sabe, pues, *dónde*[8] y *cuándo* estos amores
se crearon, y cómo así apagando
tus deseos ya vas de tres ardores.

Ni a tú a los veintes llegarás contando
tan pronto como de ángeles gran parte
cayó, vuestro elemento perturbando.

Otra quedóse; y principió de ese arte
que discerniendo estoy, y con tal gusto,
que de así circular no se departe.

Ocasión del caer fue el odio injusto
del que viste en los ámbitos infestos
con todo el peso de la tierra onusto.

Los que miras aquí fueron modestos,
reconociéndose obra del Clemente,
que a haber tanto los creó dispuestos.

Por eso el ver los exaltó eminente,
con gracia que ilumina y propio acierto,
y voluntad les dio plena y potente.

Y quiero tengas por sin duda y cierto
que recibir la gracia es meritorio,
conforme amor la ofrece el paso abierto.

Hora no poco de este Consistorio
(si bien oído tu atención me hubiere)
puedes ya comprender sin adjutorio.

Mas, como en vuestro mundo se profiere
en aulas que la angélica natura
es tal, que entiende, y se recuerda, y quiere

aun más diré, para que veas pura
la verdad que allá abajo confundieron,
por vestirla de equívoca lectura.

Desde que estas sustancias ledas vieron
de Dios la cara, separar ya el riso
del que todo lo alcanza no pudieron.

Por eso su mirar no es interciso
de nuevo objeto, y nada los empaña
a pensamiento remembrar diviso.[9]

Así que abajo sin dormir se sueña,
decir verdad, creyendo y no creyendo;
aunque en creer la culpa es más pequeña.

Y no el mismo camino vais siguiendo
allá al filosofar: tanto os excita
propia y vana opinión que os va trayendo.[10]

Y aun eso menos nuestro enojo irrita
acá en el cielo, que cuando es pospuesta
la divina Escritura, o mal se cita.

Ni allá piensan que un mar de sangre cuesta
sembrarla por el mundo, y más batalla
quien humilde la sigue y manifiesta.

Alguno por lucir se ingenia, y halla
cien invenciones, y las cunde ardiente
predicador, y el Evangelio calla.

Uno dice que atrás volvió la frente
en la Pasión la luna, y encarose
al sol, y su fulgor faltó al viviente.

Otro que fue la luz la que escondiose
de sí y por eso al español y al indo
de Judea el eclipse propagose.

No tiene tanto Lapo o tanto Bindo[11]
Florencia cuanto fábulas por año
se pregona doquier a grito lindo.

Así que las simplucas del rebaño,
pacidas al tornar vienen de viento;
y no excusa su error no ver el daño.

No dijo Cristo a su primer convento:[12]
"Andad y predicad al mundo chanzas";
que les dio la verdad por fundamento.

Ella inspiró sus altas enseñanzas;
y en la lid por la fe, de la Escritura
sus escudos hicieron y sus lanzas.

Hora el predicador, broma, impostura
y chistes usa; y como bien se ría,
el capuchón[13] se llena, y más no cura.

Mas en sus pliegues pájaro[14] se enlía,
que si el vulgo lo viese, comprendiera
en cuáles indulgencias se confía.

Por eso la estulticia de manera
crece en la tierra, que a cerrado puño
se cree, sin prueba, en promisión cualquiera.

Lo cual de Antonio engorda el vil pezuño;[15]
y de *peor que cerdos* la cohorte,
así paga en moneda de mal cuño.

Mas ya asaz aparteme de mi norte
y es bien se vuelva a la directa raya,
y al par del tiempo, el tránsito se acorte.

Crece aquella natura[16] de tal laya
en número, que nunca hubo locuela
ni humana idea que tan lejos vaya.

Y si bien ves lo que Daniel revela,
verás que en sus millares que enaltece
determinado número se cela.

La primer luz que todo lo esclarece[17]
por ella en tantos modos se recibe,
cuanta la muchedumbre a que aparece.

Conque si sigue al acto que concibe,
amor; bien es que amor con su dulzura
variando en ella, entíbiese o avive.

Hora, pues, la altitud mira y la anchura
de la eterna virtud, que en tal manera,
en tanto y tanto espejo se fractura,
y queda en sí total, cual antes era."

Canto XXX

Oscurécese a los ojos de Dante la angélica fiesta en rededor del Punto. Vuélvese a Beatriz, cuya belleza ve tan acrecida, que sólo Dios puede comprenderlo. Dante está ya en el Empíreo. Ve un río de luz entre dos orillas que adorna primavera. Salen de él chispas que se ponen sobre las flores, se vuelven piedras preciosas, y otra vez salen al cauce. El Poeta las mira, y de ellas sacan sus ojos fuerzas para ver que el río se ha hecho circular, y que allí nace una escalinata de gradas en redondo, en donde se sientan los bienaventurados; en medio de ellos hay un trono preparado para el emperador Enrique.

En sitio a seis mil millas de lejano,[1]
nor arde al hora sexta, y este mundo
casi inclina la sombra al lecho plano,

cuando el centro del cielo tan profundo
se nos empieza a hacer, que alguna estrella
pierde en su fondo su lucir jocundo;

y según la clarísima doncella
del sol[2] avanza, cada vista suya
el cielo cierra hasta la que es más bella;

no de otro modo el triunfo que aleluya,
siempre en torno del Punto que cegome,
y que incluso parece en lo que incluya,

poco a poco las luces extinguiome;
y así a ponerlas en mi guía amada,
tanto el no ver, cuanto el amor, llevome.

Si cuanta loa de ella fue narrada
hasta aquí toda en una se incluyera,
con la que hora es preciso, fuera nada.

No la beldad que vi solo supera
nuestro alcance, mas vivo persuadido
de que sólo su autor la goza entera.

Doyme ya en este paso por vencido,
más que en punto ninguno de su tema
vate cómico o trágico lo ha sido.

Que como el sol achica ojo que trema,[3]
así el recuerdo en mí del rostro santo,
mi mente encoge hasta su acción extrema:

desde el día primero en que Dios quiso
que la viera en el mundo, hasta esta vista,
de ella mi canto fue siempre indiviso;[4]

mas hora es bien que de seguir desista
más allá su belleza, poetizando,
cual tras último esfuerzo hace el artista.

Ella, por quien mayor trompa demando
que la mía, que la alta pesadumbre
del arduo asunto floja va acabando,

en acto y voz, que el mando ha por costumbre
recomenzó "Pasamos ya sin pena
del mayor cielo[5] al que es de pura lumbre.

Lumbre del intelecto, de amor llena,
de amor del bien seguro, de leticia
que a la leticia excede más amena.

Aquí del Paraíso la milicia
una y otra verás; y una, en la forma
que en el día de la última justicia".[6]

Como el lampo veloz que desconforma
la visiva virtud, tal que no llega
el ojo a ver los bultos de más hormo,

así luz viva mi circuito anega
y me deja enredado con tal trama
de su fulgor, que todo me lo ciega.

"Siempre el amor que aqueste cielo inflama
acoge al que entra, con igual saludo;
que la vela ha de ser propia a la llama".[7]

No bien dentro de mí resonar pudo
este breve decir, cuando acrecido
en mí, de mi valor sentí el escudo.

Y fui de vista nueva revestido
tal, que ninguna luz tan viva fuera,
que mis ojos no hubiéranla sufrido.

Y en forma vi de río[8] una lumbrera
de fulgores fluyentes entre dos ribas
pintadas de admirable primavera.

Lanzaba el río aquel chispas activas
por doquiera posándose en las flores,
como en oro rubí de luces vivas.

Cual embriagadas luego en sus olores,
hundiéndose en el cauce, alternamente,
una toma, otra deja sus fulgores.

"El que hora te domina anhelo ardiente
de entender lo que viendo estás prolijo,
tanto me es grato, como en ti creciente:

mas que bebas de esta agua te prefijo,
antes que tus ardores mires sacios",
de mis ojos el sol así me dijo.

Y siguió: "Son el río y los topacios[9]
que entran y salen y el verdor que ríe
de su ser real sombríferos prefacios.

No que eso de lo cierto se desvíe,
sino que es culpa de tu vista agora,
que no vio nunca lo que aquí la engríe".

No rapacín tan súbito se azora,
de cara dando al pecho, si despierta
pasada mucho de mamar la hora,

como yo, por hacer aun más experta
mi vista y clara, me incliné a la onda
que, el alma a mejorar, corre allí abierta.

Y según de mis párpados la fronda[10]
mojaba en ella, así me parecía
que de larga tornábase en redonda.[11]

Luego, cual quien de máscara vestía,
que otro parece cuando son depuestas
la ropa y antifaz que le cubría,

así se me cambiaron en más fiestas
las flores y las chispas; conque vide
las dos cortes del cielo manifiestas.

¡Oh grandeza de Dios, por quien yo vide[12]
el alto triunfo en la región verace!
Dame fuerza a decir cómo le vide.

Luz hay arriba que visible hace
el Creador a aquella crëatura
que sólo en ver en él se satisface;

La cual se extiende en circular figura
tanto, que su caudal circunferencia
servir pudiera al sol de ancha cintura.

Sólo un rayo compone su apariencia,
y da del primer Móvil en la cima
que dél toma la vida y la potencia.

Y cual collado en agua de su sima
se espeja, cual por verse, cuando adorno
de verdor y de flores le reanima,

así en más de mil gradas que hacen torno,
viéndose estaban en la luz hermosa
los que de nos han hecho allí retorno.[13]

Y si la ínfima grada luz rebosa
por tanto espacio, ¡imaginad la anchura
en las últimas hojas de esta rosa![14]

No en la amplitud vi vista, ni en la altura
se extraviaba; que sólo en la medida
de esa alegría el cuánto y cuál procura.

Allí el cerca o el lejos no se cuida,
que donde Dios sin mediador gobierna,
no la ley natural tiene cabida.

A lo amarillo de la rosa eterna[15]
que se extiende, escalona, y de homenajes
exhala olor al sol, que nunca invierna,

como el que quiere hablar y siente ambages,
Beatriz me atrajo, y dijo: "Mira, otea
cuánto es el coro de los blancos trajes.[16]

Ve qué extensión nuestra ciudad rodea:
ve nuestras gradas, que tan llenas tienes,
que poca gente en ellas se desea.

Esa gran sede en que el mirar detienes,
por la corona que ya encima hay puesta,
antes que en estas bodas beato cenes,

al alma, abajo augusta, aguarda presta
del alto Enrique, que a ordenar la traza
vendrá de Italia al caso aun no dispuesta.[17]

La codicia que fiera os ataraza,
os hace iguales al rapaz malino
que, muerto de hambre, a la nutriz rechaza.

Prefecto será entonces[18] del divino
tribunal quien el público y privado
no marchará con él por un camino.

Más poco será luego tolerado
por Dios en él; que ha de caer al fondo
que por sí Simón Mago se ha ganado,[19]
y al de Alaña le hará bajar más hondo".

Canto XXXI

Vuélvese el Poeta a pedir a Beatriz que le resuelva algunas dudas que tiene acerca del Paraíso, y ve que ha desaparecido, y que en su lugar tiene a su lado a San Bernardo, que le señala a su dueña colocada ya en el escaño que a sus méritos corresponde. Dante, lleno de reconocimiento, tiende a ella sus brazos suplicantes, y le ruega que conserve siempre en él aquella gracia. Después, el Santo le enseña el Paraíso parte por parte, y le señala a la más hermosa de las criaturas: a María, Madre de Dios.

En forma, pues, de blanca rosa he visto
allí mostrarse la malicia santa
que hizo su Esposa con su sangre Cristo.

Mas la otra que volando mira y canta[1]
el esplendor de aquel que la enamora
y la bondad que tanto la levanta,

como enjambre de abejas que se enflora
una vez, y otra vez torna zumbante
allá do su trabajo se ensabora,[2]

a la gran flor lanzábase abundante
de tantas hojas, remontando luego
a do siempre su amor pone constante.

Sus rostros todos son de vivo fuego:
las alas de oro, y lo demás más blanco
que el ancho copo de nivoso riego.

Cuando iban a la flor, de banco en banco
la paz y ardor divino les llevaban
que traían de Dios, batiendo el flanco.

Ni porque entre la flor se interpolaban
y el Punto, en tanta multitud volante,
el fulgor y la vista me velaban.

Porque la luz divina es penetrante
para el orbe, según que se hace digno;
que entonces a lo impedir nada es bastante.

Aquel seguro reino alto y benigno,
frecuentado de antigua y nueva gente,
vista y amor ponía en sólo un signo.[3]

¡Trina luz que a sus ojos refulgente
en sólo un astro los estás placiendo,
mira nuestro huracán acá rugiente!

Si de las tierra el bárbaro viniendo[4]
que un día y otro día Hélice alumbra
con el hijo que al lado está luciendo,

de las moles pasmábase que encumbra
Roma, cuando el sagrado Laterano[5]
de las cosas mortales desalumbra;

yo, que al divino ser desde el humano;
yo, del tiempo a lo eterno así venido;
yo, de Florencia a pueblo justo y sano,

¿de qué estupor no hallárame cogido?
Justo, entre el gozo y él, ¿que un rato vea
callar mi lengua, sordecer mi oído?[6]

Como fiel peregrino se recrea
el templo de su voto contemplando,
y espera contar luego cómo sea,

así por la vivace luz paseando,
mi vista, la llevaba por las gradas,
ora arriba, ora abajo, ora rodeando.

Y faces vía, en caridad bañadas,
reflectas de otra luz[7] y de su riso,
con todas las virtudes adornadas.

La forma general del Paraíso
ya abarcaban mis ojos toda extensa,
mas sin fijarse en término preciso;

y con arsura me volvía inmensa
por saber de mi dueña algo confuso
en que mi mente hallábase suspensa,

cuando en lugar de aquélla, otro se puso.
A Beatriz pensé ver, y a un viejo vide[8]
en paños de esa beata grey al uso.

En sus ojos y noble faz preside
alegría benigna, en acto pío,
como de tierno padre el amor pide.

Y yo: "¿Y ella dó está?", grité con brío,
Y él: "Por llenar –me dijo– tu deseo,
me ha sacado Beatriz del puesto mío.

Si arriba miras, el tercer rodeo
desde lo sumo, la verás cuán bella
en la silla a sus méritos trofeo".

La vista alcé, sin responder, por vella:
y la vi que ceñíase corona
de los rayos externos que destella.

No del más bajo mar, de do inspecciona
ojo mortal, cosa ninguna dista
hasta el allá de la más alta zona,

cuanto distaba de Beatriz mi vista:
mas ¿qué a mí? si bajaba su semblanza
sin la cosa más leve entre ambos mista.

"¡Mujer en quien verdea mi esperanza,
tú que por mi salud no ha mucho fuiste
del Infierno a pisar la horrible estanza,

en cuanto he visto grande, alegre y triste,
tu poder reconozco: él me lo ha dado,
y la bondad y gracia que te asiste!

¡Tú desde esclavo a libre me has sacado
por cuanta vía y modo se te acude
de conseguir el término anhelado!

¡Que tu egregio favor siempre me escude,
porque mi ánima al fin, que has puesto sana,
a ti grata del cuerpo se desnude!"

Oré yo así; y aquella que lejana
tanto se hallaba, sonrió y miróme:
luego volvióse a la eternal fontana.

Y el santo anciano dijo: "Porque tomo
rectamente su cabo tu camino
(a lo que ruego y santo amor enviome),

vuela por ese huerto peregrino
con la vista; que el verle es ya resguardo
para subirla hasta el fulgor divino.

Y la reina del Cielo, por quien ardo
de intenso amor, haranos toda gracia;
pues (sábelo) yo soy su fiel Bernardo".

Como aquel que tal vez de la Croacia
viene a ver la Verónica faz nuestra,[9]
por su fama, y de verla no se sacia,

y repite entre sí, mientras se muestra:
"Jesucristo, Señor y mi Dios vivo,
¿es verdad que así fue la cara vuestra?"

Tal yo estaba mirando el fuego activo
de caridad, de Aquel que aun en el mundo
disfrutó de esta paz contemplativo.

"Hijo de gracia: este vivir jocundo
–él empezó– no puede serte noto,
si así tienes la vista en lo profundo.

Por los cercos la lleva a lo remoto,
hasta sentada ver la Soberana
de que este reino es súbdito devoto."

Yo alcé la vista; y como, a la mañana
vence del cielo la oriental frescura
a lo que el sol, ya puesto, tiñe en grana;

así, cual quien de valle pasa a altura
con los ojos, vi sitio allá en la cumbre
vencer el resto en refulgencia pura.

Y como a do se espera por costumbre[10]
el que extravió Faetone, más se inflama,
y se extingue de aquí y allí su lumbre,

tal aquella pacífica oriflama,
avivándose en medio, se reparte
por todo igual, perdiéndose la llama.

Y extensa el ala, en esa central parte
de ángeles jubilosos vide, ¡oh cuántos!,
diverso cada cual en brillo y arte.

Allí vide a sus juegos y a sus cantos
reír una belleza, que leticia
era, y amor del coro de los santos.[11]

Y aunque cual tengo en inventar divicia,
tuviérala en decir, ni entonce osara
pintar de aquéllas la menor delicia.

Cuando Bernardo en mi mirar repara,
atento, fijo en su calor fulgente,
con tal afecto el suyo en ella para,
que de aun más remirar me sentí ardiente.

Canto XXXII

Sigue mostrando San Bernardo al Poeta la disposición de los bienaventurados en las gradas del Paraíso, y le desvanece una duda, nacida de ver la diferencia de gloria de que gozan las almas de los niños cuando no pueden merecer ellos más ni menos los unos que los otros.

Gaudioso el contemplante en gracias tantas,
se arrogó de Doctor la primacía,
y así empezaron sus palabras santas:

"La llaga que cerró y ungió María
esa que de sus pies gracia[1] ha tomado
fue quien la abriera y la excitara un día.

En el orden que forma el tercio estrado,
Raquel se sienta por debajo de ella,
como ver puedes de Beatriz al lado.[2]

Sara, Judith, Rebeca y luego aquélla,[3]
visaba del candor que en la congoja
del fallo, en *Miserere,* se querella.

Por gradas, cada cual, después se aloja,
cual yo a su vez te las iré diciendo,
al bajar por la rosa de hoja en hoja.

Y del séptimo grado descendiendo
y ascendiendo también, van las Hebreas
la cabellera de la flor partiendo.

Porque según de Cristo en sus ideas
labró la fe, son éstas cual lindero
que divide las gradas eliseas.[4]

Allí donde las hojas lo maduro
completan de la flor, están sentados
los que creyeron en Jesús futuro:

aquí, donde por vicio intercalados
se ven los semicírculos, reposa
la grey de los por Cristo ya salvados.

Y cual de allá la sede esplendorosa
de la Madre de Dios y otros escaños
debajo forman división gloriosa,

así enfrente el gran Juan[5] cobra los daños
que sufrió siempre santo en la enriscada,
y el martirio, y el Orco, por dos años.

Y también después dél ves de bajada
a Francisco, Benito y Agustino,
y otros varios detrás, de grada en grada.

Hora observa el alto prever divino,
que hace de la fe la doble cuenta[6]
goce en este jardín de igual destino.

Y sabe que del punto en que presenta
divisas por mitad ambas secciones,
nadie por propio mérito se sienta;

mas por el de otro, en ciertas condiciones;
que éstas todas son almas desligadas
sin gozar de elección en sus acciones.

Te lo muestran asaz las delicadas
faces, cuando las voces infantiles,
si son por ti bien vistas y escuchadas.

Hora entre ti callando no caviles;[7]
que el nudo he de soltarte con presteza,
que en pensamientos lígate sutiles.

De este alto reino en la interior grandeza,
lo fortuito o casual no se cobija
cual ni el hambre, la sed, ni la tristeza:

que ordenado se encuentra por ley fija
cuanto mirando estás, tan justamente
cual corresponde al dedo la sortija.

Y la que vino prematura gente,
no entre sí, *sine causa* se la crea
con virtud más o menos excelente.

El rey por quien el Cielo se recrea
en tanto amor, en gaudio tan selecto,
que voluntad ninguna más desea,

las almas todas con su alegre aspecto
creando, a su placer de gracia dota
variamente; y te baste aquí el efecto.[8]

Y eso claro y expreso se denota
en los mellizos de la Biblia aquellos,
que en el claustro materno la ira azota.[9]

Así la suma luz de los cabellos
por el color[10] con que alta los engracia,
ya más, ya menos, se corona en ellos.

Y sin que sea de su obrar por gracia,
grado ocupan diverso, diferentes
solo de primer vista en la eficacia.

Bastaba en las edades incipientes
sólo para salvarse la inocencia:
la fe de los pasados ascendientes.

Luego adulta de aquellos la existencia,
de los varones al volar, conviene
por la circuncisión ganar potencia.

Mas cuando el tiempo de la gracia viene,
sin el bautismo ya cabal de Cristo,
abajo la inocencia se retiene.

Hora observa la faz que más a Cristo
se asemeja: tan sólo su blancura
puede ya disponer a ver a Cristo.

Y sobre ella alegría vi tan pura
llover, llevaba en ángeles flotantes,
creados a volar por tanta altura,

que todo cuanto visto habría de antes,
con el asombro mío era ligero
de ver rasgos a Dios tan semejantes.

Y el raudo amor que allí bajó el primero,
cantando "Ave María, gracia, plena",
tendió las alas, y miró al lucero.

Repuso a la divina cantilena
de todas partes la feliz cohorte,
y toda faz tornóse más amena.

¡Oh Santo Padre, que por ser mi norte
aquí estás, el lugar dulce perdiendo
que hubiste en suerte en la Celeste Corte!

¿Qué ángel es ése, que en los ojos viendo
con tal deleite está de la divina
Reina, que me parece fuego ardiendo?"

Así acudí de nuevo a la doctrina
de aquel que de María se hermosea,
como del sol la estrella matutina.

Y él: "Cuanta puede dar celeste idea
de belleza ya un ángel, y ya un alma,
él la tiene y queremos que así sea.

Ése bajó a María a dar la palma,
cuando de Dios el Hijo poderoso
quiso el peso cargar de nuestra enjalma.

Mas, según hablo, mira cuidadoso,
porque el gran patriciado ver realices
de este imperio justísimo y piadoso.

Los dos que alto se sientan, más felices
por más cerca a la Reina Soberana,
son como de esta rosa las raíces:

ése que a su siniestra puesto gana,
el Padre fue por cuyo osado gusto
probó tanto amargor la especie humana.

Mira a la diestra aquel Padre vetusto,
de nuestra Madre Iglesia, a quien las llaves
Cristo encargó de este jardín venusto.

Y el que antes de morir, los tiempos graves
vio de la que Jesús hizo su esposa
con la lanza y los clavos, como sabes,

cabe Él se sienta; y junto al otro posa
el Jefe bajo el cual vivió del *Mana*
la gente ingrata, audaz y procelosa.

Siéntase junto a Pedro después Ana;
y el gozo de mirar a su hija auxilia
con cantar sin mover la vista: ¡Hosanna!

Y junto al más gran Padre de familia
Lucía está, la que a Beatriz empeña
al favor que en la selva te concilia.

Mas como el tiempo corre que te ensueña,
descanso aquí como el buen sastre haremos
que en el jubón se ajusta a la estameña.

Y al primo Amor los ojos alzaremos,
porque en su adentro a penetrar te allegues,
cuando el fulgor te deje que en Él vemos:

y por temor que a recular no llegues
al moverte, creyendo adelantarte,
conviene que, rezando, gracias ruegues:

gracia de la que puede aquí ayudarte:
y a la par mía el corazón levanta,
y mi decir con tu sentir comparte."
Y ésta dijo el gran Padre oración santa.

Canto XXXIII

San Bernardo ruega a la Virgen en un magnífico himno para que ayude a Dante a ver a Dios, y para que luego le dé gracia de aprovecharse de tantas maravillas como ha visto. El Poeta, fortificada ya su vista, la dirige a la eterna luz, y descubre en un triple cerco el arcano infalible de la Trinidad. Ve en el cerco segundo grabada la efigie humana de donde le nace el deseo de conocer cómo es la unión de la naturaleza divina con la mortal. Un resplandor imprevisto le aumenta la facultad visiva y descubre entonces el misterio; pero aquí le falta la fantasía, y la visión acaba.

"¡Oh Virgen Madre, hija de tu Hijo,
humilde y alta como no hay criatura,
del acuerdo eternal punto prefijo!

Tú levantaste la humanal Natura
a nobleza tan grande, que su Autor
no desdeñó de apetecer su hechura.

En tu vientre encendiose aquel amor
a cuyas llamas, en la eterna pace,
ha tenido tal germen esta flor.

Aquí a nosotros meridiana face
eres; y del mortal allá resbalas
de esperanza y amor fuente vivace.

Tú eres tan grande en las eternas salas,
que quien busca merced, si a ti no acorre
es como el que anheló volar sin alas.

No sólo tu benigno amor socorre
a quien ruega; que a veces generoso
a adelantarse a la demanda corre.

En ti misericordia, afán piadoso,
en ti munificencia, en ti se aduna
cuanto existe en criatura de bondoso.

Éste que, de la ínfima laguna
del orbe, ha visto hasta esta beatitud
de las almas la esencia una por una,

te ruega le des gracia de virtud,
para la vista alzar fortalecido,
más alto, hacia la última salud;

y yo, que más por ver no me he encendido,
que porque vea él, mi prez ardiente
te mando, y que la atiendas bien te pido:

porque disipes de su humana mente
toda nube, y al ruego tuyo electo,
de Dios le sea el velo descorrido.

También te pido, Reina, a cuyo aspecto
nada resiste, que le guardes sanos,
después de tanto ver, piedad y afecto;

los impulsos tu amparo venza humanos:
mira a Beatriz con cuántos venturosos,
por mi súplica, a ti junta las manos."

Los ojos a Dios caros, respetuosos,
fijos en el que oraba, su ternura
mostraron por los ruegos fervorosos.

Luego se alzaron a la luz más pura,
en la que a penetrar clara no creo
que alcance nunca vista de criatura.

Y yo, que al fin de mis afanes veo
acercándome voy, como debía
en mí apagué la llama del deseo.

Bernardo me apuntaba y sonreía,
para que arriba viese: mas ya era
yo por mí mismo el hombre que él quería,

que mi vista, virtud cobrando entera,
entraba más y más por entre el rayo
de la luz que en sí propia es verdadera.

De aquí adelante lo que vi no ensayo
decir, que a humano hablar tal vista excede,
y a la memoria el ver lleva el desmayo.

Como al que ve soñando le sucede
que, tras el sueño, la afección grabada
queda en su mente, sin que más le quede,

tal me sucede a mí, que terminada
ya casi es mi visión, y aun me destila
dulzura al corazón de ella emanada.

Así ante el sol la nieve se destila;
así en hojas, al aire en la floresta,
sus oráculos lanza la Sibila.

¡Oh Suma Luz, tan alto sobrepuesta
a mortales conceptos, a mi mente
algo de cual te he visto hora me presta!

Y haz que sea mi lengua tan potente,
que una chispa tan sólo de tu gloria
dejar hoy pueda a la futura gente;

que si un poco refleja en mi memoria,
y en mis versos un tanto reverbera,
más se concebirá de tu victoria.

Creo que, por el golpe que me diera
el vivo rayo, sucumbido habría,
si de él mis ojos apartado hubiera;

mas recuerdo que diome valentía
para poder sufrirlo el que adhiriose
más al Sumo Valer la vista mía.

¡Gracia abundante por la cual lanzose
mi vista a contemplar la luz eterna,
tan intensa, que en ella consumiose!

En su profundo ser vi que se interna,
en libro por amor encuadernado,
cuanto por la creación se descuaderna.

Sustancia, y accidente, y derivado
de tal manera unidos, que al desnudo
muestran cual simple luz lo que he pintado.

La universal figura de este nudo
pienso que vi, porque al recuerdo, largo,
es mi placer, cual serlo nunca pudo;

y eso que cada instante más letargo,[1]
me trae, que siglos veinticinco al día
que admiró con su sombra a Tetis Argo.

Suspensa toda así la mente mía,
mirando estaba inmóvil, fija, atenta;
y en mirar, cada vez más se encendía.

De tal modo a esa luz el alma alienta,
que su aspecto en cambiar por otro aspecto
nunca se piense que jamás consienta;

pues el bien, centro del humano afecto,
todo en ella se encierra; y fuera de ella,
es defectuoso lo que allí perfecto.

Hora, como el recuerdo no destella
ya casi en mí, mi lengua, cual de infante
será que aún baña el labio en la mamella.

No porque viera yo más que un semblante
sólo en la viva lumbre que miraba,
que estaba como está siempre brillante,

sino porque mi vista se agrandaba
al contemplar no más que una apariencia,
y ésa, al cambiarte yo, se me acendraba.

En la profunda y esplendente esencia
de la alta luz tres cercos vi que había
de tres tintas, de igual circunferencia.

Éste de aquél reflejo parecía,
cual de Iris Iris; y el tercero un foco,[2]
que de uno y otro igual se producía.

Mi decir y expresar, visión que toco,
corta a la par de lo que tú reclamas
es tanto, que no hasta el decir *poco*.

¡Oh eterna luz que sola en ti te inflamas,
sola te entiendes, y de ti entendida,
al entenderte, te sonríes y amas!

Aquella irradiación que despedida
parecía por ti, sol reflectante,
por mí un tanto en redor reconocida,

dentro de sí, de su color constante
pintada me mostró nuestra figura,
conque en ella mi vista era incesante.

Cual geómetra atento, que procura
el círculo medir, y nunca acaba
de encontrar el principio que le apura,[3]

a aquella vista nueva, tal me hallaba:
ver yo quería[4] cómo se convino
la efigie al cerco, y cómo en él se graba:

mas no hallaron mis alas el camino,
sino que percudida fue mi mente
de un fulgor que a llenar su gusto vino.

Aquí[5] mi alta invención fue ya impotente,
y cual rueda que gira en vueltas bellas,
el mío y su querer[6] movió igualmente
el Amor que al sol mueve las estrellas.

NOTAS

CANTO I

[1] Siguiendo las teorías de Tolomeo, el Poeta pone en el centro del Universo a la Tierra inmóvil, y en torno de ella, en órbitas circulares y concéntricas, hace girar con su mayor círculo respectivo, y por consiguiente mayor velocidad en cada uno, según está más lejos del centro, los cielos de la Luna, de Mercurio, del Sol, de Marte, de Júpiter, de Saturno, de la octava esfera, que es la de los astros fijos, de la novena o primer Móvil, y, finalmente, del Empíreo, que tampoco se mueve. Dante se eleva de uno a otro de estos cielos como impulsado por la fuerza misma que los hace rodar, y por la luz, siempre creciente, de los ojos de Beatriz, que le acompaña; y en cada uno de ellos se le aparecen aquellas almas que fueron en vida impresas de la virtud propia del planeta en que al fin gozan de bienaventuranzas. Hay que tener presente que esta virtud es mayor o menor en esas esferas, según están más cerca de la luz de Dios; y por eso dice el Poeta que estuvo en el cielo do más resplandece aquella luz; con lo que da a entender que estuvo en el Empíreo. Tampoco debe olvidarse, para mejor inteligencia de lo que iremos viendo, que, en conjunto, el Paraíso celestial es en la vida de nuestro Poeta el contentamiento del intelecto en la contemplación de Dios, ayudado, como a modo de escala, por las ciencias, y sirviéndole de guía la Teología, y estando el alma circundada de las virtudes activas y contemplativas, y purgada de la corrupción de la materia, y regenerada por el baño santo del Eunoe.

[2] El buen Apolo significa aquí, en sentido alegórico, la inspiración divina.

[3] Apolo habitaba una de las cimas del Parnaso, y las Musas residían ordinariamente en la otra, pues la montaña es bicórnea, o de dos puntas, y el Poeta da a entender en este pasaje que necesita del favor de ambas. De Apolo, en quien personificaba la inspiración divina, y de las Musas, que representan las ciencias humanas.

[4] Aquí recuerda el castigo de Marsias, sátiro, a quien Apolo le arrancó la piel del cuerpo porque se atrevió a contender con él en los ejercicios de la lira y del canto: así como al principio del Purgatorio trae a la memoria el castigo de las Urracas. Parece que ambos recuerdos son como una amenaza a los émulos presuntuosos y malignos.

[5] El laurel, consagrado a Apolo.

[6] Llama rama penea a la del laurel, porque en este árbol se convirtió Dafnis (hija de Penco) huyendo del Dios Apolo, enamorado de ella.

[7] Cirra, ciudad situada en la falda del Parnaso, protegida por Apolo.

[8] Alude al sol.

9 Da a entender que cuando sale el sol por aquel punto del horizonte en que concurren cuatro cercos, esto es, el del mismo horizonte, el del Zodíaco, el del Ecuador y el del Coluro equinoccial, que entresentándose forman tres cruces, o lo que es lo mismo, en la primavera, sale con más dulces auspicios y mejor imprime su influencia en las almas de los mortales.

10 Se refiere a la puerta por donde dice que sale el sol *con más buen curso*, y dice que era *noche acá*, esto es, en el hemisferio en que el Poeta escribe, y *mañana allá*, esto es, en el Purgatorio.

11 Establecido el Purgatorio como antípoda del monte Sión y viniendo a caer al otro lado del trópico de Capricornio, el que está en él vuelto a Levante ha de tener necesariamente a la izquierda al sol naciente.

12 Lejos de toda idea terrenal, abismado en contemplar a Beatriz.

13 Quiere decir que, penetrando el Poeta con su mente en el interior pensamiento de Beatriz, se hizo casi divino, como Glauco el pastor, que habiendo comido cierta hierba milagrosa, se arrojó el mar y se convirtió en dios marino.

14 Dice que basta el ejemplo de Glauco para que se entienda lo que es trashumante aquel a quien Dios reserva esa ventura.

15 La parte del hombre *última creada* es el alma racional, que es infusa por Dios en la materia predispuesta. San Pablo dice: *Sive in corpore nescio, sive extra corpus nescio, Deus scit.*

16 Quiere decir desde el cielo en que se forja.

17 Se sorprende Dante de que el cuerpo pesado se eleve sobre las esferas del aire y del fuego, que son cuerpos leves.

18 El cielo quieto es el Empíreo, que hace mover al más veloz, que es el primer Móvil.

19 Sigue la metáfora del arco, y por eso dice *que envía el tiro al celestial señuelo*; esto es, que manda la criatura al punto indicado por Dios.

CANTO II

1 Las Osas, mayor y menor, que se ven en el cielo al Norte, son reguladoras de navegación en los mares de la parte de acá del Ecuador, y el Poeta de a entender aquí que las nueve Musas le muestran el polo adonde debe dirigirse.

2 La contemplación de Dios, que es el pan divino de los ángeles.

3 Alude el asombro de los Argonautas compañeros de Jasón cuando le vieron que domaba los toros que arrojaban llamas por las narices, y que les obligaba a que arasen la tierra.

4 Es la Luna, primer planeta inmediato a la Tierra; le llama más adelante la eterna margarita.

5 Creía el vulgo en tiempo de Dante que las manchas que se ven en la Luna representaban a Caín cargado de un fajo de espinos.

6 Este cielo octavo es el de las estrellas fijas. Dante se entrega a explicaciones conforme a la física que conocía; y aunque algunas son juiciosas, otras no pueden menos de participar de los errores de su tiempo.

7 Esto es, iría sobreponiendo capas alternamente en su tomo o volumen, como en los libros se ponen hojas sobre hojas.

8 Quiere dar a entender el espejo.

9 Se llama instancia en lenguaje escolástico a la réplica ofrecida contra la respuesta dada a la objeción.

10 El cielo Empíreo.
11 El primer Móvil.
12 El octavo cielo.

CANTO III

1 Alude al error de Narciso que, mirándose en el agua de la fuente, creía que su imagen era una persona. Aquí, por el contrario, el Poeta creía que las personas que veía eran imágenes.

2 La caridad de Dios, que no rechaza a nadie y que quiere que se iguale a ella la de todos los demás bienaventurados de su corte.

3 Picarda, dama florentina, hermana de Forese y de micer Corso, de la ilustre familia de los Donatis. Esta joven había profesado en un convento de monjas: pero Corso la sacó por fuerza del monasterio para obligarla a volver a la vida del siglo. En el canto XXIII del Purgatorio se habla de Forense.

4 Dante, siguiendo el sistema de Tolomeo, supone que la Luna, planeta el más inmediato a la Tierra, es el que más adelante opera su revolución alrededor de ella.

5 Dante, como gran teólogo, supone en Picarda alguna parte de culpa por no haber resistido con todo lo absoluto de la voluntad a la violencia de su hermano.

6 Santa Clara de Asís fundó, bajo la dirección de su compatriota San Francisco, un monasterio de monjas, bajo una regla que se difundió extensamente. Nació en 1193 y murió en 1225, y poco después de su muerte fue venerada en los altares por decreto de Alejandro IV.

7 Los Donatis, que, dirigidos por Corso, la sacaron del convento para casarla por fuerza.

8 Porque vivió llena de amargura y combatida entre los deberes de su último estado y sus votos del primero.

9 Constanza fue hija de Rugiero, rey de la Pulla y de Sicilia. Se ha dicho que, muerto sin hijos Guillermo II, su sobrino, sucedió Tancredo en el reino; pero que habiéndose rebelado contra la Iglesia, el arzobispo de Palermo sacó del convento a aquella princesa (en el 1186) y la casó con el hijo de Barbarroja, Enrique V, llamado también VI como rey de Germania que era de la Casa de Suabia o Soabe. Una crítica más sagaz y un estudio más prolijo de la Historia han hecho patente que la supuesta profesión monástica de Constanza, así como lo de su avanzada edad cuando se casó con Enrique, es una invención de los güelfos, que quisieron con eso hacer creer que Federico II, hijo de Constanza, era el Anticristo, que debía de nacer, según las consejos supersticiosos del tiempo, de una monja vieja. Ricardo de San Germán dice: *Erat ipsi Regi, amita quœdam in Palatio Panormitano, quaam idem rex Guillielmus Henrico Alamannorum regi in conjugen tratadit.* Y Falcando hablaba de Constanza como de una princesa criada en todos los refinamientos de la Corte. Dante siguió, pues, aquí una opinión equivocada. Constanza nació verdaderamente en 1154, y casó con Enrique en 1186: por consiguiente, no tenía en esta época más que treinta y dos años, y no vivió nunca en ningún monasterio.

10 Llama vientos de Suabia a los tres emperadores de ese familia: Barbarroja; Enrique V, su hijo, y Federico II, su nieto, último de esa casa que tuvo en Italia poder, o, como dice el Poeta, fue su *postrer pujanza.* Sin duda los denomina *vientos* porque revolvieron aquel suelo como violentísimos huracanes.

11 Da a entender con este *disipose* que la aparición de estas almas era instantánea en ese globo, pues su morada era en el cielo Empíreo, como veremos en el canto siguiente.

[1] Hace estas comparaciones para demostrar que la voluntad humana, entre dos cosas que igualmente desea, se quedaría eternamente indecisa si no ocurriera alguna causa preponderante para decidirla.

[2] Le cólera era en Nabucodonosor el motor de todas sus crueldades. Habiendo tenido un sueño de que ya no se acordaba, hizo que le presentaran todos los adivinos caldeos para que le explicasen su sentido. No habiendo podido hacerlo aquellos desgraciados, los mandó matar; pero Daniel descifró el sueño del rey asirio y consiguió que revocara la bárbara sentencia.

[3] Quiere decir: "¿Por qué se me acorta el premio que toca a mi virtud, cuando sólo por la fuerza exterior se me ha sometido, y puesto que el *justo querer dura* en mí; esto es, puesto que conservo la voluntad de observar los votos monásticos?"

[4] O bien San Juan Bautista, o San Juan Evangelista.

[5] Da a entender que las almas no viven, como soñó Platón, en diversas estrellas y por más o menos años de estancia en cada una, sino que todas ocupan el primer cielo.

[6] Alude a Picarda y a Constanza, que supone que se mostraron en aquella esfera como señal de que entre las celestiales es la menos alta, así como ellas son también entre las almas las de menor bienaventuranza; y dice que se usa de este medio sensible y material para que un ser humano, como es Dante, pueda comprender cosas espirituales y divinas.

[7] El arcángel San Gabriel, que devolvió la vista al viejo Tobías.

[8] Quiere decir que lo que expresa Platón en uno de sus diálogos, titulado *Timeo,* es el sentido recto de su pensamiento, y no una figura del mismo, como lo es el cielo lunar que Dante está describiendo.

[9] Ese principio que concede a los planetas cierta acción sobre las almas de los hombres, por mal entendido apartó de la verdad a casi todo el mundo antiguo y le llevó a nombrar esos astros con los nombres de Júpiter, Marte, etc., juzgándolos animados y gobernados por tales dioses, o haciendo de ellos otras tantas divinidades. Hablando del mundo dice *casi todo*, porque el pueblo hebreo no participó de la creencia pagana.

[10] La otra duda es la de que si la buena voluntad reina siempre, la violencia que se nos hace por otros no debe menguar nuestro mérito ni, por tanto, el valor de la recompensa.

[11] Porque Picarda y Constanza debieron haberse vuelto al monasterio.

[12] Muscio Escévola, habiendo errado el golpe contra Porsena, puso su mano en el brasero ardiendo, como para castigarla.

[13] San Lorenzo, tendido sobre las parrillas ardientes, siguió hasta su muerte confesando a Jesucristo.

[14] Anfiarao mandó a su hijo Alcmeón que matara a su madre Erfile porque había descubierto el lugar en que se escondía para no ir a la guerra de Troya, donde debía morir, y Alcmeón le obedeció, dando, en efecto, la muerte a su madre; con lo que, por evitar la culpa de desobediencia, cometió el crimen de parricidio.

[15] Quiere decir que Picarda habla de la voluntad absoluta hacia el voto, y Beatriz de la voluntad condicional, que desea más esquivar la pena correspondiente que observar el voto.

CANTO V

1 La perfecta visión, o *beatífica*, es cuando se ve a Dios, y ésa, desde que le ha visto, esto es, *en cuanto aprende,* ya no sabe más que estarle viendo.

2 Si el voto es de cosa que Dios consienta en recibirla, porque no basta que la criatura quiera ofrecerla, si Él no quiere recibirla.

3 Este tesoro es el de la libre voluntad que es el don más precioso que Dios nos dio, como ha dicho arriba el Poeta.

4 Quiere decir que nadie conmute sus votos sin obtener la dispensa de la Iglesia, que es la que tiene la llave de oro y la llave de plata. De estas dos llaves se ha hablado ya en el canto IX del Purgatorio.

5 No es conmutación válida aquella en que lo ofrecido no se sustituye con ventaja como, por ejemplo, dando seis por cuatro.

6 Da a entender que no se debe insistir en ejecutar un voto indebido o ligero, como el que hizo Jefté, que prometió sacrificar a la primera persona de su Corte que se le presentara si volvía vencedor de los amonitas; y habiendo vuelto, en efecto, triunfante, y sido aquella persona su propia hija, en vez de arrepentirse, como debía, cumplió su malhadado voto, y la sacrificó.

7 En la *Ilíada* se dice que el griego *expugnó a Ilión*, esto es, el rey Agamenón sacrificó a su hija Ifigenia, cuyo suceso está allí tan bien pintado, que hace llorar al sabio y al ignorante.

8 El cielo del Empíreo.

9 El cielo de Mercurio.

10 Aluden a Beatriz.

11 La esfera de Mercurio, siendo la más inmediata al Sol, se veía más que otra alguna con sus rayos.

CANTO VI

1 Constantino había trasladado la sede del Imperio desde Roma a Bizancio; esto es, desde Occidente a Oriente, y así, había llevado *contra el curso del Sol* el águila, insignia suya, que antes siguió a Eneas, que se apoderó de Lavinia, quitándosela a Turno y dando origen el Imperio romano.

2 Cerca de los montes de la Troade, que fue el *nido* de donde sacó Eneas el águila para conducirla a Italia, de donde fue a Bizancio; y allí permaneció desde que la llevó Constantino hasta el advenimiento de Justiniano al trono imperial.

3 Ésa era la creencia de Eustiquio, heresiarca del siglo V, cuya doctrina perece que profesó algún tiempo Justiniano.

4 El Papa San Agapito, que fue a Constantinopla a tratar de materias religiosas con Justiniano.

5 La ya mencionada reforma de la legislación.

6 Belisario, general de los ejércitos de Justiniano su tío fue uno de los mayores capitanes de su tiempo, y ganó esa fama en sus empresas contra los godos en Italia, y por sus victorias contra turcos y persas.

7 Porque ya no hacía falta Justiniano, siendo sustituido por tan gran capitán en el mando de los ejércitos.

8 El signo consagrado es el águila del Imperio.

9 Dice *cuando se la apropia*, por el partido gibelino, que, llamándose defensor del Imperio, trabajaba sólo para su provecho y era tan usurpador de él como su declarado enemigo el güelfo, que es por quien dice él se le opone.

10 Trae aquí a la memoria la virtud de los héroes romanos, para manifestar la justicia con que aquel gran pueblo obtuvo la primacía sobre todos los demás, y empieza por Palante, que, enviado por su padre Evandro, murió en defensa de Eneas peleando contra Turno.

11 Sigue aludiendo al signo consagrado; esto es, al águila del imperio.

12 Alude al combate de los tres romanos Horacios contra los tres Curiacios albanos.

13 Los siete reyes que reinaron desde el robo de las Sabinas hasta que fueron arrojados los Tarquinos a causa de la muerte de Lucrecia.

14 Pirro, rey de los epirotas, fue vencido por los romanos. También lo fue Bereno, caudillo de los sedones, cuando ya estaba para apoderarse del Capitolio.

15 Tito Manlio Torcuato castigó con la muerte a su propio hijo porque, contra sus órdenes, atacó al enemigo. Quinto, llamado Cincinato por su híspida cabellera, era hombre virtuosísimo, que labraba el campo por sus propias manos. Fue creado dictador, y así que sirvió a su patria, triunfando de los enemigos, renunció la dictadura y volvió al cultivo de sus heredades.

16 Fabio Máximo, con su prudencia militar, salvó a la república, que estaba en peligro por las victorias de Aníbal; y Decio, con dos hermanos suyos, se sacrificó a los dioses infernales para obtener la victoria para su patria.

17 La montaña Fiesolana, que domina a Florencia. Los fiesolanos fueron duramente castigados por Pompeyo, pues por enemigos de la república les destrozó parte de la ciudad, de cuyo accidente provino después la edificación de Florencia.

18 Hacia el tiempo de la venida de Jesucristo.

19 Porque Pompeyo, vencido el primero en Farsalia, fue luego asesinado en Egipto.

20 Porque le quitó el reino y se lo dio a Cleopatra.

21 En las manos de Octaviano Augusto, sucesor de Julio César.

22 Victorias de Octaviano sobre esos pueblos.

23 Cleopatra, que por no caer en manos de Octaviano y ser arrastrada ante el carro del vencedor, se dio la muerte haciéndose morder por víboras el pecho.

24 Tiberio es el tercer César de quien se sirvió la justicia divina para el sacrificio santo, que fue la redención del género humano. Como es sabido, ese grande acto se consumó bajo el mando de Poncio Pilato, delegado de Tiberio.

25 Tito arruinó a Jerusalén, con lo que se hizo la *venganza de la venganza del primer pecado*.

26 Carlomagno socorrió a la Iglesia contra los longobardos, bajo la sombra del águila imperial.

27 Quiere decir que el partido güelfo opuso al águila imperial las lises de Carlos II, rey de la Pulla, de la Casa de Francia, y que el gibelino se apodera de ella para su propio provecho.

28 Llama a Carlos II *este otro Carlo*, en contraposición de Carlomagno, de quien ha hablado.

29 El planeta Mercurio.

30 Atribuye Dante a un Romeo, ministro de Raimundo, conde de Provenza, la dirección de los negocios de ese príncipe, que consiguió casar a sus cuatro hijas con otros tantos reyes.

CANTO VII

1 Justiniano, cuyo nombre brilla con el doble esplendor de gran legislador y capitán famoso.

2 El principio y el fin del nombre *Beatrice.*

3 Nuestro padre Adán.

4 Por el pecado se apartó de su Hacedor.

5 Los dos caminos son el de la Justicia y el de la misericordia.

6 Entiéndase por todo el curso de los siglos desde el punto que el sol tuvo su primera luz hasta que llegue la última noche: esto es, el fin del mundo.

7 *Informados,* por la forma que toman.

8 La virtud generadora de la forma.

9 Del principio establecido de que las obras inmediatas de Dios no son corruptibles, puede deducirse la resurrección de la humana carne, que debe recobrar la incorruptibilidad que por justos fines de Dios puede considerarse como suspendida.

CANTO VIII

1 Antes de la venida de Jesucristo.

2 Dione, hija del Océano, fue madre de Venus, según la mitología pagana. Dione quiere decir espuma del mar.

3 Da a entender que Cupido, sólo con acercarse a una persona, le inspiraba pasiones irresistiblemente fatales, como la que encendió en Dido (según nos dice la *Eneida*), en cuya falda le puso Venus para enamorarla de Eneas.

4 La estrella de Venus forma el cortejo del Sol, ora cuando va detrás de él con el nombre de Héspero, ora cuando va delante con el de Lucífero.

5 Los visibles son los que forman vapores o nubecillas.

6 El impulso que reciben de una esfera más alta, como es la del primer Móvil, donde el Poeta hallará a los serafines.

7 Los cielos son nueve, según Tolomeo; y nueve son también, según Dante, los coros celestiales que a ellos presiden. Presiden al primer Móvil los serafines; al cielo de las estrellas fijas, los querubines; a Saturno, los Tronos; a Júpiter, las Dominaciones; a Marte, las Virtudes; al Sol, las Potestades; a Venus, los Principados: a Mercurio, los Arcángeles, y a la Luna, los Ángeles.

8 Ese verso es el primero de la primera canción del *Convitto* de Dante.

9 El que habla es Carlos Martel, rey de Hungría, hijo de Carlos II, rey de Nápoles; y supone Dante que si hubiera vivido más (porque murió a la edad de veintitrés años) se hubiera evitado la guerra que ocasionó y sostuvo su hijo Carlos Roberto por oponerse al engrandecimiento de Enrique VII.

10 Carlos Martel y Dante habían vivido en Florencia en la íntima amistad.

11 La Provenza, de cuya comarca era soberano el padre de Carlos Martel.

12 El reino de Nápoles, que también era de Carlos II.

13 La Hungría, cuya corona heredó de su madre.

14 Trinacria es la Sicilia, llamada así por la figura triangular que le dan sus tres promontorios Paquino, Peloro y Lilibeo; y dice que se *enceniza,* porque el Etna arroja sus cenizas al golfo de Catania, agitado ordinariamente por el viento Euro.

15 Suponían los antiguos que el humo y las llamas que salían del Etna eran la respiración del gigante Tifeo, que estaba sepultado allí debajo del monte.

16 Con esta expresión, *natos por mí,* quiere dar a entender la descendencia nacida de su matrimonio con Clemencia, hija del emperador Rodolfo de Habsburgo.

17 Alude a las Vísperas sicilianas.

18 Supone Dante que Roberto era miserable por índole nativa, así como Carlos II, su padre, era muy generoso.

19 Dios.

20 Por Solón, por Jerjes, por Melquisedec y por Dédalo, que pasa volando el mar donde cayó su hijo Ícaro, da a entender el Poeta todo hombre que es apto para distinguirse en los oficios de legislador, de monarca, de sacerdote y de mecánico.

CANTO IX

1 Aquí Dante dirige su voz a Clemencia, hija de Carlos Martel y mujer de Luis X, rey de Francia, que vivía cuando el Poeta escribía estos versos.

2 Por el Sol se da aquí a entender a Dios.

3 Esta centella de Ecelino III, de la familia de los Onaras, condes de Basano.

4 *Ella*, hace aquí referencia a la centella, que es Ecelino; y la que habla es su hermana Cunicia, que está en aquella estrella de Venus, y no ha subido más alto por haberse dado a pensamientos amorosos.

5 En efecto: debía parecer extraño a los contemporáneos de Dante ver en el cielo a Cunicia después de sus aventuras amorosas con Sordelo y otros muchos.

6 Fulco de Marsella, que más adelante habla con el Poeta.

7 La memoria o segunda vida que la posteridad guarda a los grandes hombres.

8 Dos ríos del antiguo Estado veneciano.

9 Esta predicción de Cunicia ocurrió el 17 de septiembre de 1314, día en que Can Grande de la Escala, marqués de Verona y señor de Vicencia, ganó una señalada victoria contra Jacobo de Carrera, señor de Padua.

10 Alude a Ricardo de Camino, señor de Treviso, que fue asesinado inesperada y alevosamente.

11 Refugiados en Fieltro muchos ferrarenses (entre los cuales ciertos caballeros de la Fontana), para librarse del Papa, con quien estaban en guerra, fueron hechos prisioneros por el gobernador del rey Roberto, que por gestiones del obispo contra ellos, los hizo matar. Malta o Marta llamaban a una torre a la orilla del lago de Bolsena, donde se encerraba a los clérigos reos de delitos capitales.

12 Los que en la verdadera fe se llaman Tronos son los espíritus angélicos de la jerarquía o grado primero.

13 Fulco de Marsella.

14 Como acá en la Tierra el hombre por causa de alegría se pone risueño, así en el Cielo los espíritus aumentan su fulgor; pero en el Infierno las almas de los condenados se vuelven más negras a medida que aumentan su dolor y tristeza.

15 El profeta Isaías describe a los serafines sirviéndose de seis alas como de velo y manto.

16 El Mediterráneo, que creían los antiguos que era el mayor de los mares, fuera del Océano, que es el que dice Dante que enguirnalda toda la Tierra.

17 Esto se entiende según la errónea opinión que se tenía del Mediterráneo en tiempo del Poeta, porque este mar tiene 10 grados solamente de extensión y no 90, como Dante supone al decir que se extiende tanto que el cerco que es en un principio su horizonte se convierte luego en su meridiano.

18 Circunscribe a Marsella, ciudad casi al medio entre el Ebro, que desemboca en el Mediterráneo junto a Tortosa, de España, y el Magra, pobre río que por breve espacio y casi rectilíneo divide el Genovesado de la Toscana.

19 Bujía, ciudad del territorio argelino, está casi en el meridiano de Marsella, por lo que viene a tener necesariamente casi el mismo Oriente y el mismo Occidente.

20 Alude a la mortandad hecha por Bruto en los marsilianos, cuando por orden de César sitió y expugnó aquella ciudad.

[21] Fulco de Marsella, hijo de un rico mercader de Génova, siguió la gaya ciencia: llegó a ser un trovador distinguido, y después de haber amado apasionadamente a Adalgia, mujer de Baral de Marsella, en cuya corte residía, se hizo sacerdote y fue obispo. Para encarecer su amor, le compara aquí con el que Dido, hija de Belo, tuvo por Eneas, con ofensa de la memoria de Creusa, mujer de éste, y de la de Siqueo, marido de aquélla; y con la pasión de Filis, la de Ródope, que abandonada por Demofonte, se mató y fue convertida en almendro, y con la de Hércules por Yole.

[22] Por la influencia que ejerce sobre la Tierra el planeta Venus, que es donde mora y está hablando Fulco.

[23] Raab, aquella meretriz de Jericó que habiendo salvado en su casa a algunos exploradores de Josué, fue por eso respetada en el saqueo y destrucción de la ciudad. Después adoró al verdadero Dios y se arrepintió de sus culpas.

[24] Según Tolomeo, la sombra cónica de la Tierra, iluminada en parte por el Sol, termina por la punta en el planeta Venus.

[25] Alude a Florencia, edificada bajo los auspicios de Marte, y por eso la llama Dante aborto del demonio. Téngase presente que, según nuestra creencia, los ángeles malditos se hacen adorar en los ídolos.

[26] El florín, en que hay grabada una flor de lis, que se empezó a acuñar en Florencia el año 1252.

[27] Dice Dante que los sacerdotes sobaban más las hojas (esto es, estudiaban más) de los Decretales que de los Evangelios y escritos de los Santos Padres: porque sólo por el profundo conocimiento de aquéllos adquirían las grandes dignidades y riquezas que únicamente estimaban.

[28] Acaso alude a la traslación a Aviñón de la Santa Romana Sede.

CANTO X

[1] El Ecuador.

[2] Ésta es le doctrina de Aristóteles, que supone que si el giro de los planetas no fuera oblicuo, no se acercarían ya a la una parte, ya a la otra de la Tierra, influyendo en los períodos establecidos, sino que ejercerían sobre un solo punto esa influencia, y sería, por tanto, superflua mucha virtud del Cielo.

[3] Quiere decir que con la constelación de Aries, la cual ha querido indicar en el verso noveno de este canto, iba el Sol, ministro mayor de la Naturaleza, por aquellos grados o líneas espirales que, según el sistema de Tolomeo, recorre este astro pasando del Ecuador al trópico de Cáncer, y por cuyas dichas espirales nace cada vez más pronto para la Italia.

[4] La reunión de bienaventurados que se halla en la esfera del Sol es la cuarta según Tolomeo.

[5] Quiere decir cómo inspiran a la tercera persona de la Trinidad las dos primeras y cómo la primera engendra a la segunda.

[6] Da a entender el Poeta que esas lumbreras hicieron de sí una corona o círculo, cuyo centro ocupaban él y Beatriz.

[7] Quiere decir que el que una vez sube el Cielo no baja nunca sino para volver a subir.

[8] Alberto Magno, famoso maestro de Santo Tomás, nació en Lawingen; pero vivió largo tiempo en Colonia, y allí murió el año 1282. Renunció, por amor al claustro y a la Universidad, al obispado de Ratisbona, al cual le elevó Urbano IV.

[9] Graciano, nacido en Quiuso, en la Toscana, fue benedictino, y sirvió como dice

Dante, al foro civil y al eclesiástico, conciliando sus leyes, unas con otras, en su famosa colección, que formó con los cánones eclesiásticos bajo el nombre de *Decreto.*

10 Pedro Lombardo, el *Maestro de las Sentencias,* célebre por sus libros de teología. En el proemio de sus obras dice, por modestia, que hace a la Iglesia aquel don tan simple como el de la pobrecilla viuda del Evangelio. Se le llamó el lombardo porque era de Novara. Fue obispo de París, y murió en 1164.

11 Salomón.

12 Éste es San Dionisio Areopagita, que escribió un libro titulado *De cælesti hierarchia.*

13 Paulo Orosio, de cuya obra *De las calamidades y delitos del mundo* tomó San Agustín muchos hechos para su gran trabajo *De Civitate Dei.*

14 Severino Boecio, que fue muy estimado por su doctrina y escribió el famoso libro *De Consolatione philosophiæ,* y que obtuvo varias veces el honor del Consulado. Fue condenado a muerte por Teodorico, que le creyó en tratos secretos con los griegos para libertar a Roma de los godos; y fue sacrificado el 29 de octubre de 524, y enterrado su cuerpo en Pavía, en la iglesia de San Pedro, llamada *Cielo de oro.*

15 San Isidoro, arzobispo de Sevilla. Beda, sacerdote inglés, honrado con el título de el *Venerable,* escribió una historia eclesiástica de Inglaterra, y murió el año 735–. Ricardo de San Víctor, escocés, vivió en el duodécimo siglo y escribió muchas obras teológicas.

16 Sigiero de Courtray, profesor en París, que enseñaba en la calle Du Fouarre, o de la Paja (que Dante llama *de los fajos*), tuvo muchos enemigos por las verdades que sustentaba en cátedra. El nombre de esa calle vino de las mismas escuelas que había en las dos aceras de ella; porque los discípulos concurrentes habían de llevar fajos de paja si querían tener dónde sentarse. En aquel tiempo así era el uso, tomado de las iglesias, donde no había tampoco ni sillas ni bancos, sino que cubrían con paja fresca el pavimento, y en las solemnidades con hierbas odoríferas: como romero, verbena, espliego, etcétera.

CANTO XI

1 Vuelve a hablar Santo Tomás.

2 Alude al verso 98 del canto anterior, donde dice lo que pueden engordar los corderos de Domingo si renuncian a las vanidades del mundo: y al 114 del mismo canto, donde expresa (por Salomón) que en sabiduría *no surgió segundo.*

3 Estos dos caudillos son San Francisco y el mismo Santo Domingo. Este santo hace el elogio del de Asís; y el suyo lo hace después el franciscano San Buenaventura en el canto siguiente.

4 El Tupino es un breve río de Asís, y el agua que desciende del territorio de Agobio, donde fue ermitaño San Ubaldo, es el Quiaso. Se llama la *puerta del sol* la que conduce de Perugia a Asís. La ciudad de Nócera y el castillo de Gualdo están situados al otro lado de la montaña, y expuestos a terribles vientos.

5 Alude el planeta en que están, que es el Sol, que en el estío se levanta, con relación a la Italia, de la parte de la India oriental, que es donde corre el Ganges.

6 La pobreza, por la cual incurrió jovencillo en la cólera de su padre, que cierto día le pegó y encerró porque había tirado dinero por la ventana.

7 Quiere decir que ante la curia de su obispo, y a la presencia de su padre, hizo voto de pobreza.

8 Jesucristo Nuestro Señor.

9 Amílcar, pescador, con quien vivía segura la pobreza. Según nos dice Lucano en el libro V de la *Farsalia,* recibió a Julio César en su cabaña y le transportó del Epiro a Italia.

10 Usa aquí *descalzarse* el pie, por entrar en la Orden de San Francisco. El primero que entró fue Bernardo de Quintavalle; el segundo, Egidio, y el tercero, Silvestre.

11 El esposo es San Francisco, y la esposa, la pobreza.

12 Esta mujer es también la pobreza, y esa familia son los primeros hermanos que ciñeron la cuerda, distintivo de la Orden.

13 Pedro Bernardón, mercader de lanas de muy bajo nacimiento, fue el padre de San Francisco.

14 Por la cabeza rapada y el modo tosco de vestir y el desprecio de todo cuidado de la persona.

15 La primera aprobación que tuvo la regla de San Francisco fue del Papa Inocencio III, en 1214.

16 Aquí se alude a la segunda y más solemne aprobación de la Orden franciscana por Horacio III en 1226.

17 Exponiéndose al martirio por atreverse a predicar en tierra de infieles.

18 Se volvió a regar con la palabra de Dios la hierba o semilla de la religión en Italia para fomentarla.

19 En la montaña de Alvernia, en Toscana, fue donde recibió Francisco el sello o señales de las llagas de confirmación de su institución.

20 Va hablando siempre de la pobreza, y da a entender que desde ella subió al Cielo o *región natia,* y que a ella le dejó su cuerpo, pues, como se sabe, murió en una miserable tarima, y fue pobremente enterrado.

21 Santo Domingo, de cuya regla era el que está hablando, que es Santo Tomás.

22 Quiere decir que todo fraile dominicano (esto es, todo el que gasta correa) habrá entendido, con su explicación, aquella frase ya citada, del verso 96 del canto anterior, que se repite y con el cual acaba este canto.

CANTO XII

1 La sirvienta de Juno es Iris: quiere, pues, decir el Poeta *cuando se ve por reflexión el arco iris doble.*

2 Es una alusión a estas palabras del *Génesis: Ar cum meum ponam in nubibus, et non erunt ultra aquœ diluvii.* La voz de la que fue extinguida, dice Dante, por la ninfa Eco, que, según la mitología pagana, se consumió de amor por Narciso, convirtiéndose en la repetición del sonido que lleva su nombre.

3 Habla San Buenaventura como franciscano, y en agradecimiento del elogio del de Asís, hecho por Santo Tomás, de la Orden de Santo Domingo, hace a su vez el de este otro santo fundador, a quien llama *el otro jefe.*

4 Quiere decir que seguían muy pocos la religión franciscana.

5 Al occidente de Italia.

6 El Poeta dice *a veces,* porque solamente hacia el tiempo del solsticio de verano va el sol a ponerse rectamente en aquel espacio del Océano Atlántico que está al frente de la región occidental de España.

7 Con esto quiere el Poeta significar a Castilla, cuyas armas eran entonces dos leones y dos castillos colocados de modo que el un león encima del un castillo figure como que le sobremonta, y el otro león que está debajo del otro castillo parece como que es sobremontado por él. Con lo que da a entender que España era la patria

del santo. Y en efecto: es sabido que Santo Domingo de Guzmán nació en Caleruega, pequeña villa de Castilla la Vieja, en el obispado de Osma; y fueron sus padres don Félix de Guzmán y doña Juana de Aza, ambos de la más ilustre prosapia. Nació nuestro compatriota en 1170.

8 La madre de Santo Domingo reveló que había tenido un sueño en que se le descubría que daría a luz un perro blanco y negro, llevando una antorcha encendida en la boca.

9 Quiere decir al tiempo de su bautismo.

10 La madrina vio después de su sueño que al niño le brillaba una estrella en la frente y otra en la nuca, con lo que dijeron que se presagiaba que la Orden de Santo Domingo debía iluminar con el tiempo el Occidente y el Oriente.

11 *Dominicus* quiere decir cosa del Señor.

12 Ya hemos dicho que el padre de Santo Domingo se llamaba Félix, que en latín quiere decir feliz, y la madre, Juana, que en hebreo quiere decir aportatriz de gracia.

13 Supone que se hizo gran doctor por el saludable estudio del Evangelio, y no por el del Ostiense, cardenal comendador de los Decretales, ni por el de Tadeo, famoso jurisconsulto y médico florentino.

4 La palabra *emblanca,* respecto de la vid, la usa como dando a entender que por enfermedad pierde su color verde y se torna de pelusa blanquecina.

15 En pro de la religión, semilla de que proceden los veinticuatro santos de que se componen las dos guirnaldas que el Poeta describe.

16 Sigue la metáfora *del torrente que baja de alta parte.*

17 Por la una rueda entiende el Poeta a Santo Domingo, y por el carro la reunión de los otros maestros y doctores de la religión verdadera. La otra rueda supone que es San Francisco.

18 Llama a toda la Orden de San Francisco *tomo*, cuyas hojas son los frailes que las componen. Con el *yo soy el que solía*, supone que se podría encontrar algún fraile que observara la pureza de las costumbres y regla primitiva, pero sigue diciendo que tal religioso no sería de Casal ni de Aguasparta, porque del primero de los pueblos procedió fray Ubertino de Casal, que en el capítulo de su Orden reunido en Génova en 1310 se hizo cabeza de los rigoristas, que se denominaron *Spirituali* y dieron lugar a una especie de cisma; y del segundo nació Mateo de Aguasparta, duodécimo general de la regla en 1287, creado cardenal el año siguiente por Nicolás IV, cuyo fraile, por sobrada condescendencia, causó que se relajara la disciplina de la Orden.

19 San Buenaventura, natural de Bañorregio, hoy Bañarea, en el territorio de Orvieto, fue teólogo y filósofo insigne, por espacio de dieciocho años, general de menores, y por fin cardenal de la Santa Iglesia Romana.

20 Pedro, hispano, filósofo célebre por doce libros de lógica que dejó escritos.

21 San Juan Crisóstomo, llamado *boca de oro,* arzobispo de Constantinopla.

22 Anselmo, arzobispo de Conturbia o Cantorbery.

23 Donato, que escribió y enseñó gramática.

24 Rabán Mauro, comentador de la Sagrada Escritura y escritor célebre del noveno siglo.

25 Joaquín el Calabrés, o Calabrero, de la Orden cisterciense, varón de mucho saber y que tuvo fama de profeta. Vivió en el siglo XII.

CANTO XIII

1 Quiere decir que se figure, además de las quince estrellas que ya se ha dicho, las siete que forman la Osa Mayor.

[2] Las dos estrellas de la Osa Menor, las más inmediatas al Polo, se desvían formando las dos puntas de una media luna a igual distancia del centro, que es el eje giratorio del primer Móvil.

[3] Quiere decir, imagínese que estas veinticuatro estrellas forman dos constelaciones de doce estrellas cada una, puestas en círculo como *La Corona,* en que, según la mitología pagana, al morir Ariadna fue convertida por Baco la diadema de flores que la adornaba.

[4] Cuánto dista el movimiento del Quiana, río muy lento y sosegado de Toscana, del planeta de curso más veloz.

[5] Solía cantarse por los antiguos en las fiestas de Baco un himno en que se gritaba: *lo Bacchel,* así como en las de Apolo se decía: *lo Pœano!*

[6] Santo Tomás, que hizo antes el elogio de San Francisco.

[7] Da a entender que, ya ha sido explicada la primera frase, *do engorda bien quien vanidades deje,* ahora explicará la segunda, de *no surgió segundo* a penetrar tanto en las ciencias y las artes.

[8] Adán, de cuya costilla fue formada Eva, cuyo paladar fue *tan costoso* al mundo por el antojo de la manzana.

[9] Nuestro Señor Jesucristo.

[10] Quiere decir en nueve cielos, o, lo que es lo mismo, en las nueve inteligencias motoras de ellos.

[11] Cuando a Salomón le dijo Dios que pidiera lo que más le conviniese, tuvo presente que era rey, y pidió la sabiduría como cosa la más propia de ese cargo.

[12] Da a entender que no pidió saber la dialéctica, o la astronomía, o la geometría.

[13] Por primer padre da a entender a Adán, y por el *amado* nuestro a Jesucristo.

[14] Parménides, Melso y Briso fueron filósofos griegos. Sabelio y Atrio, heresiarcas: el primero condenado, en el tercer siglo por el Concilio de Alejandría, y el segundo, en el cuarto por el Concilio primero ecuménico de Nicea.

[15] Da a entender por estos dos hombres todo hombre y mujer que vive de adivinaciones y sortilegios.

CANTO XIV

[1] Para Dante, las palabras de Santo Tomás venían de la circunferencia al centro, porque él estaba en medio de las dos coronas de espíritus, como ya se ha dicho, y las de Beatriz iban del centro a la circunferencia, porque la tenían a su lado, y su discurso se dirige a los santos.

[2] Porque recobrando el cuerpo y los sentidos humanos, no podrían ver estas almas bienaventuradas, a causa de su fulgor deslumbrante.

[3] La Santísima Trinidad.

[4] *La luz de mayor día* quiere decir la más brillante. Ésa era la de Salomón, que ardía en el más pequeño círculo, o, lo que es lo mismo, en el más cercano al Poeta.

[5] Entiéndase así: la claridad de esta fulgidez que nos rodea es a medida de la visión por la que somos bienaventurados, cuya visión es tanto más viva, cuanto mayor la gracia que se junte al propio valer.

[6] Al caer la primera sombra de la noche todavía hay alguna luz que hace incierto a la vista el aparecer de las estrellas.

[7] Sube el Poeta del sol al quinto cielo, que es el de Marte.

[8] Nombre que se da a Dios. Es palabra hebrea, y significa excelso.

[9] *Galaria* en griego quiere decir cosa de leche, y es nombre que se da a la Vía Láctea.

10 Alude a los tinglados, toldos, cortinas y otras invenciones para procurarse sombra en el verano; y por esa sombra supone que atraviesa un rayo de luz, y nos pinta los átomos que en él se ven flotar.

11 Se llama giga a cierta música alegre y acelerada a cuyo compás se baila una danza que lleva el mismo nombre. Aquí se usa esa palabra por el instrumento con que se toca.

12 Palabras del himno en loor de la Resurrección de Jesucristo.

CANTO XV

1 En esta metáfora da a entender Dante, por la lira, aquellos dos rayos de luz que cruzan a Marte, y considera a las almas que los recorren por *cuerdas* de ella *que la mano de Dios afloja y tira*.

2 Luego veremos que es alma de Cachagüida, ése que el Poeta llama astro de aquel conjunto de espíritus que denomina constelación.

3 *¡Oh sangre mía, oh rebosante gracia de Dios! ¿A quién se abrirán como a ti por dos veces las puertas de los cielos*? Tal es la traducción literal de esas palabras latinas.

4 Quiere decir que cuando se desahogó el ardor del afecto en el bienaventurado, se hizo su hablar menos profundo, y vino a ponerse al alcance de su inteligencia humana.

5 Imita aquellos versos del libro IV de la *Eneida: Venisti tandem...*, etcétera.

6 Este espíritu hace referencia a su hijo, llamado Cachagüida como él, el cual, por haberse casado con mujer de la familia de los Alighieri de Ferrara, dio lugar a que se llamara Alighiero el sucesor que tuvieron. De éste nació Belinchón; de Belinchón, Alighiero II, y de Alighiero II, Dante, nuestro Poeta.

7 El primer cerco del monte del Purgatorio es aquel en que son castigados los soberbios. Dante no ha querido encontrarse con su bisabuelo en aquel sitio, porque no teniendo nada bueno que decir de él, prefiere dar aquí noticia suya muy ligera y como de pasada.

8 Junto al antiguo redil o circuito mural de Florencia estaba, y aún está, la iglesia abacial de los benedictinos, que tocaban con gran puntualidad la canónica observancia de las horas de tercia, sexta y nona, que venía a ser el reloj de la ciudad.

9 La contigia era una especie de calzado con recamos.

10 Por *casa sin familia* da a entender casa con infinitas habitaciones de puro lujo y que no están ocupadas por individuos de la familia.

11 El Poeta toma aquí a Sardanápalo, rey de los asirios, por el tipo de la molicie concupiscente.

12 Montemalo se llamaba en tiempo de Dante el monte que hoy se llama Montemario, y desde donde se domina a Roma, yendo de Viterbo; y Ucelatorio el que domina a Florencia, yendo a Bolonia. Con esto quiere decir Cachagüida que como Florencia ha ganado a Roma en magnificencia, también la ha de ganar en ruina o en miseria.

13 Belinchón Berti, de la noble familia florentina de los Raviñanes, y padre de la famosa Gualdrada.

14 Familias de las más ilustres de Florencia.

15 Los coletos que entonces se usaban eran de piel y llegaron a recamarse ricamente de adornos y bordados primorosos.

16 Da a entender que las mujeres florentinas tenían la seguridad de no morir des-

terradas de su patria, y las matronas de no acostarse en su lecho solas por haber ido el marido a comerciar a Francia, como después se hizo costumbre.

17 El lenguaje especial de los niños que empiezan a formar palabras que los padres les repiten, y que es para su cariño lo más caro del mundo.

18 Canguela, de la noble familia de los Tosas, estuvo casada con un Alidosi de Imola, y cuando se quedó viuda, se dio sin vergüenza al vicio y a la concupiscencia. Lapo Saltarello, jurisconsulto florentino, hombre vicioso y malo.

19 Sin duda fue dado a luz trabajosamente, invocando su madre a la Virgen María en los dolores del parto.

20 Alude a la Tierra Santa, que dice Dante que por culpa del Papa está en poder de la grey de Mahoma. La Cruzada que aquí se indica es la segunda, predicada por San Bernardo en 1147, en tiempo de Eugenio III y de Luis VII de Francia, que fue a ella en persona, la cual tuvo un triste éxito. En ella parece que pereció este Cachagüida, arrostrando el martirio por la fe de Jesucristo.

CANTO XVI

1 Quiere decir Dante que por respeto no habla *de tú* a su antepasado, sino *de vos*, tratamiento introducido en Roma en tiempo de los emperadores. Para prueba de esto citan los comentadores el repetido terceto de Dittamando:

E pensa ancor como perduto visse
colla sua Cleopatra oltre duo anni
culoi á cui'l Roman prima VOY *disse.*

2 Parece que una doncella de la reina Ginebra, al ir a entrar en la cámara de su ama, donde se hallaba Lancelot, amante de la princesa, tosió con la intención de que supieran que iba y se precavieran.

3 Quiénes eran de entre los muchos que había entonces los más dignos de todos en Florencia, que es la ciudad que, como ya se ha dicho, tiene por su patrón a San Juan.

4 No con el moderno florentino vulgar, sino con la lengua casi latina de sus tiempos.

5 *Desde el día de la encarnación de Jesucristo hasta el en que mi madre me dio a luz* (dice Cachagüida), *este globo* (que es Marte) *viene a reencenderse al pie de la constelación del León quinientas cincuenta y tres veces.* Por consiguiente, da a entender que nació en 1106, valuándose en dos años la duración de cada giro del planeta, según era la creencia de los antiguos, y también de Dante.

6 Florencia estaba antiguamente repartida en seis divisiones, que se llamaban *Sextos*, los cuales se empezaban a contar en orden opuesto al curso del río. También hay que recordar que contra ese curso corrían, y aún hoy corren, los caballos el palio de San Juan. Quiere, pues, decir Cachagüida que él y sus antepasados nacieron en aquella parte de la ciudad en que el caballo que corre veloz en el juego popular encuentra antes al último Sexto; o, lo que es lo mismo que estaba su casa solar en donde principia el Sexto de Puerta San Pedro, yendo del Mercado viejo.

7 Entre el baptisterio y el puente viejo, quiere decir de Norte a Mediodía, o, lo que es lo mismo, en toda la ciudad.

8 Habitantes de esos tres lugares del condado de Florencia, de los cuales habían ido a establecerse a la ciudad muchas familias que se habían enriquecido.

9 Quiere decir, en suma, que cuánto mejor sería tener fuera a los villanos de todos aquellos pueblos, que haberlos mezclado con lo noble y antiguo de la ciudad. Con *el de Aguillón,* alude a un micer Baldo de Aguillón, que es un castillo en Val de Pesa; y con el de *Signa,* revela a un tal Bonifacio, de este pueblo. Los dos eran hombres de inicuos tratos y explotadores de las cosas públicas.

10 La corte romana, que supone Dante que debió de haber sido buena madre y no madrastra para los emperadores.

11 Castillo destruido por los florentinos en 1209.

12 Montemurio era un castillo que los condes Guidos vendieron al Común de Florencia, por no poder ellos guardarlo.

13 Los Cerquios, familia de Ancona, cuya traslación a Florencia trajo los disturbios entre ellos y los corsos, de que vino a la ciudad tanto daño.

14 Valtegreva, de donde fueron a residir a Florencia los Buondelmontes, funestos también para Florencia.

15 Ciudades de Italia destruidas.

16 Ilustres florentinos.

17 A las inmediaciones de Puerta San Pedro vivían los Cerquios, y los Donatos, por cuyas traiciones fue sacrificada Florencia.

18 Llevar de oro el pomo y la empuñadura de la espada era señal de nobleza.

19 Llamábase así el Vayo, uno de los esmaltes del blasón, *La columna del Vayo* era una faja o bando en campo rojo y distintivo de la familia Billi.

20 Especie de medida para los granos que falseó uno de los individuos de la familia de los Claramontes. De esto se habla en el canto XII del Purgatorio.

21 Parece que en esta expresión *los desechos por su orgullo* se da a entender la familia de los Ubertis, y por las *bolas de oro* los Lamberdis.

22 Alude a los Vidominis, Fosinguis y Cortigianis, que todos procedían del mismo tronco. Eran patronos del obispado de Florencia, y en cada sede vacante entraban de administradores de sus rentas, y tenían sus reuniones en el Consistorio, que así se llamaba primitivamente a todo sitio en que se juntaban los que trataban cosas públicas.

23 Por *la vana grey,* etc., se da a entender la familia de los Adimaris y Cavichulis. Ubertín Donato, casado con una hija de Belinchón Berti, tuvo a menos que su suegro casase a la otra con uno de esa familia, por considerarla de vil origen. Téngase presente que uno de los Adimais poseía los bienes de Dante, y había sido siempre gran opositor a su regreso a la patria.

24 Como una cosa que mostraba la sencillez de las costumbres y lo poco envidiosos que eran entonces los ciudadanos, cita el haberse dado el nombre de una familia particular a la puerta *Perusa.*

25 *El gran Barón* es Hugo, marqués de Toscana, vicario del emperador Othon III que murió en Florencia el año 1066, al cual se le hacían grandes funerales todos los años el día de Santo Tomás, en la iglesia de La Abadía, donde está sepultado; y aun hoy, en ese aniversario, se exponen el escudo y la armadura del busto de ese personaje. Los que tenían el fuero de llevar sus armas eran los Puicis, los Nerlis, los Gangalandis, los Jandonatis y los Bellas, que se unieron al partido del pueblo. Los de esa familia habían añadido a su escudo de armas una orla de oro.

26 Por *El Borgo* se entendía el del *Santo Apóstol.*

27 Buondelmonte fue asesinado por los Amideis, junto a la iglesia de San Esteban, en la inmediación del Puente Viejo; y el motivo fue porque había hecho a aquella familia el desaire de casarse con una Donati, cuando estaba comprometido con una Amidei.

28 Para ir a Florencia desde el castillo de Montebuoni, solar de los Buondelmontes, hay que pasar un riacho llamado Ema.

29 Llama a Buondelmonte víctima de la última paz de la ciudad, porque desde su muerte empezaron los grandes disturbios en ella, pues sabido es que de resultas de su asesinato ocurrió la división de los ciudadanos de Florencia en güelfos y gibelinos.

30 El lirio en los antiguos estandartes de Florencia era blanco en campo rojo; pero después de la civil discordia, los güelfos pusieron lirio rojo en campo blanco.

CANTO XVII

1 El que aún hace a los padres no doblarse a los caprichos de los hijos, supone aquí Dante que es el suceso de Faetonte. Según la mitología pagana, habiéndole echado en cara Epalo a este joven que no era hijo de Apolo, fue a preguntar la verdad a su madre Climene; y asegurándoselo ella, exigió a su padre que como pública muestra de su divino origen le permitiese conducir un solo día su carroza solar. Lo obtuvo así a fuerza de ruegos, y eso causó su desastrosa muerte, porque Júpiter tuvo que lanzarle un rayo que lo precipitase del carro para que no abrasara la Tierra, por lo mal que lo gobernaba.

2 El alma de Cachagüida.

3 Esto alude al triste anuncio que de su desgracia le hicieron en el Infierno Farinata y Bruneto Latino, y en el Purgatorio, Malaspina y Oderico de Agobio.

4 Como no es indispensable a la vista que mira navegar un bajel que éste siga hendiendo las olas, así Dios no tiene necesidad de que se realice todo lo que se fija en su mirada eterna.

5 El sentido es éste: "Desde el *mirar eterno* viene a mi vista la desgracia que te aguarda, como viene a sonar a la oreja la dulce voz del órgano".

6 Hipólito partió de Atenas calumniado por su madrastra Fedra, a cuyos impúdicos deseos no quiso prestarse.

7 Éste es uno de los Escalígeros de Verona, cuya familia llevaba por divisa una escala sobremontada de un águila. La mayor parte de los comentadores de Dante suponen que se trata de Bartolomé, hijo mayor de Alberto de la Escala.

8 Este joven príncipe de nueve años, es Can de la Escala. La estrella de que se habla es la de Marte. Por eso se dice que de ella tomó el fuego *tan subido* que le hizo ilustre en las armas.

9 Supone Dante que el Papa Clemente V, natural de Gascuña, engañó al emperador Enrique II.

10 Dante no llegó a ver este castigo: el desgraciado se hace aquí predecir una felicidad que no estaba de Dios que disfrutara en la Tierra.

11 Quiere decir que si ha perdido su querida patria no quiere el Cielo.

12 Alude a los pósteros, que serán los que llamen *tiempo antiguo* al que para el Poeta era presente; y no quiere pasar ante ellos indecoro por no decir abiertamente la verdad.

CANTO XVIII

1 El *segundo aspecto* es expresión que usa el Poeta, porque el primero era el que gozaba Beatriz, en cuya faz daba directamente la luz de Dios, a la que llama *el placer eterno*, y en su rostro sólo daba reflejo de éste.

[2] Josué, sucesor de Moisés y jefe del pueblo judío. Los demás personajes son por el orden en que se citan, los siguientes: Judas Macabeo, que, ayudado por sus cuatro hijos, ganó grandes victorias contra los capitanes de Antíoco, rey de Macedonia Carlomagno, emperador de Occidente, Roldán o Rolando, sobrino del anterior e hijo del conde de Narbona. Guillermo, conde Orange, en Provenza. Rinuardo, sobrino de Tiborga, mujer de Tebaldo el Esclavón. El duque Godofredo de Bouillón, que conquistó a Jerusalén y fue luego su rey. Roberto Güiscardo, duque de Normandía, que se apoderó de Sicilia y arrojó a la Pulla a los sarracenos, que tuvo por hijo a Rogerio, padre de Constanza, princesa de la que se habla en el canto III del Paraíso.

[3] Quiere decir que el alma de Cachagüida se volvió a juntar a sus compañeros, mostrando que era *digno artista entre los divinos cantores*; esto es, que se puso a cantar divinamente.

[4] Alude al rostro de Beatriz, *milagro* de hermosura, por el que (con aumentarse su brillo) hace que el Poeta observe que su giro circular ha adquirido mayor circunferencia, según el movimiento impreso por el primer Móvil: lo que quiere decir que se ha elevado a más alto cielo; en suma: que ha pasado de Marte a Júpiter.

[5] Esta musa o *diva pegasea* es Calíope, invocada ya por el Poeta en el canto primero del Purgatorio.

[6] *Amad la justicia ¡oh vosotros los que gobernáis en la Tierra!* Son palabras del primer libro de la *Sabiduría,* que se atribuye a Salomón.

[7] El instinto.

[8] Fue opinión de los antiguos que el planeta Júpiter influía en la Tierra el sentimiento de la justicia.

[9] Parece que el Poeta se dirige al Papa Clemente V, a quien acusa de que escribe decretos conminatorios sólo para anularlos después por florines; que eso quiere decir con los esfuerzos que hacía por atraerse al que vivía *solitario* (en el desierto), y a quien dieron la muerte *por los saltos* (esto es, por el baile) de Herodías delante de Herodes. Este solitario es, como todos saben, San Juan Bautista, cuya imagen es el sello que llevaba la moneda de entonces, llamada *florín*. Tan amarga ironía es hija del implacable gibelinismo del Poeta. Es cierto que en aquella época toda le Corte pontificia procuraba socorros pecuniarios de toda la Cristiandad; pero hay que tener presente que la Corte estaba en Aviñón; que el Estado romano no pagaba ningún impuesto al Papa, y que el condado no ofrecía recursos suficientes para atender ni aun a los más indispensables gastos de la Santa Sede.

CANTO XIX

[1] El sonido era *yo* y *mío*, porque era sólo la voz del águila la que hablaba; pero el concepto era el *nos* y el *nuestro*, porque lo mismo quería decir cada una de las almas que componía a aquélla.

[2] Dice *yo*, porque con una sola voz habla cada una de aquellas almas.

[3] Por mil espíritus encendidos de amor divino.

[4] Quiere decir que aunque Dios en el Cielo tiene por espejo otro orden de espíritus beatos, también se manifiesta a aquellos con que habla el Poeta en el planeta Júpiter.

[5] El águila, signo de romano Imperio.

[6] Adverbio latino que quiere decir *cerca.*

[7] Aquí está usado etíope por africano.

[8] Alberto de Austria, hijo de Rodulfo de Habsburgo, invadió y devastó la Bohemia en 1330.

9 Felipe el *Hermoso*, o quien mató en la caza un jabalí, hizo acuñar moneda falsa y pagó con ella al ejército asoldado contra los flamencos, después de la derrota de Courtray. A este Felipe llama *rey de la gente* del Sena o *Senesca*. Murió en 1314.

10 Parece que alude a Eduardo I, rey de Inglaterra, y a Roberto de Escocia, que estaba en guerra uno con otro.

11 Alfonso X de Castilla, llamado el *Sabio*, que, electo emperador, no acudía a encargarse del Imperio, entretenido en el ocioso deleite de sus estudios de astrología. Wenceslao, rey de Bohemia, de quien se habla en el canto VII del Purgatorio.

12 Se decía de Carlos II, el *Cojo*, rey de Pulla y Jerusalén, que tenía *una virtud*, que era la generosidad; y contra ése, *mil vicios*. Por eso el águila que habla expresa que sus obras buenas las contará una *I* latina, que represente uno, y sus vicios una *M*, que figura mil.

13 En Sicilia, donde Anquises murió, o, lo que es lo mismo, donde acabó sus penas, era donde reinaba entonces Federico, hijo de Pedro de Aragón.

14 El tío de Federico era Jacobo, rey de Mallorca y Menorca, y su hermano era Jacobo, rey de Aragón.

15 Dionisio el *Agrícola*, rey de Portugal.

16 La Noruega tenía entonces su rey particular, no hallándose aún reunida, como lo estuvo después, a Dinamarca.

17 Racia, parte de la Dalmacia regida por un duque.

18 El águila, que sigue hablando, termina este canto en forma de profecía, *que tengan todos por arra*, esto es, por prenda de verdad, *lo que pasa* en Nicosia y Famagusta, ciudades principales de la isla de Chipre, a las cuales ya oprimía Enrique II con su tiranía; que es la garra con que sujetaban a los demás pueblos los malos reyes de que se hace mención arriba.

CANTO XX

1 David.

2 Trajano, que consoló a la viuda, como se dice en el canto X del Purgatorio, y que desde el Infierno, donde estuvo, como pagano que era subió al Paraíso, teniendo, por consiguiente, experiencia de aquellos dolores y de esta bienaventuranza.

3 Ezequías, rey de Judá, que sabiendo, por predicción de Isaías, que se acercaba su muerte, rogó a Dios le concediera otros quince años de vida para llorar sus pecados, y en efecto, obtuvo esta gracia.

4 El emperador Constantino, que con el águila (dice conmigo, porque es ella la que habla) y con las leyes *se hizo griego*; esto es, trasladó el Imperio a Bizancio, lo que verificó por dejarle al Papa la ciudad de Roma; de lo que supone Dante que surgieron los males que sufría Italia. ¡Qué injusta preocupación! Constantino no abrazó su Imperio por dejárselo al Papa, puesto que no abrazó el Cristianismo hasta el año 312; y aun entonces, siendo catecúmeno aceptó el cargo de Sumo Sacerdote de Júpiter que le confirió el Senado.

5 Guillermo II fue rey de Sicilia. Se le llamaba el *Bondadoso*. Carlos y Federico son Carlos II el *Cojo* y *Federico de Aragón*, de quienes ya se ha hablado.

6 El troyano Rifeo, de quien habla Virgilio en la *Eneida* como de hombre virtuosísimo. Los comentadores extrañan que este personaje esté colocado aquí por Dante, y es natural, cuando el mismo Poeta dice: *¿Quién creyera en la vida más allá distinta...?* etcétera.

7 Para el uno (que es Rifeo), el Cristo prometido, para el otro (que es Trajano), el

Cristo Redentor, porque ya había venido a redimirnos con su Sangre preciosa. Con esta ficción el Poeta ha querido sentar este principio, muy verdadero en sí mismo: que los juicios de Dios son un abismo, y que es impío y temerario el que presume ver el fondo de ellos y decidir por la apariencia sobre la condenación de éste o de aquél sujeto; como si la misericordia divina no pudiera abrir el camino de la redención por otros medios que los que alcanza nuestra débil vista.

8 Alude a la viva esperanza del Papa San Gregorio, que con sus preces a Dios logró ganar aquella alma de Trajano, volviéndola primero al cuerpo, como nos dice en el canto X del Purgatorio. Varios comentadores han creído hallar en este pasaje un descuido de Dante y una contradicción por la inscripción célebre de la puerta del Infierno, y los demás han dejado pasar sin defensa aquella censura. Yo ruego e mis lectores que antes de admitirla tengan presente: que dentro del Infierno se halla el Limbo, o primer círculo en que estuvieron los Santos Padres, sacados de allí por Jesucristo, cuya entrada triunfal nos describe el Poeta por boca de Virgilio, quien asegura que le vio él, que hacía poco que estaba en aquel recinto; que allí se nos presentan muchas almas que no pecaron y que no sufrían otra pena que suspirar a causa de la tristeza sin dolor que sentían; que a esas almas, entre las que se hallaban las de muchos héroes de la antigüedad, las llama el Poeta *suspensas* en el terceto decimooctavo, del canto II; y que de todo esto debe natural y sencillamente deducirse que los que se hallaban en el primer recinto, el *Limbo*, no deben considerarse comprendidos entre los condenados, que es con quienes habla ya la referida inscripción de la puerta del Infierno.

9 El Poeta supone que la Fe, Esperanza y Caridad, que se le presentaron junto a la rueda derecha del carro triunfal descrito en el canto XXIX del Purgatorio, sumergieron a Rifeo en el baño de la divina gracia más de mil años antes de establecerse el bautismo; y, en efecto, desde la destrucción de Troya hasta la venida de Jesucristo, que instituyó aquel Santo Sacramento, mediaron mil ciento ochenta y cuatro años.

10 Esta cuestión teológica que el Papa promueve aquí, colocando a Rifeo y al emperador Trajano en el arco que forma la ceja del águila, compuesta de almas bienaventuradas, está pendiente todavía. Sobre este punto y sobre todos los demás de este género que en esta obra se tocan, el que esto escribe se atiene solamente a su obligación de exacto traductor. Roma ha recibido siempre, y aun ensalzado, la ortodoxia de Dante en general, siempre ha contribuido a extender la gloria del gran Poeta, a que le arrastraba el espíritu de partido, o más bien la hiel que le amargaba por su largo, injusto y dolorosísimo destierro. Roma ha dejado pasar ésta y todas las demás opiniones teológicas de nuestro Poeta, y no ha hablado todavía. Cuando lo haga nos someteremos como es debido a las decisiones de la Iglesia, y aprovechamos esta ocasión para manifestar que si hemos cometido yerro en nuestra interpretación de algún pasaje de tan larga y difícil obra, y así se nos manifiesta por alguna autoridad eclesiástica, nos obligamos a corregirlo, y pedimos de antemano perdón de una culpa que será involuntaria.

CANTO XXI

1 Dante sube en este momento de lo contemplación de Beatriz al cielo de Saturno, que, según Macrobio, influye en los ánimos la potencia contemplativa.

2 Semele, amada de Júpiter, instigada por la celosa Juno, pidió a aquel dios que se lo mostrase una vez en toda su majestad. Así lo obtuvo, y fue abrasada por los rayos que despedía el padre de los dioses.

[3] La Academia de la Crusca ha calculado que en el tiempo que aquí se describe, que es en el mes de marzo de 1300, el planeta Saturno estaba en el grado octavo y 16 metros del León.

[4] Porque el objeto se retrata por el rayo luminoso reflejado de él en la retina del ojo.

[5] Dentro del cristalino cielo del sexto globo. Saturno, según los antiguos, dio al mundo la edad de oro.

[6] Porque ningún mortal podría resistir su afecto. Recuérdese la comparación de Semele.

[7] Dios da el encargo de que ejecute sus órdenes a cualquiera de aquellos espíritus, que elige a su albedrío.

[8] En el Mediterráneo y el Adriático se levanta la cordillera de los Apeninos; allí, en una de sus alturas llamada Catria, entre Rubio y Pérgola, en el ducado de Urbino, está el convento de Santa Cruz de Fuenteavellana, de la Orden de camadulenses, donde vivió San Pero Damiano. Este santo nació en Rávena. Fue obispo de Ostia y creado cardenal de la romana Iglesia por el Papa Esteban IX. Murió en Fayenza en 1073.

[9] En la orilla del Adriático, junto a Rávena, había otro convento de la misma Orden, llamado Santa María del Puerto, donde vivió también el santo, y en el cual, por humildad, usaba el nombre de Pedro *el Pescador.*

[10] *Cephas* (Cefas) quiere decir *piedra*, y ése es el nombre que dio Nuestro Señor Jesucristo a San Pedro. El vaso de elección es San Pablo.

CANTO XXII

[1] Quiere decir que la justicia de Dios no llega demasiado pronto ni demasiado tarde, sino en su punto conveniente; y sólo parece muy lenta al que la espera contra otro con un deseo muy grande, y muy pronta al que en sí mismo la sufre.

[2] El que habla es San Benito, que fue el primero que fundó un convento en Casino, que era un castillo en *Tierra de Lavoro*, en la pendiente; hacia la costa, junto al cual había un templo dedicado a Apolo. Aquel santo nació en Norcia el año 480; vivió en tiempo de Justiniano, y murió en 543. Fue el principal institutor de la vida monástica en Occidente.

[3] Los Macarios fueron dos; éste debe de ser el de Alejandría, llamado el Joven, que vivió entre el IV y el V siglos. San Romualdo, natural de Rávena, fue el fundador de la Orden de los camadulenses, el cual vivió en el siglo X.

[4] Esa esfera es la única que permanece inmóvil, por lo que tiene necesidad de polos para girar.

[5] *Así vuelva yo al Paraíso* dice el Poeta, porque supone que escribe en el mundo, de vuelta de su viaje por el cielo.

[6] El signo de Géminis es el que sigue al Toro. Es el octavo cielo, o de las estrellas fijas.

[7] Así se expresa el Poeta en estos sentidos versos, que parecen el suspiro de un desterrado, porque nació en la estación en que el sol está en Géminis; y porque los antiguos suponían que esa constelación influía en el ingenio y ciencia de las cosas.

[8] Hiperión, padre del Sol; Mayo y Dione, madres de Mercurio y de Venus: están aquí usados sus nombres por los de los planetas Sol, Mercurio y Venus.

[9] Júpiter templa la frigidez de su padre y el calor de su hijo, porque está situado entre Saturno y Marte.

[10] La Tierra, que enciende en nosotros tantas pasiones que nos atormentan.

CANTO XXIII

1 Cuando el sol sale del horizonte, la sombra que hacen los cuerpos es larguísima; y esa longitud se disminuye al principio con mucha rapidez: luego viene ésta haciéndose poco a poco menor hasta que al llegar el sol a la mitad del cielo parece que la sombra ya no disminuye nada. Por el contrario, vuelve a crecer rápidamente cuando aquel astro empieza a bajar al Occidente. De este fenómeno deduce el vulgo que el sol anda más despacio a mediodía: y lo que quiere decir, por tanto, el Poeta es que Beatriz estaba vuelta al Mediodía.

2 Nuestro Señor Jesucristo.

3 Jesucristo también.

4 La Virgen Santísima, a la que luego apellida *Límpido zafiro*.

5 El arcángel San Gabriel, a quien más abajo llama *Lira*, aludiendo a la dulzura de su voz.

6 El primer Móvil, o noveno cielo.

7 De la Virgen, que subió a unirse a su eterno Hijo.

8 San Pedro, con los santos del Nuevo y Viejo Testamento.

CANTO XXIV

1 El que habla es San Pedro, del cual escribe San Mateo que pasó milagrosamente a pie enjuto el mar de Tiberíades.

2 Así llamaban los romanos al jefe de la primera centuria en el orden de los Triarios.

3 San Pablo.

4 Ésa es la definición dada por San Pablo.

5 San Pedro y San Juan, habiendo sabido por Magdalena que había desaparecido el cuerpo de Jesús, salieron de Jerusalén y corrieron a su sepulcro. San Juan negó el primero, como más joven: pero no se atrevió a entrar en el recinto en que estaba. Pedro, que llegó más tarde, se atrevió a entrar el primero. Véase el Evangelio de San Juan, capítulo XX.

CANTO XXV

1 Dante espera volver a su patria y recibir la corona en el baptisterio de San Juan (donde fue bautizado), en mérito de su poema, en el que ha tratado de las cosas de la Tierra y del Cielo. Estas ideas sobre clemencia y acerca de la vuelta del destierro son oportunísimas al principio de este canto, en que va a ser interrogado sobre la Esperanza por Santiago que es (como dice el Poeta poco después) el varón por *quien tantos visitan la Galicia*.

2 De la escuadra de donde salió San Pedro, *primicia de los vicarios de Jesucristo*.

3 Alude a la Epístola llamada *católica*, en que Santiago escribió de la libertad de la divina Basílica. Aquí Basílica se usa por la Iglesia triunfante. El Poeta padece la equivocación de atribuir esta epístola de Santiago el Menor al Mayor, que es el que murió en Jerusalén, y cuyo cuerpo fue trasladado a Compostela, ciudad de Galicia.

4 Jesucristo tomó siempre por testimonio de sus milagros a San Pedro como figura de la Fe; a San Juan de la Caridad, y a Santiago, de la Esperanza. Por esta causa Santiago figura, o es figura de la Esperanza, tres veces en el texto evangélico.

5 Alude a las palabras del Salmo: *Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi*. Por cuyos montes se entiende alegóricamente a los Apóstoles.

6 Aquí se entiende por Egipto la esclavitud del mundo, y por Jerusalén, la Corte celestial, adonde sube Dante antes de haber acabado el servicio marcial que le está prefijado; esto es, antes de haber muerto en el mundo.

7 *Por muchas estrellas*, quiere decir muchos clarísimos escritores sagrados; y en primer lugar por David, el más grande cantor de las alabanzas de Dios, a cuyo conjunto llama *Teodia*.

8 La Católica está llena de expresiones e ideas de David.

9 Llama a la vida campo de batalla, porque el Apóstol luchó en ella hasta morir por Jesucristo.

10 San Juan, en el *Apocalipsis*.

11 Durante el mes de invierno en que el sol está en Capricornio, ocurre que cuando se pone aparece Cáncer en el cielo; y cuando Cáncer se pone aparece el sol. Esto supuesto, si Cáncer tuviera una luz. (Dante dice cristal) como la del sol, el invierno ofrecería entonces un mes que sería todo el día, o bien un solo y larguísimo día.

12 Y no por ninguna otra intención amorosa o culpable.

13 Esta luz es San Juan, que reposó en el seno de Jesucristo. Pelícano que con su sangre recrió a los hombres, como se dice que hace con sus hijos aquella ave. Dicho San Juan fue el elegido por el divino Redentor para que sirviera de hijo a su Madre Santísima.

14 *Lo que allí no pasa* es que San Juan estuviese en cuerpo y alma, cuya duda nace en el Poeta por las palabras de Jesucristo: *Sic eum volo manere donec veniam*.

15 Sólo Jesucristo y la Virgen María han subido al Cielo con el doble traje del alma y del cuerpo.

16 San Juan, con el fulgor que despide, eclipsa a Beatriz.

CANTO XXVI

1 La que rodeaba a San Juan Bautista.

2 La mano de Ananías tuvo la virtud de volver la vista a San Pablo.

3 Dios es el alfa y omega, o, lo que es lo mismo, el principio y fin de cuantas impresiones leves o fuertes ha causado en mí el amor. Esto es lo que Dante quiere expresar.

4 San Dionisio Areopagita, *De divinas nominibus*.

5 San Juan, que proclama el gran misterio de la Encarnación del Verbo, fuente de amor pera todas las criaturas.

6 La luz que pasa de una a otra membrana del ojo, a cuyas membranas, por ser como telas o vestidos el mismo, llaman túnicas los físicos.

7 El alma de Adán.

8 Dios, espejo que siempre refleja la verdad y nunca refleja nada que pueda comparársele.

9 Adán, según la Escritura, dio a las cosas su nombre verdadero y formó el primer idioma del mundo.

10 Nemrod, nieto de Cam, fue el que construyó la torre de Babel.

11 Antes que bajase Adán al Infierno, esto es, que muriese, los hombres llamaban a Dios *Él*. Así lo dice San Isidoro, en sus *Etimologías*.

12 El monte del Purgatorio, que supone Dante que es el más alto del mundo, y en cuya cima, como hemos visto, puso el Paraíso terrenal, primera mansión de Adán.

13 Desde la hora primera del día en que fue creado (Adán), a la que es segunda del cuadrante suiguiente, que es la séptima. Sabido es que cada seis horas recorre el Sol un cuadrante, o sea la cuarta parte de su círculo alrededor de la Tierra.

CANTO XXVII

1 San Pedro, Santiago, San Juan y Adán son las cuatro estrellas; y la más viva era la de San Pedro, que fue el que se presentó primero al Poeta.

2 Quiere decir que se encendió en vivísimo color de fuego.

3 El Poeta habla de Bonifacio VIII, y hace decir a San Pedro que, mientras ese Papa ocupa malamente su lugar, puede considerarse como vacante a los ojos de Jesucristo.

4 Lucifer.

5 San Cleto y San Lino fueron sucesores de San Pedro, y santos mártires.

6 Los Papas Sixto y Pío vivían bajo el reinado del emperador Adriano; Calixto, bajo el de Caracalla, y Urbano, bajo el de Alejandro Severo.

7 Quiere decir que las familias de Cahors, en la Guinea, de donde era natural el Papa Juan XXII, y las de Gascuña, patria de Clemente V, estaban ya preparadas a enriquecerse con el patrimonio dado a la Iglesia por devoción a la sangre derramada por los santos mártires de que se va hablando.

8 Alusión a Can el Grande de la Escala. Algunos comentadores suponen que se trata de Enrique VII, lo que no puede ser, porque había muerto en 1313, y estos versos se suponen escritos después de 1316. La idea de Escipión revela también que debía de ser un guerrero el defensor de Roma, municipio del orbe.

9 Cuando el sol está en Capricornio, esto es, de mitad de diciembre a mitad de enero.

10 El Poeta vio subir a adornar lo alto del cielo gran número de bienaventurados que habían estado en su compañía o a su viste. Éstos, al ascender, imitaban el caer de la nieve en nuestro suelo, pero, en contrario sentido porque la nieve cae hacia abajo.

11 El Poeta, desde que otra vez bajó los ojos y se puso a considerar la Tierra, hasta ahora, que vuelve a hacer lo mismo, había corrido con Géminis el arco que desde el meridiano hasta el horizonte occidental forma el primer *Clima*, que es como Dante llama a cada una de las siete partes en que, siguiendo a Tolomeo, divide la tierra habitable. Aquí el primer Clima es hacia el trópico de Cáncer, y como el Poeta se supone colocado perpendicularmente sobre el horizonte occidental de nuestro hemisferio, que es el de España, según su sistema, puede decir luego que ve más allá de Gades (Cádiz) el Océano Atlántico, que es el mar en que supone que naufragó y pereció Ulises.

12 El prado de Fenicia, a orillas del mar, de donde Júpiter, convertido en toro, robó, llevando sobre sus hombros como un haz ligero, a Europa, hija de Agenor, rey de aquella tierra.

13 Dice el Poeta que el Sol bajo sus pies (porque la octava esfera está más alta que el Sol) había andado más de un signo del Zodíaco. Dante estaba en Géminis, y el Sol, en dos primeros grados de Arica y, por consiguiente, era de noche más allá de la orilla fenicia.

14 Alude el Poeta a la fábula que dice que los gemelos Cástor y Pólux nacieron de los huevos que puso su madre. Por eso llaman el nido de Leda al sitio que aquéllos ocupan.

15 Dante es trasladado al primer Móvil, al cual llama *cielo velocísimo*.

16 Es de advertir, para mayor inteligencia del lector, que aquí el Poeta hace nacer el movimiento de todos los globos del último, que es el primer Móvil, el cual mantiene también el centro, que es la Tierra, en quietud completa. Este primer Móvil es movido por Dios mismo.

17 Por *tal tiesto* da a entender el Poeta el primer Móvil; y en *las raíces que el tiempo deposita en él* simboliza su origen oculto; y en *las frondas* que extiende por los otros tiestos, esto es, por los demás cielos, lo que nos puede ser perceptible y manifiesto.

18 Ves a uno que, siendo todavía niño, ayuna, y cuando ya es adulto, come cualquier manjar, aunque sea en los días de abstinencia.

19 La hija del Sol, que es la que trae la luz y deja la sombra cuando se va, es la naturaleza humana; y el sentido de este pasaje es que la piel de la criatura, que en la primera edad es blanca y delicada, con el tiempo se vuelve más áspera y morena. Se da a entender con esta comparación que en lo moral del hombre sucede lo que en lo físico.

20 Esta *céntima despreciada* es aquella parte mínima de tiempo que en el movimiento periódico del Sol resultaba de más, y por la cual, con el curso de los siglos, tenía que suceder alguna vez que el mes de enero cayese en primavera. Ese error fue corregido por Gregorio XIII el año 1582. El tono de la frase figuradamente usada por Beatriz significa que no pasará mucho tiempo sin que ocurra lo que predice.

CANTO XXVIII

1 Alrededor de aquel punto que despedía tan viva luz y que era tan breve. Venturi cree ver en ese punto de tan ponderada pequeñez el emblema de la espiritualidad y de la indivisibilidad de Dios. Yo creo que más sencillamente puede representar la Divinidad, que comprende en un punto solo todo lo pasado, lo presente y lo futuro.

2 La secuaz de Juno era la ninfa Iris, personificación del arco de ese nombre, cuyo cerco completo (que nunca llega a estarlo) supone el Poeta que cabría holgadamente dentro del que describe. Hace esta comparación para manifestarnos su inmenso tamaño.

3 Según que a medida que se iba apartando del uno crecía su número ordinal, se movía cada cerco con más lentitud, porque se alejaba más de Dios, que es el *Punto Céntrico.*

4 Quiere decir, fuera del cual no hay otros cielos corpóreos más que el Empíreo, que es el cielo de amor y de beatificante luz o sabiduría.

5 El *ejemplo* es la Tierra con sus cielos en rededor; *el ejemplar* es el punto luminoso con los cercos lucientes de que se ha hablado, y los cuales, ejemplo y ejemplar, van de un modo contrario; porque mientras en el ejemplar los círculos más inmediatos al punto son los más perfectos, en el sistema mundial, que está copiado de aquél, los cielos más próximos a la Tierra o centro son los menos valiosos.

6 El cielo noveno, que atrae y dirige a los demás, dice Beatriz que corresponde en la velocidad al cerco espiritual más pequeño, que es el que contiene a los serafines, los cuales tienen más amor y sabiduría.

7 "Si vuelves –dice Beatriz– tu consideración a la virtud de las sustancias de las inteligencias angélicas que se te presentan en estos giros, y no a la apariencia del espacio que comprenden, verás en cada cielo maravillosa correspondencia con la inteligencia motriz; esto es, del más grande cielo corpóreo al más perfecto del mismo orden espiritual, y del menor el menos perfecto del mismo orden espiritual." Así, pues, el primer Móvil, que es el más vasto cielo, presidirá el coro de los serafines, que es el cerco o giro más próximo a Dios; a la esfera estrellado, el de los querubines; y el cielo de Saturno, el de los Tronos.

8 Los soplos de Bóreas, viento del Septentrión frío y seco, no pueden nunca ser dulces; por eso, siguiendo la opinión de Pelli, traducimos el adjetivo *leno*, no por dulce o *blando,* sino por *lleno.*

9 Para la explicación de este comparación, Lombardi recuerda la anécdota de Sessa-Ebu-Dahir. Este indio, habiendo presentado al rey de Persia el juego de ajedrez que acababa de inventar, le pidió, y obtuvo, por recompensa, un grano de trigo por la primera casilla, dos por la segunda, y así duplicando sucesivamente, hasta la sexagésimocuarta. Hecho el cálculo de lo que se lo debía, se vio que toda la Persia no tenía trigo bastante para pagarle tan enorme cantidad.

10 Alude al dicho de San Juan: *Similis est erimus: quoniam videbimus eum sicuri est.*

11 La primera jerarquía se compone de tres coros.

12 En Dios, que es el último fin de nuestros deseos.

13 Dante renueva aquí y resuelve la cuestión escolástica de Santo Tomás: *In quo consistat beatitudo formalis, in visione an in amore.*

14 Dante sigue siempre las denominaciones dadas por San Dionisio Areopagita en su obra *De Cœlestia hierarchia.*

15 Donde no cae la hoja, como sucede en el mundo cuando Aries, opuesto al Sol, gira de noche sobre nuestro hemisferio, o, lo que es lo mismo, en otoño.

16 Uno de los significados del verbo italiano *Svernare* es el cantar de los pájaros al salir del invierno y entrar en primavera.

17 Llama Deas a las escuadras angélicas, aludiendo a aquel pasaje de San Juan. *Illos dixit deos, ad quos sermo Dei factus est.*

18 San Gregorio Magno puso en lugar de los Tronos las Potestades; los Tronos, en lugar de los Principados; los Principados, en lugar de las Dominaciones, y las Dominaciones, en lugar de las Potestades.

19 Da a entender el Poeta que San Pablo, que, como sabemos estuvo en el Cielo en cuerpo mortal y luego descendió de allí, pudo contar a San Dionisio, su discípulo, éstas y otras verdades sobre la jerarquía de los ángeles, y que por eso éste las reveló a los hombres.

CANTO XXIX

1 Beatriz estuvo callada el tiempo que el cenit tiene en equilibrio, esto es, igualmente altos respecto de nuestro hemisferio, al Sol y a Luna (*los hijos de Latona),* cuando bajo signos opuestos, como son Aries y Libra, uno de esos astros está al Levante y el otro al Poniente. Quiere decir un corto instante.

2 El *Génesis* dice: *Spiritus Domini ferebatur super aquas.* Aquí las aguas están tomadas por las criaturas. El Poeta, en el conjunto de estas imágenes, quiere dar a entender que la creación, habiendo sido hecha *tiempo no habiendo, fuera de valuaciones* ninguna, no puede decirse verificada ni antes ni después y por esto, y por lo que se verá más abajo, es fácil comprender que la opinión de Dante es que la creación fue instantánea.

3 Las sustancias en que sólo ha habido *acto puro,* esto es, únicamente para ejercer acción sobre las otras, son los ángeles, y éstos fueron colocados como cima del Universo mundo.

4 En la parte más baja del Universo mundo fueron colocadas las sustancias dotadas de baja potencia, esto es, dispuestas sólo para recibir la acción de otro. Tales son los cuerpos sublunares.

5 En medio, entre lo alto y lo bajo del mundo, un estrecho lazo une indivisiblemente potencia con acto; o, lo que es lo mismo, a aquellas sustancias dispuestas a recibir y obrar. Tales son los cielos, de quienes dice el Poeta en el segundo canto de esta Cantiga: *Dando abajo, y de arriba recibiendo.*

[6] Los evangelistas. El *Eclesiástico,* capítulo XVIII, dice; *Qui vivit in æternum creavit omnia simul.*

[7] La perfección de los ángeles *(santos motores)*, creados para obrar, no podía ser completa sin producir en tanto tiempo.

[8] *¿Dónde?* Sobre todos los cielos. *¿Cuándo?* Antes de que existiera el tiempo. *¿Cómo?* En un instante, por un acto puro de la voluntad de Dios. Con lo que quedan fríos, esto es, satisfechos, tres ardores o vivos deseos del Poeta.

[9] Se alude a dos opiniones que había en aquel tiempo respecto de los ángeles. Unos no creían que tuvieran memoria; otros creían que la tenían semejante a la humana.

[10] Da a entender que en el Cielo ese deseo de aparecer sabios y agudos en su parecer irrita menos que la culpa de los hombres que desecha la Sagrada Escritura, o que tienen la audacia de explicarla mal.

[11] *Lapo y Bindo,* nombres muy comunes en Florencia, diminutivos vulgares de Jacobo y de Albino. Es como si dijéramos; no tiene Madrid tantos *Manolos y Pericos,* etc.

[12] Alude a los Apóstoles.

[13] En aquel tiempo, no sólo los frailes, sino todos los ciudadanos, gastaban capucha en sus trajes, aunque la de aquéllos era mucho más grande. *Llena el capuchón* se usa aquí por satisfacer su vanidad.

[14] El demonio.

[15] Se pinta a San Antonio con un puerco a los pies para demostrar su victoria sobre el diablo tentador; pero aquí el Poeta da a entender por ese puerco a sus corrompidos hermanos, que engordaban pidiendo en nombre del santo y pagando con vagas promesas e indulgencias, que Dante llamó *monedas de mal cuño.*

[16] Los ángeles, que, según Dante, son en número no conocido.

[17] Va siempre hablando de la natura angélica.

CANTO XXX

[1] Para darnos el Poeta una idea de cómo desaparece a sus ojos el triunfo de Cristo, lo compara con el irse perdiendo poco a poco las estrellas al romper el día. La hora sexta, que es el Mediodía, brilla respecto a Italia, donde escribe el Poeta, a unas seis millas de distancia, y este modo nuestro inclina su sombra a manera de como en línea horizontal hacia la parte de Poniente. Ahora bien: como la circunferencia de la Tierra era entonces estimada en 20.400 millas, de las que el Sol recorría 850 por hora; como la cuarta parte son 5.100, y el Mediodía dista sobre 6.000 millas de un lugar dado, faltarían allí a la primera hora del día, distante un cuadrante de la hora sexta, sobre 900 millas, y éstas serían recorridas por el Sol en poco menos de una hora. Se saca, pues, de toda esta perífrasis, que faltaba cerca de una hora para que saliera el Sol.

[2] La Aurora es la camarera del Sol, y los ojos del Cielo son las estrellas. El Poeta, para darnos una idea de cómo se pierde a su vista el triunfo de Cristo, lo compara con el desaparecer de las estrellas poco a poco al venir el día.

[3] El Sol parece como que achica la vista o le quita su acción, según es menos vigorosa la vista que le mira.

[4] Da a entender Dante en este terceto que siempre cantó a Beatriz, ora como amor primero cuando era en el mundo la hija de Fulco Portinari, ora como concepción de su mente, ora como símbolo de la divina ciencia, término de los conocimientos del hombre religioso.

[5] Porque suben del primer Móvil, que es el mayor de los cuerpos celestes, al Empíreo, que es sólo de luz pura.

6 Los ángeles que militaron contra los espíritus rebeldes y los santos que militaron contra los vicios. De esta última milicia es de la que dice Beatriz que se le mostrará al Poeta en el *mismo* aspecto corporal en que ha de vérsela el día del Juicio final.

7 Como se dispone la vela, para que sea proporcionada a la llama que ha de mantener, así se hace con el que entra en el Empíreo, a quien se le prepara la vista para que pueda ver a Dios. Son palabras de Beatríz a Dante.

8 Imitación del *Apocalipsis*, que dice en el capítulo XXII: "Se me presentó un río de agua viva, pura como el cristal, el cual procedía de donde estaba Dios".

9 El río y las piedras preciosas son los ángeles; las flores, las almas de los bienaventurados, los *prefacios sombríferos*, sombra o imágenes demostrativas de su realidad.

10 La fronda de los párpados son las pestañas.

11 Parece que quiere decir el Poeta que era tan diferente su modo de ver luego que bebió de aquella agua, de como era antes, que el río que primero veía correr a lo largo se le representaba después redondo.

12 Esta repetición de la palabra *vide*, como rima de los dos tercetos, está intencionadamente puesta: y el poeta, según perece, se propone con ella fijar la atención del lector sobre la milagrosa visión, punto importante y desenlace de todo el poema. Por eso nota enfáticamente: primero, el hecho de la visión que se le presenta; luego, el medio de por qué la obtuvo, y después ruega poder describir cómo la obtuvo. Del mismo modo vemos en otro pasaje repetida con iguales circunstancias la palabra *Cristo*.

13 Las almas que salieron de sus mortales cuerpos han vuelto a Dios, de quien procedieron.

14 Dice más adelante el Poeta que la forma de esta celestial gradería era parecida, en su estructura, a una rosa.

15 Una rosa abierta muestra en el centro algunos hilos amarillentos. Aquí el Poeta, habiendo comparado a una rosa la circular gradería de los asientos de los bienaventurados, llama *lo amarillo* de esa rosa a la luz circular que ve en el medio y el fondo de las gradas ascendentes.

16 En el *Apocalipsis*, los santos que acompañan el triunfo de Cristo están representados *amicti stolis albis*.

17 Da a entender que el emperador Enrique VII, en quien reconoce el Poeta circunstancias para ser el libertador de Europa, al que conserva aún en el Cielo los signos distintivos de la soberanía, del que habla también en el canto VII del Purgatorio, vino a reformar la Italia antes de que hubiera llegado al grado de civilización necesario para que resultase provechoso ese trabajo.

18 Clemente V, que, como se ha dicho en otros pasajes, estuvo siempre en pugna con Enrique de Luxemburgo, y que murió en 1314.

19 Quiere decir que pronto será lanzado Clemente al sitio que ocupa Simón Mago con los simoníacos y en el cual hará que el de Añani (que es Bonifacio VIII, nacido en esa ciudad) baje más al fondo, para ceder a éste su lugar. Sobre esto, véase el canto IX del Infierno.

CANTO XXXI

1 En esta milicia que ve y canta alude a los ángeles. La otra que forma la rosa eterna es la de los santos.

2 Esto es, que van de las flores, donde chupan el jugo, a la colmena, donde lo convierten en miel.

[3] En Dios.

[4] Alude a los que iban a Roma desde los pueblos septentrionales, que tienen entre sí las constelaciones que están junto al Polo, que son Elice y Bootes; esto es, las Osas Mayor y Menor.

[5] San Juan de Letrán es la iglesia donde se celebraba en 1300 el gran Jubileo, que, deslumbrando de todas las demás cosas, atraía a Roma a los que desde los países más remotos iban a ganar la indulgencia plenaria.

[6] Dante, entre el gozo y el estupor (semejante al de los bárbaros que se quedan admirados viendo las moles magníficas de Roma cuando iban al Jubileo Laterano), lo que desea es no oír y no hablar, sino que lo dejen en su dulce abstracción.

[7] De la de Dios.

[8] San Bernardo es el que se presenta a Dante con traje semejante al de los demás santos.

[9] Llama *La Verónica faz nuestra* al Santo Sudario con la faz de Jesucristo que se conserva en Roma.

[10] En el Oriente, do se espera la salida del carro del Sol.

[11] La Virgen Santísima.

Canto XXXII

[1] Eva fue quien abrió con su desobediencia la llaga del género humano, que curó María dando a luz el divino Redentor. El Poeta la hace ahora ocupar la segunda hoja de la rosa, a los pies de la Virgen Santísima.

[2] En la tercera grada está sentada Raquel, hija de Labán y mujer de Jacob; y a su lado está Beatriz, como ya ha dicho el Poeta en el canto II del Infierno.

[3] Esta es Rut, mujer de Booz, bisabuelo de David, que es el que para lamentar su pecado compuso el *Miserere mei Deus*.

[4] Porque esas mujeres hebreas son como una línea que divide las gradas de los bienaventurados, según el modo con que su fe adoró a Cristo *que había de venir*, o a Cristo *ya venido*. Los santos anteriores a Cristo están sentados a la parte que la flor tiene madura y con todas sus hojas; esto es, donde ya no hay asientos que ocupar: los posteriores a su venida están donde los semicírculos de gradas tienen vacíos intercalados, como esperando a otras almas que los ocupen.

[5] Al frente de la Virgen está San Juan, que obtiene allí la recompensa de lo que sufrió en los riscos del desierto, donde vivió vida solitaria y salvaje, y de lo que mereció con su martirio y con haber permanecido en el Infierno los dos años que corrieron desde su muerte a la de Jesús.

[6] La doble cuenta que hace la fe es siempre la de los santos anteriores y la de los posteriores a la venida de Jesucristo. El poeta supone que habrá igual número de los unos y de los otros en la mansión de bienaventuranza que denomina *Jardín*, sin duda por la rosa eterna que en él coloca, y la cual viene describiendo. Así, pues, según él, los elegidos del Nuevo Testamento igualarán en número a los del Antiguo.

[7] Al señalar el sitio que ocupan los párvulos entre los bienaventurados del Antiguo y del Nuevo Testamento, dice que no lo obtienen por mérito propio, sino por la fe y los merecimientos de sus padres o de otras personas y otras causas.

[8] Porque no a todos los predestina a un mismo grado, sino que da a cada uno el que por sus calidades le corresponda.

[9] Los mellizos de la Biblia manifestaron ya antes de nacer su ira dentro del vientre de la madre.

[10] Uno de esos mellizos fue rubio, y otro de cabellos oscuros, y el Poeta supone que por esas señales se conoce la complexión del hombre, y, por tanto, las inclinaciones de su ánimo.

CANTO XXXIII

[1] Quiere decir que se borró más de su memoria lo que había visto en Dios hacía muy poco tiempo, que lo que ha podido borrarse en el transcurso de veinticinco siglos el recuerdo del día en que la nave Argos surcó los mares; modo de expresar la expedición a Colcos de los Argonautas, tan famosa en la primera época histórica.

[2] Da a entender el Poeta que el Espíritu Santo se produce igualmente del Padre y del Hijo, y no sólo del Padre, según los griegos.

[3] El término medio o proporción del diámetro a la periferia.

[4] Quería ver cómo la Divinidad se conjuntaba con la Humanidad.

[5] Da a entender que no le sirvió la fantasía, impotente para aquellas cosas, sino su deseo y su querer, ya unidos a Dios, y moviéndose concordes con el divino beneplácito, como en una rueda se mueven igualmente con ella todas las partes concéntricas.

[6] El caballero José De Césare (napolitano), en una muy aplaudida *Memoria* que leyó en la Academia Herculana, opina que Dante se ha servido de la palabra *Estrellas* como vocablo de ledo augurio de la fama que habría de adquirir su poema, cuya opinión no parece muy convincente respecto del Paraíso: pero como esa palabra la repite con marcado intento para dar fin con ella a cada una de las tres cantigas, no hay duda de que contiene algún sentido alegórico, cuya explicación no dan los comentadores con la claridad que lleva al convencimiento.

ÍNDICE

Cantiga I
EL INFIERNO

Canto I 9
Canto II 13
Canto III 18
Canto IV 22
Canto V 27
Canto VI 32
Canto VII 35
Canto VIII 40
Canto IX 44
Canto X 48
Canto XI 53
Canto XII 57
Canto XIII 61
Canto XIV 66
Canto XV 71
Canto XVI 75
Canto XVII 79
Canto XVIII 83
Canto XIX 88
Canto XX 92
Canto XXI 96
Canto XXII 101
Canto XXIII 106
Canto XXIV 111
Canto XXV 116
Canto XXVI 121
Canto XXVII 125
Canto XXVIII 130

Canto XXIX 134
Canto XXX 139
Canto XXXI 144
Canto XXXII 148
Canto XXXIII 153
Canto XXXIV 158

Notas a la Cantiga I, EL INFIERNO 163

Cantiga II
EL PURGATORIO

Canto I 191
Canto II 196
Canto III 200
Canto IV 205
Canto V 209
Canto VI 213
Canto VII 218
Canto VIII 223
Canto IX 227
Canto X 232
Canto XI 236
Canto XII 241
Canto XIII 245
Canto XIV 250
Canto XV 255
Canto XVI 260
Canto XVII 264
Canto XVIII 269
Canto XIX 273
Canto XX 278
Canto XXI 283
Canto XXII 287
Canto XXIII 292
Canto XXIV 296
Canto XXV 301
Canto XXVI 306
Canto XXVII 310
Canto XXVIII 315
Canto XXIX 320
Canto XXX 325
Canto XXXI 329

Canto XXXII 334
Canto XXXIII 339

Notas a la Cantiga II, EL PURGATORIO 345

Cantiga III
EL PARAÍSO

Canto I 375
Canto II 379
Canto III 384
Canto IV 388
Canto V 393
Canto VI 397
Canto VII 402
Canto VIII 407
Canto IX 411
Canto X 416
Canto XI 421
Canto XII 425
Canto XIII 430
Canto XIV 434
Canto XV 439
Canto XVI 443
Canto XVII 448
Canto XVIII 453
Canto XIX 457
Canto XX 462
Canto XXI 466
Canto XXII 471
Canto XXIII 476
Canto XXIV 480
Canto XXV 485
Canto XXVI 489
Canto XXVII 494
Canto XXVIII 499
Canto XXIX 503
Canto XXX 508
Canto XXXI 513
Canto XXXII 517
Canto XXXIII 522

Notas a la Cantiga III, EL PARAÍSO 527

Se terminó de imprimir en el mes de
diciembre de 2004 en Imprenta de los
Buenos Ayres S.A.I.C., Carlos Berg 3449,
Buenos Aires - Argentina

GRANDES CLÁSICOS

• Miguel de Cervantes
Don Quijote de la Mancha

• Dante Alighieri
La Divina Comedia
Traductor: Juan de la Pezuela

• Giovanni Boccaccio
El Decamerón
Traductor: Luis Obiols

• Víctor Hugo
Nuestra Señora de París
Traductor: Luis Echávarri

• J. W. Goethe
Fausto
Traductor: J. Roviralta Borrell

• Alejandro Dumas
El conde de Montecristo
Traductor: Gregorio
Cantera Chamorro

Para decirlo con Dante, su mundo es un volumen por abrir. En aquellas profundidades excavan los siglos y encuentran siempre nuevas inspiraciones y nuevos pensamientos.

Francesco De Sanctis

Imaginemos, en una biblioteca oriental, una lámina pintada hace muchos siglos. En el tumulto de sus formas, alguna nos llama la atención y de ésa pasamos a otras. Declina el día, se fatiga la luz y a medida que nos internamos en el grabado, comprendemos que no hay cosa en la tierra que no esté ahí. Lo que fue, lo que es y lo que será, la historia del pasado y la del futuro, las cosas que he tenido y las que tendré, todo ello nos espera en algún lugar de ese laberinto tranquilo... He fantaseado una obra mágica, una lámina que también fuera un microcosmo; el poema de Dante es esa lámina de ámbito universal.

Jorge Luis Borges

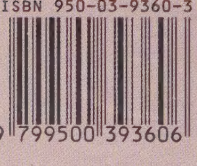
El plan sólo del Infierno *es ya el fruto de un gran genio.*

Alexander Pushkin

Solo entre todos los poetas, Dante ha pintado el universo de las cosas y de las almas, situándose no en el punto de vista del espectador, sino en el del creador.

Paul Claudel

La Divina Comedia *supera desde todos los puntos de vista a la mayor obra de imaginación que haya aparecido desde los poemas de Homero.*

Thomas Macaulay

ISBN 950-03-9360-3